This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

29
31
30
31
30
Julio 29
180

X105!7 15:-

E. J.

This One

FDSU-WQY-L1KQ

Colegio de Sta. Ta. de
Guadalupe

Corresponde al primer premio de Historia Moderna concedido al alumno L. Gregorio Mercado, en los exámenes del año escolar de 1872.

Lima 12 de Enero de 1873.

El Director

LIVRES ESPAGNOLS.

Éditions de Madrid.

ACUÑA (Hernando). Varias poesias. Madrid, 1804. 1 vol. in-8, br. 6 fr.

ANTUNEZ Y ACEVEDO. Memorias históricas sobre la legislacion y gobierno del comercio de los españoles con sus colonias en las Indias occidentales. Madrid, 1797. 1 vol. in-4. 9 fr.

BALBUENA. El Bernardo, ó sea la Victoria de Roncesvalles, poema heróico. Madrid, 1808. 3 vol. in-8, br. 15 fr.

BASTARDO (EL) DE CASTILLA, novela histórica caballeresca, original. Madrid, 1832. 2 vol. in-12, br. 6 fr.

BOSARTE. Disertacion sobre los monumentos antiguos pertenecientes á las nobles artes de la Pintura, Escultura y Arquitectura, que se hallan en la ciudad de Barcelona. Madrid, 1786. in-8, br. 4 fr.

CALLE Y ZOCAR. El Orden natural y esencial de las Sociedades politicas. Valencia. 2 vol. in-8. 6 fr.

CAMPOMANES. Discurso sobre el fomento de la industria popular.—Discurso sobre la educacion popular de los artesanos y su fomento.—Apéndice á la Educacion popular. Madrid, 1774-7. 6 vol. petit in-8, rel. et br. 26 fr.

CAPMANY. Arte de traducir el idioma frances al castellano. Madrid, 1776. Petit in-4. 4 fr.

CAPMANY. Código de las costumbres maritimas de Barcelona, hasta aquí vulgarmente llamado *Libro del Consulado*, traducido al castellano é ilustrado con varias observaciones. Va tambien el testo original en lemosin. Madrid, 1791. 2 vol. in-4. 20 fr.

CAPMANY. Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona. Madrid, 1779-92. 4 vol. in-4, fig. br. 50 fr.

CICERON. Cartas, con notas. Por Rodr. de Ovrédo. Barcelona, 1818. 1 vol. pet. in-8. 2 fr. 50 c.

CLAVIJO. Noticias de la historia general de las islas Canarias. Madrid, 4 vol. pet. in-4, rel. 40 fr.

COLECCION DE POESIAS CASTELLANAS ANTERIORES AL SIGLO XV, ilustradas con notas por D. Tomas Antonio Sanchez. Madrid, 1779-90. 4 vol. in-8, br. 25 fr.

COLECCION DE LAS MEMORIAS PREMIADAS, y de las que se acordó se imprimiesen sobre los cuatro asuntos, que por encargo particular publicó la real Sociedad económica de amigos del pais de Madrid. 1 vol. in-4, br. 12 fr.

CORNIDE DE SAAVEDRA. Ensayo de una descripcion fisica de España. Madrid, 1803. in-4, br. 8 fr.

CRONICA ó Memorias históricas de la vida de Don Alonso el Noble, octavo del nombre, recogidas por el marques de Mondéjar, é ilustradas con notas por Cerda y Rico. Madrid, 1783. 1 gros vol. in-4, portrait. 16 fr.

CRONICA DE D. ALFONSO EL ONCENO. Segunda edicion, conforme á un antiguo MS. de la real Biblioteca del Escorial, y otro de la Mayansiana, é ilustrada por Don Francisco Cerda y Rico. Madrid, 1787. 1 vol. in-4, br. 16 fr.

CRONICA DE D. ALVARO DE LUNA, con varios apéndices de Don José Miguel de Flores —Seguro de Tordesillas. Escribióle Don Pedro Fernandez de Velasco, llamado el Buen Conde de Haro.—Libro del Paso honroso defendido por el escelente caballero Suero de Quiñones. Madrid, 1783-4. 1 vol. in-4, br. 16 fr.

CRONICA DEL REY DON ENRIQUE EL CUARTO, por Diego Enriquez del Castillo.—Coplas de Mingo Revulgo.—Carta del levantamiento de Toledo en 19 de julio de 1467. Madrid 1787. 1 vol. in-4. 16 fr.

CRONICA DE LOS REYES DE CASTILLA DON PEDRO, DON ENRIQUE II, DON JUAN I, DON ENRIQUE III, con las enmiendas de Gerónimo Zurita, y las correcciones y notas añadida por Don Eugenio Llaguno Amirola. Madrid, 1779-80. 2 vol. in-4, portraits. 32 fr.

CRONICA DE DON PEDRO NIÑO, conde de Buelna, por Gutierre Diez de Gamez. — Historia del gran Tamorlan, por Ruy Gonzalez de Clavijo.—Sumario de los reyes de España Madrid, 1781-2. 1 vol. in-4. 16 fr.

La coleccion de los siete volúmenes de crónicas que preceden descritos. 7 vol. in-4. 100 fr.

DICCIONARIO MANUAL DE LA FABULA, adornado con 16 estampas. Madrid, 1828 1 vol. in-16. fig. br. 5 fr.

EJERCICIO COTIDIANO. Contiene oraciones para la misa, confesion y comunion, viacrucis misterios del rosario, etc. Madrid, 1832. 1 vol. in-32, br. 3 fr.

FIGUEROA (Suarez de). La constante Amarilis. Madrid, 1781. 1 vol. in-8, br. 5 fr.

GARCIA DE VILLANUEVA. Origen, épocas y progresos del teatro español, con un resúmen de los espectáculos, fiestas y diversiones. Madrid 1802. 1 vol. in-4, figures. 8 fr.

GARCILASO DE LA VEGA. Obras poéticas, ilustradas con notas. Madrid, 1817. 1 vol. in-18 portrait, br. 4 fr.

GIL POLO. La Diana enamorada, con notas (de Cerda) al *Canto del Turia*. Madrid, 1802 1 vol. in-8, figure, br. 5 fr.

GRANADA. Guia de pecadores. Madrid, 1781. 2 vol. in-8, br. 10 fr.

GRANADA. Libro de la oracion y meditacion, con otros tratados del mismo autor. Madrid, 1781 2 vol in-8, br. 10 fr.

INDICE ULTIMO DE LOS LIBROS PROHIBIDOS Y MANDADOS ESPURGAR de órden del supremo Consejo de la Inquisicion con el suplemento. Madrid, 1790-1803. 1 vol. in-4. 12 f.

JOVELLANOS. Informe de la Sociedad económica de Madrid al real y supremo Consejo de Castilla en el espediente de Ley agraria. Madrid, 1820, petit in-4. *Este volúmen es igual á los de la coleccion de las obras de Jovellanos que acaba de publicarse, y conviene agregarlo, por no hallarse comprendido en aquella dicho* Informe. 6 fr.

JOVELLANOS. Memoria sobre las diversiones públicas usadas en lo antiguo en España. Madrid, 1812, petit in-4. 4 fr.

LOPE DE VEGA CARPIO. Coleccion de sus obras sueltas, así en prosa como en verso. Madrid, 1776-9. 21 vol. in-4, br. 150 fr.

LUZAN. La Poética, ó Reglas de la poesía en general y de sus principales especies. Madrid, 1789. 2 vol. in-8, br. 9 fr.

MANRIQUE (D. Jorge). Coplas hechas á la muerte de su padre, con las glosas. Madrid, 1779. 1 vol. in-8. 4 fr.

MARMOL CARVAJAL. Historia de la rebelion y castigo de los moriscos del reino de Granada. Madrid, 1797. 2 vol. petit in-4. 15 fr.

MASDEU. Historia crítica de España y de la cultura española; y respuesta al P. Traggia Madrid, 1783-1805. 20 vol. in-4, br. 150 fr.

MASDEU. Respuesta á su erudito censor el Rev. P. Traggia, sobre la historia crítica de España. Madrid, 1793. in-8, br. 2 fr. 50 c.

MELO. Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV. Madrid, 1808. 1 vol. in-8. 9 fr.

MEMORIAS DE LA SOCIEDAD ECONOMICA DE MADRID. Madrid, 1780-95. 5 vol. in-4, fig. br. 60 fr.

MONCADA. Espedicion de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos. Madrid, 1805. 1 vol. in-8. 5 fr.

MONTENGON. Eusebio. Madrid. Sancha. 4 vol. in-8, fig. 30 fr.

NAVAS. Elementos del arte de partear. Madrid, 1815. 2 vol. petit in-4, fig. 18 fr.

NEUVILLE (FREY DE). Sermones, traducidos por Pellicer. Madrid, 1823, 8 vol. pet. in-4, br. 40 fr.

NUEVO (EL) NEWKASTLE, ó Tratado nuevo de la escuela de á caballo. Madrid, 1801. 1 vol. petit in-12, fig. 5 fr.

PELLICER Y SAFORCADA. Ensayo de una biblioteca de traductores españoles. Madrid, 1778, 1 vol. petit in-4. 6 fr.

PLUQUET, Diccionario de las heregias, errores y cismas. Madrid. 2 vol. pet. in-4. 15 fr.

QUEVEDO VILLEGAS. Obras. Madrid, 1791-94. 11 vol. in-8, *con retrato y las estampas de las nueve Musas*. 80 fr.

REBOLLEDO (Conde don Bernardino de). Ocios (*que son sus obras poéticas*). Madrid, 1778. 4 vol. in-8. 22 fr.

ROMANCES DE GERMANIA de varios autores, con el vocabulario para declaracion de sus términos y lengua. Madrid, 1779. 1 vol. petit in-8. 6 fr.

SAAVEDRA (D. Angel de). Poesias. Segunda edicion, corregida y aumentada. Madrid, 1820-1. 2 vol. in-8. 14 fr.

SEMPERE Y GUARINOS. Biblioteca española económico-política. Madrid, 1801-21. 4 vol. petit in-8. 18 fr.

— Historia de los vínculos y mayorazgos. Madrid, 1805. 1 vol. in-8. 5 fr.

SOLIS (Dionisio). Camila, tragedia en 5 actos y en verso. Madrid, 1828. in-8. 4 fr.

— La misma, grand papier. 8 fr.

VILLEGAS. Las Eróticas, y traduccion de Boecio. Madrid, 1787. 2 vol. in-8, portrait. 10 fr.

[illegible]S. El Monserrate. Madrid, 1805. 1 vol. in-8. 6 fr.

ZAMORA. Gramática griega filosófica, segun el sistema del Brocense, con las principales reglas en verso castellano. Madrid, 1796. 1 vol. in-8. 5 fr.

LEYENDAS ESPAÑOLAS, por José Joaquin de Mora. Londres, 1840. 1 vol. in-8, cart. 18 fr.

GALATEA,

EL VIAJE AL PARNASO

Y

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NUEVA EDICION.

BAUDRY, LIBRERÍA EUROPEA,
Nº 3, QUAI MALAQUAIS, CERCA DEL PONT DES ARTS,
Y STASSIN Y XAVIER, 9, CALLE DU COQ, CERCA DEL LOUVRE.
SE VENDE TAMBIEN POR AMYOT, CALLE DE LA PAIX; TRUCHY, BOULEVARD DES ITALIENS;
BROCKHAUS Y AVENARIUS, CALLE RICHELIEU; LEOPOLD MICHELSEN, LEIPZIG;
Y POR TODOS LOS PRINCIPALES LIBREROS DEL CONTINENTE.

1841

DEDICATORIA

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR ASCANIO COLONA,

ABAD DE SANTA SOFIA.

Ha podido tanto conmigo el valor de V. S. I. que me ha quitado el miedo, que con razon debiera tener, en osar ofrecerle estas primicias de mi corto ingenio. Mas considerando que el estremado de V. S. I. no solo vino á España para ilustrar las mejores universidades della, sino tambien para ser norte por donde se encaminen los que alguna virtuosa ciencia profesan (especialmente los que en la de la poesía se ejercitan), no he querido perder la ocasion de seguir esta guia, pues sé que en ella y por ella todos hallan seguro puerto y favorable acogimiento. Hágale V. S. I. bueno á mi deseo, el cual envio delante para dar algun ser á este mi pequeño servicio : y si por esto no lo mereciere, merézcalo á lo menos por haber seguido algunos años las vencedoras banderas de aquel sol de la milicia que ayer nos quitó el cielo delante de los ojos, pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dinas della, que fué el excelentísimo padre de V. S. I. Juntando á esto el efeto de reverencia que hacian en mi ánimo las cosas, que como en profecía oí muchas veces decir de V. S. I. al cardenal de Aquaviva, siendo yo su camarero en Roma : las cuales ahora no solo las veo cumplidas, sino todo el mundo que goza de la virtud, cristiandad, magnificencia y bondad de V. S. I. con que da cada dia señales de la clara y generosa estirpe do deciende : la cual en antigüedad compite con el principio y príncipes de la grandeza de Roma, y en las virtudes y heróicas obras con la mesma virtud, y mas encumbradas hazañas : como nos lo certifican mil verdaderas historias

llenas de los famosos hechos del tronco y ramos de la real casa Colona : debajo de cuya fuerza y sitio yo me pongo ahora, para hacer escudo á los murmuradores que ninguna cosa perdonan; aunque si V. S. I. perdona este mi atrevimiento, ni tendré que temer, ni mas que desear, sino que nuestro Señor guarde la ilustrísima persona de V. S. I. con el acrecentamiento de dignidad y estado que todos sus servidores deseamos.

Ilustrísimo Señor,

B. L. M. de V. S. su mayor servidor,

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

COMISION.

Por mandado de los señores del real consejo he visto este libro intitulado : *Los seis libros de Galatea*, y lo que me parece es que se puede y debe imprimir, atento á ser tratado apacible, y de mucho ingenio, sin perjuicio de nadie, así la prosa como el verso: antes por ser libro provechoso, de muy casto estilo, buen romance y galana invencion, sin tener cosa mal sonante, deshonesta, ni contraria á buenas costumbres, se le puede dar al autor en premio de su trabajo el privilegio y licencia que pide. Fecha en Madrid á primero de febrero de M. D. LXXXIV.

LUCAS GRACIAN DANTISCO.

PRÓLOGO.

Curiosos Lectores,

La ocupacion de escribir églogas en tiempo que en general la poesía anda tan desfavorecida, bien recelo que no será tenido por ejercicio tan loable, que no sea necesario dar alguna particular satisfacion á los que siguiendo el diverso gusto de su inclinacion natural, todo lo que es diferente dél, estiman por trabajo y tiempo perdido. Mas pues á ninguno toca satisfacer á ingenios que se encierran en términos tan limitados, solo quiero responder á los que libres de pasion, con mayor fundamento se mueven á no admitir las diferencias de la poesía vulgar, creyendo que los que en esta edad tratan della, se mueven á publicar sus escritos con ligera consideracion, llevados de la fuerza que la pasion de las composiciones propias suele tener en los autores della. Para lo cual puedo alegar de mi parte la inclinacion que á la poesía siempre he tenido, y la edad que habiendo apenas salido de los límites de la juventud, parece que da licencia á semejantes ocupaciones: demas de que no puede negarse que los estudios de esta facultad (en el pasado tiempo con razon tan estimada) traen consigo mas que medianos provechos: como son enriquecer el poeta, considerando su propia lengua, y enseñorearse del artificio de la elocuencia que en ella cabe para empresas mas altas y de mayor importancia, y abrir camino para que á su imitacion los ánimos estrechos que en la brevedad del lenguaje antiguo quieren que se acabe la abundancia de la lengua castellana, entiendan que tiene campo abierto, fácil y espacioso, por el cual con facilidad y dulzura, con gravedad y elocuencia

pueden correr con libertad, descubriendo la diversidad de conceptos agudos, sutiles, graves y levantados, que en la fertilidad de los ingenios españoles la favorable influencia del cielo con tal ventaja en diversas partes ha producido, y cada hora produce en la edad dichosa nuestra, de la cual puedo ser yo cierto testigo, que conozco algunos que con justo derecho y sin el empacho que yo llevo, pudieran pasar con seguridad carrera tan peligrosa. Mas son tan ordinarias y tan diferentes las humanas dificultades, y tan varios los fines y las acciones, que unos con deseo de gloria se aventuran, otros con temor de infamia no se atreven á publicar lo que una vez descubierto, ha de sufrir el juicio del vulgo peligroso, y casi siempre engañado. Yo, no porque tenga razon para ser confiado, he dado muestra de atrevido en la publicacion deste libro, sino porque no sabria determinarme destos dos inconvenientes cual sea el mayor, ó el de quien con ligereza, deseando comunicar el talento que del cielo ha recebido temprano, se aventura á ofrecer los frutos de su ingenio á su patria y amigos, ó el que de puro escrupuloso, perezoso y tardío, jamas acabando de contentarse de lo que hace y entiende, teniendo solo por acertado lo que no alcanza, nunca se determina á descubrir y comunicar sus escritos. De manera, que así como la osadía y confianza del uno podria condenarse por la licencia demasiada que con seguridad se concede: así mesmo el recelo y la tardanza del otro, es vicioso, pues tarde ó nunca aprovecha con el fruto de su ingenio y estudio á los que esperan y desean ayudas y ejemplos semejantes para pasar adelante en sus ejercicios. Huyendo destos dos inconvenientes no he publicado antes de ahora este libro, ni tampoco quise tenerle para mí solo mas tiempo guardado, pues para mas que para mi gusto solo le compuso mi entendimiento. Bien sé lo que suele condenarse exceder nadie en la materia del estilo que debe guardarse en ella, pues el príncipe de la poesía latina fué calumniado en

algunas de sus églogas por haberse levantado mas que en las otras, y así no temeré mucho que alguno condene haber mezclado razones de filosofía entre algunas amorosas de pastores, que pocas veces se levantan á mas que tratar cosas de campo, y esto con su acostumbrada llaneza. Mas advirtiendo (como en el discurso de la obra alguna vez se hace) que muchos de los disfrazados pastores della lo eran solo en el hábito, queda llana esta objeccion. Las demas que en la invencion y en la disposicion se pudieren poner, disculpelas la intencion segura del que leyere, como lo hará siendo discreto, y la voluntad del autor, que fué de agradar, haciendo en esto lo que pudo y alcanzó, que ya que en esta parte la obra no responda á su deseo, otras ofrece para adelante de mas gusto, y de mayor artificio.

DE LUIS GALVEZ DE MONTALVO

AL AUTOR

SONETO.

Mientras del yugo sarracino anduvo
Tu cuello preso y tu cerviz domada,
Y allí tu alma al de la fe amarrada
A mas rigor, mayor firmeza tuvo,
Gozóse el cielo: mas la tierra estuvo
Casi viuda sin tí, y desamparada
De nuestras musas la real morada,
Tristeza, llanto, soledad mantuvo.
Pero despues que diste al patrio suelo
Tu alma sana y tu garganta suelta,
Dentre las fuerzas bárbaras confusas,
Descubre claro tu valor el cielo,
Gózase el mundo en tu felice vuelta,
Y cobra España las perdidas musas.

DE D. LUIS DE VARGAS MANRIQUE

SONETO.

Hicieron muestra en vos de su grandeza,
Gran Cervántes, los dioses soberanos,
Y cual primera, dones inmortales
Sin tasa os repartió Naturaleza;
Jove su rayo os dió, que es la viveza
De palabras que mueven pedernales;
Diana en exceder á los mortales
En castidad de estilo con presteza;
Mercurio las historias marañadas;
Marte el fuerte vigor que el brazo os mueve;
Cupido y Vénus todos sus amores;
Apolo las canciones concertadas;
Su ciencia las hermanas todas nueve,
Y al fin el dios silvestre sus pastores.

DE LOPEZ MALDONADO

SONETO.

Salen del mar y vuelven á sus senos
Despues de una veloz larga carrera,
Como á su madre universal primera,
Los hijos della largo tiempo agenos.
Con su partida no la hacen menos,
Ni con su vuelta mas soberbia y fiera,
Porque tiene quedándose ella entera,
De su humor siempre sus estanques llenos.
La mar sois vos, o Galatea estremada,
Los rios, los loores, premio y fruto
Con que alcanzais la mas ilustre vida;
Por mas que deis, jamas seréis menguada,
Y menos cuando os den todos tributo,
Con él vendréis á veros mas crecida.

JOSÉ G. MERCADO.

GALATEA.

LIBRO PRIMERO.

Mientras que al triste lamentable acento
Del mal acorde son del canto mio,
En eco amargo del cansado aliento
Responde el monte, el prado, el llano, el rio,
Demos al sordo y presuroso viento
Las quejas, que del pecho ardiente y frio
Salen á mi pesar, pidiendo en vano
Ayuda al rio, al monte, al prado, al llano.
Crece el humor de mis cansados ojos
Las aguas de este rio, y de este prado
Las variadas flores son abrojos
Y espinas que en el alma se han entrado:
No escucha el alto monte mis enojos,
Y el llano de escucharlos se ha cansado;
Y así un pequeño alivio al dolor mio
No hallo en monte, en llano, en prado, en rio.
Creí que el fuego, que en el alma enciende
El niño alado, el lazo con que aprieta,
La red sutil con que á los dioses prende,
Y la furia y rigor de su saeta,
Que así ofendiera como á mí me ofende,
Al sugeto sin par que me sujeta;
Mas contra una alma, que es de mármol hecha,
La red no puede, el fuego, el lazo, y flecha.
Yo sí que al fuego me consumo y quemo,
Y al lazo pongo humilde la garganta,
Y á la red invisible poco temo,
Y el rigor de la flecha no me espanta:
Por esto soy llegado á tal extremo,
A tanto daño, á desventura tanta,
Que tengo por mi gloria y mi sosiego
La saeta, la red, el lazo, el fuego.

Esto cantaba Elicio pastor en las riberas de Tajo, con quien naturaleza se mostró tan liberal, cuanto la fortuna y el amor escasos; aunque los discursos del tiempo consumidor y renovador de las humanas obras, le trujeron á términos, que tuvo por dichosos los infinitos y desdichados en que se habia visto, y en los

que su deseo le habian puesto, por la incomparable belleza de la sin par Galatea, pastora en las mismas riberas nacida; y aunque en el pastoral y rústico ejercicio criada, fué de tan alto y subido entendimiento, que las discretas damas en los reales palacios crecidas y al discreto trato de la corte acostumbradas, se tuvieran por dichosas de parecerla en algo así en la discrecion, como en la hermosura, por los infinitos y ricos dones con que el cielo á Galatea habia adornado. Fué querida, y con entrañable ahinco amada de muchos pastores, y ganaderos, que por las riberas de Tajo su ganado apacentaban: entre los cuales se atrevió á quererla el gallardo Elicio, con tan puro y sincero amor, cuanto la virtud y honestidad de Galatea permitia. De Galatea no se entiende que aborreciese á Elicio, ni menos que le amase; porque á veces casi como convencida y obligada á los muchos servicios de Elicio, con algun honesto favor le subia al cielo: y otras veces, sin tener cuenta con esto, de tal manera le desdeñaba, que el enamorado pastor la suerte de su estado apenas conocia. No eran las buenas partes y virtudes de Elicio para aborrecerse, ni la hermosura, gracia y bondad de Galatea para no amarse. Por lo uno, Galatea no desechaba de todo punto á Elicio. Por lo otro, Elicio no podia, ni debia, ni queria olvidar á Galatea. Pareciale á Galatea, que pues Elicio con tanto miramiento de su honra la amaba, que seria demasiada ingratitud no pagarle con algun honesto favor sus honestos pensamientos. Imaginábase Elicio, que pues Galatea no desdeñaba sus servicios, que tendrían buen suceso sus deseos; y cuando estas imaginaciones le avivaban la esperanza, hallábase tan contento y atrevido, que mil veces quiso descubrir á Galatea lo que con tanta dificultad encubria. Pero la discrecion de Galatea conocia bien en los movimientos del rostro, lo que Elicio en el alma traia; y tal el suyo mostraba, que al enamorado pastor se le helaban las palabras en la boca, y quedábase solamente con el gusto de aquel primer movimiento, por parecerle que á la honestidad de Galatea se le hacia agravio en tratarle de cosas que en alguna manera pudiesen tener sombra de no ser tan honestas, que la misma honestidad en ellas se transformase. Con estos altibajos de su vida, la pasaba el pastor tan mala, que á veces tuviera por bien el mal de perderla, á trueco de no sentir el que le causaba no acabarla. Y así un dia, puesta la consideracion en la variedad de sus pensamientos, hallándose en medio de un deleitoso prado, convidado de la soledad y del murmurio de un deleitoso arroyuelo que por el llano corria, sacando de su zurron un polido rabel (al son del cual sus querellas al cielo cantando comunicaba), con voz en extremo buena cantó los versos siguientes:

Amoroso pensamiento,
Si te precias de ser mio,
Camina con tanto viento,
Que ni te humille el desvío,

Ni ensoberbezca el contento:
Ten un medio (si se acierta
A tenerle en tal porfía),
No huyas el alegría,
Ni menos cierres la puerta
Al llanto que amor envia.
Si quieres que de mi vida
No se acabe la carrera,
No la lleves tan corrida,
Ni subas do no se espera,
Sino muerte en la caida:
Esa vana presuncion
En dos cosas parará,
La una en tu perdicion,
La otra en que pagará
Tus deudas el corazon.
Dél naciste, y en naciendo
Pecaste, y págalo él,
Huyes dél, y si pretendo
Recogerte un poco en él,
Ni te alcanzo, ni te entiendo:
Ese vuelo peligroso
Con que te subes al cielo
(Si no fueres venturoso)
Ha de poner por el suelo
Mi descanso, y tu reposo.
Dirás que quien bien se emplea
Y se ofrece á la ventura,
Que no es posible que sea
Del tal juzgado á locura
El brio de que se arrea;
Y que en tan alta ocasion,
Es gloria que par no tiene
Tener tanta presuncion,
Cuanto mas si le conviene
Al alma, y al corazon.
Yo lo tengo así entendido;
Mas quiero desengañarte,
Que es señal ser atrevido,
Tener de amor menos parte
Que el humilde y encogido:
Subes tras una beldad
Que no puede ser mayor:
No entiendo tu calidad,
Que puedas tener amor
Con tanta desigualdad.
Que si el pensamiento mira
Un sugeto levantado,
Contémplalo, y se retira
Por no ser caso acertado
Poner tan alta la mira:
Cuanto mas que el amor nace

Junto con la confianza,
Y en ella se ceba y pace,
Y en faltando la esperanza
Como niebla se deshace.
Pues tú que ves tan distante
El medio del fin que quieres,
Sin esperanza y constante,
Si en el camino murieres,
Morirás como ignorante:
Pero no se te dé nada,
Que en esta empresa amorosa
Do la causa es sublimada,
El morir es vida honrosa,
La pena gloria extremada.

No dejara tan presto el agradable canto el enamorado Elicio, si no sonaran á su derecha mano las voces de Erastro, que con el rebaño de sus cabras hácia el lugar donde estaba se venia. Era Erastro un rústico ganadero; pero no le valió tanto su rústica y selvática suerte, que defendiese que de su robusto pecho el blando amor no tomase entera posesion, haciéndole querer mas que á su vida á la hermosa Galatea, á la cual sus querellas, cuando ocasion se le ofrecia, declaraba. Y aunque rústico, era, como verdadero enamorado, en las cosas del amor tan discreto, que cuando en ellas hablaba, parecia que el mismo amor se las mostraba y por su lengua las proferia; pero con todo eso (puesto que de Galatea eran escuchadas) eran en aquella cuenta tenidas, en que las cosas de burla se tienen. No le daba á Elicio pena la competencia de Erastro, porque entendia del ingenio de Galatea, que á cosas mas altas la inclinaba, antes tenia lástima y envidia á Erastro: lástima en ver que al fin amaba, y en parte donde era imposible coger el fruto de sus deseos: envidia por parecerle que quizá no era tal su entendimiento, que diese lugar al alma á que sintiese los desdenes ó favores de Galatea de suerte, ó que los unos le acabasen, ó los otros lo enloqueciesen. Venia Erastro acompañado de sus mastines, fieles guardadores de las simples ovejuelas, que debajo de su amparo están seguras de los carniceros dientes de los hambrientos lobos, holgándose con ellos, y por sus nombres los llamaba, dando á cada uno el título que su condicion y ánimo merecia: á quien llamaba Leon, á quien Gavilan, á quien Robusto, á quien Manchado; y ellos como si de entendimiento fueran dotados, con el mover las cabezas, viniéndose para él daban á entender el gusto que de su gusto sentian. De esta manera llegó Erastro, adonde de Elicio fué agradablemente recebido y aun rogado, que si en otra parte no habia determinado de pasar el sol de la calurosa siesta, pues aquella en que estaban era tan aparejada para ello, no le fuese enojoso pasarla en su compañía. Con nadie, respondió Erastro, la podria yo tener mejor que contigo, Elicio: si ya ni fuese con aquella que está tan enrobrecida á mis demandas, cuan hecha encina á tus

continuos quejidos. Luego los dos se sentaron sobre la menuda yerba, dejando andar á sus anchuras el ganado, despuntando con los rumiadores dientes las tiernas yerbezuelas del herboso llano. Y como Erastro por muchas y descubiertas señales, conocia claramente que Elicio á Galatea amaba, y que el merecimiento de Elicio era de mayores quilates que el suyo, en señal de que reconocia esta verdad, en medio de sus pláticas entre otras razones le dijo las siguientes :

No sé, gallardo y enamorado Elicio, si habrá sido causa de darte pesadumbre, el amor que á Galatea tengo, y si lo ha sido, debes perdonarme, porque jamas imaginé de enojarte; ni de Galatea quise otra cosa que servirla. Mala rabia ó cruda roña consuma y acabe mis retozadores chibatos y mis ternezuelos corderillos; cuando dejaren las tetas de las queridas madres, no hallen en el verde prado para sustentarse, sino amargas tueras, y ponzoñosas adelfas, si no he procurado mil veces quitarla de la memoria, y si otras tantas no he andado á los médicos y curas del lugar á que me diesen remedio para las ansias que por su causa padezco. Los unos me mandan que tome no sé qué bebedizos de paciencia : los otros dicen, que me encomiende á Dios que todo lo cura, ó que todo es locura.

Permíteme, buen Elicio, que yo la quiera, pues puedes estar seguro que si tú con tus habilidades, y extremadas gracias, y razones no la ablandas, mal podré yo con mis simplezas enternecerla. Esta licencia te pido, por lo que estoy obligado á tu merecimiento : que puesto que no me la dieses, tan imposible seria dejar de amarla, como hacer que estas aguas no mojasen, ni el sol con sus peinados cabellos no nos alumbrase. No pudo dejar de reirse Elicio de las razones de Erastro, y del comedimiento con que la licencia de amar á Galatea le pedia : y así le respondió : No me pesa á mí, Erastro, que tú ames á Galatea : pésame bien de entender de su condicion, que podrán poco para con ella tus verdaderas razones y no fingidas palabras : dete Dios tan buen suceso en tus deseos, cuanto merece la sinceridad de tus pensamientos : y de aquí adelante no dejes por mi respeto de querer á Galatea, que no soy de tan ruin condicion, que ya que á mí me falte ventura, huelgue de que otros no la tengan : antes te ruego, por lo que debes á la voluntad que te muestro, que no me niegues tu conversacion y amistad; pues de la mia puedes estar tan seguro, como te he certificado : anden nuestros ganados juntos, pues andan nuestros pensamientos apareados : tú al son de tu zampoña publicarás el contento ó pena, que el alegre ó triste rostro de Galatea te causare : yo al de mi rabel en el silencio de las sosegadas noches, ó en el calor de las ardientes siestas, á la fresca sombra de los verdes árboles de que esta nuestra ribera está tan adornada, te ayudaré á llevar la pesada carga de tus trabajos, dando noticia al cielo de los mios.

Y para señal de nuestro buen propósito, y verdadera amistad, en

tanto que se hacen mayores las sombras destos árboles, y el sol hácia el ocidente se declina, acordemos nuestros instrumentos, y demos principio al ejercicio que de aquí adelante hemos de tener. No se hizo de rogar Erastro, antes con muestras de estraño contento por verse en tanta amistad con Elicio, sacó su zampoña, y Elicio su rabel, y comenzando el uno, y replicando el otro, cantaron lo que se sigue:

ELICIO. Blanda, suave, reposadamente,
Ingrato amor, me sujetaste el dia
Que los cabellos de oro y bella frente
Miré del sol, que al sol escurecia:
Tu sosiego cruel, cual de serpiente
En las rubias madejas se escondia,
Yo por mirar el sol en los manojos,
Todo vine á beberle por los ojos.

ERASTRO. Atónito quedé y embelesado,
Como estaba sin voz de piedra dura,
Cuando de Galatea el extremado
Donaire ví, la gracia y hermosura:
Amor me estaba en el siniestro lado,
Con las saetas de oro (ay muerte dura!)
Haciéndome una puerta por do entrase
Galatea, y el alma me robase.

ELICIO. ¿Con qué milagro, amor, abres el pecho
Del miserable amante que te sigue;
Y de la llaga interna que le has hecho,
Crecida gloria muestra que consigue?
¿Cómo el daño que haces es provecho?
¿Cómo en tu muerte alegre vida vive
El alma que prueba estos efetos todos?
La causa sabe, pero no los modos.

ERASTRO. No se ven tantos rostros figurados
En roto espejo, ó hecho por tal arte,
Que si uno en él se mira, retratados
Se ve una multitud en cada parte;
Cuantos nacen cuidados y cuidados
De un cuidado cruel que no se parte
Del alma mia á su rigor vencida,
Hasta apartarse junto con la vida.

ELICIO. La blanca nieve, y colorada rosa,
Que el verano no gasta, ni el invierno,
El sol de dos luceros, do reposa
El blando amor, y á do estará in eterno
La voz cual la de Orfeo poderosa
De suspender las furias del infierno,
Y otras cosas que ví quedando ciego,
Yesca me han hecho al invisible fuego.

ERASTRO. Dos hermosas manzanas coloradas,
Que tales me semejan dos mejillas,

Y el arco de dos cejas levantadas,
Que el de Iris no llegó á sus maravillas,
Dos rayos, dos hileras extremadas
De perlas entre grana, y si hay decillas,
Mil gracias, que no tienen par ni cuento,
Niebla me han hecho al amoroso viento.

ELICIO. Yo ardo y no me abraso, vivo y muero,
Estoy lejos y cerca de mí mismo,
Espero en solo un punto y desespero,
Súbome al cielo, bájome al abismo,
Quiero lo que aborrezco, blando y fiero;
Me pone el amaros parasismo:
Y con estos contrarios paso á paso
Cerca estoy ya del último traspaso.

ERASTRO. Yo te prometo, Elicio, que le diera
Todo cuanto en la vida me ha quedado
A Galatea, porque me volviera
El alma y corazon que me ha robado:
Y despues del ganado, le añadiera
Mi perro Gavilan con el Manchado;
Pero como ella debe de ser diosa,
El alma querrá mas que no otra cosa.

ELICIO. Erastro, el corazon que en alta parte
Es puesto por el hado, suerte ó sino,
Quererle derribar por fuerza, ó arte,
O diligencia humana, es desatino:
Debes de su ventura contentarte,
Que aunque mueras sin ella, yo imagino
Que no hay vida en el mundo mas dichosa,
Como el morir por causa tan honrosa.

Ya se aparejaba Erastro para seguir adelante en su canto, cuando sintieron por un espeso montecillo que á sus espaldas estaba, un no pequeño estruendo y ruido: y levantándose los dos en pié por ver lo que era, vieron que del monte salia un pastor corriendo á la mayor priesa del mundo, con un cuchillo desnudo en la mano, y la color del rostro mudada: y que tras él venia otro ligero pastor, que á pocos pasos alcanzó al primero, y asiéndole por el cabezon del pellico, levantó el brazo en el aire cuanto pudo, y un agudo puñal que sin vaina traia, se le escondió dos veces en el cuerpo, diciendo: Recibe, o mal lograda Leonida, la vida de este traidor, que en venganza de tu muerte sacrifico. Y esto fué con tanta presteza, que no tuvieron lugar Elicio y Erastro de estorbárselo, porque llegaron á tiempo que ya el herido pastor daba el último aliento, envuelto en estas pocas y mal formadas palabras: Dejárasme, Lisandro, satisfacer al cielo con mas largo arrepentimiento el agravio que te hice, y despues quitárasme la vida, que ahora por la causa que he dicho, mal contenta destas carnes se aparta: y sin poder decir mas, cerró los ojos en sempiterna noche. Por las cuales pala-

bras imaginaron Elicio y Erastro, que no con pequeña causa habia el otro pastor ejecutado en él tan cruda y violenta muerte. Y por mejor informarse de todo el suceso, quisieran preguntárselo al pastor homicida; pero él con tirado paso, dejando al pastor muerto, y á los dos admirados, se tornó á entrar por el montecillo adelante. Y queriendo Elicio seguirle, y saber dél lo que deseaba, le vieron tornar á salir del bosque, y estando por buen espacio desviado de ellos, en alta voz les dijo: Perdonadme, comedidos pastores, si yo no lo he sido en haber hecho en vuestra presencia lo que habeis visto, porque la justa y mortal ira que contra ese traidor tenia concebida, no me dió lugar á mas moderados discursos: lo que os aviso es, que si no quereis enojar á la deidad que en el alto cielo mora, no hagais las obsequias y plegarias acostumbradas por el alma traidora de aquese cuerpo que delante teneis, ni á él deis sepultura, si ya aqui en vuestra tierra no se acostumbra darla á los traidores: y diciendo esto á todo correr se volvió á entrar por el monte, con tanta priesa que quitó la esperanza á Elicio de alcanzarle, aunque le siguiese, y asi se volvieron los dos con tiernas entrañas á hacer el piadoso oficio, y dar sepultura como mejor pudiesen al miserable cuerpo que tan repentinamente habia acabado el curso de sus cortos dias. Erastro fué á su cabaña, que no lejos estaba, y trayendo suficiente aderezo hizo una sepultura en el mismo lugar do el cuerpo estaba, y dándole el último vale, le pusieron en ella. Y no sin compasion de su desdichado caso, se volvieron á sus ganados, y recogiéndolos con alguna priesa, porque ya el sol se entraba á mas andar por las puertas del ocidente, se recogieron á sus acostumbrados albergues, donde no su sosiego dellos, ni el poco que sus cuidados le concedian, podian apartar á Elicio de pensar qué causas habian movido á los dos pastores para venir á tan desesperado trance; y ya le pesaba de no haber seguido al pastor homicida, y saber dél si fuera posible lo que deseaba. Con este pensamiento, y con los muchos que sus amores le causaban, despues de haber dejado en segura parte su rebaño, se salió de su cabaña, como otras veces solia, y con la luz de la hermosa Diana, que resplandeciente en el cielo se mostraba, se entró por la espesura de un espeso bosque adelante, buscando algun solitario lugar, adonde en el silencio de la noche con mas quietud pudiese soltar la rienda á sus amorosas imaginaciones, por ser cosa ya averiguada que á los tristes imaginativos corazones ninguna cosa les es de mayor gusto que la soledad despertadora de memorias tristes ó alegres. Y asi yéndose poco á poco, gustando de un templado céfiro que en el rostro le heria, lleno de suavísimo olor que de las olorosas flores de que el verde suelo estaba colmado, al pasar por ellas blandamente robaba envuelto en el aire delicado, oyó una voz como de persona que dolorosamente se quejaba, y recogiendo por un poco en sí mismo el aliento, porque el ruido no le estorbase de oir lo que era, sintió que de unas apretadas zarzas, que poco desviadas de él estaban, la

entristecida voz salia; y aunque interrota de infinitos suspiros, entendió que estas tristes razones pronunciaba : Cobarde y temeroso brazo, enemigo mortal de lo que á tí mismo debes, mira que ya no queda de quien tomar venganza sino de tí mismo : ¿ de qué te sirve alargar la vida que tan aborrecida tengo ? si piensas que es nuestro mal de los que el tiempo suele curar, vives engañado; porque no hay cosa mas fuera de remedio, que nuestra desventura; pues quien la pudiera hacer buena, la tuvo tan corta, que en los verdes años de su alegre juventud ofreció la vida al carnicero cuchillo, que se la quitase por la traicion del malvado Carino, que hoy con perder la suya habrá aplacado en parte á aquella venturosa alma de Leonida, si en la celeste parte donde mora, puede caber deseo de venganza alguna. ¡ Ha Carino, Carino! ruego yo á los altos cielos, si dellos las justas plegarias son oidas, que no admitan la disculpa, si alguna dieres, de la traicion que me hiciste, y que permitan que tu cuerpo carezca de sepultura, así como tu alma careció de misericordia. Y tú, hermosa y mal lograda Leonida, recibe en muestra del amor que en vida te tuve, las lágrimas que en tu muerte derramo; y no atribuyas á poco sentimiento el no acabar la vida, con el que de tu muerte recibo; pues seria poca recompensa á lo que debo y deseo sentir, el dolor que tan presto se acabase : tú verás, si de las cosas de acá tienes cuenta, como este miserable cuerpo quedará un dia consumido del dolor, poco á poco, para mayor pena y sentimiento : bien ansí como la mojada y encendida pólvora, que sin hacer estrépito, ni levantar llama en alto, entre sí mesma se consume, sin dejar de sí sino el rastro de las consumidas cenizas. Duéleme cuanto puede dolerme, o alma del alma mia, que ya que no pude gozarte en la vida, en la muerte no puedo hacerte las obsequias y honras que á tu bondad y virtud convenian; pero yo te prometo y juro, que el poco tiempo, que será bien poco, que esta apasionada ánima mia rigiere la pesada carga deste miserable cuerpo, y la voz cansada tuviere aliento que la forme, de no tratar otra cosa en mis tristes y amargas canciones, que de tus alabanzas y merecimientos. A este punto cesó la voz, por la cual Elicio conoció claramente que aquel era el pastor homicida, de que recibió mucho gusto, por parecerle que estaba en parte donde podria saber dél lo que deseaba : y queriendo llegar mas cerca, hubo de tornarse á parar, porque le pareció que el pastor templaba un rabel, y quiso escuchar primero, si al son dél alguna cosa diria : y no tardó mucho, que con suave y acordada voz oyó que desta manera cantaba :

LISANDRO. O alma venturosa,
Que del humano velo
Libre al alta region viva volaste,
Dejando en tenebrosa
Cárcel de desconsuelo
Mi vida, aunque contigo la llevaste!

Sin tí, escura dejaste
La luz clara del dia,
Por tierra derribada
La esperanza fundada
En el mas firme asiento de alegría:
En fin con tu partida
Quedó vivo el dolor, muerta la vida.
  Envuelto en tus despojos
La muerte se ha llevado
El mas subido extremo de belleza,
La luz de aquellos ojos
Que en haberte mirado
Tenian encerrada su riqueza:
Con presta ligereza
Del alto pensamiento,
Y enamorado pecho
La gloria se ha deshecho,
Como la cera al sol ó niebla al viento;
Y toda mi ventura
Cierra la piedra de tu sepultura.
  ¿Cómo pudo la mano
Inexorable y cruda,
Y el intento cruel, facinoroso
Del vengativo hermano,
Dejar libre y desnuda
Tu alma del mortal velo hermoso?
¿Porqué turbó el reposo
De nuestros corazones?
Que si no se acabaran,
En uno se juntaran
Con honestas y santas condiciones.
¡Ay, fiera mano esquiva,
Cómo ordenaste que muriendo viva!
  En llanto sempiterno
Mi ánima mezquina
Los años pasará, meses y dias:
La tuya en gozo eterno,
Y edad firme y contina
No temerá del tiempo las porfías:
Con dulces alegrías
Verás firme la gloria
Que tu loable vida
Te tuvo merecida;
Y si puede caber en tu memoria
Del suelo no perderla,
De quien tanto te amó debes tenerla.
  Mas, ¡o cuan simple he sido,
Alma bendita y bella!
De pedir que te acuerdes ni aun burlando
De mí que te he querido,
Pues sé que mi querella
Se irá con tal favor eternizando:

Mejor es, que pensando
Que soy de ti olvidado,
Me apriete con mi llaga,
Haga que se deshaga
Con el dolor la vida que ha quedado,
Con tan estraña suerte,
Que no tiene por mal el de la muerte.
Goza en el santo coro
Con otras almas santas,
Alma, de aquel seguro bien eterno,
Alto, rico tesoro,
Mercedes, gracias tantas,
Que goza el que no huye el buen sendero:
Allí gozar espero,
Si por tus pasos guio,
Contigo en paz entera
De eterna primavera
Sin temor, sobresalto, ni desvío;
A esto me encamina,
Pues será hazaña de tus obras dina:
Y pues vosotras, celestiales almas,
Veis el bien que deseo,
Creced las alas á tan buen deseo.

Aquí cesó la voz, pero no los suspiros del desdichado que cantado habia, y lo uno y lo otro fué parte de acrecentar en Elicio la gana de saber quién era. Y rompiendo por las espinosas zarzas, por llegar mas presto á do la voz salia, salió á un pequeño prado, que todo en redondo á manera de teatro de espesísimas é intrincadas matas estaba ceñido, en el cual vió un pastor que con extremado brio estaba con el pié derecho delante, y el izquierdo atras, y el diestro brazo levantado á guisa de quien esperaba hacer algun recio tiro. Y así era la verdad, porque con el ruido que Elicio al romper por las matas habia hecho, pensando ser alguna fiera (de la cual convenia defenderse el pastor del bosque) se habia puesto á punto de arrojarle una pesada piedra que en la mano tenia. Elicio, conociendo por su apostura su intento, antes que le efetuase, le dijo: Sosiega el pecho, lastimado pastor, que el que aquí viene, trae el suyo aparejado á lo que mandarle quisieres, y quien el deseo de saber tu ventura le ha hecho romper tus lágrimas, y turbar el alivio que de estar solo se te podria seguir. Con estas blandas y comedidas palabras de Elicio se sosegó el pastor, y con no menos blandura le respondió, diciendo: Tu buen ofrecimiento agradezco, cualquiera que tú seas, comedido pastor; pero si ventura quieres saber de mí que nunca la tuve, mal podrás ser satisfecho. Verdad dices, respondió Elicio, pues por las palabras y quejas que esta noche te he oido, muestras bien claro la poca ó ninguna que tienes; pero no menos satisfarás mi deseo con decirme tus trabajos, que con declararme tus contentos; y así la fortuna te los dé en lo que

deseas, que no me niegues lo que te suplico, si ya el no conocerme no lo impide; aunque para asegurarte y moverte, te hago saber que no tengo el alma tan contenta, que no sienta en el punto que es razon las miserias que me contàres: esto te digo, porque sé que no hay cosa mas escusada y aun perdida, que contar el miserable sus desdichas á quien tiene el pecho colmado de contentos. Tus buenas razones me obligan, respondió el pastor, á que te satisfaga en lo que me pides, así porque no imagines que de poco y acobardado ánimo nacen las quejas y lamentaciones que dices que de mi has oido, como porque conozcas que aun es muy poco el sentimiento que muestro á la causa que tengo de mostrarlo. Elicio se lo agradeció mucho, y despues de haber pasado entre los dos mas palabras de comedimiento, dando señales Elicio de ser verdadero amigo del pastor del bosque, y conociendo él que no eran fingidos ofrecimientos, vino á conceder lo que Elicio rogaba. Y sentándose los dos sobre la verde yerba, cubiertos con el resplandor de la hermosa Diana, que en claridad aquella noche con su hermano competir podia, el pastor del bosque, con muestras de un tierno dolor, comenzó á decir desta manera:

En las riberas de Bétis, caudalosísimo rio, que la gran Vandalia enriquece, nació Lisandro (que este es el nombre desdichado mio), y de tan nobles padres, cual pluguiera al soberano Dios, que en mas baja fortuna fuera engendrado; porque muchas veces la nobleza del linage pone alas y esfuerza el ánimo á levantar los ojos adonde la humilde suerte no osára jamas levantarlos, y de tales atrevimientos suelen suceder á menudo semejantes calamidades como lás que de mi oirás, si con atencion me escuchas. Nació asimismo en mi aldea una pastora, cuyo nombre era Leonida, suma de toda la hermosura, que en gran parte de la tierra segun yo imagino pudiera hallarse: de no menos nobles y ricos padres nacida, que su hermosura y virtud merecian. De do nació que por ser los parientes de entrambos de los mas principales del lugar, y estar en ellos el mando y gobernacion del pueblo, la envidia, enemiga mortal de la sosegada vida, sobre algunas diferencias del gobierno del pueblo vino á poner entre ellos zizaña y mortalísima discordia; de manera, que el pueblo fué dividido en dos parcialidades, la una seguia la de mis parientes, la otra la de los de Leonida, con tan arraigado rencor y mal ánimo, que no ha sido parte para ponerlos en paz ninguna humana diligencia. Ordenó pues la suerte, para echar de todo punto el sello á nuestra amistad, que yo me enamorase de la hermosa Leonida, hija de Parmindro, principal cabeza del bando contrario, y fué mi amor tan de veras, que aunque procuré con infinitos medios quitarle de mis entrañas, el fin de todos venia á parar á quedar mas vencido y sujeto. Poniaseme delante un monte de dificultades, que conseguir el fin de mi deseo me estorbaban, como eran el mucho valor de Leonida, la endurecida enemistad de nuestros padres, las pocas coyunturas ó

ninguna que se me ofrecian para descubrirle mi pensamiento; y con todo esto, cuando ponia los ojos de la imaginacion en la singular belleza de Leonida, cualquiera dificultad se allanaba, de suerte que me parecia poco romper por entre agudas puntas de diamantes para llegar al fin de mis amorosos y honestos pensamientos.

Habiendo pues por muchos dias combatido conmigo mesmo por ver si podria apartar el alma de tan ardua empresa, y viendo ser imposible, recogí toda mi industria á considerar con cual podria dar á entender á Leonida el secreto amor de mi pecho: y como los principios en cualquier negocio sean siempre dificultosos, en los que tratan de amor son por la mayor parte dificultosisimos, hasta que el mesmo amor, cuando se quiere mostrar favorable, abre las puertas del remedio, donde parece que están mas cerradas, y así se pareció en mí, pues guiado por su pensamiento el mio, vine á imaginar que ningun medio se ofrecia mejor á mi deseo, que hacerme amigo de los padres de Silvia, una pastora que era en grande extremo amiga de Leonida, y muchas veces la una á la otra en compañía de sus padres en sus casas se visitaban. Tenia Silvia un pariente que se llamaba Carino, compañero muy familiar de Crisalvo, hermano de la hermosa Leonida, cuya bizarría y aspereza de costumbres le habian dado renombre de cruel, y así de todos los que le conocian, el cruel Crisalvo era ordinariamente llamado: y ni mas ni menos á Carino el pariente de Silvia, y compañero de Crisalvo, por ser entremetido y agudo de ingenio, el astuto Carino le llamaban, del cual y de Silvia (por parecerme que me convenia) con el medio de muchos presentes y dádivas forjé la amistad, al parecer posible; á lo menos de parte de Silvia fué mas firme de lo que yo quisiera, pues los regalos y favores que ella con limpias entrañas me hacia obligada de mis continuos servicios, tomó por instrumentos mi fortuna para ponerme en la desdicha que ahora me veo. Era Silvia hermosa en extremo, y de tantas gracias adornada, que la dureza del crudo corazon de Crisalvo se movió á amarla: y esto yo no lo supe sino con mi daño, y de allí á muchos dias, y ya que con larga experiencia estuve seguro de la voluntad de Silvia, un dia ofreciéndoseme comodidad, con las mas tiernas palabras que pude, le descubrí la llaga de mi lastimado pecho, diciéndole que aunque era tan profunda y peligrosa, no la sentia tanto, solo por imaginar que en su solicitud estaba el remedio de ella, advirtiéndole ansí mismo el honesto fin á que mis pensamientos se encaminaban, que era juntarme por legítimo matrimonio con la bella Leonida: y que pues era causa tan justa y buena, no se habia de desdeñar de tomarla á su cargo. En fin por no serte prolijo, el amor me ministró tales palabras que le dijese, que ella vencida de ellas, y mas por la pena que ella como discreta por las señales de mi rostro conoció que en mi alma moraba, se determinó de tomar á su cargo mi remedio y decir á Leonida lo que yo por ella sentia, prometiendo de hacer por mi todo cuanto su fuerza é industria alcanzase, puesto

que se le hacia dificultosa tal empresa, por la inimicicia grande que entre nuestros padres conocia, aunque por otra parte imaginaba poder dar principio al fin de sus discordias, si Leonida conmigo se casase. Movida pues con esta buena intencion y enternecida con lágrimas que yo derramaba, como ya he dicho, se aventuró á ser intercesora de mi contento, y discurriendo consigo qué entrada tendria para con Leonida, me mandó que le escribiese una carta, la cual ella se ofrecia á darla cuando tiempo le pareciese. Parecióme á mi bien su parecer, y aquel mismo dia le envié una que por haber sido principio del contento que por su respuesta sentí, siempre la he tenido en la memoria, puesto que fuera mejor no acordarme de cosas alegres en tiempo tan triste como es el en que ahora me hallo. Recibió la carta Silvia, y aguardaba ocasion de ponerla en las manos de Leonida. No, dijo Elicio, atajando las razones de Lisandro, no es justo que me dejes de decir la carta que á Leonida enviaste, que por ser la primera, y por hallarte tan enamorado en aquella sazon, sin duda debe de ser discreta. Y pues me has dicho que la tienes en la memoria y el gusto que por ella grangeaste, no me lo niegues ahora en no decirmela. Bien dices, amigo, respondió Lisandro, que yo estaba entonces tan enamorado y temeroso, como ahora descontento y desesperado, y por esta razon me parece que no acerté á decir alguna, aunque fué harto acertamiento que Leonida las creyese las que en la carta iban. Ya que tanto deseas saberlas, decia de esta manera :

LISANDRO A LEONIDA.

Mientras que he podido (aunque con grandísimo dolor mio) resistir con las propias fuerzas á la amorosa llama que por tí, o hermosa Leonida, me abrasa, jamas he tenido atrevimiento, temeroso del subido valor que en tí conozcó, de descubrirte el amor que te tengo : mas ya que es consumida aquella virtud que hasta aquí me ha hecho fuerte, hame sido forzoso descubriendo la llaga de mi pecho, tentar con escribirte tu primero y último remedio. Que sea el primero, tú lo sabes, y de ser el último está en tu mano, de la cual espero la misericordia que tu hermosura promete y mis honestos deseos merecen. Los cuales y el fin adonde se encaminan, conocerás de Silvia que esta te dará; y pues ella se ha atrevido, con ser quien es, á llevártela, entiende que son tan justos, cuanto á tu merecimiento se deben.

No le parecieron mal á Elicio las razones de la carta de Lisandro, el cual prosiguiendo la historia de sus amores, dijo : No pasaron muchos dias sin que esta carta viniese á las hermosas manos de Leonida, por medio de las piadosas de Silvia, mi verdadera amiga : la cual, junto con dársela, le dijo tales cosas que con ellas templó en gran parte la ira y alteracion que con mi carta Leonida habia recibido, como fué decirle cuanto bien se seguiria, si por nuestro casamiento la enemistad de nuestros padres se acababa, y que el fin de tan buena intencion la habia de mover á no desechar

mis deseos; cuanto mas que no se debia compadecer con su hermosura, dejar morir sin mas respeto á quien tanto como yo la amaba, añadiendo á estas otras razones que Leonida conoció que lo eran. Pero por no mostrarse al primer encuentro rendida, y á los primeros pasos alcanzada, no dió tan agradable respuesta á Silvia como ella quisiera. Pero con todo esto, por intercesion de Silvia, que á ello le forzó, respondió con esta carta que ahora te diré :

LEONIDA Á LISANDRO.

Si entendiera, Lisandro, que tu mucho atrevimiento habia nacido de mi poca honestidad, en mí mesma ejecutara la pena que tu culpa merece; pero por asegurarme de esto, lo que yo de mí conozco, vengo á conocer que mas ha procedido tu osadía de pensamientos ociosos, que de enamorados; y aunque ellos sean de la manera que dices, no pienses que me has de mover á mí para remediallos, como á Silvia para creellos, de la cual tengo mas queja por haberme forzado á responderte, que de tí que te atreviste á escribirme, pues el callar fuera digna respuesta á tu locura. Si te retraes de lo comenzado, harás como discreto, porque te hago saber que pienso tener mas cuenta con mi honra, que con tus vanidades.

Esta fué la respuesta de Leonida, la cual junto con las esperanzas que Silvia me dió, aunque ella parecia algo áspera, me hizo tener por el mas bien afortunado del mundo. Mientras estas cosas entre nosotros pasaban, no se descuidaba Crisalvo de solicitar á Silvia con infinitos mensajes, presentes y servicios; mas era tan fuerte y desabrida la condicion de Crisalvo, que jamas pudo mover á la de Silvia á que un pequeño favor le diese. De lo cual estaba tan desesperado é impaciente, como un agarrochado y vencido toro. Por causa de sus amores habia tomado amistad con el astuto Carino, pariente de Silvia, habiendo los dos sido primero mortales enemigos, porque en cierta lucha que un dia de una grande fiesta delante de todo el pueblo los zagales mas diestros del lugar tuvieron, Carino fué vencido de Crisalvo y maltratado : de manera que concibió en su corazon odio perpetuo contra Crisalvo, y no menos lo tenia contra otro hermano mio, por haberle sido contrario en unos amores, de los cuales mi hermano llevó el fruto que Carino esperaba. Este rencor y mala voluntad tuvo Carino secreto hasta que el tiempo le descubrió ocasion como á un mesmo punto se vengase de entrambos, por el mas cruel estilo que imaginarse puede. Yo le tenia por amigo, porque la entrada en casa de Silvia no se me impidiese; Crisalvo le adoraba, porque favoreciese sus pensamientos con Silvia; y era de suerte su amistad, que todas las veces que Leonida venia á casa de Silvia, Carino la acompañaba; por la cual causa le pareció bien á Silvia darle cuenta, pues era mi amigo, de los amores que yo con Leonida trataba, que en aquella sazon andaban ya tan vivos y venturosos, por la buena intercesion de Silvia, que ya no esperábamos sino tiempo y lugar donde coger el honesto fruto de nuestros limpios deseos : los cuales sabidos de Carino, me

tomó por instrumento para hacer la mayor traicion del mundo. Porque un dia (haciendo del leal con Crisalvo, y dándole á entender que tenia en mas su amistad que la honra de su parienta) le dijo, que la principal causa por que Silvia no le amaba ni favorecia, era por estar de mí enamorada, y que él lo sabia infaliblemente, y que ya nuestros amores iban tan al descubierto, que si él no hubiera estado ciego de la pasion amorosa, en mil señales lo hubiera ya reconocido; y que para certificarse mas de la verdad que le decia, que de allí adelante mirase en ello, porque veria claramente como sin empacho alguno Silvia me daba extraordinarios favores. Con estas nuevas debió de quedar tan fuera de sí Crisalvo, como pareció por lo que de ellas sucedió. De allí adelante Crisalvo traia espias, por ver lo que yo con Silvia pasaba: y como yo muchas veces procurase hallarme solo con ella para tratar, no de los amores que él pensaba, sino de lo que á los mios convenia, éranle á Crisalvo referidas, con otros favores que de limpia amistad procedidos, Silvia á cada paso me hacia. Por lo que vino Crisalvo á términos tan desesperados, que muchas veces procuró matarme, aunque yo no pensaba que era por semejante ocasion, sino por lo de la antigua enemistad de nuestros padres. Mas por ser él hermano de Leonida, tenia yo mas cuenta con guardarme, que con ofenderle, teniendo por cierto que si yo con su hermana me casaba, tendrian fin nuestras enemistades, de lo que él estaba bien ageno, antes se pensaba que por serle yo enemigo habia procurado tratar amores con Silvia, y no porque yo bien la quisiese: y esto le acrecentaba la cólera y enojo de manera que le sacaba de juicio, aunque él tenia tan poco, que poco era menester para acabárselo; y pudo tanto en él este mal pensamiento, que vino á aborrecer á Silvia tanto cuanto la habia querido, solo porque á mí me favorecia no con la voluntad que él pensaba, sino como Carino le decia; y así en cualesquier corrillos y juntas que se hallaba, decia mal de Silvia, dándole títulos y renombres deshonestos. Pero como todos conocian su terrible condicion y la bondad de Silvia, daban poco ó ningun crédito á sus palabras. En este medio habia concertado Silvia con Leonida, que los dos nos desposásemos, y que para que mas á nuestro salvo se hiciese, seria bien que un dia que con Carino Leonida viniese á su casa, no volviese por aquella noche á la de sus padres, sino que desde allí en compañía de Carino se fuese á una aldea que media legua de la nuestra estaba, donde unos ricos parientes mios vivian, en cuya casa con mas quietud podiamos poner en efecto nuestras intenciones. Porque si del suceso de ellas los padres de Leonida no fuesen contentos, á lo menos estando ella ausente seria mas fácil el concertarse. Tomado pues este apuntamiento, y dando cuenta dél á Carino, le ofreció con muestras de grandísimo ánimo, que llevaria á Leonida á la otra aldea, como ella fuese contenta. Los servicios que yo hice á Carino por la buena voluntad que mostraba, las palabras de ofrecimiento que le dije, los abrazos que le di, me parece

que bastaran á deshacer en un corazon de acero cualquiera mala intencion que contra mí tuviera. Pero el traidor de Carino, echando á las espaldas mis palabras, obras y promesas, sin tener cuenta con la que á sí mismo debia, ordenó la traicion que ahora oirás. Informado Carino de la voluntad de Leonida, y viendo ser conforme á la que Silvia le habia dicho, ordenó que la primera noche que por las muestras del dia entendiesen que habia de ser escura, se pusiese por obra la ida de Leonida, ofreciéndose de nuevo á guardar el secreto y lealtad posible.

Despues de hecho este concierto que has oido, se fué á Crisalvo segun despues acá he sabido, y le dijo que su parienta Silvia iba tan adelante en los amores que conmigo traia, que en una cierta noche habia determinado de sacarla de casa de sus padres, y llevarla á la otra aldea, do mis parientes moraban, donde se le ofrecia coyuntura de vengar su corazon en entrambos, en Silvia por la poca cuenta que de sus servicios habia hecho, en mí por nuestra vieja enemistad, y por el enojo que le habia hecho en quitarle á Silvia, pues por solo mi respeto le dejaba. De tal manera le supo encarecer y decir Carino lo que quiso, que con mucho menos á otro corazon no tan cruel como el suyo, moviera á cualquier mal pensamiento. Llegado pues ya el dia que yo pensé que fuera el de mi mayor contento, dejando dicho á Carino no lo que hizo, sino lo que habia de hacer, me fui á la otra aldea á dar órden como recibir á Leonida. Y fué el dejarla encomendada á Carino, como quien deja á la simple corderuela en poder de los hambrientos lobos, ó la mansa paloma entre las uñas del fiero gavilan que la despedace. ¡Ay amigo! que llegando á este paso con la imaginacion, no sé como tengo fuerzas para sostener la vida, ni pensamiento para pensarlo, cuanto mas lengua para decirlo! ¡Ay mal aconsejado Lisandro! ¿cómo, y no sabias tú las condiciones dobladas de Carino? ¿Mas quién no se fiara de sus palabras, aventurando él tan poco en hacerlas verdaderas con las obras? ¡Ay mal lograda Leonida! ¡cuán mal supe gozar de la merced que me hiciste en escogerme por tuyo! En fin, por concluir con la tragedia de mi desgracia, sabrás, discreto pastor, que la noche que Carino habia de traer consigo á Leonida á la aldea, donde yo la esperaba, él llamó á otro pastor, que debia de tener por enemigo, aunque él se lo encubria debajo de su falsa acostumbrada disimulacion, el cual Libeo se llamaba, y le rogó que aquella noche le hiciese compañía, porque determinaba llevar una pastora, su aficionada, á la aldea que te he dicho, donde pensaba desposarse con ella. Libeo, que era gallardo y enamorado, con facilidad le ofreció su compañía. Despidióse Leonida de Silvia con estrechos abrazos y amorosas lágrimas, como presagio que habia de ser la última despedida. Debia de considerar entonces la sin ventura la traicion que á sus padres hacia, y no la que á ella Carino le ordenaba, y cuan mala cuenta daba de la buena opinion que della en el pueblo se tenia. Mas pasando de paso por

todos estos pensamientos, forzada del enamorado que la vencia, se entregó á la guardia de Carino, que adonde yo la aguardaba la trujese. ¡Cuántas veces se viene á la memoria, llegando á este punto, lo que soñé el dia que le tuviera yo por dichoso, si en él feneciera la cuenta de los de mi vida! Acuérdome que saliendo del aldea un poco antes que el sol acabase de quitar sus rayos de nuestro horizonte, me senté al pié de un alto fresno en el mesmo camino por donde Leonida habia de venir, esperando que cerrase algo mas la noche para adelantarme y recibilla, y sin saber cómo y sin yo quererlo me quedé dormido; y apenas hube entregado los ojos al sueño, cuando me pareció que el árbol donde estaba arrimado, rindiéndose á la furia de un recísimo viento que soplaba, desarraigando las hondas raices de la tierra, sobre mi cuerpo se caia, y que procurando yo evadirme del grave peso, á una y á otra parte me revolvia : y estando en esta pesadumbre, me pareció ver una blanca cierva junto á mí, á la cual yo ahincadamente suplicaba que como mejor pudiese, apartase de mis hombros la pesada carga; y que queriendo ella movida de compasion hacerlo, al mismo instante salió un fiero leon del bosque, y cogiéndola entre sus agudas uñas, se metia con ella por el bosque adelante; y que despues que con gran trabajo me habia escapado del grave peso, la iba á buscar al monte, y la hallaba despedazada y herida por mil partes : de lo cual tanto dolor sentia, que el alma se me arrancaba solo por la compasion que ella habia mostrado de mi trabajo; y ansí comencé á llorar entre sueños, de manera que las mismas lágrimas me despertaron; y hallando las mejillas bañadas del llanto, quedé fuera de mí, considerando lo que habia soñado; pero con la alegría que esperaba tener de ver á mi Leonida, no eché de ver entonces que la fortuna entre sueños me mostraba lo que de allí á poco rato despierto me habia de suceder. A la sazon que yo desperté, acababa de cerrar la noche con tanta escuridad, con tan espantosos truenos y relámpagos, como convenia para cometerse con mas facilidad la crueldad que en ella se cometió. Así como Carino salió de casa de Silvia con Leonida, se la entregó á Libeo, diciéndole que se fuese con ella por el camino de la aldea que he dicho; y aunque Leonida se alteró de ver á Libeo, Carino la aseguró que no era menor amigo mio Libeo que él propio, y que con toda seguridad podia ir con él poco á poco en tanto que él se adelantaba á darme á mí las nuevas de su llegada. Creyó la simple, en fin como enamorada, las palabras del falso Carino, y con menor recelo del que convenia, guiada del comedido Libeo, tendia los temerosos pasos para venir á buscar el último de su vida, pensando hallar el mejor de su contento. Adelantóse Carino de los dos, como ya te he dicho, y vino á dar aviso á Crisalvo de lo que pasaba, el cual con otros cuatro parientes suyos en el mismo camino por donde habian de pasar, que todo era cerrado de bosque de una y otra parte, escondidos estaban : y díjoles como Silvia venia, y solo yo que la acompañaba, y que se alegra-

sen de la buena ocasion que la suerte les ponia en las manos para vengarse de la injuria que los dos le habiamos hecho, y que él seria el primero que en Silvia, aunque era parienta suya, probase los filos de su cuchillo. Apercibiéronse luego los cinco crueles carniceros para colorarse en la inocente sangre de los dos, que tan sin cuidado de traicion semejante por el camino se venian; los cuales llegados á do la celada estaba, al instante fueron con ellos los pérfidos homicidas, y cerráronlos en medio. Crisalvo se llegó á Leonida, pensando ser Silvia, y con injuriosas y turbadas palabras, con la infernal cólera que le señoreaba, con seis mortales heridas la dejó tendida en el suelo, á tiempo que ya Libeo por los otros cuatro, creyendo que á mí me las daban, con infinitas puñaladas se revolcaba por la tierra. Carino que vió cuan bien habia salido el traidor intento suyo, sin aguardar razones, se les quitó delante; y los cinco traidores contentísimos, como si hubieran hecho alguna famosa hazaña, se volvieron á su aldea, y Crisalvo se fué á casa de Silvia á dar él mesmo á sus padres la nueva de lo que habia hecho, por acrecentarles el pesar y sentimiento: diciéndoles, que fuesen á dar sepultura á su hija Silvia, á quien él habia quitado la vida, por haber hecho mas caudal de la fria voluntad de Lisandro su enemigo, que no de los continuos servicios suyos. Silvia que sintió lo que Crisalvo decia, dándole el alma lo que habia sido, le dijo como ella estaba viva, y aun libre de todo lo que la imputaba, y que mirase no hubiese muerto á quien le doliese mas su muerte que perder él mismo la vida. Y con esto le dijo, que su hermana Leonida se habia partido aquella noche de su casa en trage no acostumbrado. Atónito quedó Crisalvo de ver á Silvia viva, teniendo él por cierto que la dejaba ya muerta, y con no pequeño sobresalto acudió luego á su casa, y no hallando en ella á su hermana, con grandísima confusion y furia volvió él solo á ver quién era la que habia muerto, pues Silvia estaba viva. Mientras todas estas cosas pasaban, estaba yo con una ansia estraña esperando á Carino y Leonida; y pareciéndome que ya tardaban mas de lo que debian, quise ir á encontrarlos, ó á saber si por algun caso aquella noche se habian detenido, y no anduve mucho por el camino, cuando oí una lastimada voz que decia: ¡O soberano Hacedor del cielo! encoge la mano de tu justicia, y abre la de tu misericordia para tenerla de esta alma que presto te dará cuenta de las ofensas que te ha hecho. Ay Lisandro, Lisandro, ¡y cómo la amistad de Carino te costará la vida, pues no es posible que te la acabe el dolor de haberla yo por ti perdido! ¡Ay cruel hermano! ¿es posible que sin oir mis disculpas, tan presto me quisiste dar la pena de mi yerro? Cuando estas razones oí, en la voz y en ellas conocí luego ser Leonida la que las decia, y presagio de mi desventura, con el sentido turbado fuí atiento á dar adonde Leonida estaba envuelta en su propia sangre, y habiéndola conocido luego, dejándome caer sobre el herido cuerpo, haciendo los extremos de dolor posible, le dije:

¿Qué desdicha es esta, bien mio? ánima mia, ¿cuál fué la cruel mano que no ha tenido respeto á tanta hermosura? En estas palabras fuí conocido de Leonida; y levantando con gran trabajo los cansados brazos, los echó por cima de mi cuello, y apretando con la mayor fuerza que pudo, juntando su boca con la mia, con flacas y mal pronunciadas razones me dijo solas estas: Mi hermano me ha muerto, Carino vendido, Libeo está sin vida, la cual te dé Dios á tí, Lisandro mio, largos y felices años, y á mí me deje gozar en la otra del reposo que aquí me ha negado; y juntando mas su boca con la mia, habiendo cerrado los labios para darme el primero y último beso, al abrillos se le salió el alma, y quedó muerta en mis brazos. Cuando yo lo sentí, abandonándome sobre el cuerpo, quedé sin ningun sentido; y si como era yo el vivo, fuera el muerto, quien en aquel trance nos viera, el lamentable de Piramo y Tisbe trujera á la memoria. Mas despues que volví en mí abriendo ya la boca para llenar el aire de voces y suspiros, sentí que hácia donde yo estaba venia uno con apresurados pasos, y llegando cerca, aunque la noche hacia escura, los ojos del alma me dieron á conocer, que el que allí venia era Crisalvo, como era la verdad; él tornaba á certificarse, si por ventura era su hermana Leonida la que habia muerto: y como yo le conocí, sin que de mí se guardase, llegué á él como sañudo leon, y dándole dos heridas, dí con él en tierra; y antes que acabase de espirar, le llevé arrastrando adonde Leonida estaba, y poniendo en la mano muerta de Leonida el puñal que su hermano traia, que era el mismo con que ella habia muerto, ayudándole yo á ello, tres veces se le hinqué por el corazon; y consolado en algo el mio con la muerte de Crisalvo, sin mas detenerme tomé sobre mis hombros el cuerpo de Leonida, y llévele á la aldea donde mis parientes vivian. Y contándoles el caso, les rogué le diesen honrada sepultura, y luego determiné de tomar en Carino la venganza que en Crisalvo, el cual por haberse ausentado de nuestra aldea se ha tardado hasta hoy, que le hallé á la salida de este bosque, despues de haber seis meses que ando en su demanda: él ha hecho ya el fin que su traicion merecia; y á mí no me queda ya de quien tomar venganza, sino es de la vida, que tan contra mi voluntad sostengo. Esta es, pastor, la causa de do proceden los lamentos que me has oido. Si te parece que es bastante para causar mayores sentimientos, á tu buena discrecion dejo que lo considere. Y con esto dió fin á su plática, y principio á tantas lágrimas, que no pudo dejar Elicio de tenerle compañía en ellas; pero despues que por largo espacio habian desfogado con tiernos suspiros el uno la pena que sentia, el otro la compasion que de ella tomaba, Elicio comenzó con las mejores razones que supo, á consolar á Lisandro, aunque era su mal tan sin consuelo como por el suceso de él habia visto; y entre otras cosas que le dijo, y la que á Lisandro mas le cuadró, fué decirle: que en los males sin remedio, el mejor era no esperarles ninguno; y que pues de la honestidad y noble condicion

de Leonida se podria creer, segun él decia, que de dulce vida gozaba, antes debia alegrarse del bien que ella habia ganado, que no entristecerse por el que él habia perdido. A lo cual respondió Lisandro: Bien conozco, amigo, que tienen fuerza tus razones para hacerme creer que son verdaderas; pero no que la tienen, ni la tendrán las que todo el mundo decirme pudiere, para darme consuelo alguno: en la muerte de Leonida comenzó mi desventura, la cual se acabará cuando yo la torne á ver; y pues esto no puede ser sin que yo muera, al que me induciere á procurar la muerte, tendré yo por mas amigo de mi vida. No quiso Elicio darle mas pesadumbre con sus consuelos, pues él no los tenia por tales: solo le rogó que se viniese con él á su cabaña, en la cual estaria todo el tiempo que gusto le diese, ofreciéndole su amistad en todo aquello que podria ser bueno para servirle. Lisandro se lo agradeció cuanto fué posible: y aunque no queria acetar el venir con Elicio, todavía lo hubo de hacer, forzado de su importunacion: y así los dos se levantaron, y se vinieron á la cabaña de Elicio, donde reposaron lo poco que de la noche quedaba. Pero ya que la blanca aurora dejaba el lecho del zeloso marido, y comenzaba á dar muestras del venidero dia, levantándose Erastro, comenzó de poner en órden el ganado de Elicio y suyo, para sacarle al pasto acostumbrado. Elicio convidó á Lisandro á que con él se viniese; y así viniendo los tres pastores con el manso rebaño de sus ovejas por una cañada abajo, al subir de una ladera, oyeron el sonido de una suave zampoña, que luego por los dos enamorados Elicio y Erastro fué conocido, que era Galatea quien la sonaba: y no tardó mucho que por la cumbre de la cuesta se comenzaron á descubrir algunas ovejas, y luego tras ellas Galatea, cuya hermósura era tanta, que seria mejor dejarla en su punto, pues faltan palabras para encarecerla. Venia vestida de serrana, con los luengos cabellos sueltos al viento, de quien el mismo sol parecia tener envidia, porque hiriéndolos con sus rayos, procuraba quitarles la luz, si pudiera; mas la que salia de la vislumbre de ellos, otro nuevo sol semejaba. Estaba Erastro fuera de sí mirándola, y Elicio no podia apartar los ojos de verla. Cuando Galatea vió que el rebaño de Elicio y Erastro con el suyo se juntaba, mostrando no gustar de tenerles aquel dia compañía, llamó á la borrega mansa de su manada, á la cual siguieron las demas, y encaminóla á otra parte diferente de la que los pastores llevaban. Viendo Elicio lo que Galatea hacia, sin poder sufrir tan notorio desden, llegándose á do la pastora estaba, le dijo: Deja, hermosa Galatea, que tu rebaño venga con el nuestro, y si no gustas de nuestra compañía, escoge la que mas te agradare, que no por tu ausencia dejarán tus ovejas de ser bien apacentadas, pues yo que nací para servirte, tendré mas cuenta de ellas, que de las mias propias; y no quieras tan á la clara desdeñarme, pues no lo merece la limpia voluntad que te tengo, que segun el viaje que traias, á la fuente de las pizarras te encaminabas, y ahora que me

has visto quieres torcer el camino; y si esto es así como pienso, dime adonde quieres hoy y siempre apacentar tu ganado, que yo te juro de no llevar allí jamas el mio. Yo te prometo, Elicio, respondió Galatea, que no por huir de tu compañía, ni de la de Erastro he vuelto del camino que tú imaginas que llevaba, porque mi intencion es pasar hoy la siesta en el arroyo de las palmas en compañía de mi amiga Florisa, que allá me aguarda, porque desde ayer concertamos las dos de apacentar hoy allí nuestros ganados; y como yo venia descuidada sonando mi zampoña, la mansa borrega tomó el camino de las pizarras, como de ella mas acostumbrado: la voluntad que me tienes y ofrecimientos que me haces, te agradezco, y no tengas en poco haber dado yo disculpa á tu sospecha. Ay Galatea! replicó Elicio, ¡ y cuán bien que finges lo que te parece, teniendo tan poca necesidad de usar conmigo artificio, pues al cabo no tengo de querer mas de lo que tú quieres! ora vayas al arroyo de las palmas, al soto del concejo, ó á la fuente de las pizarras, ten por cierto que no has de ir sola, que siempre mi alma te acompaña, y si tú no la ves, es porque no quieres verla, por no obligarte á remediarla. Hasta ahora, respondió Galatea, tengo por ver la primera alma, y así no tengo culpa, si no he remediado ninguna. No sé como puedes decir eso, respondió Elicio, hermosa Galatea, que las veas para herirlas, y no para curarlas. Testimonio me levantas, replicó Galatea, en decir que yo sin armas, pues á mugeres no son concedidas, haya herido á nadie. Ay, discreta Galatea! dijo Elicio, ¡ cómo te burlas con lo que de mi alma sientes, á la cual invisiblemente has llagado, y no con otras armas que con las de tu hermosura! y no me quejo yo tanto del daño que me has hecho, como de que le tengas en poco. En menos me tendria yo, respondió Galatea, si en mas le tuviese. A esta sazon llegó Erastro, y viendo que Galatea se iba, y los dejaba, le dijo: ¿ Adónde vas, ó de quién huyes, hermosa Galatea? Si de nosotros que te adoramos, te alejas, ¿ quién esperará de tí compañía? Ay, enemiga! ¡ cuán al desgaire te vas, triunfando de nuestras voluntades! El cielo destruya la buena que tengo, si no deseo verte enamorada de quien estime tus quejas en el grado que tú estimas las mias. ¿Rieste de lo que digo, Galatea? Pues yo lloro de lo que tú haces. No pudo Galatea responder á Erastro, porque andaba guiando su ganado hácia el arroyo de las palmas, y abajando desde lejos la cabeza en señal de despedirse, los dejó; y como se vió sola, en tanto que llegaba á donde su amiga Florisa creyó que estaria, con la extremada voz que el cielo plugo darle, fué cantando este soneto:

GALATEA. Afuera el fuego, el lazo, el hielo y flecha
De amor que abrasa, aprieta, enfria y hiere,
Que tal llama mi alma no la quiere,
Ni queda del tal ñudo satisfecha.

Consuma, ciña, hiele, mate, estrecha
Tenga otra voluntad cuanto quisiere,
Que por dardo, ó por nieve, ó red no espero
Tener la mia en su calor deshecha.
Su fuego enfriará mi casto intento,
El ñudo romperé por fuerza ó arte,
La nieve deshará mi ardiente zelo,
La flecha embotará mi pensamiento:
Y así no temeré en segura parte
De amor el fuego, el lazo, el dardo, el hielo.

Con mas justa causa se pudieran parar los brutos, mover los árboles, y juntar las piedras á escuchar el suave canto y dulce armonía de Galatea, que cuando á la cítara de Orfeo, lira de Apolo, y música de Anfion los muros de Troya y Tebas por sí mismos se fundaron, sin que artífice alguno pusiese en ellos las manos; y las hermanas, negras moradóras del hondo caos, á la extremada voz del incauto amante se ablandaron. El acabar el canto Galatea, y llegar adonde Florisa estaba fué todo á un tiempo, de la cual fué con alegre rostro recebida, como aquella que era su amiga verdadera, y con quien Galatea sus pensamientos comunicaba: y despues que las dos dejaron ir á su albedrío sus ganados á que de la verde yerba paciesen, convidadas de la claridad del agua de un arroyo que por allí corria, determinaron de lavarse los hermosos rostros (pues no era menester para acrecentarles hermosura el vano y enfadoso artificio con que los suyos martirizan las damas que en las grandes ciudades se tienen por mas hermosas): tan hermosas quedaron despues de lavadas como antes lo estaban, excepto que por haber llegado las manos con movimiento al rostro, quedaron sus mejillas encendidas y sonroseadas, de modo que un no sé qué de hermosura les acrecentaba, especialmente á Galatea, en quien se vieron juntas las tres Gracias, á quien los antiguos griegos pintaban desnudas por mostrar entre otros efectos que eran señoras de la belleza. Comenzaron luego á coger diversas flores del verde prado, con intencion de hacer sendas guirnaldas con que recoger los desordenados cabellos, que sueltos por las espaldas traian. En este ejercicio andaban ocupadas las dos hermosas pastoras, cuando por el arroyo abajo vieron al improviso venir una pastora de gentil donaire y apostura, de que no poco se admiraron, porque les pareció que no era pastora de su aldea, ni de las otras comarcanas á ella, á cuya causa con mas atencion la miraron, y vieron que venia poco á poco hácia donde ellas estaban; y aunque estaban bien cerca, ella venia tan embebida y transportada en sus pensamientos, que nunca las vió hasta que ellas quisieron mostrarse. De trecho en trecho se paraba, y vueltos los ojos al cielo, daba unos suspiros tan dolorosos, que de lo mas íntimo de sus entrañas parecian arrancados: torcia asimesmo sus blancas manos, y dejaba correr por sus mejillas algunas lágrimas, que líquidas perlas semejaban. Por

los extremos de dolor que la pastora hacia, conocieron Galatea y Florisa que de algun interno dolor traia el alma ocupada, y por ver en qué paraban sus sentimientos, entrambas se escondieron entre unos cerrados mirtos, y desde allí con curiosos ojos miraban lo que la pastora hacia: la cual llegándose al márgen del arroyo, con atentos ojos se paró á mirar el agua que por él corria, y dejándose caer á la orilla de él, como persona cansada, corvando una de sus hermosas manos, cogió en ella del agua clara, con la cual lavándose los húmidos ojos, con voz baja y debilitada dijo: Ay claras y frescas aguas! ¡cuán poca parte es vuestra frialdad para templar el fuego que en mis entrañas siento! Mal podré esperar de vosotras, ni aun de todas las que contiene el gran mar océano, el remedio que he menester, pues aplicadas todas al ardor que me consume, haríades el mesmo efeto que suele hacer la pequeña cantidad en la ardiente fragua que mas su llama acrecienta. Ay tristes ojos! causadores de mi perdicion, ¡y en qué fuerte punto os alcé para tan gran caida! Ay fortuna, enemiga de mi descanso! ¡con cuánta velocidad me derribaste de la cumbre de mis contentos al abismo de la miseria en que me hallo! Ay cruda hermana! ¿cómo no aplacó la ira de tu desamorado pecho la humilde y amorosa presencia de Arsildo? ¿qué palabras te pudo decir él para que le dieses tan aceda y cruel respuesta? bien parece, hermana, que tú no le tenias en la cuenta que yo le tengo, que si así fuera, á fe que tú te mostráras tan humilde cuanto él á tí sujeto. Todo esto que la pastora decia, mezclaba con tantas lágrimas, que no hubiera corazon que escuchándola, no se enterneciera: y despues que por algun espacio hubo sosegado el afligido pecho, al son del agua que mansamente corria, acomodando á su propósito una copla antigua, con suave y delicada voz cantó esta glosa:

Ya la esperanza es perdida,
Y un solo bien me consuela,
Que el tiempo que pasa y vuela,
Llevará presto la vida.

Dos cosas hay en amor
Con que su gusto se alcanza,
Deseo de lo mejor:
Es la otra la esperanza
Que pone esfuerzo al temor:
Las dos hicieron manida
En mi pecho, y no las veo,
Antes en la alma afligida,
Porque me acabe el deseo.
Ya la esperanza es perdida.

Si el deseo desfallece
Cuando la esperanza mengua,
Al contrario en mí parece,
Pues cuanto ella mas desmengua
Tanto mas él se engrandece:

Y no hay usar de cautela
Con las llagas que me atizan,
Que en esta amorosa escuela
Mil males me martirizan,
Y un solo bien me consuela.
Apenas hubo llegado
El bien á mi pensamiento,
Cuando el cielo, suerte y hado
Con ligero movimiento
Le han del alma arrebatado:
Y si alguno hay que se duela
De mi mal tan lastimero,
Al mal amaina la vela,
Y al bien pasa mas ligero
Que el tiempo que pasa y vuela.
¿Quién hay que no se consuma
Con estas ansias que tomo,
Pues en ellas se ve en suma
Ser los cuidados de plomo,
Y los placeres de pluma?
Y aunque va tan de caida
Mi dichosa nueva andanza,
En ella este bien se anida,
Que quien llevó la esperanza
Llevará presto la vida.

Presto acabó el canto la pastora, pero no las lágrimas con que le solemnizaba; de las cuales movidas á compasion Galatea y Florisa, salieron de do escondidas estaban, y con amorosas y corteses palabras á la triste pastora saludaron, diciéndole entre otras razones: Así los cielos, hermosa pastora, se muestren favorables á lo que pedirles quisieres, y dellos alcances lo que deseas, que nos digas, si no te es enojoso, qué ventura, ó qué destino te ha traido por esta tierra, que segun la plática que nosotras tenemos della, jamas por estas riberas te habemos visto. Y por haber oido lo que poco ha cantaste, y entender por ello que no tiene tu corazon el sosiego que ha menester, y por las lágrimas que has derramado, de que dan indicio tus hermosos ojos, en ley de buen comedimiento estamos obligadas á procurarte el consuelo que de nuestra parte fuere posible; y si fuere tu mal de los que no sufren ser consolados, á lo menos conocerás en nosotras una buena voluntad de servirte. No sé con qué podré pagaros, respondió la forastera pastora, hermosas zagalas, los corteses ofrecimientos que me haceis, si no es con callar, y agradecello y estimarlos en el punto que merecen, y con no negaros lo que de mi saber quisiéredes, puesto que me seria mejor pasar en silencio los sucesos de mi ventura, que no con decirlos daros indicios para que me tengais por liviana. No muestra tu rostro y gentil postura, respondió Galatea, que el cielo te ha dado, tan grosero entendimiento, que con él hicieses cosa que despues hu-

bieses de perder reputacion en decirla; y pues tu vista y palabras en tan poco ha hecho esta impresion en nosotras, que ya te tenemos por discreta, muéstranoslo con contarnos tu vida, si llega á tu discrecion tu ventura. A lo que yo creo, respondió la pastora, en un igual andan entrambas, si ya no me ha dado la suerte mas juicio para que sienta mas los dolores que se ofrecen; pero yo estoy bien cierta que sobrepujan tanto mis males á mi discrecion, cuanto dellos es vencida toda mi habilidad, pues no tengo ninguna para saber remediallos; y porque la experiencia os desengañe, si quisiéredes oirme, bellas zagalas, yo os contaré con las mas breves razones que pudiere, como del mucho entendimiento que juzgais que tengo, ha nacido el mal que le hace ventaja. Con ninguna cosa, discreta zagala, satisfarás mas nuestros deseos, respondió Florisa, que con darnos cuenta de lo que te hemos rogado. Apartémonos pues, dijo la pastora, de este lugar, y busquemos otro donde sin ser vistas ni estorbadas pueda deciros lo que me pesa de habéroslo prometido, porque adivino que no estará en mas en perderse la buena opinion que con vosotras he cobrado, que cuanto tarde en descubriros mis pensamientos, si acaso los vuestros no han sido tocados de la enfermedad que yo padezco. Deseosas de que la pastora cumpliese lo que prometia, se levantaron luego las tres, y se fueron á un lugar secreto y apartado, que ya Galatea y Florisa sabian, donde debajo de la agradable sombra de unos copados mirtos, sin ser vistas de alguno podian todas tres estar sentadas, y luego con extremado donaire y gracia la forastera pastora comenzó á decir desta manera:

En las riberas del famoso Henares que al vuestro dorado Tajo, hermosísimas pastoras, da siempre fresco y agradable tributo, fuí yo nacida y criada no en tan baja fortuna, que me tuviese por la peor de mi aldea: mis padres son labradores y á la labranza del campo acostumbrados, en cuyo ejercicio los imitaba, trayendo yo una manada de simples ovejas por las dehesas concejiles de nuestra aldea, acomodando tanto mis pensamientos al estado en que mi suerte me habia puesto, que ninguna cosa me daba mas gusto, que ver multiplicar y crecer mi ganado, sin tener cuenta con mas que con procurarle los mas frutíferos y abundosos pastos, claras y frescas aguas que hallar pudiese: no tenia, ni podia tener mas cuidados que los que podian nacer del pastoral oficio en que me ocupaba. Las selvas eran mis compañeras, en cuya soledad muchas veces convidada de la suave armonía de los dulces pajarillos, despedia la voz á mil honestos cantares, sin que en ellos mezclase suspiros ni razones que de enamorado pecho diesen indicio alguno. Ay! ¡cuántas veces solo por contentarme á mí mesma y por dar lugar al tiempo que se pasase, andaba de ribera en ribera, de valle en valle, cogiendo aquí la blanca azucena, allí el cardeno lirio, acá la colorada rosa, acullá la olorosa clavellina, haciendo de todas suertes de odoríferas flores una tejida guirnalda, con que adornaba y recogia mis cabellos, y despues mirándome en las claras y reposadas aguas de alguna fuente,

quedaba tan gozosa de haberme visto, que no trocara mi contento por otro alguno! ¡y cuántas hice burla de algunas zagalas, que pensando hallar en mi pecho alguna manera de compasion, del mal que los suyos sentian, con abundancia de lágrimas y suspiros los secretos enamorados de su alma me descubrian! Acuérdome ahora, hermosas pastoras, que llegó á mi un dia una zagala amiga mia, y echándome los brazos al cuello, y juntando su rostro con el mio, hechos sus ojos fuentes me dijo: Ay hermana Teolinda! que este es el nombre de esta desdichada, ¡y como creo que el fin de mis dias es llegado, pues amor no ha tenido la cuenta conmigo que mis deseos merecian! Yo entonces, admirada de los extremos que la veia hacer, creyendo que algun gran mal le habia sucedido de pérdida de ganado, ó de muerte de padre ó hermano, limpiándole los ojos con la manga de mi camisa, le rogué que me dijese qué mal era el que tanto la aquejaba? Ella, prosiguiendo en sus lágrimas y no dando tregua á sus suspiros, me dijo: ¿Qué mayor mal quieres, o Teolinda, que me haya sucedido, que el haberse ausentado sin decirme nada, el hijo del mayoral de nuestra aldea, á quien yo quiero mas que á los propios ojos de la cara; y haber visto esta mañana en poder de Leocadia, la hija del rabadan Lisalco, una cinta encarnada que yo habia dado á aquel fementido de Eugenio, por donde se me ha confirmado la sospecha que yo tenia de los amores que el traidor con ella trataba? Cuando yo acabé de entender sus quejas, os juro, amigas y señoras mias, que no pude acabar conmigo de no reirme, y decirle: Mia fe, Lidia, que así se llamaba la sin ventura, pensé que de otra mayor llaga venias herida segun te quejabas. Pero ahora conozco cuan fuera de sentido andais vosotras las que presumis de enamoradas, en hacer caso de semejantes niñerías. ¿Dime por tu vida, Lidia amiga, cuánto vale una cinta encarnada, para que te duela de verla en poder de Leocadia, ni de que se la haya dado Eugenio? Mejor harias de tener cuenta con tu honra y con lo que conviene al pasto de tus ovejas, y no entremeterte en estas burlerias de amor, pues no se saca de ellas segun veo sino menoscabo de nuestras honras y sosiego. Cuando Lidia oyó de mi tan contraria respuesta de la que esperaba de mi boca y piadosa condicion, no hizo otra cosa sino abajar la cabeza, y acrecentando lágrimas á lágrimas, y sollozos á sollozos, se apartó de mi, y volviendo á cabo de poco trecho el rostro, me dijo: Ruego yo á Dios, Teolinda, que presto te veas en estado que tengas por dichoso el mio, y que el amor te trate de manera que cuentes tu pena á quien la estime y sienta en el grado que tú has hecho la mia; y con esto se fué y yo me quedé riendo de sus desvarios. Mas ay desdichada! ¡y cómo á cada paso conozco, que me va alcanzando bien su maldicion, pues aun ahora temo que estoy contando mi pena á quien se dolerá poco de haberla sabido! A esto respondió Galatea: Pluguiera á Dios, discreta Teolinda, que así como hallarás en nosotras compasion de tu daño, pudieras hallar el remedio de él, que presto perdieras la sos-

pecha que de nuestro conocimiento tienes. Vuestra hermosa presencia y agradable conversacion, dulces pastoras, respondió Teolinda, me hace esperar eso; pero mi corta ventura me fuerza á temer estotro: mas suceda lo que sucediere, que al fin habré de contaros lo que os he prometido.

Con la libertad que os he dicho, y en los ejercicios que os he contado, pasaba yo mi vida tan alegre y sosegadamente, que no sabia qué pedirme el deseo, hasta que el vengativo amor me vino á tomar estrecha cuenta de la poca que con él tenia, y alcanzóme en ella de manera, que con quedar su esclava creo que aun no está pagado, ni satisfecho. Acaeció pues, que un dia (que fuera para mí el mas venturoso de los de mi vida, si el tiempo y las ocasiones no hubieran traido tal descuento á mis alegrías) viniendo yo con otras pastoras de nuestra aldea á cortar ramos, y á coger juncia, y flores, y verdes espadañas para adornar el templo y calles de nuestro lugar (por ser el siguiente dia solemnísima fiesta, y estar obligados los moradores de nuestro pueblo por promesa y voto á guardalla), acertamos á pasar todas juntas por un deleitoso bosque que entre el aldea y el rio está puesto, adonde hallamos una junta de agraciados pastores, que á la sombra de los verdes árboles pasaban el ardor de la caliente siesta, los cuales como nos vieron, al punto fuimos de ellos conocidas, por ser todos, cual primo, y cual hermano, y cual pariente nuestro, y saliéndonos al encuentro, y entendido de nosotras el intento que llevábamos, con corteses palabras nos persuadieron y forzaron á que adelante no pasasemos, porque algunos de ellos traerian los ramos y flores por que ibamos: y así vencidas de sus ruegos, por ser ellos tales, concedimos lo que querian, y luego seis de los mas mozos, apercebidos de sus hocinos, se partieron con gran contento á traernos los verdes despojos que buscabamos. Nosotras, que seis eramos, nos juntamos donde los demas pastores estaban, los cuales nos recibieron con el comedimiento posible, especialmente un pastor forastero que allí estaba, que de ninguna de nosotras fué conocido, el cual era de tan gentil donaire y brio, que quedaron todas admiradas en verle; pero yo quedé admirada y rendida. No sé qué os diga, pastoras, sino que así como mis ojos le vieron, senti enternecerme el corazon, y comenzó á discurrir por todas mis venas un hielo que me encendia, y sin saber cómo, senti que mi alma se alegraba de tener puestos los ojos en el hermoso rostro del no conocido pastor; y en un punto, sin ser en los casos de amor experimentada, vine á conocer que era amor el que salteado me habia; luego quisiera quejarme de él si el tiempo y la ocasion me dieran lugar á ello. En fin yo quedé cual ahora estoy, vencida y enamorada, aunque con mas confianza de salud que la que ahora tengo. Ay! ¡ cuántas veces en aquella sazon me quise llegar á Lidia, que con nosotras estaba, y decirle: Perdóname, Lidia hermana, de la desabrida respuesta que te di el otro dia, porque te hago saber que ya tengo mas experiencia del mal de que

te quejabas, que tú mesma! Una cosa me tiene maravillada de como cuantas allí estaban no conocieron por los movimientos de mi rostro los secretos de mi corazon; y debiólo de causar que todos los pastores se volvieron al forastero, y le rogaron que acabase de cantar una cancion que habia comenzado antes que nosotras llegasemos, el cual, sin hacerse de rogar, siguió su comenzado canto con tan extremada y maravillosa voz, que todos los que la escuchaban estaban trasportados en oirla. Entonces acabé yo de entregarme de todo en todo á todo lo que el amor quiso, sin quedar en mi mas voluntad que si no la hubiera tenido para cosa alguna en mi vida, y puesto que yo estaba mas suspensa que todos escuchando la suave armonia del pastor, no por eso dejé de poner grandísima atencion á lo que en sus versos cantaba, porque me tenia ya el amor puesta en tal extremo, que me llegara al alma, si le oyera cantar cosas de enamorado, que imaginara que ya tenia ocupados sus pensamientos, y quizá en parte que no tuviesen alguna los mios en lo que deseaban; mas lo que entonces cantó no fueron sino ciertas alabanzas del pastoral estado, y de la sosegada vida del campo, y algunos avisos útiles á la conservacion del ganado: de que no poco quedé yo contenta, pareciéndome que si el pastor estuviera enamorado, que de ninguna cosa tratara que de sus amores, por ser condicion de los amantes parecerles mal gastado el tiempo que en otra cosa que en ensalzar y alabar la causa de sus tristezas ó contentos se gasta. Ved, amigas, en cuan poco espacio estaba ya maestra en la escuela de amor. El acabar el pastor su canto, y el descubrir los que con los ramos venian fué todo á un tiempo: los cuales á quien de lejos los miraba, no parecian sino un pequeño montecillo que con todos sus árboles se movia segun venian pomposos y enramados, y llegando ya cerca de nosotras, todos seis entonaron sus voces, y comenzando el uno, y respondiendo todos, con muestras de grandísimo contento, y con muchos placenteros alaridos dieron principio á un gracioso villancico. Con este contento y alegría llegaron mas presto de lo que yo quisiera, porque me quitaron la que yo sentia de la vista del pastor. Descargados pues de la verde carga, vimos que traia cada uno una hermosa guirnalda enroscada en el brazo, compuesta de diversas y agradables flores, las cuales con graciosas palabras á cada una de nosotras la suya presentaron, y se ofrecieron de llevar los ramos hasta el aldea: mas agradeciéndoles nosotras su buen comedimiento, llenas de alegría, queriamos dar la vuelta al lugar, cuando Eleuco, un anciano pastor que allí estaba, nos dijo: Bien será, hermosas pastoras, que nos pagueis lo que por vosotras nuestros zagales han hecho, con dejarnos las guirnaldas que demasiadas llevais de lo que á buscar veniades; pero ha de ser con condicion, que de vuestra mano las deis á quien os pareciere. Si con tan pequeña paga quedareis de nosotras satisfechos, respondió la una, yo por mí soy contenta; y tomando la guirnalda con ambas manos, la puso en la cabeza de un gallardo

primo suyo; las otras, guiadas de este ejemplo, dieron las suyas á diferentes zagales que allí estaban, que todos sus parientes eran. Yo que á lo último quedaba, y que allí deudo alguno no tenia, mostrando hacer de la desenvuelta, me llegué al forastero pastor, y poniéndole la guirnalda en la cabeza, le dije: Esta te doy, buen zagal, por dos cosas; la una, por el contento que á todos nos has dado con tu agradable canto; la otra, porque en nuestra aldea se usa honrar á los extranjeros. Todos los circunstantes recibieron gusto de lo que yo hacia; pero ¿qué os diré yo de lo que mi alma sintió viéndome tan cerca de quien me la tenia robada, sino que diera cualquiera otro bien que acertara á desear en aquel punto fuera de quererle, por poder ceñirle con mis brazos al cuello, como le ceñí las sienes con la guirnalda? El pastor se me humilló, y con discretas palabras me agradeció la merced que le hacia, y al despedirse de mí, con voz baja, hurtando la ocasion á los muchos ojos que allí habia, me dijo: Mejor te he pagado de lo que piensas, hermosa pastora, la guirnalda que me has dado; prenda llevas contigo, que si la sabes estimar, conocerás que me quedas deudora. Bien quisiera yo responderle; pero la priesa que mis compañeras me daban, era tanta, que no tuve lugar de responderle. De esta manera me volví al aldea, con tan diferente corazon del con que habia salido, que yo misma de mí mesma me maravillaba. La compañía me era enojosa, y cualquiera pensamiento que me viniese que á pensar en mi pastor no se encaminase, con gran presteza procuraba luego desecharle de mi memoria, como indigno de ocupar el lugar que de amorosos cuidados estaba lleno. Y no sé como en tan pequeño espacio de tiempo me transformé en otro ser del que tenia, porque yo ya no vivia en mí, sino en Artidoro, que ansí se llama la mitad de mi alma que ando buscando: do quiera que volvia los ojos me parecia ver su figura; cualquiera cosa que escuchaba, luego sonaba en mis oidos su suave música y armonía: á ninguna parte movia los piés que no diera por hallarle en ella mi vida, si él la quisiera: en los manjares no hallaba el acostumbrado gusto, ni las manos acertaban á tocar cosa que se le diese. En fin todos mis sentidos estaban trocados del ser que primero tenian, ni el alma obraba por ellos como era acostumbrada. En considerar la nueva Teolinda, que en mí habia nacido, y en contemplar las gracias del pastor que impresas en el alma me quedaron, se me pasó todo aquel dia, y la noche antes de la solene fiesta, la cual venida, fué con grandísimo regocijo y aplauso de todos los moradores de nuestra aldea y de los circunvecinos lugares solenizada. Y despues de acabadas en el templo las sacras oblaciones, y cumplidas las debidas ceremonias, en una ancha plaza que delante del templo se hacia, á la sombra de cuatro antiguos y frondosos álamos que en ella estaban, se juntó casi la mas gente del pueblo, y haciéndose todos un corro, dieron lugar á que los zagales vecinos y forasteros se ejercitasen por honra de la fiesta en algunos pasto-

riles ejercicios. Luego en el instante se mostraron en la plaza un buen número de dispuestos y gallardos pastores : los cuales, dándoles alegres muestras de su juventud y destreza, dieron principio á mil graciosos juegos, ora tirando la pesada barra, ora mostrando la ligereza de sus sueltos miembros en los desusados saltos, ora descubriendo su crecida fuerza é industriosa maña en las intrincadas luchas, ora enseñando la velocidad de sus piés en las largas carreras, procurando cada uno ser tal en todo, que el primero premio alcanzase de muchos que los mayorales del pueblo tenian puestos para los mejores que en tales ejercicios se aventajasen; pero en estos que he contado, ni en otros muchos que callo por no ser prolija, ninguno de cuantos allí estaban vecinos y comarcanos, llegó á punto que mi Artidoro, el cual con su presencia quiso honrar y alegrar nuestra fiesta, y llevarse el primero honor y premio de todos los juegos que se hicieron. Tal era, pastoras, su destreza y gallardía, las alabanzas que todos le daban eran tantas, que yo me ensoberbecia, y un desusado contento en el pecho me retozaba solo en considerar cuan bien habia sabido ocupar mis pensamientos; pero con todo eso me daba grandísima pesadumbre que Artidoro, como forastero, se habia de partir presto de nuestra aldea, y que si él se iba sin saber á lo menos lo que de mí llevaba, que era el alma, qué vida seria la mia en su ausencia, ó cómo podria yo olvidar mi pena, siquiera con quejarme, pues no tenia de quien sino de mí mesma. Estando yo pues en estas imaginaciones se acabó la fiesta y regocijo, y queriendo Artidoro despedirse de los pastores sus amigos, todos ellos juntos le rogaron que por los dias que habia de durar el octavario de la fiesta, fuese contento de pasarlos con ellos, si otra cosa de mas gusto no se lo impedia. Ninguna me la puede dar á mí mayor, graciosos pastores, respondió Artidoro, que serviros en esto y en todo lo que mas fuere vuestra voluntad, que puesto que la mia era por ahora querer buscar á un hermano mio que pocos dias ha falta de nuestra aldea, cumpliré vuestro deseo, por ser yo el que gano en ello : todos se lo agradecieron mucho y quedaron contentos de su quedada; pero mas lo quedé yo considerando que en aquellos ocho dias no podia dejar de ofrecérseme ocasion donde le descubriese lo que ya encubrir no podia. Toda aquella noche casi se nos pasó en bailes y juegos, y en contar unas á otras las pruebas que habiamos visto hacer á los pastores aquel dia, diciendo : Fulano bailó mejor que fulano, puesto que el tal sabia mas mudanzas que el tal : Mingo derribó á Bras, pero Bras corrió mas que Mingo, y al fin fin, todas concluian que Artidoro, el pastor forastero, habia llevado la ventaja á todos, loándole cada una en particular sus particulares gracias : las cuales alabanzas, como ya he dicho, todas en mi contento redundaban. Venida la mañana del dia despues de la fiesta, antes que la fresca aurora perdiese el rocío aljofarado de sus hermosos cabellos, y que el sol acabase de descu-

brir sus rayos por las cumbres de los vecinos montes, nos juntamos hasta una docena de pastoras de las mas miradas del pueblo, y asidas unas de otras de las manos, al son de una gaita y de una zampoña haciendo y deshaciendo intricadas vueltas y bailes, nos salimos de la aldea á un verde prado que no lejos della estaba, dando gran contento á todos los que nuestra enmarañada danza miraban; y la ventura que hasta entonces mis cosas de bien en mejor iba guiando, ordenó que en aquel mismo prado hallasemos todos los pastores del lugar, y con ellos á Artidoro, los cuales como nos vieron, acordando luego el son de un tamborino suyo con el de nuestras zampoñas, con el mismo compas y baile nos salieron á recebir, mezclándonos unos con otros confusa y concertadamente, y mudando los instrumentos el son, mudamos el baile, de manera que fué menester que las pastoras nos desasiesemos, y diesemos las manos á los pastores, y quiso mi buena dicha que acerté yo á dar la mia á Artidoro. No sé como os encarezca, amigas, lo que en tal punto senti, sino es deciros que me turbé de manera, que no acertaba á dar paso concertado en el baile, tanto que le convenia á Artidoro llevarme con fuerza tras si, porque no rompiese soltándome el hilo de la concertada danza, y tomando dello ocasion, le dije : ¿En qué te ha ofendido mi mano, Artidoro, que asi la aprietas? El me respondió con voz que de ninguno pudo ser oida : ¿Mas qué te ha hecho á ti mi alma, que asi la maltratas? Mi ofensa es clara, respondi yo mansamente; mas la tuya, ni la veo, ni podrá verse. Y aun ahí está el daño, replicó Artidoro, que tengas vista para hacer el mal, y te falte para sanarle. En esto cesaron nuestras razones, porque los bailes cesaron, quedando yo contenta y pensativa de lo que Artidoro me habia dicho; y aunque consideraba que eran razones enamoradas, no me aseguraban si eran de enamorado. Luego nos sentamos todos los pastores y pastoras sobre la verde yerba, y habiendo reposado un poco del cansancio de los bailes pasados, el viejo Eleuco, acordando su instrumento, que un rabel era, con la zampoña de otro pastor, rogó á Artidoro que alguna cosa cantase, pues él mas que otro alguno lo debia hacer, por haberle dado el cielo tal gracia, que seria ingrato, si encubrirla quisiese. Artidoro agradeciendo á Eleuco las alabanzas que le daba, comenzó luego á cantar unos versos que por haberme puesto en mi sospecha aquellas palabras que antes me habia dicho, los tomé tan en la memoria, que aun hasta ahora no se me han olvidado, los cuales, aunque os dé pesadumbre de oirlos, solo porque hacen al caso para que entendais punto por punto por los que me ha traido el amor á la ocasion en que me hallo, os los habré de decir, que son estos :

En áspera, cerrada, escura noche,
Sin ver jamas el esperado dia,
Y en coutino crecido amargo llanto,

Ageno de placer, contento y risa
Merece estar, y en una viva muerte
Aquel que sin amor pasa la vida.
¿Qué puede ser la mas alegre vida,
Sino una sombra de una breve noche,
O natural retrato de la muerte,
Si en todas cuantas horas tiene el dia,
Puesto silencio al congojoso llanto,
No admite del amor la dulce risa?
Do vive el blando amor, vive la risa,
Y adonde muere, muere nuestra vida,
Y el sabroso placer se vuelve en llanto,
Y en tenebrosa sempiterna noche
La clara luz del sosegado dia,
Y es vivir sin él amargamente.
Los rigurosos trances de la muerte
No huye el amador, antes con risa
Desea la ocasion y espera el dia
Donde puede ofrecer la cara vida,
Hasta ver la tranquila última noche,
Al amoroso fuego, al dulce llanto.
No se llama de amor el llanto, llanto,
Ni su muerte llamarse debe muerte,
Ni á su noche dar título de noche,
Ni su risa llamarse debe risa,
Y su vida tener por cierta vida,
Y solo festejar su alegre vida.
¡O venturoso para mí este dia
Do pudo poner freno al triste llanto,
Y alegrarme de haber dado mi vida
A quien dármela puede, ó darme muerte!
¿Mas qué puede esperarse, si no es risa,
De un rostro que al sol vence y vuelve en noche?
Vuelto ha mi escura noche en claro dia
Amor, y en risa mi crecido llanto,
Y mi cercana muerte en larga vida.

Estos fueron los versos, hermosas pastoras, que con maravillosa gracia y no menos satisfacion de los que le escuchaban, aquel dia cantó mi Artidoro, de los cuales y de las razones que antes me habia dicho, tomé yo ocasion de imaginar si por ventura mi vista algun nuevo accidente amoroso en el pecho de Artidoro habia causado, y no me salió tan vana mi sospecha, que él mismo no me la certificase al volvernos al aldea. A este punto del cuento de sus amores llegaba Teolinda, cuando las pastoras sintieron grandisimo estruendo de voces de pastores y ladridos de perros, que fué causa para que dejasen la comenzada plática, y se parasen á mirar por entre las ramas lo que era; y asi vieron que por un verde llano que á su mano derecha estaba, atravesaba una multitud de perros, los cuales venian siguiendo una temerosa liebre, que á toda furia á las espesas matas venia á guarecerse; y no tardó mucho, que por el mesmo lugar

donde las pastoras estaban, la vieron entrar, y irse derecha al lado de Galatea, y allí vencida del cansancio de la larga carrera, y casi como segura del cercano peligro, se dejó caer en el suelo con tan cansado aliento, que parecia que faltaba poco para dar el último espíritu. Los perros por el olor y rastro la siguieron hasta entrar donde estaban las pastoras; mas Galatea tomando la temerosa liebre en los brazos, estorbó su vengativo intento á los codiciosos perros, por parecerle no ser bien si dejaba de defender á quien della habia querido valerse. De allí á poco llegaron algunos pastores, que en seguimiento de los perros y de la liebre venian; entre los cuales venia el padre de Galatea, por cuyo respeto ella, Florisa y Teolinda, le salieron á recibir con la debida cortesía. El y los pastores quedaron admirados de la hermosura de Teolinda, y con deseo de saber quién fuese, porque bien conocieron que era forastera. No poco les pesó desta llegada á Galatea y Florisa, por el gusto que les habia quitado de saber el suceso de los amores de Teolinda, á la cual rogaron fuese servida de no partirse por algunos dias de su compañía, si en ello no se estorbaba acaso el cumplimiento de sus deseos. Antes por ver si pueden cumplirse, respondió Teolinda, me conviene estar algun dia en esta ribera: y así por esto como por no dejar imperfecto mi comenzado cuento, habré de hacer lo que me mandais. Galatea y Florisa la abrazaron, y le ofrecieron de nuevo su amistad, y de servirla en cuanto sus fuerzas alcanzasen. En este entretanto habiendo el padre de Galatea y los otros pastores en el márgen del claro arroyo tendido sus gabanes, y sacado de sus zurrones algunos rústicos manjares, convidaron á Galatea y sus compañeras á que con ellos comiesen. Acetaron ellas el convite, y sentándose luego, desecharon la hambre, que por ser ya subido el dia comenzaba á fatigarles. En estos y en algunos cuentos que por entretener el tiempo los pastores contaron, se llegó la hora acostumbrada de recogerse al aldea. Y luego Galatea y Florisa, dando vuelta á sus rebaños, los recogieron, y en compañía de la hermosa Teolinda y de los otros pastores hácia el lugar poco á poco se encaminaron; y al quebrar de la cuesta, donde aquella mañana habian topado á Elicio, oyeron todos la zampoña del desamorado Lenio, el cual era un pastor, en cuyo pecho jamas el amor pudo hacer morada, y de esto vivia él tan alegre y satisfecho, que en cualquiera conversacion y junta de pastores que se hallaba, no era otro su intento sino decir mal de amor y de los enamorados, y todos sus cantares á este fin se encaminaban, y por esta tan estraña condicion que tenia, era de todos los pastores de todas aquellas comarcas conocido, y de unos aborrecido, y de otros estimado: Galatea y los que allí venian se pararon á escuchar, por ver si Lenio como de costumbre tenia alguna cosa cantaba, y luego vieron que dando su zampoña á otro compañero suyo, al son della comenzó á cantar lo que se sigue:

LENIO. Un vano descuidado pensamiento,
Una loca altanera fantasía,
Un no sé qué, que la memoria cria
Sin ser, sin calidad, sin fundamento;
Una esperanza que se lleva el viento,
Un dolor con renombre de alegría,
Una noche confusa do no hay dia,
Un ciego error de nuestro entendimiento;
Son las raices propias de do nace
Esta quimera antigua celebrada,
Que amor tiene por nombre en todo el suelo.
Y el alma que en amor tal se complace,
Merece ser del suelo desterrada,
Y que no la recojan en el cielo.

A la sazon que Lenio cantaba lo que habeis oido, habian ya llegado con sus rebaños Elicio y Erastro en compañía del lastimado Lisandro, y pareciéndole á Elicio que la lengua de Lenio en decir mal del amor á mas de lo que era razon se extendia, quiso mostrarle á la clara su engaño, y aprovechándose del mismo concepto de los versos que él habia cantado, al tiempo que ya llegaba Galatea, Florisa, y Teolinda, y los demas pastores al son de la zampoña de Erastro comenzó á cantar desta manera:

ELICIO. Merece quien en el suelo
En su pecho á amor encierra,
Que le desechen del cielo,
Y no le sufra la tierra.
Amor que es virtud eterna,
Con otras muchas que alcanza,
De una en otra semejanza
Sube á la causa primera:
Y merece el que su zelo
De tal amor le destierra,
Que le desechen del cielo
Y no le acoja la tierra.
Un bello rostro y figura,
Aunque caduca y mortal,
Es un traslado y señal
De la divina hermosura:
Y el que lo hermoso en el suelo
Desama y echa por tierra,
Desechado sea del cielo,
Y no le sufra la tierra.
Amor tomado en sí solo
Sin mezcla de otro accidente,
Es al suelo conveniente
Como los rayos de Apolo:
Y el que tuviere recelo
De amor que tal bien encierra,
Merece no ver el cielo
Y que le trague la tierra.

Bien se conoce que amor
Está de mil bienes lleno,
Pues hace del malo bueno,
Y del que es bueno mejor:
Y así el que discrepa un pelo
En limpia amorosa guerra,
Ni merece ver el cielo,
Ni sustentarse en la tierra.
El amor es infinito,
Si se funda en ser honesto,
Y aquel que se acaba presto,
No es amor, sino apetito:
Y al que sin alzar el vuelo
Con su voluntad se cierra,
Mátele rayo del cielo,
Y no le cubra la tierra.

No recibieron poco gusto los enamorados pastores de ver cuan bien Elicio su parte defendia; pero no por esto el desamorado Lenio dejó de estar firme en su opinion, antes queria de nuevo volver á cantar, y á mostrar en lo que cantase de cuan poco momento eran las razones de Elicio para escurecer la verdad tan clara que él á su parecer sustentaba; mas el padre de Galatea, que Aurelio el venerable se llamaba, le dijo: No te fatigues por agora, discreto Lenio, en querernos mostrar en tu canto lo que en tu corazon sientes, que el camino de aquí á la aldea es breve, y me parece que es menester mas tiempo del que piensas, para defenderte de los muchos que tienen tu contrario parecer. Guarda tus razones para lugar mas oportuno, que algun dia te juntarás tú y Elicio con otros pastores en la fuente de las pizarras, ó arroyo de las palmas, donde con mas comodidad y sosiego podais argüir y aclarar vuestras diferentes opiniones. La que Elicio tiene, es opinion, respondió Lenio, que la mia no es sino ciencia averiguada, la cual en breve ó en largo tiempo, por traer ella consigo la verdad, me obligó á sustentarla; pero no faltará tiempo como dices mas aparejado para este efeto. Ese procuraré yo, respondió Elicio, porque me pesa que á tan subido ingenio como el tuyo, amigo Lenio, le falte quien le pueda requintar y subir de punto, como es el limpio y verdadero amor de quien te muestras enemigo. Engañado estás, Elicio, replicó Lenio, si piensas por afeitadas y sofísticas palabras hacerme mudar de lo que no me tendria por hombre, si me mudase. Tan malo es, dijo Elicio, ser pertinaz en el mal, como bueno perseverar en el bien; y siempre he oido decir á mis mayores, que es de sabios tomar consejo. No niego yo eso, respondió Lenio, cuando yo entendiese que mi parecer no es justo; pero en tanto que la experiencia y la razon no me mostraren el contrario de lo que hasta aquí me han mostrado, yo creo que mi opinion es tan verdadera, cuanto la tuya falsa. Si se castigasen los hereges de amor, dijo á esta sazon Erastro, desde agora comenzara yo, amigo Lenio, á cortar leña con que te abra-

saran por el mayor herege y enemigo que el amor tiene. Y aun si yo no viera otra cosa del amor, sino que tú, Erastro, le sigues, y eres del bando de los enamorados, respondió Lenio, sola ella me bastara á renegar dél con cien mil lenguas, si cien mil lenguas tuviera. ¿Pues parécete, Lenio, replicó Erastro, que no soy bueno para enamorado? Antes me parece, respondió Lenio, que los que fueren de tu condicion y entendimiento, son propios para ser ministros suyos; porque quien es cojo, con el mas mínimo traspié da de ojos; y el que tiene poco discurso, poco ha menester para que le pierda del todo, y los que siguen la bandera de este vuestro valeroso capitan, yo tengo para mí que no son los mas sabios del mundo; y si lo han sido, en el punto que se enamoraron, dejaron de serlo. Grande fué el enojo que Erastro recibió de lo que Lenio le dijo, y así le respondió: Paréceme, Lenio, que tus desvariadas razones merecen otro castigo que palabras, mas yo espero que algun dia pagarás lo que agora has dicho, sin que te valga lo que en tu defensa dijeres. Si yo entendiese de tí, Erastro, respondió Lenio, que fueses tan valiente como enamorado, no dejarian de darme temor tus amenazas, mas como sé que te quedas tan atras en lo uno, como vas adelante en lo otro, antes me causan risa que espanto. Aquí acabó de perder la paciencia Erastro, y si no fuera por Lisandro y por Elicio, que en medio se pusieron, él respondiera á Lenio con las manos, porque ya su lengua, turbada con la cólera, apenas podia usar su oficio. Grande fué el gusto que todos recibieron de la graciosa pendencia de los pastores, y mas de la cólera y enojo que Erastro mostraba, que fué menester que el padre de Galatea hiciese las amistades de Lenio y suyas, aunque Erastro, si no fuera por no perder el respeto al padre de su señora, en ninguna manera las hiciera. Luego que la cuestion fué acabada, todos con regocijo se encaminaron á la aldea, y en tanto que llegaban, la hermosa Florisa al son de la zampoña de Galatea cantó este soneto:

FLORISA. Crezcan las simples ovejuelas mias
En el cerrado bosque y verde prado,
Y el caluroso estío é invierno helado
Abunde en yerbas verdes y aguas frias.
Pase en sueños las noches y los dias
En lo que toca al pastoral estado,
Sin que de amor un mínimo cuidado
Sienta, ni sus ancianas niñerías.
Este mil bienes del amor pregona,
Aquel publica dél vanos cuidados,
Yo no sé si los dos andan perdidos,
Ni sabré al vencedor dar la corona:
Sé bien que son de amor los escogidos
Tan pocos, cuanto muchos los llamados.

Breve se les hizo á los pastores el camino, engañados y entretenidos con la graciosa voz de Florisa, la cual no dejó el canto hasta

que estuvieron bien cerca del aldea, y de las cabañas de Elicio y Erastro que con Lisandro se quedaron en ellas, despidiéndose primero del venerable Aurelio, de Galatea y Florisa que con Teolinda al aldea se fueron, y los demas pastores cada cual adonde tenia su cabaña. Aquella misma noche pidió el lastimado Lisandro licencia á Elicio para volverse á su tierra, ó adonde pudiese conforme á sus deseos acabar lo poco que á su parecer le quedaba de vida. Elicio con todas las razones que supo decirle, y con infinitísimos ofrecimientos de la verdadera amistad que le ofreció, jamas pudo acabar con él que en su compañia siquiera algunos dias se quedase, y así el sin ventura pastor abrazando á Elicio con abundantes lágrimas y suspiros se despidió dél, prometiendo de avisarle de su estado donde quiera que él estuviese, y habiéndole acompañado Elicio media legua de su cabaña, le tornó á abrazar estrechamente, y tornándose á hacer de nuevo nuevos ofrecimientos se apartaron, quedando Elicio con gran pesar del que Lisandro llevaba; y así se volvió á su cabaña á pasar lo mas de la noche en sus amorosas imaginaciones, y á esperar el venidero dia para gozar el bien que de ver á Galatea se le causaba. La cual despues que llegó á su aldea, deseando saber el suceso de los amores de Teolinda, procuró hacer de manera que aquella noche estuviesen solas ella, y Florisa, y Teolinda, y hallando la comodidad que deseaba, la enamorada pastora prosiguió su cuento como se verá en el segundo libro.

LIBRO SEGUNDO.

Libres ya y desembarazadas de lo que aquella noche con sus ganados habian de hacer, procuraron recogerse y apartarse con Teolinda en parte donde sin ser de nadie impedidas, pudiesen oir lo que del suceso de sus amores les faltaba. Y así se fueron á un pequeño jardin, que estaba en casa de Galatea, y sentándose las tres debajo de una verde y pomposa parra que intricadamente por unas redes de palo se entretejia, tornando á repetir Teolinda algunas palabras de lo que antes habia dicho, prosiguió diciendo: Despues de acabado nuestro baile y el canto de Artidoro, como ya os he dicho, bellas pastoras, á todos nos pareció volvernos al aldea á hacer en el templo los solenes sacrificios, y por parecernos asimesmo que la solenidad de la fiesta daba en alguna manera licencia; pero no teniendo cuenta tan á punto con el recogimiento, con mas libertad nos holgasemos, y por esto todos los pastores y pastoras en monton confuso, alegre y regocijadamente al aldea nos volvimos, hablando cada uno con quien mas gusto le daba. Ordenó pues la suerte y mi diligencia, y aun la solicitud de Artidoro, que sin mostrar artificio en ello los dos nos apartamos, de manera que á nuestro salvo pudieramos hablar en aquel camino mas de lo que hablamos, si cada uno por sí no tuviera respeto á lo que á sí mesmo y al otro debia. En fin yo por sacarle á barrera, como decirse suele, le dije: Años se te harán, Artidoro, los dias que en nuestra aldea estuvieres, pues debes de tener en la tuya cosas en que ocuparte, que te deben de dar mas gusto. Todo el que yo puedo esperar en mi vida, trocara, respondió Artidoro, porque fueran no años sino siglos los dias que aquí tengo de estar, pues en acabándose no espero tener otros que mas contento me hagan. ¿Tanto es el que recibes, respondí yo, en mirar nuestras fiestas? No nace de ahí, respondió él, sino de contemplar la hermosura de las pastoras de vuestra aldea. Es verdad, repliqué yo, que deben de faltar hermosas zagalas en la tuya. Verdad es que allá no faltan, respondió él, pero aquí sobran de manera, que una sola que yo he visto, basta para que en su comparacion las de allá se tengan por feas. Tu cortesía te hace decir eso, o Artidoro, respondí yo; porque bien sé que en este pueblo no hay ninguna que tanto se aventaje, como dices. Mejor sé yo ser verdad lo que digo, respondió él, pues he visto la una y mirado las otras. Quizá la miraste de lejos, y la distancia del lugar, dije yo, te hizo parecer otra cosa

de lo que debe ser. De la mesma manera, respondió él, que á ti te veo y estoy mirando agora, la he mirado y visto á ella, y yo me holgaria de haberme engañado, si no conforma su condicion con su hermosura. No me pesara á mí ser esa que dices, por el gusto que debe sentir la que se ve pregonada y tenida por hermosa. Harto mas, respondió Artidoro, quisiera yo que tú no fueras. Pues ¿qué perdieras tú, respondí yo, si como yo no soy la que dices, lo fuera? Lo que he ganado, respondió él, bien lo sé; de lo que he de perder, estoy incierto y temeroso. Bien sabes hacer del enamorado, dije yo, o Artidoro. Mejor sabes tú enamorar, o Teolinda, respondió él. A esto le dije: No sé si te diga, Artidoro, que deseo que ninguno de los dos sea el engañado. A lo que él respondió: De que yo no me engaño estoy bien seguro, y de querer tú desengañarte está en tu mano, todas las veces que quisieres hacer experiencia de la limpia voluntad que tengo de servirte. Esa te pagaré yo con la mesma, repliqué yo, por parecerme que no seria bien á tan poca costa quedar en deuda con alguno. A esta sazon, sin que él tuviese lugar de responderme, llegó Eleuco el mayoral, y dijo con voz alta: Ea, gallardos pastores y hermosas pastoras, haced que sientan en el aldea nuestra venida, entonando vosotras, zagalas, algun villancico, de modo que nosotros os respondamos; porque vean los del pueblo cuanto hacemos al caso los que aquí vamos para alegrar nuestra fiesta. Y porque en ninguna cosa que Eleuco mandaba, dejaba de ser obedecido, luego los pastores me dieron á mí la mano para que comenzase, y así sirviéndome de la ocasion, y aprovechándome de lo que con Artidoro habia pasado, dí principio á este villancico.

En los estados de amor
Nadie llega á ser perfeto
Sino el honesto y secreto.
Para llegar al suave
Gusto de amor, si se acierta,
Es el secreto la puerta,
Y la honestidad la llave:
Y esta entrada no la sabe
Quien presume de discreto,
Sino el honesto y secreto.
Amar humana beldad
Suele ser reprehendido,
Si tal amor no es medido
Con razon y honestidad:
Y amor de tal calidad
Luego le alcanza en efeto
El que es honesto y secreto.
Es ya caso averiguado
Que no se puede negar,
Que á veces pierde el hablar
Lo que el callar ha ganado:

Y el que fuere enamorado
Jamas se verá en aprieto,
Si fuere honesto y secreto.
Cuanto una parlera lengua,
Y unos atrevidos ojos
Suelen causar mil enojos
Y poner al alma en mengua;
Tanto este dolor desmengua,
Y se libra de este aprieto
El que es honesto y secreto.

No sé si acerté, hermosas pastoras, en cantar lo que habeis oido; pero sé muy bien que se supo aprovechar dello Artidoro, pues en todo el tiempo que en nuestra aldea estuvo, puesto que me habló muchas veces, fué con tanto recato, secreto y honestidad, que los ociosos ojos y lenguas parleras ni tuvieron, ni vieron que decir cosa que á nuestra honra perjudicase. Mas con el temor que yo tenia que acabado el término que Artidoro habia prometido de estar en nuestra aldea, se habia de ir á la suya, procuré aunque á costa de mi vergüenza, que no quedase mi corazon con lástima de haber callado lo que despues fuera escusado decirse estando Artidoro ausente. Y asi despues que mis ojos dieron licencia que los suyos hermosísimos amorosamente me mirasen, no estuvieron quedas las lenguas, ni dejaron de mostrar con palabras lo que hasta entonces por señas los ojos habian bien claramente manifestado. En fin sabreis, amigas mias, que un dia hallándome acaso sola con Artidoro, con señales de un encendido amor y comedimiento me descubrió el verdadero y honesto amor que me tenia; y aunque yo quisiera entonces hacer de la retirada y melindrosa, porque temia como ya os he dicho que él se partiese, no quise desdeñarle, ni despedirle, y tambien por parecerme que los sinsabores que se dan y sienten en el principio de los amores, son causa de que abandonen y dejen la comenzada empresa los que en sus deseos no son muy experimentados; y por esto le di respuesta, tal cual yo deseaba dársela: quedando en resolucion concertados en que él se fuese á su aldea, y que de allí á pocos dias con alguna honrosa tercería me enviase á pedir por esposa á mis padres; de lo que él fué tan contento y satisfecho, que no acababa de llamar venturoso el dia en que sus ojos me miraron. De mí os sé decir que no trocara mi contento por ningun otro que imaginar pudiera, por estar segura que el valor y calidad de Artidoro era tal, que mi padre seria contento de recibirle por yerno. En el dichoso punto que habeis oido, pastoras, estaba el de nuestros amores, que no quedaban sino dos ó tres dias á la partida de Artidoro, cuando la fortuna, como aquella que jamas tuvo término en sus cosas, ordenó que una hermana mia de poco menos edad que yo, á nuestra aldea tornase de otra adonde algunos dias habia estado en casa de una tia nuestra, que mal dispuesta se hallaba; y porque considereis, seño-

ras, cuan estraños y no pensados casos en el mundo suceden, quiero que entendais una cosa que creo no os dejará de causar alguna admiracion estraña; y es, que esta hermana mia que os he dicho, que hasta entonces habia estado ausente, me parece tanto en el rostro, estatura, donaire y brio, si alguno tengo, que no solo los de nuestro lugar, sino nuestros mismos padres, muchas veces nos han desconocido, y á la una por la otra hablado, de manera que para no caer en este engaño, por la diferencia de los vestidos que diferentes eran, nos diferenciaban. En una cosa sola, á lo que yo creo, nos hizo bien diferentes la naturaleza, que fué en las condiciones, por ser la de mi hermana mas áspera de lo que mi contento habia menester, pues por ser ella menos piadosa que advertida, tendré yo que llorar todo el tiempo que la vida me durare. Sucedió pues que luego que mi hermana vino al aldea, con el deseo que tenia de volver al agradable pastoral ejercicio suyo madrugó luego otro dia mas de lo que yo quisiera, y con las ovejas propias que yo solia llevar, se fué al prado, y aunque yo quise seguirla por el contento que se me seguia de la vista de mi Artidoro, con no sé qué ocasion mi madre me detuvo todo aquel dia en casa, que fué el último de mis alegrías. Porque aquella noche, habiendo mi hermana recogido su ganado, me dijo como en secreto, que tenia necesidad de decirme una cosa que mucho me importaba. Yo que cualquiera otra pudiera pensar de la que me dijo, procuré que presto á solas nos viesemos, adonde ella con rostro algo alterado, estando yo colgada de sus palabras, me comenzó á decir: No sé, hermana mia, lo que piense de tu honestidad, ni menos sé si calle lo que no puedo dejar de decirte, por ver si me das alguna disculpa de la culpa que imagino que tienes; y aunque yo, como hermana menor, estaba obligada á hablarte con mas respeto, debes perdonarme, porque en lo que hoy he visto, hallarás la disculpa de lo que te dijere. Cuando yo desta manera la oi hablar, no sabia qué responderle, sino decirle que pasase adelante con su plática. Has de saber, hermana, siguió ella, que esta mañana, saliendo con nuestras ovejas al prado y yendo sola con ellas por la ribera de nuestro fresco Henares, al pasar por el alameda del concejo salió á mi un pastor, que con verdad osaré jurar que jamas le he visto en estos nuestros contornos; y con una estraña desenvoltura me comenzó á hacer tan amorosas salutaciones, que yo estaba con vergüenza y confusa, sin saber qué responderle, y él no escarmentado del enojo, que á lo que yo creo en mi rostro mostraba, se llegó á mi diciéndome: ¿Qué silencio es este, hermosa Teolinda, último refugio desta ánima que os adora? y faltó poco que no me tomó las manos para besármelas, añadiendo á lo que he dicho un catálogo de requiebros, que parecia que los traia estudiados. Luego di yo en la cuenta, considerando que él daba en el error en que otros muchos han dado, y que pensaba que con vos estaba hablando: de donde me nació sospecha, que si vos, hermana, jamas le hubiérades visto,

ni familiarmente tratado, no fuera posible tener él atrevimiento de hablaros de aquella manera : de lo cual tomé tanto enojo, que apenas podia formar palabra para responderle; pero al fin respondí de la suerte que su atrevimiento merecia, y cual á mí me pareció que estábades vos, hermana, obligada á responder á quien con tanta libertad os hablara, y si no fuera porque en aquel instante llegó la pastora Licea, yo le añadiera tales razones, que fuera bien arrepentido de haberme dicho las suyas : y es lo bueno, que nunca le quise decir el engaño en que estaba, sino que así creyó él que yo era Teolinda, como si con vos mesma estuviera hablando. En fin él se fué llamándome ingrata, desagradecida y de poco conocimiento; y á lo que yo puedo juzgar del semblante que él llevaba, á fe, hermana, que otra vez no ose hablaros, aunque mas sola os encuentre. Lo que deseo saber, es, quién es este pastor, y qué conversacion ha sido la de entrambos, de do nace que con tanta desenvoltura él se atreviese á hablaros. A vuestra mucha discrecion dejo, discretas pastoras, lo que mi alma sentiria oyendo lo que mi hermana me contaba; pero al fin, disimulando lo mejor que pude, le dije : La mayor merced del mundo me has hecho, hermana Leonarda, que asi se llamaba la turbadora de mi descanso, en haberme quitado con tus ásperas razones el fastidio y desasosiego que me daban las importunas dese pastor que dices : el cual es un forastero, que habrá ocho dias que está en esta nuestra aldea, en cuyo pensamiento ha cabido tanta arrogancia y locura, que do quiera que me ve, me trata de la manera que has visto : dándose á entender que tiene grangeada mi voluntad, y aunque yo le he desengañado, quizá con mas ásperas palabras de las que tú le dijiste, no por eso deja él de proseguir en su vano propósito : y á fe, hermana, que deseo que venga ya el nuevo dia para ir á decirle que si no se aparta de su vanidad, que espere el fin della, que mis palabras siempre le han significado. Y así era la verdad, dulces amigas, que diera yo porque ya fuera el alba cuanto pedírseme pudiera : solo por ir á ver á mi Artidoro, y desengañarle del error en que habia caido, temerosa que con la aceda y desabrida respuesta que mi hermana le habia dado, él no se desdeñase y hiciese alguna cosa que en perjuicio de nuestro concierto viniese. Las largas noches del escabroso diciembre no dieron mas pesadumbre al amante que del venidero dia algun contento esperase, cuanto á mí me dió disgusto aquella, puesto que era de las escasas del verano, segun deseaba la nueva luz para ir á ver la luz por quien mis ojos veian. Y asi antes que las estrellas perdiesen del todo la claridad, estando aun en duda si era de noche ó de dia, forzada de mi deseo, con la ocasion de ir á apacentar las ovejas, salí del aldea, y dando mas priesa al ganado de la acostumbrada para que caminase, llegué al lugar adonde otras veces solia hallar á Artidoro, el cual hallé solo y sin ninguno que dél noticia me diese, de que no pocos saltos me dió el corazon, que casi adivinó el mal que le estaba guardado.

Cuántas veces, viendo que no le hallaba, quise con mi voz herir el aire, llamando el amado nombre de mi Artidoro, y decir: Ven, bien mio, que yo soy la verdadera Teolinda, que mas que á sí te quiere y ama; sino que el temor que de otro que de él fuesen mis palabras oidas, me hizo tener mas silencio del que quisiera; y así, despues que hube rodeado una y otra vez toda la ribera y el soto del manso Henares, me senté cansada al pié de un verde sauce, esperando que del todo el claro sol con sus rayos por la faz de la tierra extendiese, para que con su claridad no quedase mata, cueva, espesura, choza, ni cabaña, que de mí mi bien no fuese buscando. Mas apenas habia dado la nueva luz lugar para discernir las colores, cuando luego se me ofreció á los ojos un cortecido álamo blanco, que delante de mí estaba, en el cual y en otros muchos vi escritas unas letras, que luego conocí ser de la mano de Artidoro, allí fijadas, y levantándome con priesa á ver lo que decian, vi, hermosas pastoras, que era esto:

Pastora, en quien la belleza
En tanto extremo se halla,
Que no hay á quien comparalla,
Sino á tu mesma crueza:
Mi firmeza y tu mudanza
Han sembrado á mano llena
Tus promesas en la arena,
Y en el viento mi esperanza.
Nunca imaginara yo
Que cupiera en lo que ví,
Tras un dulce alegre sí
Tan amargo y triste no:
Mas yo no fuera engañado,
Si pusiera en mi ventura
Así como en tu hermosura
Los ojos, que te han mirado.
Pues cuanto tu gracia estraña
Promete, alegra y concierta,
Tanto turba y desconcierta
Mi desdicha y enmaraña:
Unos ojos me engañaron
Al parecer piadosos.
¡Ay ojos falsos, hermosos!
Los que os ven, ¿en qué pecaron?
Dime, pastora cruel,
¿A quién no podrá engañar
Tu sabio honesto mirar,
Y tus palabras de miel?
De mí ya está conocido,
Que con menos que hicieras,
Dias ha que me tuvieras
Preso, engañado y rendido.

Las letras que fijaré
En esta áspera corteza,
Crecerán con mas firmeza
Que no ha crecido tu fe;
La cual pusiste en la boca
Y en vanos prometimientos,
No firme al mar y á los vientos
Como bien fundada roca.
Tan terrible y rigurosa
Como víbora pisada,
Tan cruel como agraciada,
Tan falsa como hermosa:
Lo que manda tu crueldad
Cumpliré sin mas rodeo,
Pues nunca fué mi deseo
Contrario á tu voluntad.
Yo moriré desterrado,
Porque tú vivas contenta,
Mas mira que amor no sienta
Del modo que me has tratado:
Porque en la amorosa danza,
Aunque amor ponga estrecheza
Sobre el compas de firmeza,
No se sufre hacer mudanza.
Así como en la belleza
Pasas cualquiera muger,
Creí yo que en el querer
Fueras de mayor firmeza:
Mas ya sé por mi pasion,
Que quiso pintar natura
Un ángel en tu figura,
Y el tiempo en tu condicion.
Si quieres saber do voy
Y el fin de mi triste vida,
La sangre por mí vertida
Te llevará donde estoy;
Y aunque nada no te cale
De nuestro amor y concierto,
No niegues al cuerpo muerto
El triste y último vale.
Que bien serás rigurosa,
Y mas que un diamante dura,
Si el cuerpo y la sepultura
No te vuelven piadosa:
Y en caso tan desdichado
Tendré por dulce partido,
Si fuí vivo aborrecido,
Ser muerto y por tí llorado.

¿Qué palabras serán bastantes, pastoras, para daros á entender el extremo de dolor que ocupó mi corazon, cuando claramente entendí que los versos que habia leido, eran de mi querido Artido-

ro? Mas no hay para que encarecérosle, pues no llegó al punto que era menester para acabarme la vida, la cual desde entonces acá tengo tan aborrecida, que no sentiria ni me podria venir mayor gusto que perderla. Los suspiros que entonces di, las lágrimas que derramé, las lástimas que hice, fueron tantas y tales, que ninguno me oyera, que por loca no me juzgara. En fin, yo quedé tal, que sin acordarme de lo que á mi honra debia, propuse de desamparar la cara patria, amados padres, y queridos hermanos, y dejar con la guardia de sí mesmo al simple ganado mio: y sin entretenerme en otras cuentas, mas que en aquellas que para mi gusto entendí ser necesarias, aquella mesma mañana, abrazando mil veces la corteza, donde las manos de mi Artidoro habian llegado, me parti de aquel lugar con intencion de venir á estas riberas, donde sé que Artidoro tiene y hace su habitacion, por ver si ha sido tan inconsiderado y cruel consigo, que haya puesto en ejecucion lo que en los últimos versos dejó escrito: que si así fuese, desde aquí os prometo, amigas mias, que no sea menor el deseo y presteza con que le siga en la muerte, que ha sido la voluntad con que le he amado en la vida. Mas ¡ay de mí y cómo creo que no hay sospecha que en mi daño sea, que no salga verdadera! pues ha ya nueve dias que á estas frescas riberas he llegado, y en todos ellos no he sabido nuevas de lo que deseo; y quiera Dios, que cuando las sepa, no sean las últimas que sospecho.

Veis aquí, discretas zagalas, el lamentable suceso de mi enamorada vida. Ya os he dicho quien soy y lo que busco; si algunas nuevas sabeis de mi contento, así la fortuna os conceda el mayor que deseais, que no me lo negueis. Con tantas lágrimas acompañaba la enamorada pastora las palabras que decia, que bien tuviera corazon de acero quien de ellas no se doliera. Galatea y Florisa, que naturalmente eran de condicion piadosa, no pudieron detener las suyas, ni menos dejaron con las mas blandas y eficaces razones que pudieron, de consolarla, dándole por consejo que se estuviese algunos dias en su compañía, quizá haria la fortuna que en ellos algunas nuevas de Artidoro supiese; pues no permitiria el cielo que por tan estraño engaño acabase un pastor tan discreto, como ella le pintaba, el curso de sus verdes años; y que podria ser que Artidoro, habiendo con el discurso del tiempo vuelto á mejor discurso y propósito su pensamiento, volviese á ver la deseada patria y dulces amigos; y que por esto, allí mejor que en otra parte, podia tener esperanza de hallarle. Con estas y otras razones, la pastora algo consolada, holgó de quedarse con ellas, agradeciéndoles la merced que le hacian y el deseo que mostraban de procurar su contento. A esta sazon la serena noche, aguijando por el cielo el estrellado carro, daba señal que el nuevo dia se acercaba; y las pastoras con el deseo y necesidad de reposo se levantaron, y del fresco jardin á sus estancias se fueron. Mas apenas el claro sol habia con sus calientes rayos deshecho y consumido la cerrada niebla,

que en las frescas mañanas por el aire suelen extenderse, cuando las tres pastoras, dejando los ociosos lechos, al usado ejercicio de apacentar su ganado se volvieron, con harto diferentes pensamientos Galatea y Florisa del que la hermosa Teolinda llevaba, la cual iba tan triste y pensativa, que era maravilla. Y á esta causa, Galatea, por ver si podria en algo divertirla, le rogó que, puesta aparte un poco la melancolia, fuese servida de cantar algunos versos al son de la zampoña de Florisa. A esto respondió Teolinda : Si la mucha causa que tengo de llorar, con la poca que de cantar tengo, entendiera que en algo se menguara, bien pudieras, hermosa Galatea, perdonarme, porque no hiciera lo que me mandas; pero por saber ya por experiencia que lo que mi lengua cantando pronuncia, mi corazon llorando lo soleniza, haré lo que quieres, pues en ello sin ir contra mi deseo satisfaré el tuyo. Y luego la pastora Florisa tocó su zampoña, á cuyo son Teolinda cantó este soneto :

TEOLINDA. Sabido he por mi mal, adonde llega
La cruda fuerza de un notorio engaño,
Y como amor procura con mi daño
Darme la vida, que el temor me niega.
Mi alma de las carnes se despega,
Siguiendo aquella que por hado estraño
La tiene puesta en pena, en mal tamaño
Que el bien la turba y el dolor sosiega.
Si vivo, vivo en fe de la esperanza,
Que aunque es pequeña y débil, se sustenta
Siendo á la fuerza de mi amor asida.
O firme comenzar, frágil mudanza,
Amarga suma de una dulce cuenta,
¡Cómo acabais por términos la vida!

No habia bien acabado de cantar Teolinda el soneto que habeis oido, cuando las tres pastoras sintieron á su mano derecha por la ladera del fresco valle el son de una zampoña, cuya suavidad era de suerte, que todas se suspendieron y pararon para con mas atencion gozar de la suave armonía. Y de allí á poco oyeron que al son de la zampoña el de un pequeño rabel se acordaba con tanta gracia y destreza, que las dos pastoras Galatea y Florisa estaban suspensas, imaginando qué pastores podrian ser los que tan acordadamente sonaban, porque bien vieron que ninguno de los que ellas conocian, si Elicio no, era en la música tan diestro. A esta sazon, dijo Teolinda, si los oidos no me engañan, hermosas pastoras, yo creo que teneis hoy en vuestras riberas á los dos nombrados y famosos pastores, Tirsi y Damon, naturales de mi patria; á lo menos Tirsi, que en la famosa Compluto, villa fundada en las riberas de nuestro Henares, fué nacido; y Damon, su íntimo y perfeto amigo, si no estoy mal informada, de las montañas de Leon trae su origen y en la nombrada Mantua Carpentanea fué criado : tan aventajados los dos en todo género de discrecion, ciencia y

loables ejercicios, que no solo en el circuito de nuestra comarca son conocidos, pero por todo el de la tierra conocidos y estimados; y no penseis, pastoras, que el ingenio destos dos pastores solo se extiende en saber lo que al pastoral estado le conviene; porque pasa tan adelante, que lo escondido del cielo y lo no sabido de la tierra por términos y modos concertados enseñan y disputan; y estoy confusa en pensar qué causa les habrá movido á dejar Tirsi su dulce y querida Fili, y á Damon su hermosa y honesta Amarili: Fili de Tirsi, Amarili de Damon, tan amadas, que no hay en nuestra aldea ni en los contornos della persona, ni en la campaña bosque, prado, fuente ó rio, de que sus encendidos y honestos amores no tengan entera noticia. Deja por ahora, Teolinda, dijo Florisa, de alabarnos estos pastores, que mas nos importa escuchar lo que vienen cantando, pues no menor gracia me parece que tienen en la voz, que en la música de los instrumentos. Pues ¿qué direis, replicó Teolinda, cuando veais que todo eso sobrepuja la excelencia de su poesía, la cual es de manera, que al uno ya le ha dado renombre de divino, y al otro de mas que humano? Estando en estas razones las pastoras, vieron que por la ladera del valle, por donde ellas mesmas iban, se descubrian dos pastores de gallarda disposicion y extremado brio, de poco mas edad el uno que el otro; tan bien vestidos, aunque pastorilmente, que mas parecian en su talle y apostura bizarros cortesanos, que serranos ganaderos. Traia cada uno un bien tallado pellico de blanca y finísima lana, guarnecidos de leonado y pardo, colores á quien sus pastoras eran mas aficionadas; pendian de sus hombros sendos zurrones, no menos vistosos y adornados que los pellicos: venian de verde laurel y fresca hiedra coronados, con los retorcidos cayados debajo del brazo puestos: no traian compañia alguna, y tan embebecidos en su música venian, que estuvieron gran espacio sin ver á las pastoras, que por la mesma ladera iban caminando, no poco admiradas del gentil donaire y gracia de los pastores, los cuales con concertadas voces, comenzando el uno, y replicando el otro, esto que se siguecantaban:

DAMON, TIRSI.

DAMON. Tirsi, que el solitario cuerpo alejas
Con atrevido paso, aunque forzoso,
De aquella luz con quien el alma dejas:
¿Cómo en son no te dueles doloroso,
Pues hay tanta razon para quejarte
Del fiero turbador de tu reposo?

TIRSI. Damon, si el cuerpo miserable parte
Sin la mitad del alma en la partida,
Dejando della la mas alta parte:
¿De qué virtud ó ser será movida
Mi lengua? que por muerta ya la cuento,
Pues con el alma se quedó la vida.
Y aunque muestro que veo, oigo y siento,

Fantasma soy por el amor formada,
Que con sola esperanza me sustento.

DAMON. O Tirsi venturoso, ¡y qué envidiada
Es tu suerte de mí con causa justa,
Por ser de las de amor mas extremada!
A tí sola la ausencia te disgusta,
Y tienes el arrimo de esperanza,
Con quien el alma en sus desdichas gusta.
Pero ¡ay de mí! que adonde voy me alcanza
La fria mano del temor esquiva,
Y del desden la rigurosa lanza!
Ten la vida por muerte, aunque mas viva
Se te muestre, pastor, que es cual la vela
Que cuando muere, mas su luz aviva.
Ni con el tiempo que ligero vuela,
Ni con los medios que el ausencia ofrece
Mi alma fatigada se consuela.

TIRSI. El firme y puro amor jamas descrece
En el discurso de la ausencia amarga,
Antes en fe de la memoria crece.
Así que en el ausencia corta ó larga,
No ve remedio el amador perfeto
De dar alivio á la amorosa carga.
Que la memoria puesta en el objeto
Que amor puso en el alma, representa
La amada imágen viva al inteleto.
Y allí en blando silencio le da cuenta
De su bien ó su mal, segun la mira
Amorosa, ó de amor libre y exenta.
Y si ves que mi alma no suspira,
Es porque veo á Fili acá en mi pecho,
De modo que á cantar me llama y tira.

DAMON. Si en el hermoso rostro algun despecho
Vieras de Fili cuando te partiste
Del bien que así te tiene satisfecho,
Yo sé, discreto Tirsi, que tan triste
Vinieras como yo cuitado vengo,
Que ví al contrario de lo que tú viste.

TIRSI. Damon, con lo que he dicho me entretengo,
Y el extremo del mal de ausencia templo
Y alegre voy, si voy, si quedo, ó vengo.
Que aquella que nació por vivo ejemplo
De la inmortal belleza acá en el suelo,
Digna de mármol, de corona y templo,
Con su rara virtud y honesto zelo
Así los ojos codiciosos ciega,
Que de ningun contrario me recelo.
La estrecha sujecion que no le niega
Mi alma al alma suya, el alto intento,
Que solo en la adorar pára y sosiega,
El tener deste amor conocimiento,
Fili, y corresponder á fe tan pura

Destierran el dolor, traen el contento.

DAMON. Dichoso Tirsi, Tirsi con ventura,
De la cual goces siglos prolongados
En amoroso gusto, en paz segura.
Yo, á quien los cortos implacables hados
Trujeron á un estado tan incierto,
Pobre en el merecer, rico en cuidados:
Bien es que muera, pues estando muerto,
No temeré á Amarili rigurosa,
Ni del ingrato amor el desconcierto.
O mas que el cielo, o mas que el sol hermosa,
Y para mí mas dura que un diamante,
Presta á mi mal, y al bien muy perezosa.
¿Cuál ábrego, cuál cierzo, cuál levante,
Te sopló de aspereza, que así ordenas
Que huiga el paso, y no te esté delante?
Yo moriré, pastora, en las agenas
Tierras, pues tú lo mandas, condenado
A hierros, muertes, yugos y cadenas.

TIRSI. Pues con tantas ventajas te ha dotado,
Damon amigo, el piadoso cielo
De un ingenio tan vivo y levantado:
Templa con él el llanto, templa el duelo,
Considerando bien, que no contino
Nos quema el sol, ni nos enfria el hielo.
Quiero decir, que no sigue un camino
Siempre con pasos llanos reposados
Para darnos el bien nuestro destino.
Que alguna vez por trances no pensados,
Lejos al parecer de gusto y gloria,
Nos lleva á mil contentos regalados.
Revuelve, dulce amigo, la memoria
Por los honestos gustos, que algun tiempo
Amor te dió por prendas de vitoria.
Y si es posible busca un pasatiempo
Que al alma engañe, en tanto que se pasa
Este desamorado airado tiempo.

DAMON. Al hielo que por términos me abrasa,
Y al fuego que sin término me hiela,
¿Quién le pondrá, pastor, término, ó tasa?
En vano cansa, en vano se desvela
El desfavorecido, que procura
A su gusto cortar de amor la tela,
Que si sobra en amor, falta en ventura.

Aquí cesó el extremado canto de los agraciados pastores; pero no en el gusto que las pastoras habian recibido en escucharle, antes quisieran que tan presto no se acabara, por ser de aquellos que no todas veces suelen oirse. A esta sazon los dos gallardos pastores encaminaban sus pasos hácia donde las pastoras estaban, de que pesó á Teolinda, porque temió ser dellos conocida, y por esta causa rogó á Galatea, que de aquel lugar se desviasen: ella lo hizo, y ellos

pasaron, y al pasar oyó Galatea, que Tirsi á Damon decia: Estas riberas, amigo Damon, son en las que la hermosa Galatea apacienta su ganado, y adonde trae el suyo el enamorado Elicio, íntimo y particular amigo tuyo, á quien dé la ventura tal suceso en sus amores, cuanto merecen sus honestos y buenos deseos. Yo ha muchos dias que no sé en qué términos le trae su suerte; pero segun he oido decir de la recatada condicion de la discreta Galatea, por quien él muere, temo que mas aina debe de estar quejoso, que satisfecho. No me maravillaria yo desto, respondió Damon, porque con cuantas gracias y particulares dones con que el cielo enriqueció á Galatea, al fin la hizo muger, en cuyo frágil sugeto no se halla todas veces el conocimiento que se debe, y el que ha menester el que por ellas lo menos que aventura, es la vida. Lo que yo he oido decir de los amores de Elicio es, que él adora á Galatea sin salir del término que á su honestidad se debe, y que la discrecion de Galatea es tanta, que no da muestras de querer ni de aborrecer á Elicio, y así debe de andar el desdichado sujeto á mil contrarios accidentes, esperando en el tiempo y la fortuna, medios harto perdidos, que le alarguen ó acorten la vida, de los cuales está mas cierto el acortarla, que el entretenerla. Hasta aquí pudo oir Galatea de lo que della y de Elicio los pastores tratando iban, de que no recibió poco contento por entender que lo que la fama de sus cosas publicaba, era lo que á su limpia intencion se debia; y desde aquel punto determinó de no hacer por Elicio cosa que diese ocasion á que la fama no saliese verdadera en lo que de sus pensamientos publicaba. A este tiempo los dos bizarros pastores con vagarosos pasos poco á poco hácia el aldea se encaminaban con deseo de hallarse á las bodas del venturoso pastor Daranio, que con Silveria de los verdes ojos se casaba; y esta fué una de las causas por que ellos habian dejado sus rebaños, y al lugar de Galatea se venian; pero ya que les faltaba poco del camino, á la mano derecha dél sintieron el son de un rabel que acordada y suavemente sonaba, y parándose Damon, trabó á Tirsi del brazo, diciéndole: Espera, escucha un poco, Tirsi, que si los oidos no me mienten, el son que á ellos llega, es el del rabel de mi buen amigo Elicio, á quien dió naturaleza tanta gracia en muchas y diversas habilidades, cuanto las oirás si le escuchas, y conocerás si le tratas. No creas, Damon, respondió Tirsi, que hasta agora estoy por conocer las buenas partes de Elicio, que dias ha que la fama me las tiene bien manifestadas; pero calla agora, y escuchemos si canta alguna cosa que del estado de su vida nos dé algun manifiesto indicio. Bien dices, replicó Damon, mas será menester para que mejor le oigamos, que nos lleguemos por entre estas ramas, de modo que sin ser vistos dél de mas cerca le escuchemos. Hiciéronlo así, y pusiéronse en parte tan buena, que ninguna palabra que Elicio dijo ó cantó, dejó de ser dellos oida y aun notada. Estaba Elicio en compañía de su amigo Erastro, de quien pocas veces se apartaba por el entrete-

nimiento y gusto que de su buena conversacion recebia, y todos ó los mas ratos del dia en cantar y tañer se les pasaba; y á este punto tocando su rabel Elicio, y su zampoña Erastro, á estos versos dió principio Elicio:

ELICIO. Rendido á un amoroso pensamiento,
Con mi dolor contento,
Sin esperar mas gloria,
Sigo la que persigue mi memoria,
Porque contino en ella se presenta
De los lazos de amor libre y exenta.

Con los ojos del alma aun no es posible
Ver el rostro apacible
De la enemiga mia,
Gloria y honor de cuanto el cielo cria,
Y los del cuerpo quedan solo en vella
Ciegos, por haber visto el sol en ella.

¡O dura servidumbre, aunque gustosa!
¡O mano poderosa
De amor! que así pudiste
Quitarme, ingrato, el bien que prometiste
De hacerme, cuando libre me burlaba
De tí, del arco tuyo, y de tu aljaba.

¡Cuánta belleza, cuánta blanca mano
Me mostraste tirano!
¡Cuánto te fatigaste
Primero que á mi cuello el lazo echaste!
Y aun quedáras vencido en la pelea,
Si no hubiera en el mundo Galatea.

Ella fué sola la que sola pudo
Rendir el golpe crudo
De corazon exento,
Y avasallar el libre pensamiento,
El cual, si á su querer no se rindiera,
Por de mármol ó acero le tuviera.

¿Qué libertad puede mostrar su fuero
Ante el rostro severo
Y mas que el sol hermoso
De la que turba y causa mi reposo?
¡Ay rostro, que en el suelo
Descubres cuanto bien encierra el cielo!

¿Cómo pudo juntar naturaleza
Tal rigor y aspereza
Con tanta hermosura,
Tanto valor y condicion tan dura?
Mas mi dicha consiente
En mi daño juntar lo diferente.

Esle tan fácil á mi corta suerte
Ver con la amarga muerte
Junta la dulce vida,
Y estar su mal á do su bien anida,

Que entre contrarios veo
Que mengua la esperanza, y no el deseo.

No cantó más el enamorado pastor, ni quisieron mas detenerse Tirsi y Damon, antes haciendo gallarda é improvisa muestra, hácia donde estaba Elicio se fueron, el cual como los vió, conociendo á su amigo Damon, con increible alegría le salió á recebir, diciéndole: ¿Qué ventura ha ordenado, discreto Damon, que la des tan buena con tu presencia á estas riberas, que grandes tiempos ha que te desean? No puede ser sino buena, respondió Damon, pues me ha traido á verte, o Elicio, cosa que yo estimo en tanto cuanto es el deseo que de ello tenia, y la larga ausencia y la amistad que te tengo me obligaba; pero si por alguna cosa puedes decir lo que has dicho, es porque tienes delante al famoso Tirsi, gloria y honor del castellano suelo. Cuando Elicio oyó decir, que aquel era Tirsi, de él solamente por fama conocido, recibiéndole con mucha cortesía, le dijo: Bien conforma tu agradable semblante, nombrado Tirsi, con lo que de tu valor y discrecion en las cercanas y apartadas tierras la parlera fama pregona; y así, á mí á quien tus escritos han admirado é inclinado á desear conocerte y servirte, puedes de hoy mas tener y tratar como verdadero amigo. Es tan conocido lo que yo gano en eso, respondió Tirsi, que en vano pregonaria la fama lo que la aficion que me tienes, te hace decir que de mí pregona, si no conociese la merced que me haces en querer ponerme en el número de tus amigos; y porque entre los que lo son, las palabras de comedimiento han de ser escusadas, cesen las nuestras en este caso, y den las obras testimonio de nuestras voluntades.

La mia será contino de servirte, replicó Elicio, como lo verás, o Tirsi, si el tiempo, ó la fortuna me ponen en estado que valga algo para ello, porque el que agora tengo, puesto que no le trocaria con otro de mayores ventajas, es tal, que apenas me deja con libertad de ofrecer el deseo. Teniendo como tienes el tuyo en lugar tan alto, dijo Damon, por locura tendria procurar bajarle á cosa que menos fuese; y así, amigo Elicio, no digas mal del estado en que te hallas, porque yo te prometo, que cuando se comparase con el mio, hallaria yo ocasion de tenerte mas envidia que lástima. Bien parece, Damon, dijo Elicio, que ha muchos dias que faltas destas riberas, pues no sabes lo que en ellas amor me hace sentir; y si esto no es, no debes conocer, ni tener experiencia de la condicion de Galatea, que si della tuvieses noticia, trocarias en lástima la envidia que de mí tendrias. Quien ha gustado de la condicion de Amarili, ¿qué cosa nueva puede esperar de la de Galatea? respondió Damon. Si la estada tuya en estas riberas, replicó Elicio, fuere tan larga como yo deseo, tú, Damon, conocerás y verás en ellas, y oirás en otras como andan en igual balanza su crueldad y gentileza: extremos que acaban la vida al que su des-

ventura trujo á términos de adorarla. En las riberas de nuestro Henares, dijo á esta sazon Tirsi, mas fama tenia Galatea de hermosa que de cruel; pero sobre todo se dice que es discreta; y si esta es la verdad, como lo debe ser, de su discrecion nace el conocerse, y de conocerse estimarse, y de estimarse no querer perderse, y del no querer perderse viene el no querer contentarse; y viendo tú, Elicio, cuan mal corresponde á tus deseos, das nombre de crueldad á lo que debias llamar honroso recato; y no me maravillo, que en fin es condicion propia de los enamorados poco favorecidos. Razon tendrias en lo que has dicho, o Tirsi, replicó Elicio, cuando mis deseos se desviáran del camino que á su honra y honestidad conviene; pero si van tan medidos, como á su valor y crédito se debe, ¿ de qué sirve tanto desden? ¿ tan amargas y desabridas respuestas? ¿ y tan á la clara esconder el rostro al que tiene puesta toda su gloria en solo verle? Ay, Tirsi, Tirsi! respondió Elicio, ¡ y cómo te debe tener el amor puesto en lo alto de sus contentos, pues con tan sosegado espíritu hablas de sus efectos! No sé yo como viene bien lo que tú agora dices, con lo que un tiempo decias cuando cantabas:

¡Ay, de cuán ricas esperanzas vengo
Al deseo mas pobre y encogido!

Con lo demas que á esto añadiste. Hasta este punto habia estado callando Erastro, mirando lo que entre los pastores pasaba, admirado de ver su gentil donaire y apostura, con las muestras que cada uno daba de la mucha discrecion que tenia. Pero viendo que de lance en lance á razonar de casos de amor se habian reducido, como aquel que tan experimentado en ellos estaba, rompió el silencio, y dijo: Bien creo, discretos pastores, que la larga experiencia os habrá mostrado que no se puede reducir á continuado término la condicion de los enamorados corazones, los cuales como se gobiernan por voluntad agena, á mil contrarios accidentes están sujetos; y así, tú, famoso Tirsi, no tienes de que maravillarte de lo que Elicio ha dicho, ni él tampoco de lo que tú dices, ni traer por ejemplo aquello que él dice que cantabas; ni menos lo que yo sé que cantaste cuando dijiste:

La amarillez y la flaqueza mia,

donde claramente mostrabas el afligido estado que entonces poseias; porque de allí á poco llegaron á nuestras cabañas las nuevas de tu contento, solenizadas en aquellos versos tan nombrados tuyos, que si mal no me acuerdo comenzaban:

Sale el aurora, y de su fértil mano.

Por do claro se conoce la diferencia que hay de tiempos á tiempos, y como con ellos suele mudar amor los estados, haciendo que hoy se ria el que ayer lloraba, y que mañana llore el que hoy rie. Y por tener yo tan conocida esta su condicion, no puede la aspereza

y desden zahareño de Galatea acabar de derribar mis esperanzas, puesto que yo no espero de ella otra cosa, si no es que se contente de que yo la quiera. El que no esperase buen suceso de un tan enamorado y medido deseo como el que has mostrado, o pastor, respondió Damon, renombre mas que de desesperado merecia: por cierto que es gran cosa lo que de Galatea pretendes. Pero dime, pastor, así ella te lo conceda: ¿es posible que tan á regla tienes tu deseo, que no se adelanta á desear mas de lo que has dicho? Bien puedes creerle, amigo Damon, dijo Elicio, porque el valor de Galatea no da lugar á que de ella otra cosa se desee, ni se espere, y aun esta es tan difícil de obtenerse, que á veces á Erastro se entibia la esperanza, y á mí se enfria, de manera que él tiene por cierto, y yo por averiguado, que primero ha de llegar la muerte, que el cumplimiento della. Mas porque no es razon recebir tan honrados huéspedes con los amargos cuentos de nuestras miserias, quédense ellas aquí, y recojámonos al aldea, donde descansareis del pesado trabajo del camino, y con mas sosiego, si de ello gustáredes, entendereis el desasosiego nuestro. Holgaron todos de acomodarse á la voluntad de Elicio, el cual, y Erastro, recogiendo sus ganados, puesto que era algunas horas antes de lo acostumbrado, en compañía de los dos pastores, hablando en diversas cosas aunque todas enamoradas, hácia el aldea se encaminaron. Mas como todo el pasatiempo de Erastro era tañer y cantar; así por esto, como por el deseo que tenia de saber si los dos nuevos pastores lo hacian tan bien como de ellos se sonaba, por moverlos y convidarlos á que otro tanto hiciesen, rogó á Elicio que su rabel tocase, al son del cual así comenzó á cantar:

ERASTRO. Ante la luz de unos serenos ojos
Que al sol dan luz con que da luz al suelo,
Mi alma así se enciende, que recelo
Que presto tendrás, muerte, sus despojos.
Con la luz se conciertan los manojos
De aquellos rayos del señor de Delo:
Tales son los cabellos de quien suelo
Adorar su beldad puesto de hinojos.
O clara luz, o rayos del sol claro,
Antes el mismo sol, de vos espero
Solo que consintais que Erastro os quiera.
Si en esto el cielo se me muestra avaro,
Antes que acabe del dolor que muero
Haced, o rayos, que de un rayo muera.

No les pareció mal el soneto á los pastores, ni les descontentó la voz de Erastro, que puesto que no era de las muy estremadas, no dejaba de ser de las acordadas, y luego Elicio, movido del ejemplo de Erastro, le hizo que tocase su zampoña, al son de la cual este soneto dijo:

ELICIO. Ay! que al alto designio que se cria
En mi amoroso firme pensamiento,
Contradicen el cielo, el fuego, el viento,
La agua, la tierra, y la enemiga mia:
Contrarios son de quien temer debria,
Y abandonar la empresa y sano intento:
Mas ¿quién podrá estorbar lo que el violento
Hado implacable quiere? ¿amor porfia?
El alto cielo, amor, el viento, el fuego,
La agua, la tierra, y mi enemiga bella,
Cada cual con fuerza, y con mi hado,
Mi bien estorbe, esparza, abrase, y luego
Deshaga mi esperanza, que aun sin ella
Imposible es dejar lo comenzado.

En acabando Elicio, luego Damon al son de la mesma zampoña de Erastro desta manera comenzó á cantar:

DAMON. Mas blando fuí que no la blanda cera,
Cuando imprimí en mi alma la figura
De la bella Amarili esquiva y dura,
Cual duro mármol, ó silvestre fiera.
Amor me puso entonces en la esfera
Mas alta de su bien y su ventura,
Agora temo que la sepultura
Ha de acabar mi presuncion primera.
Arrimóse el amor á la esperanza,
Cual vid al olmo, y fué subiendo apriesa,
Mas faltóle el humor y cesó el vuelo:
No el de mis ojos que por larga usanza
Fortuna sabe bien que jamas cesa
De dar tributo al rostro, al pecho, al suelo.

Acabó Damon, y comenzó Tirsi al son de los instrumentos de los tres pastores á cantar este soneto:

TIRSI. Por medio de los filos de la muerte
Rompió mi fe, y á tal punto he llegado,
Que no envidio el mas alto y rico estado,
Que encierra humana venturosa suerte.
Todo este bien nació de solo verte,
Hermosa Fili, o Fili, á quien el hado
Dotó de un ser tan raro y estremado,
Que en risa el llanto, el mal en bien convierte.
Como amansa el rigor de la sentencia,
Si el condenado el rostro del rey mira,
Y es ley que nunca tuerce su derecho:
Así ante tu hermosísima presencia
La muerte huye, el daño se retira,
Y deja en su lugar vida y provecho.

Al acabar de Tirsi, todos los instrumentos de los pastores formaron tan agradable música, que causaba grande contento á quien

la oia, y mas ayudándoles de entre las espesas ramas mil suertes de pintados pajarillos, que con divina armonía parece que como á coros les iban respondiendo. Desta suerte habian caminado un trecho, cuando llegaron á una antigua ermita que en la ladera de un montecillo estaba, no tan desviada del camino que dejase de oirse el son de una arpa que dentro al parecer tañian, el cual, oido por Erastro, dijo: Deteneos, pastores, que segun pienso hoy oiremos todos lo que ha dias que yo deseo oir, que es la voz de un agraciado mozo que dentro de aquella ermita habrá doce ó catorce dias se ha venido á vivir una vida mas áspera de lo que á mí me parece que puedan llevar sus pocos años, y algunas veces que por aquí he pasado, he sentido tocar una arpa, y entonar una voz tan suave, que me ha puesto en grandísimo deseo de escucharla, pero siempre he llegado á punto que él le ponia en su canto; y aunque con hablarle he procurado hacerme su amigo, y ofreciéndole á su servicio todo lo que valgo y puedo, nunca he podido acabar con él que me descubra quién es, y las causas que le han movido á venir de tan pocos años á ponerse en tanta soledad y estrecheza. Lo que Erastro decia del mozo y nuevo ermitaño, puso en los pastores el mismo deseo de conocerle que él tenia, y así acordaron de llegarse á la ermita de modo que sin ser sentidos pudiesen entender lo que cantaba antes que llegasen á hablarle, y haciéndolo así, les sucedió tan bien, que se pusieron en parte donde sin ser vistos ni sentidos oyeron que al son de la arpa el que estaba dentro, semejantes versos decia:

Si han sido el cielo, amor y la fortuna
Sin ser de mí ofendidos,
Contentos de ponerme en tal estado,
En vano al aire envio mis gemidos:
En vano hasta la luna
Se vió mi pensamiento levantado.
¡O riguroso hado!
¡Por cuán estrañas desusadas vias
Mis dulces alegrías
Han venido á parar en tal extremo,
Que estoy muriendo, y aun la vida temo!
Contra mí mesmo estoy ardiendo en ira
Por ver que sufro tanto
Sin romper este pecho, y dar al viento
Esta alma, que en mitad del duro llanto
Al corazon retira
Las últimas reliquias del aliento,
Y allí de nuevo siento
Que acude la esperanza á darme fuerza,
Y aunque fingida á mi vivir esfuerza,
Y no es piedad del cielo, porque ordena
A larga vida dar mas larga pena.
Del caro amigo el lastimado pecho
Enterneció este mio,
Y la empresa difícil tomé á cargo.

¡O discreto fingir de desvarío!
¡O nunca visto hecho!
¡O caso gustosísimo y amargo!
¡Cuán dadivoso y largo
Amor se mostró por bien ageno,
Y cuán avaro y lleno
De temor y lealtad para conmigo!
Pero á mas nos obliga un firme amigo.
Injustas pagas, voluntades justas
A cada paso vemos
Dadas por mano de fortuna esquiva,
Y de tí, falso amor, de quien sabemos
Que te alegras y gustas
De que un firme amador muriendo viva,
Abrasadora y viva
Llama se encienda en tus ligeras alas,
Y las buenas y malas
Saetas en cenizas se resuelvan,
O al dispararlas contra tí se vuelvan.
¿Por qué camino, con qué fraude y maña,
Por qué estraño rodeo
Entera posesion de mí tomaste?
¿Y cómo en mi piadoso alto deseo,
Y en mis limpias entrañas
La sana voluntad, falso, trocaste?
¿Juicio habrá que baste
A llevar en paciencia el ver, perjuro,
Que entre libre y seguro
A tratar de tus glorias y tus penas,
Y agora al cuello sienta tus cadenas?
Mas no de tí, sino de mí seria
Razon que me quejase,
Que á tu fuego no hice resistencia;
Yo me entregué, yo hice que soplase
El viento que dormia
De la ocasion con furia y violencia:
Justísima sentencia
Ha dado el cielo contra mí que muera;
Aunque solo se espera
De mi infelice hado y desventura,
Que no acabe mi mal la sepultura.
¡O amigo dulce, o dulce mi enemiga
Timbrio, y Nisida bella,
Dichosos juntamente y desdichados!
¿Cuál dura, inicua, inexorable estrella
De mi daño enemiga,
Cuál fuerza injusta de implacables hados
Nos tiene así apartados?
¡O miserable, humana, frágil suerte!
¡Cuán presto se convierte
En súbito pesar una alegría,
Y sigue escura noche al claro dia!

De la instabilidad, de la mudanza
De las humanas cosas,
¿Cuál será el atrevido que se fie?
Con alas vuela el tiempo presurosas,
Y tras sí la esperanza
Se lleva del que llora y del que rie,
Y ya que el cielo envie
Su favor, solo sirve al que con celo
Santo levanta al cielo
El alma en fuego de su amor deshecha,
Y al que no mas le daña que aprovecha.
Yo como puedo, buen señor, levanto
La una y otra palma,
Los ojos, la intencion al cielo santo,
Por quien espera el alma
Ver vuelto en risa su continuo llanto.

Con un profundo suspiro dió fin al lastimado canto el recogido mozo, que dentro en la ermita estaba; y sintiendo los pastores que adelante no proseguia, sin detenerse mas, todos juntos entraron en ella, donde vieron á un cabo sentado encima de una dura piedra á un dispuesto y agraciado mancebo, al parecer de edad de veinte y dos años, vestido de un tosco buriel, con los piés descalzos, y una áspera soga ceñida al cuerpo, que de cordon le servia. Estaba la cabeza inclinada á un lado, y la una mano asida de la parte de la túnica que sobre el corazon caia, y el otro brazo á la otra parte flojamente derribado, y por verle desta manera, y por no haber hecho movimiento al entrar de los pastores, claramente conocieron que desmayado estaba, como era la verdad, porque la profunda imaginacion de sus miserias muchas veces á semejante término le conducia. Llegóse á él Erastro, y trabándole recio del brazo le hizo volver en sí, aunque tan desacordado, que parecia que de un pesado sueño recordaba, las cuales muestras de dolor no pequeño le causaron á los que lo veian, y luego Erastro le dijo: ¿Qué es esto, señor, qué es lo que siente vuestro fatigado pecho? No dejeis de decirlo, que presentes teneis quien no rehusarán fatiga alguna por dar remedio á la vuestra. No son esos, respondió el mancebo con voz algo desmayada, los primeros ofrecimientos que me has hecho, ni aun serian los últimos que yo acertase á servir si pudiese; pero hame traido la fortuna á términos, que ni ellos pueden aprovecharme, ni yo satisfacerlos mas de con el deseo. Este puedes tomar en cuenta del bueno que me ofreces; y si otra cosa de mí deseas saber, el tiempo que no encubre nada, te dirá mas de lo que yo quisiera. Si al tiempo dejas que me satisfaga de lo que me dices, respondió Erastro, poco debe agradecerse tal paga; pues él á pesar nuestro echa en las plazas lo mas secreto de nuestros corazones. A este tiempo todos los demas pastores le rogaron, que la ocasion de su tristeza les contase, especialmente Tirsi, que con eficaces razones le persuadió y dió á entender

que no hay mal en esta vida, que con ella su remedio no se alcanzase, si ya la muerte, atajadora de los humanos discursos, no se opone á ellos, y á esto añadió otras palabras, que al obstinado mozo movieron á que con las suyas hiciese satisfechos á todos de lo que dél saber deseaban, y así les dijo: Puesto que á mí me fuera mejor, o agradable compañía, vivir lo poco que me queda de vida sin ella, y haberme recogido á mayor soledad de la que tengo, todavía por no mostrarme esquivo á la voluntad que me habeis mostrado, determino de contaros todo aquello que entiendo bastará, y los términos por donde la mudable fortuna me ha traido al estrecho estado en que me hallo; pero porque me parece que es ya algo tarde, y segun mis desventuras son muchas, seria posible que antes de contároslas la noche sobreviniese, será bien que todos juntos á la aldea nos vamos, pues á mí no me hace otra descomodidad de hacer el camino esta noche, que mañana tenia determinado, y esto me es forzoso, pues de vuestra aldea soy proveído de lo que he menester para mi sustento; y por el camino, como mejor pudieremos, os haré ciertos de mis desgracias. A todos pareció bien lo que el mozo ermitaño decia, y poniéndole en medio dellos, con vagarosos pasos tornaron á seguir el camino de la aldea, y luego el afligido ermitaño con muestras de mucho dolor desta manera al cuento de sus miserias dió principio:

En la antigua y famosa ciudad de Jerez, cuyos moradores de Minerva y Marte son favorecidos, nació Timbrio, un valeroso caballero, del cual, si sus virtudes y generosidad de ánimo hubiese de contar, á difícil empresa me pondria. Basta saber, que no sé si por la mucha bondad suya, ó por la fuerza de las estrellas que á ello me inclinaban, yo procuré por todas las vias que pude serle particular amigo, y fuéme en esto el cielo tan favorable, que casi olvidándose á los que nos conocian el nombre de Timbrio, y el de Silerio, que es el mio, solamente los dos amigos nos llamaban, haciendo nosotros con nuestra continua conversacion y amigables obras, que tal opinion no fuese vana. Desta suerte los dos con increible gusto y contento los mozos años pasabamos, ora en el campo en el ejercicio de la caza, ora en la ciudad en el del honroso Marte, entreteniéndonos, hasta que un dia (de los muchos aciagos que el enemigo tiempo en el discurso de mi vida me ha hecho ver) le sucedió á mi amigo Timbrio una pesada pendencia con un poderoso caballero, vecino de la misma ciudad. Llegó á término la cuestion, que el caballero quedó lastimado en la honra, y á Timbrio le fué forzoso ausentarse, por dar lugar á que la furiosa discordia cesase que entre las dos parentelas se comenzaba á encender; dejando escrita una carta á su enemigo, dándole aviso que le hallaria en Italia en la ciudad de Milan ó en Nápoles, todas las veces que como caballero, de su agravio satisfacerse quisiese. Con esto cesaron los bandos entre los parientes de entrambos, y ordenóse que á igual y mortal batalla el ofendido caballero, que Pransiles se llamaba, á

Timbrio desafiase, y que en hallando campo seguro para la batalla, se avisase á Timbrio. Ordenó mas mi desgraciada suerte, que al tiempo que esto sucedió, yo me hallase tan falto de salud, que apenas del lecho levantarme podia, y por esta ocasion se me pasó la de seguir á mi amigo donde quiera que fuese, el cual al partir se despidió de mí con no pequeño descontento, encargándome que en cobrando fuerzas le buscase, que en la ciudad de Nápoles le hallaria, dejándome con mas pena que yo sabré agora significaros. Mas al cabo de pocos dias (pudiendo en mí mas el deseo que de verle tenia, que no la flaqueza que me fatigaba) me puse luego en camino; y para que con mas brevedad y mas seguro le hiciese, la ventura me ofreció la comodidad de cuatro galeras, que en la famosa isla de Cádiz de partida para Italia puestas y aparejadas estaban. Embarquéme en una de ellas, y con próspero viento en tiempo breve las riberas catalanas descubrimos; y habiendo dado fondo en un puerto dellas, yo que algo fatigado de la mar venia, asegurado primero de que por aquella noche las galeras de allí no partian, me desembarqué con solo un amigo y un criado mio; y no creo que debia de ser la media noche cuando los marineros y los que á cargo las galeras llevaban, viendo que la serenidad del cielo calma ó próspero viento señalaba, por no perder la buena ocasion que se les ofrecia, á la segunda guardia hicieron la señal de partida; y zarpando las áncoras, dieron con mucha presteza los remos al sesgado mar, y las velas al sosegado viento, y fué como digo con tanta diligencia hecho, que por mucha que yo puse para volver á embarcarme, no fui á tiempo; y asi me hube de quedar en la marina con el enojo que podrá considerar quien por semejantes y ordinarios casos habrá pasado, porque quedaba mal acomodado de todas las cosas, que para seguir mi viaje por tierra eran necesarias; mas considerando que de quedarme allí poco remedio se esperaba, acordé de volverme á Barcelona, adonde como ciudad mas grande podria ser hallar quien me acomodase de lo que me faltaba, correspondiendo á Jerez ó á Sevilla con la paga dello. Amanecióme en estos pensamientos, y con determinacion de ponerlos en efeto aguardaba á que el dia mas se levantase, y estando á punto de partirme, sentí un grande estruendo por la tierra, y que toda la gente corria á la calle mas principal del pueblo; y preguntando á uno qué era aquello, me respondió: Llegaos, señor, á aquella esquina, que á voz de pregonero sabreis lo que deseais. Hicelo así, y lo primero en que puse los ojos fué en un alto crucifijo, y en mucho tumulto de gente, señales que algun sentenciado á muerte entre ellos venia, todo lo que me certificó la voz del pregonero, que declaraba que por haber sido salteador y bandolero, la justicia mandaba ahorcar un hombre, que como á mí llegó, luego conocí que era el mi buen amigo Timbrio, el cual venia á pié con unas esposas á las manos, y una soga á la garganta, los ojos enclavados en el crucifijo que delante llevaba, diciendo y

protestando á los clérigos que con él iban, que por la cuenta que pensaba dar en breves horas al verdadero Dios, cuyo retrato delante de los ojos tenia, que nunca en todo el discurso de su vida habia cometido cosa por donde públicamente mereciese recebir tan ignominiosa muerte, y que á todos rogaba, rogasen á los jueces le diesen algun término para probar cuan inocente estaba de lo que le acusaban. Considérese aquí, si tanto la consideracion pudo levantarse, cual quedaria yo al horrendo espectáculo que á los ojos se me ofrecia: no sé que os diga, señores, sino que quedé tan embelesado y fuera de mí, y de tal modo quedé ageno de todos mis sentidos, que una estatua de mármol debiera de parecer á quien en aquel punto me miraba. Pero ya que el confuso rumor del pueblo, las levantadas voces de los pregoneros, las lastimosas palabras de Timbrio, y las consoladoras de los sacerdotes, y el verdadero conocimiento de mi buen amigo me hubieron vuelto de aquel embelesamiento primero, y la alterada sangre acudió á dar ayuda al desmayado corazon, y despertado en él la cólera debida á la notoria venganza de la ofensa de Timbrio, sin mirar al peligro que me ponia, sino al de Timbrio, por ver si podia librarle ó seguirle hasta la otra vida, con poco temor de perder la mia, eché mano á la espada, y con mas que ordinaria furia entré por medio de la confusa turba, hasta que llegué á donde Timbrio iba, el cual no sabiendo si en provecho suyo tantas espadas se habian desenvainado, con perplejo y angustiado ánimo estaba mirando lo que pasaba, hasta que yo le dije: ¿Adónde está, o Timbrio, el esfuerzo de tu valeroso pecho? ¿qué esperas? ¿ó qué aguardas? ¿porqué no te favoreces de la ocasion presente? procura, verdadero amigo, salvar tu vida en tanto que esta mia hace escudo á la sinrazon que segun creo aquí te es hecha. Estas palabras mias y el conocerme Timbrio, fué parte para que olvidado todo temor, rompiese las ataduras ó esposas de las manos; mas todo su ardimiento fuera poco, si los sacerdotes de compasion movidos, no ayudaran su deseo, los cuales tomándole en peso, á pesar de los que estorbarlo querian, se entraron con él en una iglesia que allí junto estaba, dejándome á mí en medio de toda la justicia, que con grande instancia procuraba prenderme, como al fin lo hizo, pues á tantas fuerzas juntas no fué poderosa la sola mia de resistirlas; y con mas ofensa que á mi parecer mi pecado merecia, á la cárcel pública herido de dos heridas me llevaron: el atrevimiento mio, y el haberse escapado Timbrio aumentó mi culpa, y el enojo en los jueces; los cuales ponderando bien el exceso por mi cometido, pareciéndoles ser justo que yo muriese, luego la cruel sentencia pronunciaron, y para otro dia guardaban la ejecucion. Llegó á Timbrio esta triste nueva allá en la iglesia donde estaba; y segun yo despues supe, mas alteracion le dió mi sentencia, que le habia dado la de su muerte; y por librarme della de nuevo se ofrecia á entregarse otra vez en poder de la justicia; pero los sacerdotes le aconsejaron que servia de poco aquello, antes era añadir mal á mal,

y desgracia á desgracia, pues no seria parte el entregarse él para que yo fuese suelto, pues no lo podia ser sin ser castigado de la culpa cometida. No fueron menester pocas razones para persuadir á Timbrio no se diese á la justicia; pero sosegóse con proponer en su ánimo de hacer otro dia por mí lo que yo por él habia hecho, por pagarme en la misma moneda, ó morir en la demanda. De toda su intencion fui avisado por un clérigo que á confesarme vino, con el cual le envié á decir, que el mejor remedio que mi desdicha podia tener, era que él se salvase, y procurase que con toda brevedad el virey de Barcelona supiese todo el suceso, antes que la justicia de aquel pueblo la ejecutase en él. Supe tambien la causa por que á mi amigo Timbrio llevaba al amargo suplicio, segun me contó el mesmo sacerdote que os he dicho; y fué que viniendo Timbrio caminando por el reino de Cataluña, á la salida de Perpiñan dieron con él una cantidad de bandoleros, los cuales tenian por señor y cabeza á un valeroso caballero catalan, que por ciertas enemistades andaba en la compañía, como es ya antiguo uso de aquel reino, cuando los enemistados son personas de cuenta, salirse á ella, y hacerse todo el mal que pueden, no solamente en las vidas, pero en las haciendas; cosa agena de toda cristiandad, y digna de toda lástima. Sucedió pues que al tiempo que los bandoleros estaban ocupados en quitar á Timbrio lo que llevaba, llegó en aquella sazon el señor y caudillo dellos, y como en fin era caballero, no quiso que delante de sus ojos agravio alguno á Timbrio se hiciese; antes pareciéndole hombre de valor y prendas le hizo mil corteses ofrecimientos, rogándole que por aquella noche se quedase con él en un lugar allí cerca, que otro dia por la mañana le daria una señal de seguro para que sin temor alguno pudiese seguir su camino hasta salir de aquella provincia. No pudo Timbrio dejar de hacer lo que el cortés caballero le pedia, obligado de las buenas obras dél recebidas: fuéronse juntos, y llegaron á un pequeño lugar, donde por los del pueblo alegremente recebidos fueron. Mas la fortuna que hasta entonces con Timbrio se habia burlado, ordenó que aquella mesma noche diesen con los bandoleros una compañía de soldados, solo para este efeto juntada, y habiéndolos cogido de sobresalto, con facilidad los desbarataron; y puesto que no pudieron prender al caudillo, prendieron y mataron á otros muchos, y uno de los presos fué Timbrio, á quien tuvieron por un famoso salteador que en aquella compañía andaba; y segun se debe imaginar sin duda le debia de parecer mucho, pues con atestiguar los demas presos que aquel no era el que pensaban, contando la verdad de todo el caso, pudo tanto la malicia en el pecho de los jueces, que sin mas averiguaciones lo sentenciaron á muerte; la cual fuera puesta en efeto, si el cielo favorecedor de los justos intentos, no ordenara que las galeras se fuesen, y yo en tierra quedase para hacer lo que hasta agora os he contado que hice. Estábase Timbrio en la iglesia y yo en la cárcel, ordenando de partirse aquella noche á Barcelona; y yo

que esperando estaba en qué pararia la furia de los ofendidos jueces, con otra mayor desventura suya, Timbrio y yo de la nuestra fuimos librados. ¡Mas ojalá fuera servido el cielo, que en mi solo se ejecutara la furia de su ira, con tal que la alzaran de aquel pequeño y desventurado pueblo, que á los filos de mil bárbaras espadas tuvo puesto el miserable cuello! Poco mas de media noche seria, hora acomodada á facinorosos insultos, y en la cual la trabajada gente suele entregar los trabajados miembros en brazos del dulce sueño, cuando improvisamente por todo el pueblo se levantó una confusa vocería, diciendo: Al arma, al arma, que turcos hay en la tierra. Los ecos destas tristes voces, ¿quién duda que no causaron espanto en los mugeriles pechos, y aun pusieron confusion en los fuertes ánimos de los varones? No sé qué os diga, señores, sino que en un punto la miserable tierra comenzó á arder con tanta gana, que no parecia sino que las mesmas piedras con que las casas fabricadas estaban, ofrecian acomodada materia al encendido fuego que todo lo consumia. A la luz de las furiosas llamas se vieron relucir los bárbaros alfanges, y parecerse las blancas tocas de la turca gente, que encendida con segures ó hachas de duro acero, las puertas de las casas derribaban, y entrando en ellas, de cristianos despojos salian cargados. Cual llevaba la fatigada madre, y cual el pequeñuelo hijo, que con cansados y débiles gemidos, la madre por el hijo, y el hijo por la madre preguntaba, y alguno sé que hubo que con sacrílega mano estorbó el cumplimiento de los justos deseos de la casta recien desposada virgen y del esposo desdichado, ante cuyos llorosos ojos ó quizá vió coger el fruto de que el sin ventura pensaba gozar en término breve. La confusion era tanta, tantos los gritos y mezclas de las voces tan diferentes, que gran espanto ponian. La fiera y endiablada canalla, viendo cuan poca resistencia se les hacia, se atrevieron á entrar en los sagrados templos, y poner las descomulgadas manos en las santas reliquias, poniendo en el seno el oro con que guarnecidas estaban, y arrojándolas en el suelo con asqueroso menosprecio. Poco le valia al sacerdote su santimonia, y al fraile su retraimiento, y al viejo sus nevadas canas, y al mozo su juventud gallarda, y al pequeño niño su inocencia simple, que de todos llevaban el saco aquellos descreidos perros; los cuales, despues de abrasadas las casas, robados los templos, desflorado las vírgenes, muertos los defensores, mas cansados que satisfechos de lo hecho, al tiempo que el alba venia, sin impedimento alguno, se volvieron á sus bajeles, habiéndolos ya cargado de todo lo mejor que en el pueblo habia, dejándole desolado y sin gente, porque toda la mas gente se llevaban, y la otra á la montaña se habia recogido. ¿Quién en tan triste espectáculo pudiera tener quedas las manos, y enjutos los ojos? Mas ay! que está tan llena de miserias nuestra vida, que, tan doloroso suceso como el que os he contado, hubo cristianos corazones que se alegraron; y estos fueron los de aquellos que en la cárcel estaban, que con la desdi-

cha general, cobraron la dicha propia, porque en son de ir á defender el pueblo, rompieron las puertas de la prision, y en libertad se pusieron. procurando cada uno no de ofender á los contrarios, sino de salvar á sí mesmos; entre los cuales yo gocé de la libertad tan caramente adquirida. Y viendo que no habia quien hiciese rostro á los enemigos, por no venir á su poder ni tornar al de la prision, desamparando el consumido pueblo, con no muy pequeño dolor de lo que habia visto, y con el que mis heridas me causaban, seguí á un hombre que me dijo : que seguramente me llevaria á un monasterio que en aquellas montañas estaba, donde de mis llagas seria curado, y aun defendido, si de nuevo prender me quisiesen : seguíle en fin como os he dicho, con deseo de saber qué habria hecho la fortuna de mi amigo Timbrio : el cual como despues supe, con algunas heridas se habia escapado, y seguido por la montaña otro camino diferente del que yo llevaba : vino á parar al puerto de Rosas, donde estuvo algunos dias, procurando saber qué suceso habria sido el mio, y que en fin, sin saber nuevas algunas se partió en una nave, y con próspero viento llegó á la gran ciudad de Nápoles. Yo volví á Barcelona, y allí me acomodé de lo que menester habia : y despues ya sano de mis heridas, torné á seguir mi viaje, y sin sucederme reves alguno llegué á Nápoles, donde hallé enfermo á Timbrio; y fué tal el contento que en vernos los dos recebimos, que no me siento con fuerzas para encarecérosle por agora. Allí nos dimos cuenta de nuestras vidas, y de todo aquello que hasta aquel momento nos habia sucedido; pero todo este placer mio se aguaba con ver á Timbrio no tan bueno como yo quisiera, antes tan malo, y de una enfermedad tan extraña, que si yo aquella sazon no llegara, pudiera llegar á tiempo de hacerle las obsequias de su muerte, y no solenizar las alegrías de su vista. Despues que él hubo sabido de mí todo lo que quiso, con lágrimas en los ojos me dijo : ¡Ay amigo Silerio! ¡y cómo creo que el cielo procura cargar la mano en mis desventuras, para que dándome la salud por la vuestra, quede yo cada dia con mas obligacion de serviros! Palabras fueron estas de Timbrio, que me enternecieron; mas por parecerme de comedimientos tan poco usados entre nosotros, me admiraron. Y por no cansaros en deciros punto por punto lo que yo le respondí, y lo que él mas replicó, solo os diré, que el desdichado de Timbrio estaba enamorado de una señora principal de aquella ciudad, cuyos padres eran españoles, aunque ella en Nápoles habia nacido : su nombre era Nisida, y su hermosura tanta, que me atrevo á decir que la naturaleza cifró en ella el extremo de sus perfecciones; y andaban tan á una en ella la honestidad y belleza, que lo que la una encendia, la otra enfriaba, y los deseos que su gentileza hasta el mas subido cielo levantaba, su honesta gravedad hasta lo mas bajo de la tierra abatia. A esta causa estaba Timbrio tan pobre de esperanza cuan rico de pensamientos; y sobre todo falto de salud, y en términos de

acabar la vida sin descubrirlos : tal era el temor y reverencia que habia cobrado á la hermosa Nisida. Pero despues que tuve bien conocida su enfermedad, y hube visto á Nisida, y considerado la calidad y nobleza de sus padres, determiné de posponer por él la hacienda, la vida y la honra, y mas, si mas tuviera y pudiera; y asi usé de un artificio el mas extraño que hasta hoy se habrá oido ni leido : y fué, que acordé de vestirme como truhan, y con una guitarra entrarme en casa de Nisida, que por ser, como ya he dicho, sus padres de los principales de la ciudad, de otros muchos truhanes era continuada. Parecióle bien este acuerdo á Timbrio, y resignó luego en las manos de mi industria todo su contento. Hice yo hacer luego muchas y diferentes galas, y en vistiéndome comencé á ensayarme en el nuevo oficio delante de Timbrio, que no poco reia de verme tan truhanamente vestido; y por ver si la habilidad correspondia al hábito, me dijo que haciendo cuenta que él era un gran principe, y que yo de nuevo venia á visitarle, le dijese algo. Y si yo no me acuerdo mal, y si vosotros, señores, no os cansais de escucharme, diréos lo que entonces le canté, con ser la primera vez. Todos dijeron, que ninguna cosa les daria mas contento, que saber por extenso todo el suceso de su negocio, y que asi le rogaban que ninguna cosa, por de poco momento que fuese, dejase de contarles. Pues esa licencia me dais, dijo el ermitaño, no quiero dejaros de decir como comencé á dar muestras de mi locura, que fué con estos versos que á Timbrio canté, imaginando ser un gran señor á quien los decia :

SILERIO. De príncipe que en el suelo
Va por tan justo nivel,
¿Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?
No se ve en la edad presente,
Ni se vió en la edad pasada
República gobernada
De príncipe tan prudente:
Y del que mide su celo
Por tan cristiano nivel,
¿Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?
Del que trae por bien ageno
Sin codiciar mas despojos,
Misericordia en los ojos,
Y la justicia en el seno:
Del que lo mas deste suelo
Es lo menos que hay en él,
¿Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?
La liberal fama vuestra
Que hasta el cielo se levanta,
De que teneis alma santa

Nos da indicio y clara muestra:
Del que no discrepa un pelo
Del ser al cielo fiel,
¿Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?
Del que con cristiano pecho
Siempre en el rigor se tarda,
Ya la justicia le guarda
Con clemencia su derecho:
De aquel que levanta el vuelo
Do ninguno llega á èl,
¿Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?

Estas y otras cosas de mas risa y juego canté entonces á Timbrio, procurando acomodar el brio y donaire del cuerpo á que en todo diese muestras de ejercitado truhan; y salí tan bien con ello, que en pocos dias fui conocido de toda la mas gente principal de la ciudad, y la fama del truhan español por toda ella volaba: hasta tanto que ya en casa del padre de Nisida me deseaban ver, el cual deseo les cumpliera yo con mucha facilidad, si de industria no aguardara á ser rogado. Mas en fin no me pude escusar, que un dia de un banquete allá no fuese, donde ví mas cerca la justa causa que Timbrio tenia de padecer, y la que el cielo me dió para quitarme el contento todos los dias que en esta vida durare. Ví á Nisida, á Nisida ví para no ver mas, ni hay mas que ver despues de haberla visto. ¡O fuerza poderosa de amor, contra quien valen poco las poderosas nuestras! ¡y es posible que en un punto, en un momento los reparos y pertrechos de mi lealtad pusieses en términos de dar con todos ellos por tierra! ay! que si se tardara un poco en socorrerme la consideracion de quien yo era, la amistad que á Timbrio debia, el mucho valor de Nisida, y el afrentoso hábito en que me hallaba, que todo era impedimento á que con el nuevo y amoroso deseo que en mi habia nacido, no naciese tambien la esperanza de alcanzarla, que es el arrimo con que el amor camina ó vuelve atras en los enamorados principios. En fin ví la belleza que os he dicho, y porque me importaba tanto el verla, siempre procuré grangear el amistad de sus padres, y de todos los de su casa; y esto con hacer del gracioso y bien criado, haciendo mi oficio con la mayor discrecion y gracia á mi posible. Y rogándome un caballero que aquel dia á la mesa estaba, que alguna cosa en loor de la hermosura de Nisida cantase, quiso la ventura que me acordase de unos versos, que muchos dias antes para otra ocasion casi semejante yo habia hecho, y sirviéndome para la presente, los dije, que eran estos:

SILERIO. Nisida, con quien el cielo
Tan liberal se ha mostrado,
Que en daros á vos, dió al suelo

Una imágen y traslado
De cuanto encubre su velo:
Si él no tuvo mas que os dar,
Ni vos mas que desear,
Con facilidad se entiende
Que lo posible pretende
Quien os pretende loar.
De esa beldad peregrina
La perfeccion soberana
Que al cielo nos encamina,
Pues no es posible la humana,
Cante la lengua divina:
Y diga, bien sé conviene,
Que al alma que en sí contiene
Ser tan alto y milagroso,
Se le diese el velo hermoso
Mas que el mundo tuvo ó tiene.
Tomó del sol los cabellos,
Del sesgo cielo la frente,
La luz de los ojos bellos
De la estrella mas luciente,
Que ya no da luz ante ellos:
Como quien puede y se atreve
A la grana y á la nieve
Robó las colores bellas,
Que lo mas perfeto dellas
A tus mejillas se debe.
De marfil y de coral
Formó los dientes y labios,
Do sale rico caudal
De agudos dichos y sabios,
Y armonía celestial:
De duro mármol ha hecho
El blanco y hermoso pecho,
Y de tal obra ha quedado
Tanto el suelo mejorado,
Cuanto el cielo satisfecho.

Con estas y otras cosas que entonces canté, quedaron todos tan mis aficionados, especialmente los padres de Nisida, que me ofrecieron todo lo que menester hubiese, y me rogaron que ningun dia dejase de visitarlos: y así sin descubrirse ni imaginarse mi industria, vine á salir con mi primero designio, que era facilitar la entrada en casa de Nisida, la cual gustaba en extremo de mis desenvolturas. Pero ya que los muchos dias, y la mucha conversacion mia, y la grande amistad que todos los de aquella casa me mostraban, hubieron quitado algunas sombras al demasiado temor que de descubrir mi intento á Nisida tenia, determiné ver á do llegaba la ventura de Timbrio, que solo de mi solicitud la esperaba. Mas ay de mí! que yo estaba entonces mas para pedir medicina para mi llaga, que salud para la agena; porque el donaire, belleza,

discrecion y gravedad de Nisida habian hecho en mi alma tal efeto, que no estaba en menos extremo de dolor y de amor puesta, que la del lastimado Timbrio. A vuestra consideracion discreta dejo el imaginar lo que podia sentir un corazon, á quien de una parte combatian las leyes de la amistad, y de otra las inviolables de Cupido; porque si las unas le obligaban á no salir de lo que ellas y la razon le pedian, las otras le forzaban que tuviese cuenta con lo que á su contento era obligado. Estos sobresaltos y combates me apretaban de manera, que sin procurar la salud agena, comencé á dudar de la propia, y á ponerme tan flaco y amarillo, que causaba general compasion á todos los que me miraban, y los que mas la mostraban, eran los padres de Nisida; y aun ella mesma con limpias y cristianas entrañas me rogó muchas veces, que la causa de mi enfermedad le dijese, ofreciéndome todo lo necesario para el remedio della. ¡ Ay (decia yo entre mi cuándo Nisida tales ofrecimientos me hacia), y con cuánta facilidad, hermosa Nisida, podria remediar vuestra mano el mal que vuestra hermosura ha hecho! pero préciome tanto de buen amigo, que aunque tuviese tan cierto mi remedio, como le tengo por imposible é incierto, imposible seria que le acetase. Y como estas consideraciones en aquellos instantes me turbasen la fantasía, no acertaba á responder á Nisida cosa alguna; de lo cual ella y otra hermana suya, que Blanca se llamaba (de menos años, aunque no de menos discrecion y hermosura que Nisida), estaban maravilladas, y con mas deseo de saber el origen de mi tristeza con muchas importunaciones me rogaban, que nada de mi dolor les encubriese. Viendo pues yo que la ventura me ofrecia la comodidad de poner en efeto lo que hasta aquel punto mi industria habia fabricado, una vez que acaso la bella Nisida y su hermana á solas se hallaban, tornando ellas de nuevo á pedirme lo que tantas veces, les dije : No penseis, señoras, que el silencio que hasta agora he tenido en no deciros la causa de la pena que imaginais que siento, lo haya causado tener yo poco deseo de obedeceros, pues ya se sabe que si algun bien mi abatido estado en esta vida tiene, es haber grangeado con él venir á términos de conoceros, y como criado serviros : solo ha sido la causa imaginar que aunque la descubra, no servirá para mas de daros lástima, viendo cuan lejos está el remedio della; pero ya que me es forzoso satisfaceros en esto, sabreis, señoras, que en esta ciudad está un caballero natural de mi mesma patria, á quien tengo por señor, por amparo y por amigo, el mas liberal, discreto y gentil hombre, que en gran parte hallarse pueda, el cual está aquí ausente de la amada patria por ciertas cuestiones que allá le sucedieron, que le forzaron á venir á esta ciudad, creyendo que si allá en la suya dejaba enemigos, acá en la agena no le faltaran amigos; mas hale salido tan al reves su pensamiento, que á un solo enemigo que él mismo sin saber como aquí se ha procurado, le tiene puesto en tal extremo, que si el cielo no le socorre, con acabar la vida acabará

sus amistades y enemistades : y como yo conozco el valor de Timbrio (que este es el nombre del caballero cuya desgracia os voy contando, y sé lo que perderá el mundo en perderle, y lo que yo perderé si le pierdo) doy las muestras de sentimiento que habeis visto, y aun son pocas segun á lo que me obliga el peligro en que Timbrio está puesto. Bien sé que deseareis saber, señoras, quién es el enemigo que á tan valeroso caballero, como es el que os he pintado, tiene puesto en tal extremo; pero tambien sé que en diciéndoosle, no os maravillareis sino de como no le tiene ya consumido y muerto : su enemigo es amor, universal destruidor de nuestros sosiegos y bienandanzas : este fiero enemigo tomó posesion de sus entrañas : en entrando en esta ciudad vió Timbrio una hermosa dama de singular valor y hermosura; mas tan principal y honesta, que jamas el miserable se ha aventurado á descubrirle su pensamiento. A este punto llegaba yo, cuando Nisida me dijo : Por cierto, Astor, que entonces era este el nombre mio, que no sé yo si crea que ese caballero sea tan valeroso y discreto como dices, pues tan fácilmente se ha dejado rendir á un mal deseo tan recien nacido, entregándose tan sin ocasion alguna en los brazos de la desesperacion; y aunque á mí se me alcanza poco destos amorosos efetos, todavía me parece que es simplicidad y flaqueza dejar el que se e fatigado dellos, de descubrir su pensamiento á quien se le causa, puesto que sea del valor que imaginarse puede; porque ¿qué afrenta se le puede seguir á ella de saber que es bien querida, ó á él qué mayor mal de su aceda y desabrida respuesta, que la muerte que él mismo se procura callando? y no seria bien que por tener un juez fama de riguroso, dejase alguno de alegar de su derecho; pero pongamos que sucede la muerte de un amante tan callado y temeroso como ese tu amigo : dime, ¿llamarias tú cruel á la dama de quien estaba enamorado? No por cierto : que mal puede remediar nadie la necesidad que no llega á su noticia, ni cae en su obligacion procurar saberla para remediarla. Así que, Astor, perdóname, que las obras dese tu amigo no hacen muy verdaderas las alabanzas que le das. Cuando yo oí á Nisida semejantes razones, luego quisiera con las mias descubrirle todo el secreto de mi pecho; mas como yo entendia la bondad y llaneza con que ella las hablaba, hube de detenerme, y esperar mas sola y mejor coyuntura, y así le respondí : Cuando los casos de amor, hermosa Nisida, con libres ojos se miran, tantos desatinos se ven en ellos, que no menos de risa, que de compasion son dignos; pero si de la sutil red amorosa se halla enlazada el alma, allí están los sentidos tan trabados y tan fuera de su propio ser, que la memoria solo sirve de tesorera y guardadora del objeto que los ojos miraron; y el entendimiento en escudriñar y conocer el valor de la que bien ama; y la voluntad de consentir de que la memoria y entendimiento en otra cosa no se ocupen; y así los ojos ven como espejo de alinde, que todas las cosas se les hacen mayores : ora crece la esperanza cuando son favo-

recidos, ora el temor cuando desechados: y así sucede á muchos lo que á Timbrio ha sucedido, que pareciéndoles á los principios altísimo el objeto á quien los ojos levantaron, pierden la esperanza de alcanzarle, pero no de manera que no les diga amor allá dentro en el alma: ¿quién sabe? podria ser; y con esto anda la esperanza como decirse suele, entre dos aguas, la cual si del todo les desamparase con ella huiria el amor. Y de aquí nace andar entre el temor, y osar el corazon del amante afligido, que sin aventurarse á decirla, se recoge y aprieta en su llaga, y espera, aunque no sabe de quien, el remedio de que se ve tan apartado. En este mismo extremo he yo hallado á Timbrio, aunque todavía á persuasiones mias ha escrito una carta á la dama por quien muere, la cual me dió para que la diese y mirase si en alguna manera se mostraba en ella descomedido, porque la enmendaria: encargóme asimismo que buscase órden de ponerla en manos de su señora, que creo será imposible, no porque yo no me aventuraré á ello, pues lo menos que aventuraré será la vida por servirle; mas porque me parece que no he de hallar ocasion para darla. Véamosla, dijo Nisida, porque deseo ver como escriben los enamorados discretos. Luego saqué yo una carta del seno, que algunos dias antes estaba escrita, esperando ocasion de que Nisida la viese, y ofreciéndome la ventura esta, se la mostré, la cual por haberla yo leido muchas veces se me quedó en la memoria, cuyas razones eran estas:

TIMBRIO A NISIDA.

Determinado habia, hermosa señora, que el fin desastrado mio os diese noticia de quien yo era, pareciéndome ser mejor que alabárades mi silencio en la muerte, que no que vituperárades mi atrevimiento en la vida; mas porque imagino que á mi alma conviene partirse deste mundo en gracia vuestra, porque en el otro no le niegue amor el premio de lo que ha padecido, os hago sabidora del estado en que vuestra rara beldad me tiene puesto, que es tal que á poder significarle, no procurara su remedio, pues por pequeñas cosas nadie se ha de aventurar á ofender el valor extremado vuestro, del cual y de vuestra honesta liberalidad espero restaurar la vida para serviros, ó alcanzar la muerte para nunca mas ofenderos.

Con mucha atencion estuvo Nisida escuchando esta carta, y en acabándola de oir, dijo: No tiene de que agraviarse la dama á quien esta carta se envia, si ya de puro grave no da en ser melindrosa, enfermedad de quien no se escapa la mayor parte de las damas desta ciudad; pero con todo eso no dejes, Astor, de dársela, pues como ya te he dicho no se puede esperar mas mal de su respuesta, que no sea peor el que agora dices que tu amigo padece; y para mas animarte te quiero asegurar, que no hay muger tan recatada y tan puesta en atalaya para mirar por su honra, que le pese mucho de ver y saber que es querida, porque entonces conoce ella que no es vana la presuncion que de si tiene, lo cual seria al reves, si viese que de nadie era solicitada. Bien sé, señora, que

es verdad lo que dices, respondí yo; mas tengo temor que el atreverme á darla, por lo menos me ha de costar negarme de allí adelante la entrada en aquella casa, de que no menor daño me vendria á mí que á Timbrio. No quieras, Astor, replicó Nisida, confirmar la sentencia que aun el juez no tiene dada: muestra buen ánimo, que no es riguroso trance de batalla este á que te aventuras. Pluguiera al cielo, hermosa Nisida, respondí yo, que en ese término me viera, que de mejor gana ofreciera el pecho al peligro y rigor de mil contrapuestas armas, que no la mano á dar esta amorosa carta á quien temo que siendo con ella ofendida, ha de arrojar sobre mis hombros la pena que la agena culpa merece; pero con todos estos inconvenientes pienso seguir, señora, el consejo que me has dado; puesto que aguardaré tiempo en que el temor no tenga tan ocupados mis sentidos como agora: y en este entretanto te suplico que haciendo cuenta que tú eres á quien esta carta se envia, me des alguna respuesta que lleve á Timbrio, para que con este engaño él se entretenga un poco, y á mí el tiempo y las ocasiones me descubran lo que tengo de hacer. De mal artificio quieres usar, respondió Nisida, porque puesto caso que yo agora diese en nombre ageno alguna blanda ó esquiva respuesta, ¿no ves que el tiempo, descubridor de nuestros fines, aclarará el engaño, y Timbrio quedará de tí mas quejoso que satisfecho? cuanto mas, que por no haber dado hasta agora respuesta á semejantes cartas, no querria comenzar á darlas mentirosa y fingidamente; mas aunque sepa ir contra lo que á mí mesma debo, si me prometes de decir quien es la dama, yo te diré qué digas á tu amigo, y cosa tal que él quede contento por ahora, y puesto que despues las cosas sucedan al reves de lo que él pensare, no por eso se averiguará la mentira. Eso no me lo mandes, o Nisida, respondí yo, porque en tanta confusion me pone el decirte yo á tí su nombre, como me pondria el darle á ella la carta: basta saber que es principal, y que sin hacerte agravio alguno, no te debe nada en la hermosura, que con esto me parece que la encarezco sobre cuantas son nacidas. No me maravillo que digas eso de mí, dijo Nisida, pues los hombres de vuestra condicion y trato, lisonjear es su propio oficio; mas dejando todo esto á una parte, porque deseo que no pierdas la comodidad de un tan buen amigo, te aconsejo que le digas que fuiste á dar la carta á su dama, y que has pasado con ella todas las razones que conmigo sin faltar punto, y cómo leyó tu carta, y el ánimo que te daba para que á su dama la llevases, pensando que no era ella á quien venia, y que aunque no te atreviste á declarar del todo, que has conocido della, que cuando sepa ser ella para quien la carta venia, no le causará el engaño y desengaño mucha pesadumbre. Desta suerte recibirá él algun alivio en su trabajo, y despues al descubrir tu intencion á su dama puedes responder á Timbrio lo que ella te respondiere, pues hasta el punto que ella lo sepa queda en fuerza esta mentira, y la verdad de lo que sucediere, sin que haga al caso el engaño de agora. Admirado quedé de la dis-

creta traza de Nisida, y aun no sin sospecha de la verdad de mi artificio: y asi besándole las manos por el buen aviso, y quedando con ella que de cualquiera cosa que en este negocio sucediere, él habia de dar particular cuenta, vine á contar á Timbrio todo lo que con Nisida me habia sucedido, que fué parte para que la tuviese en su alma la esperanza, y volviese de nuevo á sustentarle, y desterrar de su corazon los nublados del frio temor que hasta entonces le tenian ofuscado, y todo este gusto se le acrecentaba el prometerle yo á cada paso que los mios no serian dados sino en servicio suyo, y que otra vez que con Nisida se hallase, sacaria el juego de maña con tan buen suceso como sus pensamientos merecian. Una cosa se me ha olvidado de deciros, que en todo el tiempo que con Nisida y su hermana estuve hablando, jamas la menor hermana habló palabra, sino que con un estraño silencio estuvo siempre colgada de las mias: y séos decir, señores, que si callaba, no era por no saber hablar con toda discrecion y donaire, porque en estas dos hermanas mostró naturaleza todo lo que ella puede y vale; y con todo esto no sé si os diga que holgara que me hubiera negado el cielo la ventura de haberlas conocido, especialmente á Nisida, principio y fin de toda mi desdicha; ¿pero qué puedo hacer, si lo que los hados tienen ordenado no puede por discursos humanos estorbarse? Yo quise, quiero, y querré bien á Nisida, tan sin ofensa de Timbrio, cuanto lo ha mostrado bien mi cansada lengua, que jamas la habló que en favor de Timbrio no fuese, encubriendo siempre, con mas que ordinaria discrecion, la pena propia por remediar la agena. Sucedió pues que como la belleza de Nisida tan esculpida en mi alma quedó desde el primer punto que mis ojos la vieron, no pudiendo tener en mi pecho tan rico tesoro encubierto, cuando solo ó apartado alguna vez me hallaba, con algunas amorosas y lamentables canciones le descubria con velo de fingido nombre: y así una noche pensando que ni Timbrio ni otro alguno me escuchaba, por dar alivio un poco al fatigado espíritu en un retirado aposento solo de un laud acompañado canté unos versos, que por haberme puesto en una confusion gravísima, os los habré de decir, que eran estos:

SILERIO. ¿Qué laberinto es este, do se encierra
Mi loca levantada fantasía?
¿Quién ha vuelto mi paz en cruda guerra,
Y en tal tristeza toda mi alegría?
¿O cuál hado me trujo á ver la tierra
Que ha de servir de sepultura mia?
¿O quién reducirá mi pensamiento
Al término que pide un sano intento?

Si por romper este mi frágil pecho,
Y despojarme de la dulce vida,
Quedase el suelo y cielo satisfecho
De que á Timbrio guardé la fe debida,
Sin que me acobardara el crudo hecho,

Yo fuera de mí mesmo el homicida;
Mas si yo acabo, en él acaba luego
La amorosa esperanza y crece el fuego.
Lluevan y caigan las doradas flechas
Del ciego dios, y con rigor insano
Al triste corazon vengan derechas,
Disparadas con fiera airada mano;
Que aunque ceniza y polvo queden hechas
Las heridas entrañas, lo que gano
En encubrir su dolorosa llaga
Es rica de mi mal ilustre paga.
Silencio eterno á mi cansada lengua
Pondrá la ley de la amistad sincera,
Por cuya sin igual virtud desmengua
La pena que acabar jamas espera;
Mas aunque nunca acabe y ponga en mengua
La honra y la salud, será cual era,
Mi limpia fe, mas firme y contrastada
Que roca en medio de la mar airada.
Del humor que derraman estos ojos,
Y de la lengua el piadoso oficio,
Del bien que se le debe á mis enojos,
Y de la voluntad el sacrificio
Lleve los dulces premios y despojos
El claro amigo, y muéstrese propicio
El cielo á mi deseo, que pretende
El bien ageno, y á sí mismo ofende.
Socorre, o blando amor, levanta y guia
Mi bajo ingenio en la ocasion dudosa,
Y al esperado punto esfuerzo envia
Al alma, y á la lengua temerosa,
La cual podrá, si lleva su osadía,
Facilitar la mas difícil cosa,
Y romper contra el hado y desventura
Hasta llegar á la mayor ventura.

El estar tan trasportado en mis continuas imaginaciones fué ocasion para que yo no tuviese cuenta en cantar estos versos que he dicho, con tan baja voz como debiera, ni el lugar do estaba era tan escondido, que estorbara que de Timbrio no fueran escuchados, el cual así como los oyó, le vino al pensamiento que el mio no estaba libre de amor, y que si yo alguno tenia, era á Nisida segun se podia colegir de mi canto: y aunque él alcanzó la verdad de mis pensamientos, no alcanzó la de mis deseos, antes entendiendo ser al contrario de lo que yo pensaba, determinó de ausentarse aquella misma noche é irse adonde de ninguno fuese hallado, solo por dejarme comodidad de que solo á Nisida sirviese. Todo esto supe yo de un page suyo, sabidor de todos sus secretos, el cual vino á mí muy angustiado y me dijo: Acudid, señor Silerio, que Timbrio mi señor y vuestro amigo nos quiere dejar, y partirse esta noche, y no me ha

dicho donde, sino que le apareje no sé qué dineros, y que á nadie diga que se parte, principalmente me dijo que á vos no lo dijese; y este pensamiento le vino despues que estuvo escuchando no sé qué versos que poco ha cantábades, y segun los extremos que le he visto hacer, creo que va á desesperarse; y por parecerme que debo antes acudir á su remedio, que á obedecer su mandado, os lo vengo á decir, como á quien puede ser parte para que no ponga en efeto tan dañado propósito. Con estraño sobresalto escuché lo que el page me decia, y fuí luego á ver á Timbrio en su aposento, y antes que dentro entrase, me paré á ver lo que hacia, el cual estaba tendido encima de su lecho boca abajo, derramando infinitas lágrimas, acompañadas de profundos suspiros, y con baja voz y mal formadas razones me pareció que estas decia: Procura, verdadero amigo Silerio, alcanzar el fruto que tu solicitud y trabajo tiene bien merecido, y no quieras por lo que te parece que debes á mi amistad, dejar de dar gusto á tu deseo, que yo refrenaré el mio, aunque sea con el medio extremo de la muerte; que pues tú della me libraste, cuando con tanto amor y fortaleza al rigor de mil espadas te ofreciste, no es mucho que yo agora te pague en parte tan buena obra con dar lugar á que sin el impedimento que mi presencia causarte puede, goces de aquella en quien cifró el cielo toda su belleza, y puso el amor todo mi contento: de una sola cosa me pesa, dulce amigo, y es que no puedo despedirme de tí en esta amarga partida; mas admite por disculpa el ser tú la causa della: o Nisida, Nisida, ¡y cuán cierto está de tu hermosura, que se ha de pagar la culpa del que se atreve á mirarla, con la pena de morir por ella! Silerio la vió, y sino quedara cual imagino que ha quedado, perdiera en gran parte conmigo la opinion que tiene de discreto; mas pues mi ventura así lo ha querido, sepa el cielo que no soy menos amigo de Silerio, que él lo es mio; y para muestras desta verdad, apártese Timbrio de su gloria, destiérrese de su contento, vaya peregrino de tierra en tierra, ausente de Silerio y de Nisida, dos verdaderas y mejores mitades de su alma: y luego con mucha furia se levantó del lecho, y abrió la puerta, y hallándome allí, me dijo: ¿Qué quieres, amigo, á tales horas? ¿hay por ventura algo de nuevo? Hay tanto, le respondí yo, que aunque hubiera menos no me pesara. En fin por no cansaros mas, yo llegué á tales términos con él, que le persuadí y dí á entender ser su imaginacion falsa, no en cuanto estaba yo enamorado, sino en el de quien, porque no era Nisida, sino de su hermana Blanca, y súpelo decir esto de manera que él lo tuvo por verdadero; y porque mas crédito á ello diese, la memoria me ofreció unas estancias que muchos dias antes yo mesmo habia hecho á otra dama del mismo nombre, y díjele que para la hermana de Nisida las habia compuesto, las cuales vinieron tan á propósito, que aunque sea fuera dél decirlas agora, no las quiero pasar en silencio, que fueron estas:

SILERIO. ¡O Blanca, á quien rendida está la nieve,
Y en condicion mas que la nieve helada!
No presumais ser mi dolor tan leve,
Que esteis de remediarle descuidada:
Mirad que si mi mal no ablanda y mueve
Vuestra alma en mi desdicha conjurada,
Se volverá tan negra mi ventura,
Cuanto sois Blanca en nombre y hermosura.

Blanca gentil, en cuyo blanco pecho
El contento de amor se anida y cierra:
Antes que el mio en lágrimas deshecho
Se vuelva polvo y miserable tierra,
Mostrad el vuestro en algo satisfecho
Del amor y dolor que el mio encierra,
Que esta será tan caudalosa paga,
Que á cuanto mal padezco satisfaga.

Blanca sois vos, por quien trocar queria
De oro el mas finísimo ducado,
Y por tan alta posesion tendria
Por bien perder la del mas alto estado:
Pues esto conoceis, o Blanca mia,
Dejad ese desden de enamorado,
Y haced, o Blanca, que el amor acierte
A sacar, si sois vos Blanca, mi suerte.

Puesto que con pobreza tal me hallara
Que tan sola una blanca poseyera,
Si ella fueredes vos, no me trocara
Por el mas rico que en el mundo hubiera:
Y si mi ser en aquel ser tornara
De Juan de Espera en Dios, dichoso fuera,
Si al tiempo que las tres blancas buscase,
A vos, o Blanca, entre ellas os hallase.

Adelante pasara con su cuento Silerio, si no lo estorbara el son de muchas zampoñas y acordados caramillos, que á sus espaldas se oia, y volviendo la cabeza, vieron venir hácia ellos hasta una docena de gallardos pastores, puestos en dos hileras, y en medio venia un dispuesto pastor, coronado con una guirnalda de madreselva, y de otras diferentes flores. Traia un baston en la una mano, y con grave paso poco á poco se movia, y los demas pastores con el mesmo aplauso, y tocando todos sus instrumentos, daban de sí agradable y estraña muestra. Luego que Elicio los vió, conoció ser Daranio el pastor que en medio traian, y los demas ser todos circunvecinos, que á sus bodas querian hallarse, á las cuales asimismo Tirsi y Damon vinieron, y por alegrar la fiesta del desposorio, y honrar al nuevo desposado, de aquella manera hácia la aldea se encaminaban; pero viendo Tirsi que su venida habia puesto silencio al cuento de Silerio, le rogó que aquella noche juntos en la aldea la pasasen, donde seria servido con la voluntad posible, y haria satisfechas las suyas con acabar el comenzado suceso. Silerio

lo prometió, y á esta sazon llegó el monton de alegres pastores, los cuales conociendo á Elicio, y Daranio á Tirsi y á Damon sus amigos, con señales de grande alegria se recibieron, y renovando la música, y renovando el contento, tornaron á proseguir el comenzado camino; y ya que llegaban junto al aldea, llegó á sus oidos el son de la zampoña del desamorado Lenio, de que no poco gusto recibieron todos, porque ya conocian la extremada condicion suya, y así como Lenio los vió y conoció, sin interromper el suave canto, desta manera cantando hácia ellos se vino:

LENIO. Por bienaventurada,
Por llena de contento y alegría
Será por mí juzgada
Tan dulce compañía,
Si no siente de amor la tiranía.
Y besaré la tierra
Que pisa aquel que de su pensamiento
El falso amor destierra,
Y tiene el pecho exento
De esta furia cruel, de este tormento.
Y llamaré dichoso
Al rústico, advertido ganadero,
Que vive cuidadoso
Del pobre manso apero,
Y muestra el rostro al crudo amor severo.
Deste tal las corderas
Antes que venga la sazon madura
Serán ya parideras,
Y en la ocasion mas dura
Hallarán claras aguas y verdura.
Si estando amor airado
Con él pusiere en su salud desvío,
Llevaré su ganado
Con el ganado mio
Al abundoso pasto, al claro rio.
Y en tanto del incienso
El humo santo irá volando al cielo,
A quien decirle pienso
Con pio y justo zelo,
Las rodillas postradas por el suelo:
¡O cielo santo y justo!
Pues eres protector del que pretende
Hacer lo que es tu gusto,
A la salud atiende
De aquel que por servirte, amor le ofende.
No lleve este tirano
Los despojos á tí solo debidos,
Antes con larga mano,
Y premios merecidos,
Restituye su fuerza á los sentidos.

En acabando de cantar Lenio, fué de todos los pastores cortesa-

namente recebido, el cual como oyese nombrar á Damon, y á Tirsi á quien él solo por fama conocia, quedó admirado en ver su extremada presencia, y así les dijo: ¿Qué encarecimientos bastarian, aunque fueran los mejores que en la elocuencia pudieran hallarse, á poder levantar y encarecer el valor vuestro, famosos pastores, si por ventura las niñerías de amor no se mezcláran con las veras de vuestros celebrados escritos? Pero pues ya estais éticos de amor, enfermedad al parecer incurable, puesto que mi rudeza con estimar y alabar vuestra rara discrecion os pague lo que os debe, imposible será que yo deje de vituperar vuestros pensamientos. Si los tuyos tuvieras, discreto Lenio, respondió Tirsi, sin las sombras de la vana opinion que los ocupa, vieras luego la claridad de los nuestros, y que por ser amorosos merecen mas gloria y alabanza, que por ninguna otra sutileza ó discrecion, que encerrar pudiera. No mas, Tirsi, no mas, replicó Lenio, que bien sé que con tantos y tan obstinados enemigos, poca fuerza tendrán mis razones. Si ellas lo fueran, respondió Elicio, tan amigos son de la verdad los que aquí están, que ni aun burlando la contradijeran, y en esto podrás ver Lenio, cuan fuera vas della, pues no hay ninguno que apruebe tus palabras, ni aun tenga por buenas tus intenciones. Pues á fe, dijo Lenio, que no te salve á tí la tuya, o Elicio, sino digalo el aire, á quien continuo acrecientas con suspiros, y la yerba destos prados que va creciendo con tus lágrimas, y los versos que el otro dia cantaste y en las hayas de aquel bosque escribiste, que en ellos se verá que es lo que en tí alabas y en mí vituperas. No quedara Lenio sin respuesta, si no vieran venir hácia donde ellos estaban á la hermosa Galatea, con las discretas pastoras Florisa y Teolinda, la cual, por no ser conocida de Damon y Tirsi, se habia puesto un blanco velo ante su hermoso rostro. Llegaron y fueron de los pastores con alegre acogimiento recebidas, principalmente de los enamorados Elicio y Erastro que con la vista de Galatea tan extraño contento recibieron, que no pudiendo Erastro disimularle, en señal dél, sin mandárselo alguno, hizo señas á Elicio que su zampoña tocase, al son de la cual con alegres y suaves acentos cantó los siguientes versos:

ERASTRO. Vea yo los ojos bellos
Deste sol que estoy mirando,
Y si se van apartando,
Váyase el alma tras ellos:
Sin ellos no hay claridad,
Ni mi alma no la espere,
Que ausente dellos no quiere
Luz, salud, ni libertad.

Mire quien puede estos ojos,
Que no es posible alaballos,
Mas ha de dar por mirallos
De la vida los despojos:

Yo los veo, y yo los ví,
Y cada vez que los veo
Les doy un nuevo deseo
Tras el alma que les dí.
Ya no tengo mas que dar,
Ni imagino mas que dé,
Si por premio de mi fe
No se admite el desear:
Cierta está mi perdicion,
Si estos ojos do el bien sobra,
Los pusieron en la obra,
Y no en la sana intencion.
Aunque durase este dia
Mil siglos como deseo,
A mí, que tanto bien veo,
Un punto me parecia:
No hace el tiempo ligero
Curso en alterar mi edad,
Mientras miro la beldad
De la vida por quien muero.
En esta vista reposa
Mi alma y halla sosiego,
Y vive en el vivo fuego
De su luz pura y hermosa:
Y hace amor tan alta prueba
Con ella, que en esta llama
A dulce vida la llama,
Y cual fénix la renueva.
Salgo con mi pensamiento
Buscando mi dulce gloria,
Y al fin hallo en mi memoria
Encerrado mi contento:
Allí está, y allí se encierra
No en mandos, no en poderíos,
No en pompas, no en señoríos,
Ni en riquezas de la tierra.

Aquí acabó su canto Erastro, y se acabó el camino de llegar al aldea, adonde Tirsi, Damon y Silerio en casa de Elicio se recogieron, por no perder la ocasion de saber en qué paraba el comenzado cuento de Silerio. Las hermosas pastoras Galatea y Florisa, ofreciendo de hallarse el venidero dia á las bodas de Daranio, dejaron á los pastores, y todos ó los mas con el desposado se quedaron, y ellas á sus casas se fueron. Y aquella misma noche, solicitado Silerio de su amigo Erastro, y por el deseo que le fatigaba de volver á su ermita, dió fin al suceso de su historia, como se verá en el siguiente libro.

LIBRO TERCERO.

El regocijado alboroto que con la ocasion de las bodas de Daranio aquella noche en el aldea habia, no fué parte para que Elicio, Tirsi, Damon y Erastro dejasen de acomodarse en parte, donde sin ser de alguno estorbados, pudiese seguir Silerio su comenzada historia, el cual despues que todos juntos grato silencio le prestaron, siguió desta manera: Con las fingidas estancias de Blanca, que os he dicho que á Timbrio dije, quedó él satisfecho de que mi pena procedia no de amores de Nisida, sino de su hermana; y con este seguro, pidiéndome perdon de la falsa imaginacion que de mi habia tenido, me tornó á encargar su remedio; y asi yo olvidado del mio no me descuidé un punto de lo que al suyo tocaba. Algunos dias se pasaron, en los cuales la fortuna no me mostró tan abierta ocasion como yo quisiera para descubrir á Nisida la verdad de mis pensamientos, aunque ella siempre me preguntaba, cómo á mi amigo en sus amores le iba, y si su dama tenia ya alguna noticia dellos. A lo que yo le dije, que todavia el temor de ofenderla no me dejaba aventurar á decirle cosa alguna; de lo cual Nisida se enojaba mucho, y me llamaba cobarde, y de poca discrecion, añadiendo á esto que pues yo me acobardaba, ó que Timbrio no sentia el dolor que yo dél publicaba, ó que yo no era tan verdadero amigo suyo como decia. Todo esto fué parte para que me determinase, y en la primera ocasion me descubriese, como lo hice un dia que sola estaba, la cual escuchó con extraño silencio todo lo que decirle quise, y yo como mejor pude le encareci el valor de Timbrio, el verdadero amor que le tenia, el cual era tan fuerte, que me habia movido á mí á tomar tan abatido ejercicio como era el de truhan, solo por tener lugar de decirle lo que decia, añadiendo á estas otras razones que á Nisida le debió parecer que lo eran; mas no quiso mostrar entonces por palabras lo que despues con obras no pudo tener cubierto, antes con gravedad y honestidad extraña reprendió mi atrevimiento, acusó mi osadia, afeó mis palabras, y desmayó mi confianza, pero no de manera que me desterrase de su presencia, que era lo que yo mas temia; solo concluyó con decirme que de alli adelante tuviese mas cuenta con lo que á su honestidad era obligado, y procurase que el artificio de mi mentiroso hábito no se descubriese · conclusion fué esta que cerró y acabó la tragedia de mi vida, pues por ella entendi que Nisida daria

oidos á las quejas de Timbrio. ¿En qué pecho pudo caber ni puede el extremo de dolor que entonces en el mio se encerraba, pues el fin de su mayor deseo era el remate y fin de su contento? Alegrábame el buen principio que al remedio de Timbrio habia dado, y esta alegría en mi pesar redundaba, por parecerme, como era la verdad, que en viendo á Nisida en poder ageno, el propio mio se acababa. ¡O fuerza poderosa de verdadera amistad, á cuánto te extiendes, y á cuánto me obligaste! pues yo mismo, forzado de tu obligacion, afilé con mi industria el cuchillo que habia de degollar mis esperanzas, las cuales, muriendo en mi alma, vivieron y resucitaron en la de Timbrio, cuando de mí supo todo lo que con Nisida pasado habia; pero ella andaba tan recatada con él y conmigo, que nunca de todo punto dió á entender que de la solicitud mia y amor de Timbrio se contentaba, ni menos se desdeñó de suerte, que sus sinsabores y desvíos hiciesen á los dos abandonar la empresa. Hasta que habiendo llegado á noticia de Timbrio, como su enemigo Pransiles (aquel caballero á quien él habia agraviado en Jerez) deseoso de satisfacer su honra le enviaba á desafiar, señalándole campo franco y seguro en una tierra del estado del duque de Gravina, dándole término de seis meses desde entonces hasta el dia de la batalla. El cuidado de este aviso no fué parte para que se descuidase de lo que á sus amores convenia, antes con nueva solicitud mia y servicios suyos, vino á estar Nisida de manera, que no se mostraba esquiva aunque la mirase Timbrio, y en casa de sus padres visitase, guardando en todo tan honesto decoro, cuanto á su valor era obligada. Acercándose ya el término del desafío, y viendo Timbrio serle inescusable aquella jornada, determinó de partirse, y antes que lo hiciese escribió á Nisida una carta, tal, que acabó con ella en un punto lo que yo en muchos meses atras, y en muchas palabras no habia comenzado. Tengo la carta en la memoria, y por hacer al caso de mi cuento, no os dejaré decir que así decia:

TIMBRIO A NISIDA.

Salud te envia aquel que no la tiene,
Nisida, ni la espera en tiempo alguno,
Si por tus manos mismas no le viene.

El nombre aborrecible de importuno
Temo me adquirirán estos renglones
Escritos con mi sangre de uno en uno.

Mas la furia cruel de mis pasiones
De tal modo me turban, que no puedo
Huir las amorosas sinrazones.

Entre un ardiente osar y un frio miedo
Arrimado á mi fe y al valor tuyo,
Mientras esta recibes triste quedo:

Por ver que en escribirte me destruyo,

Si tienes á donaire lo que digo,
Y entregas al desden lo que no es suyo.
El cielo verdadero me es testigo
Si no te adoro desde el mismo punto
Que ví ese rostro hermoso y mi enemigo.
El verte y adorarte llegó junto,
Porque ¿quién fuera aquel que no adorara
De un ángel bello el sin igual trasunto?
Mi alma tu belleza al mundo rara
Vió tan curiosamente, que no quiso
En el rostro parar la vista clara.
Allá en el alma tuya un paraiso
Fué descubriendo de bellezas tantas,
Que dan de nueva gloria cierto aviso.
Con estas ricas alas te levantas
Hasta llegar al cielo, y en la tierra
Al sabio admiras, y al que es simple espantas.
Dichosa el alma que tal bien encierra,
Y no menos dichoso el que por ella
La suya rinde á la amorosa guerra.
En deuda soy á mi fatal estrella,
Que me quiso rendir á quien encubre
En tan hermoso cuepro alma tan bella.
Tu condicion, señora, me descubre
El desengaño de mi pensamiento,
Y de temor á mi esperanza cubre.
Pero en fe de mi justo honroso intento
Hago buen rostro á la desconfianza,
Y cobro al postrer punto nuevo aliento.
Dicen que no hay amor sin esperanza,
Pienso que es opinion: que yo no espero,
Y del amor la fuerza mas me alcanza.
Por sola tu bondad te adoro y quiero,
Atraido tambien de tu belleza
Que fué la red, que amor tendió primero
Para atraer con rara sutileza
Al alma descuidada libre mia
Al amoroso fiudo y su estrecheza.
Sustenta amor su mando y tiranía
Con cualquiera belleza en algun pecho,
Pero no en la curiosa fantasía,
Que mira no de amor el lazo estrecho
Que tiende en los cabellos de oro fino,
Dejando al que los mira satisfecho;
Ni en el pecho, á quien llama alabastrino
Quien del pecho no pasa mas adentro,
Ni en el marfil del cuello peregrino;
Sino del alma el escondido centro
Mira, y contempla mil bellezas puras
Que le acuden y salen al encuentro.
Mortales y caducas hermosuras
No satisfacen á la inmortal alma,

Si de la luz perfeta no anda á escuras.
  Tu sin igual virtud lleva la palma,
Y los despojos de mis pensamientos,
Y á los torpes sentidos tiene en calma.
  Y en esta sujecion están contentos,
Porque miden su dura amarga pena
Con el valor de tus merecimientos.
  Aro en el mar, y siembro en el arena,
Cuando la fuerza estraña del deseo
A mas que á contemplarte me condena.
  Tu alteza entiendo; mi bajeza veo,
Y en extremos que son tan diferentes,
Ni hay medio que esperar, ni le poseo.
  Ofrécense por esto inconvenientes
Tantos á mi remedio, cuantas tiene
El cielo estrellas, y la tierra gentes.
  Conozco lo que al alma le conviene,
Sé lo mejor, y á lo peor me atengo
Llevado del amor que me entretiene.
  Mas ya, Nisida bella, al paso vengo
De mí con mortal ansia deseado,
Do acabaré la pena que sostengo.
  El enemigo brazo levantado
Me espera y la feroz aguda espada,
Contra mí con tu saña conjurado.
  Presto será tu voluntad vengada
Del vano atrevimiento de esta mia,
De tí sin causa alguna desechada.
  Otro mas duro trance, otra agonía
Aunque fuera mayor que de la muerte,
No turbara mi triste fantasía,
  Si cupiera en mi corta amarga suerte
Verte de mis deseos satisfecha,
Así como al contrario puedo verte:
  La senda de mi bien hállola estrecha,
La de mi mal tan ancha y espaciosa,
Cual de mi desventura ha sido hecha.
  Por esta corre airada y presurosa
La muerte en tu desden fortalecida,
De triunfar de mi vida deseosa.
  Por aquella mi bien va de vencida
De tu rigor, señora, perseguido,
Que es el que ha de acabar mi corta vida.
  A términos tan tristes conducido
Me tiene mi ventura, que ya temo
Al enemigo airado y ofendido,
  Solo por ver que el fuego en que me quemo
Es hielo en ese pecho, y esto es parte
Para que yo acobarde al paso extremo.
  Que si tú no te muestras de mi parte,
¿A quién no temerá mi flaca mano,
Aunque mas le acompañe esfuerzo y arte?

Pero si me ayudaras, ¿qué romano
O griego capitan me contrastara,
Que al fin su intento no saliera vano?
Por el mayor peligro me arrojara,
Y de las fieras manos de la muerte
Los despojos seguro arrebatara.
Tú sola puedes levantar mi suerte
Sobre la humana pompa, ó derribarla
Al centro do no hay bien con que se acierte.
Que si como ha podido sublimarla
El puro amor, quisiera la fortuna
En la difícil cumbre sustentarla,
Subida sobre el cielo de la luna
Se viera mi esperanza, que ahora yace
En lugar do no espera en cosa alguna.
Tal estoy ya, que ya me satisface
El mal que tu desden airado esquivo
Por tan estraños términos me hace,
Solo por ver que en tu memoria vivo,
Y que te acuerdas, Nisida, siquiera
De hacerme mal, que yo por bien recibo.
Con mas facilidad contar pudiera
Del mar los granos de la blanca arena,
Y las estrellas de la octava esfera,
Que no las ansias, el dolor, la pena,
A que el fiero rigor de tu aspereza
Sin haberte ofendido me condena.
No midas tu valor con mi bajeza,
Que al respeto de tu ser famoso
Por tierra quedará cualquiera alteza.
Así cual soy te amo, y decir oso
Que me adelanto en firme enamorado
Al mas subido término amoroso.
Por esto no merezco ser tratado
Como enemigo, antes me parece
Que debería ser remunerado.
Mal con tanta beldad se compadece
Tamaña crueldad, y mal asienta
Ingratitud do tal valor florece.
Quisiérate pedir, Nisida, cuenta
De un alma que te dí: ¿dónde la echaste,
O cómo estando ausente me sustenta?
¿Ser señora de un alma no acetaste?
¿Pues qué te puede dar quien mas te quiera?
¡Cuán bien tu presuncion aquí mostraste!
Sin alma estoy desde la vez primera
Que te ví por mi mal, y por bien mio,
Que todo fuera mal si no te viera.
Allí el freno te dí de mi albedrío,
Tú me gobiernas, por tí sola vivo,
Y aun puede mucho mas tu poderío.
En el fuego de amor puro me avivo

Y me deshago, pues cual fénix luego
De la muerte de amor vida recibo.
En fe desta mi fe te pido y ruego
Solo que creas, Nisida, que es cierto
Que vivo ardiendo en amoroso fuego.
Y que tú puedes ya despues de muerto
Reducirme á la vida, y en un punto
Del mar airado conducirme al puerto.
Que está para conmigo en tí tan junto
El querer y el poder, que es todo uno
Sin discrepar y sin faltar un punto;
Y acabo por no ser mas importuno.

No sé si las razones desta carta, ó las muchas que yo antes á Nisida habia dicho, asegurándole el verdadero amor que Timbrio le tenia, ó los continuos servicios de Timbrio, ó los cielos que así lo tenian ordenado, movieron las entrañas de Nisida, para que en el punto que la acabó de leer, me llamase, y con lágrimas en los ojos me dijese: Ay, Silerio, Silerio, ¡y cómo creo que á costa de la salud mia has querido grangear la de tu amigo! hagan los hados que á este punto me han traido, con las obras de Timbrio verdaderas tus palabras; y si las unas y las otras me han engañado, tome de mi ofensa venganza el cielo, al cual pongo por testigo de la fuerza que el deseo me hace, para que no le tenga mas encubierto: mas ¡ay, cuán liviano descargo es este para tan pesada culpa! pues debiera yo primero morir callando porque mi honra viviera, que con decir lo que agora quiero decirte, enterrarla á ella y acabar mi vida. Confuso me tenian estas palabras de Nisida, y mas el sobresalto con que las decia; y queriendo con las mias animarla á que sin temor alguno se declarase, no fué menester importunarla mucho, que al fin me dijo que no solo amaba, pero que adoraba á Timbrio, y que aquella voluntad tuviera ella cubierta siempre, si la forzosa ocasion de la partida de Timbrio no la forzara á descubrirla. Cual yo quedé, pastores, oyendo lo que Nisida decia, y la voluntad amorosa que tener á Timbrio mostraba, no es posible encarecerlo: y aun es bien que carezca de encarecimiento dolor que á tanto se extiende; no porque me pesase de ver á Timbrio querido, sino de verme á mí imposibilitado de tener jamas contento, pues estaba y está claro que ni podia ni puedo vivir sin Nisida, á la cual, como otras veces he dicho, viéndola en agenas manos puesta, era enagenarme yo de todo gusto, y si alguno la suerte en este trance me concedia, era considerar el bien de mi amigo Timbrio, y esto fué parte para que no llegase á un mesmo punto mi muerte y la declaracion de la voluntad de Nisida. Escuchéla como pude, y aseguréla como supe de la entereza del pecho de Timbrio, á lo cual ella me respondió que ya no habia necesidad de asegurarle aquello, porque estaba de manera, que no podia ni le convenia dejar de creerme, y que solo me rogaba, si fuese posible, procu-

rase de persuadir á Timbrio, buscase algun medio honroso para no venir á batalla con su enemigo : y respondiéndole yo ser eso imposible sin quedar deshonrado, se sosegó, y quitándose del cuello unas preciosas reliquias, me las dió para que á Timbrio de su parte las diese. Quedó ansimesmo concertado entre los dos, que ella sabia que sus padres habian de ir á ver el combate de Timbrio, y que llevarian á ella y á su hermana consigo; mas porque no le bastaria el ánimo de estar presente al riguroso trance de Timbrio, que ella fingiria estar mal dispuesta, con la cual ocasion se quedaria en una casa de placer donde sus padres habian de posar, que media legua estaba de la villa donde se habia de hacer el combate, y que allí esperaria su mala ó buena suerte segun la tuviese Timbrio : mandóme tambien que para acortar el deseo que tendria de saber el suceso de Timbrio, que llevase yo conmigo una toca blanca, que ella me dió, y que si Timbrio venciese, me la atase al brazo, y volviese á darle las nuevas; y si fuese vencido, que no la atase, y así ella sabría por la señal de la toca desde lejos el principio de su contento, ó el fin de su vida. Prometíle de hacer todo lo que me mandaba, y tomando las reliquias y la toca, me despedí della con la mayor tristeza, y el mayor contento que jamas tuve : mi poca ventura causaba la tristeza, y la mucha de Timbrio el alegría. El supo de mí lo que de parte de Nisida le llevaba, y quedó con ello tan lozano, contento y orgulloso, que el peligro de la batalla que esperaba, por ninguno le tenia, pareciéndole que en ser favorecido de su señora, aun la mesma muerte contrastar no le podria. Paso agora en silencio los encarecimientos que Timbrio hizo para mostrarse agradecido á lo que á mi solicitud debia; porque fueron tales, que mostraba estar fuera de seso tratando en ello. Esforzado pues, y animado con esta buena nueva, comenzó á aparejar su partida, llevando por padrinos un caballero español, y otro napolitano. Y á la fama deste particular duelo se movió á verlo infinita gente del reino, yendo tambien allá los padres de Nisida, llevando con ellos á ella, y á su hermana Blanca : y como á Timbrio tocaba escoger las armas, quiso mostrar que no en la ventaja dellas, sino en la razon que tenia, fundaba su derecho, y así las que escogió fueron espada y daga, sin otra arma defensiva alguna. Pocos dias faltaban al término señalado, cuando de la ciudad de Nápoles se partieron con otros muchos caballeros Nisida y su padre, habiendo llegado primero ella, acordándome muchas veces que no me olvidase de nuestro concierto; pero mi cansada memoria, que jamas sirvió sino de acordarme solas las cosas de mi disgusto, por no mudar su condicion, se olvidó tanto de lo que Nisida me habia dicho, cuanto vió que convenia para quitarme la vida, ó á lo menos para ponerme en el miserable estado en que agora me veo. Con grande atencion estaban los pastores escuchando lo que Silerio contaba, cuando interrompió el hilo de su cuento la voz de un lastimado pastor, que entre unos árboles cantando estaba, y no

tan lejos de las ventanas de la estancia donde ellos estaban, que dejase de oirse todo lo que decia. La voz era de suerte, que puso silencio á Silerio, el cual en ninguna manera quiso pasar adelante, antes rogó á los demas pastores que la escuchasen, pues para lo poco que de su cuento quedaba, tiempo habria de acabarlo. Hiciéraseles de mal esto á Tirsi y Damon, si no les dijera Elicio: Poco se perderá, pastores, en escuchar al desdichado Mireno, que sin duda es el pastor que canta, y á quien ha traido la fortuna á términos, que imagino que no espera él ninguno en su contento. ¿Cómo le ha de esperar, dijo Erastro, si mañana se desposa Daranio con la pastora Silveria, con quien él pensaba casarse? pero en fin han podido mas con los padres de Silveria las riquezas de Daranio, que las habilidades de Mireno. Verdad dices, replicó Elicio; pero con Silveria mas habia de poder la voluntad que de Mireno tenia conocida, que otro tesoro alguno: cuanto mas, que no es Mireno tan pobre, que aunque Silveria se casara con él, fuera su necesidad notada. Por estas razones que Elicio y Erastro dijeron, creció el deseo en los pastores de escuchar lo que Mireno cantaba; y asi rogó Silerio que mas no se hablase, y todos con atento oido se pararon á escucharle, el cual afligido de la ingratitud de Silveria, viendo que otro dia con Daranio se desposaba, con la rabia y dolor que le causaba este hecho se habia salido de su casa acompañado de solo su rabel, y convidándole la soledad y silencio de un pequeño pradecillo, que junto á las paredes de la aldea estaba, y confiado que en tan sosegada noche ninguno le escucharia, se sentó al pié de un árbol, y templando su rabel, desta manera cantando estaba:

MIRENO. Cielo sereno, que con tantos ojos
Los dulces amorosos hurtos miras,
Y con tu curso alegras, ó entristeces
A aquel que en tu silencio sus enojos
A quien los causa dice, ó al que retiras
De gusto tal, y espacio no le ofreces,
Si acaso no careces
De tu benignidad para conmigo,
Pues ya con solo hablar me satisfago
Y sabeis cuanto hago,
No es mucho que ahora escuches lo que digo:
Que mi voz lastimera
Saldrá con la doliente ánima afuera.

Ya mi cansada voz, ya mis lamentos
Bien poco ofenderán al aire vano,
Pues á término tal soy reducido,
Que ofrece amor á los airados vientos
Mis esperanzas, y en agena mano
Ha puesto el bien que tuve merecido.
Será el fruto cogido
Que sembró mi amoroso pensamiento,

Y regaron mis lágrimas cansadas
Por las afortunadas
Manos, á quien faltó merecimiento
Y sobró la ventura,
Que allana lo difícil y asegura.
Pues el que ve su gloria convertida
En tan amarga dolorosa pena,
Y tomando su bien cualquier camino,
¿Porqué no acaba la enojosa vida?
¿Porqué no rompe la vital cadena
Contra todas las fuerzas del destino?
Poco á poco camino
Al dulce trance de la amarga muerte,
Y así, atrevido aunque cansado brazo,
Sufrid el embarazo
Del vivir, pues ensalza nuestra suerte
Saber que á amor le place,
Que el dolor haga lo que el hierro hace.
Cierta mi muerte está, pues no es posible
Que viva aquel que tiene la esperanza
Tan muerta, y tan ageno está de gloria;
Pero temo que amor haga imposible
Mi muerte, y que una falsa confianza
Dé vida á mi pesar á la memoria.
¿Mas qué? si por la historia
De mis pasados bienes la poseo,
Y miro bien que todos son pasados,
Y los graves cuidados
Que triste agora en su lugar poseo,
Ella será mas parte
Para que della y del vivir me aparte.
¡Ay bien único y solo al alma mia!
Sol que mi tempestad aserenaste,
Término del valor que se desea,
¿Será posible que se llega el dia
Donde he de conocer que me olvidaste,
Y que permita amor que yo le vea?
Primero que esto sea,
Primero que tu blanco hermoso cuello
Esté de agenos brazos rodeado,
Primero que el dorado,
Oro es mejor decir de tu cabello,
A Daranio enriquezca,
Con fenecer mi vida el mal fenezca.
Nadie por fe te tuvo merecida
Mejor que yo, mas veo que es fe muerta
La que con obras no se manifiesta;
Si se estimara el entregar la vida
Al dolor cierto y á la gloria incierta,
Pudiera yo esperar alegre fiesta;
Mas no se admite en esta
Cruda ley que amor usa, el buen deseo,

Pues es proverbio antiguo entre amadores,
Que son obras amores,
Y yo que por mi mal solo poseo
La voluntad de hacellas,
¿Qué no me ha de faltar, faltando en ellas?
En tí pensaba yo que se rompiera
Esta ley del avaro amor usada,
Pastora, y que los ojos levantáras
A una alma de la tuya prisionera,
Y á tu propio querer tan ajustada,
Que si la conocieras la estimáras:
Pensé que no trocáras
Una fe que dió muestras de tan buena,
Por una que quilata sus deseos
Con los vanos arreos
De la riqueza de cuidados llena;
Entregástete al oro
Por entregarme á mí continuo al lloro.
Abatida pobreza, causadora
Deste dolor que me atormenta el alma
Aquel te loa que jamas te mira:
Turbóse en ver tu rostro mi pastora,
A su amor tu aspereza puso en calma,
Y así por no encontrarte el pié retira.
Mal contigo se aspira
A conseguir intentos amorosos;
Tú derribas las altas esperanzas,
Y siembras mil mudanzas
En mugeriles pechos codiciosos;
Tú jamas perficionas
Con amor el valor de las personas.
Sol es el oro, cuyos rayos ciegan
La vista mas aguda, si se ceba
En la vana apariencia del provecho.
A liberales manos no se niegan
Las que gustan de hacer notoria prueba
De un blando, codicioso, hermoso pecho.
Oro tuerce el derecho
De la limpia intencion y fe sincera,
Y mas que la firmeza de un amante
Acaba un diamante,
Pues su dureza vuelve un pecho cera
Por mas duro que sea,
Pues se le da con él lo que desea.
De tí me pesa, dulce mi enemiga,
Que tantas tuyas puras perfeciones
Con una avara muestra has afeado,
Tanto del oro te mostraste amiga
Que echaste á las espaldas mis pasiones,
Y al olvido entregaste mi cuidado.
¡En fin, que te has casado!
¡Casádote has, pastora! El cielo haga

Tan buena tu eleccion como querrias,
Y de las penas mias
Injustas, no recibas justa paga;
Mas ay! que el cielo amigo
Da premio á la virtud, y al mal castigo.

Aquí dió fin á su canto el lastimado Mireno conmuestras de tanto dolor, que le causó á todos los que le escuchaban, principalmente á los que le conocian y sabian sus virtudes, gallarda disposicion y honroso trato. Y despues de haber dicho entre los pastores algunos discursos sobre la extraña condicion de las mugeres, en especial sobre el casamiento de Silveria, que olvidada del amor y bondad de Mireno, á las riquezas de Daranio se habia entregado, deseosos de que Silerio diese fin á su cuento, puesto silencio á todo, sin ser menester pedírselo, él comenzó á seguir, diciendo: Llegando pues el dia del riguroso trance, habiéndose quedado Nisida media legua antes de la villa en unos jardines como conmigo habia concertado, con escusa que dió á sus padres de no hallarse bien dispuesta, al partirme della me encargó la brevedad de mi tornada, con la señal de la toca, porque en traerla ó no, ella entendiese el bueno, ó el mal suceso de Timbrio. Tornéselo á prometer, agraviándome de que tanto me lo encargase. Y con esto me despedí della y de su hermana, que con ella se quedaba. Y llegado al puesto del combate y llegada la hora de comenzarle, despues de haber hecho los padrinos de entrambos las ceremonias y amonestaciones que en tal caso se requieren, puestos los dos caballeros en la estacada, al temeroso son de una ronca trompeta se acometieron con tanta destreza y arte, que causaba admiracion en quien los miraba. Pero el amor, ó la razon, que es lo mas cierto, que á Timbrio favorecia, le dió tal esfuerzo, que aunque á costa de algunas heridas, en poco espacio puso á su contrario de suerte, que teniéndole á sus piés herido y desangrado, le importunaba que si queria salvar la vida, se rindiese; pero el desdichado Pransiles le persuadia que le acabase de matar, pues le era mas fácil á él, y de menos daño pasar por mil muertes, que rendirse una; mas el generoso ánimo de Timbrio es de manera, que ni quiso matar á su enemigo, ni menos que se confesase por rendido: solo se contentó con que dijese y conociese que era tan bueno Timbrio como él: lo cual Pransiles confesó de buena gana, pues hacia en esto tan poco, que sin verse en aquel término pudiera muy bien decirlo. Todos los circunstantes que entendieron lo que Timbrio con su enemigo habia pasado, lo alabaron y estimaron en mucho. Y apenas hube yo visto el feliz suceso de mi amigo, cuando con alegría increible y presta ligereza volví á dar las nuevas á Nisida. Pero ay de mí! que el descuido de entonces me ha puesto en el cuidado de agora. ¡O memoria, memoria mia! ¿porqué no la tuviste para lo que tanto me importaba? Mas creo que estaba ordenado en mi ventura, que el principio de aquella alegría fuese el remate y fin de todos mis contentos. Yo

volví á ver á Nisida con la presteza que he dicho, pero volví sin ponerme la blanca toca al brazo. Nisida que con crecido deseo estaba esperando y mirando desde unos altos corredores mi tornada, viéndome volver sin la toca, entendió que algun siniestro reves á Timbrio habia sucedido, y creyólo y sintiólo de manera, que sin ser parte otra cosa, faltándole todos los espíritus, cayó en el suelo con tan extraño desmayo, que todos por muerta la tuvieron : cuando ya yo llegué, hallé á toda la gente de su casa alborotada, y á su hermana haciendo mil extremos de dolor sobre el cuerpo de la triste Nisida. Cuando yo la ví en tal estado, creyendo firmemente que era muerta, y viendo que la fuerza del dolor me iba sacando de sentido, temeroso que estando fuera dél no diese, ó descubriese algunas muestras de mis pensamientos, me salí de la casa, y poco á poco volví á dar las desdichadas nuevas al desdichado Timbrio. Pero como me hubiesen privado las ansias de mi fatiga las fuerzas de cuerpo y alma, no fueron tan ligeros mis pasos, que no lo hubiesen sido mas otros que la triste nueva á los padres de Nisida llevasen, certificándoles cierto, que de un agudo parasismo habia quedado muerta. Debió de oir esto Timbrio, y debió de quedar cual yo quedé, si no quedó peor : solo sé decir que cuando llegué á do pensaba hallarle, era ya algo anochecido, y supe de uno de sus padrinos que con el otro, y por la posta, se habia partido á Nápoles, con muestras de tanto descontento, como si de la contienda vencido y deshonrado salido hubiera. Luego imaginé yo lo que ser podia, y púseme luego en camino para seguirle : y antes que á Nápoles llegase, tuve nuevas ciertas de que Nisida no era muerta, sino que le habia dado un desmayo que le duró veinte y cuatro horas, al cabo de las cuales habia vuelto en sí con muchas lágrimas y suspiros. Con la certidumbre desta nueva me consolé, y con mas contento llegué á Nápoles, pensando hallar allí á Timbrio ; pero no fué así, porque el caballero con quien él habia venido, me certificó que en llegando á Nápoles se partió sin decir cosa alguna, y que no sabia á qué parte; solo imaginaba que segun le vió triste y melancólico despues de la batalla, que no podia creer sino que á desesperarse hubiese ido. Nuevas fueron estas que me tornaron á mis primeras lágrimas, y aun no contenta mi ventura con esto, ordenó que al cabo de pocos dias llegasen á Nápoles los padres de Nisida, sin ella y sin su hermana : las cuales segun supe, y segun era pública voz, entrambas á dos se habian ausentado una noche, viniendo con sus padres á Nápoles, sin que se supiese dellas nueva alguna. Tan confuso quedé con esto que no sabia qué hacerme, ni decirme : y estando puesto en esta confusion tan estraña, vine á saber, aunque no muy cierto, que Timbrio en el puerto de Gaeta en una gruesa nave que para España iba, se habia embarcado, y pensando que podia ser verdad, me vine luego á España, y en Jerez y en todas las partes que imaginé que podria estar, le he buscado, sin hallar dél rastro alguno : finalmente he venido á la ciudad de Toledo, donde están todos los

parientes de los padres de Nisida : y lo que he alcanzado á saber es, que ellos se vuelven á Toledo sin haber sabido nuevas de sus hijas. Viéndome pues yo ausente de Timbrio, ageno de Nisida, y considerando que ya que los hallase, ha de ser para gusto suyo y perdicion mia : cansado ya y desengañado de las cosas deste falso mundo en que vivimos, he acordado de volver el pensamiento á mejor norte, y gastar lo poco que de vivir me queda, en servicio del que estima los deseos y las obras en el punto que merecen ; y así he escogido este hábito que veis, y la ermita que habeis visto, donde en dulce soledad reprima mis deseos y encamine mis obras á mejor paradero : puesto que como viene de tan atras la corrida de las malas inclinaciones que hasta aquí he tenido, no son tan fáciles de parar, que no trascorran algo, y vuelva la memoria á combatirme, representándome las pasadas cosas ; y cuando en estos puntos me veo, al son de aquella arpa que escogí por compañera en mi soledad, procuro aliviar la pesada carga de mis cuidados, hasta que el cielo le tenga y se acuerde de llamarme á mejor vida.

Este es, pastores, el suceso de mi desventura ; y si he sido largo en contárosle, es porque no ha sido ella corta en fatigarme. Lo que os ruego es, me dejeis volver á mi ermita, porque aunque vuestra compañia me es agradable, he llegado á términos, que ninguna cosa me da mas gusto que la soledad ; y de aquí entendereis la vida que paso, y el mal que sustento. Acabó con esto Silerio su cuento ; pero no las lágrimas, con que muchas veces le habia acompañado. Los pastores le consolaron en ellas lo mejor que pudieron, especialmente Damon y Tirsi, los cuales con muchas razones le persuadieron á no perder la esperanza de ver á su amigo Timbrio con mas contento que él sabria imaginar, pues no era posible sino que tras tanta fortuna aserenase el cielo del cual se debia esperar que no consentiria que la falsa nueva de la muerte de Nisida, á noticia de Timbrio con mas verdadera relacion no viniese antes que la desesperacion le acabase ; y que de Nisida se podia creer y conjeturar, que por ver á Timbrio ausente se habria partido en su busca ; y que si entonces la fortuna por tan extraños accidentes los habia apartado, agora por otros no menos extraños sabria juntarlos. Todas estas razones y otras muchas que le dijeron, le consolaron algo, pero no de manera, que despertasen la esperanza de verse en la vida mas contenta, ni aun él la procuraba, por parecerle que la que habia escogido, era la que mas le convenia. Gran parte era ya pasada de la noche, cuando los pastores acordaron de reposar el poco tiempo que hasta el dia quedaba, en el cual se habian de celebrar las bodas de Daranio y Silveria. Mas apenas habia dejado la blanca aurora el enfadoso lecho del zeloso marido, cuando dejaron los suyos todos los mas pastores de la aldea, y cada cual como mejor pudo, comenzó por su parte á regocijar la fiesta. Cual trayendo verdes ramos para adornar la puerta de los desposados, y cúal con su tamborino y flauta les daba la madrugada, acullá se oia la regocijada

gaita, acá sonaba el acordado rabel, allí el antiguo salterio, aquí los cursados albogues, quien con coloradas cintas adornaba sus castañetas para los esperados bailes, quien pulia y repulia sus rústicos aderezos para mostrarse galan á los ojos de alguna su querida pastorcilla, de modo que por cualquier parte de la aldea que se fuese, todo sabia á contento, placer y fiesta. Solo el triste y desdichado Mireno era aquel á quien todas estas alegrías causaban suma tristeza; el cual, habiéndose salido del aldea, por no ver hacer sacrificio de su gloria, se subió en una costezuela que junto la aldea estaba; y allí sentándose al pié de un antiguo fresno, puesta la mano en la mejilla, y la caperuza encajada hasta los ojos, que en el suelo tenia clavados, comenzó á imaginar el desdichado punto en que se hallaba, y cuan sin poderlo estorbar, ante sus ojos habia de ver coger el fruto de sus deseos; y esta consideracion le tenia de suerte, que lloraba tan tierna y amargamente, que ninguno en tal trance le viera que con lágrimas no le acompañara. A esta sazon, Damon y Tirsi, Elicio y Erastro, se levantaron, y asomándose á una ventana que al campo salia, lo primero en quien pusieron los ojos, fué en el lastimado Mireno, y en verle de la suerte que estaba, conocieron bien el dolor que padecia, y movidos á compasion, determinaron todos de ir á consolarle, como lo hicieran, si Elicio no les rogara que le dejaran ir solo, porque imaginaba que por ser Mireno tan amigo suyo, con él mas abiertamente que con otro, su dolor comunicaria. Los pastores se lo concedieron, y yendo allá Elicio, hallóle tan fuera de sí, y tan en su dolor trasportado, que ni lo conoció Mireno, ni le habló palabra; lo cual visto por Elicio, hizo señal á los demas pastores que viniesen: los cuales temiendo algun extraño accidente á Mireno sucedido, pues Elicio con priesa los llamaba, fueron luego allá, y vieron que estaba Mireno con los ojos tan fijos en el suelo, y tan sin hacer movimiento alguno, que una estatua semejaba, pues con la llegada de Elicio, ni con la de Tirsi, Damon y Erastro, no volvió de su extraño embelesamiento, sino fué que á cabo de un buen espacio de tiempo, casi como entre dientes comenzó á decir: ¿Tú eres Silveria, Silveria? si tú lo eres, yo no soy Mireno; y si soy Mireno, tú no eres Silveria; porque no es posible que esté Silveria sin Mireno, ó Mireno sin Silveria: pues ¿quién soy yo, desdichado? ¿ó quién eres tú, desconocida? yo bien sé que no soy Mireno, porque tú no has querido ser Silveria, á lo menos la Silveria que ser debias, y yo pensaba que fueras. A esta sazon alzó los ojos, y como vió al rededor de sí los cuatro pastores, y conoció entre ellos á Elicio, se levantó, y sin dejar su amargo llanto, le echó los brazos al cuello, diciéndole: ¡Ay verdadero amigo mio! y cómo agora no tendrás ocasion de envidiar mi estado, como le envidiabas cuando de Silveria me veias favorecido: pues si entonces me llamaste venturoso, agora puedes llamarme desdichado; y trocar todos los títulos alegres que en aquel tiempo me dabas, en los de pesar que agora puedes darme: yo sí que te podré llamar dichoso, Elicio,

pues te consuela mas la esperanza que tienes de ser querido, que no te fatiga el verdadero temor de ser olvidado. Confuso me tienes, o Mireno, respondió Elicio, de ver los extremos que haces por lo que Silveria ha hecho, sabiendo que tiene padres, á quien ha sido justo haber obedecido. Si ella tuviera amor, replicó Mireno, poco inconveniente era la obligacion de los padres para dejar de cumplir con lo que al amor debia; de do vengo á considerar, o Elicio, que si me quiso bien, hizo mal en casarse; y si fué fingido el amor que me mostraba, hizo peor en engañarme, y ofrecerme el desengaño á tiempo que no puede aprovecharme, si no es con dejar en sus manos la vida. No está en términos la tuya, Mireno, replicó Elicio, que tengas por remedio el acabarla, pues podria ser que la mudanza de Silveria no estuviese en la voluntad, sino en la fuerza de la obediencia de sus padres; y si tú la quisiste limpia y honestamente doncella, tambien la puedes querer agora casada, correspondiendo ella agora como entonces á tus buenos y honestos deseos. Mal conoces á Silveria, Elicio, respondió Mireno, pues imaginas della que ha de hacer cosa de que pueda ser notada. Esta mesma razon que has dicho, te condena, respondió Elicio: pues si tú, Mireno, sabes de Silveria, que no hará cosa que mal le esté, en la que ha hecho, no debe de haber errado. Si no ha errado, respondió Mireno, ha acertado á quitarme todo el buen suceso que de mis buenos pensamientos esperaba: y solo en esto la culpo, que nunca me advirtió deste daño, antes temiéndome dél, con firme juramento me aseguraba que eran imaginaciones mias, y que nunca á la suya habia llegado pensar con Daranio casarse, ni se casaria, si conmigo no, con él, ni con otro alguno, aunque aventurara en ello quedar en perpetua desgracia con sus padres y parientes: y debajo deste seguro y prometimiento faltar y romper la fe agora de la manera que has visto, ¿qué razon hay que tal consienta? ¿ó qué corazon que tal sufra? Aquí tornó Mireno á renovar su llanto, y aquí de nuevo le tuvieron lástima los pastores. A este instante llegaron dos zagales adonde ellos estaban, que el uno era pariente de Mireno, y el otro criado de Daranio, que á llamar á Elicio, Tirsi, Damon y Erastro venia, porque las fiestas de su desposorio querian comenzarse. Pesábales á los pastores de dejar solo á Mireno, pero aquel pastor su pariente se ofreció á quedar con él; y aun Mireno dijo á Elicio, que se queria ausentar de aquella tierra, por no ver cada dia á los ojos la causa de su desventura. Elicio le loó su determinacion, y le encargó, que do quiera que estuviese, le avisase de cómo le iba. Mireno se lo prometió; y sacando del seno un papel le rogó que en hallando comodidad, se le diese á Silveria. Y con esto se despidió de todos los pastores, no sin muestras de mucho dolor y tristeza: el cual no se hubo bien apartado de su presencia, cuando Elicio, deseoso de saber lo que en el papel venia, viendo que pues estaba abierto, importaba poco leerle, le descogió, y convidando á los otros pastores á escucharle, vió que en él venian escritos estos versos:

MIRENO A SILVERIA.

El pastor que te ha entregado
Lo mas de cuanto tenia,
Pastora, agora te envia
Lo menos que le ha quedado:
Que es este pobre papel,
Adonde claro verás
La fe que en tí no hallarás,
Y el dolor que queda en él.
Pero poco acaso hace
Darte desto cuenta estrecha,
Si mi fe no me aprovecha,
Y mi mal te satisface:
No pienses que es mi intencion
Quejarme porque me dejas,
Que llegan tarde las quejas
De mi temprana pasion.
Tiempo fué ya que escucháras
El cuento de mis enojos,
Y aun si lloráran mis ojos,
Las lágrimas enjugáras:
Entonces era Mireno
El que era de tí mirado.
¡Mas ay, cómo te has trocado
Tiempo bueno, tiempo bueno!
Si durara aquel engaño,
Templárase mi disgusto,
Pues mas vale un falso gusto,
Que un notorio y cierto daño:
Pero tú, por quien se ordena
Mi terrible mala andanza,
Has hecho con tu mudanza
Falso el bien, cierta la pena.
Tus palabras lisonjeras
Y mis crédulos oidos
Me han dado bienes fingidos,
Y males que son de veras:
Los bienes con su aparencia
Crecieron mi sanidad;
Los males con su verdad
Han doblado mi dolencia.
Por esto juzgo y discierno
Por cosa cierta y notoria,
Que tiene el amor su gloria
A las puertas del infierno:
Y que un desden acarrea,
Y un olvido en un momento
Desde la gloria al tormento
Al que en amar no se emplea.
Con tanta presteza has hecho
Este mudamiento estraño,

Que estoy ya dentro del daño,
Y no salgo del provecho:
Porque imagino que ayer
Era cuando me querias,
O á lo menos lo fingias,
Que es lo que se ha de creer.
Y el agradable sonido
Dé tus palabras sabrosas,
Y razones amorosas
Aun me suenan en el oido:
Estas memorias sũaves
Al fin me dan mas tormento,
Pues tus palabras el viento
Llevó, y las obras quien sabes.
¿Eras tú la que jurabas
Que se acabasen tus dias,
Si á Mireno no querias
Sobre todo cuanto amabas?
¿Eras tú, Silveria, quien
Hizo de mí tal caudal,
Que siendo todo tu mal,
Me tenias por tu bien?
¡Oh qué títulos te diera
De ingrata, como mereces,
Si como tú me aborreces,
Tambien yo te aborreciera!
Mas no puedo aprovecharme
Del medio de aborrecerte,
Que estimo mas el quererte
Que tú has hecho el olvidarme.
Triste gemido á mi canto
Ha dado tu mano fiera,
Invierno á mi primavera,
Y á mi risa amargo llanto:
Mi gasajo ha vuelto en luto,
Y de mis blandos amores
Cambió en abrojos las flores,
Y en veneno el dulce fruto.
Y aun dirás, y esto me daña,
Que es el haberte casado,
Y el haberme así olvidado
Una honesta honrosa hazaña.
Disculpa fuera admitida,
Si no te fuera notorio
Que estaba en tu desposorio
El fin de mi triste vida.
Mas en fin tu gusto fué
Gusto, pero fué justo,
Pues con premio tan injusto
Pagó mi inviolable fe:
La cual por ver que se ofrece
De mostrar la fe que alcanza,

Ni la muda tu mudanza,
Ni mi mal la desfallece.
Quien esto vendrá á entender,
Cierto estoy que no se asombre,
Viendo al fin que yo soy hombre,
Y tú, Silveria, muger:
Adonde la ligereza
Hace de contino asiento,
Y adonde en mí el sufrimiento
Es otra naturaleza.
Ya te contemplo casada,
Y de serlo arrepentida,
Porque ya es cosa sabida
Que no estarás firme en nada:
Procura alegre llevallo
El yugo que echaste al cuello,
Que podrás aborrecello,
Y no podrás desechallo.
Mas eres tan inhumana
Y de tan mudable ser,
Que lo que quisiste ayer,
Has de aborrecer mañana:
Y así por estraña cosa
Dirá aquel que de tí hable:
Hermosa, pero mudable,
Mudable, pero hermosa.

No parecieron mal los versos de Mireno á los pastores, sino la ocasion á que se habian hecho, considerando con cuanta presteza la mudanza de Silveria le habia traido á punto de desamparar la amada patria y queridos amigos, temeroso cada uno que en el suceso de sus pretensiones lo mesmo le sucediese. Entrados pues en el aldea, y llegados adonde Daranio y Silveria estaban, la fiesta se comenzó tan alegre y regocijadamente, cuanto en las riberas del Tajo en muchos tiempos se habia visto: que por ser Daranio uno de los mas ricos pastores de toda aquella comarca, y Silveria de las hermosas pastoras de toda la ribera, acudieron á sus bodas toda, ó la mas pastoria de aquéllos contornos, y así se hizo una célebre junta de discretos pastores y hermosas pastoras, y entre los que á los demas en muchas y diversas habilidades se aventajaron fueron el triste Orompo, y el zeloso Orfenio, el ausente Crisio, y el desamado Marsilio, mancebos todos, y todos enamorados, aunque de diferentes pasiones oprimidos, porque al triste Orompo fatigaba la temprana muerte de su querida Listea, y al zeloso Orfenio la insufrible rabia de los zelos, siendo enamorado de la hermosa pastora Eandra, al ausente Crisio el verse apartado de Claraura, bella y discreta pastora, á quien él por único bien suyo tenia, y al desesperado Marsilio el desamor que para con él en el pecho de Belisa se encerraba. Eran todos amigos y de una mesma aldea, y la pasion del uno el otro no la ignoraba, antes en dolorosa competencia

muchas veces se habian juntado á encarecer cada cual la causa de su tormento, procurando cada uno mostrar como mejor podia, que su dolor á cualquier otro se aventajaba, teniendo por suma gloria ser en la pena mejorado, y tenian todos tal ingenio, ó por mejor decir tal dolor padecian, que como quiera que le significasen, mostraban ser el mayor que imaginarse podia: por estas disputas y competencias eran famosos y conocidos en todas las riberas de Tajo, y habian puesto deseo á Tirsi y á Damon de conocerlos, y viéndolos allí juntos, unos á otros se hicieron corteses y agradables recibimientos, principalmente todos con admiracion miraban á los dos pastores Tirsi y Damon hasta allí dellos solamente por fama conocidos. A esta sazon salió el rico pastor Daranio, á la serrana vestido, traia camisa alta, de cuello plegado, almilla de frisa, sayo verde escotado, zaragüelles de delgado lienzo, antiparas azules, zapato redondo, cinto tachonado, y de la color del sayo una cuarteada caperuza. No menos salió bien aderezada su esposa Silveria, porque venia con saya y cuerpos leonados, guarnecidos de raso blanco, camisa de pechos, labrada de azul y verde, gorguera de hilo amarillo, sembrado de argentería, invencion de Galatea y Florisa que la vistieron, garbin turquesado con fluecos de encarnada seda, alcorque dorado, zapatillas justas, corales ricos, y sortija de oro, y sobre todo su belleza, que mas que todo la adornaba. Salió tras ella la sin par Galatea, como sol tras el aurora, y su amiga Florisa, con otras muchas y hermosas pastoras que por honrar las bodas á ellas habian venido, entre las cuales tambien iba Teolinda con cuidado de hurtar el rostro á los ojos de Damon y Tirsi por no ser dellos conocida: y luego las pastoras, siguiendo á los pastores que guiaban, al son de muchos pastoriles instrumentos hácia el templo se encaminaron: en el cual espacio le tuvieron Elicio y Erastro de cebar los ojos en el hermoso rostro de Galatea, deseando que durara aquel camino mas que la larga peregrinacion de Ulises, y con el contento de verla iba tan fuera de sí Erastro, que hablando con Elicio, le dijo: ¿Qué miras, pastor, si á Galatea no miras? ¿pero cómo podrás mirar el sol de sus cabellos, el cielo de su frente, las estrellas de sus ojos, la nieve de su rostro, la grana de sus mejillas, el color de sus labios, el marfil de sus dientes, el cristal de su cuello y el mármol de su pecho? Todo eso he podido ver, o Erastro, respondió Elicio, y ninguna cosa de cuantas has dicho es causa de mi tormento, sino es la aspereza de su condicion, que si no fuera tal como tú sabes, todas las gracias y bellezas que en Galatea conoces, fueran ocasion de mayor gloria nuestra. Bien dices, dijo Erastro; pero todavia no me podrás negar, que á no ser Galatea tan hermosa no fuera tan deseada; y á no ser tan deseada, no fuera tanta nuestra pena, pues toda ella nace del deseo. No te puedo yo negar, Erastro, respondió Elicio, que todo cualquier dolor y pesadumbre no nazca de la privacion y falta de aquello que deseamos; mas juntamente te quiero decir que

ha perdido conmigo mucho la calidad de amor, con que yo pensé que á Galatea querias, porque si solamente la quieres por ser hermosa, muy poco tiene que agradecerte, pues no habrá ningun hombre, por rústico que sea, que la mire, que no la desee, porque la belleza donde quiera que está, trae consigo el hacer desear: así que á este simple deseo por ser tan natural, ningun premio se le debe, porque si se le debiera, con solo desear el cielo, le tuviéramos merecido: mas ya ves, Erastro, ser esto tan al reves, como nuestra verdadera ley nos lo tiene mostrado; y puesto caso que hermosura y belleza sea una principal parte para atraernos á desearla y á procurar gozarla, el que fuere verdadero enamorado no ha de tener tal gozo por último bien suyo; sino que aunque la belleza le acarree este deseo, la ha de querer solamente por ser bueno, sin que otro algun interese le mueva, y este se puede llamar aun en las cosas de acá perfeto y verdadero amor, y es digno de ser agradecido y premiado; como vemos que premia conocida y aventajadamente el Hacedor de todas las cosas aquellos que sin moverles otro interese alguno de temor, de pena, ó de esperanza de gloria le quieren, le aman, y le sirven solamente por ser bueno y digno de ser amado, y esta es la última y mayor perfeccion que en el amor divino se encierra, y en el humano tambien, cuando no se quiere mas de por ser bueno lo que se ama, sin haber error de entendimiento, porque muchas veces lo malo nos parece bueno, y lo bueno malo, y así amamos lo uno, y aborrecemos lo otro, y este tal amor no merece premio, sino castigo. Quiero inferir de todo lo que he dicho, o Erastro, que si tú quieres y amas la hermosura de Galatea, con intencion de gozarla, y en esto pára el fin de tu deseo sin pasar adelante á querer su virtud, su acrecentamiento de fama, su salud, su vida y bienes, entiende que no amas como debes, ni debes ser remunerado como quieres. Quisiera Erastro replicar á Elicio, y darle á entender como no entendia bien del amor con que á Galatea amaba; pero estorbólo el son de la zampoña del desamorado Lenio, el cual quiso tambien hallarse á las bodas de Daranio, y regocijar la fiesta con su canto; y así puesto delante de los desposados, en tanto que al templo llegaban, al son del rabel de Eugenio estos versos fué cantando:

LENIO. Desconocido, ingrato amor, que asombras
A veces los gallardos corazones,
Y con vanas figuras, vanas sombras
Pones al alma libre mil pasiones:
Si de ser dios te precias, y te nombras
Con tan subido nombre, no perdones
Al que rendido al lazo de himeneo
Rindiere á nuevo ñudo su deseo.
En conservar la ley pura y sincera
Del santo matrimonio pon tu fuerza,
Descoge en este campo tu bandera,

Haz á tu condicion en esto fuerza :
¡Qué bella flor, qué dulce fruto espera
Por pequeño trabajo el que se esfuerza
A llevar este yugo como debe,
Que aunque parece carga, es carga leve!
Tú puedes, si te olvidas de tus hechos,
Y de tu condicion tan desabrida,
Hacer alegres tálamos y lechos
Do el yugo conyugal á dos anida :
Encierrate en sus almas y en sus pechos
Hasta que acabe el curso de su vida,
Vayan á gozar como se espera
De la agradable eterna primavera.
Deja las pastoriles cabañuelas,
Y al libre pastorcillo hacer su oficio,
Vuela mas alto ya, pues tanto vuelas,
Y aspira á mejor grado y ejercicio :
En vano te fatigas y desvelas
En hacer de las almas sacrificio,
Si no las rindes con mejor intento
Al dulce de himeneo ayuntamiento.
Aquí puedes mostrar la poderosa
Mano de tu poder maravilloso,
Haciendo que la nueva tierna esposa
Quiera, y que sea querida de su esposo,
Sin que aquella infernal rabia zelosa
Les turbe su contento y su reposo,
Ni el desden sacudido y zahareño
Les prive del sabroso y dulce sueño.
Mas si, pérfido amor, nunca escuchadas
Fueron de tí plegarias de tu amigo;
Bien serán estas mias desechadas,
Que te soy y seré siempre enemigo :
Tu condicion, tus obras mal miradas,
De quien es todo el mundo buen testigo,
Hacen que yo no espere de tu mano
Contento alegre, venturoso y sano.

Ya se maravillaban los que al desamorado Lenio escuchando iban, de ver con cuanta mansedumbre las cosas de amor trataba, llamándole dios, y de mano poderosa; cosa que jamas le habian oido decir : mas habiendo oido los versos con que acabó su canto, no pudieron dejar de reirse, porque ya les pareció que se iba colerizando, y que si adelante en su canto pasara, él pusiera al amor como otras veces solia; pero faltóle el tiempo, porque se acabó el camino. Y así llegados al templo, y hechas en él por los sacerdotes las acostumbradas ceremonias, Daranio y Silveria quedaron en perpetuo y estrecho ñudo ligados, no sin envidia de muchos que los miraban, ni sin dolor de algunos que la hermosura de Silveria codiciaban; pero á todo dolor sobrepujara el que sintiera el sin ventura Mireno, si á este espectáculo se hallara presente. Vueltos

pues los desposados del templo con la misma compañía que habian llevado, llegaron á la plaza de la aldea, donde hallaron las mesas puestas, y adonde quiso Daranio hacer públicamente demostracion de sus riquezas, haciendo á todo el pueblo un generoso y suntuoso convite. Estaba la plaza tan enramada, que una hermosa verde floresta parecia, entretejidas las ramas por cima de tal modo, que los agudos rayos del sol en todo aquel circuito no hallaban entrada para calentar el fresco suelo, que cubierto con muchas espadañas y con mucha diversidad de flores se mostraba. Allí pues con general contento de todos se solemnizó el generoso banquete al son de muchos pastoriles instrumentos, sin que diesen menos gusto que el que suelen dar las acordadas músicas que en los reales palacios se acostumbran; pero lo que mas autorizó la fiesta, fué ver que en alzándose las mesas, en el mesmo lugar con mucha presteza hicieron un tablado, para efeto de que los cuatro discretos y lastimados pastores Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio por honrar las bodas de su amigo Daranio, y por satisfacer el deseo que Tirsi y Damon tenian de escucharles, querian allí en público recitar una égloga, que ellos mesmos de la ocasion de sus mesmos dolores habian compuesto. Acomodados pues en sus asientos todos los pastores y pastoras que allí estaban, despues que la zampoña de Erastro, y la lira de Lenio, y los otros instrumentos hicieron prestar á los presentes un sosegado y maravilloso silencio, el primero que se mostró en el humilde teatro, fué el triste Orompo con un pellico negro vestido, y un cayado de amarillo boj en la mano, el remate del cual era una fea figura de la muerte; venia con hojas de funesto cipres coronado, insinias todas de la tristeza que en él reinaba por la inmatura muerte de su querida Listea; y despues que con triste semblante los llorosos ojos á una y á otra parte hubo tendido, con muestras de infinito dolor y amargura rompió el silencio con semejantes razones:

OROMPO. Salid de lo hondo del pecho cuitado,
Palabras sangrientas con muerte mezcladas,
Y si los suspiros os tienen atadas,
Abrid y romped el siniestro costado:
El aire os impide que está ya inflamado
Del fiero veneno de vuestros acentos;
Salid, y siquiera os lleven los vientos,
Que todo mi bien tambien me han llevado.
Poco perdereis en veros perdidas,
Pues ya os ha faltado el alto sugeto,
Por quien en estilo grave y perfeto
Hablábades cosas de punto subidas:
Notadas un tiempo y bien conocidas
Fuisteis por dulces, alegres, sabrosas,
Agora por tristes, amargas, llorosas,
Sereis de la tierra y del cielo tenidas.
Pero aunque salgais, palabras, temblando,

¿Con cuáles podreis decir lo que siento?
Si es incapaz mi fiero tormento
De irse cual es al vivo pintado:
¡Mas ay, que me falta el como y el cuando
De significar mi pena y mi mengua!
Aquello que falta y no puede la lengua,
Suplan mis ojos contino llorando.
O muerte, que atajas y acortas el hilo
De mil pretensiones gustosas humanas,
Y en un volver de ojos las sierras allanas,
Y haces iguales á Henares, y al Nilo:
¿Porqué no templaste, traidora, el estilo
Tuyo cruel? ¿porqué á mi despecho
Probaste en el blanco y mas lindo pecho
De tu fiero alfange la furia y el filo?
¿En qué te ofendian, o falsa, los años
Tan tiernos y verdes de aquella cordera?
¿Porqué te mostraste con ella tan fiera?
¿Porqué en el suyo creciste mis daños?
¡O mi enemiga, y amiga de engaños!
¿De mí, que te busco, te escondes y ausentas?
Y quieres y trabas razones y cuentas
Con el que mas teme tus males tamaños.
En años maduros tu ley tan injusta
Pudiera mostrar su fuerza crecida,
Y no descargar la dura herida
En quien del vivir ha poco que gusta:
Mas esa tu hoz que todo lo ajusta,
Y mando ni ruego jamas la doblega,
Así con rigor la flor tierna siega
Como la caña ñudosa y robusta.
Cuando á Listea del suelo quitaste,
Tu ser, tu valor, tu fuerza, tu brio,
Tu ira, tu mando, tu señorío
Con solo aquel triunfo al mundo mostraste.
Llevando á Listea, tambien te llevaste
La gracia, el donaire, belleza y cordura
Mayor de la tierra, y en su sepultura
Este bien todo con ella encerraste.
Sin ella en tiniebla perpetua ha quedado
Mi vida penosa, que tanto se alarga
Que es insufrible á mis hombros su carga,
Que es muerte la vida del que es desdichado:
Ni espero en fortuna, ni espero en el hado,
Ni espero en el tiempo, ni espero en el cielo,
Ni tengo de quien espere consuelo,
Ni es bien que se espere en mal tan sobrado.
¡O vos que sentis qué cosa es dolores!
Venid y tomad consuelo en los mios,
Que en viendo su ahinco, sus fuerzas, sus brios,
Vereis que los vuestros son mucho menores:
¿Dó estais agora, gallardos pastores?

Crisio, Marsilio y Orfenio, ¿qué haceis?
¿Porqué no venis? ¿porqué no teneis
Por mas que los vuestros mis daños mayores?
¿Mas quién es aquel que asoma y que quiebra
Por la encrucijada de aqueste sendero?
Marsilio es sin duda, de amor prisionero,
Belisa es la causa á quien siempre celebra,
A este le roe la fiera culebra
Del crudo desden el pecho y el alma,
Y pasa su vida en tormenta sin calma,
Y aun no es cual la mia su suerte tan negra.
Él piensa que el alma, que el alma le aqueja,
Es mas que el dolor de mi desventura.
Aquí será bien que entre esta espesura
Me esconda por ver si acaso se queja.
Mas ay! que á la pena que nunca me deja,
Pensar igualarla es gran desatino,
Pues abre la senda y cierra el camino
Al mal que se acerca, y al bien que se aleja.

MARSILIO. Pasos que al de la muerte
Me llevais paso á paso,
Forzoso he de acusar vuestra pereza,
Seguid tan dulce suerte,
Que en este amargo paso
Está mi bien, y en vuestra ligereza.
Mirad que la dureza
De la enemiga mia
En el airado pecho
Contrario á mi provecho,
En su entereza está cual ser solia:
Huigamos, si es posible,
Del áspero rigor suyo terrible.
¿A qué apartado clima,
A qué region incierta
Iré á vivir, que pueda asegurarme
Del mal que me lastima,
Del ansia triste y cierta,
Que no se ha de acabar hasta acabarme?
Ni estar quedo, ó mudarme
A la arenosa Libia,
O al lugar donde habita
El fiero y blanco Scita,
Un solo punto mi dolor alivia:
Que no está mi contento
En hacer de lugares mudamiento.
Aquí y allí me alcanza
El desden riguroso
De la sin par cruel pastora mia,
Sin que amor, ni esperanza
Un término dichoso
Me pueda prometer en tal porfía:
Belisa, luz del dia,

Gloria de la edad nuestra,
Si valen ya contigo
Ruegos de un firme amigo,
Templa el rigor airado de tu diestra;
Y el fuego deste mio
Pueda en tu pecho deshacer el frio.
Mas sorda á mi lamento,
Mas implacable y fiera
Que á la voz del cansado marinero
El riguroso viento,
Que el mar turba y altera,
Y amenaza á la vida el fin postrero:
Mármol, diamante, acero,
Alpestre y dura roca,
Robusta antigua encina,
Roble que nunca inclina
La altiva rama al cierzo que le toca:
Todo es blando y süave
Comparado al rigor que en tu alma cabe.
Mi duro amargo hado,
Mi inexorable estrella,
Mi voluntad que todo lo consiente,
Me tienen condenado,
Belisa ingrata y bella,
A que te sirva y ame eternamente:
Aunque tu hermosa frente
Con riguroso ceño,
Y tus serenos ojos
Me anuncien mil enojos,
Serás desta alma conocido dueño
En tanto que en el suelo
La cubriere mortal corpóreo velo.
¿Hay bien que se le iguale
Al mal que me atormenta?
¿Y hay mal en todo el mundo tan esquivo?
El uno y otro sale
De toda humana cuenta,
Y aun yo sin ella en viva muerte vivo:
En el desden avivo
Mi fe, y allí se enciende
Con el helado frio:
Mirad qué desvarío,
Y el dolor desusado que me ofende,
Y si podrá igualarse
Al mal que mas quisiere aventajarse.
¿Mas quién es el que mueve
Las ramas intrincadas
Deste acopado mirto, y verde asiento?

OROMPO. Un pastor, que se atreve
Con razones fundadas
En la pura verdad de su tormento,
Mostrar que el sentimiento

De su dolor crecido
Al tuyo se aventaja,
Por mas que tú le estimes,
Levantes y sublimes.

MARS. Vencido quedarás en tal baraja,
Orompo, fiel amigo,
Y tú mesmo serás dello testigo.
Si de las ansias mias,
Si de mi mal insano
La mas mínima parte conocieras,
Cesaran tus porfías,
Orompo, viendo llano
Que tú penas de burla, y yo de veras.

OROMPO. Haz, Marsilio, quimeras
De tu dolor extraño,
Y al mio menoscaba,
Que la vida me acaba,
Que yo espero sacarte deste engaño,
Mostrando al descubierto
Que el tuyo es sombra de mi mal que es cierto:
Pero la voz sonora
De Crisio oigo que suena,
Pastor que en la opinion se te parece:
Escuchémosle ahora,
Que su cansada pena
No menos que la tuya le engrandece.

MARS. Hoy el tiempo me ofrece
Lugar y coyuntura,
Donde pueda mostraros
A entrambos y enteraros
De que sola la mia es desventura.

OROMPO. Atiende ahora, Marsilio,
La voz de Crisio, y lamentable estilo.

CRISIO. ¡Ay dura, ay importuna, ay triste ausencia!
Cuán fuera debió estar de conocerte
El que igualó tu fuerza y violencia
Al poder invencible de la muerte,
Que cuando con mayor rígor sentencia,
¿Qué puede mas su limitada suerte
Que deshacer el ñudo y recia liga,
Que á cuerpo y alma estrechamente liga?
Tu duro alfange á mayor mal se extiende,
Pues un espíritu en dos mitades parte.
¡O milagros de amor, que nadie entiende,
Ni se alcanzan por ciencia ni por arte,
Que deje su mitad con quien la entiende
Allá mi alma, y traiga acá la parte
Mas frágil, con la cual mas mal me siente,
Que estar mil veces de la vida ausente!
Ausente estoy de aquellos ojos bellos
Que serenaban la tormenta mia,
Ojos, vida de aquel que pudo vellos,

Si de allí no pasó la fantasía :
Que verlos y pensar de merecellos
Es loco atrevimiento y demasía,
Yo los ví desdichado, y no los veo,
Y mátame de verlos el deseo.
Deseo, y con razon, ver dividida
(Por acortar el término á mi daño)
Esta antigua amistad, que tiene unida
Mi alma al cuerpo con amor tamaño,
Que siendo de las carnes despedida
Con ligereza presta y vuelo extraño
Podrá tornar á ver aquellos ojos,
Que son descanso y gloria á sus enojos.
Enojos son la paga y recompensa
Que amor concede al amador ausente,
En quien se cifra el mayor mal y ofensa,
Que en los males de amor se encierra y siente;
Ni poner discrecion á la defensa,
Ni un querer firme levantado ardiente
Aprovecha á templar deste tormento
La dura pena y el furor violento.
Violento es el rigor desta dolencia,
Pero junto con esto es tan durable,
Que se acaba primero la paciencia
Y aun de la vida el curso miserable :
Muertes, desvíos, zelos, inclemencia
De airado pecho, condicion mudable,
No atormentan así, ni dañan tanto
Como este mal, que el nombre pone espanto.
Espanto fuera, si dolor tan fiero
Dolores tan mortales no causara,
Pero todos son flacos, pues no muero
Ausente de mi vida dulce y cara :
Mas cese aquí mi canto lastimero,
Que á compañía tan discreta y rara
Como es la que allí veo, será justo
Que muestre al verla mas sabroso el gusto.

OROMPO. Gusto nos da, buen Crisio, tu presencia,
Y mas viniendo á tiempo, que podremos
Acabar nuestra antigua diferencia.

CRISIO. Orompo, si es tu gusto, comencemos,
Pues que juez de la contienda nuestra
Tan recto aquí en Marsilio le tendremos.

MARS. Indicio dais, y conocida muestra
Del error, en que os trae tan embebidos
Esa vana opinion notoria vuestra;
Pues quereis que á los mios preferidos
Vuestros dolores tan pequeños sean,
Harto llorados, mas que conocidos.
Mas porque el suelo y cielo juntos vean
Cuanto vuestro dolor es menos grave,
Que las ansias que el alma me rodean,

La mas pequeña que en mi pecho cabe,
Pienso mostrar en vuestra competencia
Así como mi ingenio torpe sabe.
Y dejaré á vosotros la sentencia,
Y el juzgar si mi mal es muy mas fuerte
Que el riguroso de la larga ausencia,
O el amargo espantoso de la muerte,
De quien entrambos os quejais sin tiento,
Llamando dura y corta á vuestra suerte.

OROMPO. Deso yo soy, Marsilio, muy contento,
Pues la razon que tengo de mi parte,
El triunfo le asegura á mi tormento.

CRISIO. Aunque de exagerar me falta el arte,
Vereis cuando yo os muestre mi tristeza,
Como quedan las vuestras á una parte.

MARS. ¿Qué ausencia llega á la inmortal dureza
De mi pastora? que es, con ser tan dura,
Señora universal de la belleza.

OROMPO. ¡Oh á qué buen tiempo llega y coyuntura
Orfenio! ¿veisle asomado? estad atentos,
Oireisle ponderar su desventura.
Zelos es la ocasion de sus tormentos,
Zelos, cuchillo, y ciertos turbadores
De las paces de amor, y los contentos.

CRISIO. Escuchad, que ya canta sus dolores.

ORFENIO. O sombra escura, que contino sigues
A mi confusa triste fantasía,
Enfadosa tiniebla, siempre fria,
Que á mi contento y á mi luz persigues:
¿Cuándo será que tu rigor mitigues,
Monstruo cruel, y rigurosa harpía?
¿Qué ganas en turbarme el alegría?
¿O qué bien en quitármele consigues?
Mas si la condicion de que te arreas
Se estiende á pretender quitar la vida
Al que te dió la tuya, y te ha engendrado;
No me debe admirar que de mí seas
Y de todo mi bien fiero homicida,
Sino de verme vivo en tal estado.

OROMPO. Si el prado deleitosò,
Orfenio, te es alegre cual solia
En tiempo mas dichoso,
Ven, pasarás el dia
En nuestra lastimada compañía,
Con los tristes el triste
Bien ves que se acomoda fácilmente;
Ven, que aquí se resiste
Par desta clara fuente
Del levantado sol el rayo ardiente.
Ven, y el usado estilo
Levanta, y como sueles te defiende
De Crisio y de Marsilio,

Que cada cual pretende
Mostrar, que solo es mal el que le ofende.
Yo solo en este caso
Contrario habré de ser á tí y á ellos,
Pues los males que paso
Bien podré encarecellos,
Mas no mostrar la mayor parte dellos.

ORFENIO. No al gusto le es sabrosa
Así á la corderuela deshambrida
La yerba, ni gustosa
Salud restituida
A aquel que ya la tuvo por perdida:
Como es á mí sabroso
Mostrar en la contienda que se ofrece,
Que el dolor riguroso
Que el corazon padece,
Sobre el mayor del suelo se engrandece.
Calle su mal sobrado
Orompo, encubra Crisio su dolencia,
Marsilio esté callado:
Muerte, desden, ni ausencia,
No tengan con los zelos competencia.
Pero si el cielo quiere
Que hoy salga á campo la contienda nuestra,
Comience el que quisiere,
Y dé á los otros muestra
De su dolor con torpe lengua, ó diestra.
Que no está la elegancia
Y modo de decir el fundamento
Y principal sustancia
Del verdadero cuento,
Que en la pura verdad tiene su asiento.

CRISIO. Siento, pastor, que tu arrogancia mucha
En esta lucha de pasiones nuestras
Dará mil muestras de tu desvarío.

ORFEN. Templa ese brio, ó muéstralo á su tiempo,
Que es pasatiempo, Crisio, tu congoja,
Que el alma que afloja con volver el paso,
No hay que hacer caso de su sentimiento.

CRISIO. Es mi tormento tan estraño y fiero,
Que presto espero que tú mesmo digas,
Que á mis fatigas no se iguala alguna.

MARS. Desde la cuna soy yo desdichado.

OROMPO. Aun engendrado pienso que no estaba,
Cuando sobraba en mí la desventura.

ORFEN. En mí se apura la mayor desdicha.

CRISIO. Tu mal es dicha, comparado al mio.

MARS. Opuesto al brio de mi mal estraño,
Es gloria el daño que á vosotros daña.

OROMPO. Esta maraña quedará muy clara,
Cuando á la clara mi dolor descubra:
Ninguno encubra agora su tormento,

Que yo del mio doy principio al cuento.
Mis esperanzas, que fueron
Sembradas en parte buena,
Dulce fruto prometieron,
Y cuando darle quisieron,
Convirtióle el cielo en pena :
Ví su flor maravillosa
En mil muestras deseosa
De darme una rica suerte,
Y en aquel punto la muerte
Cortómela de envidiosa.
Yo quedé cual labrador,
Que del trabajo contino
De su espaciosa labor,
Fruto amargo de dolor
Le concede su destino :
Y aun le quita la esperanza
De otra buena nueva andanza,
Porque cubrió con la tierra
El cielo donde se encierra
De su bien la confianza.
Pues si á término he llegado
Que de tener gusto ó gloria
Vivo ya desesperado,
De que yo soy mas penado,
Es cosa cierta y notoria :
Que la esperanza asegura
En la mayor desventura
Un dichoso fin que viene :
¡ Mas ay de aquel que la tiene
Cerrada en la sepultura !

MARS. Yo, que el humor de mis ojos
Siempre derramado ha sido
En lugar, donde han nacido
Cien mil espinas y abrojos
Que el corazon me han herido :
Yo sí soy el desdichado,
Pues con nunca haber mostrado
Un momento el rostro enjuto,
Ni hoja, ni flor, ni fruto
He del trabajo sacado.
Que si alguna muestra viera
De algun pequeño provecho,
Sosegárase mi pecho,
Y aunque nunca se cumpliera,
Quedara al fin satisfecho :
Porque viera que valia
Mi enamorada porfía
Con quien es tan desabrida,
Que á mi hielo está encendida,
Y á mi fuego helada y fria.
Pues si es el trabajo vano

De mi llanto y sospirar,
Y dél no pienso cesar,
¿A mi dolor inhumano
Cuál se le podrá igualar?
Lo que tu dolor concierta
Es, que está la causa muerta,
Orompo, de tu tristeza,
La mia en mas entereza
Cuando mas me desconcierta.

CRISIO. Yo, que teniendo en sazon
El fruto que se debia
A mi continua pasion,
Una súbita ocasion
De gozarla me desvia;
Muy bien podré ser llamado
Sobre todos desdichado,
Pues que vendré á padecer,
Pues no puedo perecer
Adonde el alma he dejado.
Del bien que lleva la muerte,
El no poder recobrallo
En alivio se convierte,
Y un corazon duro y fuerte
El tiempo suele ablandallo:
Mas en ausencia se siente
Con un estraño accidente,
Sin sombra de ningun bien,
Zelos, muertes y desden,
Que esto y más teme el ausente.
Cuando tarda el cumplimiento
De la cercana esperanza,
Aflige mas el tormento,
Y allí llega el sufrimiento
Adonde ella nunca alcanza:
En las ansias desiguales
El remedio de los males
Es el no esperar remedio;
Mas carecen deste medio
Las de ausencia mas mortales.

ORFEN. El fruto que fué sembrado
Por mi trabajo continuo,
A dulce sazon llegado
Fué con próspero destino
En mi poder entregado:
Y apenas pude llegar
A términos tan sin par,
Cuando vine á conocer
La ocasion de aquel placer
Ser para mí de pesar.
Yo tengo el fruto en la mano,
Y el tenerle me fatiga,
Porque en mi mal inhumano

A la mas granada espiga
La roe un fiero gusano :
Aborrezco lo que quiero,
Y por lo que vivo muero,
Y yo me fabrico y pinto
Un revuelto laberinto,
De do salir nunca espero.
Busco la muerte en mi daño,
Que ella es vida á mi dolencia,
Con la verdad mas me engaño,
Y en ausencia y en presencia
Va creciendo un mal tamaño.
No hay esperanza que acierte
A remediar mal tan fuerte,
Ni por estar ni alejarme
Es imposible apartarme
Desta triste viva muerte.

OROMPO. ¿No es error conocido
Decir que el daño que la muerte hace,
Por ser tan extendido
En parte satisface,
Pues la esperanza quita
Que el dolor administra y solicita?
Si de la gloria muerta
No se quedara viva la memoria
Que el gusto desconcierta,
Es cosa ya notoria
Que el no esperar tenella
Templa el dolor en parte de perdella.
Pero si está presente la memoria,
La memoria del bien ya fenecido
Mas viva y mas ardiente
Que cuando poseido,
¿Quién duda que esta pena
No está mas que otras de miserias llena?

MARS. Si á un pobre caminante
Le sucediese por estraña via
Huírsele delante
Al fenecer del dia
El albergue esperado,
Y con vana presteza procurado,
Quedaria sin duda
Confuso del temor, que allí le ofrece
La escura noche y muda,
Y mas si no amanece,
Que el cielo á su ventura
No concede la luz serena y pura.
Yo soy el que camino
Para llegar á un albergue venturoso,
Y cuando mas vecino
Pienso estar del reposo
Cual fugitiva sombra

El bien me huye, y el dolor me asombra.

CRISIO. Cual raudo y hondo rio
Suele impedir al caminante el paso,
Y al viento, nieve y frio
Le tiene en campo raso,
Y el albergue delante
Se le muestra de allí poco distante:
Tal mi contento impide
Esta penosa y tan prolija ausencia,
Que nunca se comide
A aliviar su dolencia,
Y casi ante mis ojos
Veo quien remediara mis enojos.
Y el ver de mis dolores
Tan cerca la salud, tanto me aprieta,
Que los hace mayores,
Pues por causa secreta,
Cuanto el bien es cercano,
Tanto mas lejos huye de mi mano.

ORFENIO. Mostróseme á la vista
Un rico albergue de mil bienes lleno,
Triunfé de su conquista,
Y cuando mas sereno
Se me mostraba el hado,
Vílo en escuridad negra cambiado.
Allí donde consiste
El bien de los amantes bien queridos,
Allí mi mal asiste,
Allí se ven unidos
Los males y desdenes
Donde suelen estar todos los bienes.
Dentro desta morada
Estoy, de do salir nunca procuro,
Por mi dolor fundada
De tan estraño muro,
Que pienso que le abaten
Cuantos le quieren, miran, y combaten.

OROMPO. Antes el sol acabará el camino
Que es propio suyo, dando vuelta al cielo
Despues de haber tocado en cada sino;
Que la parte menor de nuestro duelo
Podamos declarar como se siente,
Por mas que el bien hablar levante el vuelo.
Tú dices, Crisio, que el que vive ausente,
Muere: yo, que estoy muerto, pues mi vida
A muerte la entregó el hado inclemente:
Y tú, Marsilio, afirmas que perdida
Tienes de gusto y bien toda esperanza,
Pues un fiero desden es tu homicida:
Tú repites, Orfenio, que la lanza
Aguda de los zelos te traspasa,
No solo el pecho: que hasta el alma alcanza.

Y como el uno lo que el otro pasa
No siente, su dolor solo exagera,
Y piensa que al rigor del otro pasa.
Y por nuestra contienda lastimera
De tristes argumentos está llena
Del caudaloso Tajo la ribera.
Ni por esto desmengua nuestra pena,
Antes por el tratar la llaga tanto
A mayor sentimiento nos condena.
Cuanto puede decir la lengua, y cuanto
Pueden pensar los tristes pensamientos,
Es ocasion de renovar el llanto.
Cesen pues los agudos argumentos,
Que en fin no hay mal que no fatigue y pene,
Ni bien que dé seguros los contentos.
Harto mal tiene quien su vida tiene
Cerrada de una estrecha sepultura,
Y en soledad amarga se mantiene.
Desdichado del triste sin ventura
Que padece de zelos la dolencia,
Con quien no valen fuerzas ni cordura:
Y aquel que en el rigor de larga ausencia
Pasa los tristes miserables dias,
Llegado al flaco arrimo de paciencia:
Y no menos aquel que en sus porfías
Siente, cuando mas arde, en su pastora
Entrañas duras é intenciones frias.

CRISIO. Hágase lo que pide Orompo agora,
Pues ya de recoger nuestro ganado
Se va llegando á mas andar la hora.
Y en tanto que al albergue acostumbrado
Llegamos, y que el sol claro se aleja,
Escondiendo su faz del verde prado:
Con voz amarga y lamentable queja,
Al son de los acordes instrumentos
Cantemos el dolor que nos aqueja.

MARS. Comienza pues, o Crisio, y tus acentos
Lleguen á los oidos de Claraura
Llevados mansamente de los vientos,
Como á quien todo su dolor restaura.

CRISIO. Al que ausencia viene á dar
Su cáliz triste á beber,
No tiene mal que temer,
Ni ningun bien que esperar.
En esta amarga dolencia
No hay mal que no esté cifrado,
Temor de ser olvidado,
Zelos de agena presencia:
Quien la viniere á probar,
Luego vendrá á conocer
Que no hay mal de que temer,
Ni menos bien que esperar.

OROMPO. Ved si es mal el que me aqueja
Mas que muerte conocida,
Pues forma quejas la vida
De que la muerte la deja.
Cuando la muerte llevó
Toda mi gloria y contento,
Por darme mayor tormento
Con la vida me dejó:
El mal viene, y el bien se aleja
Con tan ligera corrida,
Que forma quejas la vida
De que la muerte la deja.

MARSILIO. En mi terrible pesar
Ya faltan por mas enojos
Las lágrimas á los ojos,
Y el aliento al sospirar.
La ingratitud y desden
Me tienen ya de tal suerte,
Que espero y llamo á la muerte
Por mas vida y por mas bien:
Poco se podrá tardar,
Pues faltan en mis enojos
Las lágrimas á los ojos,
Y el aliento al sospirar.

ORFENIO. Zelos, á fe, si pudiera,
Que yo hiciera por mejor
Que fueran zelos amor,
Y que el amor zelos fuera.
Deste trueco grangeara
Tanto bien y tanta gloria,
Que la palma y la vitoria
De enamorado llevara:
Y aun fueran de tal manera
Los zelos en mi favor,
Que á ser los zelos amor,
El amor yo solo fuera.

Con esta última cancion del zeloso Orfenio dieron fin á su égloga los discretos pastores, dejando satisfechos de su discrecion á todos los que escuchado los habian: especialmente á Damon y á Tirsi, que gran contento en oirlos recibieron, pareciéndoles que de mas de pastoril ingenio parecian las razones y argumentos, que para salir con su propósito los cuatro pastores habian propuesto. Pero habiéndose movido contienda entre muchos de los circunstantes sobre cuál de los cuatro habia alegado mejor de su derecho, en fin se vino á conformar el parecer de todos con el que dió el discreto Damon, diciéndoles: que él para si tenia que entre todos los disgustos y sinsabores que el amor trae consigo, ninguno fatiga tanto al enamorado pecho, como la incurable pestilencia de los zelos, y que no se podian igualar á ella la pérdida de Orompo, ausencia de Crisio, ni la desconfianza de Marsilio: la causa es, dijo, que no

cabe en razon natural que las cosas que están imposibilitadas de alcanzarse, puedan por largo tiempo apremiar la voluntad á quererlas, ni fatigar al deseo por alcanzarlas; porque el que tuviese voluntad y deseo de alcanzar lo imposible, claro está que cuanto mas el deseo le sobrase, tanto mas el entendimiento le faltaria : y por esta mesma razon digo, que la pena que Orompo padece, no es sino una lástima y compasion del bien perdido : y por haberle perdido de manera, que no es posible tornarle á cobrar, esta imposibilidad ha de ser causa para que su dolor se acabe; que puesto que el humano entendimiento no puede estar tan unido siempre en la razon, que deje de sentir la pérdida del bien que cobrar no se puede, y que en efeto ha de dar muestras de su sentimiento con tiernas lágrimas, ardientes sospiros y lastimosas palabras so pena de que quien esto no hiciese, antes por bruto, que por hombre racional seria tenido : en fin, el discurso del tiempo cura esta dolencia, la razon mitiga, y las nuevas ocasiones tienen mucha parte para borrarla de la memoria. Todo esto es al reves en el ausencia, como apuntó bien Crisio en sus versos, que como la esperanza en el ausente ande tan junta con el deseo, dale terrible fatiga la dilacion de la tornada; porque como no le impide otra cosa el gozar su bien, sino algun brazo de mar, ó alguna distancia de tierra, parécele que teniendo lo principal, que es la voluntad de la persona amada, que se hace notorio agravio á su gusto, que cosas que son tan menos como un poco de agua ó tierra, le impidan su felicidad y gloria. Júntase asimesmo á esta pena el temor de ser olvidado, las mudanzas de los humanos corazones; y en tanto que la ausencia dura, sin duda alguna que es estraño el rigor y aspereza, con que trata al alma del desdichado ausente. Pero como tiene tan cerca el remedio, que consiste en la tornada, puédese llevar con algun alivio su tormento : y si sucediere ser la ausencia de manera, que sea imposible volver á la presencia deseada, aquella imposibilidad viene á ser el remedio, como en el de la muerte. El dolor de que Marsilio se queja, puesto que es como el mesmo que yo padezco, y por esta causa me habia de parecer mayor que otro alguno, no por eso dejaré de decir lo que la razon me muestra, antes que aquello á que la pasion me incita. Confieso que es terrible dolor querer y no ser querido; pero mayor seria amar, y ser aborrecido. Y si los nuevos amadores nos guiasemos por lo que la razon y la experiencia nos enseña, veriamos que todos los principios en cualquiera cosa son dificultosos, y que no padece esta regla excepcion en los casos de amor, antes en ellos mas se confirma y fortalece : asi que quejarse el nuevo amante de la dureza del rebelde pecho de su señora, va fuera de todo razonable término; porque como el amor sea, y ha de ser voluntario, y no forzoso, no debo yo quejarme de no ser querido de quien quiero, ni debo hacer caudal del cargo que le hago, diciéndole que está obligada á amarme, porque yo la amo : que puesto que la persona

amada debe en ley de naturaleza y en buena cortesia no mostrarse ingrata con quien bien la quiere, no por eso le ha de ser forzoso y de obligacion que corresponda del todo y por todo á los deseos de su amante : que si esto asi fuese, mil enamorados importunos habria que por su solicitud alcanzasen lo que quizá no se les debria de derecho; y como el amor tenga por padre al conocimiento, puede ser que no halle en mí la que es de mi bien querida partes tan buenas, que la muevan é inclinen á quererme : y así no está obligada, como ya he dicho, á amarme, como yo estaré obligado á adorarla, porque hallé en ella lo que á mi me falta : y por esta razon no debe el desdeñado quejarse de su amada, sino de su ventura, que le negó las gracias que al conocimiento de su señora pudieran mover á bien quererle; y así debe procurar con continuos servicios, con amorosas razones, con la no importuna presencia, con las ejercitadas virtudes, adobar y enmendar en él la falta que naturaleza hizo : que este es tan principal remedio, que estoy por afirmar, que será imposible dejar de ser amado el que con tan justos medios procurare grangear la voluntad de su señora; y pues este mal del desden tiene el bien deste remedio, consuélese Marsilio, y tenga lástima al desdichado y zeloso Orfenio, en cuya desventura se encierra la mayor, que en las de amor imaginarse puede. O zelos turbadores de la sosegada paz amorosa! zelos, cuchillo de las mas firmes esperanzas! no sé yo qué pudo saber de linages el que á vosotros os hizo hijos del amor, siendo tan al reves, que por el mesmo caso dejará el amor de serlo, si tales hijos engendrara. O zelos, hipócritas y fementidos ladrones! pues para que se haga cuenta de vosotros en el mundo, en viendo nacer alguna centella de amor en algun pecho, luego procurais mezclaros con ella, volviéndoos de su color, y aun procurais usurparle el mando y señorío que tiene : y de aqui nace que como os ven tan unidos con el amor, puesto que por vuestros efetos dais á conocer que no sois el mesmo amor, todavía procurais que entienda el ignorante que sois sus hijos, siendo como lo sois nacidos de una baja sospecha, engendrados de un vil y desastrado temor, criados á los pechos de falsas imaginaciones, crecidos entre vilísimas envidias, sustentados de chismes y mentiras. Y porque se vea la destruicion que hace en los enamorados pechos esta maldita dolencia de los rabiosos zelos, en siendo el amante zeloso, conviene, con paz sea dicho de los zelosos enamorados, conviene, digo, que sea como lo es traidor, astuto, revoltoso, chismero, antojadizo, y aun mal criado : y á tanto se extiende la zelosa furia que le señorea, que á la persona que mas quiere, es á quien mas mal desea. Querria el amante zeloso que solo para él su dama fuese hermosa, y fea para todo el mundo : desea que no tenga ojos para ver mas de lo que él quisiere, ni oidos para oir, ni lengua para hablar; que sea retirada, desabrida, soberbia y mal acondicionada; y aun á veces desea, apretado

desta pasion diabólica, que su dama se muera, y que todo se acabe. Todas estas pasiones engendran los zelos en los ánimos de los amantes zelosos: al reves de las virtudes que el puro y sencillo amor multiplica en los verdaderos y comedidos amadores, porque en el pecho de un buen enamorado se encierra discrecion, valentía, liberalidad, comedimiento, y todo aquello que le puede hacer loable á los ojos de las gentes. Tiene mas asimismo la fuerza deste crudo veneno, que no hay antídoto que le preserve, consejo que le valga, amigo que le ayude, ni disculpa que le cuadre: todo esto cabe en el enamorado zeloso, y mas; cualquiera sombra le espanta, cualquiera niñería le turba, y cualquiera sospecha falsa ó verdadera le deshace. Y á toda esta desventura se le añade otra, que son las disculpas que le engañan. Y no habiendo para la enfermedad de los zelos otra medicina que las disculpas, y no queriendo el enfermo zeloso admitirlas, siguese que esta enfermedad es sin remedio; y que á todas las demas debe anteponerse. Y así es mi parecer, que Orfenio es el mas penado, pero no el mas enamorado; porque no son los zelos señales de mucho amor, sino de mucha curiosidad impertinente; y si son señales de amor, es como la calentura en el hombre enfermo, que el tenerla es señal de tener vida, pero vida enferma y mal dispuesta: y así el enamorado zeloso tiene amor, mas es amor enfermo y mal acondicionado; y tambien el ser zeloso es señal de poca confianza del valor de sí mesmo. Y que sea esto verdad, nos lo muestra el discreto y firme enamorado, el cual sin llegar á la escuridad de los zelos, toca en las sombras del temor, pero no se entra tanto en ellas, que le escurezcan el sol de su contento, ni dellas se aparta tanto que le descuiden de andar solícito y temeroso: que si este discreto temor faltase en el amante, yo le tendria por soberbio y demasiadamente confiado; porque como dice un comun proverbio nuestro: quien bien ama, teme; y aun es razon que tema el amante, que como la cosa que ama es en extremo buena, ó á él le pareció serlo, no parezca lo mesmo á los ojos de quien la mirare: y por la mesma causa se engendra el amor en otro que pueda, y venga á turbar el suyo. Teme, y tema el buen enamorado las mudanzas de los tiempos, de las nuevas ocasiones que en su daño podrian ofrecerse, de que con brevedad no se acabe el dichoso estado que goza: y este temor ha de ser tan secreto, que no le salga á la lengua para decirle, ni aun á los ojos para significarle: y hace tan contrarios efetos este temor del que los zelos hacen en los pechos enamorados, que cria en ellos nuevos deseos de acrecentar mas el amor si pudiesen, de procurar con toda solicitud que los ojos de su amada no vean en ellos cosa que no sea digna de alabanza, mostrándose liberales, comedidos, galanes, limpios, y bien criados: y tanto cuanto este virtuoso temor es justo se alabe, tanto y mas es digno que los zelos se vituperen. Calló en diciendo esto el famoso Damon, y llevó tras la suya las contrarias opiniones de algunos

que escuchado le habian, dejando á todos satisfechos de la verdad que con tanta llaneza les habia mostrado. Pero no se quedara sin respuesta, si los pastores Orompo, Crisio, Marsilio y Orfenio hubieran estado presentes á su plática: los cuales, cansados de la recitada égloga, se habian ido á casa de su amigo Daranio. Estando todos en esto, ya que los bailes y danzas querian renovarse, vieron que por una parte de la plaza entraban tres dispuestos pastores, que luego de todos fueron conocidos; los cuales eran el gent l Francenio, el libre Lauso, y el anciano Arsindo, el cual venia en medio de los dos pastores con una hermosa guirnalda de verde lauro en las manos, y atravesando por medio de la plaza, vinieron á parar adonde Tirsi, Damon, Elicio, y Erastro, y todos los mas principales pastores estaban, á los cuales con corteses palabras saludaron, y con no menor cortesia fueron dellos recebidos, especialmente Lauso de Damon, de quien era antiguo y verdadero amigo. Cesando los comedimientos, puestos los ojos Arsindo en Damon y en Tirsi, comenzó á hablar desta manera: La fama de vuestra sabiduría, que cerca y lejos se extiende, discretos y gallardos pastores, es la que á estos pastores y á mí nos trae á suplicaros querais ser jueces de una graciosa contienda que entre estos dos pastores ha nacido; y es, que la fiesta pasada Francenio y Lauso que están presentes, se hallaron en una conversacion de hermosas pastoras, entre las cuales por pasar sin pesadumbre las horas ociosas del dia, entre otros muchos juegos ordenaron el que se llama de los propósitos. Sucedió pues, que llegando la vez de proponer y comenzar á uno destos pastores, quiso la suerte que la pastora que á su lado estaba, y á la mano derecha tenia, fuese segun él dice la tesorera de los secretos de su alma, y la que por mas discreta y mas enamorada en la opinion de todos estaba. Llegándose pues al oido, le dijo:

Huyendo va la esperanza.

La pastora, sin detenerse en nada, prosiguió adelante, y al decir despues cada uno en público lo que al otro habia dicho en secreto, hallóse que la pastora habia seguido el propósito, diciendo:

Tenella con el deseo.

Fué celebrada por los que presentes estaban la agudeza desta respuesta; pero el que mas la solenizó, fué el pastor Lauso, y no menos le pareció bien á Francenio: y así cada uno viendo que lo propuesto y respondido eran versos medidos, se ofreció de glosallos; y despues de haberlo hecho, cada cual procura que su glosa á la del otro se aventaje; y para asegurarse desto, me quisieron hacer juez dello; pero como yo supe que vuestra presencia alegraba nuestras riberas, aconsejéles que á vosotros viniesen, de cuya extremada ciencia y sabiduría cuestiones de mayor importancia pueden bien fiarse. Han seguido ellos mi parecer, y yo he querido tomar

trabajo de hacer esta guirnalda, para que sea dada en premio al que vosotros, pastores, viéredes que mejor ha glosado. Calló Arsindo, y esperó la respuesta de los pastores, que fué agradecerle la buena opinion que dellos tenia, y ofrecerse de ser jueces desapasionados en aquella honrosa contienda. Con este seguro, luego Francenio tornó á repetir los versos, y á decir su glosa, que era esta:

Huyendo va la esperanza,
Tenella con el deseo.

GLOSA.

Cuando me pienso salvar
En la fe de mi querer,
Me vienen luego á faltar
Las faltas del merecer,
Y las sobras del pesar:
Muérese la confianza,
No tiene pulsos la vida,
Pues se ve en mi mala andanza,
Que del temor perseguida
Huyendo va la esperanza.
Huye, y llévase consigo
Todo el gusto de mi pena,
Dejando por mas castigo
Las llaves de mi cadena
En poder de mi enemigo:
Tanto se aleja, que creo
Que presto se hará invisible,
Y en su ligereza veo
Que ni puedo, ni es posible
Tenella con el deseo.

Dicha la glosa de Francenio, Lauso comenzó la suya, que así decia:

En el punto que os miré,
Como tan hermosa os ví,
Luego temí y esperé;
Pero en fin tanto temí,
Que con el temor quedé:
De veros esto se alcanza,
Una flaca confianza,
Y un temor acobardado,
Que por no verle á su lado
Huyendo va la esperanza.
Y aunque me deja y se va
Con tan estraña corrida,
Por milagro se verá
Que se acabará mi vida,
Y mi amor no acabará:
Sin esperanza me veo,
Mas por llevar el trofeo
De amador sin interese,

No querria, aunque pudiese,
Tenella con el deseo.

En acabando Lauso de decir su glosa, dijo Arsindo: Veis aquí, famosos Damon y Tirsi, declarada la causa sobre que es la contienda destos pastores: solo resta agora, que vosotros deis la guirnalda á quien viéredes que con mas justo título la merece, que Lauso y Francenio son tan amigos, y vuestra sentencia será tan justa, que ellos tendrán por bien lo que por vosotros fuere juzgado. No entiendas, Arsindo, respondió Tirsi, que con tanta presteza, aunque nuestros ingenios fueran de la calidad que tú los imaginas, se puede ni debe juzgar la diferencia, si hay alguna, en estas discretas glosas: lo que yo sé decir dellas, y lo que Damon no querrá contradecirme, es que igualmente entrambas son buenas, y que la guirnalda se debe dar á la pastora que dió la ocasion á tan curiosa y loable contienda: y si deste parecer quedais satisfechos, pagádnosle con honrar las bodas de nuestro amigo Daranio, alegrándolas con vuestras agradables canciones, y autorizándolas con vuestra honrosa presencia. A todos pareció bien la sentencia de Tirsi, los dos pastores la consintieron, y se ofrecieron de hacer lo que Tirsi les mandaba. Pero las pastoras y pastores, que á Lauso conocian, se maravillaban de ver la libre condicion suya en la red amorosa envuelta; porque luego vieron en la amarillez de su rostro, en el silencio de su lengua, y en la contienda que con Francenio habia tomado, que no estaba su voluntad tan exenta como solia, y andaban entre sí imaginando, quién podria ser la pastora que de su libre corazon triunfado habia. Quien imaginaba que la discreta Belisa: y quien que la gallarda Leandra, y algunos que la sin par Arminda, moviéndoles á imaginar esto la ordinaria costumbre que Lauso tenia de visitar las cabañas destas pastoras, y ser cada una dellas para sujetar con su gracia, valor y hermosura otros tan libres corazones como el de Lauso: y desta duda tardaron muchos dias en certificarse, porque el enamorado pastor apenas de sí mesmo fiaba el secreto de sus amores. Acabado esto, luego toda la juventud del pueblo renovó las danzas y los pastoriles instrumentos formaron una agradable música. Pero viendo que ya el sol apresuraba su carrera hácia el ocaso, cesaron las concertadas voces; y todos los que allí estaban, determinaron de llevar á los desposados hasta su casa. Y el anciano Arsindo, por cumplir lo que á Tirsi habia prometido, en el espacio que habia desde la plaza hasta la casa de Daranio, al son de la zampoña de Erastro estos versos fué cantando:

ARSINDO. Haga señales el cielo
De regocijo y contento
En tan venturoso dia:
Celébrese en todo el suelo
Este alegre casamiento
Con general alegría:
Cámbiese de hoy mas el llanto

En suave y dulce canto,
Y en lugar de los pesares
Vengan gustos á millares,
Que destierren el quebranto.
Todo el bien suceda en colmo
Entre desposados tales,
Tan para en uno nacidos:
Peras les ofrezca el olmo,
Cerezas los carrascales,
Guindas los mirtos floridos:
Hallen perlas en los riscos,
Uvas les den los lentiscos,
Manzanas los algarrobos,
Y sin temor de los lobos
Ensanchen mas sus apriscos.
Y sus machorras ovejas
Vengan á ser parideras,
Con que doblen su ganancia:
Las solícitas abejas
En los surcos de sus eras
Hagan miel en abundancia:
Logren siempre su semilla
En el campo y en la villa
Cogida á tiempo y sazon:
No entre en sus viñas pulgon,
Ni en su trigo la neguilla.
Y dos hijos presto tengan
Tan hechos en paz y amor,
Cuanto pueden desear:
Y en siendo crecidos vengan
A ser el uno dotor,
Y otro cura del lugar:
Sean siempre los primeros
En virtudes y en dineros;
Que sí serán, y aun señores,
Si no salen fiadores
De agudos alcabaleros.
Mas años que Sarra vivan
Con salud tan confirmada,
Que dello pese al dotor,
Y ningun pesar reciban
Ni por hija mal casada,
Ni por hijo jugador:
Y cuando los dos esten
Viejos cual Matusalen,
Mueran sin temor de daño,
Y háganles su cabo de año
Por siempre jamas amen.

Con grandísimo gusto fueron escuchados los rústicos versos de Arsindo, en los cuales mas se alargara, si no lo impidiera el llegar á la casa de Daranio: el cual convidando á todos los que con él

venian, se quedó en ella; sino fué que Galatea y Florisa, por temor que Teolinda de Tirsi y Damon no fuese conocida, no quisieron quedarse á la cena de los desposados. Bien quisiera Elicio y Erastro acompañar á Galatea hasta su casa, pero no fué posible que lo consintiese, y asi se hubieron de quedar con sus amigos: y ellas se fueron cansadas de los bailes de aquel dia. Y Teolinda con mas pena que nunca, viendo que en las solenes bodas de Daranio, donde tantos pastores habian acudido, solo su Artidoro faltaba. Con esta penosa imaginacion pasó aquella noche en compañía de Galatea y Florisa, que con mas libres y desapasionados corazones la pasaron, hasta que en el nuevo venidero dia les sucedió lo que se dirá en el libro que se sigue.

LIBRO CUARTO.

Con gran deseo esperaba la hermosa Teolinda el venidero dia para despedirse de Galatea y Florisa, y acabar de buscar por todas las riberas de Tajo á su querido Artidoro con intencion de fenecer la vida en triste y amarga soledad, si fuese tan corta de ventura, que del amado pastor alguna nueva no supiese. Llegada pues la hora deseada, cuando el sol comenzaba á tender sus rayos por la tierra, ella se levantó, y con lágrimas en sus ojos pidió licencia á las dos pastoras para proseguir su demanda: las cuales con muchas razones le persuadieron, que en su compañía algunos dias mas esperase, ofreciéndole Galatea de enviar algun pastor de los de su padre á buscar á Artidoro por todas las riberas de Tajo, y por donde se imaginase que podria ser hallado. Teolinda agradeció sus ofrecimientos, pero no quiso hacer lo que le pedian, antes despues de haber mostrado con las mejores palabras que supo, la obligacion en que quedaba de servir todos los dias de su vida las obras que dellas habia recebido; y abrazándolas con tierno sentimiento les rogaba, que una sola hora no la detuviesen. Viendo pues Galatea y Florisa, cuan en vano trabajaban en pensar detenerla, le encargaron que de cualquiera suceso bueno ó malo que en aquella amorosa demanda le sucediese, procurase de avisarlas, certificándola del gusto que de su contento, ó la pena que de su desgracia recebirian. Teolinda se ofreció ser ella mesma quien las nuevas de su buena dicha trujese, pues las malas no tendria sufrimiento la vida para resistirlas, y así seria escusado que della saberse pudiesen. Con esta promesa de Teolinda, se satisfacieron Galatea y Florisa, y determinaron de acompañarla algun trecho fuera del lugar. Y así tomando las dos solas sus cayados, y habiendo proveido el zurron de Teolinda de algunos regalos para el trabajoso camino, se salieron con ella del aldea á tiempo que ya los rayos del sol mas derechos y con mas fuerzas comenzaban á herir la tierra. Y habiéndola acompañado casi media legua del lugar, al tiempo que ya querian volverse y dejarla, vieron atravesar por una quebrada que poco desviada dellas estaba, cuatro hombres de á caballo, y algunos de á pié, que luego conocieron ser cazadores en el hábito, y en los halcones, y perros que llevaban: y estándolos con atencion mirando por ver si los conocian, vieron salir de entre unas espesas matas, que cerca de la quebrada estaban, dos pastoras de gallardo talle y brio: traian los rostros rebozados con dos blancos lienzos; y alzando la una dellas

la voz, pidió á los cazadores que se detuviesen, los cuales así lo hicieron; y llegándose entrambas á uno dellos, que en su talle y postura el principal de todos parecia, le asieron las riendas del caballo, y estuvieron un poco hablando con él, sin que las tres pastoras pudiesen oir palabra de las que decian, por la distancia del lugar que lo estorbaba. Solamente vieron que á poco espacio que con él hablaron, el caballero se apeó, y habiendo, á lo que juzgarse pudo, mandado á los que le acompañaban que se volviesen, quedando solo un mozo con el caballo, trabó á las dos pastoras de las manos, y poco á poco comenzó á entrar con ellas por medio de un cerrado bosque que allí estaba: lo cual visto por las tres pastoras Galatea, Florisa y Teolinda, determinaron de ver, si pudiesen, quién eran las disfrazadas pastoras, y el caballero que las llevaba: y así acordaron de rodear por una parte del bosque, y mirar si podian ponerse en alguna que pudiese serlo para satisfacerles de lo que deseaban. Y haciéndolo así, como pensado lo habian, atajaron al caballero y á las pastoras, y mirando Galatea por entre las ramas lo que hacian, vió que torciendo sobre la mano derecha, se emboscaban en lo mas espeso del bosque: y luego por sus mesmas pisadas les fueron siguiendo hasta que el caballero y las pastoras, pareciéndoles estar bien adentro del bosque, en medio de un estrecho pradecillo que de infinitas breñas estaba rodeado, se pararon. Galatea y sus compañeras se llegaron tan cerca, que sin ser vistas ni sentidas veian todo lo que el caballero y las pastoras hacian y decian: las cuales habiendo mirado á una y otra parte por ver si podrian ser vistas de alguno, aseguradas desto, la una se quitó el rebozo, y apenas se le hubo quitado cuando de Teolinda fué conocida; y llegándose al oido de Galatea, le dijo con la mas baja voz que pudo: Estrañísima aventura es esta, porque si no es que con la pena que traigo, he perdido el conocimiento, sin duda alguna aquella pastora que se ha quitado el rebozo, es la bella Rosaura, hija de Roselio, señor de una aldea que á la nuestra está vecina, y no sé qué pueda ser la causa que la haya movido á ponerse en tan estraño trage, y á dejar su tierra, cosas que tan en perjuicio de su honestidad se declaran. Mas ay desdichada! añadió Teolinda, que el caballero que con ella está, es Grisaldo, hijo mayor del rico Laurencio, que junto á esta vuestra aldea tiene otras dos suyas. Verdad dices, Teolinda, respondió Galatea, que yo le conozco; pero calla y sosiégate, que presto veremos con qué intento ha sido aquí su venida. Quietóse con esto Teolinda, y con atencion se puso á mirar lo que Rosaura hacia, la cual llegándose al caballero, que de edad de veinte años parecia, con voz turbada y airado semblante, le comenzó á decir: En parte estamos, fementido caballero, donde podré tomar de tu desamor y descuido la deseada venganza. Pero aunque yo la tomase de ti tal, que la vida te costase, poca recompensa seria al daño que me tienes hecho. Vesme aquí, desconocido Grisaldo, desconocida por conocerte, ves aquí que ha mudado el trage por buscarte, la

que nunca mudó la voluntad de quererte. Considera, ingrato y desamorado, que la que apenas en su casa y con sus criadas sabia mover el paso, agora por tu causa anda de valle en valle, y de sierra en sierra, con tanta soledad buscando tu compañia. Todas estas razones que la bella Rosaura decia, las escuchaba el caballero con los ojos hincados en el suelo, y haciendo rayas en la tierra con la punta de un cuchillo de monte, que en la mano tenia. Pero no contenta Rosaura con lo dicho, con semejantes palabras prosiguió su plática: Dime, ¿ conoces por ventura, conoces, Grisaldo, que yo soy aquella que no ha mucho tiempo que enjugó tus lágrimas, atajó tus suspiros, remedió tus penas, y sobre todo la que creyó tus palabras? ¿ ó por suerte entiendes tú que eres aquel á quien parecian cortos y de ninguna fuerza todos los juramentos que imaginarse podian para asegurarme la verdad con que me engañabas? ¿eres tú acaso, Grisaldo, aquel, cuyas infinitas lágrimas ablandaron la dureza del honesto corazon mio? Tú eres, que ya te veo, y yo soy, que ya me conozco. Pero si tú eres Grisaldo, el que yo creo, y yo soy Rosaura, la que tú imaginas, cúmpleme la palabra que me diste, darte he yo la promesa que nunca te he negado. Hanme dicho que te casas con Leopersia, la hija de Marcelio, tan á gusto tuyo, que eres tú mesmo el que la procuras: si esta nueva me ha dado pesadumbre, bien se puede ver por lo que he hecho, por venir á estorbar el cumplimiento della: y si tú la puedes hacer verdadera, á tu conciencia lo dejo. ¿ Qué respondes á esto, enemigo mortal de mi descanso? ¿Otorgas por ventura, callando lo que por el pensamiento seria justo que no te pasase? Alza los ojos ya y ponlos en estos que por su mal te miraron; levántalos, y mira á quien engañas, á quien dejas, y á quien olvidas. Verás que engañas, si bien lo consideras, á la que siempre te trató verdades; dejas á quien ha dejado á su honra y á si mesma por seguirte; olvidas á la que jamas te apartó de su memoria. Considera, Grisaldo, que en nobleza no te debo nada, y que en riqueza no te soy desigual, y que te aventajo en bondad del ánimo, y en la firmeza de la fe. Cúmpleme, señor, la que me diste, si te precias de caballero, y no te desprecies de cristiano. Mira que si no correspondes á lo que me debes, que rogaré al cielo que te castigue, al fuego que te consuma, al aire que te falte, al agua que te anegue, á la tierra que no te sufra, y á mis parientes que me venguen: mira que si faltas á la obligacion que me tienes, que has de tener en mi una perpetua turbadora de tus gustos en cuanto la vida me durare; y aun despues de muerta, si ser pudiere, con continuas sombras espantaré tu fementido espiritu, y con espantosas visiones atormentaré tus engañadores ojos: advierte que no pido sino lo que es mio, y que tú ganas en darlo, lo que en negarlo pierdes: mueve agora tu lengua para desengañarme, de cuantas la has movido para ofenderme. Calló diciendo esto la hermosa dama, y estuvo un poco esperando á ver lo que Grisaldo respondia, el cual levantando el rostro,

que hasta allí inclinado habia tenido, encendido con la vergüenza que las razones de Rosaura le habian causado, con sosegada voz, le respondió desta manera : Si yo quisiese negar, o Rosaura, que no te soy deudor de mas de lo que dices, negaria asimesmo que la luz del sol es clara, y aun diria que el fuego es frio, y el aire duro. Así que en esta parte confieso lo que te debo, y que estoy obligado á la paga; pero que yo confiese que puedo pagarte como quieres, es imposible, porque el mandamiento de mi padre lo ha prohibido, y tu riguroso desden imposibilitado : y no quiero en esta verdad poner otro testigo que á tí mesma, como á quien tan bien sabe cuantas veces, y con cuantas lágrimas rogué que me aceptases por esposo, y que fueses servida que yo cumpliese la palabra que de serlo te habia dado : y tú, por las causas que te imaginaste, ó por parecerte ser bien corresponder á las vanas promesas de Artandro, jamas quisiste que á tal ejecucion se llegase; antes de dia en dia me ibas entreteniendo, y haciendo pruebas de mi firmeza, pudiendo asegurarla de todo punto con admitirme por tuyo. Tambien sabes, Rosaura, el deseo que mi padre tenia de ponerme en estado, y la priesa que daba á ello, trayendo los ricos y honrosos casamientos que tú sabes, y como yo con mil escusas me apartaba de sus importunaciones, dándotelas siempre á tí para que no dilatases mas lo que tanto á tí convenia y yo deseaba, y que al cabo de todo esto te dije un dia, que la voluntad de mi padre era que yo con Leopersia me casase, y tú en oyendo el nombre de Leopersia, con una furia desesperada me dijiste que mas no te hablase, y que me casase norabuena con Leopersia, ó con quien mas gusto me diese. Sabes tambien que te persuadí muchas veces, que dejases aquellos zelosos devaneos, que yo era tuyo, y no de Leopersia, y que jamas quisiste admitir mis disculpas, ni condecender con mis ruegos, antes perseverando en tu obstinacion y dureza, y en favorecer á Artandro, me enviaste á decir que te daria gusto en que jamas te viese. Yo hice lo que me mandaste, y por no tener ocasion de quebrar tu mandamiento, viendo tambien que cumplia el de mi padre, determiné de desposarme con Leopersia, ó á lo menos desposaréme mañana, que asi está concertado entre sus parientes y los mios : porque veas, Rosaura, cuan disculpado estoy de la culpa que me pones, y cuan tarde has tú venido en conocimiento de la sinrazon que conmigo usabas. Mas porque no me juzgues de aquí adelante por tan ingrato como en tu imaginacion me tienes pintado, mira si hay algo en que pueda satisfacer tu voluntad, que como no sea casarme contigo, aventuraré por servirte la hacienda, la vida y la honra. En tanto que estas palabras Grisaldo decia, tenia la hermosa Rosaura los ojos clavados en su rostro, vertiendo por ellos tantas lágrimas, que daban bien á entender el dolor que en el alma sentia; pero viendo ella que Grisaldo callaba, dando un profundo y doloroso suspiro, le dijo : Como no puede caber en tus verdes años tener, o

Grisaldo, larga y conocida experiencia de los infinitos accidentes amorosos, no me maravillo que un pequeño desden mio te haya puesto en la libertad que publicas; pero si tú conocieras que los zelosos temores son espuelas que hacen salir al amor de su paso, vieras claramente que los que yo tuve de Leopersia, en que yo mas te quisiese redundaban: mas como tú tratabas tan de pasatiempo mis cosas, con la menor ocasion que imaginaste, descubriste el poco amor de tu pecho, y confirmaste las verdaderas sospechas mias: y en tal manera, que me dices que mañana te casas con Leopersia; pero yo te certifico que antes que á ella lleves al tálamo, me has de llevar á mí á la sepultura, si ya no eres tan cruel que niegues de darla al cuerpo muerto, de cuya alma fuiste siempre señor absoluto; y porque claro conozcas y veas que la que perdió por tí su honestidad, y puso en detrimento su honra, tendrá en poco perder la vida, este agudo puñal que aquí traigo, pondrá en efeto mi desesperado y honroso intento, y será testigo de la crueldad que en ese tu fementido pecho encierras. Y diciendo esto sacó del seno una desnuda daga, y con gran celeridad se iba á pasar el corazon con ella, si con mayor presteza Grisaldo no le tuviera el brazo, y la rebozada pastora su compañera no aguijara á abrazarse con ella. Gran rato estuvieron Grisaldo y la pastora primero que quitasen á Rosaura la daga de las manos, la cual á Grisaldo decia: Déjame, traidor enemigo, acabar de una vez la tragedia de mi vida, sin que tantas tu desamorado desden me haga probar la muerte. Esa no gustarás tú por mi ocasion, replicó Grisaldo, pues quiero que mi padre falte antes á la palabra que por mí á Leopersia tiene dada, que faltar yo un punto á lo que conozco que te debo: sosiega el pecho, Rosaura, pues yo te aseguro que este mismo no sabrá desear otra cosa que la que fuere de tu contento. Con estas enamoradas razones de Grisaldo resucitó Rosaura de la muerte de su tristeza á la vida de su alegría, y sin cesar de llorar, se hincó de rodillas ante Grisaldo, pidiéndole las manos en señal de la merced que le hacia. Grisaldo hizo lo mesmo, y echándole los brazos al cuello, estuvieron gran rato sin poderse hablar el uno al otro palabra, derramando entrambos cantidad de amorosas lágrimas. La pastora arrebozada viendo el feliz suceso de su compañera, fatigada del cansancio que habia tomado en ayudar á quitar la daga á Rosaura, no pudiendo mas sufrir el velo, se le quitó, descubriendo un rostro tan parecido al de Teolinda, que quedaron admiradas de verle Galatea y Florisa; pero mas lo fué Teolinda, pues sin poderlo disimular, alzó la voz, diciendo: O cielos, ¿y qué es lo que veo? ¿no es por ventura esta mi hermana Leonarda, la turbadora de mi reposo? ella es sin duda alguna: y sin mas detenerse, salió de donde estaba, y con ella Galatea y Florisa: y como la otra pastora viese á Teolinda, luego la conoció, y con abiertos brazos se fueron la una á la otra, admiradas de haberse hallado en tal lugar, y en tal

sazon y coyuntura. Viendo pues Grisaldo y Rosaura lo que Leonarda con Teolinda hacia, y que habian sido descubiertos de las pastoras Galatea y Florisa, con no poca vergüenza de que los hubiesen hallado de aquella suerte, se levantaron, y limpiándose las lágrimas, con disimulacion y comedimiento recibieron á las pastoras que luego de Grisaldo fueron conocidas. Mas la discreta Galatea, por volver en seguridad el disgusto que quizá de su vista los dos enamorados pastores habian recibido, con aquel donaire con que ella todas las cosas decia, les dijo: No os pese de nuestra venida, venturosos Grisaldo y Rosaura, pues solo servirá de acrecentar vuestro contento, pues se ha comunicado con quien siempre le tendrá en serviros. Nuestra ventura ha ordenado que os viesemos, y en parte donde ninguna se nos ha encubierto de vuestros pensamientos, y pues el cielo los ha traido á término tan dichoso, en satisfacion dello asegurad vuestros pechos y perdonad nuestro atrevimiento. Nunca tu presencia, hermosa Galatea, respondió Grisaldo, dejó de dar gusto do quiera que estuviese; y siendo esta verdad tan conocida, antes quedamos en obligacion á tu vista, que con desabrimiento de tu llegada. Con estas pasaron otras algunas comedidas razones, harto diferentes de las que entre Leonarda y Teolinda pasaban, las cuales, despues de haberse abrazado una y dos veces, con tiernas palabras, mezcladas con amorosas lágrimas, la cuenta de su vida se demandaban, teniendo suspensos mirándolas á todos los que allí estaban, porque se parecian tanto, que casi no se podian decir semejantes, sino una mesma cosa; y si no fuera porque el trage de Teolinda era diferente del de Leonarda, sin duda alguna que Galatea y Florisa no supieran diferenciallas: y entonces vieron con cuanta razon Artidoro se habia engañado en pensar que Leonarda Teolinda fuese. Mas viendo Florisa que el sol estaba hácia la mitad del cielo, y que seria bien buscar alguna sombra que de sus rayos las defendiese, ó á lo menos volverse á la aldea, pues faltándoles la ocasion de apacentar sus ovejas, no debian estarse tanto en el prado, dijo á Teolinda y á Leonarda: Tiempo habrá, pastoras, donde con mas comodidad podais satisfacer nuestros deseos, y daros mas larga cuenta de vuestros pensamientos, y por agora busquemos á do pasar el rigor de la siesta que nos amenaza, ó en una fresca fuente que está á la salida del valle que atras dejamos, ó tornándonos á la aldea, donde será Leonarda tratada con la voluntad, que tú, Teolinda, de Galatea y de mi conoces. Y si á vosotras, pastoras, hago solo este ofrecimiento, no es porque me olvide de Grisaldo y Rosaura, sino porque me parece que á su valor y merecimiento no puedo ofrecerles mas del deseo. Ese no faltará en mi mientras la vida me durare, respondió Grisaldo, de hacer, pastora, lo que fuere en tu servicio, pues no se debe pagar con menos la voluntad que nos muestras; mas por parecerme que será bien hacer lo que dices, y por tener entendido que no ignorais lo que entre mi y Rosaura ha pasado, no quiero

deteneros, ni detenerme en referirlo : solo os ruego seais servidas de llevar á Rosaura en vuestra compañía á vuestra aldea, en tanto que yo aparejo en la mia algunas cosas que son necesarias para concluir lo que nuestros corazones desean; y porque Rosaura quede libre de sospecha, y no la pueda tener jamas de la fe de mi pensamiento, con voluntad considerada mia, siendo vosotras testigos della, le doy la mano de ser su verdadero esposo : y diciendo esto, tendió la suya, y tomó la de la bella Rosaura, y ella quedó tan fuera de sí de ver lo que Grisaldo hacia, que apenas pudo responderle palabra, sino que se dejó tomar la mano, y de allí á un pequeño espacio dijo : A términos me habia traido el amor, Grisaldo, señor mio, que con menos que por mí hicieras, te quedara perpetuamente obligada; pero pues tú has querido corresponder antes á ser quien eres, que no á mi merecimiento, haré yo lo que en mí es, que es darte de nuevo el alma en recompensa deste beneficio, y despues el cielo de tan agradecida voluntad te dé la paga. No mas, dijo á esta sazon Galatea, no mas, señores, que adonde andan las obras tan verdaderas, no han de tener lugar los demasiados comedimientos. Lo que resta es, rogar al cielo que traiga á dichoso fin estos principios, y que en larga y saludable paz goceis vuestros amores. Y en lo que dices, Grisaldo, que Rosaura venga á nuestra aldea, es tanta la merced que en ello nos haces, que nosotras mesmas te lo suplicamos. De tan buena gana iré en vuestra compañía, dijo Rosaura, que no sé con que lo encarezca mas, que con deciros que no sentiré mucho el ausencia de Grisaldo, estando en vuestra compañía. Pues ea, dijo Florisa, que el aldea es lejos, y el sol mucho, y nuestra tardanza de volver á ella notada : vos, señor Grisaldo, podeis ir á hacer lo que os conviniere, que en casa de Galatea hallareis á Rosaura, y á estas, una pastora, que no merecen ser llamadas dos las que tanto se parecen. Sea como querais, dijo Grisaldo; y tomando á Rosaura de la mano, se salieron todos del bosque, quedando concertado entre ellos que otro dia enviaria Grisaldo un pastor de los muchos de su padre á avisar á Rosaura de lo que habia de hacer : y que enviando aquel pastor, sin ser notado podria hablar á Galatea, ó á Florisa, y dar la órden que mas conviniese. A todos pareció bien este concierto, y habiendo salido del bosque, vió Grisaldo que le estaba esperando su criado con el caballo, y abrazando de nuevo á Rosaura, y despidiéndose de las pastoras, se fué acompañado de lágrimas y de los ojos de Rosaura, que nunca dél se apartaron hasta que le perdieron de vista. Como las pastoras solas quedaron, luego Teolinda se apartó con Leonarda con deseo de saber la causa de su venida. Y Rosaura asimesmo fué contando á Galatea y á Florisa la ocasion que la habia movido á tomar el hábito de pastora, y á venir á buscar á Grisaldo, diciendo : No os causara admiracion, hermosas pastoras, el verme á mí en este trage, si supiérades hasta do se estiende la poderosa fuerza de amor, la cual no solo hace mudar el vestido á los que bien quieren, sino la voluntad y el alma, de

la manera que mas es de su gusto, y hubiera yo perdido el mio eternamente, si de la invencion deste trage no me hubiera aprovechado. Porque sabreis, amigas, que estando yo en el aldea de Leonarda, de quien mi padre es señor, vino á ella Grisaldo con intencion de estarse allí algunos dias, ocupado en el sabroso ejercicio de la caza; y por ser mi padre muy amigo del suyo, ordenó de hospedarle en casa, y de hacerle todos los regalos que pudiese. Hízolo asi: y la venida de Grisaldo á mi casa fué para sacarme á mi della; porque en efeto, aunque sea á costa de mi vergüenza, os habré de decir que la vista, la conversacion, el valor de Grisaldo hicieron tal impresion en mi alma, que sin saber cómo, á pocos dias que él allí estuvo, yo no estuve mas en mí, ni quise, ni pude estar sin hacerle señor de mi libertad. Pero no fué tan arrebatadamente, que primero no estuviese satisfecha que la voluntad de Grisaldo de la mia un punto no discrepaba, segun él me lo dió á entender con muchas y muy verdaderas señales. Enterada pues yo en esta verdad, y viendo cuan bien me estaba tener á Grisaldo por esposo, vine á condescender con sus deseos, y á poner en efeto los mios: y así con la intercesion de una doncella mia en un apartado corredor nos vimos Grisaldo y yo muchas veces, sin que nuestra estada solos á mas se estendiese, que á vernos, y á darme él la palabra, que hoy con mas fuerza delante de vosotras me ha tornado á dar. Ordenó pues mi triste ventura que en el tiempo que yo de tan dulce estado gozaba, vino asimesmo á visitar á mi padre un valeroso caballero aragones, que Artandro se decia, el cual vencido á lo que él mostró de mi hermosura, si alguna tengo, con grandisima solicitud procuró que yo con él me casase sin que mi padre lo supiese. Habia en este medio procurado Grisaldo traer á efeto su propósito, y mostrándome yo algo mas dura de lo que fuera menester, le iba entreteniendo con palabras con intencion que mi padre saliese al camino de casarme, y que entonces Grisaldo me pidiese por esposa; pero no queria él hacer esto, porque sabia que la voluntad de su padre era casarle con la rica y hermosa Leopersia, que bien debeis conocerla por la fama de su riqueza y hermosura. Vino esto á mi noticia, y tomé ocasion de pedirle zelos aunque fingidos, solo por hacer prueba de la entereza de su fe; y fui tan descuidada, ó por mejor decir tan simple, que pensando que grangeaba algo en ello, comencé á hacer algunos favores á Artandro, lo cual visto por Grisaldo muchas veces me significó la pena que recebia de lo que yo con Artandro pasaba, y aun me avisó que si no era mi voluntad de que él me cumpliese la palabra que me habia dado, que no podia dejar de obedecer á la de sus padres. A todas estas amonestaciones y avisos respondi yo sin ninguno, llena de soberbia y arrogancia, confiada en que los lazos que mi hermosura habian echado al alma de Grisaldo, no podian tan fácilmente ser rompidos, ni aun tocados de otra cualquiera belleza. Mas salióme tan al reves mi confianza, como me lo mostró presto Grisaldo, el cual cansado de mis necios y esquivos desdenes, tuvo

por bien de dejarme y venir obediente al mandado de su padre. Pero apenas se hubo él partido de mi aldea, y apartado de mi presencia, cuando yo conocí el error en que habia caido, y con tanto ahinco me comenzó á fatigar el ausencia de Grisaldo, y los zelos de Leopersia, que la ausencia dél me acababa, y los zelos della me consumian. Considerando pues, que si mi remedio se dilataba, habia de dejar en las manos del dolor la vida, determiné de aventurar á perder lo menos, que á mi parecer era la fama, por ganar lo mas, que es á Grisaldo : y así con escusa que dí á mi padre de ir á ver una tia mia, señora de otra aldea á la nuestra cercana, salí de mi casa acompañada de muchos criados de mi padre; y llegada en casa de mi tia, le descubrí todo el secreto de mi pensamiento, y le rogué fuese servida de que yo me pusiese en este hábito, y viniese á hablar á Grisaldo, certificándole que si yo misma no venia, que tendrian mal suceso mis negocios. Ella me lo concedió con condicion que trujese á Leonarda conmigo, como persona de quien ella mucho se fiaba : y enviando por ella á nuestra aldea, y acomodándome destos vestidos, y advirtiéndonos de algunas cosas que las dos habiamos de hacer, nos despedimos della habrá ocho dias : y habiendo seis que llegamos á la aldea de Grisaldo, jamas hemos podido hallar lugar de hablarle á solas como yo deseaba, hasta esta mañana que supe que venia á caza, y le aguardé en el mesmo lugar adonde él se despidió : y he pasado con él todo lo que vosotras, amigas, habeis visto : del cual venturoso suceso quedo tan contenta, cuanto es razon lo quede la que tanto lo deseaba. Esta es, pastoras, la historia de mi vida, y si os he cansado en contárosla, echad la culpa al deseo que teniades de saberla, y al mio que no pudo hacer menos de satisfaceros. Antes quedamos tan obligadas, respondió Florisa, á la merced que nos has hecho, que aunque siempre nos ocupemos en servirte, no saldremos de la deuda. Yo soy la que quedo en ella, replicó Rosaura, y la que procuraré pagarla como mis fuerzas alcanzaren. Pero dejando esto á parte, volved los ojos, pastoras, y vereis los de Teolinda y Leonarda tan llenos de lágrimas, que moverán á los vuestros á no dejar de acompañarlos en ellas. Volvieron Galatea y Florisa á mirarlas, y vieron ser verdad lo que Rosaura decia : y lo que el llanto de las dos hermanas causaba, era que despues de haber dicho Leonarda á su hermana todo lo que Rosaura habia contado á Galatea y á Florisa, le dijo : Sabrás, hermana, que así como tú faltaste de nuestra aldea, se imaginó que te habia llevado el pastor Artidoro, que aquel mesmo dia faltó él tambien, sin que de nadie se despidiera : confirmé yo esta opinion en mis padres, porque les conté lo que con Artidoro habia pasado en la floresta : con este indicio creció la sospecha, y mi padre procuraba venir en tu busca, y de Artidoro, y en efeto lo pusiera por obra, si de allí á dos dias no viniera á nuestra aldea un pastor, que al momento que fué visto, todos le tuvieron por Artidoro : llegando estas nuevas á mi padre de que allí estaba el robador tuyo, luego vino con la justicia adonde el pastor estaba,

al cual le preguntaron si te conocia, ó adónde te habia llevado. El pastor negó con juramento que en toda su vida te habia visto, ni sabia qué era lo que le preguntaban. Todos los que estaban presentes se maravillaron de ver que el pastor negaba conocerte, habiendo estado diez dias en el pueblo, y hablado y bailado contigo muchas veces, y sin duda alguna creyeron todos que Artidoro era culpado en lo que se le imputaba, y sin querer admitir disculpa suya, ni escucharle palabra, le llevaron á la prision, donde estuvo algunos dias sin que ninguno le hablase, al cabo de los cuales, yéndole á tomar su confesion, tornó á jurar que no te conocia, y que en toda su vida habia estado mas de aquella vez en nuestra aldea, y que mirasen, y esto otras veces lo habia dicho, que aquel Artidoro que ellos pensaban ser él, por ventura no fuese un hermano suyo, que le parecia en tanto extremo como descubriria la verdad cuando les mostrase que se habian engañado, teniendo á él por Artidoro; porque él se llamaba Galercio, hijo de Briseno, natural del aldea de Grisaldo; y en efeto tantas demostraciones dió, y tantas pruebas hizo, que conocieron claramente todos que él no era Artidoro, de que quedaron mas admirados, y decian que tal maravilla como la de parecernos yo á tí, y Galercio á Artidoro, no se habia visto en el mundo. Esto que de Galercio se publicaba, me movió á ir á verle muchas veces á do estaba preso; y fué la vista de suerte, que quedé sin ella, á lo menos para mirar cosas que me den gusto, en tanto que á Galercio no viere; pero lo que mas mal hay en esto, hermana, es que él se fué de la aldea sin que supiese que llevaba consigo mi libertad, ni yo tuve lugar de decírselo, y así me quedé con la pena que imaginarse puede, hasta que la tia de Rosaura me envió á pedir á mi por algunos dias, todo á fin de venir á acompañar á Rosaura, de lo que recebi sumo contento por saber que veniamos á la aldea de Galercio, y que allí le podria hacer sabidor de la deuda en que me estaba; pero he sido tan corta de ventura, que ha cuatro dias que estamos en su aldea, y nunca le he visto, aunque he preguntado por él, y me dicen que está en el campo con su ganado. He preguntado tambien por Artidoro, y hanme dicho que de unos dias á esta parte no parece en el aldea; y por no apartarme de Rosaura, no he tenido lugar de ir á buscar á Galercio, del cual podria ser saber nuevas de Artidoro. Esto es lo que á mí me ha sucedido, y lo demas que has visto con Grisaldo, despues que faltas, hermana, de la aldea. Admirada quedó Teolinda de lo que su hermana le contaba; pero cuando llegó á saber que en el aldea de Artidoro no se sabia dél nueva alguna, no pudo tener las lágrimas, aunque en parte se consoló, creyendo que Galercio sabria nuevas de su hermano; y así determinó de ir otro dia á buscar á Galercio do quiera que estuviese; y habiéndole contado con la mas brevedad que pudo Leonarda todo lo que le habia sucedido, despues que en busca de Artidoro andaba, abrazándola otra vez, se volvió adonde las pastoras estaban, que un poco des-

viadas del camino iban, por entre unos árboles que del calor del sol un poco las defendian; y en llegando á ellas Teolinda, les contó todo lo que su hermana le habia dicho con el suceso de sus amores, y la semejanza de Galercio y Artidoro, de que no poco se admiraron, aunque dijo Galatea: Quien ve la semejanza tan extraña que hay entre tí, Teolinda, y tu hermana, no tiene de que maravillarse aunque otras vea, pues ninguna, á lo que yo creo, á la vuestra iguala. No hay duda, respondió Leonarda, sino que la que hay entre Artidoro y Galercio, es tanta, que si á la nuestra no excede, á lo menos en ninguna cosa se quedará atras. Quiera el cielo, dijo Florisa, que así como los cuatro os semejais unos á otros, así os acomodeis y parezcais en la ventura, siendo tan buena la que la fortuna conceda á vuestros deseos, que todo el mundo envidie vuestros contentos, como admira vuestras semejanzas. Replicara á estas razones Teolinda, si no lo estorbara la voz que oyeron que dentre los árboles salia, y parándose todas á escucharla, luego conocieron ser la del pastor Lauso, de que Galatea y Florisa grande contento recibieron, porque en extremo deseaban saber de quién andaba Lauso enamorado, y creyeron que desta duda las sacaria lo que el pastor cantase, y por esta ocasion, sin moverse de donde estaban, con grandísimo silencio le escucharon. Estaba el pastor sentado al pié de un verde sauce, acompañado de solos sus pensamientos y de un pequeño rabel, al son del cual des tamanera cantaba:

LAUSO. Si yo dijere el bien del pensamiento,
En mal se vuelva cuanto bien poseo,
Que no es para decirse el bien que siento.
De mí mesmo se encubra mi deseo,
Enmudezca la lengua en esta parte,
Y en el silencio ponga su trofeo.
Pare aquí el artificio, cese el arte
De exagerar el gusto, que en un alma
Con mano liberal amor reparte.
Baste decir que en sosegada calma
Paso el mar amoroso, confiado
De honesto triunfo y vencedora palma.
Sin saberse la causa, lo causado
Se sepa, que es un bien tan sin medida,
Que solo para el alma es reservado.
Ya tengo nuevo ser, ya tengo vida,
Ya puedo cobrar nombre en todo el suelo
De ilustre y clara fama conocida.
Que el limpio intento, el amoroso zelo
Que encierra el pecho enamorado mio,
Alzarme puede al mas subido cielo.
En tí, Silena, espero, en tí confio,
Silena, gloria de mi pensamiento,
Norte por quien se rige mi albedrío.
Espero que el sin par entendimiento
Tuyo levantes á entender que valgo

Por fe lo que no está en merecimiento.
Confio que tendrás, pastora, en algo,
(Despues de hacerte cierta la experiencia)
La sana libertad de un pecho hidalgo.
¿Qué bienes no asegura tu presencia?
¿Qué males no destierra? ¿y quién sin ella
Sufrirá un punto la terrible ausencia?
¡O mas que la belleza misma bella,
Mas que la propia discrecion discreta,
Sol á mis ojos, y á mi mar estrella!
No la que fué de la nombrada Creta
Robada por el falso hermoso toro,
Igualó á tu hermosura tan perfeta.
Ni aquella que en sus faldas granos de oro
Sintió llover, por quien despues no pudo
Guardar el virginal rico tesoro.
Ni aquella que con brazo airado y crudo
En la sangre castísima del pecho
Tiñó el puñal en su limpieza agudo.
Ni aquella que á furor movió y despecho
Contra Troya los griegos corazones,
Por quien fué el Ilion roto y deshecho.
Ni la que los latinos escuadrones
Hizo mover contra la teucra gente,
A quien Juno causó tantas pasiones.
Ni menos la que tiene diferente
Fama de la entereza, y el trofeo
Con que su honestidad guardó excelente.
Digo que aquella que lloró á Siqueo,
Del mantuano Títiro notada,
De vano antojo y no cabal deseo:
No en cuantas tuvo hermosas la pasada
Edad, ni la presente tiene agora,
Ni en la de por venir será hallada,
Quien llegase ni llegue á mi pastora
En valor, en saber, en hermosura,
En merecer del mundo ser señora.
¡Dichoso aquel que con firmeza pura
Fuere de tí, Silena, bien querido,
Sin gustar de los zelos la amargura!
Amor, que á tanta alteza me has subido,
No me derribes con pesada mano
A la bajeza escura del olvido:
Sé conmigo señor, y no tirano.

No cantó mas el enamorado pastor, ni por lo que cantado habia, pudieron las pastoras venir en conocimiento de lo que deseaban, que puesto que Lauso nombró á Silena en su canto, por este nombre no fué la pastora conocida: y así imaginaron que como Lauso habia andado por muchas partes de España, y aun de toda Asia y Europa, que alguna pastora forastera seria la que habia rendido la libre voluntad suya: mas volviendo á consi-

derar que le habian visto pocos dias atras triunfar de la libertad, y hacer burla de los enamorados, sin duda creyeron que con disfrazado nombre, celebraba alguna conocida pastora, á quien habia hecho señora de sus pensamientos: y así sin satisfacerse en su sospecha se fueron hácia la aldea, dejando al pastor en el mismo lugar donde estaba. Mas no hubieron andado mucho, cuando vieron venir desde lejos algunos pastores que luego fueron conocidos, porque eran Tirsi, Damon, Elicio, Erastro, Arsindo, Francenio, Crisio, Orompo, Daranio, Orfenio y Marsilio, con todos los mas principales pastores de la aldea, y entre ellos el desamorado Lenio, con el lastimado Silerio, los cuales salian á tener la siesta á la fuente de las pizarras, á la sombra que en aquel lugar hacian las entricadas ramas de los espesos y verdes árboles; y antes que los pastores llegasen, tuvieron cuidado Teolinda, Leonarda y Rosaura de rebozarse cada una con un blanco lienzo, porque de Tirsi y Damon no fuesen conocidas. Los pastores llegaron haciendo corteses recebimientos á las pastoras, convidándolas á que en su compañía la siesta pasar quisiesen; mas Galatea se escusó con decir que aquellas forasteras pastoras que con ella venian, tenian necesidad de ir á la aldea: con esto se despidió dellos, llevando tras sí las almas de Elicio y Erastro, y aun las encubiertas pastoras los deseos de conocerlas de cuantos allí estaban. Ellas se fueron á la aldea, y los pastores á la fresca fuente; pero antes que allá llegasen, Silerio se despidió de todos, pidiendo licencia para volverse á su ermita; y puesto que Tirsi, Damon, Elicio y Erastro le rogaron que por aquel dia con ellos se quedase, jamas lo pudieron acabar con él, antes abrazándolos á todos se despidió, encargando y rogando á Erastro que no dejase de verle todas las veces que por su ermita pasase. Erastro se lo prometió; y con esto, torciendo el camino, acompañado de su continua pesadumbre, se volvió á la soledad de su ermita, y dejando á los pastores no sin dolor de ver la estrecheza de vida, que en tan verdes años habia escogido; pero mas se sentia entre aquellos que le conocian y sabian la calidad y valor de su persona. Llegados los pastores á la fuente, hallaron en ella á tres caballeros, y á dos hermosas damas que de camino venian, y fatigados del cansancio y convidados del ameno y fresco lugar, les pareció ser bien dejar el camino que llevaban, y pasar allí las calurosas horas de la siesta. Venian con ellos algunos criados, de manera que en su apariencia mostraban ser personas de calidad. Quisieran los pastores, así como los vieron, dejarles el lugar desocupado; pero uno de los caballeros, que el principal parecia, viendo que los pastores de comedidos se querian ir á otra parte, les dijo: Si era por ventura vuestro contento, gallardos pastores, pasar la siesta en este deleitoso sitio, no os lo estorbe nuestra compañía, antes nos haced merced de que con la vuestra aumenteis nuestro contento, pues no promete menos vuestra gentil disposicion y manera; y siendo el lugar como lo es

tan acomodado para mayor cantidad de gente, hareis agravio á mí y á estas damas, si no venis en lo que yo en su nombre y el mio os pido. Con hacer, señor, lo que nos mandas, respondió Elicio, cumpliremos nuestro deseo, que por agora no se extendia á mas que venir á este lugar á pasar en él en buena conversacion las enfadosas horas de la siesta; y aunque fuera diferente nuestro intento, le torciéramos solo por hacer lo que pedis. Obligado quedo, respondió el caballero, á muestras de tanta voluntad, y para mas certificarme y obligarme con ella, sentaos, pastores, al rededor desta fresca fuente, donde con algunas cosas, que estas damas traen para regalo del camino, podeis despertar la sed, y mitigar en las frescas aguas que esta clara fuente nos ofrece. Todos lo hicieron así, obligados de su buen comedimiento. Hasta este punto habian tenido las damas cubiertos los rostros con dos ricos antifaces: pero viendo que los pastores se quedaban, se descubrieron, descubriendo una belleza tan estraña, que en gran admiracion puso á todos los que la vieron, pareciéndoles que despues de la de Galatea no podia haber en la tierra otra que se igualase. Eran las dos damas igualmente hermosas, aunque la una dellas, que de mas edad parecia, á la mas pequeña en cierto donaire y brio se aventajaba. Sentados pues, y acomodados todos, el segundo caballero que hasta entonces ninguna cosa habia hablado, dijo: Cuando me paro á considerar, agradables pastores, la ventaja que hace al cortesano y soberbio trato el pastoral y humilde vuestro, no puedo dejar de tener lástima á mí mesmo, y á vosotros honesta envidia. ¿Porqué dices eso, amigo Darintho? dijo el otro caballero. Digolo, señor, replicó estotro, porque veo con cuanta curiosidad vos y yo, y los que siguen el trato nuestro, procuramos adornar las personas, sustentar los cuerpos, y aumentar las haciendas, y cuan poco viene á lucirnos, pues la púrpura, el oro, el brocado, los rostros están marchitos de los mal digeridos manjares, comidos á deshoras, y tan costosos como mal gastados, ninguna cosa nos adornan, ni pulen, ni son parte para que mas bien parezcamos á los ojos de quien nos mira: todo lo cual puedes ver diferente en los que siguen el rústico ejercicio del campo, haciendo experiencia en los que tienes delante, los cuales podria ser y aun es así, que se hubiesen sustentado y sustentan de manjares simples y en todo contrarios de la vana compostura de los nuestros, y con todo eso mira el moreno de sus rostros, que promete mas entera salud, que la blancura quebrada de los nuestros, y cuán bien les está á sus robustos y sueltos miembros un pellico de blanca lana, una caperuza parda, y unas antiparas de cualquier color que sean; y con esto á los ojos de sus pastoras deben de parecer mas hermosos, que los bizarros cortesanos á los de las retiradas damas. ¿Qué te diria pues, si quisiese, de la sencillez de su vida, de la llaneza de su condicion, y de la honestidad de sus amores? No te digo mas, sino que conmigo puede tanto lo que de la vida pastoral conozco, que de buena gana

trocaria la mia con ella. En deuda te estamos todos los pastores, dijo Elicio, por la buena opinion que de nosotros tienes; pero con todo eso te sé decir que hay en la rústica vida nuestra tantos resbaladeros y trabajos, como se encierran en la cortesana vuestra. No podré yo dejar de venir en lo que dices, replicó Darintho, porque ya se sabe bien que es una guerra nuestra vida sobre la tierra; pero en fin en la pastoral hay menos que en la ciudadana, por estar mas libre de ocasiones que alteren y desasosieguen el espíritu. Cuan bien se conforma con tu opinion, Darintho, dijo Damon, la de un pastor amigo mio, que Lauso se llama, el cual despues de haber gastado algunos años en cortesanos ejercicios, y algunos otros en los trabajosos del duro Marte, al fin se ha reducido á la pobreza de nuestra rústica vida, y antes que á ella viniese, mostró descarlo mucho, como parece por una cancion que compuso y envió al famoso Larsileo, que en los negocios de la corte tiene larga y ejercitada experiencia, y por haberme á mi parecido bien, la tomé toda en la memoria, y aun os la dijera, si imaginara que á ello me diera lugar el tiempo, y á vosotros no os cansara el escucharla. Ninguna otra cosa nos dará mas gusto que escucharte, discreto Damon, respondió Darintho, llamando á Damon por su nombre, que ya le sabia por haberle oido nombrar á los otros pastores sus amigos; y así yo de mi parte te ruego nos digas la cancion de Lauso, que pues ella es hecha, como dices, á mi propósito, y tú la has tomado de memoria, imposible será que deje de ser buena. Comenzaba Damon á arrepentirse de lo que habia dicho, y procuraba escusarse de lo prometido; mas los caballeros y damas se lo rogaron tanto, y todos los pastores, que él no pudo escusar el decirla. Y así habiéndose sosegado un poco, con gentil donaire y gracia dijo desta manera:

DAMON. El vano imaginar de nuestra mente,
De mil contrarios vientos arrojada
Acá y allá con curso presuroso:
La humana condicion flaca doliente
En caducos placeres ocupada,
Do busca sin hallarse algun reposo:
El falso, el mentiroso mundo,
Prometedor de alegres gustos:
La voz de sus sirenas
Mal escuchada apenas
Cuando cambia su gusto en mil disgustos:
La babilonia, el caos que miro y leo
En todo cuanto veo:
El cauteloso trato cortesano
Junto con mi deseo,
Puesto han la pluma en la cansada mano.
Quisiera yo, señor, que allí llegara
Do llega mi deseo, el corto vuelo
De mi grosera mal cortada pluma,
Solo para que luego se ocupara

En levantar al mas subido vuelo
Vuestra rara bondad y virtud suma;
Mas quien hay que presuma
Echar sobre sus hombros tanta carga,
Si no es un nuevo Atlante
En fuerzas tan bastante,
Que poco el cielo le fatiga y carga,
Y aun le será forzoso que se ayude,
Y el grave peso mude
Sobre los brazos de otro Alcides nuevo,
Y aunque se encorve y sude,
Yo tal fatiga por descanso apruebo.
Ya que á mis fuerzas esto es imposible,
Y el inútil deseo doy por muestra
De lo que encierra el justo pensamiento,
Veamos si quizá será posible
Mover la flaca mal contenta diestra
A mostrar por enigma algun contento:
Mas tan sin fuerzas siento
Mi fuerza en esto, que será forzoso
Que apliqueis los oidos
A los tristes gemidos
De un desdeñado pecho congojoso,
A quien el fuego, el aire, el mar, la tierra
Hacen contino guerra,
Todos en su desdicha conjurados,
Que se remata y cierra
Con la corta ventura de sus hados.
Si esto no fuera, fácil cosa fuera
Tender por la region del gusto el paso,
Y reducir cien mil á la memoria
Pintando el monte, el rio, y la ribera,
No amor, el hado, la fortuna, y caso
Rindieron á un pastor toda su gloria:
Mas desta dulce historia
El tiempo triunfa, y solo queda della
Una pequeña sombra,
Que ahora espanta, asombra
Al pensamiento que mas piensa en ella:
Condicion propia de la humana suerte,
Que el gusto nos convierte
En pocas horas en mortal disgusto,
Y nadie habrá que acierte
En muchos años con un firme gusto.
Vuelva y revuelva en alto, suba ó baje
El vano pensamiento al hondo abismo,
Corra en un punto desde Tile á Batro,
Que él dirá cuanto mas sude y trabaje,
Y del término salga de sí mismo
Puesto en la esfera, ó en el cruel Baratro.
¡Oh una, y tres, y cuatro,
Cinco, y seis, y mas veces venturoso

El simple ganadero,
Que con un pobre apero
Vive con mas contento y mas reposo
Que el rico Craso, ó el avariento Mida!
Pues con aquella vida
Robusta, pastoral, sencilla y sana
De todo punto olvida
Esta misera, falsa, cortesana.
En el rigor del erizado invierno
Al tronco entero de robusta encina
De Vulcano abrasada se calienta,
Y allí en sosiego trata del gobierno
Mejor de su ganado, y determina
Dar de sí al cielo no entricada cuenta:
Y cuando ya se ahuyenta
El encogido, estéril, yerto frio,
Y el gran señor de Delo
Abrasa el aire, el suelo,
En el márgen sentado de algun rio
De verdes sauces y álamos cubierto,
Con rústico concierto
Suelta la voz, ó toca el caramillo,
Y á veces se ve cierto
Las aguas detenerse por oillo.
Poco allí le fatiga el rostro grave
Del privado, que muestra en apariencia
Mandar allí do no es obedecido,
Ni el alto exagerar con voz suave
Del falso adulador, que en poca ausencia
Muda opinion, señor, bando, y partido:
Ni el desden sacudido
Del sutil secretario le fatiga,
Ni la altivez honrada
De la llave dorada,
Ni de los varios príncipes la liga,
Ni del manso ganado un punto parte,
Porque el furor de Marte
A una y á otra parte suene airado,
Regido por tal arte,
Que apenas su secuaz se ve medrado.
Reduce á pocos pasos sus pisadas
Del alto monte al apacible llano,
Desde la fresca fuente al claro rio,
Sin que por ver las tierras apartadas
Las movibles campañas del océano
Are con loco, antiguo desvarío:
No le levanta el brio
Saber que el gran monarca invicto vive
Bien cerca de su aldea,
Y aunque su bien desea,
Poco disgusto en no verle recibe:
No como el ambicioso entremetido,

Que con seso perdido
Anda tras el favor, tras la privanza,
Sin nunca haber teñido
En turca ó en mora sangre, espada ó lanza.

No su semblante, ó su color se muda,
Porque mude color, mude semblante
El señor á quien sirve, pues no tiene
Señor que fuerce á que con lengua muda
Siga cual Clicie á su dorado amante
El dulce, ó amargo gusto que le viene:
No le vereis que pene
De temor que un descuido, una nonada
En el ingrato pecho
Del señor el derecho
Borre de sus servicios, y sea dada
De breve despedida la sentencia:
No muestra en apariencia
Otro de lo que encierra el pecho sano:
Que la rústica ciencia
No alcanza el falso trato cortesano.

¿Quién tendrá vida tal en menosprecio?
¿Quién no dirá que aquella sola es vida
Que al sosiego del alma se encamina?
El no tenerla el cortesano en precio
Hace que su bondad sea conocida
De quien aspira al bien, y al mal declina.
¡O vida do se afina
En soledad el gusto acompañado!
¡O pastoral bajeza,
Mas alta que la alteza
Del cetro mas subido y levantado!
¡O flores olorosas, o sombríos
Bosques, o claros rios!
¿Quién gozar os pudiera un breve tiempo
Sin que los males mios
Turbasen tan honesto pasatiempo?

Cancion, á parte vas do serán luego
Conocidas tus faltas y tus sobras:
Mas di, si aliento cobras,
Con rostro humilde enderezado á ruego:
Señor, perdon, porque el que acá me envia,
En vos y en su deseo se confia.

Esta es, señores, la cancion de Lauso, dijo Damon en acabándola: la cual fué tan celebrada de Larsileo, cuanto bien admitida de los que en aquel tiempo la vieron. Con razon lo puedes decir, respondió Darintho, pues la verdad y artificio suyo es digno de justas alabanzas. Estas canciones son las de mi gusto, dijo á este punto el desamorado Lenio, y no aquellas que á cada paso llegan á mis oidos llenas de mil simples conceptos amorosos, tan mal dispuestos é intricados, que osaré jurar que hay algunas, que ni las alcanza quien las oye

por discreto que sea, ni las entiende quien las hizo. Pero no menos fatigan otras que se enzarzan en dar alabanzas á Cupido, y en exagerar su poder, su valor, sus maravillas y milagros, haciéndole señor del cielo y de la tierra, dándole otros mil atributos de potencia, de mando y señorio; y lo que mas me cansa á mí de los que las hacen, es, que cuando hablan de amor, entienden de un no sé quien, que ellos llaman Cupido, que la mesma significacion del nombre nos declara quien es él, que es un apetito sensual y vano, digno de todo vituperio. Habló el desamorado Lenio, y en fin hubo de parar en decir mal del amor; pero como todos los mas que allí estaban, conocian su condicion, no repararon mucho en sus razones, si no fué Erastro que le dijo: ¿Piensas, Lenio, por ventura, que siempre estás hablando con el simple Erastro que no sabe contradecir tus opiniones, ni responder á tus argumentos? pues quiérote advertir, que te será sano callar por ahora, ó á lo menos tratar de otras cosas, que de decir mal de amor, si ya no gustas que la discrecion y ciencia de Tirsi y de Damon te alumbren de la ceguedad en que estás, y te muestren á la clara lo que ellos entienden, y lo que tú debes entender del amor, y de sus cosas. ¿Qué me podrán ellos decir, que yo no sepa? dijo Lenio; ¿ó qué les podré yo replicar, que ellos no ignoren? Soberbia es esa, Lenio, respondió Elicio, y en ella muestras cuan fuera vas del camino de la verdad de amor, y que te riges mas por el norte de tu parecer y antojo, que no por el que debias regir, que es el de la verdad y experiencia. Antes por la mucha que yo tengo de sus obras, respondió Lenio, le soy tan contrario como muestro y mostraré mientras la vida me durare. ¿En qué fundas tu razon? dijo Tirsi. ¿En qué, pastor? respondió Lenio: en que por los efetos que hacen conozco cuan mala es la causa que los produce. ¿Cuáles son los efetos de amor que tú tienes por tan malos? replicó Tirsi. Yo te los diré, si con atencion me escuchas, dijo Lenio; pero no querria que mi plática enfadase los oidos de los que están presentes, pudiendo pasar el tiempo en otra conversacion de mas gusto. Ninguna cosa habrá que sea mas del nuestro, dijo Darintho, que oir tratar desta materia, especialmente entre personas que tan bien sabrán defender su opinion; y así por mi parte, si la destos pastores no lo estorba, te ruego, Lenio, que sigas adelante la comenzada plática. Eso haré yo de buen grado, respondió Lenio, porque pienso mostrar claramente en ella cuanta razon me fuerza á seguir la opinion que sigo, y á vituperar cualquiera otra que á la mia se opusiere. Comienza pues, o Lenio, dijo Damon, que no estarás mas en ella de cuanto mi compañero Tirsi descubra la suya. A esta sazon, ya que Lenio se preparaba á decir los vituperios de amor, llegaron á la fuente el venerable Aurelio, padre de Galatea, con algunos pastores, y con él asimismo venian Galatea y Florisa con las tres rebozadas pastoras, Rosaura, Teolinda y Leonarda, á las cuales, habiéndolas topado á la entrada de la aldea, y sabiendo dellas la junta de pastores que en la fuente de las pizarras quedaba, á ruego suyo

las hizo volver, fiadas las forasteras pastoras en que por sus rebozos no serian de alguno conocidas. Levantáronse todos á recebir á Aurelio y á las pastoras, las cuales se sentaron con las damas, y Aurelio y los pastores con los demas pastores. Pero cuando las damas vieron la singular belleza de Galatea, quedaron tan admiradas, que no podian apartar los ojos de mirarla. No lo fué menos Galatea de la hermosura dellas, especialmente de la que de mayor edad parecia. Pasó entre ellas algunas palabras de comedimiento; pero todo cesó cuando supieron lo que entre el discreto Tirsi y el desamorado Lenio estaba concertado, de lo que se holgó infinito el venerable Aurelio, porque en estremo deseaba ver aquella junta, y oir aquella disputa, y mas entonces, donde tendria Lenio quien tan bien le supiese responder, y asi, sin mas esperar, sentándose Lenio en un tronco de un desmochado olmo, con voz al principio baja, y despues sonora, desta manera comenzó á decir :

LENIO. Ya casi adivino, valerosa y discreta compañía, como ya en vuestro entendimiento me vais juzgando por atrevido y temerario, pues con el poco ingenio y menos experiencia, que puede prometer la rústica vida en que yo algun tiempo me he criado, quiero tomar contienda en materia tan ardua como esta con el famoso Tirsi, cuya crianza en famosas academias, y cuyos bien sabidos estudios no pueden asegurar en mi pretension sino segura pérdida. Pero confiado que á las veces la fuerza del natural ingenio adornado con algun tanto de experiencia, suele descubrir nuevas sendas, con que facilitan las ciencias por largos años sabidas, quiero atreverme hoy á mostrar en público las razones que me han movido á ser tan enemigo de amor, que he merecido por ello alcanzar renombre de desamorado : y aunque otra cosa no me moviera á hacer esto sino vuestro mandamiento, no me escusara de hacerlo : cuanto mas, que no será pequeña la gloria que de aqui he de grangear, aunque pierda la empresa, pues al fin dirá la fama que tuve ánimo para competir con el nombrado Tirsi; y asi con este presupuesto, sin querer ser favorecido si no es de la razon que tengo, á ella sola invoco y ruego, dé tal fuerza á mis palabras y argumentos, que se muestre en ellas y en ellos la que tengo, para ser tan enemigo del amor como publico.

Es pues amor, segun he oido decir á mis mayores, un deseo de belleza : y esta difinicion le dan entre otras muchas los que en esta cuestion han llegado mas al cabo. Pues si se me concede que el amor es deseo de belleza, forzosamente se me ha de conceder que cual fuere la belleza que se amare, tal será el amor con que se ama. Y porque la belleza es en dos maneras, corpórea, é incorpórea, el amor que la belleza corporal amare como último fin suyo, este tal amor no puede ser bueno, y este es el amor de quien yo soy enemigo; pero como la belleza corpórea se divide asimismo en dos partes, que son en cuerpos vivos y en cuerpos muertos, tambien puede haber amor de belleza corporal que sea bueno. Muéstrase la una parte de la belleza corporal en cuerpos vivos de varones y de

hembras, y esta consiste en que todas las partes del cuerpo sean de por sí buenas, y que todas juntas hagan todo un perfeto, y formen un cuerpo proporcionado de miembros, y suavidad de colores. La otra belleza de la parte corporal no viva, consiste en pinturas, estatuas, edificios : la cual belleza puede amarse sin que el amor con que se amare, se vitupere. La belleza incorpórea se divide tambien en dos partes, en las virtudes y ciencias del ánima; y el amor que á la virtud se tiene, necesariamente ha de ser bueno, y ni mas ni menos el que se tiene á las virtuosas ciencias, y agradables estudios. Pues como sean estas dos suertes de belleza la causa que engendra el amor en nuestros pechos, síguese que en el amar la una á la otra consista ser el amor bueno ó malo; pero como la belleza incorpórea se considera con los ojos del entendimiento limpios y claros, y la belleza corpórea se mira con los ojos corporales en comparacion de los incorpóreos, turbios y ciegos; y como sean mas prestos los ojos del cuerpo á mirar la belleza presente corporal que agrada, que no los del entendimiento á considerar la ausente incorpórea que glorifica, síguese que mas ordinariamente aman los mortales la caduca y mortal belleza que los destruye, que no la singular y divina que los mejora. Pues deste amor, ó desear la corporal belleza han nacido, nacen y nacerán en el mundo asolacion de ciudades, ruina de estados, destruicion de imperios, y muertes de amigos : y cuando esto generalmente no suceda, ¿qué desdichas mayores, qué tormentos mas graves, qué incendio, qué zelos, qué penas, qué muertes puede imaginar el humano entendimiento, que á las que padece el miserable amante puedan compararse? Y es la causa desto, que como toda la felicidad del amante consista en gozar la belleza que desea, y esta belleza sea imposible poseerse y gozarse enteramente, aquel no poder llegar al fin que se desea, engendra en él los suspiros, las lágrimas, las quejas y desabrimientos. Pues que sea verdad que la belleza de quien hablo, no se puede gozar perfeta y enteramente, está manifiesto y claro, porque no está en mano del hombre gozar cumplidamente cosa que esté fuera dél, y no sea toda suya; porque las estrañas conocida cosa es que están siempre debajo del arbitrio de la que llamamos fortuna y caso, y no en poder de nuestro albedrío, y así se concluye que donde hay amor, hay dolor : y quien esto negase, negaria asimismo que el sol es claro, y que el fuego abrasa. Mas porque se venga con mas facilidad en conocimiento de la amargura que amor encierra, por las pasiones del ánimo discurriendo se verá clara la verdad que sigo. Son pues las pasiones del ánimo, como mejor vosotros sabeis, discretos caballeros y pastores, cuatro generales, y no mas. Desear demasiado, alegrarse mucho, gran temor de las futuras miserias, gran dolor de las presentes calamidades : las cuales pasiones por ser como vientos contrarios, que la tranquilidad del ánima perturban, con mas propio vocablo perturbaciones son llamadas : y destas perturbaciones la primera es propia del amor, pues el amor

no es otra cosa que deseo : y así es el deseo principio y orígen de todas nuestras pasiones, de do proceden como cualquier arroyo de su fuente. Y de aquí viene que todas las veces que el deseo de alguna cosa se enciende en nuestros corazones, luego nos mueve á seguirla y á buscarla, y buscándola y siguiéndola, á mil desordenados fines nos conduce. Este deseo es aquel que incita al hermano á procurar de la amada hermana los abominables abrazos, la madrastra del alnado, y lo que peor es, el mismo padre de la propia hija : este deseo es el que nuestros pensamientos á dolorosos peligros acarrea. Ni aprovecha que le hagamos obstáculo con la razon, que puesto que nuestro mal claramente conozcamos, no por eso sabemos retirarnos dél : y no se contenta amor de tenernos á una sola voluntad atentos, antes como del deseo de las cosas, como ya está dicho, todas las pasiones nacen : así del primer deseo que nace en nosotros, otros mil se derivan, y estos son en los enamorados no menos diversos que infinitos, y aunque todas las mas de las veces miren á un solo fin, con todo eso como son diversos los objetos y diversa la fortuna de los amadores de cada uno, sin duda alguna diversamente se desea. Hay algunos que por llegar á alcanzar lo que desean, ponen toda su fuerza en una carrera, en la cual ¡ oh cuántas y cuán duras cosas se encuentran! ¡cuántas veces se cae, y cuántas agudas espinas atormentan sus piés, y cuántas veces primero se pierde la fuerza y el aliento, que den alcance á lo que procuran! Algunos otros hay que ya de la cosa amada son poseedores, y ninguna otra desean ni piensan, sino en mantenerse en aquel estado, y teniendo en esto solo ocupados sus pensamientos, y en esto solo todas sus obras y tiempo consumido, en la felicidad son míseros, en la riqueza pobres, y en la ventura desventurados. Otros que ya están fuera de la posesion de sus bienes procuran tornar á ellos, usando para ello mil ruegos, mil promesas, mil condiciones, infinitas lágrimas, y al cabo en estas miserias ocupándose, se ponen á términos de perder la vida. Mas no se ven estos tormentos en la entrada de los primeros deseos, porque entonces el engañoso amor nos muestra una senda por do entremos, al parecer ancha y espaciosa, la cual despues poco á poco se va cerrando de manera, que para volver ni pasar adelante ningun camino se ofrece : y así engañados y traidos los míseros amantes con una dulce y falsa risa, con un solo volver de ojos, con dos mal formadas palabras que en sus pechos una falsa y flaca esperanza engendran, arrójanse luego á caminar tras ella, aguijados del deseo, y despues á poco trecho y á pocos dias, hallando la senda de su remedio cerrada, y el camino de su gusto impedido, acuden luego á regar su rostro con lágrimas, á turbar el aire con suspiros, fatigar los oidos con lamentables quejas; y lo peor es, que si acaso con las lágrimas, con los suspiros y con las quejas no puede venir al fin de lo que desea, luego muda estilo, y procura alcanzar por malos medios, lo que por buenos no puede. De aquí nacen los odios,

las iras, las muertes asi de amigos, como de enemigos. Por esta causa se han visto y se ven á cada paso, que las tiernas y delicadas mugeres se ponen á hacer cosas tan estrañas y temerarias, que aun solo el imaginarlas pone espanto. Por estas se ven los santos y conyugales lechos de roja sangre bañados, ora de la triste mal advertida esposa, ora del incauto y descuidado marido. Por venir al fin deste deseo es traidor el hermano al hermano, el padre al hijo, y el amigo al amigo. Este rompe enemistades, atropella respetos, traspasa leyes, olvida obligaciones, y solicita parientas. Mas porque claramente se vea cuanta es la miseria de los enamorados, ya se sabe que ningun apetito tiene tanta fuerza en nosotros, ni con tanto impetu al objeto propuesto nos lleva, como aquel que de las espuelas de amor es solicitado; y de aquí viene que ninguna alegría ó contento pasa tanto del debido término, como aquella del amante cuando viene á conseguir alguna cosa de las que desea; y esto se ve, porque qué persona habrá de juicio, si no es el amante, que tenga á suma felicidad un tocar la mano de su amada, una sortijuela suya, un breve amoroso volver de ojos, y otras cosas semejantes de tan poco momento cual las considera un entendimiento desapasionado; y no por estos gustos tan colmados, que á su parecer los amantes consiguen, se ha de decir que son felices y bienaventurados; porque no hay ningun contento suyo, que no venga acompañado de innumerables disgustos y sinsabores, con que amor se los agua y turba, y nunca llegó gloria amorosa adonde llega y alcanza la pena: y es tan mala el alegría de los amantes, que los saca fuera de si mesmos, tornándolos descuidados y locos; porque como ponen todo su intento y fuerzas en mantenerse en aquel gustoso estado que ellos se imaginan, de toda otra cosa se descuidan, de que no poco daño se les sigue asi de hacienda, como de honra y vida. Pues á trueco de lo que he dicho, se hacen ellos mesmos esclavos de mil congojas, y enemigos de sí propios. ¿Pues qué, cuando sucede que en medio de la carrera de sus gustos, les toca el hierro frio de la pesada lanza de los zelos? Allí se les escurece el cielo, se les turba el aire, y todos los elementos se les vuelven contrarios. No tienen entonces de quien esperar contento, pues no se le puede dar el conseguir el fin que desean: allí acude el temor contino, la desesperacion ordinaria, las agudas sospechas, los pensamientos varios, la solicitud sin provecho, la falsa risa, y el verdadero llanto con otros mil estraños y terribles accidentes, que le consumen y atierran. Todas las ocasiones de la cosa amada les fatigan, si mira, si ríe, si torna, si vuelve, si calla, si habla; y finalmente todas las gracias que le movieron á querer bien, son las mesmas que atormentan al amante zeloso. ¿Y quién no sabe, que si la ventura á manos llenas no favorece á los amorosos principios, y con presta diligencia á dulce fin los conduce, cuán costosos le son al amante cualesquier otros medios, que el desdichado pone para conseguir su intento? ¿qué de lágrimas derrama? qué de suspiros

esparce? cuántas cartas escribe? cuántas noches no duerme? cuántos, y cuán contrarios pensamientos le combaten? cuántos recelos le fatigan? y cuántos temores le sobresaltan? ¿hay por ventura Tántalo, que mas fatiga tenga entre las aguas y el manzano puesto, que la que tiene el miserable amante entre el temor y la esperanza colocado? Son los servicios del amante no favorecido los cántaros de las hijas de Danao tan sin provecho derramados, que jamas llegan á conseguir una mínima parte de su intento. ¿Hay águila que así destruya las entrañas de Ticio, como destruyen y roen los zelos las del amante zeloso? ¿hay piedra que tanto cargue las espaldas de Sisifo, como carga el amor contino los pensamientos de los enamorados? ¿hay rueda de Ixion que mas presto se vuelva y atormente, que las prestas y varias imaginaciones de los temerosos amantes? ¿hay Minos ni Radamanto que así castiguen y apremien las desdichadas condenadas almas, como castiga y apremia el amor al enamorado pecho, que al insufrible mando suyo está sujeto? No hay cruda Megera, ni rabiosa Tisifone, ni vengadora Alecto, que así maltraten el ánima do se encierran, como maltrata esta furia, este deseo á los sin ventura que le reconocen por señor, y se le humillan como vasallos, los cuales por dar alguna disculpa de las locuras que hacen, dicen ó á lo menos dijeron los antiguos gentiles, que aquel instinto que incita y mueve al enamorado para amar mas que á su propia vida la agena, era un dios á quien pusieron por nombre Cupido; y que así, forzados de su deidad, no podian dejar de seguir y caminar tras lo que él queria. Movióles á decir esto, y á dar nombre de dios á este deseo el ver los efetos sobrenaturales que hace en los enamorados. Sin duda parece que es sobrenatural cosa estar un amante en un instante mesmo temeroso y confiado, arder lejos de su amada, helarse cuando mas cerca della: mudo cuando parlero, y parlero cuando mudo. Estraña cosa es asimismo seguir á quien me huye, alabar á quien me vitupera, dar voces á quien no me escucha, servir á una ingrata, y esperar en quien jamas promete, ni puede dar cosa que buena sea. ¡O amarga dulzura, o venenosa medecina de los amantes no sanos! ¡o triste alegría, o flor amorosa, que ningun fruto señalas, sino de tardo arrepentimiento! Estos son los efetos deste dios imaginado, estas son sus hazañas y maravillosas obras: y aun tambien puede verse en la pintura, con que figuraban á este su vano dios, cuan vanos ellos andaban: pintábanle niño, desnudo, alado, vendado los ojos, con arco y saetas en las manos, por darnos á entender, entre otras cosas, que en siendo uno enamorado, se vuelve de la condicion de un niño simple y antojadizo, que es ciego en las pretensiones, ligero en los pensamientos, cruel en las obras, desnudo y pobre de las riquezas del entendimiento. Decian asimismo que entre las saetas suyas tenia dos, la una de plomo, y la otra de oro, con las cuales diferentes efetos hacia; porque la de plomo engendraba odio en los pechos que tocaba; y la de oro crecido amor en

los que heria, por solo avisarnos que el oro rico es aquel que hace amar, y el plomo pobre aborrecer. Y por esta ocasion no en balde cantan los poetas á Atalanta vencida de tres hermosas manzanas de oro; y á la bella Danae preñada de la dorada lluvia; y al piadoso Eneas decender al infierno con el ramo de oro en la mano: en fin, el oro y la dádiva es una de las mas fuertes saetas que el amor tiene, y con la que mas corazones sujeta · bien al reves de la de plomo, metal bajo y menospreciado, como lo es la pobreza, la cual antes engendra odio y aborrecimiento donde llega, que otra benevolencia alguna. Pero si las razones hasta agora por mí dichas, no bastan á persuadir la que yo tengo de estar mal con este pérfido amor, de quien trato hoy, observad en algunos ejemplos verdaderos y pasados los efetos suyos, y vereis como yo veo que no ve ni tiene ojos de entendimiento el que no alcanza la verdad que sigo. ¿Veamos pues quién sino este amor es aquel que al justo Loth hizo romper el casto intento, y violar á las propias hijas suyas? Este es sin duda el que hizo que el escogido David fuese adúltero y homicida; y el que forzó al libidinoso Amon á procurar el torpe ayuntamiento de Thamar, su querida hermana; y el que puso la cabeza del fuerte Sanson en las traidoras faldas de Dalila, por do perdiendo él su fuerza, perdieron los suyos su amparo, y al cabo él y otros muchos la vida: este fué el que movió la lengua de Herodes para prometer á la bailadora niña la cabeza del Precursor de la vida: este hace que se dude de la salvacion del mas sabio y rico rey de los reyes, y aun de todos los hombres: este redujo los fuertes brazos del famoso Hércules, acostumbrados á regir la pesada maza, á torcer un pequeñuelo huso y ejercitarse en mugeriles ejercicios: este hizo que la furiosa y enamorada Medea esparciese por el aire los tiernos miembros de su pequeño hermano: este cortó la lengua á Progne, Aragne, y á Hipólito; infamó á Pasifae, destruyó á Troya, y mató á Egisto: este hizo cesar las comenzadas obras de la nueva Cartago, y que su primera reina pasase su casto pecho con la aguda espada: este puso en las manos de la nombrada y hermosa Sofonisba el vaso mortífero veneno, que le acabó la vida. Este quitó la suya al valiente Turno, y el reino á Tarquino, el mando á Marco Antonio, y la vida y la honra á su amiga. Este en fin entregó nuestras Españas á la bárbara furia agarena, llamada á la venganza del desordenado amor del miserable Rodrigo. Mas porque pienso que primero nos cubrirá la noche con su sombra, que yo acabase de traeros á la memoria los ejemplos que se ofrecen á la mia, de las hazañas que el amor ha hecho, y cada dia hace en el mundo, no quiero pasar mas adelante en ellos, ni aun en la comenzada plática, por dar lugar á que el famoso Tirsi me responda, rogándoos primero, señores, no os enfade oir una cancion, que algunos dias ha tengo hecha en vituperio deste mi enemigo, la cual, si bien me acuerdo, dice desta manera:

Sin que me pongan miedo el hielo y fuego,
El arco y flechas del amor tirano,
En su deshonra he de mover mi lengua:
Que ¿quién ha de temer á un niño ciego
De vario antojo, y de juicio insano,
Aunque mas amenace daño y mengua?
Mi gusto crece, el valor desmengua
Cuando la voz levanto
Al verdadero canto,
Que en vituperio del amor se forma
Con tal verdad, con tal manera y forma,
Que á todo el mundo su maldad descubre,
Y claramente informa
Del cierto daño que el amor encubre.
Amor es fuego que consume al alma,
Hielo, que hiela, flecha que abre el pecho
Que de sus mañas vive descuidado:
Turbado mar do no se ha visto calma,
Ministro de ira, padre del despecho,
Enemigo de amigo disfrazado,
Dador de escaso bien y mal colmado,
Afable, lisonjero,
Tirano, crudo y fiero,
Y Circe engañadora que nos muda
En varios mostruos, sin que humana ayuda
Pueda al pasado ser nuestro volvernos,
Aunque ligera acuda
La luz de la razon á socorrernos.
Yugo que humilla al mas erguido cuello,
Blanco á do se encaminan los deseos
Del ocio blando, sin razon nacidos,
Red engañosa de sutil cabello,
Que cubre y prende en torpes actos feos
Los que del mundo son en mas tenidos:
Sabroso mal de todos los sentidos,
Ponzoña disfrazada
Cual píldora dorada,
Rayo que adonde toca, abrasa y hiende,
Airado brazo que á traicion ofende,
Verdugo del cautivo pensamiento,
Y del que se defiende
Del dulce halago de su falso intento.
Daño que aplace en los principios, cuando
Se regala la vista en el sugeto
Que cual el cielo bello le parece;
Mas tanto cuanto mas pasa mirando,
Tanto mas pena en público y secreto
El corazon, que todo lo padece;
Mudo hablador, parlero que enmudece,
Cuerdo que desatina,
Pura total ruina
De la mas concertada alegre vida:

Sombra de bien en males convertida,
Vuelo que nos levanta hasta la esfera,
Para que en la caida
Quede vivo el pesar y el gusto muera.
Invisible ladron que nos destruye,
Y roba lo mejor de nuestra hacienda,
Llevándonos el alma á cada paso:
Ligereza que alcanza al que mas huye,
Enigma que ninguno hay que la entienda,
Vida que de contino está en traspaso,
Guerra elegida, y que nace acaso,
Tregua que poco dura,
Amada desventura,
Preñez, que por jamas á sazon llega,
Enfermedad que al ánima se pega,
Cobarde que se arroja al mal y atreve,
Deudor que siempre niega
La deuda averiguada, que nos debe.
Cercado laberinto, do se anida
Una fiera cruel, que se sustenta
De rendidos humanos corazones,
Lazo donde se enlaza nuestra vida,
Señor que al mayordomo pide cuenta
De las obras, palabras, é intenciones,
Codicia de mil varias pretensiones,
Gusano que fabrica
Estancia pobre ó rica
Do poco espacio habita, y al fin muere,
Querer que nunca sabe lo que quiere,
Nube que los sentidos escurece,
Cuchillo que nos hiere.
Este es amor, seguidle, si os parece.

Con esta cancion acabó su razonamiento el desamorado Lenio, y con ella y con él dejó admirados á algunos de los que presentes estaban, especialmente á los caballeros, pareciéndoles que lo que Lenio habia dicho, de mas caudal que de pastoril ingenio parecia, y con gran deseo y atencion estaban esperando la respuesta de Tirsi, prometiéndose todos en su imaginacion, que sin duda alguna á la de Lenio haria ventaja, por la que Tirsi le hacia en la edad y en la experiencia, y en los mas acostumbrados estudios, y asimismo les aseguraba esto, porque deseaban que la opinion desamorada de Lenio no prevaleciese. Bien es verdad que la lastimada Teolinda, la enamorada Leonarda, la bella Rosaura, y aun la dama que con Darintho y su compañero venia, claramente vieron figurados en el discurso de Lenio mil puntos de los sucesos de sus amores; y esto fué cuando llegó á tratar de lágrimas y suspiros, y de cuan caros se compraban los contentos amorosos. Solas la hermosa Galatea y la discreta Florisa iban fuera desta cuenta, porque hasta entonces no se la habia tomado amor de sus hermosos y rebeldes pechos, y asi estaban atentas no mas de á escuchar la agudeza con

que los dos famosos pastores disputaban, sin que de los efetos de amor que oian, viesen alguno en sus libres voluntades; pero siendo la de Tirsi reducir á mejor término la opinion del desamorado pastor, sin esperar ser rogado, teniendo de su boca colgados los ánimos de los circunstantes, poniéndose frontero de Lenio, con suave y levantado tono desta manera comenzó á decir:

TIRSI. Si la agudeza de tu buen ingenio, desamorado pastor, no me asegurara que con facilidad puede alcanzar la verdad, de quien tan lejos agora se halla; antes que ponerme en trabajo de contradecir tu opinion, te dejara con ella por castigo de tus sinrazones. Mas porque me advierten las que en vituperio del amor has dicho, los buenos principios que tienes para poder reducirte á mejor propósito, no quiero dejar con mi silencio á los que nos oyen escandalizados, al amor desfavorecido, y á ti pertinaz y vanaglorioso: y así ayudado del amor, á quien llamo, pienso en pocas palabras dar á entender cuan otras son sus obras y efectos, de los que tú dél has publicado; hablando solo del amor que tú entiendes, el cual tú difiniste, diciendo que era un deseo de belleza, declarando asimismo qué cosa era belleza, y poco despues desmenuzaste todos los efectos que el amor, de quien hablamos, hacia en los enamorados pechos, confirmándolo al cabo con varios y desdichados sucesos por el amor causados. Y aunque la difinicion que del amor hiciste, sea la mas general que se suele dar, todavía no lo es tanto, que no se pueda contradecir; porque amor y deseo son dos cosas diferentes, que no todo lo que se ama, se desea, ni todo lo que se desea, se ama. La razon está clara en todas las cosas que se poseen, que entonces no se podrá decir que se desean, sino que se aman: como el que tiene salud, no dirá que desea la salud, sino que la ama: y el que tiene hijos, no podrá decir que desea hijos, sino que ama los hijos; ni tampoco las cosas que se desean, se pueden decir que se aman, como la muerte de los enemigos que se desea, y no se ama. Y así que por esta razon el amor y deseo vienen á ser diferentes afectos de la voluntad. Verdad es, que amor es padre del deseo, y entre otras difiniciones que del amor se dan, esta es una. Amor es aquella primera mutacion que sentimos hacer en nuestra mente, por el apetito que nos conmueve y nos tira á sí, y nos deleita y aplace; y aquel placer engendra movimiento en el ánimo, el cual movimiento se llama deseo; y en resolucion, deseo es movimiento del apetito acerca de lo que se ama: y un querer de aquello que se posee, y el objeto suyo, es el bien: y como se hallan diversas especies de deseos, y el amor es una especie de deseo que atiende y mira al bien que se llama bello, pero para mas clara difinicion y division del amor, se ha de entender que en tres maneras se divide, en amor honesto, en amor útil, y en amor deleitable. Y á estas tres suertes de amor, se reducen cuantas maneras de amar y desear pueden caber en nuestra voluntad: porque el amor honesto mira á las cosas del cielo, eternas y

divinas : el útil á las de la tierra, alegres y perecederas, como son las riquezas, mandos y señorios : el deleitable á las gustosas y placenteras, como son las bellezas corporales vivas, que tú, Lenio, dijiste. Y cualquiera suerte destos amores que he dicho, no debe ser de ninguna lengua vituperada; porque el amor honesto siempre fué, es y ha de ser limpio, sencillo, puro y divino, y que solo en Dios para y sosiega. El amor provechoso, por ser como es natural, no debe condenarse, ni menos el deleitable, por ser mas natural que el provechoso. Que sean naturales estas dos suertes de amor en nosotros, la experiencia nos lo muestra, porque luego que el atrevido primer padre nuestro pasó el divino mandamiento, y de señor quedó hecho siervo, y de libre esclavo, luego conoció la miseria en que habia caido, y la pobreza en que estaba : y así tomó en el momento las hojas de los árboles que le cubriesen, y sudó y trabajó rompiendo la tierra para sustentarse, y vivir con la menos incomodidad que pudiese : y tras esto (obedeciendo mejor á su Dios en ello, que en otra cosa) procuró tener hijos, y perpetuar y deleitar en ellos la generacion humana; y así como por su inobediencia entró la muerte en él, y por él en todos sus decendientes; así heredamos juntamente todos sus afectos y pasiones, como heredamos su mesma naturaleza; y como él procuró remediar su necesidad y pobreza, tambien nosotros no podemos dejar de procurar y desear remediar la nuestra : y de aqui nace el amor que tenemos á las cosas útiles á la vida humana; y tanto cuanto mas alcanzamos dellas, tanto mas nos parece que remediamos nuestra falta; y por el mismo consiguiente heredamos el deseo de perpetuarnos en nuestros hijos : y deste deseo se sigue el que tenemos de gozar la belleza viva corporal, como solo y verdadero medio, que tales deseos á dichoso fin conduce. Así que este amor deleitable, solo y sin mezcla de otro accidente, es digno antes de alabanza que de vituperio. Y este es el amor que tú, Lenio, tienes por enemigo; y cáusalo que no le entiendes, ni conoces, porque nunca le has visto solo, y en su mesma figura, sino siempre acompañado de deseos perniciosos, lascivos, y mal colocados; y esto no es culpa del amor, que siempre es bueno, sino de los accidentes que se le llegan : como vemos que acaece en algun caudaloso rio, el cual tiene su nacimiento de alguna líquida y clara fuente, que siempre claras y frescas aguas le va ministrando, y á poco espacio que de la limpia madre se aleja, sus dulces y cristalinas aguas en amargas y turbias son convertidas, por los muchos y no limpios arroyos que de una y otra parte se le juntan. Así que este primer movimiento, amor ó deseo, como llamarlo quisieres, no puede nacer sino de buen principio : y aun dellos es el conocimiento de la belleza, la cual, conocida por tal, casi parece imposible que de amar se deje : y tiene la belleza tanta fuerza para mover nuestros ánimos, que ella sola fué parte para que los antiguos filósofos (ciegos, y sin lumbre de fe que los encaminase) llevados de la razon natural, y traidos de la belleza, que en los estrellados cielos, y en la máquina y redondez

de la tierra contemplaban, admirados de tanto concierto y hermosura, fueron con el entendimiento rastreando, haciendo escala por estas causas segundas hasta llegar á la primera causa de las causas: y conocieron que habia un solo principio sin principio de todas las cosas; pero lo que mas los admiró y levantó la consideracion, fué ver la compostura del hombre tan ordenada, tan perfeta, y tan hermosa, que le vinieron á llamar mundo abreviado: y asi es verdad, que en todas las obras hechas por el mayordomo de Dios, naturaleza, ninguna es de tanto primor, ni que mas descubra la grandeza y sabiduria de su hacedor. Porque en la figura y compostura del hombre, se cifra y cierra la belleza que en todas las otras partes della se reparte: y de aqui nace que esta belleza conocida se ama, y como toda ella mas se muestre y resplandezca en el rostro, luego como se ve un hermoso rostro, llama y tira la voluntad á amarle. De do se sigue, que como los rostros de las mugeres hagan tanta ventaja en hermosura al de los varones, ellas son las que son de nosotros mas queridas, servidas y solicitadas, como á cosa en quien consiste la belleza que naturalmente mas á nuestra vista contenta. Pero viendo el hacedor y criador nuestro, que es propia naturaleza del ánima nuestra, estar contino en perpetuo movimiento y deseo, por no poder ella parar sino en Dios, como en su propio centro, quiso, porque no se arrojase á rienda suelta á desear las cosas perecederas y vanas, y esto sin quitarle la libertad del libre albedrío, ponerle encima de sus tres potencias una despierta centinela, que la avisase de los peligros que la contrastaban y de los enemigos que la perseguian: la cual fué la razon que corrige y enfrena nuestros desordenados deseos: y viendo asimesmo que la belleza humana habia de llevar tras sí nuestros afectos é inclinaciones, ya que no le pareció quitarnos este deseo, á lo menos quiso templarle y corregirle, ordenando el santo yugo del matrimonio, debajo del cual al varon y á la hembra los mas de los gustos y contentos amorosos naturales le son licitos y debidos. Con estos dos remedios puestos por la divina mano, se viene á templar la demasia que puede haber en el amor natural que tú, Lenio, vituperas, el cual amor de si es tan bueno, que si en nosotros faltase, el mundo y nosotros acabariamos. En este mesmo amor de quien voy hablando, están cifradas todas las virtudes, porque el amor es templanza, que el amante conforme la casta voluntad de la cosa amada la suya templa: es fortaleza, porque el enamorado cualquier adversidad puede sufrir por amor de quien ama: es justicia, porque con ella á la que bien quiere, sirve, forzándole la mesma razon á ello: es prudencia, porque de toda sabiduria está el amor adornado. Mas yo te demando, o Lenio, tú que has dicho que el amor es causa de ruina de imperios, destruicion de ciudades, de muertes de amigos, de sacrilegios hechos, inventor de traiciones, transgresor de leyes: digo que te demando que me digas ¿cuál loable cosa hay hoy en el mundo, por buena que sea, que el uso della no pueda en mal ser convertida? Condénese la filosofía,

porque muchas veces nuestros defetos descubre, y muchos filósofos han sido malos : abrásense las obras de los heróicos poetas, porque con sus sátiras y versos los vicios reprenden y vituperan : vitupérese la medicina, porque los venenos descubren : llámese inútil la elocuencia, porque algunas veces ha sido tan arrogante que ha puesto en duda la verdad conocida : no se forjen armas, porque los ladrones y los homicidas las usan : ni se fabriquen casas, porque pueden caer sobre sus habitadores : prohíbase la variedad de los manjares, porque suelen ser causa de enfermedad : ninguno procure tener hijos, porque Edipo, instigado de cruelísima furia, mató á su padre, y Oreste hirió el pecho de la madre propia : téngase por malo el fuego, porque suele abrasar las casas, y consumir las ciudades : desdéñese el agua, porque con ella se anegó toda la tierra : condénense en fin los elementos, porque pueden ser de algunos perversos perversamente usados. Y desta manera cualquier cosa buena puede ser en mala convertida, y proceder della efetos malos, si en las manos de aquellos son puestas, que como irracionales, sin mediocridad del apetito gobernarse dejan. Aquella antigua Cartago, émula del imperio romano, la belicosa Numancia, la adornada Corinto, la soberbia Tébas, y la docta Atenas, y la ciudad de Dios Jerusalen, que fueron vencidas y asoladas; digamos por eso, que el amor fué causa de su destruicion y ruina. Así que debrian los que tienen por costumbre de decir mal de amor, decirlo dellos mismos, porque los dones de amor, si con templanza se usan, son dignos de perpetua alabanza; pues siempre los medios fueron alabados en todas las cosas, como vituperados los extremos, que si abrazamos la virtud mas de aquello que basta, el sabio grangeará nombre de loco, y el justo de inicuo. Del antiguo Cremo trágico fué opinion, que como el vino mezclado con el agua es bueno, así el amor templado es provechoso, lo que es al reves en el inmoderado : la generacion de los animales racionales y brutos sería ninguna, si del amor no procediese, y faltando en la tierra, quedaria desierta y vacua. Los antiguos creyeron que el amor era obra de los dioses, dada para conservacion y cura de los hombres. Pero viniendo á lo que tú, Lenio, dijiste de los tristes y estraños efetos, que el amor en los enamorados pechos hace, teniéndolos siempre en continuas lágrimas, profundos suspiros, desesperadas imaginaciones, sin concederles jamas una hora de reposo : veamos por ventura, qué cosa puede desearse en esta vida, que el alcanzarla no cueste fatiga y trabajo : y tanto cuanto es de valor la cosa, tanto mas se ha de padecer, y se padece por ella. Porque el deseo presupone falta de lo deseado, y hasta conseguirlo es forzosa la inquietud del ánimo nuestro. Pues si todos los deseos humanos se pueden pagar y contentarse sin alcanzar de todo punto lo que desean, con que se les dé parte dello, y con todo eso se compadece el seguirlos, ¿qué mucho es que por alcanzar aquello que no puede satisfacer ni contentar al deseo sino con ello mesmo, se padezca, se llore, se tema y se espere? El que desea

señorios, mandos, honras y riquezas, ya que ve que no puede subir al último grado que quisiera, como llegue á ponerse en algun buen punto, queda en parte satisfecho, porque la esperanza que le falta de no poder subir á mas, le hace parar donde puede, y como mejor puede. Todo lo cual es contrario en el amor, porque el amor no tiene otra paga, ni otra satisfacion, sino el mismo amor, y él propió es su propia y verdadera paga : y por esta razon es imposible que el amante esté contento, hasta que á la clara conozca que verdaderamente es amado, certificándole desto las amorosas señales que ellos saben, y así estiman en tanto un regalado volver de ojos, una prenda cualquiera que sea de su amada, un no sé qué de risa, de habla, de burlas que ellos de veras toman, como indicios que les van asegurando la paga que desean, y así todas las veces que ven señales en contrario destas, esle fuerza al amante lamentarse y afligirse, sin tener medio en sus dolores, pues no le puede tener en sus contentos, cuando la favorable fortuna y el blando amor se los concede : y como sea hazaña de tanta dificultad reducir una voluntad agena á que sea una propia con la mia, y juntar dos diferentes almas en tan indisoluble ñudo y estrecheza, que de las dos sean unos los pensamientos y unas todas las obras, no es mucho que por conseguir tan alta empresa, se padezca mas que por otra cosa alguna, pues despues de conseguida, satisface y alegra sobre todas las que en esta vida se desean. Y no todas veces son las lágrimas con razon y causa derramadas, ni esparcidos los suspiros de los enamorados, porque si todas sus lágrimas y suspiros se causaron de ver que no se responde á su voluntad como se debe y con la paga que se requiere, habria de considerar primero adonde levantaron la fantasía, y si la subieron mas arriba de lo que su merecimiento alcanza, no es maravilla que cual nuevos Icaros caigan abrasados en el rio de las miserias : de las cuales no tendrá la culpa amor, sino su locura. Con todo eso yo no niego, sino afirmo que el deseo de alcanzar lo que se ama, por fuerza ha de causar pesadumbre, por la razon de la carestía que presupone, como ya otras veces he dicho; pero tambien digo que el conseguirla, sea de grandisimo gusto y contento, como lo es al cansado el reposo, y la salud al enfermo. Junto con esto confieso, que si los amantes señalasen, como en el uso antiguo, con piedras blancas y negras sus tristes ó dichosos dias, sin duda alguna que serian mas los infelices; mas tambien conozco que la calidad de sola una blanca piedra haria ventaja á la cantidad de otras infinitas negras. Y por prueba desta verdad, vemos que los enamorados jamas de serlo se arrepienten, antes si alguno les prometiese librarles de la enfermedad amorosa, como á enemigo le desecharian, porque aun el sufrirla les es suave : y por esto, o amadores, no os impida ningun temor para dejar de ofreceros y dedicaros á amar lo que mas os pareciere dificultoso, ni os quejeis, ni arrepintais si á la grandeza

vuestra las cosas bajas habeis levantado, que amor iguala lo pequeño á lo sublime, y lo menos á lo mas : y con justo acuerdo templa las diversas condiciones de los amantes, cuando con puro afeto la gracia suya en sus corazones recibe. No cedais á los peligros, porque la gloria sea tanta, que quite el sentimiento de todo dolor; y como á los antiguos capitanes y emperadores en premio de sus trabajos y fatigas les eran segun la grandeza de sus vitorias aparejados triunfos, asi á los amantes les están guardados muchedumbre de placeres y contentos : y como á aquellos el glorioso recibimiento les hacia olvidar todos los incómodos y disgustos pasados, asi al amante de la amada amado los espantosos sueños, el dormir no seguro, las veladas noches, los inquietos dias en suma tranquilidad y alegria se convierten. De manera, Lenio, que si por sus efetos tristes les condenas, por los gustosos y alegres les debes absolver. Y á la interpretacion que diste de la figura de Cupido, estoy por decir que vas tan engañado en ella, como casi en las demas cosas que contra el amor has dicho. Porque pintarle niño, ciego, desnudo, con las alas y saetas, no quiere significar otra cosa, sino que el amante ha de ser niño en no tener condicion doblada, sino pura y sencilla, ha de ser ciego á todo cualquier otro objeto que se le ofreciere, si no es aquel á quien ya supo mirar y entregarse : ha de ser desnudo, porque no ha de tener cosa que no sea de la que ama : ha de tener alas de ligereza para estar pronto á todo lo que por su parte se le quiere mandar : pintanle con saetas, porque la llaga del enamorado pecho ha de ser profunda y secreta, y que apenas se descubra sino á la misma causa que ha de remedialla. Que el amor hiera con dos saetas, las cuales obran en diferentes maneras, es darnos á entender que en el perfeto amor no ha de haber medio de querer y no querer en un mesmo punto, sino que el amante ha de amar enteramente sin mezcla de alguna tibieza. En fin, Lenio, este amor es el que si consumió á los troyanos, engrandeció á los griegos : si hizo cesar las obras de Cartago, hizo crecer los edificios de Roma : si quitó el reino á Tarquino, redujo á libertad la república : y aunque pudiera traer aqui muchos ejemplos en contrario de los que truje de los efetos buenos que el amor hace, no me quiero ocupar en ellos, pues de si son tan notorios : solo quiero rogarte, te dispongas á creer lo que he mostrado, y que tengas paciencia para oir una cancion mia, que parece que en competencia de la tuya se hizo; y si por ella y por lo que te he dicho, no quisieres reducirte á ser de la parte de amor, y te pareciere que no quedas satisfecho de las verdades que dél he declarado, si el tiempo de agora lo concede, ó en otro cualquiera que tú escogieres y señalares, te prometo satisfacer á todas las réplicas y argumentos que en contrario de los mios decir quisieres : y por agora éstame atento y escucha :

Salga del limpio enamorado pecho
La voz sonora, y en suave acento

Cante de amor las altas maravillas
De modo, que contento y satisfecho
Quede el mas libre y suelto pensamiento
Sin que las sienta con no mas de oillas:
Tú, dulce amor, que puedes referillas
Por mi lengua si quieres,
Tal gracia le concede,
Que con la palma quede
De gusto y gloria por decir quien eres,
Que si me ayudas, como yo confio,
Veráse en presto vuelo
Subir al cielo tu valor y el mio.
Es el amor principio del bien nuestro,
Medio por do se alcanza y se grangea
El mas dichoso fin que se pretende;
De todas ciencias sin igual maestro;
Fuego, que aunque de hielo un pecho sea,
En claras llamas de virtud le enciende;
Poder que al flaco ayuda, al fuerte ofende;
Raiz de adonde nace
La venturosa planta
Que al cielo nos levanta
Con tal fruto, que al alma satisface,
De bondad, de valor, de honesto zelo,
De gusto sin segundo,
Que alegra al mundo y enamora al cielo.
Cortesano, galan, sabio, discreto,
Gallardo, liberal, manso, esforzado,
De aguda vista, aunque de ciegos ojos,
Guardador verdadero del respeto;
Capitan que en la guerra do ha triunfado,
Sola la honra quiere por despojos;
Flor, que crece entre espinas y entre abrojos,
Que á vida y alma adorna
Del temor enemigo,
De la esperanza amigo;
Huésped que mas alegra cuando torna;
Instrumento de honrosos ricos bienes,
Por quien se mira y medra
La honrosa hiedra en las honradas sienes.
Instinto natural, que nos comueve
A levantar los pensamientos tanto,
Que apenas llega allí la vista humana;
Escala por do sube el que se atreve
A la dulce region del cielo santo;
Sierra, en su cumbre deleitosa y llana;
Facilidad que lo intricado allana;
Norte por quien se guia
En este mar insano
El pensamiento sano;
Alivio de la triste fantasía;
Padrino que no quiere nuestra afrenta;

Farol que no se encubre,
Mas no descubre el puerto en la tormenta.
Pintor, que en nuestras ánimas retrata
Con apacibles sombras y colores,
Ora mortal, ora inmortal belleza;
Sol que todo nublado desbarata:
Gusto á quien son sabrosos los dolores;
Espejo en quien se ve naturaleza
Liberal, que en su punto la franqueza
Pone con justo medio:
Espíritu de fuego
Que alumbra al que es mas ciego,
Del odio y del temor solo remedio:
Argos que nunca puede estar dormido
Por mas que á sus orejas
Lleguen consejos de algun dios fingido.
Ejército de armada infantería
Que atropella cien mil dificultades,
Y siempre queda con vitoria y palma;
Morada adonde asiste el alegría;
Rostro que nunca encubre las verdades
Mostrando claro lo que está en el alma;
Por donde la tormenta es dulce calma
Con solo que se espere
Tenerla en tiempo alguno;
Refrigerio oportuno
Que cura el desdeñado cuando muere:
En fin amor es vida, es gloria, es gusto,
Almo, feliz sosiego.
Seguidle luego, que el seguirle es gusto.

El fin del razonamiento y cancion de Tirsi fué principio para confirmar de nuevo en todos la opinion que de discreto tenia, si no fué en el desamorado Lenio, á quien no pareció tan bien su respuesta que le satisfaciese al entendimiento, y le mudase de su primer propósito. Vióse esto claro, porque ya iba dando muestras de querer responder y replicar á Tirsi, si las alabanzas que á los dos daban Darintho y su compañero, y todos los pastores y pastoras presentes, no lo estorbaran; porque tomando la mano el amigo de Darintho, dijo: En este punto acabo de conocer como la potencia y sabiduría de amor por todas las partes de la tierra se extiende; y que donde mas se afina y apura, es en los pastorales pechos, como nos lo ha mostrado lo que hemos oido al desamorado Lenio y al discreto Tirsi, cuyas razones y argumentos mas parecen de ingenios entre libros y las aulas criados, que no de aquellos que entre pajizas cabañas son crecidos. Pero no me maravillaria yo tanto desto, si fuese de aquella opinion del que dijo que el saber de nuestras almas era acordarse de lo que ya sabian, presuponiendo que todas se crian enseñadas: mas cuando veo que debo seguir el otro mejor parecer del que afirmó que nuestra alma

era como una tabla rasa, la cual no tenia ninguna cosa pintada, no puedo dejar de admirarme de ver como haya sido posible, que en la compañia de las ovejas, en la soledad de los campos, se puedan aprender las ciencias, que apenas saben disputarse en las nombradas universidades : si ya no quiero persuadirme á lo que primero dije, que el amor por todo se extiende, y á todos se comunica, al caido levanta, al simple avisa, y al avisado perfeciona. Si conocieras, señor, respondió á esta sazon Elicio, como la crianza del nombrado Tirsi no ha sido entre los árboles y florestas, como tú imaginas, sino en las reales cortes y conocidas escuelas, no te maravillaras de lo que ha dicho, sino de lo que ha dejado por decir : y aunque el desamorado Lenio, por su humildad ha confesado que la rusticidad de su vida pocas prendas de ingenio puede prometer, con todo eso te aseguro que los mas floridos años de su edad gastó no en el ejercicio de guardar las cabras en los montes, sino en las riberas del claro Tormes en loables estudios y discretas conversaciones. Asi que, si la plática que los dos han tenido, de mas que de pastores te parece, contémplalos como fueron, y no como agora son : cuanto mas, que hallarás pastores en estas nuestras riberas, que no te causarân menos admiracion si los oyes, que los que ahora has oido; porque en ellas apacientan sus ganados los famosos y conocidos Franio, Siralvo, Filardo, Silvano, Lisardo y los dos Matuntos, padre y hijo, uno en la lira, y otro en la poesia sobre todo extremo extremados : y para remate de todo, vuelve los ojos y conoce el conocido Damon, que presente tienes, donde puede parar tu deseo, si desea conocer el extremo de discrecion y sabiduria. Responder queria el caballero á Elicio, cuando una de aquellas damas que con él venian, dijo á la otra : Paréceme, señora Nisida, que pues el sol va ya declinando, que seria bien que nos fuesemos, si habemos de llegar mañana adonde dicen que está nuestro padre. No hubo bien dicho esto la dama, cuando Darintho y su compañero la miraron, mostrando que les habia pesado de que hubiese llamado por su nombre á la otra. Pero ansi como Elicio oyó el nombre de Nisida, le dió en el alma si era aquella Nisida, á quien el ermitaño Silerio tantas cosas habia contado, y el mismo pensamiento les vino á Tirsi, Damon, y á Erastro. Y por certificarse Elicio de lo que sospechaba, dijo : Pocos dias ha, señor Darintho, que yo y algunos de los que aqui estamos, oimos nombrar el nombre de Nisida, como aquella dama agora ha hecho, pero de mas lágrimas acompañado, y con mas sobresaltos referido. Por ventura, respondió Darintho, ¿hay alguna pastora en estas vuestras riberas, que se llame Nisida? No, respondió Elicio; pero esta que yo digo, en ellas nació, y en las apartadas del famoso Sebeto fué criada. ¿Qué es lo que dices, pastor? replicó el otro caballero. Lo que oyes, respondió Elicio, y lo que mas oirás, si me aseguras una sospecha que tengo. Dimela, dijo el caballero, que podria ser se te satisfaciese. A esto replicó

Elicio : ¿A dicha, señor, tu propio nombre es Timbrio? No te puedo negar esa verdad, respondió el otro, porque Timbrio me llamo, el cual nombre quisiera encubrir hasta otra sazon mas oportuna : mas la voluntad que tengo de saber porqué sospechaste que asi me llamaba, me fuerza á que no te encubra nada de lo que de mi saber quisieres. Segun eso tampoco me negarás, dijo Elicio, que esta dama que contigo traes, se llama Nisida, y aun por lo que yo puedo conjeturar, la otra se llama Blanca, y es su hermana. En todo has acertado, respondió Timbrio; pero pues yo no te he negado nada de lo que me has preguntado, no me niegues tú la causa que te ha movido á preguntármelo. Ella es tan buena, y será tan de tu gusto, replicó Elicio, cual lo verás antes de muchas horas. Todos los que no sabian lo que el ermitaño Silerio á Elicio, Tirsi, Damon, Erastro, habia contado, estaban confusos, oyendo lo que entre Timbrio y Elicio pasaba. Mas á este punto dijo Damon, volviéndose á Elicio : No entretengas, o Elicio, las buenas nuevas que puedes dar á Timbrio. Y aun yo, dijo Erastro, no me detendré un punto de ir á dárselas al lastimado Silerio del hallazgo de Timbrio. ¡Santos cielos, y qué es lo que oigo! dijo Timbrio; ¿y qué es lo que dices, pastor? Es por ventura ese Silerio que has nombrado, el que es mi verdadero amigo, el que es la mitad de mi vida, el que yo deseo ver mas que á otra cosa que me pueda pedir el deseo? Sácame desta duda luego, asi crezcan y multipliquen tus rebaños de manera, que te tengan envidia todos los vecinos ganaderos. No te fatigues tanto, Timbrio, dijo Damon, que el Silerio que Erastro dice, es el mesmo que tú dices, y el que desea saber mas de tu vida, que sostener y aumentar la suya propia; porque despues que te partiste de Nápoles, segun él nos ha contado, ha sentido tanto tu ausencia, que la pena della, con la que le causaban otras pérdidas que él nos contó, le ha reducido á términos que en una pequeña ermita, que poco menos de una legua está de aqui distante, pasa la mas estrecha vida que imaginarse puede, con determinacion de esperar alli la muerte, pues de saber el suceso de tu vida, no podia ser satisfecho. Esto sabemos cierto Tirsi, Elicio, Erastro, y yo; porque él mesmo nos ha contado la amistad que contigo tenia, con toda la historia de los casos á entrambos sucedidos, hasta que la fortuna por tan estraños accidentes os apartó para apartarle á él á vivir en tan estraña soledad, que te causará admiracion cuando le veas. Véale yo, y llegue luego el último remate de mis dias, dijo Timbrio : y asi os ruego, famosos pastores, por aquella cortesía que en vuestros pechos mora, que satisfagais este mio, con decirme adonde está esa ermita adonde Silerio vive. Adonde muere podrá mejor decir, dijo Erastro, pero de aqui adelante vivirá con las nuevas de tu venida : y pues tanto su gusto y el tuyo deseas, levántate y vamos, que antes que el sol se ponga, te pondré con Silerio : mas ha de ser con condicion, que en el camino nos cuentes todo lo que te ha sucedido despues que de Nápo-

les te partiste, que de todo lo demas hasta aquel punto satisfechos están algunos de los presentes. Poca paga me pides, respondió Timbrio, para tan gran cosa como me ofreces; porque no digo yo contarte eso, pero todo aquello que de mí saber quisieres y mas: y volviéndose á las damas que con él venian, les dijo: Pues con tan buena ocasion, querida y señora Nisida, se ha rompido el presupuesto que traiamos de no decir nuestros propios nombres, con el alegría que requiere la buena nueva que nos han dado, os ruego que no nos detengamos, sino que luego vamos á ver á Silerio, á quien vos y yo debemos las vidas, y el contento que poseemos. Escusado es, señor Timbrio, respondió Nisida, que vos me rogueis que haga cosa que tanto deseo, y que tan bien me está el hacerla: vamos enhorabuena, que ya cada momento que tardare de verle, se me hará un siglo. Lo mesmo dijo la otra dama, que era su hermana Blanca, la mesma que Silerio habia dicho, y la que mas muestra dió de contento. Solo Darintho con las nuevas de Silerio se puso tal, que los labios no movia, antes con un estraño silencio se levantó y mandó á un su criado que le trujese el caballo en que allí habia venido: sin despedirse de ninguno subió en él, y volviendo las riendas, á paso tirado se desvió de todos. Cuando esto vió Timbrio, subió en otro caballo, y con mucha priesa siguió á Darintho hasta que le alcanzó, y trabando por las riendas del caballo, le hizo estar quedo, y allí estuvo con él hablando un buen rato, al cabo del cual Timbrio se volvió donde los pastores estaban, y Darintho siguió su camino, enviando á disculparse con Timbrio del haberse partido sin dispedirse dellos. En este tiempo Galatea, Rosaura, Teolinda, Leonarda y Florisa á las hermosas Nisida y Blanca se llegaron; y la discreta Nisida en breves razones les contó la amistad tan grande que entre Timbrio y Silerio habia, con mucha parte de los sucesos por ellos pasados: pero con la vuelta de Timbrio, todos quisieron ponerse en camino para la ermita de Silerio; sino que á la mesma sazon llegó á la fuente una hermosa pastorcilla de hasta edad de quince años, con su zurron al hombro, y cayado en la mano, la cual como vió tan agradable compañía, con lágrimas en los ojos les dijo: Si por ventura hay entre vosotros, señores, quien de los estraños efetos y casos de amor tenga alguna noticia, y las lágrimas y suspiros amorosos le suelen enternecer el pecho, acuda quien esto siente á ver si es posible remediar y detener las mas amorosas lágrimas y profundos suspiros, que jamas de ojos y pechos enamorados salieron: acudid pues, pastores, á lo que os digo, vereis como con la experiencia de lo que os muestro, hago verdaderas mis palabras; y en diciendo esto, volvió las espaldas, y todos cuantos allí estaban la siguieron. Viendo pues la pastora que la seguian, con presuroso paso se entró por entre unos árboles que á un lado de la fuente estaban; y no hubo andado mucho, cuando volviéndose á los que tras ella iban, les dijo: Veis allí, señores, la causa de mis lágrimas, porque aquel pastor que

allí parece, es un hermano mio, que por aquella pastora ante quien está hincado de hinojos, sin duda alguna él dejará la vida en manos de su crueldad. Volvieron todos los ojos á la parte que la pastora señalaba, y vieron que al pié de un verde sauce estaba arrimada una pastora, vestida como cazadora ninfa, con una rica aljaba que del lado le pendia, y un encorvado arco en las manos, con sus hermosos y rubios cabellos, cogidos con una verde guirnalda: el pastor estaba ante ella de rodillas con un cordel echado á la garganta, y un cuchillo desenvainado en la derecha mano, y con la izquierda tenia asida á la pastora de un blanco cendal, que encima de los vestidos traia. Mostraba la pastora ceño en su rostro, y estar desgustada de que el pastor allí por fuerza la detuviese; mas cuando ella vió que la estaban mirando, con grande ahinco procuraba desasirse de la mano del lastimado pastor, que con abundancia de lágrimas tiernas y amorosas palabras, le estaba rogando que siquiera le diese lugar para poderle significar la pena que por ella padecia; pero la pastora desdeñosa y airada se apartó dél á tiempo que ya todos los pastores llegaban cerca tanto, que oyeron al enamorado mozo, que en tal manera á la pastora hablaba: ¡O ingrata y desconocida Gelasia, y con cuán justo título has alcanzado el renombre de cruel que tienes! vuelve, endurecida, los ojos á mirar al que por mirarte está en el estremo de dolor que imaginarse puede: ¿porqué huyes de quien te sigue? ¿porqué no admites á quien te sirve? ¿y porqué aborreces al que te adora? ¡o sin razon enemiga mia, dura cual levantado risco, airada cual ofendida sierpe, sorda cual muda selva, esquiva como rústica, rústica como fiera, fiera como tigre, tigre que en mis entrañas se ceba! ¿será posible que mis lágrimas no te ablanden? que mis suspiros no te apiaden? y que mis servicios no te muevan? si, que será posible; pues así lo quiere mi corta y desdichada suerte, y aun será tambien posible que tú no quieras apretar este lazo que á la garganta tengo, ni atravesar este cuchillo por medio deste corazon que te adora: vuelve, pastora, vuelve, y acaba la tragedia de mi miserable vida, pues con tanta facilidad puedes añudar este cordel á mi garganta, ó ensangrentar este cuchillo en mi pecho. Estas y otras semejantes razones decia el lastimado pastor, acompañadas de tantos sollozos y lágrimas, que movian á compasion á todos cuantos le escuchaban. Pero no por esto la cruel y desamorada pastora dejaba de seguir su camino, sin querer aun volver los ojos á mirar al pastor, que por ella en tal estado quedaba: de que no poco se admiraron todos los que su airado desden conocieron; y fué de manera, que hasta al desamorado Lenio le pareció mal la crueldad de la pastora: y ansi él con el anciano Arsindo se adelantaron á rogarle, tuviese por bien de volver á escuchar las quejas del enamorado mozo, aunque nunca tuviese intencion de remediarlas. Mas no fué posible mudarla de su propósito, antes les rogó que no la tuviesen por descomedida en no hacer lo

que le mandaban, porque su intencion era de ser enemiga mortal del amor y de todos los enamorados por muchas razones que á ello la movian, y una dellas era haberse desde su niñez dedicado á seguir el ejercicio de la casta Diana: añadiendo á estas tantas causas para no hacer el ruego de los pastores, que Arsindo tuvo por bien de dejarla y volverse, lo que no hizo el desamorado Lenio, el cual como vió que la pastora era tan enemiga del amor como parecia, y que tan de todo en todo con la condicion desamorada suya se conformaba, determinó de saber quién era, y de seguir su compañía por algunos dias, y así le declaró como él era el mayor enemigo que el amor y los enamorados tenian: rogándole que pues tanto en las opiniones se conformaban, tuviese por bien de no enfadarse con su compañía, que no seria mas de lo que ella quisiese. La pastora se holgó de saber la intencion de Lenio, y le concedió que con ella viniese hasta su aldea, que dos leguas de la de Lenio era. Con esto se despidió Lenio de Arsindo, rogándole que le disculpase con todos sus amigos, y les dijese la causa que le habia movido á irse con aquella pastora: y sin esperar mas, él y Gelasia alargaron el paso, y en poco rato desaparecieron. Cuando Arsindo volvió á decir lo que con la pastora habia pasado, halló que todos aquellos pastores habian llegado á consolar al enamorado pastor, y que las dos de las tres rebozadas pastoras, la una estaba desmayada en las faldas de la hermosa Galatea, y la otra abrazada con la bella Rosaura, que asimesmo el rostro cubierto tenia. La que con Galatea estaba era Teolinda, y la otra su hermana Leonarda, las cuales así como vieron al desesperado pastor, que con Gelasia hallaron, un zeloso y enamorado desmayo les cubrió el corazon, porque Leonarda creyó que el pastor era su querido Galercio, y Teolinda tuvo por verdad que era su enamorado Artidoro: y como las dos le vieron tan rendido y perdido por la cruel Gelasia, llególes tan al alma el sentimiento, que sin sentido alguno la una en las faldas de Galatea, la otra en los brazos de Rosaura desmayadas cayeron. Pero de allí á poco rato volviendo en sí Leonarda, á Rosaura dijo: ¡Ay señora mia, y cómo creo que todos los pasos de mi remedio me tiene tomados la fortuna! pues la voluntad de Galercio está tan agena de ser mia, como se puede ver por las palabras que aquel pastor ha dicho á la desamorada Gelasia; porque te hago saber, señora, que aquel es el que ha robado mi libertad, y aun el que ha de dar fin á mis dias. Maravillada quedó Rosaura de lo que Leonarda decia; y mas lo fué cuando habiendo tambien vuelto en sí Teolinda, ella y Galatea la llamaron, y juntándose todos con Florisa y Leonarda, Teolinda dijo como aquel pastor era el su deseado Artidoro; pero aun no le hubo bien nombrado, cuando su hermana le respondió que se engañaba, que no era sino Galercio su hermano. ¡Ay traidora Leonarda! respondió Teolinda, ¿y no te basta haberme una vez apartado de mi bien, sino agora que le hallo, quieres decir que es tuyo? pues desengáñate, que en esto no te pienso ser hermana,

sino declarada enemiga. Sin duda que te engañas, hermana, respondió Leonarda, y no me maravillo, que en ese mismo error cayeron todos los de nuestra aldea, creyendo que este pastor era Artidoro, hasta que claramente vinieron á entender que no era sino su hermano Galercio, que tanto se parece el uno al otro, como nosotras la una á la otra; y aun si puede haber mayor semejanza, mayor semejanza tienen. No lo quiero creer, respondió Teolinda, porque aunque nosotras nos parecemos tanto, no tan fácilmente se hallan estos milagros en naturaleza: y asi te hago saber que en tanto que la experiencia no me haga mas cierta de la verdad, que tus palabras me hacen, yo no pienso dejar de creer que aquel pastor que allí veo, es Artidoro; y si alguna cosa me lo pudiera poner en duda, es no pensar que de la condicion y firmeza que yo de Artidoro tengo conocida, se puede esperar ó temer que tan presto haya hecho mudanza, y me olvide. Sosegaos, pastoras, dijo entonces Rosaura, que yo os sacaré presto desa duda en que estais; y dejándolas á ellas, se fué adonde el pastor estaba dando á aquellos pastores cuenta de la estraña condicion de Gelasia, y de las sinrazones que con él usaba. A su lado tenia el pastor la hermosa pastorcilla que decia ser su hermano, á la cual llamó Rosaura, y apartándose con ella á un cabo, la importunó y rogó le dijese cómo se llamaba su hermano, y si tenia otro alguno que le pareciese. A lo cual la pastora respondió que se llamaba Galercio, y que tenia otro que se llamaba Artidoro, que le parecia tanto, que apenas se diferenciaban, si no es por alguna señal de los vestidos, ó por el órgano de la voz que en algo diferia. Preguntóle tambien qué se habia hecho Artidoro. Respondióle la pastora que andaba en unos montes algo de allí apartados, repastando parte del ganado de Grisaldo, con otro rebaño de cabras suyas, y que nunca habia querido entrar en el aldea, ni tener conversacion con hombre alguno, despues que de las riberas de Henares habia venido; y con estas le dijo otras particularidades tales, que Rosaura quedó satisfecha de que aquel pastor no era Artidoro, sino Galercio, como Leonarda habia dicho, y aquella pastora decia, de la cual supo el nombre, que se llamaba Maurisa: y trayéndola consigo adonde Galatea y las otras pastoras estaban, otra vez en presencia de Teolinda y Leonarda contó todo lo que de Artidoro y Galercio sabia, con lo que quedó Teolinda sosegada, y Leonarda descontenta, viendo cuan descuidadas estaban las mentes de Galercio de pensar en cosas suyas. En las pláticas que las pastoras tenian, acertó que Leonarda llamó por su nombre á la encubierta Rosaura, y oyéndolo Maurisa, dijo: Si yo no me engaño, señora, por vuestra causa ha sido aqui mi venida, y la de mi hermano. ¿En qué manera? dijo Rosaura. Yo os lo diré, si me dais licencia de que á solas os lo diga, respondió la pastora. De buena gana, replicó Rosaura; y apartándose con ella la pastora, le dijo: Sin duda alguna, hermosa señora, que á vos y á la pastora Galatea, mi hermano y yo con un recaudo de nuestro

amo Grisaldo venimos. Así debe ser, respondió Rosaura, y llamando á Galatea, entrambas escucharon lo que Maurisa de Grisaldo decia, que fué avisarles como de allí á dos dias vendria con dos amigos suyos á llevarla en casa de su tia, adonde en secreto celebrarian sus bodas, y juntamente con esto dió de parte de Grisaldo á Galatea unas ricas joyas de oro, como en agradecimiento de la voluntad que de hospedar á Rosaura habia mostrado. Rosaura y Galatea agradecieron á Maurisa el buen aviso, y en pago dél la discreta Galatea queria partir con ella el presente que Grisaldo le habia enviado, pero nunca Maurisa quiso recibirlo. Allí de nuevo se tornó á informar Galatea de la semejanza estraña que entre Galercio y Artidoro habia. Todo el tiempo que Galatea y Rosaura gastaban en hablar á Maurisa, le entretenian Teolinda y Leonarda en mirar á Galercio, porque cebados los ojos de Teolinda en el rostro de Galercio, que tanto al de Artidoro semejaba, no podia apartarlos de mirar: y como los de la enamorada Leonarda sabian lo que miraban, tambien le era imposible á otra parte volverlos. A esta sazon ya los pastores habian consolado á Galercio, aunque para el mal que padecia, cualesquier consejos y consuelos tenia por vanos y escusados, todo lo cual redundaba en daño de Leonarda. Rosaura y Galatea viendo que los pastores hácia ellas se venian, despidieron á Maurisa, diciéndole que dijese á Grisaldo, como Rosaura estaria en casa de Galatea. Maurisa se despidió dellas, y llamando á su hermano, en secreto le contó lo que con Rosaura y Galatea pasado habia, y así con buen comedimiento se despidió dellas y de los pastores, y con su hermana dió la vuelta á su aldea; pero las enamoradas hermanas Teolinda y Leonarda, que vieron que en irse Galercio se les iba la luz de sus ojos, y la vida de su vida, entrambas á dos se llegaron á Galatea y á Rosaura, y les rogaron les diesen licencia para seguir á Galercio, dando por escusa Teolinda que Galercio le diria adonde Artidoro estaba; y Leonarda, que podria ser que la voluntad de Galercio se trocase viendo la obligacion en que le estaba. Las pastoras se la concedieron, con la condicion que antes Galatea á Teolinda habia pedido, que era que de todo su bien ó su mal la avisase. Tornóselo á prometer Teolinda de nuevo, y de nuevo despidiéndose, siguió el camino que Galercio y Maurisa llevaban. Lo mismo hicieron luego, aunque por diferente parte, Timbrio, Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsilio y Orfenio que á la ermita de Silerio con las hermosas hermanas Nisida y Blanca se encaminaron, habiendo primero ellos y ellas despedidose del venerable Aurelio, y de Galatea, Rosaura y Florisa, y asimismo de Elicio y Erastro, que no quisieron dejar de volver con Galatea, ofreciéndose Aurelio que en llegando á su aldea iria luego con Elicio y Erastro á buscarlos á la ermita de Silerio, y llevaria algo con que satisfacer la incomodidad que para agasajar tales huéspedes Silerio tendria: con este presupuesto unos por una, y otros por otra parte se apartaron, y

echando al despedirse menos al anciano Arsindo, vieron que sin despedirse de ninguno iba lejos por el mismo camino que Galercio y Maurisa, y las rebozadas pastoras llevaban, de que se maravillaron: y viendo que ya el sol apresuraba su carrera para entrarse por las puertas del occidente, no quisieron detenerse allí mas, por llegar á la aldea antes que las sombras de la noche. Viéndose pues Elicio y Erastro ante la señora de sus pensamientos, por mostrar en algo lo que encubrir no podian, y por aligerar el cansancio del camino, y aun por cumplir el mandado de Florisa, que les mandó que en tanto que á la aldea llegaban, algo cantasen, al son de la zampoña de Florisa desta manera comenzó á cantar Elicio, y á responder Erastro:

ELICIO. El que quisiere ver la hermosura
Mayor que tuvo, ó tiene, ó terná el suelo,
El fuego y el crisol, donde se apura
La blanca castidad y el limpio celo,
Todo lo que el valor, ser y cordura,
Y cifrado en la tierra un nuevo cielo,
Juntas en uno alteza y cortesía,
Venga á mirar á la pastora mia.

ERASTRO. Venga á mirar á la pastora mia
Quien quisiere contar de gente en gente
Que vió otro sol, que daba luz al dia
Mas claro, que el que sale del oriente:
Podrá decir con su fuego enfria,
Y abrasa al alma que tocar se siente
Del vivo rayo de sus ojos bellos,
Y que no hay mas que ver despues de vellos.

ELICIO. Y que no hay mas que ver despues de vellos,
Sábenlo bien estos cansados ojos,
Ojos, que por mi mal fueron tan bellos,
Ocasion principal de mis enojos:
Vílos, y ví que se abrasaba en ellos
Mi alma, y que entregaban los despojos
De todas sus potencias á su llama,
Que me abrasa, y me hiela, arroja, y llama.

ERASTRO. Que me abrasa, y me hiela, arroja, y llama
Esta dulce enemiga de mi gloria,
De cuyo ilustre ser puede la fama
Hacer estraña y verdadera historia:
Solo sus ojos do el amor derrama
Toda su gracia y fuerza mas notoria,
Darán materia que levante al cielo
La pluma del mas bajo humilde vuelo.

ELICIO. La pluma del mas bajo humilde vuelo
Si quiere levantarse hasta la esfera,
Cante la cortesía y justo zelo
Desta fénix sin par, sola y primera:
Gloria de nuestra edad, honra del suelo,
Valor del claro Tajo y su ribera,

Cordura sin igual, rara belleza,
Donde mas se extremó naturaleza.

ERASTRO. Donde mas se extremó naturaleza,
Donde ha igualado el pensamiento al arte,
Donde juntó el valor y gentileza
Que en diversos sugetos se reparte:
Y adonde la humildad con la grandeza
Ocupan solas una mesma parte,
Y adonde tiene amor su albergue y nido,
La bella ingrata mi enemiga ha sido.

ELICIO. La bella ingrata mi enemiga ha sido
Quien quiso, y pudo, y supo en un momento
Tenerme de un sutil cabello asido
El libre vagaroso pensamiento:
Y aunque al estrecho lazo estoy rendido,
Tal gusto y gloria en las prisiones siento,
Que extiendo el pié y el cuello á las cadenas,
Llamando dulces tan amargas penas.

ERASTRO. Llamando dulces tan amargas penas
Paso la corta fatigada vida
Del alma triste, sustentada apenas,
Y aun apenas del cuerpo sostenida:
Ofrecióle fortuna á manos llenas
A mi breve esperanza fe cumplida;
¿Qué gusto pues, qué gloria, ó bien se ofrece
Do mengua la esperanza y la fe crece?

ELICIO. Do mengua la esperanza y la fe crece,
Se descubre y parece el alto intento
Del firme pensamiento enamorado,
Que solo confiado en amor puro,
Vive cierto y seguro de una paga
Que al alma satisfaga limpiamente.

ERASTRO. El mísero doliente, á quien sujeta
La enfermedad y aprieta, se contenta
Cuando mas le atormenta el dolor fiero,
Con cualquiera ligero breve alivio;
Mas cuando ya mas tibio el daño toca,
A la salud invoca y busca entera:
Así desta manera el tierno pecho
Del amador deshecho en llanto triste,
Dice que el bien consiste de su pena
En que la luz serena de los ojos,
A quien dió los despojos de su vida,
Le mire con fingida ó cierta muestra;
Mas luego amor le adiestra y le desmanda,
Y mas cosas demanda que primero.

ELICIO. Ya traspone el otero el sol hermoso,
Erastro, y á reposo nos convida
La noche denegrida que se acerca.

ERASTRO. Y el aldea está cerca, y yo cansado.

ELICIO. Pongamos pues silencio al canto usado.

Bien tomaran por partido los que escuchando á Elicio y á Erastro iban, que mas el camino se alargara, por gustar mas del agradable canto de los enamorados pastores; pero el cerrar de la noche, y el llegar á la aldea hizo que dél cesasen, y que Aurelio, Galatea, Rosaura y Florisa en su casa se recogiesen. Elicio y Erastro hicieron lo mismo en las suyas, con intencion de irse luego adonde Tirsi y Damon, y los demas pastores estaban, que asi quedó concertado entre ellos, y el padre de Galatea: solo esperaban á que la blanca luna desterrase la escuridad de la noche: y asi como ella mostró su hermoso rostro, ellos se fueron á buscar á Aurelio, y todos juntos la vuelta de la ermita se encaminaron, donde les sucedió lo que se verá en el siguiente libro.

LIBRO QUINTO.

Era tanto el deseo que el enamorado Timbrio y las dos hermosas hermanas Nisida y Blanca llevaban, de llegar á la ermita de Silerio, que la ligereza de los pasos, aunque era mucha, no era posible que á la de la voluntad llegase; y por conocer esto, no quisieron Tirsi y Damon importunar á Timbrio cumpliese la palabra que habia dado de contarles en el camino todo lo por él sucedido despues que se apartó de Silerio; pero todavía, llevados del deseo que tenian de saberlo, se lo iban ya á preguntar, si en aquel punto no hiriera en los oidos de todos una voz de un pastor, que un poco apartado del camino entre unos verdes árboles cantando estaba, que luego en el son no muy concertado de la voz y en lo que cantaba, fué de los mas que allí venian conocido, principalmente de su amigo Damon, porque era el pastor Lauso el que al son de un pequeño rabel unos versos decia, y por ser el pastor tan conocido, y saber ya todos la mudanza que de su libre voluntad habia hecho, de comun parecer recogieron el paso y se pararon á escuchar lo que Lauso cantaba, que era esto:

LAUSO. ¿Quién mi libre pensamiento
Me le vino á sujetar?
¿Quién pudo en flaco cimiento
Sin ventura fabricar
Tan altas torres de viento?
¿Quién rindió mi libertad
Estando en seguridad
De mi vida satisfecho?
¿Quién abrió y rompió mi pecho,
Y robó mi voluntad?
¿Dónde está la fantasía
De mi esquiva condicion?
¿Dó el alma que ya fué mia,
Y dónde mi corazon
Que no está donde solia?
Mas yo todo ¿dónde estoy?
¿Dónde vengo? ¿adónde voy?
¿A dicha sé yo de mí?
¿Soy por ventura el que fuí,
O nunca he sido el que soy?
Estrecha cuenta me pido
Sin poder averigualla,

Pues á tal punto he venido
Que aquello que en mí se halla,
Es sombra de lo que he sido:
No me entiendo de entenderme,
Ni me valgo por valerme,
Y en tan ciega confusion
Cierta está mi perdicion,
Y no pienso de perderme.
La fuerza de mi cuidado
Y el amor que lo consiente,
Me tienen en tal estado,
Que adoro el tiempo presente,
Y lloro por el pasado:
Véome en este morir,
Y en el pasado vivir,
Y en este adoro mi muerte,
Y en el pasado la suerte
Que ya no puede venir.
En tan estraña agonía
El sentido tengo ciego,
Pues viendo que amor porfia,
Y que estoy dentro del fuego,
Aborrezco el agua fria:
Que si no es la de mis ojos
Que el fuego aumenta, y despojos,
En esta amorosa fragua,
No quiero, ni busco otra agua,
Ni otro alivio á mis enojos.
Todo mi bien comenzara,
Todo mi mal feneciera,
Si mi ventura ordenara
Que de ser mi fe sincera
Silena se asegurara:
Suspiros, aseguralda;
Ojos mios, enteralda
Llorando en esta verdad;
Pluma, lengua, voluntad,
En tal razon confirmalda.

No pudo ni quiso el presuroso Timbrio aguardar á que mas adelante el pastor Lauso con su canto pasase, porque rogando á los pastores que el camino de la ermita le enseñasen, si ellos quedarse querian, hizo muestras de adelantarse, y así todos le siguieron, y pasaron tan cerca de donde el enamorado Lauso estaba, que no pudo dejar de sentirlo, y de salirles al encuentro como lo hizo, con cuya compañía todos se holgaron, especialmente Damon, su verdadero amigo, con el cual se acompañó todo el camino que desde allí á la ermita habia, razonando en diversos acaecimientos que á los dos habia sucedido despues que dejaron de verse, que fué desde el tiempo que el valeroso y nombrado pastor Astraliano habia dejado los cisalpinos pastos, por ir á reducir aquellos que

del famoso Hermano y de la verdadera religion se habian rebelado, y al cabo vinieron á reducir su razonamiento á tratar de los amores de Lauso, preguntándole ahincadamente Damon, que le dijese quién era la pastora que con tanta facilidad de la libre voluntad le habia rendido; y cuando esto no pudo saber de Lauso, le rogó con grandes veras, que á lo menos le dijese en qué estado se hallaba, si era de temor ó de esperanza, si le fatigaba ingratitud, ó si le atormentaban zelos. A todo lo cual satisfizo bien Lauso, contándole algunas cosas que con su pastora le habian sucedido: y entre otras le dijo, como hallándose un dia zeloso y desfavorecido, habia llegado á términos de desesperarse, ó de dar alguna muestra que en daño de su persona y en el del crédito y honra de su pastora redundase, pero que todo se remedió con haberla hablado, y haberle ella asegurado ser falsa la sospecha que tenia. Confirmado todo esto con darle un anillo de su mano, que fué parte para volver á mejor discurso su entendimiento, y para solenizar aquel favor con un soneto, que de algunos que le vieron, fué por bueno estimado. Pidió entonces Damon á Lauso que le dijese; y así, sin poder escusarse le hubo de decir, que era este:

LAUSO. Rica y dichosa prenda, que adornaste
El precioso marfil, la nieve pura,
Prenda que de la muerte y sombra escura
A nueva luz y vida me tornaste:
El claro cielo de tu bien trocaste
Con el infierno de mi desventura,
Porque viviese en dulce paz segura
La esperanza que en mí resucitaste.
¿Sabes cuánto me cuestas, dulce prenda?
El alma, y aun no quedo satisfecho,
Pues menos doy de aquello que recibo.
Mas porque el mundo tu valor entienda,
Sé tú mi alma, enciérrate en mi pecho,
Verán como por tí sin alma vivo.

Dijo Lauso el soneto, y Damon le tornó á rogar, que si otra alguna cosa á su pastora habia escrito, se la dijese, pues sabia de cuanto gusto le eran á él oir sus versos. A esto respondió Lauso: Eso será, Damon, por haberme sido tú maestro en ellos, y el deseo que tienes de ver lo que en mí aprovechaste, te hace desear oirlos; pero sea lo que fuere, que ninguna cosa de las que yo pudiere, te ha de ser negada: y asi te digo, que en estos mesmos dias, cuando andaba zeloso y mal seguro, envié estos versos á mi pastora:

LAUSO A SILENA.

En tan notoria simpleza
Nacida de intento sano
El amor rige la mano,
Y la intencion tu belleza:

El amor y tu hermosura,
Silena, en esta ocasion,
Juzgarán á discrecion
Lo que tendrás tú á locura.
Él me fuerza, y ella mueve
A que te adore y escriba,
Y como en los dos estriba
Mi fe, la mano se atreve:
Y aunque en esta grave culpa
Me amenaza tu rigor,
Mi fe, tu hermosura, amor
Darán del yerro disculpa.
Pues con un arrimo tal
(Puesto que culpa me den)
Bien podré decir el bien
Que ha nacido de mi mal:
El cual bien, segun yo siento,
No es otra cosa, Silena,
Sino que tenga en la pena
Un estraño sufrimiento.
Y no lo encarezco poco
Este bien de ser sufrido,
Que si no lo hubiera sido,
Ya el mal me tuviera loco:
Mas mis sentidos de acuerdo
Todos han dado en decir,
Que ya que haya de morir,
Que muera sufrido y cuerdo.
Pero bien considerado,
Mal podrá tener paciencia
En la amorosa dolencia
Un zeloso desamado,
Que en el mal de mis enojos
Todo mi bien desconcierta
Tener la esperanza muerta,
Y el enemigo á los ojos.
Goces, pastora, mil años
El bien de tu pensamiento,
Que yo no quiero contento
Grangeado con tus daños:
Sigue tu gusto, señora,
Pues te parece tan bueno,
Que yo por el bien ageno
No pienso llorar agora.
Porque fuera liviandad
Entregar mi alma al alma
Que tiene por gloria y palma
El no tener libertad:
Mas ay! que fortuna quiere,
Y el amor que viene en ello,
Que no pueda huir el cuello
Del cuchillo que me hiere.

Conozco claro que voy
Tras quien ha de condenarme,
Y cuando pienso apartarme,
Mas quedo y mas firme estoy:
¿Qué lazos, qué redes tienen,
Silena, tus ojos bellos?
Que cuanto mas huyo dellos,
Mas me enlazan y detienen.
Ay ojos! de quien recelo
Que si soy de vos mirado,
Es por crecerme el cuidado,
Y por menguarme el consuelo:
Ser vuestras vistas fingidas
Conmigo, es pura verdad,
Pues pagan mi voluntad
Con prendas aborrecidas.
¡Qué recelos, qué temores
Persiguen mi pensamiento,
Y qué de contrarios siento
En mis secretos amores!
Déjame, aguda memoria,
Olvídate, no te acuerdes
Del bien ageno, pues pierdes
En ello tu propia gloria.
Con tantas firmas afirmas
El amor que está en tu pecho,
Silena, que á mi despecho
Siempre mis males confirmas;
¡O pérfido amor cruel!
¿Cuál ley tuya me condena
Que dé yo el alma á Silena,
Y que me niegue un papel?
No mas, Silena, que toco
En puntos de tal porfía,
Que el menor dellos podria
Dejarme sin vida, ó loco:
No pase de aquí mi pluma,
Pues tú la haces sentir,
Que no puedo reducir
Tanto mal á breve suma.

En lo que se detuvo Lauso en decir estos versos, y en alabar la singular hermosura; discrecion, donaire, honestidad, y valor de su pastora, á él y á Damon se les aligeró la pesadumbre del camino, y se les pasó el tiempo sin ser sentido, hasta que llegaron junto de la ermita de Silerio, en la cual no querian entrar Timbrio, Nisida y Blanca, por no sobresaltarle con su no pensada venida. Mas la suerte lo ordenó de otra manera, porque habiéndose adelantado Tirsi y Damon á ver lo que Silerio hacia, hallaron la ermita abierta, y sin ninguna persona dentro, y estando confusos, sin saber dónde podria estar Silerio á tales horas, llegó á sus oidos el son de su arpa,

por do entendieron que él no debia estar lejos, y saliendo á buscarle guiados por el sonido de la arpa, con el resplandor claro de la luna vieron que estaba sentado en el tronco de un olivo, solo y sin otra compañía que la de su arpa, la cual tan dulcemente tocaba, que por gozar de tan suave armonía no quisieron los pastores llegar á hablarle, y mas cuando oyeron que con estremada voz estos versos comenzó á cantar :

SILERIO. Ligeras horas del ligero tiempo
Para mí perezosas y cansadas,
Si no estais en mi daño conjuradas,
Parézcaos ya que es de acabarme tiempo.
Si agora me acabais, hareislo á tiempo
Que están mis desventuras mas colmadas,
Mirad que menguarán, si sois pesadas,
Que el mal se acaba, si da tiempo al tiempo.
No os pido que vengais dulces sabrosas,
Pues no hallareis camino, senda, ó paso
De reducirme al ser que ya he perdido.
Horas á cualquier otro venturosas,
Aquella dulce del mortal traspaso,
Aquella de mi muerte sola os pido.

Despues que los pastores escucharon lo que Silerio cantado habia, sin que él los viese, se volvieron á encontrar los demas que alli venian, con intencion que Timbrio hiciese lo que agora oireis. Que fué, que habiéndole dicho de la manera que habian hallado á Silerio, y en el lugar do quedaba, le rogó Tirsi que sin que ninguno dellos se le diese á conocer, se fuesen llegando poco á poco hácia él, ora les viese ó no, porque aunque la noche hacia clara, no por eso seria alguno conocido, y que hiciese ansimismo que Nisida, ó él algo cantasen; y todo esto hacia por entretener el gusto que de su venida habia de recebir Silerio. Contentóse Timbrio dello, y diciéndoselo á Nisida, vino en su mesmo parecer; y así cuando á Tirsi le pareció que estaban ya tan cerca, que de Silerio podrian ser oidos, hizo á la bella Nisida que comenzase : la cual al son del rabel del zeloso Orfenio desta manera comenzó á cantar :

NISIDA. Aunque es el bien que poseo
Tal, que al alma satisface,
Le turba en parte y deshace
Otro bien que ví y no veo :
Que amor y fortuna escasa,
Enemigos de mi vida,
Me dan el bien por medida,
Y el mal sin término ó tasa.
En el amoroso estado,
Aunque sobre el merecer,
Tan solo viene el placer
Cuanto el mal acompañado;
Andan los males unidos

Sin un momento apartarse,
Los bienes por acabarse
En mil partes divididos.
Lo que cuesta, si se alcanza,
Del amor algun contento,
Declárelo el sufrimiento,
El amor, y la esperanza:
Mil penas cuesta una gloria,
Un contento mil enojos;
Sábenlo bien estos ojos,
Y mi cansada memoria:
La cual se acuerda contino
De quien pudo mejoralla,
Y para hallarle, no halla
Alguna senda ó camino:
¡Ay dulce amigo de aquel
Que te tuvo por tan suyo,
Cuando él se tuvo por tuyo,
Y cuanto yo lo soy dél!
Mejora con tu presencia
Nuestra no pensada dicha,
Y no la vuelva en desdicha
Tu tan larga esquiva ausencia:
A duro mal me provoca
La memoria que me acuerda
Que fuiste loco, y yo cuerda,
Y eres cuerdo, y yo estoy loca.
Aquel que por buena suerte
Tú mesmo quisiste darme,
No ganó tanto en ganarme
Cuanto ha perdido en perderte:
Mitad de su alma fuiste,
Y medio por quien la mia
Pudo alcanzar la alegría
Que tu ausencia tiene triste.

Si la extremada gracia con que la hermosa Nisida cantaba, causó admiracion á los que con ella iban, ¿qué causaría en el pecho de Silerio, que sin faltar punto, notó y escuchó todas las circunstancias de su canto? y como tenia tan en el alma la voz de Nisida, apenas comenzó á resonar en sus oidos el acento suyo, cuando él se llegó á alborotar, y á suspender y enagenar de sí mesmo, elevado en lo que escuchaba. Y aunque verdaderamente le pareció que era la voz de Nisida aquella, tenia tan perdida la esperanza de verla, y mas en semejante lugar, que en ninguna manera podia asegurar su sospecha. Desta suerte llegaron todos donde él estaba: y en saludándole Tirsi, le dijo: Tan aficionados nos dejaste, amigo Silerio, de la condicion y conversacion tuya, que atraidos Damon y yo de la experiencia, y toda esta compañía de la fama della, dejandoel camino que llevábamos, te hemos venido á buscar á tu ermita, donde no hallándote, como no te hallamos, quedara sin cumplirse

nuestro deseo, si el son de tu arpa y de tu estimado canto aquí no nos hubiera encaminado. Harto mejor fuera, señores, respondió Silerio, que no me hallaredes, pues en mi no hallareis sino ocasiones que á tristeza os muevan, pues la que yo padezco en el alma, tiene cuidado el tiempo cada dia de renovarla no solo con la memoria del bien pasado, sino con las sombras del presente, que al fin lo serán, pues de mi ventura no se puede esperar otra cosa, que bienes fingidos y temores ciertos. Lástima pusieron las razones de Silerio en todos los que le conocian, principalmente en Timbrio, Nisida y Blanca, que tanto le amaban, y luego quisieran dársele á conocer, si no fuera por no salir de lo que Tirsi les habia rogado: el cual hizo que todos sobre la verde yerba se sentasen, y de manera que los rayos de la clara luna hiriesen de espaldas los rostros de Nisida y Blanca, porque Silerio no los conociese. Estando pues desta suerte, y despues que Damon á Silerio habia dicho algunas palabras de consuelo, porque el tiempo no se pasase todo en tratar en cosas de tristeza, y por dar principio á que la de Silerio feneciese, le rogó que su arpa tocase, al son de la cual el mesmo Damon cantó este soneto:

DAMON. Si el áspero furor del mar airado
Por largo tiempo en su rigor durase,
Mal se podria hallar quien entregase
Su flaca nave al piélago alterado.
No permanece siempre en un estado
El bien, ni el mal, que el uno y otro vase,
Porque si huyese el bien, y el mal quedase,
Ya seria el mundo á confusion tornado.
La noche al dia, y el calor al frio,
La flor al fruto van en seguimiento,
Formando de contrarios igual tela.
La sujecion se cambia en señorío,
En placer el pesar, la gloria en viento,
Che per tal variar natura è bella.

Acabó Damon de cantar, y luego hizo de señas á Timbrio que lo mismo hiciese: el cual al son de la arpa de Silerio dió principio á un soneto, que en el tiempo del hervor de sus amores habia hecho, el cual de Silerio era tan sabido, como del mesmo Timbrio.

TIMBRIO. Tan bien fundada tengo la esperanza,
Que aunque mas sople riguroso viento,
No podrá desdecir de su cimiento;
Tal fe, tal suerte, y tal valor alcanza.

No pudo acabar Timbrio el comenzado soneto, porque el oir Silerio su voz, y el conocerle todo fué uno, y sin ser parte á otra cosa, se levantó de do sentado estaba, y se fué á abrazar del cuello de Timbrio con muestras de tan estraño contento y sobresalto, que sin hablar palabra se transpuso y estuvo un rato sin acuerdo con tanto dolor de los presentes, temerosos de algun mal suce-

so, que ya condenaban por mala el astucia de Tirsi; pero quien mas extremos de dolor hacia, era la hermosa Blanca, como aquella que tiernamente le amaba. Acudió luego Nisida y su hermana á remediar el desmayo de Silerio: el cual á cabo de poco espacio volvió en si, diciendo: ¡O poderoso cielo! ¿es posible que el que tengo presente, es mi verdadero amigo Timbrio? ¿es Timbrio el que oigo? ¿es Timbrio el que veo? si es, si no me burla mi ventura y mis ojos no me engañan. Ni tu ventura te burla, ni tus ojos te engañan, dulce amigo mio, respondió Timbrio, que yo soy el que sin ti no era, y el que no fuera jamas, si el cielo no permitiera que te hallara. Cesen ya tus lágrimas, Silerio amigo, si por mi las has derramado, pues ya me tienes presente, que yo atajaré las mias, pues te tengo delante, llamándome el mas dichoso de cuantos viven en el mundo, pues mis desventuras y adversidades han traido tal descuento, que goza mi ánima de la posesion de Nisida, y mis ojos de tu presencia. Por estas palabras de Timbrio entendió Silerio, que la que cantado habia, y la que allí estaba, era Nisida; pero certificóse mas en ello, cuando ella mesma le dijo: ¿Qué es esto, Silerio mio? ¿qué soledad, y qué hábito es este, que tantas muestras dan de tu descontento? ¿qué falsas sospechas, ó qué engaños te han conducido á tal extremo, para que Timbrio y yo le tuviesemos de dolor toda la vida, ausentes de ti que nos la diste? Engaños fueron, hermosa Nisida, respondió Silerio, mas por haber traido tales desengaños, serán celebrados de mi memoria el tiempo que ella me durare. Lo mas deste tiempo tenia Blanca asida una mano de Silerio, mirándole atentamente al rostro, derramando algunas lágrimas, que de alegría y lástima de su corazon daban manifiesto indicio. Largo seria de contar las palabras de amor y contento, que entre Silerio, Timbrio, Nisida y Blanca pasaron, que fueron tan tiernas y tales, que todos los pastores que las escuchaban tenian los ojos bañados en lágrimas de alegría. Contó luego Silerio brevemente la ocasion que le habia movido á retirarse en aquella ermita, con pensamiento de acabar en ella la vida, pues de la dellos no habia podido saber nueva alguna, y todo lo que dijo fué ocasion de avivar mas en el pecho de Timbrio, el amor y amistad que á Silerio tenia; y en el de Blanca, la amistad de su miseria: y asi como acabó de contar Silerio lo que despues que partió de Nápoles le habia sucedido, rogó á Timbrio que lo mesmo hiciese, porque en extremo lo deseaba; y que no se recelase de los pastores que estaban presentes, que todos ellos, ó los mas sabian ya su mucha amistad, y parte de sus sucesos. Holgóse Timbrio de hacer lo que Silerio pedia; y mas se holgaron los pastores, que ansimesmo lo deseaban: que ya porque Tirsi se lo habia contado, todos sabian los amores de Timbrio y Nisida, y todo aquello que el mesmo Tirsi de Silerio habia oido. Sentados pues todos como ya he dicho en la verde yerba, con maravillosa atencion estaban esperando lo que Timbrio diria, el cual dijo: Despues que la fortuna me fué tan favorable y tan ad-

versa, que me dejó vencer á mi enemigo, y me venció con el sobresalto de la falsa nueva de la muerte de Nisida, con el dolor que pensarse puede, en aquel mesmo instante me partí para Nápoles, y confirmándose allí el desdichado suceso de Nisida, por no ver las casas de su padre, donde yo la habia visto, y porque las calles, ventanas y otras partes donde yo la solia ver, no me renovasen continuamente la memoria de mi bien pasado, sin saber qué camino tomase, y sin tener algun discurso mi albedrío, salí de la ciudad, y á cabo de dos dias llegué á la fuerte Gaeta, donde hallé una nave que ya queria desplegar las velas al viento para partirse á España: embarquéme en ella, no mas de por huir la odiosa tierra donde dejaba mi cielo; mas apenas los diligentes marineros zarparon los ferros, y descogieron las velas, y al mar algun tanto se alargaron, cuando se levantó una no pensada y súbita borrasca, y una rafaga de viento embistió las velas del navío con tanta furia, que rompió el árbol del trinquete, y la vela mezana abrió de arriba abajo: acudieron luego los prestos marineros al remedio, y con dificultad grandísima amainaron todas las velas, porque la borrasca crecia, y la mar comenzaba á alterarse, y el cielo daba señales de durable y espantosa fortuna. No fué volver al puerto posible, porque era maestral el viento que soplaba, y con tan grande violencia, que fué forzoso poner la vela del trinquete al árbol mayor, y amollar, como dicen, en popa, dejándose llevar donde el viento quisiese; y asi comenzó la nave llevada de su furia á correr por el levantado mar con tanta ligereza, que en dos dias que duró el maestral, discurrimos por todas las islas de aquel derecho, sin poder en ninguna tomar abrigo, pasando siempre á vista dellas, sin que Estrombalo nos abrigase, ni Lipar nos acogiese, ni el Cimbalo, Lampadosa, ni Pantanalea sirviesen para nuestro remedio: y pasamos tan cerca de Berbería, que los recien derribados muros de la Goleta se descubrian, y las antiguas ruinas de Cartago se manifestaban. No fué pequeño el miedo de los que en la nave iban, temiendo que si el viento algo mas reforzaba, era forzoso embestir en la enemiga tierra; mas cuando desto estaban mas temerosos, la suerte que mejor nos la tenia guardada, ó el cielo que escuchó los votos y promesas que allí se hicieron, ordenó que el maestral se cambiase en un mediodia tan reforzado y que tocaba en la cuarta del jaloque, que en otros dos dias nos volvió al mesmo puerto de Gaeta, donde habiamos partido, con tanto consuelo de todos, que algunos se partieron á cumplir las romerías y promesas que en el peligro pasado habian hecho: estuvo allí la nave otros cuatro dias reparándose de algunas cosas que le faltaban: al cabo de los cuales tornó á seguir su viaje con mas sosegado mar y próspero viento, llevando á vista la hermosa ribera de Génova, llena de adornados jardines, blancas casas, y relumbrantes chapiteles, que heridos de los rayos del sol, reverberan con tan encendidos rayos, que apenas dejan mirarse. Todas estas cosas que desde la nave se miraban, pudieran causar contento, como le causaban á todos los

que en la nave iban, sino á mí que me era ocasion de mas pesadumbre : solo el descanso que tenia, era entretenerme lamentando mis penas, cantándolas, ó por mejor decir, llorándolas al son de un laud de uno de aquellos marineros : y una noche me acuerdo, y aun es bien que me acuerde, pues en ella comenzó á amanecer mi dia, que estando sosegado el mar, quietos los vientos, las velas pegadas á los árboles, y los marineros sin cuidado alguno, por diferentes partes del navio tendidos, y el timonero casi dormido por la bonanza que habia, y por la que el cielo aseguraba; en medio deste silencio, y en medio de mis imaginaciones, como mis dolores no me dejaban entregar los ojos al sueño, sentado en el castillo de popa, tomé el laud, y comencé á cantar unos versos, que habré de repetir agora, porque se advierta de qué extremo de tristeza, y cuan sin pensarlo me pasó la suerte al mayor de alegría que imaginar supiera : era, si no me acuerdo mal, lo que cantaba esto :

TIMBRIO. Agora que calla el viento,
Y el sesgo mar está en calma,
No se calle mi tormento,
Salga con la voz el alma
Para mayor sentimiento:
Que para contar mis males,
Mostrando en parte que son
Por fuerza, han de dar señales
El alma y el corazon
De vivas ansias mortales.
Llevóme el amor en vuelo
Por uno y otro dolor
Hasta ponerme en el cielo,
Y agora muerte y amor
Me han derribado en el suelo:
Amor y muerte ordenaron,
Una muerte y amor tal,
Cual en Nisida causaron,
Y de mi bien y su mal
Eterna fama ganaron.
Con nueva voz y terrible
De hoy mas, y en son espantoso
Hará la fama creible
Que el amor es poderoso,
Y la muerte es invencible:
De su poder satisfecho
Quedará el mundo, si advierte
Qué hazaña los dos han hecho,
Qué vida llevó la muerte,
Qué tal tiene amor mi pecho.
Mas creo, pues no he venido
A morir, ó estar mas loco
Con el daño que he sufrido,
O que muerte puede poco,

O que no tengo sentido:
Que si sentido tuviera,
Segun mis penas crecidas
Me persiguen, donde quiera,
Aunque tuviera mil vidas,
Cien mil veces muerto fuera.
Mi vitoria tan subida
Fué con muerte celebrada
De la mas ilustre vida
Que en la presente, ó pasada
Edad fué, ni es conocida:
Della llevé por despojos
Dolor en el corazon,
Mil lágrimas en los ojos,
En el alma confusion,
Y en el firme pecho enojos.
¡O fiera mano enemiga!
¡Cómo si allí me acabáras,
Te tuviera por amiga,
Pues con matarme estorbáras
Las ansias de mi fatiga!
¡Oh cuán amargo descuento
Trujo la vitoria mia,
Pues pagaré, segun siento,
El gusto solo de un dia
Con mil siglos de tormento!
Tú, mar, que escuchas mi llanto,
Tú, cielo, que le ordenaste,
Amor, por quien lloro tanto,
Muerte, que mi bien llevaste,
Acabad ya mi quebranto:
Tú, mar, mi cuerpo recibe,
Tú, cielo, acoge mi alma,
Tú, amor, con la fama escribe
Que muerte llevó la palma
Desta vida que no vive.
No os descuideis de ayudarme,
Mar, cielo, amor, y la muerte,
Acabad ya de acabarme,
Que será la mejor suerte
Que yo espero y podreis darme;
Pues si no me anega el mar,
Y no me recoge el cielo,
Y el amor ha de durar,
Y de no morir recelo,
No sé en qué habré de parar.

Acuérdome que llegaba á estos últimos versos que he dicho, cuando sin poder pasar adelante, interrompido de infinitos suspiros y sollozos que de mi lastimado pecho despedia, aquejado de la memoria de mis desventuras, del puro sentimiento dellas vine á perder el sentido con un parasismo tal, que me tuvo un buen rato

fuera de todo acuerdo; pero ya despues que el amargo accidente hubo pasado, abrí mis cansados ojos, y halléme puesta la cabeza en las faldas de una muger vestida en hábito de peregrina, y á mi lado estaba otra con el mesmo trage adornada, la cual estando de mis manos asida, la una y la otra tiernamente lloraban. Cuando yo me vi de aquella manera, quedé admirado y confuso, y estaba dudando si era sueño aquello que veia, porque nunca tales mugeres habia visto jamas en la nave despues que en ella andaba. Pero desta confusion me sacó presto la hermosa Nisida, que aquí está, que era la peregrina que allá estaba, diciéndome : ¡Ay, Timbrio, verdadero señor y amigo mio! ¡ qué falsas imaginaciones, ó qué desdichados accidentes han sido parte para poneros donde agora estais, y para que yo y mi hermana tuviesemos tan poca cuenta con lo que á nuestras honras debiamos, y que sin mirar en inconveniente alguno hayamos querido dejar nuestros amados padres, y nuestros usados trages con intencion de buscaros, y desengañaros de tan incierta muerte mia, que pudiera causar la verdadera vuestra! Cuando yo tales razones oí, de todo punto acabé de creer que soñaba, y que era alguna vision aquella que delante de los ojos tenia, y que la continua imaginacion que de Nisida no se apartaba, era la causa que allí á los ojos viva la representase. Mil preguntas les hice, y á todas ellas enteramente me satisfacieron primero que pudiese sosegar el entendimiento, y enterarme que ellas eran Nisida y Blanca. Mas cuando yo fui conociendo la verdad, el gozo que sentí fué de manera, que tambien me puso en condicion de perder la vida, como el dolor pasado habia hecho. Allí supe de Nisida como el engaño y descuido que tuviste, o Silerio, en hacer la señal de la toca, fué la causa para que creyendo algun mal suceso mio, le sucediese el parasismo y desmayo tal, que todos creyeron que era muerta, como yo lo pensé, y tú, Silerio, lo creiste : díjome tambien como despues de vuelta en sí supo la verdad de la vitoria mia, junto con mi súbita y arrebatada partida, y la ausencia tuya, cuyas nuevas la pusieron en extremo de hacer verdaderas las de su muerte; pero ya que al último término no la llevaron, hicieron con ella y con su hermana, por industria de una ama suya que con ellas venia, que vistiéndose en hábitos de peregrinas, desconocidamente se saliesen de con sus padres una noche que llegaban junto á Gaeta á la vuelta que á Nápoles se volvian : y fué á tiempo que la nave donde yo estaba embarcado, despues de reparada de la pasada tormenta, estaba ya para partirse, y diciendo al capitan que querian pasar en España para ir á Santiago de Galicia, se concertaron con él, y se embarcaron con presupuesto de venir á buscarme á Jerez, do pensaban hallarme, ó saber de mí nueva alguna : y en todo el tiempo que en la nave estuvieron, que seria cuatro dias, no habian salido de un aposento que el capitan en la popa les habia dado, hasta que oyéndome cantar los versos que os he dicho, y conociéndome

en la voz, y en lo que en ellos decia, salieron al tiempo que os he contado, donde solenizando con alegres lágrimas el contento de habernos hallado, estábamos mirando los unos á los otros, sin saber con qué palabras engrandecer nuestra nueva y no pensada alegría, la cual se acrecentara mas, y llegara al término y punto que agora llega, si de tí, amigo Silerio, allí supiéramos nueva alguna: pero como no hay placer que venga tan entero, que de todo en todo al corazon satisfaga, en el que entonces teniamos no solo nos faltó tu presencia, pero aun las nuevas della. La claridad de la noche, el fresco y agradable viento (que en aquel instante comenzó á herir las velas próspera y blandamente), el mar tranquilo y desembarazado cielo, parece que todos juntos, y cada uno por sí ayudaban á solenizar la alegría de nuestros corazones.

Mas la fortuna variable, de cuya condicion no se puede prometer firmeza alguna, envidiosa de nuestra ventura, quiso turbarla con la mayor desventura que imaginarse pudiera, si el tiempo y los prósperos sucesos no la hubieran reducido á mejor término. Sucedió pues que á la sazon que el viento comenzaba á refrescar, los solícitos marineros izaron mas todas las velas, y con general alegría de todos seguro y próspero viaje se aseguraban. Uno dellos, que á una parte de la proa iba sentado, descubrió con la claridad de los bajos rayos de la luna, que cuatro bajeles de remo á larga y tirada boga, con gran celeridad y priesa hácia la nave se encaminaban, y al momento conoció ser de contrarios, y con grandes voces comenzó á gritar: Arma, arma, que bajeles turquescos se descubren. Esta voz y súbito alarido puso tanto sobresalto en todos los de la nave, que sin saber darse maña en el cercano peligro, unos á otros se miraban: mas el capitan della (que en semejantes ocasiones algunas veces se habia visto) viniéndose á la proa, procuró reconocer qué tamaño de bajeles, y cuántos eran, y descubrió dos mas que el marinero, y conoció que eran galeotas forzadas, de que no poco temor debió de recibir: pero disimulando lo mejor que pudo, mandó luego alistar la artillería, y cargar las velas todo lo mas que se pudiese la vuelta de los contrarios bajeles, por ver si podria entrarse entre ellos, y jugar de todas bandas la artillería. Acudieron luego todos á las armas, y repartidos por sus postas como mejor se pudo la venida de los enemigos esperaban. ¿Quién podrá significaros, señores, la pena que yo en esta sazon tenia, viendo con tanta celeridad turbado mi contento, y tan cerca de poder perderle; y mas cuando vi que Nisida y Blanca se miraban sin hablarse palabra, confusas del estruendo y vocería que en la nave andaba, y viéndome á mí rogarles que en su aposento se encerrasen, y rogasen á Dios que de las enemigas manos nos librase? Paso y punto fué este, que desmaya la imaginacion, cuando dél se acuerda la memoria: sus descubiertas lágrimas, y la fuerza que yo me hacia por no mostrar las mias, me tenian de tal manera, que casi me olvidara de lo que debia hacer, á quien era, y á lo que

el peligro obligaba; mas en fin las hice retraer á su estancia casi desmayadas, y cerrándolas por defuera, acudí á ver lo que el capitan ordenaba, el cual con prudente solicitud todas las cosas al caso necesarias estaba proveyendo, y dando cargo á Darintho, que es aquel caballero que hoy se partió de nosotros, de la guarda del castillo de proa, y encomendándome á mí el de popa, él con algunos marineros y pasageros por todo el cuerpo de la nave á una y á otra parte discurria. No tardaron mucho en llegar los enemigos, y tardó harto menos en calmar el viento, que fué la total causa de la perdicion nuestra. No osaron los enemigos llegar á bordo, porque viendo que el tiempo calmaba, les pareció mejor aguardar el dia para embestirnos. Hiciéronlo así, y el dia venido, aunque ya los habiamos contado, acabamos de ver que eran quince bajeles gruesos los que cercados nos tenian, y entonces se acabó de confirmar en nuestros pechos el temor de perdernos. Con todo eso, no desmayando el valeroso capitan ni alguno de los que con él estaban, esperó á ver lo que los contrarios harian, los cuales luego como vino la mañana echaron de su capitana una barquilla al agua, y con un renegado enviaron á decir á nuestro capitan, que se rindiese, pues veia ser imposible defenderse de tantos bajeles, y mas que eran todos los mejores de Argel, amenazándole de parte de Arnaut Mami, su general, que si disparaba alguna pieza el navío, que le habia de colgar de una entena en cogiéndole, y añadiendo á estas otras amenazas el renegado, le persuadia que se rindiese: mas no queriéndolo hacer el capitan, respondió al renegado que se alargase de la nave, sino que le echaria á fondo con la artillería. Oyó Arnaut esta respuesta, y luego cebando el navío por todas partes, comenzó á jugar desde lejos el artillería con tanta priesa, furia y estruendo, que era maravilla. Nuestra nave comenzó á hacer lo mesmo tan venturosamente, que á uno de los bajeles que por la popa le combatian, echó á fondo, porque le acertó con una bala junto á la cinta, de modo que sin ser socorrido, en breve espacio se le sorbió el mar. Viendo esto los turcos, apresuraron el combate, y en cuatro horas nos embistieron cuatro veces, y otras tantas se retiraron con mucho daño suyo, y no con poco nuestro. Mas por no iros cansando contándoos particularmente las cosas sucedidas en este combate, solo diré que despues de habernos combatido diez y seis horas, y despues de haber muerto nuestro capitan y toda la mas gente del navío, á cabo de nueve asaltos que nos dieron, al último entraron furiosamente en el navío. Tampoco, aunque quiera, no podré encarecer el dolor que á mi alma llegó, cuando vi que las amadas prendas mias que agora tengo delante, habian de ser entonces entregadas y venidas á poder de aquellos crueles carniceros; y así llevado de la ira que este temor y consideracion me causaba, con pecho desarmado me arrojé por medio de las bárbaras espadas, deseoso de morir al rigor de sus filos, antes que ver á mis ojos lo que esperaba; pero

sucedióme al reves mi pensamiento, porque abrazándose conmigo tres membrudos turcos, y yo forcejando con ellos, de tropel venimos á dar todos en la puerta de la cámara donde Nisida y Blanca estaban, y con el ímpetu del golpe se rompió y abrió la puerta, que hizo manifiesto el tesoro que allí estaba encerrado, del cual codiciosos los enemigos, el uno dellos asió á Nisida, y el otro á Blanca; y yo que de los dos me vi libre, al otro que me tenia, hice dejar la vida á mis piés, y de los dos pensaba hacer lo mismo, si ellos advertidos del peligro no dejaran la presa de las damas, y con dos grandes heridas no me derribaran en el suelo. Lo cual visto por Nisida, arrojándose sobre mi herido cuerpo, con lamentables voces pedia á los dos turcos la acabasen. En este instante, atraido de las voces y lamentos de Blanca y Nisida, acudió á aquella estancia Arnaut, el general de los bajeles, é informándose de los soldados de lo que pasaba, hizo llevar á Nisida y á Blanca á su galera, y á ruego de Nisida mandó tambien que á mí me llevasen, pues no estaba aun muerto. Desta manera, sin tener yo sentido alguno, me llevaron á la enemiga galera capitana, adonde fuí luego curado con alguna diligencia, porque Nisida habia dicho al capitan, que yo era hombre principal y de gran rescate, con intencion que cebados de la codicia y del dinero que de mí podrian haber, con algo mas recato mirasen por la salud mia. Sucedió pues, que estando curándome las heridas, con el dolor dellas volví en mi acuerdo, y volviendo los ojos á una parte y á otra, conocí que estaba en poder de mis enemigos, y en el bajel contrario; pero ninguna cosa me llegó tan al alma como fué ver en la popa de la galera á Nisida y Blanca sentadas á los piés del perro general, derramando por sus ojos infinitas lágrimas, indicios del interno dolor que padecian. No el temor de la afrentosa muerte que esperaba, cuando tú della, buen amigo Silerio, en Cataluña me libraste: no la falsa nueva de la muerte de Nisida, de mí por verdadera creida: no el dolor de mis mortales heridas, ni otra cualquiera afliccion que imaginar pudiera, me causó, ni causará mas sentimiento, que el que me vino de ver á Nisida y Blanca en poder de aquel bárbaro descreido, donde á tan cercano y claro peligro estaban puestas sus honras. El dolor deste sentimiento hizo tal operacion en mi alma, que torné de nuevo á perder los sentidos, y á quitar la esperanza de mi salud y vida al cirujano que me curaba, de tal modo, que creyendo que era muerto, paró en medio de la cura certificando á todos que ya yo desta vida habia pasado. Oidas estas nuevas por las dos desdichadas hermanas, digan ellas lo que sintieron, si se atreven, que yo solo sé decir, que despues supe que levantándose las dos de do estaban, tirándose de sus rubios cabellos, y arañándose sus hermosos rostros, sin que nadie pudiese detenerlas, vinieron donde yo desmayado estaba, y allí comenzaron á hacer tan lastimero llanto, que á los mesmos pechos de los crueles bárbaros enternecieron. Con las lágrimas de

Nisida que en el rostro me caian, ó por las ya frias y enconadas heridas que gran dolor me causaban, torné á volver de nuevo en mi acuerdo, para acordarme de mi nueva desventura. Pasaré en silencio agora las lastimeras y amorosas palabras que en aquel desdichado punto entre mí y Nisida pasaron, por no entristecer tanto el alegre en que agora nos hallamos, ni quiero decir por extenso los trances que ella me contó que con el capitan habia pasado : el cual, vencido de su hermosura, mil promesas, mil regalos, mil amenazas le hizo porque viniese á condescender con la desordenada voluntad suya; pero mostrándose ella con él tan esquiva como honrada, y tan honrada como esquiva, pudo todo aquel dia y la noche siguiente defenderse de las pesadas importunaciones del cosario. Mas como la continua presencia de Nisida iba creciendo en él por puntos el libidinoso deseo, sin duda alguna se pudiera temer, como yo temia, que dejando los ruegos y usando la fuerza, Nisida perdiese su honra, ó la vida, que era lo mas cierto que de su bondad se podia esperar; pero cansada ya la fortuna de habernos puesto en el mas bajo estado de miseria, quiso darnos á entender ser verdad lo que de la instabilidad suya se pregona, por un medio que nos puso en términos de rogar al cielo que en aquella desdichada suerte nos mantuviese, á trueco de no perder la vida sobre las hinchadas ondas del mar airado : el cual (á cabo de dos dias que cautivos fuimos, y á la sazon que llevabamos el derecho viaje de Berberia) movido de un furioso jaloque, comenzó á hacer montañas de agua, y azotar con tanta furia la cosaria armada, que sin poder los cansados remeros aprovecharse de los remos, afrenillaron y acudieron al usado remedio de la vela del trinquete al árbol, y á dejarse llevar por donde el viento y mar quisiese : y de tal manera creció la tormenta, que en menos de media hora esparció y apartó á diferentes partes los bajeles, sin que ninguno pudiese tener cuenta con seguir su capitan, antes en poco rato divididos todos, como he dicho, vino nuestro bajel á quedar solo, y á ser el que mas peligro amenazaba; porque comenzó á hacer tanta agua por las costuras, que por mucho que por todas las cámaras de popa, proa, y mesana le agotaban, siempre en la centina llegaba el agua á la rodilla; y añadióse á toda esta desgracia sobrevenir la noche, que en semejantes casos mas que en otros algunos, el medroso temor acrecienta : y vino con tanta escuridad y nueva borrasca, que de todo en todo, todos desesperamos de remedio. No querais mas saber, señores, sino que los mesmos turcos rogaban á los cristianos que iban al remo cautivos, que invocasen y llamasen á sus santos y á su Cristo, para que de tal desventura los librase, y no fueron tan en vano las plegarias de los míseros cristianos que allí iban, que movido el alto cielo dellas dejase sosegar el viento, antes le creció con tanto ímpetu y furia, que al amanecer del dia, que solo pudo conocerse por las horas del reloj de arena por quien se rigen, se halló el mal gobernado bajel en la costa de Cataluña,

tan cerca de tierra, y tan sin poder apartarse della, que fué forzoso alzar un poco mas la vela, para que con mas furia embistiese en una ancha playa que delante se nos ofrecia, que el amor de la vida les hizo parecer dulce á los turcos la esclavitud que esperaban. Apenas hubo la galera embestido en tierra, cuando luego acudió á la playa mucha gente armada, cuyo trage y lengua dió á entender ser catalanes, y ser de Cataluña aquella costa; y aun aquel mismo lugar donde á riesgo de la tuya, amigo Silerio, la vida mia escapaste. ¿Quién pudiera exagerar agora el gozo de los cristianos, que del insufrible y pesado yugo del amargo cautiverio veian libres y desembarazados sus cuellos, y las plegarias y ruegos que los turcos, poco antes libres, hacian á sus mesmos esclavos, rogándoles fuesen parte para que de los indignados cristianos maltratados no fuesen? los cuales ya en la playa los esperaban con deseo de vengarse de la ofensa que estos mesmos turcos les habian hecho, saqueándoles su lugar, como tú, Silerio, sabes. Y no les salió vano el temor que tenian, porque en entrando los del pueblo en la galera que encallada en la arena estaba, hicieron tan cruel matanza en los corsarios, que muy pocos quedaron con la vida: y si no fuera que les cegó la codicia de robar la galera, todos los turcos en aquel primero ímpetu fueran muertos. Finalmente los turcos que quedaron, y cristianos cautivos que allí veniamos, todos fuimos saqueados; y si los vestidos que yo traia no estuvieran sangrentados, creo que aun no me los dejaran. Darintho, que tambien allí venia, acudió luego á mirar por Nisida y Blanca, y á procurar que me sacasen á tierra donde fuese curado. Cuando yo salí y reconocí el lugar donde estaba, y consideré el peligro en que en él me habia visto, no dejó de darme alguna pesadumbre, causada de temor no fuese conocido y castigado por lo que no debia; y así rogué á Darintho, que sin poner dilacion alguna procurase que á Barcelona nos fuesemos, diciéndole la causa que me movia á ello; pero no fué posible, porque mis heridas me fatigaban de manera, que me forzaron á que allí algunos dias estuviese, como estuve, sin ser de mas de un cirujano visitado. En este entretanto fué Darintho á Barcelona, donde, proveyéndose de lo que menester habiamos, dió la vuelta, y hallándome mejor y con mas fuerza, luego nos pusimos en camino para la ciudad de Toledo, por saber de los parientes de Nisida, que si sabian de sus padres, á quien ya hemos escrito todo el suceso de nuestras vidas, pidiéndole perdon de nuestros pasados yerros. Y todo el contento y dolor de estos buenos y malos sucesos, lo ha acrecentado, ó disminuido la ausencia tuya, Silerio. Mas pues el cielo agora con tantas ventajas ha dado remedio á nuestras calamidades, no resta otra cosa, sino que dándole las debidas gracias por ello, tú, Silerio amigo, deseches la tristeza pasada con la ocasion de la alegría presente, y procures darla á quien ha muchos dias que por tu causa vive sin ella, como lo sabrás cuando mas á solas, y contigo las comunique. Otras algunas

cosas me quedan por decir, que me han sucedido en el discurso desta mi peregrinacion; pero dejarlas he por agora, por no dar con la prolijidad dellas disgusto á estos pastores, que han sido el instrumento de todo mi placer y gusto. Este es pues, Silerio amigo, y amigos pastores, el suceso de mi vida. Ved si por la que he pasado y por la que agora paso, me puedo llamar el mas lastimado y venturoso hombre de los que hoy viven. Con estas últimas palabras dió fin á su cuento el alegre Timbrio, y todos los que presentes estaban, se alegraron del felice suceso que sus trabajos habian tenido; pasando el contento de Silerio á todo lo que decirse puede: el cual tornando de nuevo á abrazar á Timbrio, forzado del deseo de saber quién era la persona que por su causa sin contento vivia, pidiendo licencia á los pastores, se apartó con Timbrio á una parte, donde supo dél que la hermosa Blanca, hermana de Nisida, era la que mas que á sí le amaba, desde el mismo dia y punto que ella supo quien él era, y el valor de su persona, y que jamas, por no ir contra aquello que á su honestidad estaba obligada, habia querido descubrir este pensamiento sino á su hermana, por cuyo medio esperaba tenerle honrado en el cumplimiento de sus deseos. Díjole asimismo Timbrio, como aquel caballero Darintho, que con él venia, y de quien él habia hecho mencion en la plática pasada, conociendo quien era Blanca, y llevado de su hermosura, se habia enamorado della con tantas veras, que la pidió por su esposa á su hermana Nisida, la cual le desengañó que Blanca no lo haria en manera alguna, y que agraviado desto Darintho, creyendo que por el poco valor suyo le desechaban, y por sacarle desta sospecha, le hubo de decir Nisida como Blanca tenia ocupados los pensamientos en Silerio; mas que no por esto Darintho habia desmayado, ni dejado la empresa, porque como supo que de tí, Silerio, no se sabia nueva alguna, imaginó que los servicios que él pensaba hacer á Blanca y el tiempo la apartarian de su intencion primera: y con este presupuesto jamas nos quiso dejar, hasta que ayer oyendo á los pastores las ciertas nuevas de tu vida, y conociendo el contento que con ellas Blanca habia recebido, y considerando ser imposible que pareciendo Silerio pudiese Darintho alcanzar lo que deseaba, sin despedirse de ninguno se habia, con muestras de grandísimo dolor, apartado de todos. Junto con esto aconsejó Timbrio á su amigo fuese contento de que Blanca le tuviese, escogiéndola y acetándola por esposa, pues ya la conocia, y no ignoraba su valor y honestidad, encareciéndole el gusto y placer que los dos tendrian viéndose con tales dos hermanas casados. Silerio le respondió que le diese espacio para pensar en aquel hecho, aunque él sabia que al cabo era imposible dejar de hacer lo que él le mandase. A esta sazon comenzaba ya la blanca aurora á dar señales de su nueva venida, y las estrellas poco á poco iban escondiendo la claridad suya: y á este mismo punto llegó á los oidos de todos la voz del enamorado Lauso, el cual como su amigo Damon habia sabido que

aquella noche la habian de pasar en la ermita de Silerio, quiso venir á hallarse con él, y con los demas pastores: y como todo su gusto y pasatiempo era cantar al son de su rabel los sucesos prósperos ó adversos de sus amores, llevado de la condicion suya, y convidado de la soledad del camino, y de la sabrosa armonía de las aves, que ya comenzaban con su dulce y concertado canto á saludar el venidero dia, con baja voz semejantes versos venia cantando:

LAUSO. Alzo la vista á la mas noble parte
Que puede imaginar el pensamiento,
Donde miro el valor, admiro el arte
Que suspende el mas alto entendimiento:
Mas si quereis saber quien fué la parte
Que puso fiero yugo al cuello exento,
Quien me entregó, quien lleva mis despojos
Mis ojos son, Silena, y son tus ojos.

Tus ojos son, de cuya luz serena
Me viene la que al cielo me encamina,
Luz de cualquier escuridad agena,
Segura muestra de la luz divina:
Por ella el fuego, el yugo y la cadena,
Que me consume, carga y desatina,
Es refrigerio, alivio, es gloria, es palma
Al alma, y vida que te ha dado el alma.

Divinos ojos, bien del alma mia,
Término y fin de todo mi deseo,
Ojos que serenais el turbio dia,
Ojos por quien yo veo, si algo veo:
En vuestra luz mi pena y mi alegría
Ha puesto amor, en vos contemplo y leo
La dulce amarga verdadera historia
Del cierto infierno, de mi incierta gloria.

En ciega escuridad andaba cuando
Vuestra luz me faltaba, o bellos ojos,
Acá y allá, sin ver el cielo, errando
Entre agudas espinas y entre abrojos;
Mas luego en el momento que tocando
Fueron al alma mia los manojos
De vuestros rayos claros, ví á la clara
La senda de mi bien abierta y clara.

Ví que sois y sereis, ojos serenos,
Quien me levanta y puede levantarme
A que entre corto número de buenos
Venga como mejor á señalarme:
Esto podreis hacer no siendo agenos,
Y con pequeño acuerdo de mirarme,
Que el gusto del mas bien enamorado
Consiste en el mirar y ser mirado.

Si esto es verdad, Silena, ¿quién ha sido,
Es, ni será, que con firmeza pura,
Cual yo te quiera, ni te habrá querido,

Por mas que amor le ayude y la ventura ?
La gloria de tu vista he merecido
Por mi inviolable fe ; mas es locura
Pensar que pueda merecerse aquello ,
Que apenas puede contemplarse en ello.

El canto y el camino acabó á un mismo punto el enamorado Lauso , el cual de todos los que con Silerio estaban, fué amorosamente recebido, acrecentando con su presencia el alegría que todos tenian, por el buen suceso que los trabajos de Silerio habian tenido : y estándoselos Damon contando, asomó por junto á la ermita el venerable Aurelio, que con algunos de sus pastores traia algunos regalos con que regalar y satisfacer á los que allí estaban , como lo habia prometido el dia antes que dellos se partió. Maravillados quedaron Tirsi y Damon, de verle venir sin Elicio y Erastro, y mas lo fueron cuando vinieron á entender la causa del haberse quedado. Llegó Aurelio, y su llegada aumentara mas el contento de todos si no dijera , encaminando su razon á Timbrio : Si te precias, como es razon que te precies, valeroso Timbrio, de ser verdadero amigo del que lo es tuyo, agora es tiempo de mostrarlo, acudiendo á remediar á Darintho, que no lejos de aquí queda tan triste y apasionado, y tan fuera de admitir consuelo alguno en el dolor que padece, que algunos que yo le dí, no fueron parte para que él los tuviese por tales. Hallámosle Elicio , Erastro y yo habrá dos horas en medio de aquel monte que á esta mano derecha se descubre, el caballo arrendado á un pino, y él en el suelo boca abajo tendido, dando tiernos y dolorosos suspiros, y de cuando en cuando decia algunas palabras, que á maldecir su ventura se encaminaban. Al son lastimero de las cuales llegamos á él, y con el rayo de la luna, aunque con dificultad, fué de nosotros conocido, é importunado que la causa de su mal nos dijese : dijonosla, y por ella entendimos el poco remedio que tenia. Con todo eso se han quedado con él Elicio y Erastro, y yo he venido á darte las nuevas del término en que le tienen sus pensamientos ; y pues á tí te son tan manifiestos, procura remediarlos con obras, ó acude á consolarlos con palabras. Palabras serán todas, buen Aurelio, respondió Timbrio, las que yo en esto gastare, si ya él no quiere aprovecharse de la ocasion del desengaño, y disponer sus deseos á que el tiempo y la ausencia hagan en él sus acostumbrados efetos ; mas porque no se piense que no correspondo á lo que á su amistad estoy obligado, enséñame, Aurelio, á qué parte le dejaste, que yo quiero ir luego á verle. Yo iré contigo, respondió Aurelio, y luego al momento se levantaron todos los pastores para acompañar á Timbrio, y saber la causa del mal de Darintho, dejando á Silerio con Nisida y Blanca, con tanto contento de los tres, que no se acertaban á hablar palabra. En el camino que habia desde allí adonde Aurelio á Darintho habia dejado, contó Timbrio á los que con él iban la ocasion de la pena de Darintho, y el poco remedio que della se podria esperar, pues la hermosa Blanca, por quien él penaba,

tenia ocupados sus deseos en su buen amigo Silerio, diciéndoles asimismo, que habia de procurar con toda su industria y fuerzas, que Silerio viniese en lo que Blanca deseaba, suplicándoles que todos fuesen en ayudar y favorecer su intencion, porque en dejando á Darintho, queria que todos á Silerio rogasen diese el si de recebir á Blanca por su legitima esposa. Los pastores se ofrecieron de hacer lo que les mandaba; y en estas pláticas llegaron adonde creyó Aurelio que Elicio, Darintho y Erastro estarian; pero no hallaron alguno, aunque rodearon y anduvieron gran parte de un pequeño bosque que allí estaba, de que no poco pesar recibieron todos. Pero estando en esto, oyeron un tan doloroso suspiro que les puso en confusion y deseo de saber quien le habia dado; mas sacóles presto desta duda otro que oyeron no menos triste que el pasado, y acudiendo todos á aquella parte adonde el suspiro venia, vieron estar no lejos dellos al pié de un crecido nogal dos pastores, el uno sentado sobre la yerba verde, y el otro tendido en el suelo, y la cabeza puesta sobre las rodillas del otro. Estaba el sentado con la cabeza inclinada, derramando lágrimas y mirando atentamente al que en las rodillas tenia; y así por esto, como por estar el otro con color perdida y rostro desmayado, no pudieron luego conocer quien era: mas cuando mas cerca llegaron, luego conocieron que los pastores eran Elicio y Erastro, Elicio el desmayado, y Erastro el lloroso. Grande admiracion y tristeza causó en todos los que allí venian la triste semblanza de los dos lastimados pastores, por ser grandes amigos suyos, y por ignorar la causa que de tal modo los tenia; pero el que mas se maravilló, fué Aurelio, por ver que tan poco antes los habia dejado en compañía de Darintho, con muestras de todo placer y contento, como si él no hubiera sido la causa de toda su desdicha. Viendo pues Erastro que los pastores á él se llegaban, estremeció á Elicio, diciéndole: Vuelve en tí, lastimado pastor, levántate, y busca lugar donde puedas á solas llorar tu desventura, que yo pienso hacer lo mismo hasta acabar la vida; y diciendo esto, cogió con las dos manos la cabeza de Elicio, y quitándola de sus rodillas, la puso en el suelo, sin que el pastor pudiese volver en su acuerdo; y levantándose Erastro, volvia las espaldas para irse, si Tirsi y Damon, y los demas pastores no se lo impidieran. Llegó Damon adonde Elicio estaba, y tomándole entre los brazos, le hizo volver en sí. Abrió Elicio los ojos, y porque conoció á todos los que allí estaban, tuvo cuenta con que su lengua movida y forzada del dolor no dijese algo que la causa dél manifestase; y aunque esta le fué preguntada por todos los pastores, jamas respondió sino que no sabia otra cosa de sí mismo, sino que estando hablando con Erastro le habia tomado un recio desmayo: lo propio decia Erastro, y á esta causa los pastores dejaron de preguntarle mas la causa de su pasion, antes le rogaron que con ellos á la ermita de Silerio se volviese, y que desde allí le llevarian á la aldea, ó á su cabaña; mas no fué posible que con él esto se acabase, sino que le dejasen volver á la aldea. Viendo pues

que esta era su voluntad, no quisieron contradecírsela, antes se ofrecieron de ir con él, pero de ninguno quiso compañía, ni la llevara, si la porfía de su amigo Damon no le venciera, y así se hubo de partir con él, dejando concertado Damon con Tirsi que se viesen aquella noche en el aldea ó cabaña de Elicio, para dár órden de volverse á la suya. Aurelio y Timbrio preguntaron á Erastro por Darintho, el cual les respondió que así como Aurelio se habia apartado dellos, le tomó el desmayo á Elicio, y que entre tanto que él le socorria, Darintho se habia partido con toda priesa, y que nunca mas le habian visto. Viendo pues Timbrio, y los que con él venian, que á Darintho no hallaban, determinaron de volver á la ermita á rogar á Silerio aceptase á la hermosa Blanca por su esposa; y con esta intencion se volvieron todos, excepto Erastro que quiso seguir á su amigo Elicio, y así despidiéndose dellos, acompañado de solo su rabel, se apartó por el mismo camino que Elicio habia ido, el cual habiéndose un rato apartado con su amigo Damon de la demas compañía, con lágrimas en los ojos y con muestras de grandísima tristeza así le comenzó á decir: Bien sé, discreto Damon, que tienes de los efetos de amor tanta experiencia, que no te maravillarás de lo que agora pienso contarte, que son tales, que á la cuenta de mi opinion los estimo y tengo por de los mas desastrados, que en el amor se hallan. Damon, que no deseaba otra cosa, que saber la causa del desmayo y tristeza suya, le aseguró que ninguna cosa le seria á él nueva, como tocase á los males que el amor suele hacer. Y así, Elicio, con este seguro y con el mayor que de su amistad tenia, prosiguió diciendo: Ya sabes, amigo Damon, como la buena suerte mia, que este nombre de buena le daré siempre, aunque me cueste la vida el haberla tenido: digo pues, que la buena suerte mia quiso, como todo el cielo y todas estas riberas saben, que yo amase, ¿qué digo amase? que adorase á la sin par Galatea con tan limpio y verdadero amor, cual á su merecimiento se debe: juntamente te confieso, amigo, que en todo el tiempo que ha que ella tiene noticia de mi cabal deseo, no ha correspondido á él con otras muestras que las generales que suele y debe dar un casto y agradecido pecho; y así ha algunos años, que sustentada mi esperanza con una honesta correspondencia amorosa, he vivido tan alegre y satisfecho de mis pensamientos, que me juzgaba por el mas dichoso pastor que jamas apacentó ganado, contentándome solo de mirar á Galatea, y de ver que si no me queria, no me aborrecia, y que otro ningun pastor no se podia alabar, que aun della fuese mirado, que no era poca satisfaccion de mi deseo, tener puestos mis pensamientos en tan segura parte, que de otros algunos no me recelaba: confirmándome en esta verdad la opinion que conmigo tiene el valor de Galatea, que es tal, que no da lugar á que se le atreva el mismo atrevimiento. Contra este bien, que tan á poca costa el amor me daba, contra esta gloria tan sin ofensa de Galatea gozada, contra este gusto tan justamente de mi deseo merecido, se ha dado hoy irrevocable sentencia, que el bien se acabe, que la gloria fenezca, que

el gusto se cambie, y que finalmente se concluya la tragedia de mi dolorosa vida. Porque sabrás, Damon, que esta mañana, viniendo con Aurelio, padre de Galatea, á buscaros á la ermita de Silerio, en el camino me dijo como tenia concertado de casar á Galatea con un pastor lusitano, que en las riberas del blando Lima gran número de ganado apacienta: pidióme que le dijese qué me parecia, porque de la amistad que me tenia y de mi entendimiento, esperaba ser bien aconsejado: lo que yo le respondí, fué que me parecia cosa recia poder acabar con su voluntad privarse de la vista de tan hermosa hija, desterrándola á tan apartadas tierras, y que si lo hacia llevado y cebado de las riquezas del estranjero pastor, que considerase que no carecia él tanto dellas, que no tuviese para vivir en su lugar mejor que cuantos en él de ricos presumian, y que ninguno de los mejores de cuantos habitan las riberas de Tajo, dejaria de tenerse por venturoso cuando alcanzase á Galatea por esposa. No fueron mal admitidas mis razones del venerable Aurelio; pero en fin se resolvió, diciendo: que el rabadan mayor de todos los aperos se lo mandaba, y él era el que lo habia concertado y tratado, y que era imposible deshacerse. Preguntéle ¿con qué semblante Galatea habia recibido las nuevas de su destierro? Díjome que se habia conformado con su voluntad, y que disponia la suya á hacer todo lo que él quisiese, como obediente hija. Esto supe de Aurelio, y esta es, Damon, la causa de mi desmayo, y la que será de mi muerte; pues de ver á Galatea en poder ageno, y agena de mi vista, no se puede esperar otra cosa que el fin de mis dias. Acabó su razon el enamorado Elicio, y comenzaron sus lágrimas, derramadas en tanta abundancia, que enternecido el pecho de su amigo Damon no pudo dejar de acompañarle en ellas; mas á cabo de poco espacio comenzó con las mejores razones que supo, á consolar á Elicio, pero todas sus palabras en ser palabras paraban, sin que ningun otro efecto hiciesen. Todavía quedaron de acuerdo que Elicio á Galatea hablase, y supiese della si de su voluntad consentia en el casamiento que su padre le trataba, y que cuando no fuese con el gusto suyo, se le ofreciese de librarla de aquella fuerza, pues para ello no le faltaria ayuda. Parecióle bien á Elicio lo que Damon decia, y determinó de ir á buscar á Galatea para declararle su voluntad, y saber la que ella en su pecho encerraba, y así trocando el camino que de su cabaña llevaban, hácia el aldea se encaminaron, y llegando á una encrucijada que junto á ella cuatro caminos dividia, por uno dellos vieron venir hasta ocho dispuestos pastores, todos con azagayas en las manos, excepto uno dellos que á caballo venia sobre una hermosa yegua, vestido con un gaban morado, y los demas á pié, y todos rebozados los rostros con unos pañizuelos. Damon y Elicio se pararon hasta que los pastores pasasen, los cuales pasando junto á ellos, bajando las cabezas cortesmente les saludaron, sin que alguno alguna palabra hablase. Maravillados quedaron los dos de ver la estrañeza de los ocho, y estuvieron quedos por ver qué

camino seguian, pero luego vieron que el de la aldea tomaban, aunque por otro diferente que por el que ellos iban. Dijo Damon á Elicio que los siguiesen, mas no quiso, diciendo que por aquel camino que él queria seguir, junto á una fuente que no lejos dél estaba, solia estar muchas veces Galatea con algunas pastoras del lugar, y que seria bien ver si la dicha se la ofrecia tan buena, que allí la hallasen. Contentóse Damon de lo que Elicio queria, y asi le dijo que guiase por do quisiese. Y sucedióle la suerte como él mismo se habia imaginado, porque no anduvieron mucho cuando llegó á sus oidos la zampoña de Florisa, acompañada de la voz de la hermosa Galatea, que como de los pastores fué oida, quedaron enagenados de sí mesmos. Entonces acabó de conocer Damon cuanta verdad decian todos los que las gracias de Galatea alababan, la cual estaba en compañía de Rosaura y Florisa, y de la hermosa y recien casada Silveria, con otras dos pastoras de la mesma aldea. Y puesto que Galatea vió venir á los pastores, no por eso quiso dejar su comenzado canto, antes pareció dar muestras de que recebia contento en que los pastores la escuchasen, los cuales ansi lo hicieron con toda la atencion posible: y lo que alcanzaron á oir de lo que la pastora cantaba, fué lo siguiente:

GALATEA. ¿A quién volveré los ojos
En el mal que se aparéja,
Si cuanto mi bien se aleja
Se acercan mas mis enojos?
A duro mal me condena
El dolor que me destierra:
Que si me acaba en mi tierra
¿Qué bien me hará en el agena?
O justa amarga obediencia,
Que por cumplirte he de dar
El sí, que ha de confirmar
De mi muerte la sentencia:
Puesta estoy en tanta mengua,
Que por gran bien estimara
Que la vida me faltara,
O por lo menos la lengua.
Breves horas y cansadas
Fueron las de mi contento,
Eternas las del tormento,
Mas confusas y pesadas:
Gocé de mi libertad
En mi temprana sazon;
Pero ya la sujecion
Anda tras mi voluntad.
Ved si es el combate fiero
Que dan á mi fantasía,
Si al cabo de su porfía
He de querer, y no quiero.
¡O fastidioso gobierno!

¡Que á los respetos humanos
Tengo de cruzar las manos,
Y abajar el cuello tierno!
¡Que tengo de despedirme
De ver el Tajo dorado!
¡Que ha de quedar mi ganado,
Y yo triste he de partirme!
¡Que estos árboles sombríos,
Y estos anchos verdes prados
No serán ya mas mirados
De los tristes ojos mios!
Severo padre, ¿qué haces?
Mira que es cosa sabida
Que á mí me quitas la vida
Con lo que á tí satisfaces:
Si mis suspiros no valen
A descubrirte mi mengua,
Lo que no puede mi lengua
Mis ojos te lo señalen.
Ya triste se me figura
El punto de mi partida,
La dulce gloria perdida,
Y la amarga sepultura:
El rostro que no se alegra
Del no conocido esposo,
El camino trabajoso,
La antigua enfadosa suegra.
Y otros mil inconvenientes,
Todos para mí contrarios,
Los gustos extraordinarios
Del esposo y sus parientes:
Mas todos estos temores
Que me figura mi suerte
Se acabarán con la muerte,
Que es el fin de los dolores.

No cantó mas Galatea, porque las lágrimas que derramaba le impidieron la voz, y aun el contento á todos los que escuchado la habian, porque luego supieron claramente lo que en confuso imaginaban del casamiento de Galatea con el lusitano pastor, y cuan contra su voluntad se hacia. Pero á quien mas sus lágrimas y suspiros lastimaron, fué á Elicio, que diera él por remediarlas su vida, si en ella consistiera el remedio dellas; pero aprovechándose de su discrecion, y disimulando el rostro el dolor que el alma sentia, él y Damon se llegaron adonde las pastoras estaban, á las cuales cortesmente saludaron, y con no menos cortesía fueron dellas recebidos. Preguntó luego Galatea á Damon por su padre, y respondióle que en la ermita de Silerio quedaba en compañía de Timbrio y Nisida, y de todos los otros pastores que á Timbrio acompañaron, y asimismo le dió cuenta del conocimiento de Silerio y Timbrio, y de los amores de Darintho y Blanca, la hermana de

Nisida, con todas las particularidades que Timbrio habia contado de lo que en el discurso de sus amores le habia sucedido, á lo cual Galatea dijo : ¡Dichoso Timbrio, y dichosa Nisida, pues en tanta felicidad han parado los desasosiegos hasta aquí padecidos, con la cual pondreis en olvido los pasados desastres! antes servirán ellos de acrecentar vuestra gloria, pues se suele decir que la memoria de las pasadas calamidades aumenta el contento en las alegrias presentes. ¡Mas ay del alma desdichada, que se ve puesta en términos de acordarse del bien perdido, y con temor del mal que está por venir, sin que vea ni halle remedio, ni medio alguno para estorbar la desventura que le está amenazando! pues tanto mas fatigan los dolores, cuanto mas se temen. Verdad dices, hermosa Galatea, dijo Damon, que no hay duda sino que el repentino y no esperado dolor que viene, no fatiga tanto, aunque sobresalta, como el que con largo discurso de tiempo amenaza y quita todos los caminos de remediarse; pero con todo eso digo, Galatea, que no da el cielo tan apurados los males, que quite de todo en todo el remedio dellos. principalmente cuando nos los deja ver primero, porque parece que entonces quiere dar lugar al discurso de nuestra razon, para que se ejercite y ocupe en templar ó desviar las venideras desdichas, y muchas veces se contenta de fatigarnos con solo tener ocupados nuestros ánimos con algun especioso temor, sin que se venga á la ejecucion del mal que se teme; y cuando á ella se viniese, como no acabe la vida, ninguno por ningun mal que padezca debe desesperar del remedio. No dudo yo deso, replicó Galatea, si fuesen tan ligeros los males que se temen ó se padecen, que dejasen libre y desembarazado el discurso de nuestro entendimiento; pero bien sabes, Damon, que cuando el mal es tal que se le puede dar este nombre, lo primero que hace, es añublar nuestro sentido, y aniquilar las fuerzas de nuestro albedrío, descaeciendo nuestra virtud de manera, que apenas puede levantarse, aunque mas la solicite la esperanza. No sé yo, Galatea, respondió Damon, como en tus verdes años puede caber tanta experiencia de los males, si no es que quieres que entendamos que tu mucha discrecion se extiende á hablar por ciencia de las cosas, que por otra manera ninguna noticia dellas tienes. Pluguiera al cielo, discreto Damon, replicó Galatea, que no pudiera contradecirte lo que dices, pues en ello grangeara dos cosas : quedar en la buena opinion que de mí tienes, y no sentir la pena que me hace hablar con tanta experiencia en ella. Hasta este punto estuvo callando Elicio; pero no pudiendo sufrir mas ver á Galatea dar muestras del amargo dolor que padecia, le dijo : Si imaginas por ventura, sin par Galatea, que la desdicha que te amenaza, puede por alguna ser remediada, por lo que debes á la voluntad que para servirte de mí tienes conocida, te ruego me la declares; y si esto no quisieres por cumplir con lo que á la paternal obediencia debes, dame á lo menos licencia para que yo me oponga contra quien quisiere llevarnos destas riberas el tesoro

de tu hermosura, que en ellas se ha criado; y no entiendas, pastora, que presumo yo tanto de mí mesmo, que solo me atreva á cumplir con las obras lo que agora por palabras te ofrezco, que puesto que el amor que te tengo, para mayor empresa me da aliento, desconfio de mi ventura, y así la habré de poner en las manos de la razon, y en las de todos los pastores que por esas riberas de Tajo apacientan sus ganados, los cuales no querrán consentir que se les arrebate y quite delante de sus ojos el sol que los alumbra, y la discrecion que los admira, y la belleza que los incita y anima á mil honrosas competencias. Ansi que, hermosa Galatea, en fe de la razon que he dicho, y de la que tengo de adorarte, te hago este ofrecimiento, el cual te ha de obligar á que tu voluntad me descubras, para que yo no caiga en error de ir contra ella en cosa alguna; pero considerando que la bondad y honestidad incomparable tuya te ha de mover á que correspondas antes al querer de tu padre que al tuyo, no quiero, pastora, que me le declares, sino tomar á mi cargo hacer lo que me pareciere, con presupuesto de mirar por tu honra, con el cuidado que tú mesma has mirado siempre por ella. Iba Galatea á responder á Elicio y agradecerle su buen deseo; mas estorbólo la repentina llegada de los ocho rebozados pastores, que Damon y Elicio habian visto pasar poco antes hácia el aldea. Llegaron todos donde las pastoras estaban, y sin hablar palabra los seis dellos con increible celeridad arremetieron á abrazarse con Damon y con Elicio, teniéndolos tan fuertemente apretados, que en ninguna manera pudieron desasirse. En este entretanto, los otros dos (que era el uno el que á caballo venia) se fueron adonde Rosaura estaba, dando gritos por la fuerza que á Damon y á Elicio se les hacia; pero sin aprovecharle defensa alguna, uno de los pastores la tomó en brazos, y púsola sobre la yegua, y en los del que en ella venia, el cual quitándose el rebozo se volvió á los pastores y pastoras, diciendo: No os maravilleis, buenos amigos, de la sinrazon que al parecer aquí se os ha hecho, porque la fuerza de amor, y la ingratitud desta dama han sido causa della: ruégoos me perdoneis, pues no está mas en mi mano; y si por estas partes llegare (como creo que presto llegará) el conocido Grisaldo, direisle como Artandro se lleva á Rosaura, porque no pudo sufrir ser burlado della; y que si el amor y esta injuria le movieren á querer vengarse, que ya sabe que Aragon es mi patria, y el lugar donde vivo. Estaba Rosaura desmayada sobre el arzon de la silla, y los demas pastores no querian dejar á Elicio, ni á Damon, hasta que Artandro mandó que los dejasen, los cuales viéndose libres, con valeroso ánimo sacaron sus cuchillos, y arremetieron contra los siete pastores, los cuales todos juntos les pusieron las azagayas que traian á los pechos, diciéndoles que se tuviesen, pues veian cuan poco podian ganar en la empresa que tomaban. Harto menos podrá ganar Artandro, les respondió Elicio, en haber cometido tal traicion. No la llames traicion, respondió uno de los otros, porque

esta señora ha dado la palabra de ser esposa de Artandro, y agora por cumplir con la condicion mudable de muger, la ha negado, y entregádose á Grisaldo, que es agravio tan manifiesto, y tal que no pudo ser disimulado de nuestro amo Artandro. Por eso sosegaos, pastores, y tenednos en mejor opinion que hasta aquí, pues el servir á nuestro amo en tan justa ocasion nos disculpa; y sin decir mas, volvieron las espaldas, recelándose todavía de los malos semblantes con que Elicio y Damon quedaron, los cuales estaban con tanto enojo por no poder deshacer aquella fuerza, y por hallarse inhabilitados de vengarse de lo que á ellos se les hacia, que ni sabian qué decirse, ni qué hacerse. Pero los extremos que Galatea y Florisa hacian, por ver llevar de aquella manera á Rosaura, eran tales, que movieron á Elicio á poner su vida en manifiesto peligro de perderla; porque sacando su honda, y haciendo Damon lo mesmo, á todo correr fué siguiendo á Artandro, y desde lejos con mucho ánimo y destreza comenzaron á tirarles tantas piedras, que les hicieron detener y tornarse á poner en defensa; pero con todo esto no dejara de sucederles mal á los dos atrevidos pastores, si Artandro no mandara á los suyos que se adelantaran, y los dejaran, como lo hicieron, hasta entrarse por un espeso montezuelo que á un lado del camino estaba, y con la defensa de los árboles hacian poco efecto las hondas y piedras de los enojados pastores; y con todo esto los siguieran, si no vieran que Galatea y Florisa, y las otras dos pastoras á mas andar hácia donde ellos estaban se venian, y por esto se detuvieron, haciendo fuerza al enojo que los incitaba, y á la deseada venganza que pretendian; y adelantándose á recebir á Galatea, ella les dijo: Templad vuestra ira, gallardos pastores, pues á la ventaja de nuestros enemigos, no puede igualar vuestra diligencia, aunque ha sido tal, cual nos la ha mostrado el valor de vuestros ánimos. El ver el tuyo descontento, Galatea, dijo Elicio, crei yo que diera tales fuerzas al mio, que no se alabaran aquellos descomedidos pastores de la que nos han hecho; pero en mi ventura cabe no tenerla en cuanto deseo. El amoroso que Artandro tiene, dijo Galatea, fué el que le movió á tal descomedimiento, y así conmigo en parte queda disculpado: y luego punto por punto les contó la historia de Rosaura, y como estaba esperando á Grisaldo para recebirle por esposo, lo cual podria haber llegado á noticia de Artandro, y que la zelosa rabia le hubiese movido á hacer lo que habian visto. Si así pasa, como dices, discreta Galatea, dijo Damon, del descuido de Grisaldo, y atrevimiento de Artandro, y mudable condicion de Rosaura temo que han de nacer algunas pesadumbres y diferencias. Eso fuera, respondió Galatea, cuando Artandro residiera en Castilla; pero si él se encierra en Aragon, que es su patria, quedárseha Grisaldo con solo el deseo de vengarse. ¿No hay quién le pueda avisar deste agravio? dijo Elicio. Sí, respondió Florisa, que yo aseguro que antes que la noche llegue, él tenga dél noticia. Si eso así fuese, respondió Damon, podria ser cobrar su prenda

antes que á Aragon llegasen; porque un pecho enamorado no suele ser perezoso. No creo yo que lo será el de Grisaldo, dijo Florisa; y porque no le falte tiempo y ocasion para mostrarlo, suplicote, Galatea, que á la aldea nos volvamos, porque yo quiero enviar á avisar á Grisaldo de su desdicha. Hágase como lo mandas, amiga, respondió Galatea, que yo te daré un pastor que lleve la nueva: y con esto se querian despedir de Damon y de Elicio, si ellos no porfiaran á querer ir con ellas: y ya que se encaminaban al aldea, á su mano derecha sintieron la zampoña de Erastro, que luego de todos fué conocida, el cual venia en seguimiento de su amigo Elicio. Paráronse á escucharlo, y oyeron que con muestras de tierno dolor esto venia cantando:

ERASTRO. Por ásperos caminos voy siguiendo
El fin dudoso de mi fantasía,
Siempre en cerrada noche, escura, y fria,
Las fuerzas de la vida consumiendo.
Y aunque morir me veo, no pretendo
Salir un paso de la estrecha via,
Que en fe de la alta fe sin igual mia
Mayores miedos contrastar entiendo.
Mi fe es la luz que me señala el puerto
Seguro á mi tormenta, y sola es ella
Quien promete buen fin á mi viaje.
Por mas que el medio se me muestre incierto,
Por mas que el claro rayo de mi estrella
Me encubra amor, y el cielo mas me ultraje.

Con un profundo suspiro acabó el enamorado canto el lastimado pastor, y creyendo que ninguno le oia, soltó la voz á semejantes razones: Amor, cuya poderosa fuerza, sin hacer ninguna á mi alma, fué parte para que yo la tuviese de tener tan bien ocupados mis pensamientos, ya que tanto bien me hiciste, no quieras mostrarte agora, haciéndome el mal que me amenazas; que es mas mudable tu condicion, que la de la variable fortuna: mira, señor, cuan obediente he estado á tus leyes, cuan pronto á seguir tus mandamientos, y cuan sujeta he tenido mi voluntad á la tuya: págame esta obediencia con hacer lo que á tí tanto importa que hagas: no permitas que estas riberas nuestras queden desamparadas de aquella hermosura que la ponia y la daba á sus frescas y menudas yerbas, á sus humildes plantas, y levantados árboles: no consientas, señor, que al claro Tajo se le quite la prenda que le enriquece, y por quien él tiene mas fama, que no por las arenas de oro que en su seno cria: no quites á los pastores destos prados la luz de sus ojos, la gloria de sus pensamientos, y el honroso estimulo que á mil honrosas y virtuosas empresas los incitaba: considera bien, que si desta á la agena tierra consientes que Galatea sea llevada, que te despojas del dominio que en estas riberas tienes; pues por Galatea sola le usas, y si ella falta, ten por

averiguado que no serás en todos estos prados conocido; que todos cuantos en ellos habitan, te negarán la obediencia, y no te acudirán con el usado tributo: advierte, que lo que te suplico, es tan conforme y llegado á razon, que irias de todo en todo fuera della, si no me lo concedieses; porque ¿qué ley ordena, ó qué razon consiente, que la hermosura que nosotros criamos, la discrecion que en estas selvas y aldeas nuestras tuvo principio, el donaire por particular don del cielo á nuestra patria concedido, agora que esperabamos coger el honesto fruto de tantos bienes y riquezas, se haya de llevar á estraños reinos á ser poseido y tratado de agenas, y no conocidas manos? No quiera el cielo piadoso hacernos tan notable daño. ¡O verdes prados, que con su vista os alegrábades! ¡o flores olorosas, que de sus piés tocadas, de mayor fragancia érades llenas! ¡o plantas, o árboles desta deleitosa selva! haced todos en la mejor forma que pudiéredes, aunque á vuestra naturaleza no se conceda, algun género de sentimiento que mueva al cielo á concederme lo que le suplico. Decia esto derramando tantas lágrimas el enamorado pastor, que no pudo Galatea disimular las suyas, ni menos ninguno de los que con ella iban, haciendo todos un tan notable sentimiento, como si lloraran en las obsequias de su muerte. Llegó á este punto á ellos Erastro, á quien recibieron con agradable comedimiento: el cual, como vió á Galatea con señales de haberle acompañado en las lágrimas, sin apartar los ojos della, la estuvo atento mirando por un rato, al cabo del cual dijo: Agora acabo de conocer, Galatea, que ninguno de los humanos se escapa de los golpes de la variable fortuna; pues tú, de quien yo entendia que por particular privilegio habias de estar exenta dellos, veo que con mayor ímpetu te acometen y fatigan: de donde averiguo, que ha querido el cielo con un solo golpe lastimar á todos los que te conocen, y á todos los que del valor tuyo tienen alguna noticia; pero con todo eso tengo esperanza, que no se ha de estender tanto su rigor, que lleve adelante la comenzada desgracia, viniendo tan en perjuicio de tu contento. Antes por esa mesma razon, respondió Galatea, estoy yo menos segura de mi desdicha, pues jamas la tuve en lo que desease; mas porque no está bien á la honestidad de que me precio, que tan á la clara descubra cuan por los cabellos me lleva tras si la obediencia que á mis padres debo, ruégote, Erastro, que no me des ocasion de renovar mi sentimiento, ni de tí, ni de otro alguno se trate cosa que antes de tiempo despierte en mí la memoria del disgusto que temo; y con esto asimesmo os ruego, pastores, me dejeis adelantar á la aldea, porque siendo avisado Grisaldo, le quede tiempo para satisfacerse del agravio que Artandro le ha hecho. Ignorante estaba Erastro del suceso de Artandro; pero la pastora Florisa en breves razones se lo contó todo, de que se maravilló Erastro, estimando que no debia de ser poco el valor de Artandro, pues á tan dificultosa empresa se habia puesto.

Querian ya los pastores hacer lo que Galatea les mandaba, si en aquella sazon no descubrieran toda la compañía de caballeros, pastores y damas, que la noche antes en la ermita de Silerio se quedaron: los cuales en señal de grandisimo contento á la aldea se venian, y trayendo consigo á Silerio con diferente trage y gusto de lo que hasta allí habia tenido, porque ya habia dejado el de ermitaño, mudándole en el de alegre desposado, como ya lo era de la hermosa Blanca con igual contento y satisfacion de entrambos, y de sus buenos amigos Timbrio y Nisida, que se lo persuadieron; dando con aquel casamiento fin á todas sus miserias, y quietud y reposo á los pensamientos que por Nisida le fatigaban: y asi con el regocijo que tal suceso les causaba, venian todos dando muestras dél con agradable música, y discretas y amorosas canciones: de las cuales cesaron cuando vieron á Galatea, y á los demas que con ella estaban, recibiéndose unos á otros con mucho placer y comedimiento, dándole Galatea á Silerio el parabien de su suceso y á la hermosa Blanca el de su desposorio, y lo mesmo hicieron los pastores, Damon, Elicio y Erastro, que en extremo á Silerio estaban aficionados. Luego que cesaron entre ellos los parabienes y cortesías, acordaron de proseguir su camino al aldea: y para entretenerle, rogó Tirsi á Timbrio que se acabase el soneto que habia comenzado á decir, cuando de Silerio fué conocido. Y no escusándose Timbrio de hacerlo, al son de la flauta del zeloso Orfenio, con extremada y suave voz le cantó y acabó, que era este:

TIMBRIO. Tan bien fundada tengo la esperanza,
Que aunque mas sople riguroso viento,
No podrá desdecir de su cimiento:
Tal fe, tal fuerza, y tal valor alcanza.
Tan lejos voy de consentir mudanza
En mi firme amoroso pensamiento,
Cuan cerca de acabar en mi tormento
Antes la vida, que la confianza.
Que si al contraste del amor vacila
El pecho enamorado, no merece
Del mesmo amor la dulce paz tranquila.
Por esto el mio, que su fe engrandece,
Rabie Caribdis, ó amenace Cila,
Al mar se arroja, y al amor se ofrece.

Pareció bien el soneto de Timbrio á los pastores, y no menos la gracia con que cantado le habia: y fué de manera, que le rogaron que otra alguna cosa dijese; mas escusóse con decir á su amigo Silerio respondiese por él en aquella causa, como lo habia hecho siempre en otras mas peligrosas. No pudo Silerio dejar de hacer lo que su amigo le mandaba: y así, con el gusto de verse en tan felice estado, al son de la mesma flauta de Orfenio cantó lo que se sigue:

SILERIO. Gracias al cielo doy, pues he escapado
De los peligros deste mar incierto,

Y al recogido favorable puerto
Tan sin saber por donde he ya llegado.
Recójanse las velas del cuidado,
Repárese el navío pobre abierto,
Cumpla los votos quien con rostro muerto
Hizo promesas en el mar airado.
Beso la tierra; reverencio al cielo,
Mi suerte abrazo mejorada y buena,
Llamo dichoso á mi fatal destino.
Y á la nueva sin par blanda cadena
Con nuevo intento y amoroso zelo,
El lastimado cuello alegre inclino.

Acabó Silerio, y rogó á Nisida fuese servida de alegrar aquellos campos con su canto, la cual mirando á su querido Timbrio, con los ojos le pidió licencia para cumplir lo que Silerio le pedia, y dándosela él ansimesmo con la vista, ella sin mas esperar, con mucho donaire y gracia, cesando el son de la flauta de Orfenio, al de la zampoña de Orompo cantó este soneto:

NISIDA. Voy contra la opinion de aquel que jura,
Que jamas del amor llegó el contento
A do llega el rigor de su tormento,
Por mas que el bien ayude la ventura.
Yo sé qué es bien, yo sé qué es desventura,
Y sé de sus efetos claro, y siento
Que cuanto mas destruye el pensamiento
El mal de amor, el bien mas lo asegura.
No el verme en brazos de la amarga muerte
Por la mal referida triste nueva,
Ni á los corsarios bárbaros rendida,
Fué dura pena, fué dolor tan fuerte
Que agora no conozca y haga prueba,
Que es mas el gusto de mi alegre vida.

Admiradas quedaron Galatea y Florisa de la extremada voz de la hermosa Nisida, la cual por parecerle que por entonces en cantar Timbrio y los de su parte habian tomado la mano, no quiso que su hermana quedase sin hacerlo: y asi sin importunarle mucho, con no menos gracia que Nisida, haciendo señal á Orfenio que su flauta tocase, al son della cantó desta manera:

BLANCA. Cual si estuviera en la arenosa Libia,
O en la apartada Citia siempre helada,
Tal vez del frio temor me ví asaltada,
Y tal del fuego que jamas se entibia;
Mas la esperanza que el dolor alivia
En uno y otro extremo disfrazada,
Tuvo la vida en su poder guardada,
Cuando con fuerzas, cuando flaca y tibia.
Pasó la furia del invierno helado,
Y aunque el fuego de amor quedó en su punto
Llegó la deseada primavera,

Donde en un solo venturoso punto
Gozo del dulce fruto deseado
Con largas pruebas de una fe sincera.

No menos contentó á los pastores la voz y lo que cantó Blanca, que todas las demas que habian oido. Y ya que ellos querian dar muestras de que no toda la habilidad se encerraba en los cortesanos caballeros, y para esto casi de un mesmo pensamiento movidos Orompo, Crisio, Orfenio y Marsilio comenzaban á templar sus instrumentos, les forzó á volver las cabezas un ruido que á sus espaldas sintieron: el cual causaba un pastor, que con furia iba atravesando por las matas del verde bosque, el cual fué de todos conocido que era el enamorado Lauso, de que se maravilló Tirsi, porque la noche antes se habia despedido dél, diciendo que iba á un negocio que importaba el acabarle acabar su pesar, y comenzar su gusto; y que sin decirle mas, con otro pastor su amigo se habia partido, y que no sabia qué podia haberle sucedido agora que con tanta prisa caminaba. Lo que Tirsi dijo, movió á querer llamar á Lauso; y así le dió voces que viniese: mas viendo que no las oia, y que ya á mas andar iba transponiendo un recuesto, con toda ligereza se adelantó, y desde encima de otro collado le tornó á llamar con mayores voces. Las cuales oidas por Lauso, y conociendo quien le llamaba, no pudo dejar de volver, y en llegando á Damon le abrazó con señales de estraño contento, y tanto que admiraron á Damon las muestras que de estar alegre daba; y así le dijo: ¿Qué es esto, amigo Lauso? ¿has por ventura alcanzado el fin de tus deseos, ó hante desde ayer acá correspondido á ello de manera, que halles con facilidad lo que pretendes? Mucho mayor es el bien que traigo, Damon, verdadero amigo, respondió Lauso; pues la causa que á otros suele ser de desesperacion y muerte, á mí me ha servido de esperanza y vida, y esta ha sido de un desden y desengaño, acompañado de un melindroso donaire, que en mi pastora he visto, que me ha restituido á mi ser primero. Ya ya, pastor, no siente mi trabajado cuello el pesado yugo amoroso, ya se han deshecho en mi sentido las encumbradas máquinas de pensamientos, que desvanecido me traian; ya tornaré á la perdida conversacion de mis amigos, ya me parecerán lo que son las verdes yerbas, y olorosas flores destos apacibles campos, ya tendrán treguas mis suspiros, vado mis lágrimas, y quietud mis desasosiegos. Porque consideres, Damon, si es causa esta bastante para mostrarme alegre y regocijado. Sí es, Lauso, respondió Damon; pero temo que alegría tan repentinamente nacida, no ha de ser duradera, y tengo ya experiencia que todas las libertades que de desdenes son engendradas, se deshacen como el humo, y torna luego la enamorada intencion con mayor priesa á seguir sus intentos. Así que, amigo Lauso, plega al cielo que sea mas firme tu contento, de lo que yo imagino, y goces largos tiempos la libertad que pregonas, que no solo me holgaria por lo que debo

á nuestra amistad, sino por ver un no acostumbrado milagro en los deseos amorosos. Como quiera que sea, Damon, respondió Lauso, yo me siento agora libre, y señor de mi voluntad, y porque se satisfaga la tuya de ser verdad lo que digo, mira qué quieres que haga en prueba dello: ¿quieres que me ausente? ¿quieres que no visite mas las cabañas donde imaginas que puede estar la causa de mis pasadas penas y presentes alegrías? cualquiera cosa haré por satisfacerte. La importancia está en que tú, Lauso, estés satisfecho, respondió Damon, y veré yo que lo estás cuando de aquí á seis dias te vea en ese mesmo propósito: y por agora no quiero otra cosa de tí, sino que dejes el camino que llevabas, y te vengas conmigo adonde todos aquellos pastores y damas nos esperan, y que la alegría que traes, la solemnices con entretenernos con tu canto mientras que al aldea llegamos. Fué contento Lauso de hacer lo que Damon le mandaba, y así volvió con él á tiempo que Tirsi estaba haciendo señas á Damon que se volviese; y en llegando que él y Lauso llegaron, sin gastar palabras de comedimiento Lauso dijo: No vengo, señores, para menos que para fiestas y contentos, por eso si le recibiereis de escucharme, suene Marsilio su zampoña, y aparejaos á oir lo que jamas pensé que mi lengua tuviera ocasion de decirlo, ni aun mi pensamiento para imaginarlo. Todos los pastores respondieron á una, que les seria de gran gusto el oirle. Y luego Marsilio con el deseo que tenia de escucharle, tocó su zampoña, al son de la cual Lauso comenzó á cantar desta manera:

LAUSO. Con las rodillas en el suelo hincadas,
Las manos en humilde modo puestas,
Y el corazon de un justo zelo lleno,
Te adoro, desden santo, en quien cifradas
Están las causas de las dulces fiestas
Que gozo en tiempo sosegado y bueno.
Tú del rigor del áspero veneno,
Que el mal de amor encierra,
Fuiste la cierta y presta medicina;
Tú mi total ruina
Volviste en bien, en sana paz mi guerra;
Y así como á mi rico almo tesoro
No una vez sola, mas tien mil te adoro.

Por tí la luz de mis cansados ojos
Tanto tiempo turbada y aun perdida,
Al ser primero ha vuelto que tenia:
Por tí torno á gozar de los despojos
Que de mi voluntad y de mi vida
Llevó de amor la antigua tiranía:
Por tí la noche de mi error en dia
De sereno discurso
Se ha vuelto, y la razon que antes estaba
En posesion de esclava,

Con sosegado y advertido curso,
Siendo agora señora, me conduce
Do el bien eterno mas se muestra y luce.
Mostrásteme, desden, cuan engañosas,
Cuan falsas y fingidas habian sido
Las señales de amor que me mostraban,
Y que aquellas palabras amorosas
Que tanto regalaban el oido,
Y al alma de sí mesma enagenaban
En falsedad y burla se forjaban,
Y el regalado y tierno
Mirar de aquellos ojos solo era
Porque mi primavera
Se convirtiese en desabrido invierno
Cuando llegase el claro desengaño;
Mas tú, dulce desden, curaste el daño.
Desden, que suele ser espuela aguda
Que hace caminar al pensamiento
Tras la amorosa deseada empresa,
En mí tu efeto y condicion se muda,
Que yo por tí me aparto del intento
Tras quien corria con no vista priesa,
Y aunque contino el fiero amor no cesa
Mal de mí satisfecho
Tendré de nuevo el lazo por cogerme,
Y por mas ofenderme
Encarar mil saetas á mi pecho:
Tú, desden, solo, solo tú bien puedes
Romper sus flechas, y rasgar sus redes.
No era mi amor tan flaco, aunque sencillo,
Que pudiera un desden echarle á tierra,
Cien mil han sido menester primero:
Que fué cual suele sin poder sufrillo
Venir al suelo el pino, que le atierra
En virtud de otros golpes el postrero:
Grave desden, de parecer severo
En desamor fundado
Y en poca estimacion de agena suerte,
Dulce me ha sido el verte,
El oirte y tocarte, y que gustado
Hayas sido del alma en coyuntura
Que derribas y acabas mi locura.
Derribas mi locura, y das la mano
Al ingenio, desden, que se levante,
Y sacuda de sí el pesado sueño,
Para que con mejor intento sano
Nuevas grandezas, nuevos loores cante
De otros, si le halla agradecido dueño:
Tú has quitado las fuerzas al beleño,
Con que el amor ingrato
Adormecia á mi virtud doliente,
Y con la tuya ardiente

lo que Telesio queria, porque con aquella señal solia él convocar todos los pastores de aquella ribera, cuando queria hacerles algun provechoso razonamiento, ó decirles la muerte de algun conocido pastor de aquellos contornos, ó para traerles á la memoria el dia de alguna solene fiesta, ó el de algunas tristes obsequias. Teniendo pues Aurelio, y casi los mas pastores que allí venian, conocida la costumbre y condicion de Telesio, todos se fueron acercando adonde él estaba; y cuando llegaron, ya se habian juntado. Pero como Telesio vió venir tantas gentes, y conoció cuan principales todos eran, bajando de la cuesta los fué á recebir con mucho amor y cortesía, y con la mesma fué de todos recebido. Y llegándose Aurelio á Telesio, le dijo: Cuéntanos, si fueres servido, honrado y venerable Telesio, ¿qué nueva causa te mueve á querer juntar los pastores destos prados? ¿es por ventura de alegres fiestas, ó de tristes fúnebres sucesos? ¿quiéresnos mostrar alguna cosa perteneciente al mejoramiento de nuestras vidas? dinos, Telesio, lo que tu voluntad ordena, pues sabes que no saldrán las nuestras de todo aquello que la tuya quisiere. Págueos el cielo, pastores, respondió Telesio, la sinceridad de vuestras intenciones, pues tanto se conforman con la de aquel, que solo vuestro bien y provecho pretende. Mas por satisfacer al deseo que teneis de saber lo que quiero, quiéroos traer á la memoria la que debeis tener perpetuamente del valor y fama del famoso y aventajado pastor Meliso, cuyas dolorosas obsequias se renuevan, y se irán renovando de año en año tal dia como mañana en tanto que en nuestras riberas hubiere pastores, y en nuestras almas no faltare el conocimiento de lo que se debe á la bondad y valor de Meliso. A lo menos de mí os sé decir que en tanto que la vida me durare, no dejaré de acordaros á su tiempo la obligacion en que os tiene puestos la habilidad, cortesía y virtud del sin par Meliso; y así, agora os la acuerdo, y os advierto, que mañana es el dia que se ha de renovar el desdichado, donde tanto bien perdimos, como fué perder la agradable presencia del prudente pastor Meliso; por lo que á la bondad suya debeis, y por lo que á la intencion que tengo de serviros estais obligados os ruego, pastores, que mañana al romper del dia os halleis todos en el valle de los cipreses, donde está el sepulcro de las honradas cenizas de Meliso, para que allí con tristes cantos y piadosos sacrificios procuremos aligerar la pena, si alguna padece, á aquella venturosa alma, que en tanta soledad nos ha dejado. Y diciendo esto, con el tierno sentimiento que la memoria de la muerte de Meliso le causaba, sus venerables ojos se llenaron de lágrimas, acompañándole en ellas casi los mas de los circunstantes: los cuales todos de una misma conformidad se ofrecieron de acudir otro dia adonde Telesio les mandaba, y lo mesmo hicieron Timbrio y Silerio, Nisida y Blanca, por parecerles que no seria bien dejar de hallarse en ocasion tan piadosa, y en junta de tan célebres pastores, como allí imaginaron que se juntarian. Con esto se despidieron de Telesio, y tornaron á seguir el comenzado camino de la aldea. Mas

hermosa pastora, y poco desviada della un pastor, que luego fué conocido, que era el anciano Arsindo, y la pastora era la hermana de Galercio, Maurisa. La cual como fué conocida de Galatea y de Florisa, entendieron que con algun recaudo de Grisaldo para Rosaura venia, y adelantándose las dos á recebirla, Maurisa llegó á abrazar á Galatea, y el anciano Arsindo saludó á todos los pastores, y abrazó á su amigo Lauso, el cual estaba con grande deseo de saber lo que Arsindo habia hecho despues que le dijeron, que en seguimiento de Maurisa se habia partido. Y viéndole agora volver con ella, luego comenzó á perder con él y con todos el crédito que sus blancas canas le habian adquirido, y aun le acabara de perder, si los que alli venian no supieran tan de experiencia adonde y á cuanto la fuerza del amor se extendia, y asi en los mesmos que le culpaban, halló la disculpa de sù yerro. Y parece que adivinando Arsindo lo que los pastores dél adivinaban, como en satisfacion y disculpa de su cuidado les dijo: Oid, pastores, uno de los mas estraños sucesos amorosos, que por largos años en estas nuestras riberas, ni en las agenas se habrá visto. Bien creo que conoceis, y conocemos todos al nombrado pastor Lenio, aquel cuya desamorada condicion le adquirió renombre de desamorado: aquel que no ha muchos dias que por solo decir mal de amor, osó tomar competencia con el famoso Tirsi, que está presente: aquel, digo, que jamas supo mover la lengua, que para decir mal de amor no fuese: aquel que con tantas veras reprendia á los que de la amorosa dolencia veia lastimados. Este pues tan declarado enemigo del amor, ha venido á término que tengo por cierto, que no tiene el amor quien con mas veras le siga, ni aun él tiene vasallo á quien mas persiga, porque le ha hecho enamorar de la desamorada Gelasia, aquella cruel pastora, que al hermano desta, señalando á Maurisa, que tanto en la condicion se le parece, tuvo el otro dia, como vistes, con el cordel á la garganta, para fenecer á manos de su crueldad sus cortos y mal logrados dias. Digo en fin, pastores, que Lenio el desamorado muere por la endurecida Gelasia, y por ella llena el aire de sospiros, y la tierra de lágrimas; y lo que hay mas malo en esto es, que me parece que el amor ha querido vengarse del rebelde corazon de Lenio, rindiéndole á la mas dura y esquiva pastora que se ha visto; y conociéndolo él, procura agora en cuanto dice y hace reconciliarse con el amor; y por los mismos términos que antes le vituperaba, agora le ensalza y honra; y con todo esto, ni el amor se mueve á favorecerle, ni Gelasia se inclina á remediarle, como lo he visto por los ojos; pues no ha muchas horas que viniendo yo en compañia desta pastora, le hallamos en la fuente de las pizarras tendido en el suelo, cubierto el rostro de un sudor frio, y anhelando el pecho con una estraña priesa: lleguéme á él, y conocile, y con el agua de la fuente le rocié el rostro, con que cobró los perdidos espiritus: y juntándome junto á él le pregunté la causa de su dolor, la cual él me dijo sin faltar punto, contán-

lo que Telesio queria, porque con aquella señal solia él convocar todos los pastores de aquella ribera, cuando queria hacerles algun provechoso razonamiento, ó decirles la muerte de algun conocido pastor de aquellos contornos, ó para traerles á la memoria el dia de alguna solene fiesta, ó el de algunas tristes obsequias. Teniendo pues Aurelio, y casi los mas pastores que allí venian, conocida la costumbre y condicion de Telesio, todos se fueron acercando adonde él estaba; y cuando llegaron, ya se habian juntado. Pero como Telesio vió venir tantas gentes, y conoció cuan principales todos eran, bajando de la cuesta los fué á recebir con mucho amor y cortesía, y con la mesma fué de todos recebido. Y llegándose Aurelio á Telesio, le dijo: Cuéntanos, si fueres servido, honrado y venerable Telesio, ¿qué nueva causa te mueve á querer juntar los pastores destos prados? ¿es por ventura de alegres fiestas, ó de tristes fúnebres sucesos? ¿quiéresnos mostrar alguna cosa perteneciente al mejoramiento de nuestras vidas? dinos, Telesio, lo que tu voluntad ordena, pues sabes que no saldrán las nuestras de todo aquello que la tuya quisiere. Págueos el cielo, pastores, respondió Telesio, la sinceridad de vuestras intenciones, pues tanto se conforman con la de aquel, que solo vuestro bien y provecho pretende. Mas por satisfacer al deseo que teneis de saber lo que quiero, quiéroos traer á la memoria la que debeis tener perpetuamente del valor y fama del famoso y aventajado pastor Meliso, cuyas dolorosas obsequias se renuevan, y se irán renovando de año en año tal dia como mañana en tanto que en nuestras riberas hubiere pastores, y en nuestras almas no faltare el conocimiento de lo que se debe á la bondad y valor de Meliso. A lo menos de mí os sé decir que en tanto que la vida me durare, no dejaré de acordaros á su tiempo la obligacion en que os tiene puestos la habilidad, cortesía y virtud del sin par Meliso; y así, agora os la acuerdo, y os advierto, que mañana es el dia que se ha de renovar el desdichado, donde tanto bien perdimos, como fué perder la agradable presencia del prudente pastor Meliso; por lo que á la bondad suya debeis, y por lo que á la intencion que tengo de serviros estais obligados os ruego, pastores, que mañana al romper del dia os halleis todos en el valle de los cipreses, donde está el sepulcro de las honradas cenizas de Meliso, para que allí con tristes cantos y piadosos sacrificios procuremos aligerar la pena, si alguna padece, á aquella venturosa alma, que en tanta soledad nos ha dejado. Y diciendo esto, con el tierno sentimiento que la memoria de la muerte de Meliso le causaba, sus venerables ojos se llenaron de lágrimas, acompañándole en ellas casi los mas de los circunstantes: los cuales todos de una misma conformidad se ofrecieron de acudir otro dia adonde Telesio les mandaba, y lo mesmo hicieron Timbrio y Silerio, Nisida y Blanca, por parecerles que no seria bien dejar de hallarse en ocasion tan piadosa, y en junta de tan célebres pastores, como allí imaginaron que se juntarian. Con esto se despidieron de Telesio, y tornaron á seguir el comenzado camino de la aldea. Mas

que traia, fiándose de mi, como de hermana. Ya habeis entendido, pastoras, á lo que vengo: ¿dónde está Rosaura para decírselo? ó decidselo vosotras, porque la angustia en que mi hermano queda puesto, no consiente que un punto mas aquí me detenga. En tanto que la pastora esto decia, estaba Galatea considerando la amarga respuesta que pensaba darle, y las tristes nuevas que habian de llegar á los oidos del desdichado Grisaldo; pero viendo que no escusaba de darlas, y que era peor detenerla, luego le contó todo lo que á Rosaura habia sucedido, y como Artandro la llevaba, de que quedó maravillada Maurisa; y al instante quisiera dar la vuelta á avisar á Grisaldo, si Galatea no la detuviera, preguntándole qué se habian hecho las dos pastoras que con ella y con Galercio se habian ido. A lo que respondió Maurisa: Cosas te pudiera contar dellas, Galatea, que te pusieran en mayor admiracion, que no es la en que á mí me ha puesto el suceso de Rosaura, pero el tiempo no me da lugar á ello: solo te digo que la que se llamaba Leonarda, se ha desposado con mi hermano Artidoro por el mas sotil engaño que jamas se ha visto; y Teolinda la otra está en término de acabar la vida, ó de perder el juicio, y solo la entretiene la vista de Galercio, que como se parece tanto á la de mi hermano Artidoro, no se aparta un punto de su compañía: cosa, que es á Galercio tan pesada y enojosa, cuanto le es dulce y agradable la compañia de la cruel Gelasia: el modo como esto pasó te contaré mas despacio, cuando otra vez nos veamos, porque no será razon que por mi tardanza se impida el remedio que Grisaldo puede tener en su desgracia, usando en remediarla la diligencia posible; porque si no ha mas que esta mañana que Artandro robó á Rosaura, no se podrá haber alejado tanto destas riberas, que quite la esperanza á Grisaldo de cobrarla, y mas si yo aguijo los piés como pienso. Parecióle bien á Galatea lo que Maurisa decia, y así no quiso mas detenerla, solo le rogó que fuese servida de tornarla á ver lo mas presto que pudiese, para contarle el suceso de Teolinda, y lo que habia en el hecho de Rosaura. La pastora se lo prometió, y sin mas detenerse, despidiéndose de los que allí estaban, se volvió á su aldea, dejando á todos satisfechos de su donaire y hermosura. Pero quien mas sintió su partida, fué el anciano Arsindo, el cual por no dar claras muestras de su deseo, se hubo de quedar tan solo sin Maurisa, cuanto acompañado de sus pensamientos. Quedaron tambien las pastoras suspensas de lo que de Teolinda habian oido, y en extremo deseaban saber su suceso; y estando en esto oyeron el claro son de una bocina, que á su diestra mano sonaba, y volviendo los ojos á aquella parte, vieron encima de un recuesto algo levantado dos ancianos pastores que en medio tenian un antiguo sacerdote, que luego conocieron ser el anciano Telesio; y habiendo uno de los pastores tocado otra vez la bocina, todos tres se bajaron del recuesto, y se encaminaron hácia otro que allí junto estaba; donde subidos, de nuevo tornaron á tocarla: á cuyo son, de diferentes partes se comenzaron á mover muchos pastores, para venir á ver

lo que Telesio queria, porque con aquella señal solia él convocar todos los pastores de aquella ribera, cuando queria hacerles algun provechoso razonamiento, ó decirles la muerte de algun conocido pastor de aquellos contornos, ó para traerles á la memoria el dia de alguna solene fiesta, ó el de algunas tristes obsequias. Teniendo pues Aurelio, y casi los mas pastores que allí venian, conocida la costumbre y condicion de Telesio, todos se fueron acercando adonde él estaba; y cuando llegaron, ya se habian juntado. Pero como Telesio vió venir tantas gentes, y conoció cuan principales todos eran, bajando de la cuesta los fué á recebir con mucho amor y cortesía, y con la mesma fué de todos recébido. Y llegándose Aurelio á Telesio, le dijo: Cuéntanos, si fueres servido, honrado y venerable Telesio, ¿qué nueva causa te mueve á querer juntar los pastores destos prados? ¿es por ventura de alegres fiestas, ó de tristes fúnebres sucesos? ¿quiéresnos mostrar alguna cosa perteneciente al mejoramiento de nuestras vidas? dinos, Telesio, lo que tu voluntad ordena, pues sabes que no saldrán las nuestras de todo aquello que la tuya quisiere. Págueos el cielo, pastores, respondió Telesio, la sinceridad de vuestras intenciones, pues tanto se conforman con la de aquel, que solo vuestro bien y provecho pretende. Mas por satisfacer al deseo que teneis de saber lo que quiero, quiéroos traer á la memoria la que debeis tener perpetuamente del valor y fama del famoso y aventajado pastor Meliso, cuyas dolorosas obsequias se renuevan, y se irán renovando de año en año tal dia como mañana en tanto que en nuestras riberas hubiere pastores, y en nuestras almas no faltare el conocimiento de lo que se debe á la bondad y valor de Meliso. A lo menos de mí os sé decir que en tanto que la vida me durare, no dejaré de acordaros á su tiempo la obligacion en que os tiene puestos la habilidad, cortesía y virtud del sin par Meliso; y así, agora os la acuerdo, y os advierto, que mañana es el dia que se ha de renovar el desdichado, donde tanto bien perdimos, como fué perder la agradable presencia del prudente pastor Meliso; por lo que á la bondad suya debeis, y por lo que á la intencion que tengo de serviros estais obligados os ruego, pastores, que mañana al romper del dia os halleis todos en el valle de los cipreses, donde está el sepulcro de las honradas cenizas de Meliso, para que allí con tristes cantos y piadosos sacrificios procuremos aligerar la pena, si alguna padece, á aquella venturosa alma, que en tanta soledad nos ha dejado. Y diciendo esto, con el tierno sentimiento que la memoria de la muerte de Meliso le causaba, sus venerables ojos se llenaron de lágrimas, acompañándole en ellas casi los mas de los circunstantes: los cuales todos de una misma conformidad se ofrecieron de acudir otro dia adonde Telesio les mandaba, y lo mesmo hicieron Timbrio y Silerio, Nisida y Blanca, por parecerles que no seria bien dejar de hallarse en ocasion tan piadosa, y en junta de tan célebres pastores, como allí imaginaron que se juntarian. Con esto se despidieron de Telesio, y tornaron á seguir el comenzado camino de la aldea. Mas

no se habían apartado mucho de aquel lugar, cuando vieron venir hácia ellos al desamorado Lenio, con semblante tan triste y pensativo, que puso admiracion en todos; y tan transportado en sus imaginaciones venia, que pasó lado con lado de los pastores, sin que los viese, antes torciendo el camino á la izquierda mano, no hubo andado muchos pasos, cuando se arrojó al pié de un verde sauce; y dando un recio y profundo suspiro, levantó la mano, y poniéndola por el collar del pellico, tiró tan recio, que le hizo pedazos hasta abajo, y luego se quitó el zurron del lado, y sacando dél un pulido rabel, con grande atencion y sosiego se le puso á templar; y á cabo de poco espacio, con lastimada y concertada voz comenzó á cantar de manera, que forzó á todos los que le habian visto, á que se parasen á escucharle hasta el fin de su canto, que fué este :

LENIO. Dulce amor, ya me arrepiento
De mis pasadas porfías,
Ya de hoy mas confieso y siento
Que fué sobre burlerías
Levantado su cimiento:
Ya el rebelde cuello erguido,
Humilde pongo y rendido
Al yugo de tu obediencia,
Ya conozco la potencia
De tu valor estendido.
Sé que puedes cuanto quieres,
Y que quieres lo imposible;
Sé que muestras bien quien eres
En tu condicion terrible,
En tus penas y placeres:
Y sé en fin que yo soy quien
Tuvo siempre á mal tu bien,
Tu engaño por desengaño,
Tus certezas por engaño,
Por caricias tu desden.
Estas cosas bien sabidas
Han agora descubierto
En mis entrañas rendidas
Que tú solo eres el puerto,
Do descansan nuestras vidas:
Tú la implacable tormenta
Que al alma mas atormenta,
Vuelves en serena calma:
Tú eres gusto y luz del alma,
Y manjar que la sustenta.
Pues esto juzgo y confieso,
Aunque tarde vengo en ello,
Templa tu rigor y exceso,
Amor, y del flaco cuello
Aligera un poco el peso:
Al ya rendido enemigo
No se ha de dar el castigo

Como aquel que se defiende,
Cuanto mas que aquí se ofende
Quien ya quiere ser tu amigo.
Salgo de la pertinacia,
Do me tuvo mi malicia
Y el estar en tu desgracia,
Y apelo de tu justicia
Ante el rostro de tu gracia:
Que si á mi poco valor
No le quilata el favor
De tu gracia conocida,
Presto dejaré la vida
En las manos del dolor.
Las de Gelasia me han puesto
En tan estraña agonía,
Que si mas porfia en esto
Mi dolor y su porfía,
Sé que acabarán bien presto.
¡O dura Gelasia esquiva,
Zahareña, dura, altiva!
¿Porqué gustas, di, pastora,
Que el corazon que te adora,
En tantos tormentos viva?

Poco fué lo que cantó Lenio, pero lo que lloró fué tanto, que allí quedara deshecho en lágrimas, si los pastores no acudieran á consolarle. Mas como él los vió venir, y conoció entre ellos á Tirsi, sin mas detenerse se levantó, y se fué á arrojar á sus piés, abrazándole estrechamente las rodillas, y sin dejar las lágrimas, le dijo: Agora puedes, famoso pastor, tomar justa venganza del atrevimiento que tuve de competir contigo, defendiendo la injusta causa que mi ignorancia me proponia: agora, digo, que puedes levantar el brazo, y con algun agudo cuchillo traspasar este corazon donde cupo tan notoria simpleza, como era no tener al amor por universal señor del mundo; pero de una cosa te quiero advertir, que si quieres tomar al justo la venganza de mi yerro, que me dejes con la vida que sostengo, que es tal, que no hay muerte que se le compare. Habia ya Tirsi levantado del suelo al lastimado Lenio, y teniéndole abrazado, con discretas y amorosas palabras procuraba consolarle, diciéndole: La mayor culpa que hay en las culpas, Lenio amigo, es el estar pertinaces en ellas, porque es de condicion de demonios el nunca arrepentirse de los yerros cometidos: y asimesmo una de las principales causas que mueve y fuerza á perdonar las ofensas, es ver el ofendido arrepentimiento en el que ofende, y mas cuando está el perdonar en manos de quien no hace nada en hacerlo, pues su noble condicion le tira y compele á que lo haga, quedando mas rico y satisfecho con el perdon, que con la venganza: como se ve esto á cada paso en los grandes señores y reyes, que mas gloria grangean en perdonar las injurias, que en vengarlas: y pues tú, Lenio, confiesas el error en que has estado, y conoces agora las poderosas fuer-

zas del amor, y entiendes dél que es señor universal de nuestros corazones, por este nuevo conocimiento y por el arrepentimiento que tienes, puedes estar confiado y vivir seguro, que el generoso y blando amor te reducirá presto á sosegada y amorosa vida; que si agora te castiga con darte la penosa que tienes, hácelo, porque le conozcas, y porque despues tengas y estimes en mas la alegre, que sin duda piensa darte. A estas razones añadieron otras muchas Elicio y los demas pastores que allí estaban, con las cuales pareció que quedó Lenio algo mas consolado. Y luego les contó como moria por la cruel pastora Gelasia, exagerándoles la esquiva y desamorada condicion suya, y cuan libre y exenta estaba de pensar en ningun efeto amoroso: encareciéndoles tambien el insufrible tormento que por ella el gentil pastor Galercio padecia, de quien ella hacia tan poco caso, que mil veces le habia puesto en términos de desesperarse. Mas despues que por un rato en estas cosas hubieron razonado, tornaron á seguir su camino, llevando consigo á Lenio, y sin sucederles otra cosa llegaron al aldea, llevándose consigo Elicio á Tirsi, Damon, Erastro, Lauso y Arsindo. Con Daranio se fueros. Crisio, Orfenio, Marsilio y Orompo. Florisa y las otras pastoras se fueron con Galatea y con su padre Aurelio: quedando primero concertado, que otro dia al salir del alba se juntasen para ir al valle de los cipreses, como Telesio les habia mandado, para celebrar las obsequias de Meliso. En las cuales, como ya está dicho, quisieron hallarse Timbrio, Silerio, Nisida y Blanca, que con el venerable Aurelio aquella noche se fueron.

LIBRO SEXTO.

Apenas habian los rayos del dorado Febo comenzado á despuntar por la mas baja linea de nuestro horizonte, cuando el anciano y venerable Telesio hizo llegar á los oidos de todos los que en el aldea estaban, el lastimero son de su bocina : señal que movió á los que le escucharon, á dejar el reposo de los pastorales lechos, y acudir á lo que Telesio pedia. Pero los primeros que en esto tomaron la mano, fueron Elicio, Aurelio, Daranio, y todos los pastores y pastoras que con ellos estaban, no faltando las hermosas Nisida y Blanca, y los venturosos Timbrio y Silerio, con otra cantidad de gallardos pastores y bellas pastoras, que á ellos se juntaron, y al número de treinta llegarian. Entre los cuales iban la sin par Galatea, nuevo milagro de hermosura, y la recien desposada Silveria : la cual llevaba consigo á la hermosa y zahareña Belisa, por quien el pastor Marsilio tan amorosas y mortales angustias padecia. Habia venido Belisa á visitar á Silveria, y darle el parabien del nuevo recibido estado, y quiso ansimesmo hallarse en tan célebres obsequias, como esperaba serian las que tantos y tan famosos pastores celebraban. Salieron pues todos juntos de la aldea, fuera de la cual hallaron á Telesio, con otros muchos pastores que le acompañaban, todos vestidos y adornados de manera que bien mostraban que para triste y lamentable negocio habian sido juntados. Ordenó luego Telesio, porque con intenciones mas puras y pensamientos mas reposados se hiciesen aquel dia los solenes sacrificios, que todos los pastores fuesen juntos por su parte, y desviados de las pastoras, y que ellas lo mesmo hiciesen : de que los menos quedaron contentos, y los mas no muy satisfechos, especialmente el apasionado Marsilio, que ya habia visto á la desamorada Belisa, con cuya vista quedó tan fuera de sí y tan suspenso, cual lo conocieron bien sus amigos Orompo, Crisio y Orfenio, los cuales viéndole tal, se llegaron á él, y Orompo le dijo : Esfuerza, amigo Marsilio, esfuerza, y no des ocasion con tu desmayo á que se descubra el poco valor de tu pecho : ¿qué sabes si el cielo, movido á compasion de tu pena, ha traido á tal tiempo á estas riberas á la pastora Belisa para que la remedies? Antes para mas acabarme, á lo que yo creo, respondió Marsilio, habrá ella venido á este lugar, que de mi ventura esto y mas se debe temer; pero yo haré, Orompo, lo que mandas, si acaso puede conmigo

en este duro trance mas la razon, que mi sentimiento : y con esto volvió algo mas en si Marsilio, y luego los pastores por una parte, y las pastoras por otra, como de Telesio estaba ordenado, se comenzaron á encaminar al valle de los cipreses, llevando todos un maravilloso silencio : hasta que admirado Timbrio de ver la frescura y belleza del claro Tajo por do caminaba, vuelto á Elicio, que al lado le venia, le dijo : No poca maravilla me causa, Elicio, la incomparable belleza destas frescas riberas : y no sin razon, porque quien ha visto como yo las espaciosas del nombrado Bétis, y las que visten y adornan al famoso Ebro, y al conocido Pisuerga : y en las apartadas tierras ha paseado las del santo Tíber, y las amenas del Po, celebrado por la caida del atrevido mozo, sin dejar de haber rodeado las frescuras del apacible Sebeto, grande ocasion habia de ser la que á maravilla me moviese de ver otras algunas. No vas tan fuera de camino en lo que dices, segun yo creo, discreto Timbrio, respondió Elicio, que con los ojos no veas la razon que de decirlo tienes, porque sin duda puedes creer, que la amenidad y frescura de las riberas deste rio, hace notoria y conocida ventaja á todas las que has nombrado, aunque entrase en ellas las del apartado Xanto, y del conocido Anfriso, y del enamorado Alfeo; porque tiene y ha hecho cierto la experiencia, que casi por derecha línea encima de la mayor parte destas riberas se muestra un cielo luciente y claro, que con un largo movimiento y con vivo resplandor parece que convida á regocijo y gusto al corazon que dél está mas ageno : y si ello es verdad, que las estrellas y el sol se mantienen como algunos dicen de las aguas de acá bajo, creo firmemente que las deste rio sean en gran parte ocasion de causar la belleza del cielo que le cubre, ó creeré que Dios, por la mesma razon que dicen que mora en los cielos, en esta parte haga lo mas de su habitacion : la tierra que lo abraza, vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas, y se alegra de poseer en sí un don tan raro y agradable, y el dorado rio como en cambio en los abrazos della dulcemente entretejiéndose, forma como de industria mil entradas y salidas, que á cualquiera que las mira, llenan el alma de placer maravilloso : de donde nace, que aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces á mirarle, no por eso dejan de hallar en él cosas que les causen nuevo placer, y nueva maravilla. Vuelve pues los ojos, valeroso Timbrio, y mira cuanto adornan sus riberas las muchas aldeas y ricas caserías, que por ellas se ven fundadas. Aquí se ve en cualquiera sazon del año andar la risueña primavera con la hermosa Vénus en hábito sucinto y amoroso, y Zéfiro que la acompaña, con la madre Flora delante, esparciendo á manos llenas, varias y odoríferas flores : y la industria de sus moradores ha hecho tanto, que la naturaleza encorporada con el arte, es hecha artífice y connatural del arte, y de entrambas á dos se ha hecho una tercia naturaleza, á la cual no sabré dar nombre. De sus cultivados jardines, con quien los huertos Espérides y de

Alcino pueden callar : de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles y acopados mirtos : de sus abundosos pastos, alegres valles y vestidos collados, arroyos y fuentes, que en esta ribera se hallan, no se espere que yo diga mas, sino que si en alguna parte de la tierra los campos Eliseos tienen asiento, es sin duda en esta. ¿Qué diré de la industria de las altas ruedas, con cuyo contino movimiento sacan las aguas del profundo rio, y humedecen abundosamente las eras, que por largo espacio están apartadas? Añádese á todo esto criarse en estas riberas las mas hermosas y discretas pastoras, que en la redondez del suelo pueden hallarse : para cuyo testimonio, dejando aparte el que la experiencia nos muestra, y lo que tú, Timbrio, ha que estás en ellas, y has visto, bastará traer por ejemplo á aquella pastora que allí ves, o Timbrio; y diciendo esto, señaló con el cayado á Galatea; y sin decir mas, dejó admirado á Timbrio de ver la discrecion y palabras con que habia alabado las riberas de Tajo, y la hermosura de Galatea. Y respondiéndole, que no se le podia contradecir ninguna cosa de las dichas, en aquellas y en otras entretenian la pesadumbre del camino, hasta que llegados á vista del valle de los cipreses, vieron que dél salian casi otros tantos pastores y pastoras, como los que con ellos iban. Juntáronse todos, y con sosegados pasos comenzaron á entrar por el sagrado valle, cuyo sitio era tan extraño y maravilloso, que aun á los mesmos que muchas veces le habian visto, causaba nueva admiracion y gusto. Levántanse en una parte de la ribera del famoso Tajo en cuatro diferentes y contrapuestas partes cuatro verdes y apacibles collados, como por muros y defensores de un hermoso valle, que en medio contienen, cuya entrada en él por otros cuatro lugares es concedida, los cuales mesmos collados estrechan de modo, que vienen á formar cuatro largas y apacibles calles, á quien hacen pared de todos lados altos é infinitos cipreses, puestos por tal órden y concierto, que hasta las mesmas ramas de los unos y de los otros parece que igualmente van creciendo, y que ninguna se atreve á pasar, ni salir un punto mas de la otra. Cierran y ocupan el espacio que entre cipres y cipres se hace, mil olorosos rosales y suaves jazmines, tan juntos y entretejidos, como suelen estar en los vallados de las guardadas viñas las espinosas zarzas y puntosas cambroneras. De trecho en trecho destas apacibles entradas se ven correr por entre la verde y menuda yerba claros y frescos arroyos de limpias y sabrosas aguas, que en las faldas de los mesmos collados tienen su nacimiento. Es el remate y fin destas calles una ancha y redonda plaza, que los recuestos y los cipreses forman, en medio de la cual está puesta una artificiosa fuente, de blanco y precioso mármol fabricada, con tanta industria y artificio hecha, que las vistosas del conocido Tibuli, y las soberbias de la antigua Tinacria no le pueden ser comparadas. Con el agua desta maravillosa fuente se humedecen y sustentan las frescas yerbas de la deleitosa plaza, y lo que mas hace á este agradable sitio digno de es-

timacion y reverencia, es ser privilegiado de las golosas bocas de los simples corderuelos y mansas ovejas, y de otra cualquier suerte de ganado, que solo sirve de guardador y tesoro de los honrados huesos de algunos famosos pastores, que por general decreto de todos los que quedan vivos, en el contorno de aquellas riberas se determina y ordena ser digno y merecedor de tener sepultura en este famoso valle. Por esto se veian entre los muchos y diversos árboles, que por las espaldas de los cipreses estaban, en el lugar y distancia que habia dellos hasta las faltas de los collados, algunas sepulturas, cual de jaspe, y cual de mármol fabricada, en cuyas blancas piedras se leian los nombres de los que en ellas estaban sepultados. Pero la que mas sobre todas resplandecia, y la que mas á los ojos de todos se mostraba, era la del famoso pastor Meliso, la cual apartada de las otras, á un lado de la ancha plaza de lisas y negras pizarras, y de blanco y bien labrado alabastro hecha parecia; y en el mesmo punto que los ojos de Telesio la miraron, volviendo el rostro á toda aquella agradable compañía, con sosegada voz y lamentables acentos les dijo: Veis allí, gallardos pastores, discretas y hermosas pastoras; veis allí, digo, la triste sepultura donde reposan los honrados huesos del nombrado Meliso, honor y gloria de nuestras riberas: comenzad pues á levantar al cielo los humildes corazones, y con puros efectos, abundantes lágrimas y profundos suspiros entonad los santos himnos y devotas oraciones, y rogadle tenga por bien de acoger en su estrellado asiento la bendita alma del cuerpo que allí yace: en diciendo esto, se llegó á un cipres de aquellos y cortando algunas ramas, hizo dellas una funesta guirnalda con que coronó sus blancas y venerables sienes, haciendo señal á los demas que lo mesmo hiciesen. De cuyo ejemplo movidos todos, en un momento se coronaron de las tristes ramas; y guiados de Telesio, llegaron á la sepultura, donde lo primero que Telesio hizo, fué inclinar las rodillas, y besar la dura piedra del sepulcro: hicieron todos lo mesmo, y algunos hubo que tiernos con la memoria de Meliso, dejaban regado con lágrimas el blanco mármol que besaban. Hecho esto, mandó Telesio encender el sacro fuego, y en un momento al rededor de la sepultura se hicieron muchas, aunque pequeñas, hogueras, en las cuales solas ramas de cipres se quemaban, y el venerable Telesio con graves y sosegados pasos comenzó á rodear la pira, y echar en todos los ardientes fuegos alguna cantidad de sacro y oloroso incienso, diciendo cada vez que lo esparcia alguna breve y devota oracion á rogar por el alma de Meliso encaminada, al fin de la cual levantaba la tremante voz, y todos los circunstantes con triste y piadoso acento respondian: Amen, amen, tres veces, á cuyo lamentable sonido resonaban los cercanos collados y apartados valles, y las ramas de los altos cipreses, y de los otros muchos árboles de que el valle estaba lleno, heridas de un manso céfiro que soplaba, hacian y formaban un sordo y tristísimo susurro casi

como en señal de que por su parte ayudaban á la tristeza del funesto sacrificio. Tres veces rodeó Telesio la sepultura, y tres veces dijo las piadosas plegarias, y otras nueve se escucharon los llorosos acentos del amen, que los pastores repetian. Acabada esta ceremonia, el anciano Telesio se arrimó á un subido cipres, que á la cabecera de la sepultura de Meliso se levantaba, y con volver el rostro á una y otra parte hizo que todos los circunstantes estuviesen atentos á lo que decir queria : y luego levantando la voz todo lo que pudo conceder la antigüedad de sus años, con maravillosa elocuencia comienza á alabar las virtudes de Meliso, la integridad de su inculpable vida, la alteza de su ingenio, la entereza de su ánimo, la graciosa gravedad de su plática y la excelencia de su poesía; y sobre todo la solicitud de su pecho en guardar y cumplir la santa religion que profesado habia, juntando á estas otras tantas y tales virtudes de Meliso, que aunque el pastor no fuera tan conocido de todos los que á Telesio escuchaban, solo por lo que él decia, quedaran aficionados á amarle, si fuera vivo, y á reverenciarle despues de muerto. Concluyó pues el viejo su plática, diciendo : Si á do llegaron, famosos pastores, las bondades de Meliso, y adonde llega el deseo que tengo de alabarlas, llegara la bajeza de mi corto entendimiento, y las flacas y pocas fuerzas adquiridas de mis tantos y cansados años no me acortaran la voz y el aliento, primero este sol que nos alumbra, le viérades bañar una y otra vez en el grande Océano, que yo cesara de la comenzada plática : mas pues esto en mi marchita edad no se permite, suplid vosotros mi falta, y mostraos agradecidos á las frias cenizas de Meliso, celebrándolas en la muerte, como os obliga el amor que él os tuvo en la vida; y puesto que á todos en general nos toca y cabe parte desta obligacion, á quien en particular mas obliga es á los famosos Tirsi y Damon, como á tan conocidos, amigos, y familiares suyos; y asi les ruego cuan encarecidamente puedo, correspondan á esta deuda, supliendo y cantando ellos con mas reposada y sonora voz lo que yo he faltado llorando con la trabajosa mia. No dijo mas Telesio, ni aun fuera menester decirlo, para que los pastores se moviesen á hacer lo que se les rogaba, porque luego sin replicar cosa alguna, Tirsi sacó su rabel, y hizo señal á Damon que lo mesmo hiciese, á quien acompañaron luego Elicio y Lauso, y todos los pastores que alli instrumentos tenian; y á poco espacio formaron una tan triste y agradable música, que aunque regalaba los oidos, movia los corazones á dar señales de tristeza, con lágrimas que los ojos derramaban. Juntábase á esto la dulce armonía de los pintados pajarillos, que por los aires cruzaban; y algunos sollozos que las pastoras, ya tiernas y movidas con el razonamiento de Telesio, y con lo que los pastores hacian, de cuando en cuando de sus hermosos pechos arrancaban; y era de suerte, que concordándose el son de la triste música, y el de la triste armonía de los jilguerillos, calandrias y ruiseñores, y el amargo de los profundos gemidos, formaba todo

junto un tan estraño y lastimoso concento, que no hay lengua que encarecerlo pueda. De allí á poco espacio, cesando los demas instrumentos, solos los cuatro de Tirsi, Damon, Elicio y de Lauso se escucharon, los cuales llegándose al sepulcro de Meliso, á los cuatro lados del sepulcro se pusieron: señal por donde todos los presentes entendieron, que alguna cosa cantar querian; y así les prestaron un maravilloso y sosegado silencio, y luego el famoso Tirsi con levantada, triste y sonorosa voz, ayudándole Elicio, Damon y Lauso, desta manera comenzó á cantar:

TIRSI. Tal cual es la ocasion de nuestro llanto,
No solo nuestro, mas de todo el suelo,
Pastores, entonad el triste canto.

DAMON. El aire rompan, lleguen hasta el cielo
Los suspiros dolientes, fabricados
Entre justa piedad y justo duelo.

ELICIO. Serán de tierno humor siempre bañados
Mis ojos, mientras viva la memoria,
Meliso, de tus hechos celebrados.

LAUSO. Meliso, digno de inmortal historia,
Digno que goces en el cielo santo
De alegre vida, y de perpetua gloria.

TIRSI. Mientras que á las grandezas me levanto
De cantar sus hazañas, como pienso,
Pastores, entonad el triste canto.

DAMON. Como puedo, Meliso, recompenso
A tu amistad, con lágrimas vertidas,
Con ruegos pios, y sagrado incienso.

ELICIO. Tu muerte tiene en llanto convertidas
Nuestras dulces pasadas alegrías,
Y á tierno sentimiento reducidas.

LAUSO. Aquellos claros venturosos dias
Donde el mundo gozó de tu presencia,
Se han vuelto en noches miserables frias.

TIRSI. O muerte, que con presta violencia
Tal vida en poca tierra reduciste,
¡A quién no alcanzará tu diligencia!

DAMON. Despues, o muerte, que aquel golpe diste,
Que echó por tierra nuestro fuerte arrimo,
De yerba el prado, ni de flor se viste.

ELICIO. Con la memoria deste mal reprimo
El bien, si alguno llega á mi sentido,
Y con nueva aspereza me lastimo.

LAUSO. ¿Cuándo suele cobrarse el bien perdido?
¿Cuándo el mal sin buscarle no se halla?
¿Cuándo hay quietud en el mortal ruido?

TIRSI. ¿Cuándo de la mortal fiera batalla
Triunfó la vida, y cuándo contra el tiempo
Se opuso, ó fuerte arnes, ó dura malla?

DAMON. Es nuestra vida un sueño, un pasatiempo,
Un vano encanto que desaparece

Cuando mas firme pareció en su tiempo.

ELICIO. Dia que al medio curso se escurece,
Y le sucede noche tenebrosa
Envuelta en sombras, que el temor ofrece.

LAUSO. Mas tú, pastor famoso, en venturosa
Hora pasaste deste mar insano
A la dulce region maravillosa.

TIRSI. Despues que en el aprisco veneciano
Las causas y demandas decidiste
Del gran pastor del ancho suelo hispano.

DAMON. Despues tambien que con valor sufriste
El trance de fortuna acelerado
Que á Italia hizo, y aun á España triste.

ELICIO. Y despues que en sosiego reposado
Con las nueve doncellas solamente
Tanto tiempo estuviste retirado.

LAUSO. Sin que las fieras armas del Oriente,
Ni la francesa furia inquietase
Tu levantada y sosegada mente.

TIRSI. Entonces quiso el cielo que llegase
La fria mano de la muerte airada,
Y en tu vida el bien nuestro arrebatase.

DAMON. Quedó tu suerte entonces mejorada,
Quedó la nuestra á un triste amargo lloro
Perpetua eternamente condenada.

ELICIO. Vióse el sacro virgíneo hermoso coro
De aquellas moradoras del Parnaso,
Romper llorando sus cabellos de oro.

LAUSO. A lágrimas movió el doliente caso
Al gran competidor del niño ciego,
Que entonces de dar luz se mostró escaso.

TIRSI. No entre las armas y el ardiente fuego
Los tristes teucros tanto se afligieron
Con el engaño del astuto griego,
Como lloraron, como repitieron
El nombre de Meliso los pastores
Cuando informados de su muerte fueron.

DAMON. No de olorosas variadas flores
Adornaron sus frentes, ni cantaron
Con voz suave algun cantar de amores.
De funesto cipres se coronaron,
Y en triste repetido amargo llanto
Lamentables canciones entonaron.

ELICIO. Y así pues hoy el áspero quebranto,
Y la memoria amarga se renueva,
Pastores, entonad el triste canto.
Que el duro caso que á doler nos lleva,
Es tal, que será pecho de diamante
El que á llorar en él no se conmueva.

LAUSO. El firme pecho, él animo constante
Que en las adversidades siempre tuvo
Este pastor, por mil lenguas se cante.

Como al desden que de contino hubo
En el pecho de Fílis indignado
Cual firme roca contra el mar estuvo.

TIRSI. Repítanse los versos que ha cantado,
Queden en la memoria de las gentes
Por muestras de su ingenio levantado.

DAMON. Por tierras de las nuestras diferentes
Lleve su nombre la parlera fama
Con pasos prestos y alas diligentes.

ELICIO. Y de su casta y amorosa llama
Ejemplo tome el mas lascivo pecho,
Y el que en ardor menos cabal se inflama.

LAUSO. Venturoso Meliso, que á despecho
De mil contrastes fieros de fortuna
Vives ahora alegre y satisfecho.

TIRSI. Poco te cansa, poco te importuna
Esta mortal bajeza que dejaste,
Llena de mas mudanzas que la luna.

DAMON. Por firme alteza la humildad trocaste,
Por bien el mal, la muerte por la vida:
Tan seguro temiste y esperaste.

ELICIO. Desta mortal al parecer caida
Quien vive bien al cabo se levanta,
Cual tú, Meliso, á la region florida.
Donde por mas de una inmortal garganta
Se despide la voz que gloria suena,
Gloria repite, dulce gloria canta.
Donde la hermosa clara faz serena
Se ve, en cuya vision se goza y mira
La suma gloria mas perfecta y buena.
Mi flaca voz á tu alabanza aspira,
Y tanto cuanto mas crece el deseo,
Tanto, Meliso, el miedo le retira.
Que aquello que contemplo ahora, y veo
Con el entendimiento levantado
Del sacro tuyo sobre humano arreo,
Tiene mi entendimiento acobardado,
Y solo paro en levantar las cejas,
Y en recoger los labios de admirado.

LAUSO. Con tu partida en triste llanto dejas
Cuantos con tu presencia se alegraban,
Y el mal se acerca, porque tú te alejas.

TIRSI. En tu sabiduría se enseñaban
Los rústicos pastores, y en un punto
Con nuevo ingenio y discrecion quedaban.
Pero llegóse aquel forzoso punto
Donde tú te partiste, y do quedamos
Con poco ingenio y corazon difunto.
Esta amarga memoria celebramos
Los que en la vida te quisimos tanto,
Cuanto ahora en la muerte te lloramos.
Por esto al son de tan confuso llanto,

Cobrando de continuo nuevo aliento,
Pastores, entonad el triste canto.
Lleguen do llega el duro sentimiento,
Las lágrimas vertidas y sospiros,
Con quien se aumenta el presuroso viento.
Poco os encargo, poco sé pediros:
Mas habeis de sentir, que cuanto ahora
Puede mi atada lengua referiros.
Mas pues Febo se ausenta, y descolora
La tierra que se cubre en negro manto
Hasta que venga la esperada aurora,
Pastores, cesad ya del triste canto.

Tirsi, que comenzado habia la triste y dolorosa elegía, fué el que le puso fin, sin que le pusiesen por un buen espacio á las lágrimas todos los que el lamentable canto escuchado habian. Mas á esta sazon el venerable Telesio les dijo: Pues habemos cumplido en parte, gallardos y comedidos pastores, con la obligacion que al venturoso Meliso tenemos, poned por agora silencio á vuestras tiernas lágrimas, y dad algun vado á vuestros dolientes sospiros, pues ni por ellas ni ellos podemos cobrar la pérdida que lloramos; y puesto que el humano sentimiento no pueda dejar de mostrarle en los adversos acaecimientos, todavía es menester templar la demasía de sus accidentes con la razon que al discreto acompaña; y aunque las lágrimas y sospiros sean señales del amor que se tiene al que se llora, mas provecho consiguen las almas por quien se derraman con los pios sacrificios y devotas oraciones, que por ellas se hacen, que si todo el mar océano por los ojos de todo el mundo hecho lágrimas se destilase. Y por esta razon y por la que tenemos de dar algun alivio á nuestros cansados cuerpos, será bien que dejando lo que nos resta de hacer para el venidero dia, por agora visiteis vuestros zurrones, y cumplais con lo que naturaleza os obliga: y en diciendo esto, dió órden como todas las pastoras estuviesen á una parte del valle junto á la sepultura de Meliso, dejando con ellas seis de los mas ancianos pastores que allí habia, y los demas poco desviados dellas en otra parte se estuvieron, y luego con lo que en los zurrones traian, y con el agua de la clara fuente satisfacieron á la comun necesidad de la hambre; acabando á tiempo que ya la noche vestia de una mesma color todas las cosas debajo de nuestro horizonte contenidas, y la luciente luna mostraba su rostro hermoso y claro en toda la entereza que tiene, cuando mas el rubio hermano sus rayos le comunica. Pero de allí á poco rato, levantándose un alterado viento, se comenzaron á ver algunas negras nubes, que algun tanto la luz de la casta diosa encubrian, haciendo sombras en la tierra: señales por donde algunos pastores que allí estaban, en la rústica astrología maestros, algun venidero turbion y borrasca esperaban; mas todo paró en no mas de quedar la noche parda y serena, y en acomodarse ellos á descansar sóbre la fresca

yerba, entregando los ojos al dulce y reposado sueño, como lo hicieron todos, sino algunos que repartieron como en centinelas la guarda de las pastoras, y el de algunas antorchas que al rededor de la sepultura de Meliso ardiendo quedaban. Pero ya que el sosegado silencio se extendió por todo aquel sagrado valle, y ya que el perezoso Morfeo habia con el bañado ramo tocado las sienes y párpados de todos los presentes; á tiempo que á la redonda de nuestro polo buena parte las errantes estrellas andado habian, señalando los puntuales cursos de la noche; en aquel instante de la mesma sepultura de Meliso se levantó un grande y maravilloso fuego, tan luciente y claro, que en un momento todo el escuro valle quedó con tanta claridad, como si el mesmo sol le alumbrara: por la cual improvisa maravilla, los pastores que despiertos juntos á la sepultura estaban, cayeron atónitos en el suelo deslumbrados y ciegos, con la luz del transparente fuego: el cual hizo contrario efecto en los demas que durmiendo estaban, porque heridos de sus rayos, huyó dellos el pesado sueño, y aunque con dificultad alguna abrieron los dormidos ojos, y viendo la extrañeza de la luz que se les mostraba, confusos y admirados quedaron, y así cual en pié, cual recostado, y cual sobre las rodillas puesto cada uno, con admiracion y espanto el claro fuego miraba. Todo lo cual visto por Telesio, adornándose en un punto de las sacras vestiduras, acompañado de Elicio, Tirsi, Damon, Lauso, y de otros animosos pastores poco á poco se comenzó á llegar al fuego con intencion de con algunos lícitos y acomodados exorcismos procurar deshacer, ó entender de do procedia la extraña vision que se les mostraba. Pero ya que llegaban cerca de las encendidas llamas, vieron que dividiéndose en dos partes, en medio dellas parecia una tan hermosa y agraciada ninfa, que en mayor admiracion les puso, que la vista del ardiente fuego: mostraba estar vestida de una rica y sotil tela de plata, recogida y retirada á la cintura de modo, que la mitad de las piernas se descubrian adornadas con unos coturnos ó calzado justo, dorados, llenos de infinitos lazos de listones de diferentes colores: sobre la tela de plata traia otra vestidura de verde y delicado cendal, que llevado á una y á otra parte por un vientecillo que mansamente soplaba, extremadamente parecia: por las espaldas traia esparcidos los mas luengos y rubios cabellos, que jamas ojos humanos vieron, y sobre ellos una guirnalda solo de verde laurel compuesta: la mano derecha ocupaba con un alto ramo de amarilla y vencedora palma, y la izquierda con otro de verde y pacífica oliva. Con los cuales ornamentos tan hermosa y admirable se mostraba, que á todos los que la miraban, tenia colgados de su vista de tal manera, que desechando de sí el temor primero, con seguros pasos al rededor del fuego se llegaron, persuadiéndose que de tan hermosa vision ningun daño podia sucederles. Y estando como se ha dicho todos transportados en mirarla, la bella ninfa abrió los brazos á una y á otra parte, y hizo que las apartadas llamas mas se apartasen y dividiesen para dar

lugar á que mejor pudiese ser mirada : y luego levantando el sereno rostro, con gracia y gravedad extraña á semejantes razones dió principio : Por los efetos que mi improvisa vista ha causado en vuestros corazones, discreta y agradable compañia, podeis considerar no en virtud de malignos espíritus ha sido formada esta figura mia que aquí se os representa; porque una de las razones es por do se conoce ser una vision buena ó mala, es por los efetos que hace en el ánimo de quien la mira; porque la buena, aunque cause en él admiracion y sobresalto, el tal sobresalto y admiracion viene mezclado con un gustoso alboroto que á poco rato le sosiega y satisface, al reves de lo que causa la vision perversa, la cual sobresalta, descontenta, atemoriza, y jamas asegura : esta verdad os aclarará la experiencia cuando me conozcais, y yo os diga quien soy, y la ocasion que me ha movido á venir de mis remotas moradas á visitaros; y porque no quiero teneros colgados del deseo que teneis de saber quien yo sea, sabed, discretos pastores y bellas pastoras, que yo soy una de las nueve doncellas, que en las altas y sagradas cumbres del Parnaso tienen su propia y conocida morada : mi nombre es Caliope, mi oficio y condicion es favorecer y ayudar á los divinos espíritus, cuyo loable ejercicio es ocuparse en la maravillosa y jamas como debe alabada ciencia de la poesía : yo soy la que hice cobrar eterna fama al antiguo Ciego, natural de Esmirna, por él solamente famosa : la que hará vivir el mantuano Títtiro por todos los siglos venideros, hasta que el tiempo se acabe : y la que hace que se tengan en cuenta desde la pasada hasta la edad presente los escritos tan ásperos como discretos del antiquisimo Enio. En fin soy quien favoreció á Catulo, la que nombró á Horacio, eternizó á Propercio, y soy la que con inmortal fama tiene conservada la memoria del conocido Petrarca, y la que hizo bajar á los escuros infiernos, y subir á los claros cielos al famoso Dante : soy la que ayudó á tejer al divino Ariosto la variada y hermosa tela que compuso : la que en esta patria vuestra tuvo familiar amistad con el agudo Boscan, y con el famoso Garcilaso, con el docto y sabio Castillejo, y el artificioso Torres Naharro, con cuyos ingenios, y con los frutos dellos quedó vuestra patria enriquecida, y yo satisfecha : yo soy la que moví la pluma del celebrado Aldana, y la que no dejó jamas el lado de Don Fernando de Acuña; y la que me precio de la estrecha amistad y conversacion que siempre tuve con la bendita alma del cuerpo que en esta sepultura yace, cuyas obsequias por vosotros celebradas no solo han alegrado su espíritu, que ya por la region eterna se pasea, sino que á mí me han satisfecho de suerte, que forzada he venido á agradeceros tan loable y piadosa costumbre, como es la que entre vosotros se usa : así os prometo con las veras que de mi virtud pueden esperarse, que en pago del beneficio que á las cenizas de mi querido y amado Meliso habeis hecho, de hacer siempre que en vuestras riberas jamas falten pastores que en la alegre ciencia de la poesía á todos los de la otra ribera se aven-

tajen : favoreceré ansimesmo siempre vuestros consejos, y guiaré vuestros entendimientos de manera, que nunca deis torcido voto, cuando decreteis quien es merecedor de enterrarse en este sagrado valle; porque no será bien, que honra tan particular y señalada, y que solo es merecida de los blancos y canoros cisnes, la vengan á gozar los negros y roncos cuervos; y así me parece que será bien daros alguna noticia agora de algunos señalados varones que en esta vuestra España viven, y algunos en las apartadas Indias á ella sujetas : los cuales, si todos, ó alguno dellos, su buena ventura le trujese á acabar el curso de sus dias en estas riberas, sin duda alguna le podeis conceder sepultura en este famoso sitio : junto con esto os quiero advertir, que no entendais que los primeros que nombrare, son dignos de mas honra que los postreros, porque en esto no pienso guardar órden alguna, que puesto que yo alcanzo la diferencia que el uno al otro, y los otros á los otros hacen, quiero dejar esta declaracion en duda; porque vuestros ingenios en entender la diferencia de los suyos tengan en que ejercitarse, de los cuales darán testimonio sus obras : irélos nombrando como se me vinieren á la memoria, sin que ninguno se atribuya á que ha sido favor que yo le he hecho en haberme acordado dél primero que de otro, porque como digo á vosotros, discretos pastores, dejo que despues les deis el lugar que os pareciere que de justicia se les debe : y para que con menos pesadumbre y trabajo, á mi larga relacion esteis atentos, haréla de suerte, que solo sintais disgusto por la brevedad della. Calló diciendo esto la bella ninfa, y luego tomó una arpa que junto á si tenia, que hasta entonces de ninguno habia sido vista, y en comenzándola á tocar, parece que comenzó á esclarecerse el cielo, y que la luna con nuevo y no usado resplandor alumbraba la tierra : los árboles á despecho de un blando céfiro que soplaba, tuvieron quedas las ramas; y los ojos de todos los que allí estaban, no se atrevian á bajar los párpados, porque aquel breve punto que se tardaban en alzarlos, no se privasen de la gloria, que en mirar la hermosura de la ninfa gozaban, y aun quisieran todos que todos sus cinco sentidos se convirtieran en el del oir solamente : con tal extrañeza, con tal dulzura, con tanta suavidad tocaba la arpa la bella musa. La cual despues de haber tañido un poco, con la mas sonora voz que imaginarse puede en semejantes versos dió principio :

CANTO DE CALIOPE.

Al dulce son de mi templada lira
Prestad, pastores, el oido atento,
Oireis como en mi voz y en él respira
De mis hermanas el sagrado aliento :
Vereis como os suspende y os admira,
Y colma vuestras almas de contento,
Cuando os dé relacion aquí en el suelo
De los ingenios que ya son del cielo.

Pienso cantar de aquellos solamente
A quien la Parca el hilo aun no ha cortado,
De aquellos que son dignos justamente
De en tal lugar tenerle señalado:
Donde á pesar del tiempo diligente,
Por el laudable oficio acostumbrado
Vuestro vivan mil siglos sus renombres,
Sus claras obras, sus famosos nombres.
Y el que con justo título merece
Gozar de alta y honrosa preeminencia,
Un DON ALONSO es en quien florece
Del sacro Apolo la divina ciencia:
Y en quien con alta lumbre resplandece
De Marte el brio y sin igual potencia,
De LEIVA tiene el sobrenombre ilustre,
Que á Italia ha dado, y aun á España lustre.
Otro del mesmo nombre, que de Arauco
Cantó las guerras, y el valor de España,
El cual los reinos donde habita Glauco
Pasó, y sintió la embravecida saña:
No fué su voz, no fué su acento rauco,
Que uno y otro fué de gracia extraña,
Y tal que ERCILLA en este hermoso asiento
Merece eterno y sacro monumento.
Del famoso DON JUAN DE SILVA os digo
Que toda gloria y todo honor merece,
Así por serle Febo tan amigo,
Como por el valor que en él florece:
Serán desto sus obras buen testigo,
En las cuales su ingenio resplandece
Con claridad, que al ignorante alumbra,
Y al sabio agudo á veces le deslumbra.
Crezca el número rico desta cuenta
Aquel con quien la tiene tal el cielo,
Que con febeo aliento le sustenta,
Y con valor de Marte acá en el suelo:
A Homero iguala, si escribir intenta,
Y á tanto llega de su pluma el vuelo,
Cuanto es verdad que á todos es notorio
El alto ingenio de DON DIEGO OSORIO.
Por cuantas vias la parlera fama
Puede loar un caballero ilustre,
Por tantas su valor claro derrama
Dando sus hechos á su nombre lustre:
Su vivo ingenio, su virtud inflama
Mas de una lengua á que de lustre en lustre
Sin que cursos de tiempos las espanten
De DON FRANCISCO DE MENDOZA canten.
Feliz DON DIEGO DE SARMIENTO ilustre,
Y CARVAJAL famoso, producido
De nuestro coro, y de Hipocrene lustre,
Mozo en la edad, anciano en el sentido;

De siglo en siglo irá, de lustre en lustre
(A pesar de las aguas del olvido)
Tu nombre, con tus obras excelente
De lengua en lengua, y de gente en gente.
Quiéroos mostrar por cosa soberana
En tierna edad maduro entendimiento,
Destreza y gallardía sobrehumana,
Cortesía, valor, comedimiento:
Y quien puede mostrar en la toscana,
Como en su propia lengua, aquel talento
Que mostró el que cantó la casa de Este,
Un DON GUTIERRE CARVAJAL es este.
Tú, DON LUIS DE VARGAS, en quien veo
Maduro ingenio en verdes pocos dias,
Procura de alcanzar aquel trofeo
Que te prometen las hermanas mias:
Mas tan cerca estás dél, que á lo que creo
Ya triunfas, pues procuras por mil vias
Virtuosas y sabias, que tu fama
Resplandezca con viva y clara llama.
Del claro Tajo la ribera hermosa
Adornan mil espíritus divinos,
Que hacen nuestra edad mas venturosa,
Que aquella de los griegos y latinos:
Dellos pienso decir sola una cosa
Que son de vuestro valle y honra dinos,
Tanto cuanto sus obras nos lo muestran,
Que al camino del cielo nos adiestran.
Dos famosos dotores, presidentes
En las ciencias de Apolo, se me ofrecen
Que no mas que en la edad son diferentes,
Y en el trato é ingenio se parecen:
Admiran los ausentes y presentes,
Y entre unos y otros tanto resplandecen
Con su saber altísimo y profundo,
Que presto han de admirar á todo el mundo.
Y el nombre que me viene mas á mano
Destos dos que á loar aquí me atrevo,
Es del dotor famoso CAMPUZANO,
A quien podeis llamar segundo Febo:
El alto ingenio suyo, el sobrehumano
Discurso nos descubre un mundo nuevo
De tan mejores Indias y excelencias,
Cuanto mejor que el oro son las ciencias.
Es el dotor SUAREZ, que de SOSA
El sobrenombre tiene, el que se sigue,
Que de una y otra lengua artificiosa
Lo mas cendrado, y lo mejor consigue:
Cualquiera que en la fuente milagrosa
Cual él la mitigó, la sed mitigue,
No tendrá que envidiar al docto griego,
Ni á aquel que nos cantó el troyano fuego.

Del dotor BAZA, si decir pudiera
Lo que yo siento dél, sin duda creo
Que cuantos aquí estais os suspendiera:
Tal es su ciencia, su virtud y arreo:
Yo he sido en ensalzarle la primera
Del sacro coro, y soy la que deseo
Eternizar su nombre en cuanto al suelo
Diere su luz el gran señor de Delo.
Si la fama os trajere á los oidos
De algun famoso ingenio maravillas,
Conceptos bien dispuestos y subidos,
Y ciencias que os asombren en oillas,
Cosas que paran solo en los sentidos,
Y la lengua no puede referillas,
El dar salida á todo dubio y traza
Sabed que es el licenciado DAZA.
Del maestro GARAI las dulces obras
Me incitan sobre todos á alabarle:
Tú, fama, que al ligero tiempo sobras,
Ten por heróica empresa el celebrarle:
Verás como en él mas fama cobras,
Fama, que está la tuya en ensalzarle,
Que hablando desta fama, en verdadera
Has de trocar la fama de parlera.
Aquel ingenio, que al mayor humano
Se deja atras, y aspira al que es divino,
Y dejando á una parte el castellano,
Sigue el heróico verso del latino:
El nuevo Homero, el nuevo Mantuano
Es el maestro CORDOVA, que es digno
De celebrarse en la dichosa España,
Y en cuanto el sol alumbra y el mar baña.
De tí, el dotor FRANCISCO DIAZ, puedo
Asegurar á estos mis pastores,
Que con seguro corazon y ledo
Pueden aventajarse en tus loores:
Y si en ellos yo agora corta quedo,
Debiéndose á tu ingenio los mayores,
Es porque el tiempo es breve, y no me atrevo
A poderte pagar lo que te debo.
LUJAN, que con la toga merecida
Honras el proprio y el ageno suelo,
Y con tu dulce musa conocida
Subes tu fama hasta el mas alto cielo;
Yo te daré despues de muerto vida,
Haciendo que en ligero y presto vuelo
La fama de tu ingenio único solo
Vaya del nuestro hasta el contrario polo.
El alto ingenio y su valor, declara
Un licenciado tan amigo vuestro,
Cuanto ya sabeis que es JUAN DE VERGARA,
Honra del siglo venturoso nuestro:

Por la senda que èl sigue abierta y clara,
Yo mesma el paso y el ingenio adiestro,
Y adonde èl llega de llegar me pago,
Y en su ingenio y virtud me satisfago.
Otro os quiero nombrar, porque se estime
Y tenga en precio mi atrevido canto,
El cual hará que ahora mas le anime,
Y llegue allí donde el deseo levanto:
Y es este que me fuerza y que me oprime
A decir solo dèl y cantar cuanto
Cantó de los ingenios mas cabales
El licenciado ALONSO DE MORALES.
Por la difícil cumbre va subiendo
Al templo de la fama, y se adelanta
Un generoso mozo, el cual rompiendo
Por la dificultad que mas se espanta,
Tan presto ha de llegar allá, que entiendo
Que en profecía ya la fama canta
Del lauro que le tiene aparejado
Al licenciado HERNANDO MALDONADO.
La sabia frente de laurel honroso
Adornada vereis de aquel que ha sido
En todas ciencias y artes tan famoso,
Que es ya por todo el orbe conocido:
Edad dorada, siglo venturoso,
Que gozar de tal hombre has merecido,
¿Cuál siglo, cuál edad ahora te llega,
Si en tí está MARCO ANTONIO DE LA VEGA?
Un DIEGO se me viene á la memoria,
Que DE MENDOZA es cierto que se llama,
Digno, que solo dèl se hiciera historia:
Tal, que llegara allí donde su fama:
Su ciencia y su virtud, que es tan notoria,
Que ya por todo el orbe se derrama,
Admira los ausentes y presentes,
De las remotas y cercanas gentes.
Un conocido el alto Febo tiene,
¿Qué digo un conocido? un verdadero
Amigo, con quien solo se entretiene,
Que es de toda ciencia tesorero:
Y es este que de industria se detiene
A no comunicar su bien entero,
DIEGO DURAN, en quien contino dura
Y durará el valor, ser y cordura.
¿Quién pensais que es aquel, que en voz sonora
Sus ansias canta regaladamente,
Aquel, en cuyo pecho Febo mora,
El docto Orfeo, y Arion prudente:
Aquel que de los reinos del aurora
Hasta los apartados de ocidente
Es conocido, amado y estimado
Por el famoso LOPEZ MALDONADO?

¡Quién pudiera loaros, mis pastores,
Un pastor vuestro, amado y conocido,
Pastor mejor de cuantos son mejores,
Que de FILIDA tiene el apellido!
La habilidad, la ciencia, los primores,
El raro ingenio, y el valor subido
De LUIS DE MONTALVO le aseguran
Gloria y honor mientras los cielos duran.
El sacro Ibéro de dorado acanto,
De siempre verde hiedra y blanca oliva
Su frente adorne, y en alegre canto
Su gloria y fama para siempre viva:
Pues su antiguo valor ensalza tanto,
Que al fértil Nilo de su nombre priva
De PEDRO DE LINAN la sutil pluma,
De todo el bien de Apolo cifra y suma.
De ALONSO DE VALDES me está incitando
El raro y alto ingenio á que dél cante,
Y que os vaya, pastores, declarando
Que á los mas raros pasa, y va adelante:
Halo mostrado ya, y lo va mostrando
En el fácil estilo y elegante
Con que descubre el lastimado pecho,
Y alaba el mal que el fiero amor le ha hecho.
Admíreos un ingenio en quien se encierra
Todo cuanto pedir puede el deseo,
Ingenio que aunque viva acá en la tierra,
Del alto cielo es su caudal y arreo:
Ora trate de paz, ora de guerra,
Todo cuanto yo miro, escucho y leo
Del celebrado PEDRO DE PADILLA
Me causa nuevo gusto y maravilla.
Tú, famoso GASPAR ALFONSO, ordenas,
Segun aspiras á inmortal subida,
Que yo no pueda celebrarte apenas,
Si te he de dar loor á tu medida:
Las plantas fertilísimas amenas
Que nuestro celebrado monte anida,
Todas ofrecen ricas laureolas
Para ceñir y honrar tus sienes solas.
De CRISTOVAL DE MESA os digo cierto
Que puede honrar vuestro sagrado valle,
No solo en vida, mas despues de muerto
Podeis con justo título alaballe:
De sus heróicos versos el concierto,
Su grave y alto estilo pueden dalle
Alto y honroso nombre, aunque callara
La fama dél, yo no me acordara.
Pues sabeis cuanto adorna y enriquece
Vuestras riberas, PEDRO DE RIBERA,
Dadle el honor, pastores, que merece,
Que yo seré en honrarle la primera:

Su dulce musa, su virtud ofrece
Un sugeto cabal, donde pudiera
La fama y cien mil famas ocuparse,
En solo sus loores extremarse.
Tú, que del uso el singular tesoro
Trujiste en nueva forma á la ribera
Del fértil rio, á quien el lecho de oro
Tan famoso le hace adonde quiera;
Con el debido aplauso y el decoro
Debido á tí, BENITO DE CALDERA,
Y á tu ingenio sin par prometo honrarte,
Y de lauro y de hiedra coronarte.
De aquel que la cristiana poesía
Tan en su punto ha puesto en tanta gloria,
Haga la fama y la memoria mia
Famosa para siempre su memoria:
De donde nace adonde muere el dia
La ciencia sea y la bondad notoria
Del gran FRANCISCO DE GUZMAN, que el arte
De Febo sabe así como el de Marte.
Del capitan SALCEDO está bien claro
Que llega su divino entendimiento
Al punto mas subido, agudo y raro,
Que puede imaginar el pensamiento:
Si le comparo, á él mesmo le comparo,
Que no hay comparacion que llegue á cuento
De tamaño valor, que la medida
Ha de mostrar ser falta, ó ser torcida.
Por la curiosidad y entendimiento
De TOMAS DE GRACIAN, dadme licencia,
Que yo le escoja en este valle asiento
Igual á su virtud, valor y ciencia:
El cual si llega á su merecimiento,
Será de tanto grado y preeminencia,
Que á lo que creo pocos se le igualen,
Tanto su ingenio y sus virtudes valen.
Agora, hermanas bellas, de improviso
BAPTISTA DE VIVAR quiere alabaros
Con tanta discrecion, gala y aviso,
Que podais, siendo musas, admiraros:
No cantará desdenes, no, Narciso,
Que á Eco solitaria cuestan caros,
Sino cuidados suyos, que han nacido
Entre alegre esperanza y triste olvido.
Un nuevo espanto, un nuevo asombro y miedo
Me acude y sobresalta en este punto,
Solo por ver que quiero y que no puedo
Subir de honor al mas subido punto
Al grave BALTASAR, que de TOLEDO
El sobrenombre tiene, aunque barrunto
Que de su docta pluma el alto vuelo
Le ha de subir hasta el empíreo cielo.

Muestra en un ingenio la experiencia
Que en años verdes y en edad temprana
Hace su habitacion ansí la ciencia,
Como en la edad madura, antigua y cana:
No entraré con alguno en competencia
Que contradiga una verdad tan llana,
Y mas si acaso á sus oidos llega,
Que lo digo por vos, LOPE DE VEGA.

De pacífica oliva coronado
Ante mi entendimiento se presenta
Agora el sacro Bétis indignado,
Y de mi inadvertencia se lamenta:
Pide que en el discurso comenzado
De los raros ingenios, os dé cuenta,
Que en sus riberas moran, y yo ahora
Harélo con la voz muy mas sonora.

¿Mas qué haré, que en los primeros pasos
Que doy, descubro mil estrañas cosas,
Otros mil nuevos Pindos y Parnasos,
Otros coros de hermanas mas hermosas:
Con que mis altos brios quedan lasos,
Y mas cuando por causas milagrosas
Oigo cualquier sonido servir de eco,
Cuando se nombra el nombre de PACHECO?

PACHECO es este con quien tiene Febo
Y las hermanas tan discretas mias
Nueva amistad, discreto trato y nuevo
Desde sus tiernos y pequeños dias:
Yo desde entonces hasta agora llevo
Por tan estrañas desusadas vias
Su ingenio y sus escritos, que han llegado
Al título de honor mas encumbrado.

En punto estoy, donde por mas que diga
En alabanza del divino HERRERA,
Será de poco fruto mi fatiga,
Aunque le suba hasta la quinta esfera:
Mas si soy sospechosa por amiga,
Sus obras y su fama verdadera
Dirán que en ciencias es HERNANDO solo
Del Gange al Nilo, y de uno al otro polo.

De otro FERNANDO quiero daros cuenta
Que DE CANGAS se nombra, en quien se admira
El suélo, y por quien vive y se sustenta
La ciencia en quien al sacro lauro aspira:
Si al alto cielo algun ingenio intenta
De levantar y de poner la mira,
Póngala en este solo, y dará al punto
En el mas ingenioso y alto punto.

De DON CRISTOVAL, cuyo sobrenombre
Es DE VILLAROEL, tened creido
Que bien merece que jamas su nombre
Toque las aguas negras del olvido:

Su ingenio admire, su valor asombre,
Y el ingenio y valor sea conocido
Por el mayor extremo que descubre
En cuanto mira el sol, ó el suelo encubre.
Los rios de elocuencia, que del pecho
Del grave antiguo Ciceron manaron,
Los que al pueblo de Atenas satisfecho
Tuvieron, y á Demóstenes honraron:
Los ingenios que el tiempo ha ya deshecho
(Que tanto en los pasados se estimaron)
Humíllense á la ciencia alta y divina
Del maestro FRANCISCO DE MEDINA.
Puedes, famoso Bétis, dignamente
Al Mincio, al Arno, al Tibre aventajarte,
Y alzar contento la sagrada frente,
Y en nuevos anchos senos dilatarte:
Pues quiso el cielo, que en tu bien consiente,
Tal gloria, tal honor, tal fama darte,
Cual te la adquiere á tus riberas bellas
BALTASAR DEL ALCAZAR, que está en ellas.
Otro vereis, en quien vereis cifrada
Del sacro Apolo la mas rara ciencia,
Que en otros mil sugetos derramada,
Hace en todos de sí grave aparencia:
Mas en este sugeto mejorada
Asiste en tantos grados de excelencia,
Que bien puede MOSQUERA el licenciado
Ser como el mesmo Apolo celebrado.
No se desdeña aquel varon prudente
Que de ciencias adorna y enriquece
Su limpio pecho, de mirar la fuente
Que en nuestro monte en sabias aguas crece;
Antes en la sin par clara corriente
Tanto la sed mitiga, que florece
Por ello el claro nombre acá en la tierra
Del gran dotor DOMINGO DE BECERRA.
Del famoso ESPINEL cosas diria
Que exceden al humano entendimiento,
De aquellas ciencias que en su pecho cria
El divino de Febo sacro aliento;
Mas pues no puede de la lengua mia
Decir lo menos de lo mas que siento,
No digo mas, sino que al cielo aspira,
Ora tome la pluma, ora la lira.
Si quereis ver en una igual balanza
Al rubio Febo y colorado Marte,
Procurad de mirar al gran CARRANZA,
De quien el uno y otro no se parte:
En él vereis amigas pluma y lanza
Con tanta discrecion, destreza y arte,
Que la destreza en partes dividida,
La tiene á ciencia y arte reducida.

De LAZARO LUIS IRANZO, lira
Templada habia de ser mas que la mia,
A cuyo son cantase el bien que inspira
En él el cielo y el valor que cria:
Por las sendas de Marte y Febo aspira
A subir, do la humana fantasía
Apenas llega, y él sin duda alguna
Llegará contra el hado y la fortuna.
BALTASAR DE ESCOBAR, que agora adorna
Del Tíber las riberas tan famosas,
Y con su larga ausencia desadorna
Las del sagrado Bétis espaciosas,
Fértil ingenio, si por dicha torna
Al patrio amado suelo, á sus honrosas
Y juveniles sienes les ofrezco
El lauro y el honor que yo merezco.
¿Qué título, qué honor, qué palma ó lauro
Se le debe á JUAN SANZ que DE ZUMETA
Se nombra? si del indio al rojo mauro
Cual su musa no hay otra tan perfeta?
Su fama aquí de nuevo le restauro
Con deciros, pastores, cuan aceta
Será de Apolo cualquier honra y lustre,
Que á ZUMETA hagais que mas le lustre.
Dad á JUAN DE LAS CUEVAS el debido
Lugar, cuando se ofrezca en este asiento,
Pastores, pues lo tiene merecido
Su dulce musa y raro entendimiento:
Sé que sus obras del eterno olvido
(A despecho y pesar del violento
Curso del tiempo) librarán su nombre,
Quedando con un claro alto renombre.
Pastores, si le viéredes, honraldo
Al famoso varon que os diré ahora,
Y en graves dulces versos celebraldo
Como á quien tanto en ellos se mejora:
El sobrenombre tiene de BIBALDO,
De ADAN el nombre, el cual ilustra y dora
Con su florido ingenio y excelente
La venturosa nuestra edad presente.
Cual suele estar de variadas flores
Adornado y rico el mas florido mayo,
Tal de mil varias ciencias y primores
Está el ingenio de DON JUAN AGUAYO:
Y aunque mas me detenga en sus loores,
Solo sabré deciros que me ensayo
Ahora, y que otra vez os diré cosas
Tales, que las tengais por milagrosas.
De JUAN GUTIERREZ RUFO el claro nombre
Quiero que viva en la inmortal memoria,
Y que al sabio y al simple admire, asombre
La heróica que compuso ilustre historia:

Dèle el sagrado Bétis el renombre
Que su estilo merece, denle gloria
Los que pueden y saben, dèle el cielo
Igual la fama á su encumbrado vuelo.
En DON LUIS DE GONGORA os ofrezco
Un vivo raro ingenio sin segundo:
Con sus obras me alegro y enriquezco
No solo yo, mas todo el ancho mundo:
Y si por lo que os quiero, algo merezco,
Haced que su saber alto y profundo
En vuestras alabanzas siempre viva
Contra el ligero tiempo, y muerte esquiva.
Ciña el verde laurel, la verde hiedra,
Y aun la robusta encina aquella frente
De GONZALO CERVANTES SAAVEDRA,
Pues la deben ceñir tan justamente:
Por èl la ciencia mas de Apolo medra,
En él Marte nos muestra el brio ardiente
De su furor, con tal razon medido,
Que por él es amado y es temido.
Tú, que de Celidon con dulce plectro
Hiciste resonar el nombre y fama,
Cuyo admirable y bien limado metro,
A lauro y triunfo te convida y llama:
Recibe el mando, la corona y cetro,
GONZALO GOMEZ, desta que te ama,
En señal que merece tu persona
El justo señorío de Helicona.
Tú, Darro, de oro conocido rio,
Cuan bien agora puedes señalarte,
Y con nueva corriente y nuevo brio
Al apartado Hidaspe aventajarte.
Pues GONZALO MATEO DE BERRIO
Tanto procura con su ingenio honrarte,
Que ya tu nombre la parlera fama
Por èl por todo el mundo le derrama.
Tejed de verde lauro una corona,
Pastores, para honrar la dina frente
Del licenciado SOTO BARAHONA,
Varon insigne, sabio y elocuente:
En el licor santo de Helicona,
Si se perdiera en la sagrada fuente,
Se pudiera hallar, ¡o estraño caso!
Como en las altas cumbres de Parnaso.
De la region antártica podria
Eternizar ingenios soberanos,
Que si riquezas hoy sustenta y cria
Tambien entendimientos sobrehumanos:
Mostrarlo puedo en muchos este dia,
Y en dos os quiero dar llenas las manos,
Uno de nueva España, y nuevo Apolo,
Del Perú el otro, un sol único y solo.

FRANCISCO el uno DE TERRAZAS tiene
El nombre acá y allá tan conocido,
Cuya vena caudal nueva Hipocrene
Ha dado al patrio venturoso nido:
La mesma gloria al otro igual le viene,
Pues su divino ingenio ha producido
En Arequipa eterna primavera,
Que este es DIEGO MARTINEZ DE RIBERA.

Aquí debajo de felice estrella
Un resplandor salió tan señalado,
Que de su lumbre la menor centella
Nombre de oriente al ocidente ha dado:
Cuando esta luz nació, nació con ella
Todo el valor, nació ALONSO PICADO,
Nació mi hermano, y el de Palas junto,
Que ambas vimos en èl vivo trasunto.

Pues si he de dar gloria á tí debida,
Gran ALONSO DE ESTRADA, hoy eres dino
Que no se cante así tan de corrida
Tu ser y entendimiento peregrino:
Contigo está la tierra enriquecida,
Que al Bètis mil tesoros da contino,
Y aun no da el cambio igual, que no hay tal paga
Que á tan dichosa deuda satisfaga.

Por prenda rara desta tierra ilustre,
Claro DON JUAN, te nos ha dado el cielo,
De AVALOS gloria, y DE RIBERA lustre,
Honra del propio y del ageno suelo:
Dichosa España, do por mas de un lustre
Muestra serán tus obras, y modelo
De cuanto puede dar naturaleza
De ingenio claro y singular nobleza.

El que en la dulce patria está contento,
Las puras aguas de Limar gozando,
La famosa ribera, el fresco viento
Con sus divinos versos alegrando,
Venga, y vereis por suma deste cuento
Su heróico brio y discrecion mirando:
Que es SANCHO DE RIBERA en toda parte
Febo primero, y sin segundo Marte.

Este mesmo famoso insigne valle
Un tiempo al Bètis usurpar solia
Un nuevo Homero, á quien podemos dalle
La corona de ingenio y gallardía:
Las gracias le cortaron á su talle,
Y el cielo en todas lo mejor le envia:
Este ya en vuestro Tajo conocido,
PEDRO DE MONTESDOCA es su apellido.

En todo cuanto pedirá el deseo
Un DIEGO ilustre DE AGUILAR admira
Un águila real, que en vuelo veo
Alzarse á do llegar ninguno aspira:

Su pluma entre cien mil gana trofeo,
Que ante ella la mas alta se retira,
Su estilo y su valor tan celebrado
Guanuco lo dirá, pues lo ha gozado.
Un GONZALO FERNANDEZ se me ofrece,
Gran capitan del escuadron de Apolo,
Que hoy de SOTOMAYOR se ensoberbece
El nombre, con su nombre heróico y solo:
En verso admira, y en saber florece
En cuanto mira el uno y otro polo,
Y si en la pluma en tanto grado agrada,
No menos es famoso por la espada.
De un ENRIQUE GARCES, que al piruano
Reino enriquece, pues con dulce rima,
Con sutil, ingeniosa y fácil mano
A la mas ardua empresa en él dió cima;
Pues en dulce español al gran toscano
Nuevo lenguaje ha dado y nueva estima:
¿Quién será tal que la mayor le quite,
Aunque el mesmo Petrarca resucite?
Un RODRIGO FERNANDEZ DE PINEDA,
Cuya vena inmortal, cuya excelente
Y rara habilidad, gran parte hereda
Del licor sacro de la equina fuente:
Pues cuanto quiere dél no se le veda,
Pues de tal gloria goza en occidente,
Tenga tambien aquí tan larga parte
Cual la merecen hoy su ingenio y arte.
Y tú, que al patrio Bétis has tenido
Lleno de envidia, y con razon quejoso
De que otro cielo y otra tierra han sido
Testigos de tu canto numeroso,
Alégrate, que el nombre esclarecido
Tuyo, JUAN DE MESTANZA generoso,
Sin segundo será por todo el suelo
Mientras diere su luz el cuarto cielo.
Toda la suavidad que en dulce vena
Se puede ver, vereis en uno solo
Que al son sabroso de su musa enfrena
La furia al mar, el curso al dios Eólo:
El nombre de este es BALTASAR DE ORENA,
Cuya fama al uno y otro polo
Corre ligera, y del oriente á ocaso
Por honra verdadera de Parnaso.
¿Pues de una fértil y preciosa planta
De allá traspuesta en el mayor collado,
Que en toda la Tesalia se levanta,
Planta que ya dichoso fruto ha dado;
Callaré yo lo que la fama canta
Del ilustre DON PEDRO DE ALVARADO,
Ilustre, pero ya no menos claro,
Por su divino ingenio al mundo raro?

Tú que con nueva musa extraordinaria,
CAIRASCO, cantas del amor el ánimo,
Y aquella condicion del vulgo varia
Donde se opone al fuerte el pusilánimo:
Si á este sitio de la gran Canaria
Vinieres con ardor vivo y magnánimo,
Mis pastores ofrecen á tus méritos
Mil lauros, mil loores beneméritos.
¿Quién es, o anciano Tormes, el que niega
Que no puedes al Nilo aventajarte?
Si puede solo el licenciado VEGA
Mas que Títiro al Mincio celebrarte:
Bien sé, DAMIAN, que vuestro ingenio llega
Do alcanza deste honor la mayor parte,
Pues sé por muchos años de experiencia
Vuestra tan singular virtud y ciencia.
Aunque el ingenio y la elegancia vuestra,
FRANCISCO SANCHEZ, se me concediera,
Por torpe me juzgara y poco diestra,
Si á querer alabaros me pusiera:
Lengua del cielo única, y maestra
Tiene de ser la que por la carrera
De vuestras alabanzas se dilate:
Que hacerlo humana lengua es disparate.
Las raras cosas y en estilo nuevas,
Que un espíritu muestran levantado
En cien mil ingeniosas arduas pruebas
Por sabio, conocido, y estimado,
Hacen que DON FRANCISCO DE LAS CUEVAS
Por mí sea dignamente celebrado,
En tanto que la fama pregonera
No detuviere su veloz carrera.
Quisiera rematar mi dulce canto
En tal sazon, pastores, con loaros
Un ingenio que al mundo pone espanto,
Y que pudiera en éxtasis robaros:
En él cifro y recojo todo cuanto
He mostrado hasta aquí, y he de mostraros;
FRAY LUIS DE LEON es el que digo,
A quien yo reverencio, adoro y sigo.
¿Qué modos, qué caminos, ó qué vias
De alabar buscaré para que el nombre
Viva mil siglos de aquel gran MATIAS,
Que DE ZUNIGA tiene el sobrenombre?
A él se den las alabanzas mias,
Que aunque yo soy divina, y él es hombre,
Por ser su ingenio como lo es divino,
De mayor honra y alabanza es dino.
Volved el presuroso pensamiento
A las riberas de Pisuerga bellas,
Vereis que aumentan este rico cuento
Claros ingenios con quien se honran ellas:

Ellas no solo, sino el firmamento
Do lucen las clarificas estrellas,
Honrarse puede bien cuando consigo
Tenga allá los varones que aquí digo.
Vos, DAMASIO DE FRIAS, podeis solo
Loaros á vos mismo, pues no puede
Hacer, aunque os alabe el mismo Apolo,
Que en tan justo loor corto no quede:
Vos sois el cierto y el seguro polo,
Por quien se guia aquel que le sucede
En el mar de las ciencias buen pasaje,
Propicio viento, y puerto en su viaje.
ANDRES SANZ DE PORTILLO, tú me envia
Aquel aliento con que Febo mueve
Tu sabia pluma y alta fantasía,
Porque te dé el loor que se te debe:
Que no podrá la ruda lengua mia,
Por mas caminos que aquí tiente y pruebe,
Hallar alguno así, cual le deseo,
Para loar lo que en tí siento y veo.
Felicísimo ingenio, que te encumbras,
Sobre el que mas Apolo ha levantado,
Y con tus claros rayos nos alumbras,
Y sacas del camino mas errado:
Y aunque ahora con ella me deslumbras,
Y tienes á mi ingenio alborotado,
Yo te doy sobre muchos palma y gloria,
Pues á mí me la has dado, dotor SORIA.
Si vuestras obras son tan estimadas,
Famoso CANTORAL, en toda parte,
Serán mis alabanzas escusadas,
Si en nuevo modo no os alabo y arte:
Con las palabras mas calificadas,
Con cuanto ingenio el cielo en mí reparte,
Os admiro y alabo aquí callando,
Y llego do llegar no puedo hablando.
Tú, GERONIMO BACA Y DE QUIÑONES,
Si tanto me he tardado en celebrarte,
Mi pasado descuido me perdones
Con la enmienda que ofrezco de mi parte:
De hoy mas en claras voces y pregones,
En la cubierta y descubierta parte
Del ancho mundo haré con clara llama
Lucir tu nombre, y extender tu fama.
Tu verde y rico márgen, no de nebro
Ni de cipres funesto enriquecido,
Claro, abundoso y conocido Hebro,
Sino de lauro y mirto florecido:
Ahora como puedo te celebro,
Celebrando aquel bien que ha concedido
El cielo á tus riberas, pues en ellas
Moran ingenios claros mas que estrellas.

Serán testigo desto dos hermanos,
Dos luceros, dos soles de poesía,
A quien el cielo con abiertas manos
Dió cuanto ingenio y arte dar podia:
Edad temprana, pensamientos canos,
Maduro trato, humilde fantasía
Labran eterna y dina laureola
A LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.
Con santa envidia y competencia santa
Parece que el menor hermano aspira
A igualar al mayor, pues se adelanta,
Y sube do no llega humana mira:
Por esto escribe, y mil sucesos canta
Con tan suave y acordada lira,
Que este BARTOLOMÉ menor merece
Lo que al mayor LUPERCIO se le ofrece.
Si el buen principio y medio da esperanza
Que el fin ha de ser raro y excelente
En cualquier caso, ya mi ingenio alcanza
Que el tuyo has de encumbrar, COSME PARIENTE;
Y así puedes con cierta confianza
Prometer á tu sabia honrosa frente
La corona, que tiene merecida
Tu claro ingenio, tu inculpable vida.
En soledad del cielo acompañado
Vives, o gran MORILLO, y allí muestras
Que nunca dejan tu cristiano lado
Otras musas mas santas y mas diestras:
De mis hermanas fuiste alimentado,
Y ahora en pago dello nos adiestras,
Y enseñas á cantar divinas cosas,
Gratas al cielo, y al suelo provechosas.
Turia, tú que otra vez con voz sonora
Cantaste de tus hijos la excelencia,
Si gustas de escuchar la mia ahora
Formada, no en envidia ó competencia,
Oirás cuanto tu fama se mejora
Con los que yo diré, cuya presencia,
Valor, virtud, ingenio, te enriquecen
Y sobre el Gindo ó Gange te engrandecen.
O tú, DON JUAN COLOMA, en cuyo seno
Tanta gracia del cielo se ha encerrado,
Que á la envidia pusiste en duro freno,
Y en la fama mil lenguas has criado,
Con que del gentil Tajo al fértil reino
Tu nombre, y tu valor va levantado:
Tú, CONDE DE ELDA, en todo tan dichoso,
Haces el Turia mas que el Po famoso.
Aquel en cuyo pecho abunda y llueve
Siempre una fuente que es por él divina,
Y á quien el coro de sus lumbres mueve
Como á señor, con gran razon se inclina:

A quien único nombre se le debe
De la etiope hasta la gente austrina,
DON LUIS GARCERAN es sin segundo
Maestre de Montesa, y bien del mundo.
Merece bien en este insigne valle
Lugar ilustre, asiento conocido,
Aquel á quien la fama quiere dalle
El nombre que su ingenio ha merecido:
Tenga cuidado el cielo de loalle,
Pues es del cielo su valor crecido,
El cielo alabe lo que yo no puedo
Del sabio DON ALONSO REBOLLEDO.
Alzas, dotor FALCON, tan alto vuelo,
Que al águila caudal atras te dejas,
Pues te remontas con tu ingenio al cielo,
Y deste valle mísero te alejas:
Por eso temo, y con razon recelo
Que aunque te alabe, formarás mil quejas
De mí porque en tu loa noche y dia
No se ocupa la voz y lengua mia.
Si tuviera, cual tiene la fortuna,
La dulce poesía varia rueda,
Ligera y mas movible que la luna,
Que ni estuvo, ni está, ni estará queda:
En ella sin hacer mudanza alguna
Pusiera solo á MICER ARTIEDA,
Y el mas alto lugar siempre ocupara,
Por ciencias, por ingenio y virtud rara.
Todas cuantas bien dadas alabanzas
Diste á raros ingenios, o GIL POLO,
Tú las mereces solo y las alcanzas,
Tú las alcanzas y mereces solo:
Ten ciertas y seguras esperanzas,
Que en este valle un nuevo mauseolo
Te harán estos pastores, do guardadas
Tus cenizas serán y celebradas.
CRISTOVAL DE VIRUES, pues se adelanta
Tu ciencia y valor tanto á tus años,
Tú mesmo aquel ingenio y virtud canta
Con que huyes del mundo los engaños:
Tierra dichosa, y bien nacida planta,
Yo haré que en propios reinos y en estraños
El fruto de tu ingenio levantado
Se conozca, se admire y sea estimado.
Si conforme al ingenio que nos muestra
SILVESTRE DE ESPINOSA, así se hubiera
De loar, otra voz mas viva y diestra,
Mas tiempo y mas caudal menester fuera:
Mas pues la mia á su intencion adiestra,
Yo le daré por paga verdadera
Con el bien que del dios de Delo tiene
El mayor de las aguas de Hipocrene.

Entre estos como Apolo venir veo
Hermoseando al mundo con su vista
Al discreto galan GARCIA ROMERO,
Dignísimo de estar en esta lista:
Si la hija del húmido Peneo,
De quien ha sido Ovidio coronista,
En campos de Tesalia le hallara,
En él y no en laurel se transformara.
Rompe el silencio y santo encerramiento,
Traspasa el aire, al cielo se levanta
De FRAY PEDRO DE HUETE, aquel acento
De su divina musa, heróica y santa:
Del alto suyo raro entendimiento
Cantó la fama, ha de cantar y canta,
Llevando para dar al mundo espanto
Sus obras por testigo de su canto.
Tiempo es ya de llegar al fin postrero,
Dando principio á la mayor hazaña
Que jamas emprendí, la cual espero
Que ha de mover al blando Apolo á saña:
Pues con ingenio rústico y grosero
A dos soles que alumbran nuestra España,
No solo á España, mas al mundo todo
Pienso loar, aunque me falte el modo.
De Febo la sagrada honrosa ciencia,
La cortesana discrecion madura,
Los bien gastados años, la experiencia,
Que mil sanos consejos asegura,
La agudeza de ingenio, el advertencia
En apuntar y en descubrir la escura
Dificultad y duda que se ofrece,
Es estos soles dos solo florece.
En ellos un epílogo, pastores,
Del largo canto mio, ahora hago,
Y á ellos enderezo los loores,
Cuantos habeis oido, y no los pago:
Que todos los ingenios son deudores
A estos, de quien yo me satisfago,
Satisfácese dellos todo el suelo,
Y aun los admira, porque son del cielo.
Estos quiero que den fin á mi canto,
Y á una nueva admiracion comienzo,
Y si pensais que en esto me adelanto,
Cuando os diga quien son, vereis que os venzo:
Por ellos hasta el cielo me levanto,
Y sin ellos me corro y me avergüenzo,
Tal es LAINEZ, tal es FIGUEROA,
Dignos de eterna y de incesable loa.

No habia aun bien acabado la hermosa ninfa los últimos acentos de su sabroso canto, cuando tornándose á juntar las llamas que divididas estaban, la cerraron en medio, y luego poco á poco con-

sumiéndose, en breve espacio desapareció el ardiente fuego, y la discreta musa delante de los ojos de todos, á tiempo que ya la clara aurora comenzaba á descubrir sus frescas y rosadas mejillas por el espacioso cielo, dando alegres muestras del venidero dia. Y luego el venerable Telesio, poniéndose encima de la sepultura de Meliso, y rodeado de toda la agradable compañía que allí estaba, prestándole todos una agradable atencion y estraño silencio, desta manera comenzó á decirles : Lo que esta pasada noche en este mismo lugar, y por vuestros ojos habeis visto, discretos y gallardos pastores, y hermosas pastoras, os habrá dado á entender cuan acepta es al cielo la loable costumbre que tenemos de hacer estos añales sacrificios y honrosas obsequias, por las felices almas de los cuerpos que por decreto vuestro en este famoso valle tener sepultura merecieron. Digoos esto, amigos mios, porque de aqui adelante, con mas fervor y diligencia acudais á poner en efeto tan santa y famosa obra, pues ya veis de cuan raros y altos espíritus nos ha dado noticia la bella Caliope, que todos son dinos no solo de las vuestras, pero de todas las posibles alabanzas : y no penseis que es pequeño el gusto que he recibido en saber por tan verdadera relacion cuan grande es el número de los divinos ingenios que en nuestra España hoy viven; porque siempre ha estado y está en opinion de todas las naciones extrangeras que no son muchos, sino pocos los espíritus que en la ciencia de la poesía, en ella muestran que le tienen levantado : siendo tan al reves como se parece, pues cada uno de los que la ninfa ha nombrado, al mas agudo extranjero se aventaja, y darian claras muestras dello, si en esta nuestra España se estimase en tanto la poesía como en otras provincias se estima : y así por esta causa los insignes y claros ingenios que en ella se aventajan, con la poca estimacion que dellos los principes y el vulgo hacen, con solos sus entendimientos comunican sus altos y estraños conceptos, sin osar publicarlos al mundo, y tengo para mí que el cielo debe de ordenarlo desta manera, porque no merece el mundo, ni el mal considerado siglò nuestro gozar de manjares al alma tan gustosos : mas porque me parece, pastores, que el poco sueño desta pasada noc he y las largas ceremonias nuestras os tendrán algun tanto fatigados y deseosos de reposo, será bien que haciendo lo poco que nos falta para cumplir nuestro intento, cada uno se vuelva á su cabaña ó al aldea, llevando en la memoria lo que la musa nos deja encomendado : y en diciendo esto se abajó de la sepultura, y tornándose á coronar de nuevas y funestas ramas, tornó á rodear la pira tres veces, siguiéndole todos, y acompañándole en él algunas devotas oraciones que decia. Esto acabado, teniéndole todos en medio, volvió el grave rostro á una y otra parte, y bajando la cabeza, y mostrando agradecido semblante, y amorosos ojos, se despidió de toda la compañía : la cual yéndose, quien por una, y quien por otra parte de las cuatro salidas que aquel sitio tenia, en poco espacio se deshizo y dividió toda, quedando solos los del aldea

de Aurelio, y con ellos Timbrio, Silerio, Nisida y Blanca, con los famosos pastores, Elicio, Tirsi, Damon, Lauso, Erastro, Daranio, Arsindo, y los cuatro lastimados Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, con las pastoras Galatea, Florisa, Silveria, y su amiga Belisa, por quien Marsilio moria. Juntos pues todos estos, el venerable Aurelio les dijo que seria bien partirse luego de aquel lugar, para llegar á tiempo de pasar la siesta en el arroyo de las palmas, pues tan acomodado sitio era para ello. A todos pareció bien lo que Aurelio decia, y luego con reposados pasos hácia donde él dijo se encaminaron. Mas como la hermosa vista de la pastora Belisa no dejase reposar los espíritus de Marsilio, quisiera él, si pudiera, y le fuera lícito, llegarse á ella, y decirle la sinrazon que con él usaba : mas por no perder el decoro que á la honestidad de Belisa se debia, estábase el triste mas mudo de lo que habia menester su deseo. Los mismos efetos y accidentes hacia amor en las almas de los enamorados Elicio y Erastro, que cada cual por si quisiera decir á Galatea lo que ya ella bien sabia. A esta sazon dijo Aurelio : No me parece bien, pastores, que os mostreis tan avaros, que no querais corresponder y pagar lo que debeis á las calandrias y ruiseñores, y á los otros pintados pajarillos, que por entre estos árboles con su no aprendida y maravillosa armonía os van entreteniendo y regocijando : tocad vuestros instrumentos, y levantad vuestras sonoras voces, y mostraldes que el arte y destreza vuestra en la música á la natural suya se aventaja; y con tal entretenimiento, sentiremos menos la pesadumbre del camino y los rayos del sol, que ya parece que van amenazando el rigor con que esta siesta han de herir la tierra. Poco fué menester para ser Aurelio obedecido, porque luego Erastro tocó su zampoña, y Arsindo su rabel, al son de los cuales instrumentos, dando todos la mano á Elicio, él comenzó á cantar desta manera :

ELICIO. Por lo imposible peleo,
Y si quiero retirarme,
Ni paso ni senda veo,
Que hasta vencer ó acabarme
Tras sí me lleva el deseo :
Y aunque sé que aquí es forzoso
Antes morir que vencer,
Cuando estoy mas peligroso
Entonces vengo á tener
Mayor fe en lo mas dudoso.
El cielo que me condena
A no esperar buena andanza,
Me da siempre á mano llena
Sin las obras de esperanza,
Mil certidumbres de pena :
Mas mi pecho valeroso
Que se abrasa y se resuelve
En vivo fuego amoroso,

En contracambio le vuelve
Mayor fe en lo mas dudoso.
Inconstancia, firme duda,
Falsa fe, cierto temor,
Voluntad de amor desnuda,
Nunca turban el amor
Que de firme no se muda:
Vuele el tiempo presuroso,
Suceda ausencia ó desden,
Crezca el mal, mengüe el reposo,
Que yo tendré por mi bien
Mayor fe en lo mas dudoso.
¿No es conocida locura,
Y notable desvarío,
Querer yo lo que ventura
Me niega y el hado mio,
Y la suerte no asegura?
De todo estoy temeroso,
No hay gusto que me entretenga,
Y en trance tan peligroso,
Me hace el amor que tenga
Mayor fe en lo mas dudoso.
Alcanzo de mi dolor
Que está en tal término puesto,
Que llega donde el amor,
Y el imaginar en esto
Tiempla en parte su rigor:
De pobre y menesteroso
Doy á la imaginacion
Alivio tan congojoso,
Porque tenga el corazon
Mayor fe en lo mas dudoso.
Y mas agora que vienen
De golpe todos los males,
Y para que mas me penen,
Aunque todos son mortales,
En la vida me entretienen:
Mas en fin, un fin hermoso
Nuestra vida en honra sube,
El mio me hará famoso,
Porque en muerte y vida tuve
Mayor fe en lo mas dudoso.

Parecióle á Marsilio, que lo que Elicio habia cantado, tan á su propósito hacia, que quiso seguirle en el mesmo concepto, y asi sin esperar que otro le tomase la mano, al son de los mesmos instrumentos desta manera comenzó á cantar:

MARSILIO. Cuán fácil cosa es llevarse
El viento las esperanzas,
Que pudieron fabricarse
De las vanas confianzas

Que suelen imaginarse:
Todo concluye y fenece
Las esperanzas de amor,
Los medios que el tiempo ofrece,
Mas en el buen amador
Sola la fe permanece.
Ella á mí tal fuerza alcanza,
Que á pesar de aquel desden,
Lleno de desconfianza,
Siempre me asegura un bien
Que sustenta la esperanza:
Y aunque el amor desfallece
En el blanco airado pecho
Que tanto mis males crece,
En el mio á su despecho
Sola la fe permanece.
Sabes, amor, tú, que cobras
Tributo de mi fe cierta,
Y tanto en cobrar le sobras,
Que mi fe nunca fué muerta,
Pues se aviva con mis obras:
Y sabes bien que descrece
Toda mi gloria y contento
Cuanto mas tu furia crece,
Y que en mi alma de asiento
Sola la fe permanece.
Pero si es cosa notoria,
Y no hay poner duda en ella
Que la fe no entra en la gloria,
Yo que no estaré sin ella,
¿Qué triunfo espero, ó vitoria?
Mi sentido desvanece,
Con el mal que se figura
Todo el bien desaparece,
Y entre tanta desventura
Sola la fe permanece.

Con un profundo sospiro dió fin á su canto el lastimado Marsilio: y luego Erastro dando su zampoña sin mas detenerse desta manera comenzó á cantar:

ERASTRO. En el mal que me lastima,
Y en el bien de mi dolor
Es mi fe de tanta estima,
Que ni huye del temor,
Ni á la esperanza se arrima:
No la turba ó desconcierta
Ver que está mi pena cierta
En su difícil subida,
Ni que consumen la vida
Fe viva, esperanza muerta.
Milagro es este en mi mal,

Mas eslo, porque mi bien,
Si viene, venga á ser tal,
Que entre mil bienes le den
La palma por principal:
La fama con lengua esperta
Dé al mundo noticia cierta,
Que el firme amor se mantiene
En mi pecho, adonde tiene
Fe viva, esperanza muerta.
Vuestro desden riguroso
Y mi humilde merecer
Me tienen tan temeroso,
Que ya que os supe querer,
Ni puedo hablaros, ni oso:
Veo de contino abierta
A mi desdicha la puerta,
Y que acabo poco á poco,
Porque con vos valen poco
Fe viva, esperanza muerta.
No llega á mi fantasía
Un tan loco devaneo,
Como es pensar que podria
El menor bien que deseo,
Alcanzar por la fe mia:
Podeis, pastora, estar cierta,
Que el alma rendida acierta
A amaros cual mereceis:
Pues siempre en ella hallareis
Fe viva, esperanza muerta.

Calló Erastro; y luego el ausente Crisio al son de los mesmos instrumentos desta suerte comenzó á cantar:

CRISIO. Si á las veces desespera
Del bien la firme aficion,
Quien desmaya en la carrera
De la amorosa pasion,
¿Qué fruto, ó qué premio espera?
Yo no sé quien se asegura
Gloria, gustos y ventura
Por un ímpetu amoroso,
Si en él y en el mas dichoso
No es fe la fe que no dura.
En mil trances ya sabidos
Se han visto, y en los amores
Los soberbios y atrevidos,
Al principio vencedores,
Y á la fin quedar vencidos:
Sabe el que tiene cordura,
Que en la firmeza se apura
El triunfo de la batalla,
Y sabe que aunque se halla,
No es fe la fe que no dura.

de Aurelio, y con ellos Timbrio, Silerio, Nisida y Blanca, con los famosos pastores, Elicio, Tirsi, Damon, Lauso, Erastro, Daranio, Arsindo, y los cuatro lastimados Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, con las pastoras Galatea, Florisa, Silveria, y su amiga Belisa, por quien Marsilio moria. Juntos pues todos estos, el venerable Aurelio les dijo que seria bien partirse luego de aquel lugar, para [illegible] el ganado siesta en el arroyo de las palmas, pues tan

En el que quisiere amar,
No mas de por su contento,
Es imposible durar
En su vano pensamiento
La fe que se ha de guardar:
Si en la mayor desventura
Mi fe tan firme y segura
Como en el bien no estuviera,
Yo mismo della dijera,
No es fe la fe que no dura.
El ímpetu y ligereza
De un nuevo amador insano,
Los llantos y la tristeza
Son nubes que en el verano
Se deshacen con presteza:
No es amor el que le apura,
Sino apetito y locura,
Pues cuando quiere, no quiere:
No es amante el que no muere,
No es fe la fe que no dura.

A todos pareció bien la órden que los pastores en sus canciones guardaban, y con deseo atendian á que Tirsi, ó Damon comenzasen; mas presto se les cumplió Damon, pues en acabando Crisio, al son de su mesmo rabel cantó desta manera:

DAMON. Amarili ingrata y bella,
¿Quién os podrá enternecer,
Si os vienen á endurecer
Las ansias de mi querella,
Y la fe de mi querer?
Bien sabeis, pastora, vos,
Que en el amor que mantengo,
A tan alto extremo vengo,
Que despues de la de Dios,
Sola es fe la fe que os tengo.
Y puesto que subo tanto
En amar cosa mortal,
Tal bien encierra mi mal,
Que al alma por él levanto
A su patria natural:
Por esto conozco y sé
Que tal es mi amor tan luengo,
Como muero y me entretengo,
Y que si en amor hay fe,
Sola es fe la fe que os tengo.

Remedio al mal que sostengo,
Y si á pedírosle vengo,
Es, Amarili, porque
Sola es fe la fe que os tengo.
En el mar de mi tormenta
Jamas he visto bonanza,
Y aquella alegre esperanza
Con quien la fe se sustenta
De la mia no se alcanza:
Del amor y de fortuna
Me quejo, mas no me vengo,
Pues por ellas á tal vengo,
Que sin esperanza alguna
Sola es fe la fe que os tengo.

El canto de Damon acabó de confirmar en Timbrio y en Silerio la buena opinion que del raro ingenio de los pastores que allí estaban habian concebido; y mas cuando á persuasion de Tirsi y de Elicio, el ya libre y desdeñoso Lauso al son de la flauta de Arsindo soltó la voz en semejantes versos:

LAUSO. Rompió el desden tus cadenas,
Falso amor, y á mi memoria
El mesmo ha vuelto la gloria
De la ausencia de tus penas:
Llame mi fe quien quisiere
Antojadiza y no firme,
Y en su opinion me confirme
Como mas le pareciere.
Diga que presto olvidé,
Y que de un sotil cabello,
Que un soplo pudo rompello,
Colgada estaba mi fe:
Diga, que fueron fingidos
Mis llantos y mis sospiros,
Y que del amor los tiros
No pasaron mis vestidos.
Que no el ser llamado vano,
Y mudable me atormenta,
A trueco de ver exenta
Mi cerviz del yugo insano,
Sé yo bien quien es Silena
Y su condicion estraña,
Y que asegura y engaña
Su apacible faz serena.
A su estraña gravedad
Y á sus bajos bellos ojos
No es mucho dar los despojos
De cualquiera voluntad:
Esto en la vista primera,
Mas despues de conocida,

Por no verla dar la vida,
Y mas, si mas se pudiera.
Silena del cielo y mia
Muchas veces la llamaba,
Porque tan hermosa estaba,
Que del cielo parecia:
Mas ahora sin recelo,
Mejor la podré llamar
Sirena falsa del mar,
Que no Silena del cielo.
Con los ojos, con la pluma,
Con las veras y los juegos
De amantes vanos y ciegos
Prende innumerable suma:
Siempre es primero el postrero:
Mas el mas enamorado,
Al cabo es tan mal tratado,
Cuanto querido primero.
¡Oh cuánto mas se estimara
De Silena la hermosura,
Si el proceder y cordura
A su belleza igualara!
No le falta discrecion,
Mas empléala tan mal,
Que le sirve de dogal
Que ahoga su presuncion.
Y no hablo de corrido,
Pues seria apasionado;
Pero hablo de engañado,
Y sin razon ofendido:
Ni me ciega la pasion,
Ni el deseo de su mengua,
Que siempre siguió mi lengua
Los términos de razon.
Sus muchos antojos varios,
Su mudable pensamiento
Le vuelven cada momento
Los amigos en contrarios:
Y pues hay por tantos modos
Enemigos de Silena,
O ella no es toda buena,
O son ellos malos todos.

Acabó Lauso su canto, y aunque él creyó que ninguno le entendia por ignorar el disfrazado nombre de Silena, mas de tres de los que allí iban la conocieron, y aun se maravillaron que la modestia de Lauso á ofender alguno se extendiese, principalmente á la disfrazada pastora de quien tan enamorado le habian visto. Pero en la opinion de Damon su amigo, quedó bien disculpado, porque conocia el término de Silena, y sabia el que con Lauso habia usado, y de lo que no dijo se maravillaba. Acabó, como se ha dicho,

Lauso : y como Galatea estaba informada del extremo de la voz de Nisida, quiso por obligarla cantar ella primero; y por esto antes que otro pastor comenzase, haciendo señal á Arsindo que en tañer su flauta procediese, al son della con su extremada voz cantó desta manera :

GALATEA. Tanto cuanto el amor convida y llama
Al alma con sus gustos de aparencia,
Tanto mas huye su mortal dolencia
Quien sabe el nombre que le da la fama.
Y el pecho opuesto á su amorosa llama
Armado de una honesta resistencia,
Poco puede empecerle su inclemencia,
Poco su fuego y su rigor le inflama.
Segura está quien nunca fué querida
Ni supo querer bien, de aquella lengua
Que en su deshonra se adelgaza y lima.
Mas si el querer y el no querer da mengua,
¿En qué ejercicios pasará la vida
La que mas que el vivir la honra estima?

Bien se echó de ver en el canto de Galatea, que respondia al malicioso de Lauso, y que no estaba mal con las voluntades libres, sino con las lenguas maliciosas y los ánimos dañados, que en no alcanzando lo que quieren, convierten el amor, que en un tiempo mostraron, en un odio malicioso y detestable, como ella en Lauso imaginaba; pero quizá saliera deste engaño, si la buena condicion de Lauso conociera, y la mala de Silena no ignorara. Luego que Galatea acabó de cantar, con corteses palabras rogó á Nisida que lo mismo hiciese. La cual como era tan comedida como hermosa, sin hacerse de rogar, al son de la zampoña de Florisa cantó desta suerte :

NISIDA. Bien puse yo valor á la defensa
Del duro encuentro y amoroso asalto,
Bien levanté mi presuncion en alto
Contra el rigor de la notoria ofensa,
Mas fué tan reforzada y tan intensa
La batería, y mi poder tan falto,
Que sin cogerme amor de sobresalto
Me dió á entender su potestad inmensa.
Valor, honestidad, recogimiento,
Recato, ocupacion, esquivo pecho,
Amor con poco premio lo conquista.
Ansí que para huir el vencimiento
Consejos jamas fueron de provecho,
Desta verdad testigo soy de vista.

Cuando Nisida acabó de cantar, y acabó de admirar á Galatea, y á los que escuchado la habian, estaban ya bien cerca del lugar adonde tenian determinado de pasar la siesta. Pero en aquel poco espacio le tuvo Belisa para cumplir lo que Silveria le rogó, que fu

que algo cantase: la cual, acompañándola el son de la flauta de Arsindo, cantó lo que se sigue:

BELISA. Libre voluntad exenta,
Atended á la razon
Que nuestro crédito aumenta,
Dejad la vana aficion
Engendradora de afrenta:
Que cuando el alma se encarga
De alguna amorosa carga,
A su gusto es cualquier cosa
Composicion venenosa
Con jugo de adelfa amarga.
Por la mayor cantidad
De la riqueza subida
En valor y en calidad,
No es bien dada ni vendida
La preciosa libertad:
¿Pues quién se pondrá á perdella
Por una simple querella
De un amador porfiado,
Si cuanto bien hay criado
No se compara con ella?
Si es insufrible dolor
Tener en prision esquiva
El cuerpo libre de amor,
¿Tener el alma captiva
No será pena mayor?
Sí será, y aun de tal suerte,
Que remedio á mal tan fuerte
No se halla en la paciencia,
En años, valor ó ciencia,
Porque solo está en la muerte.
Vaya pues mi sano intento
Lejos deste desvarío,
Huiga tan falso contento,
Rija mi libre albedrío
A su modo el pensamiento:
Mi tierna cerviz exenta
No permita, ni consienta
Sobre sí el yugo amoroso,
Por quien se turba el reposo,
Y la libertad se ausenta.

Al alma del lastimado Marsilio llegaron los libres versos de la pastora, por la poca esperanza que sus palabras prometian de ser mejoradas sus obras; pero como era tan firme la fe con que la amaba, no pudieron las notorias muestras de libertad que habia oido hacer, que él no quedase tan sin ella como hasta entonces estaba. Acabóse en esto el camino de llegar al arroyo de las palmas, y aunque no llevaran intencion de pasar allí la siesta, en llegando á él, y en viendo la comodidad del hermoso sitio, él mismo á no

pasar adelante les forzara. Llegados pues á él, luego el venerable Aurelio ordenó que todos se sentasen junto al claro y espejado arroyo, que por entre la menuda yerba corria, cuyo nacimiento era al pié de una altísima y antigua palma (que por no haber en todas las riberas de Tajo sino aquella, y otra que junto á ella estaba, aquel lugar y arroyo el de las palmas era llamado), y despues de sentados, con mas voluntad y llaneza, que de costosos manjares, de los pastores de Aurelio fueron servidos, satisfaciendo la sed con las claras y frescas aguas que el limpio arroyo les ofrecia; y en acabando la breve y sabrosa comida, algunos de los pastores se dividieron y apartaron á buscar algun apartado y sombrío lugar, donde restaurar pudiesen las no dormidas horas de la pasada noche: y solo se quedaron solos los de la compañía y aldea de Aurelio, con Timbrio, Silerio, Nisida y Blanca, Tirsi y Damon, á quien les pareció ser mejor gustar de la buena conversacion que allí se esperaba, que de cualquier otro gusto que el sueño ofrecerles podia. Adivinada pues y casi conocida esta su intencion de Aurelio, les dijo: Bien será, señores, que los que aquí estamos, ya que entregarnos al dulce sueño no habemos querido, que este tiempo que le hurtamos, no dejemos de aprovecharle en cosa que mas de nuestro gusto sea, y la que á mí me parece, que no podrá dejar de dárnosle, es que cada cual, como mejor supiere, muestre aquí la agudeza de su ingenio, proponiendo alguna prégunta, ó enigma, á quien esté obligado á responder el compañero que á su lado estuviere; pues con este ejercicio se grangearán dos cosas, la una pasar con menos enfado las horas que aquí estuvieremos; la otra no cansar tanto nuestros oidos con oir siempre lamentaciones de amor, y endechas enamoradas. Conformáronse todos luego con la voluntad de Aurelio, y sin mudarse del lugar do estaban, el primero que comenzó á preguntar, fué el mesmo Aurelio, diciendo desta manera:

AURELIO. ¿Cuál es aquel poderoso
Que desde oriente á ocidente
Es conocido y famoso?
A veces fuerte y valiente,
Otras flaco y temeroso:
Quita y pone la salud,
Muestra y cubre la virtud
En muchos mas de una vez,
Es mas fuerte en la vejez
Que en la alegre juventud.
Múdase en quien no se muda
Por estraña preeminencia,
Hace temblar al que suda,
Y á la mas rara elocuencia
Suele tornar torpe y muda:
Con diferentes medidas
Mide su ser y su nombre,

Y suele tomar renombre
De mil tierras conocidas.
Sin armas vence al armado,
Y es forzoso que le venza,
Y aquel que mas le ha tratado
Mostrando tener vergüenza,
Es el mas desvergonzado:
Y es cosa de maravilla,
Que en el campo y en la villa,
A capitan de tal prueba
Cualquier hombre se le atreva,
Aunque pierda en la rencilla.

Tocó la respuesta desta pregunta al anciano pastor Arsindo, que junto á Aurelio estaba; y habiendo un poco considerado lo que significar podia, al fin le dijo: Paréceme, Aurelio, que la edad nuestra nos fuerza á andar mas enamorados de lo que significa tu pregunta, que no de la mas gallarda pastora que se nos pueda ofrecer, porque si no me engaño, el poderoso y conocido que dices, es el vino, y en él cuadran todos los atributos que le has dado. Verdad dices, Arsindo, respondió Aurelio, y estoy para decir que me pesa de haber propuesto pregunta que con tanta facilidad haya sido declarada; mas di tú la tuya, que al lado tienes quien te la sabrá desatar por mas añudada que venga. Que me place, dijo Arsindo: luego propuso la siguiente:

ARSINDO. ¿Quién es quien pierde el color
Donde se suele avivar,
Y luego torna á cobrar
Otro mas vivo y mejor?
Es pardo en su nacimiento,
Y despues negro atezado,
Y al cabo tan colorado
Que su vista da contento:
No guarda fueros ni leyes,
Tiene amistad con las llamas,
Visita á tiempos las camas
De señores y de reyes:
Muerto se llama varon,
Y vivo hembra se nombra;
Tiene el aspecto de sombra,
De fuego la condicion.

Era Damon el que al lado de Arsindo estaba, el cual apenas habia acabado Arsindo su pregunta, cuando le dijo: Paréceme, Arsindo, que no es tan escura tu demanda como lo que significa, porque si mal no estoy en ella, el carbon es por quien dices que muerto se llama varon, y encendido y vivo brasa, que es nombre de hembra, y todas las demas partes le convienen en todo como esta: y si quedas con la misma pena que Aurelio, por la facilidad con que tu pregunta ha sido entendida, yo os quiero tener compañia en ella, pues

Tirsi, á quien toca responderme, nos hará iguales, y luego dijo la suya :

DAMON. ¿Cuál es la dama polida,
Aseada y bien compuesta,
Temerosa y atrevida,
Vergonzosa y deshonesta,
Y gustosa y desabrida?
Si son muchas, porque asombre;
Mudan de muger el nombre
En varon, y es cierta ley
Que va con ellas el rey,
Y las lleva cualquier hombre.

Bien es, amigo Damon, dijo luego Tirsi, que salga verdadera tu porfía, y que quedes con la pena de Aurelio y Arsindo, si alguna tienen; porque te hago saber, que sé que lo que encubre tu pregunta, es la carta, y el pliego de cartas. Concedió Damon lo que Tirsi dijo. Y luego Tirsi propuso desta manera :

TIRSI. ¿Quién es la que es toda ojos
De la cabeza á los piés,
Y á veces sin su interes
Causa amorosos enojos?
Tambien suele aplacar riñas,
Y no le va ni le viene,
Y aunque tantos ojos tiene
Descubre muy pocas niñas :
Tiene nombre de un dolor
Que se tiene por mortal,
Hace bien y hace mal,
Enciende y templa el amor.

En confusion puso á Elicio la pregunta de Tirsi, porque á él tocaba responder á ella, y casi estuvo por darse, como dicen, por vencido; pero á cabo de poco vino á decir, que era la celosía, y concediéndolo Tirsi, luego Elicio preguntó lo siguiente :

ELICIO. Es muy escura y es clara,
Tiene mil contrariedades,
Encúbrenos las verdades,
Y al cabo nos las declara :
Nace á veces de donaire,
Otras de altas fantasías,
Y suele engendrar porfías,
Aunque trate cosas de aire.
Sabe su nombre cualquiera,
Hasta los niños pequeños,
Son muchas y tienen dueños
De diferente manera :
No hay vieja que no se abrace
Con una destas señoras,

Son de gusto algunas horas,
Cual cansa, cual satisface.
Sabios hay que se desvelan
Por sacarles los sentidos,
Y algunos quedan corridos,
Cuanto mas sobre ello velan;
Cual es necia, cual curiosa,
Cual fácil, cual intrincada,
Pero sea, ó no sea nada,
Decidme, qué es cosa y cosa.

No podia Timbrio atinar con lo que significaba la pregunta de Elicio, y casi comenzó á correrse de ver que mas que otro alguno se tardaba en la respuesta, mas ni aun por eso venia en el sentido della; y tanto se detuvo, que Galatea, que estaba despues de Nisida, dijo: Si vale á romper la órden que está dada y puede responder el que primero supiere, yo por mi digo, que sé lo que significa la propuesta enigma, y estoy por declararla, si el señor Timbrio me da licencia. Por cierto, hermosa Galatea, respondió Timbrio, que conozco yo, que asi como á mi me falta, os sobra á vos ingenio para aclarar mayores dificultades: pero con todo eso quiero que tengais paciencia, hasta que Elicio la torne á decir; y si desta vez no la acertare, confirmárseha con mas veras la opinion que de mi ingenio y del vuestro tengo. Tornó Elicio á decir su pregunta; y luego Timbrio declaró lo que era, diciendo: Con lo mesmo que yo pensé que tu demanda, Elicio, se escurecia, con eso mesmo me parece que se declara, pues el último verso dice: te digan qué es cosa y cosa. Y asi yo te respondo á lo que me dices, y digo que tu pregunta es, el que es cosa y cosa; y no te maravilles haberme tardado en la respuesta, porque mas me maravillara yo de mi ingenio, si mas presto respondiera: el cual mostrará quien es en el poco artificio de mi pregunta, que es esta.

TIMBRIO. ¿Quién es el que á su pesar
Mete sus piés por los ojos,
Y sin causarles enojos
Les hace luego cantar?
El sacarlos es de gusto,
Aunque á veces quien los saca
No solo su mal no aplaca,
Mas cobra mayor disgusto.

A Nisida tocaba responder á la pregunta de Timbrio, mas no fué posible que la adevinasen ella, ni Galatea que se le seguian. Y viendo Orompo que las pastoras se fatigaban en pensar lo que significaba, les dijo: No os canseis, señoras, ni fatigueis vuestros entendimientos en la declaracion desta enigma, porque podria ser que ninguna de vosotras en toda su vida hubiese visto la figura que la pregunta encubre, y asi no es mucho que no deis en ella; que si de otra suerte fuera, bien seguros estabamos de vuestros enten-

dimientos, que en menos espacio otras mas dificultosas hubiérades declarado; y por esto, con vuestra licencia, quiero yo responder á Timbrio, y decirle que su demanda significa un hombre con grillos, pues cuando saca los piés de aquellos ojos que él dice, ó es para ser libre, ó para llevarle al suplicio: porque veais, pastoras, si tenia yo razon de imaginar, que quizá ninguna de vosotras habia visto en toda su vida cárceles ni prisiones. Yo por mí sé decir, dijo Galatea, que jamas he visto aprisionado alguno. Lo mesmo dijeron Nisida y Blanca. Y luego Nisida propuso su pregunta en esta forma:

NISIDA. Muerde el fuego, y el bocado
Es daño y bien del mordido,
No pierde sangre el herido,
Aunque se ve acuchillado:
Mas si es profunda la herida,
Y de mano que no acierte,
Causa al herido la muerte,
Y en tal muerte está su vida.

Poco se tardó Galatea en responder á Nisida, porque luego le dijo: Bien sé que no me engaño, hermosa Nisida, si digo que en ninguna cosa se puede mejor atribuir tu enigma, que á las tijeras de despabilar, y á la vela ó cirio que despabilan: y si esto es verdad, como lo es, y quedas satisfecha de mi respuesta, escucha agora la mia, que no con menos facilidad espero que será declarada de tu hermana, que yo he hecho la tuya; y luego la dijo, que fué esta:

GALATEA. Tres hijos que de una madre
Nacieron con ser perfeto,
Y de un hermano era nieto
El uno, y el otro padre;
Y estos tres tan sin clemencia
A su madre maltrataban,
Que mil puñadas le daban
Mostrando en ello su ciencia.

Considerando estaba Blanca lo que podia significar la enigma de Galatea, cuando vieron atravesar corriendo por junto al lugar donde estaban dos gallardos pastores, mostrando en la furia con que corrian, que alguna cosa de importancia les forzaba á mover los pasos con tanta ligereza, y luego en el mismo instante oyeron unas dolorosas voces, como de personas que socorro pedian: y con este sobresalto se levantaron todos, y siguieron el tino donde las voces sonaban: y á pocos pasos salieron de aquel deleitoso sitio, y dieron sobre la ribera del fresco Tajo, que por allí cerca mansamente corria, y apenas vieron el rio, cuando se les ofreció á la vista la mas estraña cosa que imaginar pudieran; porque vieron dos pastoras al parecer de gentil donaire, que tenian á un pastor asido de las faldas del pellico con toda la fuerza á ellas posible,

porque el triste no se ahogase, porque tenia ya el medio cuerpo en el rio, y la cabeza debajo del agua, forcejando con los piés por desasirse de las pastoras, que su desesperado intento estorbaban: las cuales ya casi querian soltarle, no pudiendo vencer al teson de su porfía con las débiles fuerzas suyas. Mas en esto llegaron los dos pastores que corriendo habian venido, y asiendo al desesperado, le sacaron del agua á tiempo que ya todos los demas llegaban, espantándose del estraño espectáculo, y mas lo fueron cuando conocieron que el pastor que queria ahogarse, era Galercio, el hermano de Artidoro, y las pastoras eran Maurisa su hermana y la hermosa Teolinda: las cuales como vieron á Galatea y á Florisa, con lágrimas en los ojos corrió Teolinda á abrazar á Galatea, diciendo: ¡Ay, Galatea, amiga dulce y señora mia!¡ como ha cumplido esta desdichada la palabra que te dió de volver á verte y á decirte las nuevas de su contento! De que le tengas, Teolinda, respondió Galatea, holgaré yo tanto, cuanto te lo asegura la voluntad que de mí para servirte tienes conocida; mas paréceme que no acreditan tus ojos tus palabras, ni aun ellas me satisfacen de modo, que imagine buen suceso de tus deseos. En tanto que Galatea con Teolinda esto pasaba, Elicio y Artidoro con los otros pastores habian desnudado á Galercio, y al desceñirle el pellico, que con todo el vestido mojado estaba, se le cayó un papel del seno, el cual alzó Tirsi, y abriéndole, vió que eran versos; y por no poderlos leer por estar mojados, encima de una alta rama le puso al rayo del sol, para que se enjugase. Pusieron á Galercio un gaban de Arsindo, y el desdichado mozo estaba como atónito y embelesado, sin hablar palabra alguna, aunque Elicio le preguntaba qué era la causa que á tan estraño término le habia conducido. Mas por él respondió su hermana Maurisa, diciendo: Alzad los ojos, pastores, y vereis quien es la ocasion que al desgraciado de mi hermano en tan estraños y desesperados puntos ha puesto. Por lo que Maurisa dijo, alzaron los pastores los ojos, y vieron encima de una pendiente roca que sobre el rio caia, una gallarda y dispuesta pastora, sentada sobre la mesma peña, mirando con risueño semblante todo lo que los pastores hacian. La cual fué luego de todos conocida por la cruel Gelasia. Aquella desamorada, aquella desconocida, siguió Maurisa, es, señores, la enemiga mortal deste desventurado hermano mio, el cual, como ya todas estas riberas saben y vosotros no ignorais, la ama, la quiere y la adora; y en cambio de los continuos servicios que siempre le ha hecho, y de las lágrimas que por ella ha derramado, esta mañana con el mas esquivo y desamorado desden, que jamas en la crueldad pudiera hallarse, le mandó que de su presencia se partiese, y que agora ni nunca jamas á ella tornase; y quiso tan de veras mi hermano obedecerla, que procuraba quitarse la vida, por escusar la ocasion de nunca traspasar su mandamiento; y si por dicha estos pastores tan presto no llegaran, llegado fuera ya el fin de mi alegría, y el de los dias de mi lastimado hermano. En admiracion puso lo que Mau-

risa dijo á todos los que la escucharon, y mas admirados quedaron cuando vieron que la cruel Gelasia, sin moverse del lugar donde estaba, y sin hacer cuenta de toda aquella compañia que los ojos en ella tenia puestos, con un estraño donaire y desdeñoso brio sacó un pequeño rabel de su zurron, y parándosele á templar muy despacio, á cabo de poco rato con voz en extremo buena comenzó á cantar desta manera:

GELASIA. ¿Quién dejará del verde prado umbroso
Las frescas yerbas, y las frescas fuentes?
¿Quién de seguir con pasos diligentes
La suelta liebre, ó jabalí cerdoso?
¿Quién con el son amigo y sonoroso
No detendrá las aves inocentes?
¿Quién en las horas de la siesta ardiente
No buscará en las selvas el reposo?
¿Por seguir los incendios, los temores,
Los zelos, iras, rabias, muertes, penas
Del falso amor, que tanto aflige al mundo?
Del campo son y han sido mis amores,
Rosas son y jazmines mis cadenas,
Libre nací, y en libertad me fundo.

Cantando estaba Gelasia, y en el movimiento y ademan de su rostro la desamorada condicion suya descubria; mas apenas hubo llegado al último verso de su canto, cuando se levantó con una estraña ligereza, y como si de alguna cosa espantable huyera, así comenzó á correr por la peña abajo, dejando á los pastores admirados de su condicion y confusos de su corrida. Mas luego vieron qué era la causa della con ver al enamorado Lenio, que con tirante paso por la mesma peña subia con intencion de llegar adonde Gelasia estaba; pero no quiso ella aguardarle por no faltar de corresponder en un solo punto á la crueldad de su propósito. Llegó el cansado Lenio á lo alto de la peña, cuando ya Gelasia estaba al pié della; y viendo que no detenia el paso, sino que con mas presteza por la espaciosa campaña le tendia, con fatigado aliento y laso espíritu se sentó en el mesmo lugar donde Gelasia habia estado, y allí comenzó con desesperadas razones á maldecir su ventura, y la hora en que alzó la vista á mirar á la cruel pastora Gelasia, y en aquel mismo instante, como arrepentido de lo que decia, tornaba á bendecir sus ojos, y á tener por buena la ocasion que en tales términos le ponia: y luego incitado y movido de un furioso accidente, arrojó lejos de sí el cayado, y desnudándose el pellico, le entregó á las aguas del claro Tajo, que junto al pié de la peña corria. Lo cual visto por los pastores que mirándole estaban, sin duda creyeron que la fuerza de la enamorada pasion le sacaba de juicio; y así Elicio y Erastro comenzaron á subir la peña para estorbarle que no hiciese algun otro desatino, que le costase mas caro; y puesto que Lenio los vió subir, no hizo otro

movimiento alguno, sino fué sacar de un zurron su rabel, y con un nuevo y estraño reposo se tornó á sentar; y vuelto el rostro hácia donde su pastora oia, con voz suave y de lágrimas acompañada comenzó á cantar desta suerte:

LENIO. ¿Quién te impele, cruel? ¿quién te desvia?
¿Quién te retira del amado intento?
¿Quién en tus piés veloces alas cria
Con que corres ligera mas que el viento?
¿Porqué tienes en poco la fe mia,
Y desprécias el alto pensamiento?
¿Porqué huyes de mí? ¿porqué me dejas?
¡O mas dura que mármol á mis quejas!
¿Soy por ventura de tan bajo estado
Que no merezca ver tus ojos bellos?
¿Soy pobre? ¿soy avaro? ¿hasme hallado
En falsedad desde que supe vellos?
La condicion primera no he mudado.
¿No pende del menor de tus cabellos
Mi alma? ¿Pues porqué de mí te alejas?
¡O mas dura que mármol á mis quejas!
Tome escarmiento tu altivez sobrada
De ver mi libre voluntad rendida,
Mira mi antigua presuncion trocada
Y en amoroso intento convertida:
Mira que contra amor no puede nada
La mas exenta descuidada vida:
Deten el paso ya; ¿porqué le aquejas?
¡O mas dura que mármol á mis quejas!
Vime cual tú te ves, y ahora veo,
Que como fuí jamas espero verme,
Tal me tiene la fuerza del deseo,
Tal quiero que se extrema en no quererme.
Tú has ganado la palma, tú el trofeo
De que amor pueda en su prision tenerme,
Tú me rendiste: ¿y tú de mí te quejas?
¡O mas dura que mármol á mis quejas!

En tanto que el lastimado pastor sus dolorosas quejas entonaba, estaban los demas pastores reprehendiendo á Galercio su mal propósito, afeando el dañado intento que habia mostrado. Mas el desesperado mozo á ninguna cosa respondia, de que no poco Maurisa se fatigaba, creyendo que en dejándole solo habia de poner en ejecucion su mal pensamiento. En este medio Galatea y Florisa, apartándose con Teolinda, le preguntaron qué era la causa de su tornada, y si por ventura habia sabido ya de su Artidoro. A lo cual ella respondió llorando: No sé que os diga, amigas y señoras mias, sino que el cielo quiso que yo hallase á Artidoro, para que enteramente le perdiese; porque habreis de saber, que aquella mal considerada y traidora hermana mia, que fué el principio de mi desventura, aquella mesma ha sido la ocasion del fin y remate de

mi contento, porque sabiendo ella, así como llegamos con Galercio y Maurisa á su aldea, que Artidoro estaba en una montaña no lejos de allí con su ganado, sin decirme nada se partió á buscarle : hallóle, y fingiendo ser yo (que para solo este daño ordenó el cielo que nos pareciesemos) con poca dificultad le dió á entender, que la pastora que en nuestra aldea le habia desdeñado, era una su hermana, que en extremo le parecia : en fin le contó por suyos todos los pasos que yo por él he dado, y los extremos de dolor que he padecido : y como las entrañas del pastor estaban tan tiernas y enamoradas, con harto menos que la traidora le dijera, fuera de él creida, como la creyó tan en mi perjuicio, que sin aguardar que la fortuna mezclase en su gusto algun nuevo impedimento, luego en el mesmo instante dió la mano á Leonarda de ser su legítimo esposo, creyendo que se la daba á Teolinda. Veis aquí, pastoras, en qué ha parado el fruto de mis lágrimas y sospiros; veis aquí ya arrancada de raiz toda mi esperanza : y lo que mas siento es, que haya sido por la mano que á sustentarla estaba mas obligada. Leonarda goza de Artidoro por el medio del falso engaño que os he contado, y puesto que ya él lo sabe, aunque debe de haber sentido la burla, hala disimulado como discreto. Llegaron luego al aldea las nuevas de su casamiento, y con ellas las del fin de mi alegría : súpose tambien el artificio de mi hermana, la cual dió por disculpa ver que Galercio, á quien tanto ella amaba, por la pastora Gelasia se perdia, y que así le pareció mas fácil reducir á su voluntad la enamorada de Artidoro, que no la desesperada de Galercio, y que pues las dos eran uno solo en cuanto á la apariencia y gentileza, que ella se tenia por dichosa y bien afortunada con la compañía de Artidoro. Con esto se disculpa, como he dicho, la enemiga de mi gloria : y así yo, por no verla gozar de la que de derecho se me debia, dejé el aldea y la presencia de Artidoro, y acompañada de las mas tristes imaginaciones que imaginarse pueden, venia á daros las nuevas de mi desdicha en compañía de Maurisa, que ansimesmo viene con intencion de contaros lo que Grisaldo ha hecho despues que supo el hurto de Rosaura : y esta mañana al salir del sol topamos con Galercio, el cual con tiernas y enamoradas razones, estaba persuadiendo á Gelasia que bien le quisiese : mas ella con el mas estraño desden y esquiveza que decirse puede, le mandó que se le quitase delante, y que no fuese osado de jamas hablarla : y el desdichado pastor apretado de tan recio mandamiento, y de tan estraña crueldad, quiso cumplirle, haciendo lo que habeis visto. Todo esto es lo que por mí ha pasado, amigas mias, despues que de vuestra presencia me partí. Ved agora si tengo mas que llorar que antes, y si se ha aumentado la ocasion para que vosotras os ocupeis en consolarme, si acaso mi mal recibiese consuelo. No dijo mas Teolinda, porque la infinidad de lágrimas que le vinieron á los ojos, y los sospiros que del alma arrancaba, impidieron el oficio á la lengua : y aunque las de Ga-

latea y Florisa quisieron mostrarse expertas y elocuentes en consolarla, fué de poco efeto su trabajo. Y en el tiempo que entre las pastoras estas razones pasaban, se acabó de enjugar el papel que Tirsi á Galercio del seno sacado habia, y deseoso de leerle, le tomó, y vió que de esta manera decia :

GALERCIO A GELASIA.

Angel de humana figura,
Furia con rostro de dama,
Fria y encendida llama
Donde mi alma se apura :
Escucha las sinrazones
De tu dèsamor causadas,
De mi alma trasladadas
En estos tristes renglones.
No escribo por ablandarte,
Pues con tu dureza estraña
No valen ruegos, ni maña,
Ni servicios tienen parte :
Escríbote, porque veas
La sinrazon que me haces,
Y cuan mal que satisfaces
Al valor de que te arreas.
Que alabes la libertad
Es muy justo, y razon tienes,
Mas mira que la mantienes
Solo con la crueldad :
Y no es justo lo que ordenas
Querer sin ser ofendida
Sustentar tu libre vida
Con tantas muertes agenas.
No imagines que es deshonra
Que te quieran todos bien,
Ni que está en usar desden
Depositada tu honra :
Antes templando el rigor
De los agravios que haces,
Con poco amor satisfaces,
Y cobras nombre mejor.
Tu crueldad me da á entender
Que las fieras te engendraron,
O que los montes formaron
Tu duro indomable ser :
Que en ellos es tu recreo,
Y en los páramos y valles,
Do no es posible que halles
Quien te enamore el deseo.
En una fresca espesura
Una vez te ví sentada,
Y dije : estatua es formada
Aquella de piedra dura :

Y aunque el moverte despues
Contradijo á mi opinion,
En fin en la condicion,
Dije : mas que estatua es.
¡ Y ojalá que estatua fueras
De piedra ! que yo esperara
Que el cielo por mí cambiara
Tu ser, y en muger volvieras :
Que Pigmaleon no fué
Tanto á la suya rendido,
Como yo te soy, y he sido,
Pastora, y siempre seré.
Con razon, y de derecho
Del mal y bien me das pago,
Pena por el mal que hago,
Gloria por el bien que he hecho.
En el modo que me tratas,
Tal verdad es conocida,
Con la vista me das vida,
Con la condicion me matas.
Dese pecho, que se atreve
A esquivar de amor los tiros,
El fuego de mis sospiros
Deshaga un poco la nieve :
Concédase al llanto mio
Y al nunca admitir descanso,
Que vuelva agradable y manso
Un solo punto tu brio.
Bien sé que habrás de decir
Que me alargo, y yo lo creo,
Pero acorta tú el deseo,
Y acortaré yo el pedir :
Mas segun lo que me das
En cuantas demandas toco,
A tí te importa muy poco
Que pida menos, ó mas.
Si de tu estraña dureza
Pudiera reprehenderte,
Y aquella señal ponerte,
Que muestra nuestra flaqueza :
Dijera viendo tu ser,
Y no así como se enseña :
Acuérdate que eres peña,
Y en peña te has de volver.
Mas seas peña, ó acero,
Duro mármol, ó diamante,
De un acero soy amante,
O una peña adoro y quiero :
Si eres ángel disfrazado,
O furia, que todo es cierto,
Por tal ángel vivo muerto,
Y por tal furia penado.

Mejor le parecieron á Tirsi los versos de Galercio, que la condicion de Gelasia : y queriéndoselos mostrar á Elicio, vióle tan mudado de color y de semblante, que una imágen de muerto parecia. Llegóse á él, y cuando le quiso preguntar si algun dolor le fatigaba, no fué menester esperar su respuesta para entender la causa de su pena, porque luego oyó publicar entre todos los que allí estaban, como los dos pastores, que á Galercio socorrieron, eran amigos del pastor lusitano, con quien el venerable Aurelio tenia concertado de casar á Galatea : los cuales venian á decirle como de allí á tres dias el venturoso pastor vendria á su aldea á concluir el felicísimo desposorio. Y luego vió Tirsi, que estas nuevas mas nuevos y estraños accidentes de los causados habian de causar en el alma de Elicio; pero con todo esto se llegó á él, y le dijo : Agora es menester, buen amigo, que te sepas valer de la discrecion que tienes, pues en el peligro mayor se muestran los corazones valerosos, y asegúrote que no sé quien á mí me asegura, que ha de tener mejor fin este negocio de lo que tú piensas; disimula y calla, que si la voluntad de Galatea no gusta de corresponder de todo en todo á la de su padre, tú satisfarás la tuya, aprovechándote de las nuestras, y aun de todo el favor que te puedan ofrecer cuantos pastores hay en las riberas deste rio, y en las del manso Henares : el cual favor yo te ofrezco, que bien imagino que el deseo que todos han conocido que yo tengo de servirles, los obligará á hacer que no salga en vano lo que aquí te prometo. Suspenso quedó Elicio, viendo el gallardo y verdadero ofrecimiento de Tirsi, y no supo ni pudo responderle mas que abrazarle estrechamente, y decirle : El cielo te pague, discreto Tirsi, el consuelo que me has dado, con el cual y con la voluntad de Galatea, que á lo que creo, no discrepará de la nuestra, sin duda entiendo, que tan notorio agravio como el que se hace á todas estas riberas en desterrar dellas la rara hermosura de Galatea, no pase adelante : y tornándole á abrazar, tornó á su rostro la color perdida. Pero no tornó al de Galatea, á quien fué oir la embajada de los pastores, como si oyera la sentencia de su muerte. Todo lo notaba Elicio, y no lo podia disimular Erastro, ni menos la discreta Florisa, ni aun fué gustosa la nueva á ninguno de cuantos allí estaban. A esta sazon ya el sol declinaba su acostumbrada carrera : y así por esto, como por ver que el enamorado Lenio habia seguido á Gelasia, y que allí no quedaba otra cosa que hacer, trayendo á Galercio y á Maurisa consigo, toda aquella compañía movió los pasos hácia el aldea, y al llegar junto á ella, Elicio y Erastro se quedaron en sus cabañas, y con ellos Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsilio, Arsindo y Orfenio se quedaron con otros algunos pastores : y de todos ellos con corteses palabras y ofrecimientos se despidieron los venturosos Timbrio, Silerio, Nisida y Blanca, diciéndoles que otro dia se pensaban partir á la ciudad de Toledo, donde habia de ser el fin de su viaje; y abrazando á todos los que con Elicio quedaban, se fueron

con Aurelio, con el cual iban Florisa, Teolinda y Maurisa, y la triste Galatea tan congojada y pensativa, que con toda su discrecion no podia dejar de dar muestras de estraño descontento. Con Franio se fueron su esposa Silveria, y la hermosa Belisa. Cerró ésto la noche, y parecióle á Elicio, que con ella se le cerraban todos los caminos de su gusto; y si no fuera por agasajar con buen semblante á los huéspedes que tenia aquella noche en su cabaña, él la pasara tan mala, que desesperara de ver el dia. La mesma pena pasaba el mísero Erastro, aunque con mas alivio, porque sin tener respeto á nadie, con altas voces y lastimeras palabras maldecia su ventura, y la acelerada determinacion de Aurelio. Estando en esto, ya que los pastores habian satisfecho á la hambre con algunos rústicos manjares, y algunos dellos entregádose en los brazos del reposado sueño, llegó á la cabaña de Elicio la hermosa Maurisa, y hallando á Elicio á la puerta de su cabaña, le apartó y le dió un papel, diciéndole que era de Galatea, y que le leyese luego, que pues ella á tal hora le traia, entendiese que era de importancia lo que en él debia de venir. Admirado el pastor de la venida de Maurisa, y mas de ver en sus manos papel de su pastora, no pudo sosegar un punto hasta leerle, y entrándose en su cabaña, á la luz de una raja de teoso pino le leyó, y vió que ansí decia:

GALATEA A ELICIO.

En la apresurada determinacion de mi padre, está la que yo he tomado de escribirte, y en la fuerza que me hace la que á mí mesma me he hecho hasta llegar á este punto: bien sabes en el que estoy, y sé yo bien que quisiera verme en otro mejor, para pagarte algo de lo mucho que conozco que te debo. Mas si el cielo quiere que yo quede con esta deuda, quéjate dél, y no de la voluntad mia. La de mi padre quisiera mudar, si fuera posible; pero veo que no lo es, y así no lo intento. Si algun remedio por allá imaginas, como en él no intervengan ruegos, ponle en efeto, con el miramiento que á tu crédito debes, y á mi honra estás obligado. El que me dan por esposo, y el que me ha de dar sepultura, viene pasado mañana: poco tiempo te queda para aconsejarte, aunque á mí me queda harto para arrepentirme. No digo mas, sino que Maurisa es fiel, y yo desdichada.

En estraña confusion pusieron á Elicio las razones de la carta de Galatea, pareciéndole cosa nueva ansí el escribirle, pues hasta entonces jamas lo habia hecho, como el mandarle buscar remedio á la sinrazon que se le hacia: mas pasando por todas estas cosas, solo paró en imaginar como cumpliria lo que le era mandado, aunque en ello aventurase mil vidas, si tantas tuviera. Y no ofreciéndosele otro algun remedio, sino el que de sus amigos esperaba, confiando en ellos, se atrevió á responder á Galatea con una carta que dió á Maurisa, la cual desta manera decia:

ELICIO A GALATEA.

Si las fuerzas de mi poder llegaran al deseo que tengo de serviros, hermosa Galatea, ni la que vuestro padre os hace, ni las mayores del mundo

fueran parte para ofenderos; pero como quiera que ello sea, vos vereis agora, si la sinrazon pasa adelante, como yo no me quedo atras en hacer vuestro mandamiento, por la via mejor que el caso pidiere. Asegúreos esto la fe que de mí teneis conocida, y haced buen rostro á la fortuna presente, confiada en la bonanza venidera, que el cielo que os ha movido á acordaros de mí y á escribirme, me dará valor para mostrar que en algo merezco la merced que me habeis hecho, que como sea obedeceros, ni recelo ni temor serán parte para que yo no ponga en efeto lo que á vuestro gusto conviene, y al mio tanto importa. No mas, pues lo mas que en esto ha de haber, sabreis de Maurisa, á quien yo he dado cuenta dello; y si vuestro parecer con el mio no se conforma, sea yo avisado, porque el tiempo no se pase, y con él la sazon de nuestra ventura, la cual os dé el cielo como puede, y como vuestro valor merece.

Dada esta carta á Maurisa, como está dicho, le dijo asimesmo como él pensaba juntar todos los mas pastores que pudiese, y que todos juntos irian á hablar al padre de Galatea, pidiéndole por merced señalada, fuese servido de no desterrar de aquellos prados la sin par hermosura suya: y cuando esto no bastase, pensaba poner tales inconvenientes y miedos al lusitano pastor, que él mesmo dijese no ser contento de lo concertado: y cuando los ruegos y astucias no fuesen de provecho alguno, determinaba usar la fuerza y con ella ponerla en su libertad; y esto con el miramiento de su crédito que se podia esperar de quien tanto la amaba. Con esta resolucion se fué Maurisa, y esta mesma tomaron luego todos los pastores que con Elicio estaban, á quien él dió cuenta de sus pensamientos, y pidió favor y consejo en tan arduo caso. Luego Tirsi y Damon se ofrecieron de ser aquellos que al padre de Galatea hablarian. Lauso, Arsindo y Erastro, con los cuatro amigos, Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, prometieron de buscar y juntar para el dia siguiente sus amigos, y poner en obra con ellos cualquiera cosa que por Elicio les fuese mandada. En tratar lo que mas al caso convenia, y en tomar este apuntamiento, se pasó lo mas de aquella noche. Y la mañana venida, todos los pastores se partieron á cumplir lo que prometido habian, si no fueron Tirsi y Damon, que con Elicio se quedaron. Y aquel mesmo dia tornó á venir Maurisa á decir á Elicio, como Galatea estaba determinada de seguir en todo su parecer: despidióla Elicio con nuevas promesas y confianzas; y con alegre semblante y estraño alborozo estaba esperando el siguiente dia, por ver la buena ó mala salida que la fortuna daba á su hecho. Llegó en esto la noche, y recogiéndose con Damon y Tirsi á su cabaña, casi todo el tiempo della pasaron en tentar y advertir las dificultades que en aquel negocio podian suceder, si acaso no movian á Aurelio las razones que Tirsi pensaba decirle. Mas Elicio por dar lugar á los pastores que reposasen, se salió de su cabaña, y se subió en una verde cuesta que frontero della se levantaba: y allí con el aparejo de la soledad, revolvia en su memoria todo lo que por Galatea habia padecido, y lo que temia padecer, si el cielo á sus intentos no favorecia; y sin salir desta imaginacion, al son de

un blando céfiro que mansamente soplaba, con voz suave y baja comenzó á cantar desta manera :

ELICIO. Si deste herviente mar y golfo insano,
Donde tanto amenaza la tormenta,
Libro la vida de tan dura afrenta,
Y toco el suelo venturoso y sano:
Al aire alzadas una y otra mano
Con alma humilde y voluntad contenta,
Haré que amor conozca, el cielo sienta,
Que el bien les agradezco soberano.
Llamaré venturosos mis suspiros,
Mis lágrimas tendré por agradables,
Por refrigerio el fuego en que me quemo.
Diré que son de amor los recios tiros,
Dulces al alma, al cuerpo saludables,
Y que en su bien no hay medio, sino extremo.

Cuando Elicio acabó su canto, comenzaba á descubrirse por las orientales puertas la fresca aurora, con sus hermosas y variadas mejillas, alegrando el suelo, aljofarando las yerbas y pintando los prados : cuya deseada venida comenzaron luego á saludar las parleras aves con mil suertes de concertadas cantilenas. Levantóse en esto Elicio, y tendió los ojos por la espaciosa campaña, descubrió no lejos dos escuadras de pastores, los cuales segun le pareció hácia su cabaña se encaminaban, como era la verdad, porque luego conoció que eran sus amigos Arsindo y Lauso, con otros que consigo traian. Y los otros Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, con todos los mas amigos que juntar pudieron. Conocidos pues de Elicio, bajó de la cuesta para ir á recibirlos : y cuando ellos llegaron junto de la cabaña, ya estaban fuera della Tirsi y Damon, que á buscar á Elicio iban. Llegaron en esto todos los pastores, y con alegre semblante unos á otros se recibieron. Y luego Lauso, volviéndose á Elicio, le dijo : En la compañía que traemos, puedes ver, amigo Elicio, si comenzamos á dar muestras de querer cumplir la palabra que te dimos : todos los que aquí ves, vienen con deseo de servirte, aunque en ello aventuren las vidas : lo que falta es, que tú no la hagas en lo que mas conviniere. Elicio con las mejores razones que supo, agradeció á Lauso y á los demas la merced que le hacian : y luego les contó todo lo que con Tirsi y Damon estaba concertado de hacerse, para salir bien con aquella empresa. Parecióles bien á los pastores lo que Elicio decia : y así sin mas detenerse hácia el aldea se encaminaron, yendo delante de Tirsi y Damon, siguiéndoles todos los demas, que hasta veinte pastores serian, los mas gallardos y bien dispuestos que en todas las riberas de Tajo hallarse pudieran, y todos llevaban intencion de que si las razones de Tirsi no movian á que Aurelio la hiciese en lo que le pedian, de usar en su lugar la fuerza, y no consentir que Galatea al forastero pastor se entregase : de que iba tan contento Erastro,

como si el buen suceso de aquella demanda en solo su contento de redundar hubiera, porque á trueco de no ver á Galatea ausente y descontenta, tenia por bien empleado que Elicio la alcanzase, como lo imaginaba, pues tanto Galatea le habia de quedar obligada.

El fin deste amoroso cuento y historia, con los sucesos de Galercio, Lenio y Gelasia, Arsindo, Maurisa, Grisaldo, Artandro y Rosaura, Marsilio y Belisa, con otras cosas sucedidas á los pastores hasta aquí nombrados, en la Segunda Parte desta historia se prometen. La cual, si con apacibles voluntades esta Primera viere recibida, tendrá atrevimiento de salir con brevedad á ser vista y juzgada de los ojos y entendimiento de las gentes.

FIN DE GALATEA.

VIAJE

AL PARNASO.

ADVERTENCIA DEL EDITOR (1).

Esta advertencia que pudiera parecer escusada respecto del Viaje al Parnaso de Miguel de Cervantes, por ser mera reimpresion de un libro tan conocido, la exige la publicacion de las dos piezas igualmente poéticas, que ahora se dan á luz la primera vez. Una es trágica, y otra cómica. Una se intitula la *Numancia*, la otra *el Trato de Argel*. De entrambas hace mencion, bajo estos mismos títulos, en el diálogo con el poeta Pancracio, en el discurso del canónigo de Toledo con el cura Pero Perez, que se introduce en Don Quijote, y al fin de la comedia de *los Baños de Argel*, impresa el año de 1613. Estas dos son del número de aquellas veinte ó treinta comedias que escribió por los años de 1582, recien redimido del cautiverio de Argel, y de las cuales dice que todas se representaron en los teatros de Madrid con gusto general del pueblo. Pero sin embargo de estos elogios, en ambas se observan ciertas irregularidades que las mancomunan con muchas de las que despues reprendió tan justamente el mismo Cervantes. Porque *el Trato de Argel* no tanto merece el nombre de comedia, como el de una simple relacion lastimosa y trágica por lo comun, de los trabajos que padecian los cautivos cristianos en poder de los infieles, en cuya pintura entran tambien las reprobadas costumbres de unos y de otros, cuyos sucesos son tanto mas creibles en la pluma del autor, cuanto que por él pasaron muchos de ellos; y asi se introduce en ella á sí mismo, como historiador verdadero. Por esto refiere con tanta puntualidad las varias calamidades de los cautivos; la venta de ellos en el zoco ó plaza de Argel; el peligro y facilidad con que renegaban los muchachos; los intentos y aventurados arbitrios que discurrian los cautivos para huir; los inclementes castigos con que por esto los atormentaban los moros; el martirio que padeció en Argel frey Miguel de Aranda, caballero valenciano, de la órden de Montesa, en venganza de haber quemado vivo la inquisicion de Valencia á un morisco, que pasándose á Berberia, profesó abiertamente el mahometismo, y dándose despues al corso, cayó en manos de aquel tribunal: cuyo suceso refiere largamente el padre Ahedo en su Historia de Argel. Tampoco omite las deshonestas aficiones con que las moras se inclinaban á los cautivos, y los moros á las cautivas, valiéndose de hechicerías y encantos, con el vano intento de atraer y fijar las voluntades humanas: cosa frecuente entre ellos, como dice el mismo Ahedo: cuyos amores se complicaban con otros que los mismos cautivos se tenian. Asi Cervantes

(1) D. Antonio de Sancha, Madrid, 1784.

cuenta los de Aurelio y Silvia, cautivos enamorados, y presos por Mami Arnaut en la galera nueva de Malta llamada San Pablo, de cuya pérdida hace mencion el citado Ahedo, atribuyendo esta y otras desgracias á que las galeras de España eran muy pesadas, cuyo peso se aumentaba con el demasiado carguio de mercancias, sin ayudarse en un apuro nuestra gente, por tener á caso de menos valer echar mano al remo: todo lo cual sucedia al contrario en los moros, que usaban de embarcaciones mas veleras. Compraron estos esclavos Izuf y Zara, dos moros principales. Enamórase Zara de su cautivo Aurelio, y para inclinarle se vale de la hechicera Fátima, y no contenta con esto, hace tercera de su amor á Silvia. Izuf por su parte se aficiona á Silvia, y para rendirla se vale de los oficios de Aurelio. Aunque en esta comedia no se advierte una accion principal á que esten subordinados los demas incidentes, si algun episodio puede ocupar el lugar de ella, es esta complicacion de afectos de amos y de esclavos: cuyo desenlace consiste en conceder el rey Azan á Aurelio y Silvia libertad para que vuelvan á España á solicitar dos mil ducados en que se rescataron, fiando de su palabra y buena fe el cumplimiento de esta condicion. Y el fin de toda la comedia es avistarse en el puerto de Argel el navio que traia la limosna de la Redencion, en que venia el padre fray Juan Gil, cuyo suceso fué tambien verdadero, pues este religioso fué el que rescató á Cervantes. Tampoco se observan las unidades de tiempo ni de lugar. Pedro Alvarez y otro con-cautivo caminan noches y dias, huidos de sus amos; y perdiendo el camino Alvarez, se aparece un leon que se le enseña: cuyo extraordinario suceso atribuye á la intercesion de nuestra Señora de Montserrate. Introduce tambien figuras morales. La Necesidad y la Ocasion acosan á Aurelio para que condescienda con las importunas instancias de Zara. Asi tambien en la *Numancia* introduce á la España en forma de doncella, coronada de torres, informando del sitio que la tenia puesto Scipion; y considerando que solo por la parte por donde bañaba el rio la ciudad cercada, podia recibir socorro, le hace una dolorosa súplica para que se le preste: y en efecto, sale al teatro el Duero con tres muchachos que representan á tres riachuelos que desaguan en él, y despues de una larga arenga en que profetiza que los godos en adelante, Atila, y el duque de Alba D. Fernando Alvarez de Toledo, harian guerra á Roma, la desahucia de todo remedio, y se sumerge en sus propias aguas. Fácil hubiera sido y mas natural poner estos discursos en boca de las personas. Pero esta invencion fué tan del gusto de Cervantes, que se precia de haber sido el primero que introdujo en el teatro las figuras morales con general aplauso; si bien muchos años antes las vemos introducidas en la comedia de *la Duquesa de la Rosa* impresa por Juan de Timoneda el año de 1560, por Alonso de Vega, poeta y representante, como lo fué por aquellos tiempos Lope de Rueda.

Por los años de 1598, compuso Lope de Vega una comedia inti-

tulada : *los Cautivos de Argel*, cuyo argumento es el mismo que el del *Trato de Argel* : y con efecto introduce en ella un cautivo llamado Saavedra, en cuya introduccion tuvo sin duda presente á Cervantes. A lo menos supone sucedidos en el tiempo de su cautiverio los casos que refiere, que casi son idénticos con los que se leen en *el Trato de Argel* : como son el martirio del caballero de Montesa, las costumbres del rey Azan, la complicacion de los amores de amos y cautivos, que es lo que se puede llamar la accion de la comedia. El desenlace es tambien casi idéntico, y se reduce á que Azan concede libertad á los dos amantes cautivos, que en Lope se llaman Leonardo y Marcela, con la misma condicion, que vueltos á España adquieran el precio de su rescate, y se lo remitan á Soliman su amo. Entre otras impropiedades, tampoco guarda Lope la unidad de tiempo; porque suponiendo, como se ha dicho, los casos de su comedia sucedidos por los años de 1580, finge que desde Argel se veian los fuegos del castillo de Denia, donde con varios regocijos celebró D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque despues de Lerma, el casamiento de Felipe III con la reina Doña Margarita, contraido el mencionado año de 1598. Esta conformidad de casos, de escenas, y aun de expresiones con *el Trato de Argel*, que se hallan en *los Cautivos* de Lope, prueba que este tuvo presente alguna copia de aquella comedia, que disfrutó plenamente; aunque siempre se echa de ver aquella facilidad, viveza y discrecion de Lope de Vega.

Pero volvamos á Cervantes. El cual pensando muchos años despues que compuso *el Trato de Argel*, que todavía parecian bien sus versos, compuso otras ocho comedias; y viendo que ni los farsantes se las pedian, ni otros las apreciaban, se las vendió al librero Juan de Villarroel, que las imprimió el año de 1615. Hállase entre ellas una intitulada : *los Baños de Argel*, que casi es idéntica con la del *Trato de Argel*. Conserva en ella principalmente la complicacion de amores de amos y cautivos, aunque varia los nombres; porque estas aficiones ilícitas y contrapuestas de amos y esclavos hicieron tal impresion en Cervantes, que no solo las conserva en esta comedia renovada, sino que las repite en la novela del Amante liberal. Introduce de nuevo el amor de una hija de Agi Morato, moro rico de Argel, llamada Zara, que enamorada de D. Lope, uno de los cautivos del baño, se comunicaba con él por medio de billetes que colgaba de una caña, con cuyo artificio le proveyó tambien de dineros. El desenlace ó desenredo es igualmente la libertad de los cautivos solicitada por el mismo D. Lope, que viniendo rescatado á España, vuelve á Argel con una barca, donde trae á todos los compañeros que caben en ella, y á Zara especialmente, con quien recibido el bautismo, se casa : suceso que no solo dice Cervantes fué verdadero, sino que le renovó en Don Quijote. Si en *el Trato de Argel* se notan impropiedades, no menos se observan en *los Baños de Argel*. Una de las mas extraordinarias de

esta es fingir que los moros vieron una armada de mas de trescientas galeras, representada en las nubes heridas por los rayos del sol, y oyeron los tiros, y vieron los fuegos : y pensando los genizaros que la enviaba Felipe II para conquistar aquella república de piratas, se enfurecieron de tal modo, que para tener menos enemigos, hirieron á mas de veinte cautivos, y quitaron la vida á mas de treinta. Un erudito anónimo reimprimió el año de 1749 estas ocho comedias, acompañándolas con un dilatado prólogo en que intenta probar que las compuso su autor con el fin de ridiculizar las de su tiempo, que tanto solian pecar contra las reglas del arte : así como escribió la novela de Don Quijote con el de ridiculizar los libros de caballerías. Ultimamente el célebre abate D. Javier Lampillas pretende disculpar á Cervantes por un nuevo y singular camino. Dice que estas ocho comedias no son suyas : *sino que la malicia de los impresores publicó con su nombre y prólogo aquellas extravagantes comedias, correspondientes al pervertido gusto del vulgo, suprimiendo las que verdaderamente eran de él, ó transformándolas en un todo.* Pero como los defectos de la del *Trato de Argel,* que Cervantes reconoce por suya, y de la cual dice se recitó con general aplauso, certifican de las irregularidades de las que despues él mismo dió á la estampa, se infiere que Cervantes no compuso sus comedias con el fin que le supone el mencionado anónimo, que quiere hallar en ellas mas ingenio y artificio que el que tienen; y que por consiguiente no es admisible el arbitrio que escogitó el abate Lampillas, aunque nacido de buen celo por conservar la fama del autor de Don Quijote. Lo primero, porque él mismo se declara autor de ellas en la dedicatoria al conde de Lemos, y en el prólogo : y el estilo y discurso de ambas composiciones no permite sospechar que sean de otra pluma : lo segundo, porque no es creible que ninguno tuviese el atrevimiento de prohijar al verdadero autor á vista suya, unas obras agenas en lugar de las suyas propias; y cuando así hubiese sucedido, parece imposible que no se hubiese vindicado de semejante supercheria, habiendo sobrevivido á la publicacion mas de un año. Antes se infiere y se comprueba con estas comedias la doctrina del doctor Juan Huarte alegada por el ingenioso D. Vicente de los Rios en la Vida de Miguel de Cervantes Saavedra : que para la aplicacion de los ingenios se debe examinar, no solo la ciencia que se adecua mas á cada uno, sino tambien si se acomoda mejor á la teórica que á la práctica de aquella ciencia : porque estas requieren, por lo comun, diferente índole de ingenio. En Cervantes, prosigue Rios, se verificó plenamente esta observacion. Nunca acertó á componer comedias, y poseia perfectamente su teórica, como lo acreditan muchos lugares de sus obras, y especialmente el coloquio entre el cura y el canónigo de Toledo, que inserta en la primera parte de Don Quijote. Por los defectos expuestos del *Trato de Argel*, se puede hacer algun juicio de la *Numancia*, aunque es algo mas regular.

A DON RODRIGO DE TAPIA,

CABALLERO DEL HABITO DE SANTIAGO, HIJO DEL SEÑOR DON PEDRO DE TAPIA, OIDOR DEL CONSEJO REAL, Y CONSULTOR DEL SANTO OFICIO DE LA INQUISICION SUPREMA.

Dirijo á Vm. este Viaje que hice al Parnaso, que no desdice á su edad florida, ni á sus loables y estudiosos ejercicios. Si Vm. le hace el acogimiento que yo espero de su condicion ilustre, él quedará famoso en el mundo, y mis deseos premiados. Nuestro Señor, etc.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

PROLOGO AL LECTOR.

Si por ventura, lector curioso, eres poeta, y llegare á tus manos (aunque pecadoras) este Viaje, si te hallares en él escrito, y notado entre los buenos poetas, da gracias á Apolo por la merced que te hizo; y si no te hallares, tambien se las puedes dar. Y Dios te guarde.

D. AUGUSTINI DE CASANATE ROSAS

EPIGRAMMA.

Excute cæruleum, proles Saturnia, tergum,
  Verbera quadrigæ sentiat alma Tethys.
Agmen Apollineum, nova sacri injuria ponti,
  Carmineis ratibus per freta tendit iter.
Proteus æquoreas pecudes, modulamina Triton,
  Monstra cavos latices obstupefacta sinunt.
At caveas tantæ torquent quæ mollis habenas,
  Carmina si excipias nulla tridentis opes.
Hesperiis Michaël claros conduxit ab oris
  In pelagus vates. Delphica castra petit.
Imò age, pone metus, mediis subsiste carinis,
  Parnassi in littus vela secunda gere.

VIAJE

AL PARNASO.

CAPITULO PRIMERO.

Un quidam caporal italiano,
De patria perusino á lo que entiendo,
De ingenio griego, y de valor romano,
Llevado de un capricho reverendo,
Le vino en voluntad de ir á Parnaso,
Por huir de la corte el vario estruendo.
Solo y á pié partióse, y paso á paso
Llegó donde compró una mula antigua.
De color parda, y tartamudo paso:
Nunca á medroso pareció estantigua
Mayor, ni menos buena para carga,
Grande en los huesos, y en la fuerza exigua:
Corta de vista, aunque de cola larga,
Estrecha en los hijares, y en el cuero
Mas dura que lo son los de una adarga.
Era de ingenio cabalmente entero,
Caia en cualquier cosa fácilmente
Así en abril, como en el mes de Enero.
En fin sobre ella el poeton valiente
Llegó al Parnaso, y fué del rubio Apolo
Agasajado con serena frente.
Contó, cuando volvió el poeta solo
Y sin blanca á su patria, lo que en vuelo
Llevó la fama deste al otro polo.
Yo que siempre trabajo y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia, que no quiso darme el cielo:
Quisiera despachar á la estafeta
Mi alma, ó por los aires, y ponella
Sobre las cumbres del nombrado Oeta.
Pues descubriendo desde allí la bella
Corriente de Aganipe, en un saltico
Pudiera el labio remojar en ella:
Y quedar del licor süave y rico
El pancho lleno: y ser de allí adelante
Poeta ilustre, ó al menos manifico.

Mas mil inconvenientes al instante
Se me ofrecieron, y quedó el deseo
En cierne, desvalido, é ignorante.
Porque en la piedra que en mis hombros veo,
Que la fortuna me cargó pesada,
Mis mal logradas esperanzas leo.
Las muchas leguas de la gran jornada
Se me representaron que pudieran
Torcer la voluntad aficionada,
Si en aquel mismo instante no acudieran
Los humos de la fama á socorrerme,
Y corto y fácil el camino hicieran.
Dije entre mí: si yo viniese á verme
En la difícil cumbre deste monte,
Y una guirnalda de laurel ponerme;
No envidiaria el bien decir de Aponte,
Ni del muerto Galarza la agudeza,
En manos blando, en lengua Radamonte.
Mas como de un error siempre se empieza,
Creyendo á mi deseo, dí al camino
Los piés, porque dí al viento la cabeza.
En fin sobre las ancas del destino,
Llevando á la eleccion puesta en la silla
Hacer el gran viaje determino.
Si esta cabalgadura maravilla,
Sepa el que no lo sabe, que se usa
Por todo el mundo, no solo en Castilla.
Ninguno tiene, ó puede dar escusa
De no oprimir desta gran bestia el lomo,
Ni mortal caminante lo rehusa.
Suele tal vez ser tan ligera, como
Va por el aire el águila, ó saeta,
Y tal vez anda con los piés de plomo.
Pero para la carga de un poeta,
Siempre ligera, cualquier bestia puede
Llevarla, pues carece de maleta.
Que es caso ya infalible, que aunque herede
Riquezas un poeta, en poder suyo
No aumentarlas, perderlas le sucede.
Desta verdad ser la ocasion arguyo,
Que tú, o gran padre Apolo, les infundes
En sus intentos el intento tuyo.
Y como no le mezclas ni confundes
En cosas de agibílibus rateras,
Ni en el mar de ganancia vil le hundes;
Ellos, ó traten burlas, ó sean veras,
Sin aspirar á la ganancia en cosa,
Sobre el convexo van de las esferas:
Pintando en la palestra rigurosa
Las acciones de Marte, ó entre las flores
Las de Vénus mas blanda y amorosa.
Llorando guerras, ó cantando amores

La vida como en sueño se les pasa,
O como suele el tiempo á jugadores.
Son hechos los poetas de una masa
Dulce, suave, correosa y tierna,
Y amiga del holgar de agena casa.
El poeta mas cuerdo se gobierna
Por su antojo baldío y regalado,
De trazas lleno, y de ignorancia eterna.
Absorto en sus quimeras, y admirado
De sus mismas acciones, no procura
Llegar á rico, como á honroso estado.
Vayan pues los leyentes con letura,
Cual dice el vulgo mal limado y bronco,
Que yo soy un poeta desta hechura.
Cisne en las canas, y en la voz un ronco
Y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
Desbastar de mi ingenio el duro tronco:
Y que en la cumbre de la varia rueda
Jamas me pude ver solo un momento,
Pues cuando subir quiero, se está queda.
Pero por ver si un alto pensamiento
Se puede prometer feliz suceso,
Seguí el viaje á paso tardo y lento.
Un candeal con ocho mis de queso
Fué en mis alforjas mi repostería,
Util al que camina, y leve peso.
A Dios dije á la humilde choza mia,
A Dios, Madrid, á Dios tu Prado, y fuentes
Que manan nèctar, llueven ambrosía.
A Dios, conversaciones suficientes
A entretener un pecho cuidadoso,
Y á dos mil desvalidos pretendientes.
A Dios, sitio agradable y mentiroso,
Do fueron dos gigantes abrasados
Con el rayo de Júpiter fogoso.
A Dios, teatros públicos, honrados
Por la ignorancia que ensalzada veo
En cien mil disparates recitados.
A Dios de San Felipe el gran paseo,
Donde si baja, ó sube el turco galgo,
Como en gaceta de Venecia leo.
A Dios, hambre sotil de algun hidalgo,
Que por no verme ante tus puertas muerto,
Hoy de mi patria, y de mí mismo salgo.
Con esto poco á poco llegué al puerto,
A quien los de Cartago dieron nombre,
Cerrado á todos vientos y encubierto.
A cuyo claro y singular renombre
Se postran cuantos puertos el mar baña,
Descubre el sol, y ha navegado el hombre.
Arrojóse mi vista á la campaña
Rasa del mar, que trujo á mi memoria

Del heróico don Juan la heróica hazaña.
Donde con alta de soldados gloria,
Y con propio valor y airado pecho
Tuve, aunque humilde, parte en la vitoria.
Allí con rabia y con mortal despecho
El otomano orgullo vió su brio
Hollado y reducido á pobre estrecho.
Lleno pues de esperanzas, y vacío
De temor, busqué luego una fragata,
Que efetuase el alto intento mio.
Cuando por la, aunque azul, líquida plata
Ví venir un bajel á vela y remo,
Que tomar tierra en el gran puerto trata.
Del mas gallardo, y mas vistoso extremo
De cuantos las espaldas de Neptuno
Oprimieron jamas, ni mas supremo.
Cual este nunca vió bajel alguno
El mar, ni pudo verse en el armada,
Que destruyó la vengativa Juno.
No fué del vellocino á la jornada
Argos tan bien compuesta y tan pomposa,
Ni de tantas riquezas adornada.
Cuando entraba en el puerto la hermosa
Aurora por las puertas del oriente,
Salia en trenza blanda y amorosa.
Oyóse un estampido de repente,
Haciendo salva la real galera,
Que despertó y alborotó la gente.
El son de los clarines la ribera
Llenaba de dulcísima armonía,
Y el de la chusma alegre y placentera.
Entrábanse las horas por el dia,
A cuya luz con distincion mas clara
Se vió del gran bajel la bizarría.
Ancoras echa, y en el puerto pára,
Y arroja un ancho esquife al mar tranquilo
Con música, con grita y algazara.
Usan los marineros de su estilo,
Cubren la popa con tapetes tales
Que es oro y sirgo de su trama el hilo.
Tocan de la ribera los umbrales,
Sale del rico esquife un caballero
En hombros de otros cuatro principales.
En cuyo trage y ademan severo
Ví de Mercurio al vivo la figura,
De los fingidos dioses mensagero.
En el gallardo talle y compostura,
En los alados piés, y el caduceo,
Símbolo de prudencia y de cordura;
Digo, que al mismo paraninfo veo,
Que trujo mentirosas embajadas
A la tierra del alto coliseo.

Vile, y apenas puso las aladas
Plantas en las arenas venturosas
Por verse de divinos piés tocadas:
Cuando yo revolviendo cien mil cosas
En la imaginacion, llegué á postrarme
Ante las plantas por adorno hermosas.
Mandóme el dios parlero luego alzarme,
Y con medidos versos y sonantes,
Desta manera comenzó á hablarme:
¡ O Adan de los poetas, o Cervantes!
¿ Qué alforjas y qué trage es este, amigo?
Que así muestra discursos ignorantes.
Yo, respondiendo á su demanda, digo:
Señor, voy al Parnaso, y como pobre
Con este aliño mi jornada sigo.
Y él á mí dijo: ¡ Sobrehumano, y sobre
Espíritu cilenio levantado!
Toda abundancia, y todo honor te sobre.
Que en fin has respondido á ser soldado
Antiguo y valeroso, cual lo muestra
La mano de que estás estropeado.
Bien sé que en la naval dura palestra
Perdiste el movimiento de la mano
Izquierda, para gloria de la diestra.
Y sé que aquel instinto sobrehumano
Que de raro inventor tu pecho encierra,
No te le ha dado el padre Apolo en vano.
Tus obras los rincones de la tierra,
Llevándolas en grupa Rocinante,
Descubren, y á la envidia mueven guerra.
Pasa, raro inventor, pasa adelante
Con tu sotil disinio, y presta ayuda
A Apolo; que la tuya es importante:
Antes que el escuadron vulgar acuda
De mas de veintemil sietemesinos
Poetas, que de serlo están en duda.
Llenas van ya las sendas y caminos
Desta canalla inútil contra el monte,
Que aun de estar á su sombra no son dinos.
Armate de tus versos luego, y ponte
A punto de seguir este viaje
Conmigo, y á la gran obra disponte.
Conmigo segurísimo pasage
Tendrás, sin que te empaches, ni procures
Lo que suelen llamar matalotage.
Y porque esta verdad que digo, apures,
Entra conmigo en mi galera, y mira
Cosas con que te asombres y asegures.
Yo, aunque pensé que todo era mentira,
Entré con él en la galera hermosa,
Y ví lo que pensar en ello admira.
De la quilla á la gavia, ¡ o estraña cosa!

Toda de versos era fabricada,
Sin que se entremetiese alguna prosa.
Las ballesteras eran de ensalada
De glosas, todas hechas á la boda
De la que se llamó Malmaridada.
Era la chusma de romances toda,
Gente atrevida, empero necesaria,
Pues á todas acciones se acomoda.
La popa de materia extraordinaria,
Bastarda, y de legítimos sonetos,
De labor peregrina en todo, y varia.
Eran dos valentísimos tercetos
Los espaldares de la izquierda y diestra,
Para dar boga larga muy perfetos.
Hecha ser la crujía se me muestra
De una luenga y tristísima elegía,
Que no en cantar, sino en llorar es diestra.
Por esta entiendo yo que se diria
Lo que suele decirse á un desdichado,
Cuando lo pasa mal, pasó crujía.
El árbol hasta el cielo levantado
De una dura cancion prolija estaba
De canto de seis dedos embreado.
Él, y la entena que por él cruzaba
De duros estrambotes, la madera
De que eran hechos claro se mostraba.
La racamenta, que es siempre parlera,
Toda la componian redondillas,
Con que ella se mostraba mas ligera.
Las jarcías parecian seguidillas
De disparates mil y mas compuestas,
Que suelen en el alma hacer cosquillas.
Las rumbadas, fortísimas y honestas
Estancias, eran tablas poderosas,
Que llevan un poema y otro á cuestas.
Era cosa de ver las bulliciosas
Banderillas que al aire tremolaban,
De varias rimas algo licenciosas.
Los grumetes, que aquí y allí cruzaban,
De encadenados versos parecian,
Puesto que como libres trabajaban,
Todas las obras muertas componian
O versos sueltos, ó sextinas graves,
Que la galera mas gallarda hacian.
En fin con modos blandos y süaves,
Viendo Mercurio que yo visto habia
El bajel, que es razon, letor, que alabes;
Junto á sí me sentó, y su voz envia
A mis oidos en razones claras,
Y llenas de suavísima armonía,
Diciendo: Entre las cosas que son raras
Y nuevas en el mundo y peregrinas,

Verás, si en ello adviertes y reparas,
Que es una este bajel de las mas dinas
De admiracion, que llegue á ser espanto
A naciones remotas y vecinas.
No le formaron máquinas de encanto,
Sino el ingenio del divino Apolo,
Que puede, quiere, y llega, y sube á tanto.
Formóle, ¡o nuevo caso! para solo
Que yo llevase en él cuantos poetas
Hay desde el claro Tajo hasta Pactolo.
De Malta el gran maestre, á quien secretas
Espías dan aviso que en Oriente
Se aperciben las bárbaras saetas;
Teme, y envia á convocar la gente
Que sella con la blanca cruz el pecho,
Porque en su fuerza su valor se aumente.
A cuya imitacion Apolo ha hecho
Que los famosos vates al Parnaso
Acudan, que está puesto en duro estrecho.
Yo, condolido del doliente caso,
En el ligero casco, ya instruido
De lo que he de hacer, aguijo el paso.
De Italia las riberas he barrido,
He visto las de Francia y no tocado,
Por venir solo á España dirigido.
Aquí con dulce y con felice agrado
Hará fin mi camino á lo que creo,
Y seré fácilmente despachado.
Tú, aunque en tus canas tu pereza veo,
Serás el paraninfo de mi asunto,
Y el solicitador de mi deseo.
Parte, y no te detengas solo un punto,
Y á los que en esta lista van escritos
Dirás de Apolo cuanto aquí yo apunto.
Sacó un papel, y en él casi infinitos
Nombres vi de poetas, en que habia
Yangueses, vizcaínos, y coritos.
Allí famosos ví de Andalucía,
Y entre los castellanos ví unos hombres,
En quien vive de asiento la poesía.
Dijo Mercurio: Quiero que me nombres
Desta turba gentil, pues tú lo sabes,
La alteza de su ingenio con los nombres.
Yo respondí: De los que son mas graves
Diré lo que supiere, por moverte
A que ante Apolo su valor alabes.
Él escuchó. Yo dije desta suerte.

CAPITULO II.

Colgado estaba de mi antigua boca
El dios hablante; pero entonces mudo,
Que al que escucha, el guardar silencio toca.
Cuando dí de improviso un estornudo,
Y haciendo cruces por el mal agüero,
Del gran Mercurio al mandamiento acudo,
Miré la lista, y ví que era el primero
El licenciado JUAN DE OCHOA, amigo
Por poeta y cristiano verdadero.
Deste varon en su alabanza digo
Que puede acelerar y dar la muerte
Con su claro discurso al enemigo.
Y que si no se aparta y se divierte
Su ingenio en la gramática española;
Será de Apolo sin igual la suerte;
Pues de su poesía al mundo sola
Puede esperar poner el pié en la cumbre,
De la inconstante rueda, ó varia bola.
Este que de los cómicos es lumbre,
Que el licenciado POYO es su apellido,
No hay nube que á su sol claro deslumbre.
Pero como está siempre entretenido
En trazas, en quimeras, é invenciones,
No ha de acudir á este marcial ruido.
Este que en lista por tercero pones:
Que HIPÓLITO se llama DE VERGARA,
Si llevarle al Parnaso te dispones,
Haz cuenta que en él llevas una jara,
Una saeta, un arcabuz, un rayo,
Que contra la ignorancia se dispara.
Este, que tiene como mes de mayo
Florido ingenio, y que comienza ahora
A hacer de sus comedias nuevo ensayo,
GODINEZ es. Y estotro que enamora
Las almas con sus versos regalados,
Cuando de amor ternezas canta ó llora,
Es uno, que valdrá por mil soldados,
Cuando á la estraña y nunca vista empresa
Fueren los escogidos y llamados:
Digo que es DON FRANCISCO, el que profesa
Las armas y las letras con tal nombre,
Que por su igual Apolo le confiesa.
Es DE CALATAYUD su sobrenombre.
Con esto queda dicho todo cuanto

Puedo decir con que á la invidia asombre.
Este que sigue es un poeta santo,
Digo famoso: MIGUEL CID se llama,
Que al coro de las musas pone espanto.
Estotro que sus versos encarama
Sobre los mismos hombros de Calisto,
Tan celebrado siempre de la fama,
Es aquel agradable, aquel bien quisto,
Aquel agudo, aquel sonoro y grave
Sobre cuantos poetas Febo ha visto:
Aquel que tiene de escribir la llave
Con gracia y agudeza en tanto extremo,
Que su igual en el orbe no se sabe:
Es DON LUIS DE GÓNGORA, á quien temo
Agraviar en mis cortas alabanzas,
Aunque las suba al grado mas supremo.
O tù, divino espíritu, que alcanzas
Ya el premio merecido á tus deseos,
Y á tus bien colocadas esperanzas:
Ya en nuevos y justísimos empleos,
Divino HERRERA, tu caudal se aplica,
Aspirando del cielo á los trofeos.
Ya de tu hermosa luz clara y rica
El bello resplandor miras seguro
En la que alma tuya beatifica:
Y arrimada tu hiedra al fuerte muro
De la inmortalidad, no estimas cuanto
Mora en las sombras deste mundo escuro.
Y tú, DON JUAN DE JAUREGUI, que á tanto
El sabio curso de tu pluma aspira,
Que sobre las esferas le levanto:
Aunque Lucano por tu voz respira,
Déjale un rato, y con piadosos ojos
A la necesidad de Apolo mira:
Que te están esperando mil despojos
De otros mil atrevidos, que procuran
Fértiles campos ser, siendo rastrojos.
Y tú, por quien las musas aseguran
Su partido, DON FÉLIX ARIAS, siente,
Que por su gentileza te conjuran:
Y ruegan que defiendas desta gente
Non sancta su hermosura, y de Aganipe
Y de Hipocrene la inmortal corriente.
¿Consentirás tú á dicha participe
Del licor suavísimo un poeta,
Que al hacer de sus versos sude y hipe?
No lo consentirás, pues tu discreta
Vena abundante y rica, no permite
Cosa que sombra tenga de imperfeta.
Señor, este que aquí viene se quite,
Dije á Mercurio, que es un chacho necio,
Que juega, y es de sátiras su embite.

Este sí que podrás tener en precio,
Que es ALONZO DE SALAS BARBADILLO,
A quien me inclino y sin medida aprecio.
Este que viene aquí, sí he de decillo,
No hay para que le embarques, y así puedes
Borrarle. Dijo el dios: Gusto de oillo.
Es un cierto rapaz, que á Ganimedes
Quiere imitar, vistiéndose á lo godo,
Y así aconsejo que sin él te quedes.
No lo harás con este dese modo,
Que es el gran LUIZ CABRERA, que pequeño
Todo lo alcanza, pues lo sabe todo.
Es de la historia conocido dueño,
Y en discursos discretos tan discreto,
Que á Tacito verás, si te le enseño.
Este que viene es un galan, sugeto
De la varia fortuna á los vaivenes,
Y del mudable tiempo al duro aprieto.
Un tiempo rico de caducos bienes,
Y ahora de los firmes é inmudables
Mas rico, á tu mandar firme le tienes.
Pueden los altos riscos siempre estables
Ser tocados del mar, mas no movidos
De sus ondas en cursos variables.
Ni menos á la tierra trae rendidos
Los altos cedros Boreas, cuando airado
Quiere humillar los mas fortalecidos.
Y este que vivo ejemplo nos ha dado
Desta verdad con tal filosofía
DON LORENZO RAMIREZ ES DE PRADO.
Deste que se le sigue aquí, diria
Que es DON ANTONIO DE MONROI, que veo
En ello qué es ingenio y cortesía.
Satisfacion al mas alto deseo
Puede dar de valor heróico y ciencia,
Pues mil descubro en él y otras mil creo.
Este es un caballero de presencia
Agradable, y que tiene de Torcato
El alma sin alguna diferencia.
De DON ANTONIO DE PAREDES trato,
A quien dieron las musas sus amigas
En tierna edad anciano ingenio y trato.
Este que por llevarle te fatigas,
Es DON ANTONIO DE MENDOSA, y veo
Cuanto en llevarle al sacro Apolo obligas.
Este que de las musas es recreo,
La gracia, y el donaire, y la cordura,
Que de la discrecion lleva el trofeo:
Es PEDRO DE MORALES, propia hechura
Del gusto cortesano, y es asilo
Adonde se repara mi ventura.
Este, aunque tiene parte de Zoílo,

Es el grande ESPINEL, que en la guitarra
Tiene la prima, y en el raro estilo.
Este, que tanto allá tira la barra,
Que las cumbres se deja atras de Pindo,
Que jura, que vocea, y que desgarra,
Tiene mas de poeta que de lindo,
Y es JUSEPE DE VARGAS, cuyo astuto
Ingenio y rara condicion deslindo.
Este, á quien pueden dar justo tributo
La gala y el ingenio, que mas pueda
Ofrecer á las musas flor y fruto,
Es el famoso ANDRES DE BALMASEDA,
De cuyo grave y dulce entendimiento
El magno Apolo satisfecho queda.
Este es ENCISO, gloria y ornamento
Del Tajo, y claro honor de Manzanares,
Que con tal hijo aumenta su contento.
Este que es escogido entre millares
DE GUEVARA LUIS VELEZ es el bravo,
Que se puede llamar quitapesares.
Es poeta gigante, en quien alabo
El verso numeroso, el peregrino
Ingenio, si un Gnaton nos pinta, ó un Davo.
Este es DON JUAN DE ESPAÑA, que es mas dino
De alabanzas divinas que de humanas,
Pues en todos sus versos es divino.
Este por quien de Lugo están ufanas
Las musas, es SILVEIRA, aquel famoso,
Que por llevarle con razon te afanas.
Este que se le sigue, es el curioso
Gran DON PEDRO DE HERRERA, conocido
Por de ingenio elevado en punto honroso.
Este, que de la cárcel del olvido
Sacó otra vez á Proserpina hermosa,
Con que á España y al Dauro ha enriquecido,
Verásle en la contienda rigurosa,
Que se teme y se espera en nuestros dias,
Culpa de nuestra edad poco dichosa,
Mostrar de su valor las lozanías.
Pero ¿qué mucho, si es aqueste el doto
Y grave DON FRANCISCO DE FARÍAS?
Este, de quien yo fuí siempre devoto,
Oráculo y Apolo de Granada,
Y aun deste clima nuestro y del remoto,
PEDRO RODRIGUEZ és. Este es TEJADA,
De altitonantes versos, y sonoros
Con magestad en todo levantada.
Este, que brota versos por los poros,
Y halla patria y amigos donde quiera,
Y tiene en los agenos sus tesoros,
ES MEDINILLA, el que la vez primera
Cantó el romance de la tumba escura,

Entre cipreses puestos en hilera.
Este, que en verdes años se apresura
Y corre al sacro lauro, es DON FERNANDO
BERMUDEZ, donde vive la cordura.
Es aquel poeta memorando,
Que mostró de su ingenio la agudeza
En las selvas de Erifile cantando.
Este que la coluna nueva empieza,
Con estos dos que con su ser convienen,
Nombrarlos, aun lo tengo por bajeza.
MIGUEL CEJUDO, y MIGUEL SANCHEZ vienen
Juntos aquí, ¡ o par sin par! en estos
Las sacras musas fuerte amparo tienen.
Que en los piés de sus versos bien compuestos,
Llenos de erudicion rara y dotrina,
Al ir al grave caso serán prestos.
Este gran caballero, que se inclina
A la leccion de los poetas buenos,
Y al sacro monte con su luz camina,
DON FRANCISCO DE SILVA es por lo menos:
¿Qué será por lo mas? ¡O edad madura,
En verdes años de cordura llenos!
DON GABRIEL GOMEZ viene aquí, segura
Tiene con él Apolo la vitoria,
De la canalla siempre necia y dura.
Para honor de su ingenio, para gloria
De su florida edad, para que admire
Siempre de siglo en siglo su memoria,
En este gran sugeto se retire
Y abrevie la esperanza deste hecho,
Y Febo al gran VALDES atento mire.
Verá en él un gallardo y sabio pecho,
Un ingenio sutil y levantado,
Con que le deje en todo satisfecho.
FIGUEROA es estotro el dotorado,
Que cantó de Amarili la constancia
En dulce prosa y verso regalado.
Cuatro vienen aquí en poca distancia
Con mayúsculas letras de oro escritos,
Que son del alto asunto la importancia.
De tales cuatro siglos infinitos
Durará la memoria, sustentada
En la alta gravedad de sus escritos.
Del claro Apolo la real morada
Si viniere á caer de su grandeza,
Será por estos cuatro levantada.
En ellos nos cifró naturaleza
El todo de las partes, que son dinas
De gozar celsitud, que es mas que alteza.
Esta verdad, gran conde de SALINAS,
Bien la acreditas con tus raras obras,
Que en los términos tocan de divinas.

Tú, el de ESQUILACHE príncipe, que cobras
De dia en dia crédito tamaño,
Que te adelantas á tí mismo y sobras:
Serás escudo fuerte al grave daño,
Que teme Apolo con ventajas tantas,
Que no te espere el escuadron tacaño.
Tú, conde de SALDAÑA, que con plantas
Tiernas pisas de Pindo la alta cumbre,
Y en alas de tu ingenio te levantas.
Hacha has de ser de inextinguible lumbre,
Que guie al sacro monte, al deseoso
De verse en él, sin que la luz deslumbre.
Tú, el de VILLAMEDIANA, el mas famoso
De cuantos entre griegos y latinos
Alcanzaron el lauro venturoso:
Cruzarás por las sendas y caminos
Que al monte guian, porque mas seguros
Lleguen á él los simples peregrinos.
A cuya vista destos cuatro muros
Del Parnaso caerán las arrogancias
De los mancebos sobre necios duros.
¡O cuántas, y cuán graves circunstancias
Dijera destos cuatro, que felices
Aseguran de Apolo las ganancias!
Y mas si se les llega el de ALCAÑICES,
Marques insigne, harán (puesto que hay una
En el mundo no mas) cinco Fenices.
Cada cual de por sí será coluna,
Que sustente y levante el edificio
De Febo sobre el cerco de la luna.
Este (puesto que acude al grave oficio,
En que se ocupa) el lauro y palma lleva,
Que Apolo da por honra y beneficio.
En esta ciencia es maravilla nueva,
Y en la jurispericia único y raro,
Su nombre es DON FRANCISCO DE LA CUEVA.
Este, que con Homero le comparo,
Es el gran DON RODRIGO DE HERRERA,
Insigne en letras, y en virtudes raro.
Este, que se le sigue es el DE VERA
DON JUAN, que por su espada y por su pluma
Le honran en la quinta y cuarta esfera.
Este, que el cuerpo y aun el alma bruma
De mil, aunque no muestra ser cristiano,
Sus escritos el tiempo no consuma.
Cayóseme la lista de la mano
En este punto, y dijo el dios: Con estos
Que has referido está el negocio llano.
Haz que con piés y pensamientos prestos
Vengan aquí, donde aguardando quedo
La fuerza de tan validos supuestos.
Mal podrá DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Venir, dije yo entonces; y él me dijo:
Pues partirme sin él de aquí no puedo.
Ese es hijo de Apolo, ese es hijo
De Calíope musa, no podemos
Irnos sin él, y en esto estaré fijo.
Es el flagelo de poetas memos,
Y echará á puntillazos del Parnaso
Los malos que esperamos y tememos.
O señor, repliqué, que tiene el paso
Corto, y no llegará en un siglo entero.
Deso, dijo Mercurio, no hago caso.
Que el poeta que fuere caballero,
Sobre una nube entre pardilla y clara
Vendrá muy á su gusto caballero.
Y el que no, pregunté, ¿qué le prepara
Apolo? ¿qué carrozas? ó qué nubes?
¿Qué dromedario? ó alfana en paso rara?
Mucho, me respondió, mucho te subes
En tus preguntas, calla y obedece.
Sí haré, pues no es infando lo que jubes.
Esto le respondí, y él me parece
Que se turbó algun tanto; y en un punto
El mar se turba, el viento sopla y crece.
Mi rostro entonces, como el de un difunto
Se debió de poner, y sí haria,
Que soy medroso á lo que yo barrunto.
Ví la noche mezclarse con el dia,
Las arenas del hondo mar alzarse
A la region del aire, entonces fria.
Todos los elementos ví turbarse,
La tierra, el agua, el aire, y aun el fuego
Ví entre rompidas nubes azorarse.
Y en medio deste gran desasosiego
Llovian nubes de poetas llenas
Sobre el bajel, que se anegara luego,
Si no acudieran mas de mil sirenas
A dar de azotes á la gran borrasca,
Que hacia el saltarel por las entenas.
Una, que ser pensé Juana la Chasca,
De dilatado vientre y luengo cuello,
Pintiparado á aquel de la tarasca,
Se llegó á mí, y me dijo: De un cabello
Deste bajel estaba la esperanza
Colgada á no venir á socorrello.
Traemos, y no es burla, á la bonanza,
Que estaba descuidada oyendo atenta
Los discursos de un cierto Sancho Panza.
En esto sosegóse la tormenta,
Volvió tranquilo el mar, serenó el cielo,
Que al regañon el céfiro le ahuyenta.
Volví la vista, y ví en ligero vuelo
Una nube romper el aire claro

De la color del condensado hielo.
¡O maravilla nueva! ¡o caso raro!
Vílo, y he de decillo, aunque se dude
Del hecho que por brújula declaro.
Lo que yo pude ver, lo que yo pude
Notar fué, que la nube dividida
En dos mitades á llover acude.
Quien ha visto la tierra prevenida
Con tal disposicion, que cuando llueve,
Cosa ya averiguada y conocida,
De cada gota en un instante breve
Del polvo se levanta ó sapo, ó rana,
Que á saltos, ó despacio el paso mueve:
Tal se imagine ver (¡o soberana
Virtud!) de cada gota de la nube
Saltar un bulto, aunque con forma humana.
Por no creer esta verdad estuve
Mil veces, pero víla con la vista,
Que entonces clara y sin legañas tuve.
Eran aquestos bultos de la lista
Pasada los poetas referidos,
A cuya fuerza no hay quien la resista.
Unos por hombres buenos conocidos,
Otros de rumbo y hampo, y Dios es Cristo,
Poquitos bien, y muchos mal vestidos.
Entre ellos parecióme de haber visto
A DON ANTONIO DE GALARZA el bravo,
Gentilhombre de Apolo, y muy bien quisto.
El bajel se llenó de cabo á cabo,
Y su capacidad á nadie niega
Copioso asiento, que es lo mas que alabo.
Llovió otra nube al gran LOPE DE VEGA,
Poeta insigne, á cuyo verso ó prosa
Ninguno le aventaja, ni aun le llega.
Era cosa de ver maravillosa
De los poetas la apretada enjambre,
En recitar sus versos muy melosa.
Este muerto de sed, aquel de hambre;
Yo dije, viendo tantos con voz alta:
¡Cuerpo de mí con tanta poetambre!
Por tantas sobras conoció una falta
Mercurio, y acudiendo á remedialla,
Ligero en la mitad del bajel salta.
Y con una zaranda que allí halla,
No sé si antigua, ó si de nuevo hecha,
Zarandó mil poetas de gramalla.
Los de capa y espada no desecha,
Y destos zarandó dos mil y tantos,
Que fué neguilla entonces la cosecha.
Colábanse los buenos y los santos,
Y quedábanse arriba los granzones,
Mas duros en sus versos que los cantos.

Y sin que les valiesen las razones
Que en su disculpa daban, daba luego
Mercurio al mar con ellos á montones.
Entre los arrojados se oyó un ciego,
Que murmurando entre las ondas iba
De Apolo con un pèsete y reniego.
Un sastre (aunque en sus piès flojos estriba,
Abriendo con los brazos el camino)
Dijo: Sucio es Apolo, así yo viva.
Otro (que al parecer iba mohino,
Con ser un zapatero de obra prima)
Dijo dos mil, no un solo desatino.
Trabaja un tondidor, suda, y se anima
Por verse á la ribera conducido,
Que mas la vida que la honra estima.
El escuadron nadante reducido
A la marina, vuelve á la galera
El rostro con señales de ofendido.
Y uno por todos dijo: Bien pudiera
Ese chocante embajador de Febo
Tratarnos bien, y no desta manera.
Mas oigan lo que dijo: Yo me atrevo
A profanar del monte la grandeza
Con libros nuevos, y en estilo nuevo.
Calló Mercurio, y á poner empieza
Con gran curiosidad seis camarines,
Dando á la gracia ilustre rancho y pieza.
De nuevo resonaron los clarines,
Y así Mercurio lleno de contento,
Sin darle mal agüero los delfines,
Remos al agua dió, velas al viento.

CAPITULO III.

Eran los remos de la real galera
De esdrújulos, y dellos compelida
Se deslizaba por el mar ligera.
Hasta el tope la vela iba tendida,
Hecha de muy delgados pensamientos,
De varios lizos por amor tejida.
Soplaban dulces y amorosos vientos,
Todos en popa, y todos se mostraban
Al gran viaje solamente atentos.
Las sirenas en torno navegaban,
Dando empellones al bajel lozano,
Con cuya ayuda en vuelo le llevaban.
Semejaban las aguas del mar cano
Colchas encarrujadas, y hacian
Azules visos por el verde llano.
Todos los del bajel se entretenian,
Unos glosando piés dificultosos,
Otros cantaban, otros componian.
Otros de los tenidos por curiosos
Referian sonetos, muchos hechos
A diferentes casos amorosos.
Otros alfeñicados y deshechos
En puro azúcar, con la voz suave,
De su melifluidad muy satisfechos,
En tono blando, sosegado y grave,
Églogas pastorales recitaban,
En quien la gala y la agudeza cabe.
Otros de sus señoras celebraban
En dulces versos de la amada boca
Los escrementos que por ella echaban.
Tal hubo á quien amor así le toca,
Que alabó los riñones de su dama,
Con gusto grande, y no elegancia poca.
Uno cantó, que la amorosa llama
En mitad de las aguas le encendia,
Y como toro agarrochado brama.
Desta manera andaba la poesía
De uno en otro, haciendo que hablase
Este latin, aquel algarabía.
En esto sesga la galera vase
Rompiendo el mar con tanta ligereza,
Que el viento aun no consiente que la pase.
Y en esto descubrióse la grandeza

De la escombrada playa de Valencia
Por arte hermosa y por naturaleza.
Hizo luego de sí grata presencia
El gran DON LUIS FERRER, marcado el pecho
De honor, y el alma de divina ciencia.
Desembarcóse el dios, y fué derecho
A darle cuatro mil y mas abrazos,
De su vista y su ayuda satisfecho.
Volvió la vista, y reiteró los lazos
En DON GUILLEN DE CASTRO, que venia
Deseoso de verse en tales brazos.
CRISTOVAL DE VIRUES se le seguia,
Con PEDRO DE AGUILAR, junta famosa
De las que Turia en sus riberas cria.
No le pudo llegar mas valerosa
Escuadra al gran Mercurio, ni él pudiera
Desearla mejor, ni mas honrosa.
Luego se descubrió por la ribera
Un tropel de gallardos valencianos,
Que á ver venian la sin par galera.
Todos con instrumentos en las manos
De estilos y librillos de memoria,
Por bizarría y por ingenio ufanos.
Codiciosos de hallarse en la vitoria,
Que ya tenian por segura y cierta,
De las heces del mundo y de la escoria.
Pero Mercurio les cerró la puerta:
Digo, no consintió que se embarcasen,
Y el porque no lo dijo, aunque se acierta.
Y fué, porque temió que no se alzasen,
Siendo tantos y tales con Parnaso,
Y nuevo imperio y mando en él fundasen.
En esto vióse con brioso paso
Venir al magno ANDRES REY DE ARTIEDA;
No por la edad descaecido ó laso.
Hicieron todos espaciosa rueda,
Y cogiéndole en medio, le embarcaron,
Mas rico de valor que de moneda.
Al momento las áncoras alzaron,
Y las velas ligadas á la entena,
Los grumetes apriesa desataron.
De nuevo por el aire claro suena
El son de los clarines, y de nuevo
Vuelve á su oficio cada cual sirena.
Miró el bajel por entre nubes Febo,
Y dijo en voz que pudo ser oida:
Aquí mi gusto y mi esperanza llevo.
De remos y sirenas impelida
La galera se deja atras el viento,
Con milagrosa y próspera corrida.
Leiase en los rostros el contento
Que llevaban los sabios pasageros,

Durable, por no ser nada violento.
  Unos por el calor iban en cueros,
Otros por no tener godescas galas
En trage se vistieron de romeros.
  Hendia en tanto las neptúneas salas
La galera del modo como hiende
La grulla el aire con tendidas alas.
  En fin llegamos donde el mar se extiende,
Y ensancha y forma el golfo de Narbona,
Que de ningunos vientos se defiende.
  Del gran Mercurio la cabal persona
Sobre seis resmas de papel sentada
Iba con cetro y con real corona:
  Cuando una nube, al parecer preñada,
Parió cuatro poetas en crujía,
O los llovió, razon mas concertada.
  Fué el uno aquel, de quien Apolo fia
Su honra, JUAN LUIS DE CASANATE,
Poeta insigne de mayor cuantía.
  El mismo Apolo de su ingenio trate,
Él le alabe, él le premie y recompense,
Que el alabarle yo seria dislate.
  Al segundo llovido el Uticense
Caton no le igualó, ni tiene Febo
Quien tanto por él mire, ni en él piense.
  Del contador GASPAR DE BARRIONUEVO
Mal podrá el corto flaco ingenio mio
Loar el suyo así como yo debo.
  Llenó del gran bajel el gran vacío
El gran FRANCISCO DE RIOJA al punto
Que saltó de la nube en el navío.
  A CRISTOVAL DE MESA ví allí junto
A los piés de Mercurio, dando fama
A Apolo, siendo dél propio trasunto.
  A la gavia un grumete se encarama,
Y dijo á voces: La ciudad se muestra
Que Génova del dios Jano se llama.
  Déjese la ciudad á la siniestra
Mano, dijo Mercurio, el bajel vaya
Y siga su derrota por la diestra.
  Hacer al Tíber vimos blanca raya
Dentro del mar, habiendo ya pasado
La ancha romana y peligrosa playa.
  De lejos vióse el aire condensado
Del humo, que el estrómbalo vomita,
De azufre, y llamas, y de horror formado.
  Huyen la isla infame, y solicita
El suave poniente, así el viaje
Que lo acorta, lo allana y facilita.
  Vímonos en un punto en el parage,
Do la nutriz de Eneas piadoso
Hizo el forzoso y último pasage.

Vimos desde allí á poco el mas famoso
Monte que encierra en sí nuestro emisfero,
Mas gallardo á la vista y mas hermoso.
Las cenizas de Tiriro y Sincero
Están en él, y puede ser por esto
Nombrado entre los montes por primero.
Luego se descubrió, donde echó el resto
De su poder naturaleza amiga,
De formar de otros muchos un compuesto.
Vióse la pesadumbre sin fatiga
De la bella Parténope, sentada
A la orilla del mar, que sus piés liga.
De castillos y torres coronada,
Por fuerte y por hermosa en igual grado
Tenida, conocida y estimada.
Mandóme el del alígero calzado,
Que me aprestase y fuese luego á tierra
A dar á los LUPERCIOS un recado,
En que les diese cuenta de la guerra
Temida, y que á venir les persuadiese
Al duro y fiero asalto, al cierra, cierra.
Señor, le respondí, si acaso hubiese
Otro que la embajada les llevase,
Que mas grato á los dos hermanos fuese,
Que yo no soy; sé bien que negociase
Mejor. Dijo Mercurio: No te entiendo,
Y has de ir antes que el tiempo mas se pase.
Que no me han de escuchar estoy temiendo,
Le repliqué, ya si el ir yo no importa,
Puesto que en todo obedecer pretendo.
Que no sé quien me dice, y quien me exhorta,
Que tienen para mí, á lo que imagino,
La voluntad, como la vista corta.
Que si esto así no fuera, este camino
Con tan pobre recámara no hiciera,
Ni diera en un tan hondo desatino.
Pues si alguna promesa se cumpliera
De aquellas muchas, que al partir me hicieron,
Llévame Dios si entrara en tu galera.
Mucho esperé, si mucho prometieron,
Mas podrá ser, que ocupaciones nuevas
Les obligue á olvidar lo que dijeron.
Muchos, señor, en la galera llevas,
Que te podrán sacar el pié del lodo,
Parte, y escusa de hacer mas pruebas.
Ninguno, dijo, me hable dese modo,
Que si me desembarco y los embisto,
Voto á Dios, que me traiga al conde, y todo.
Con estos dos famosos me enemisto,
Que habiendo levantado á la poesía
Al buen punto en que está, como se ha visto,
Quieren con perezosa tiranía

Alzarse como dicen á su mano
Con la ciencia que á ser divinos guia.
Por el solio de Apolo soberano
Juro... y no digo mas: y ardiendo en ira
Se echó á las barbas una y otra mano.
Y prosiguió diciendo: El dotor MIRA,
Apostaré, si no lo manda el conde,
Que tambien en sus puntos se retira.
Señor galan, parezca: ¿á qué se esconde?
Pues á fe por llevarle, si él no gusta,
Que ni le busque, aseche, ni le ronde.
¿Es esta empresa acaso tan injusta,
Que se esquiven de hallar en ella cuantos
Tienen conciencia limitada y justa?
¿Carece el cielo de poetas santos?
¿Puesto que brote á cada paso el suelo
Poetas, que lo son tantos y tantos?
¿No se oyen sacros himnos en el cielo?
¿La harpa de David allá no suena,
Causando nuevo accidental consuelo?
Fuera melindres, y cese la entena,
Que llegue al tope, y luego obedeciendo
Fué de la chusma sobre buenas buena.
Poco tiempo pasó, cuando un ruïdo
Se oyó, que los oidos atronaba,
Y era de perros áspero ladrido.
Mercurio se turbó, la gente estaba
Suspensa al triste son, y en cada pecho
El corazon mas válido temblaba.
En esto descubrióse el corto estrecho
Que Scila y que Caríbdis espantosas,
Tan temeroso con su furia han hecho.
Estas olas que veis presuntuosas
En visitar las nubes de contino,
Y aun de tocar el cielo codiciosas,
Venciólas el prudente peregrino
Amante de Calipso, al tiempo cuando
Hizo, dijo Mercurio, este camino.
Su prudencia nosotros imitando,
Echaremos al mar en que se ocupen,
En tanto que el bajel pasa volando.
Que en tanto que ellas tasquen, roan, chupen
Al mísero que al mar ha de entregarse,
Seguro estoy que el paso desocupen.
Miren si puede en la galera hallarse
Algun poeta desdichado acaso,
Que á las fieras gargantas pueda darse.
Buscáronle, y hallaron á LOFRASO,
Poeta militar sardo, que estaba
Desmayado á un rincon marchito y laso:
Que á sus diez libros de Fortuna, andaba
Añadiendo otros diez, y el tiempo escoge,

Que mas desocupado se mostraba.
Gritó la chusma toda : Al mar se arroje,
Vaya Lofraso al mar sin resistencia.
Por Dios, dijo Mercurio, que me enoje.
¿Cómo? ¿y no será cargo de conciencia
Y grande echar al mar tanta poesía,
Puesto que aquí nos hunda su inclemencia?
Viva Lofraso, en tanto que dé al dia
Apolo luz, y en tanto que los hombres
Tengan discreta alegre fantasía.
Tocante á tí, o Lofraso, los renombres,
Y epítetos de agudo y de sincero,
Y gusto que mi cómitre te nombres.
Esto dijo Mercurio al caballero,
El cual en la crujía en pié se puso
Con un rebenque despiadado y fiero.
Creo que de sus versos le compuso,
Y no sé como fué, que en un momento,
O ya el cielo, ó Lofraso lo dispuso,
Salimos del estrecho á salvamento
Sin arrojar al mar poeta alguno,
Tanto del sardo fué el merecimiento.
Mas luego otro peligro, otro importuno
Temor amenazó, si no gritara
Mercurio, cual jamas gritó ninguno.
Diciendo al timonero : A orza, pára,
Amáinese de golpe, y todo á un punto
Se hizo, y el peligro se repara.
Estos montes que veis que están tan juntos,
Son los que Acroceraunos son llamados,
De infame nombre, como yo barrunto.
Asieron de los remos los honrados,
Los tiernos, los melífluos, los godescos;
Y los de á cantimplora acostumbrados.
Los frios los asieron y los frescos,
Asiéronlos tambien los calurosos,
Y los de calzas largas y gregüescos.
Del sopraestante daño temerosos,
Todos á una la galera empujan,
Con flacos y con brazos poderosos.
Debajo del bajel se somurmujan
Las sirenas que dél no se apartaron,
Y á sí mismas en fuerzas sobrepujan.
Y en un pequeño espacio la llevaron
A vista de Corfú, y á mano diestra
La isla inexpugnable se dejaron.
Y dando la galera á la siniestra
Discurria de Grecia las riberas,
Adonde el cielo su hermosura muestra.
Mostrábanse las olas lisonjeras,
Impeliendo el bajel suavemente,
Como burlando con alegres veras.

Y luego al parecer por el oriente,
Rayando el rubio sol nuestro horizonte
Con rayas rojas, hebras de su frente;
Gritó un grumete y dijo: El monte, el monte,
El monte se descubre, donde tiene
Su buen rocin el gran Belorofonte.
Por el monte se arroja, y á pié viene
Apolo á recebirnos. Yo lo creo,
Dijo Lofraso, ya llega á la Hipocrene.
Yo desde aquí columbro, miro y veo
Que se andan solazando entre unas matas
Las musas con dulcísimo recreo.
Unas antiguas son, otras novatas,
Y todas con ligero paso y tardo
Andan las cinco en pié, las cuatro á gatas.
Si tú tal vez, dijo Mercurio, o sardo
Poeta, qué me corten las orejas,
O me tengan los hombres por bastardo.
Dime, ¿ porqué algun tanto no te alejas
De la ignorancia, pobreton, y adviertes
Lo que cantan tus rimas en tus quejas?
¿ Porqué con tus mentiras nos diviertes
De recibir á Apolo cual se debe,
Por haber mejorado vuestras suertes?
En esto mucho mas que el viento leve
Bajó el lucido Apolo á la marina
A pié, porque en su carro no se atreve.
Quitó los rayos de la faz divina,
Mostróse en calzas y en jubon vistoso,
Porque dar gusto á todos determina.
Seguíale detras un numeroso
Escuadron de doncellas bailadoras,
Aunque pequeñas, de ademan brioso.
Supe poco despues, que estas señoras,
Sanas las mas, las menos mal paradas,
Las del tiempo y del sol eran las Horas.
Las medio rotas eran las menguadas,
Las sanas las felices, y con esto
Eran todas en todo apresuradas.
Apolo luego con alegre gesto
Abrazó á los soldados, que esperaba
Para la alta ocasion que se ha propuesto.
Y no de un mismo modo acariciaba
A todos, porque alguna diferencia
Hacia con los que él mas se alegraba.
Que á los de señoría y excelencia
Nuevos abrazos dió, razones dijo,
En que guardó decoro y preeminencia.
Entre ellos abrazó á DON JUAN DE ARGUIJO,
Que no sé en qué, ó cómo, ó cuándo hizo
Tan áspero viaje y tan prolijo.
Con él á su deseo satisfizo

Apolo y confirmó su pensamiento,
Mandó, vedó, quitó, hizo y deshizo.
Hecho pues el sin par recebimiento,
Do se halló DON LUIS DE BARAHONA,
Llevado allí por su merecimiento,
Del siempre verde lauro una corona
Le ofrece Apolo en su intencion, y un vaso
Del agua de Castalia y de Elicona.
Y luego vuelve el magestoso paso,
Y el escuadron pensado y de repente
Le sigue por las faldas del Parnaso.
Llegóse en fin á la Castalia fuente,
Y en viéndola infinitos se arrojaron
Sedientos al cristal de su corriente.
Unos no solamente se hartaron,
Sino que piés y manos, y otras cosas
Algo mas indecentes se lavaron.
Otros mas advertidos, las sabrosas
Aguas gustaron poco á poco, dando
Espacio al gusto, á pausas melindrosas.
El brindez y el caraos se puso en band·,
Porque los mas de bruces, y no á sorbos
El suave licor fueron gustando.
De ambas manos hacian vasos corvos
Otros, y algunos de la boca al agua
Temian de hallar cien mil estorbos.
Poco á poco la fuente se desagua,
Y pasa en los estómagos bebientes,
Y aun no se apaga de su sed la fragua.
Mas díjoles Apolo: Otras dos fuentes
Aun quedan, Aganipe é Hipocrene,
Ambas sabrosas, ambas excelentes.
Cada cual de licor dulce y perene,
Todas de calidad aumentativa
Del alto ingenio que á gustarlas viene.
Beben, y suben por el monte arriba,
Por entre palmas, y entre cedros altos,
Y entre árboles pacíficos de oliva.
De gusto llenos y de angustia faltos,
Siguiendo á Apolo el escuadron camina,
Unos á pedicoj, otros á saltos.
Al pié sentado de una antigua encina
Ví á ALONSO DE LEDESMA, componiendo
Una cancion angélica y divina.
Conocíle, y á él me fuí corriendo
Con los brazos abiertos como amigo,
Pero no se movió con el estruendo.
¿No ves, me dijo Apolo, que consigo
No está Ledesma ahora? no ves claro
Que está fuera de sí, y está conmigo?
A la sombra de un mirto, al verde amparo
GERÓNIMO DE CASTRO sesteaba,

Varon de ingenio peregrino y raro.
  Un motete imagino que cantaba
Con voz suave; yo quedé admirado
De verle allí, porque en Madrid quedaba.
  Apolo me entendió, y dijo: Un soldado
Como este no era bien que se quedara
Entre el ocio y el sueño sepultado.
  Yo le truje, y sé cómo, que á mi rara
Potencia no la impide otra ninguna,
Ni inconveniente alguno la repara.
  En esto se llegaba la oportuna
Hora á mi parecer de dar sustento
Al estómago pobre, y mas si ayuna;
  Pero no le pasó por pensamiento
A Delio que el ejército conduce,
Satisfacer al mísero hambriento.
  Primero á un jardin rico nos reduce;
Donde el poder de la naturaleza,
Y el de la industria mas campea y luce.
  Tuvieron los Hespérides belleza
Menor, no le igualaron los Pensiles
En sitio, en hermosura y en grandeza.
  En su comparacion se muestran viles
Los de Alcinoo, en cuyas alabanzas
Se han ocupado ingenios bien sotiles:
  No sujeto del tiempo á las mudanzas,
Que todo el año primavera ofrece
Frutos en posesion, no en esperanzas.
  Naturaleza y arte allí parece
Andar en competencia, y está en duda
Cual vence de las dos, cual mas merece.
  Muéstrase balbuciente y casi muda,
Si le alaba la lengua mas experta
De adulacion y de mentir desnuda.
  Junto con ser jardin, era una huerta,
Un soto, un bosque, un prado, un valle ameno,
Que en todos estos títulos concierta.
  De tanta gracia y hermosura lleno,
Que una parte del cielo parecia
El todo del bellísimo terreno.
  Alto en el sitio alegre Apolo hacia,
Y allí mandó que todos se sentasen
A tres horas despues de mediodia.
  Y porque los asientos señalasen
El ingenio y valor de cada uno,
Y unos con otros no se embarazasen;
  A despecho y pesar del importuno
Ambicioso deseo, les dió asiento
En el sitio y lugar mas oportuno.
  Llegaban los laureles casi á ciento,
A cuya sombra y troncos se sentaron
Algunos de aquel número contento.

Otros los de las palmas ocuparon,
De los mirtos, y hiedras, y los robles
Tambien varios poetas albergaron.
Puesto que humildes, eran de los nobles
Los asientos cual tronos levantados,
Porque tú, o envidia, aquí tu rabia dobles.
En fin, primero fueron ocupados
Los troncos de aquel ancho circuito,
Para honrar á poetas dedicados,
Antes que yo en el número infinito
Hallase asiento: y así en pié quedéme
Despechado, colérico y marchito.
Dije entre mí: ¿Es posible que se extreme
En perseguirme la fortuna airada,
Que ofende á muchos y á ninguno teme?
Y volviéndome á Apolo con turbada
Lengua le dije lo que oirá el que gusta
Saber, pues la tercera es acabada,
La cuarta parte desta empresa justa.

CAPITULO IV.

Suele la indignacion componer versos,
Pero si el indignado es algun tonto,
Ellos tendrán su todo de perversos.
De mí yo no sé mas, sino que pronto
Me halle para decir en tercia rima
Lo que no dijo el desterrado al Ponto.
Y así le dije á Delio: No se estima,
Señor, del vulgo vano el que te sigue
Y al árbol sacro del laurel se arrima.
La envidia y la ignorancia le persigue,
Y así envidiado siempre y perseguido
El bien que espera, por jamas consigue.
Yo corté con mi ingenio aquel vestido,
Con que al mundo la hermosa *Galatea*
Salió para librarse del olvido.
Soy por quien *la Confusa* nada fea
Pareció en los teatros admirable,
Si esto á su fama es justo se le crea.
Yo con estilo en parte razonable
He compuesto *Comedias*, que en su tiempo
Tuvieron de lo grave y de lo afable.
Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino
En cualquiera sazon, en todo tiempo.
Yo he abierto en mis *Novelas* un camino,
Por do la lengua castellana puede
Mostrar con propiedad un desatino.
Yo soy aquel que en la invencion excede
A muchos, y al que falta en esta parte,
Es fuerza que su fama falta quede.
Desde mis tiernos años amé el arte
Dulce de la agradable poesía,
Y en ella procuré siempre agradarte.
Nunca voló la pluma humilde mia
Por la region satírica, bajeza
Que á infames premios y desgracias guia.
Yo el soneto compuse que así empieza,
Por honra principal de mis escritos:
Voto a Dios que me espanta esta grandeza.
Yo he compuesto *Romances* infinitos,
Y el de los Zelos es aquel que estimo,
Entre otros que los tengo por malditos.

Por esto me congojo y me lastimo
De verme solo en pié, sin que se aplique
Arbol que me conceda algun arrimo.
Yo estoy, cual decir suelen, puesto á pique
Para dar á la estampa al gran *Persiles*,
Con que mi nombre y obras multiplique.
Yo en pensamientos castos y sotiles,
Dispuestos en soneto de á docena,
He honrado tres sugetos fregoniles.
Tambien al par de *Filis* mi *Filena*
Resonó por las selvas, que escucharon
Mas de una y otra alegre cantilena.
Y en dulces varias rimas se llevaron
Mis esperanzas los ligeros vientos,
Que en ellos y en la arena se sembraron.
Tuve, tengo y tendrè los pensamientos,
Merced al cielo que á tal bien me inclina,
De toda adulacion libres y exentos.
Nunca pongo los piés por do camina
La mentira, la fraude y el engaño,
De la santa virtud total ruina.
Con mi corta fortuna no me ensaño,
Aunque por verme en pié, como me veo,
Y en tal lugar, pondero así mi daño.
Con poco me contento, aunque deseo
Mucho. A cuyas razones enojadas,
Con estas blandas respondió Timbreo:
Vienen las malas suertes atrasadas,
Y toman tan de lejos la corriente,
Que son temidas, pero no escusadas.
El bien les viene á algunos de repente,
A otros poco á poco y sin pensallo,
Y el mal no guarda estilo diferente.
El bien que está adquirido, conservallo
Con maña, diligencia y con cordura
Es no menor virtud, que el grangeallo.
Tú mismo te has forjado tu ventura,
Y yo te he visto alguna vez con ella,
Pero en el imprudente poco dura.
Mas si quieres salir de tu querella,
Alegre, y no confuso, y consolado,
Dobla tu capa, y siéntate sobre ella.
Que tal vez suele un venturoso estado,
Cuando le niega sin razon la suerte,
Honrar mas merecido, que alcanzado.
Bien parece, señor, que no se advierte,
Le respondí, que yo no tengo capa.
Él dijo: Aunque sea así, gusto de verte.
La virtud es un manto con que tapa
Y cubre su indecencia la estrecheza,
Que exenta y libre de la envidia escapa.
Incliné al gran consejo la cabeza.

Quedéme en pié: que no hay asiento bueno,
Si el favor no le labra, ó la riqueza.
Alguno murmuró, viéndome ageno
Del honor que pensó se me debia,
Del planeta de luz y virtud lleno.
En esto pareció que cobró el dia
Un nuevo resplandor, y el aire oyóse
Herir de una dulcísima armonía.
Y en esto por un lado descubrióse
Del sitio un escuadron de ninfas bellas,
Con que infinito el rubio dios holgóse.
Venia en fin, y por remate dellas
Una resplandeciendo, como hace
El sol ante la luz de las estrellas.
La mayor hermosura se deshace
Ante ella, y ella sola resplandece
Sobre todas, y alegra y satisface.
Bien así semejaba, cual se ofrece
Entre líquidas perlas y entre rosas
La aurora que despunta y amanece.
La rica vestidura, las preciosas
Joyas que la adornaban, competian
Con las que suelen ser maravillosas.
Las ninfas que al querer suyo asistian
En el gallardo brio y bello aspecto,
Las artes liberales parecian.
Todas con amoroso y tierno afecto,
Con las ciencias mas claras y escogidas,
Le guardaban santísimo respeto.
Mostraban que en servirla eran servidas,
Y que por su ocasion de todas gentes
En mas veneracion eran tenidas.
Su influjo y su reflujo las corrientes
Del mar y su profundo le mostraban,
Y el ser padre de rios y de fuentes.
Las yerbas su virtud la presentaban,
Los árboles sus frutos y sus flores,
Las piedras el valor que en sí encerraban.
El santo amor castísimos amores,
La dulce paz su quietud sabrosa,
La guerra amarga todos sus rigores.
Mostrábasele clara la espaciosa
Via, por donde el sol hace contino
Su natural carrera y la forzosa.
La inclinacion, ó fuerza del destino,
Y de qué estrellas consta y se compone,
Y cómo influye este planeta ó sino,
Todo lo sabe, todo lo dispone
La santa y hermosísima doncella,
Que admiracion como alegría pone.
Preguntéle al parlero, si en la bella
Ninfa alguna deidad se disfrazaba,

Que fuese justo el adorar en ella.
Porque en el rico adorno que mostraba,
Y en el gallardo ser que descubría,
Del cielo y no del suelo semejaba,
Descubres, respondió, tu bobería,
Que ha que la tratas infinitos años,
Y no conoces que es la Poesía.
Siempre la he visto envuelta en pobres paños,
Le repliqué: jamas la ví compuesta
Con adornos tan ricos y tamaños:
Parece que la he visto descompuesta,
Vestida de color de primavera
En los dias de cutio y los de fiesta.
Esta que es la poesía verdadera,
La grave, la discreta, la elegante,
Dijo Mercurio, la alta y la sincera,
Siempre con vestidura rozagante
Se muestra en cualquier acto que se halla,
Cuando á su profesion es importante.
Nunca se inclina, ó sirve á la canalla
Trovadora, maligna y trafalmeja,
Que en lo que mas ignora, menos calla.
Hay otra falsa, ansiosa, torpe y vieja,
Amiga de sonaja y morteruelo,
Que ni tabanco, ni taberna deja.
No se alza dos, ni aun un coto del suelo,
Grande amiga de bodas y bautismos,
Larga de manos, corta de cerbelo.
Tómanla por momentos parasismos,
No acierta á pronunciar, y si pronuncia,
Absurdos hace, y forma solecismos.
Baco donde ella está, su gusto anuncia,
Y ella derrama en coplas el poleo,
Compa, y vereda, y el mastranzo, y juncia.
Pero aquesta que ves, es el aseo,
La gala de los cielos y la tierra,
Con quien tienen las musas su bureo.
Ella abre los secretos y los cierra,
Toca y apunta de cualquiera ciencia
La superficie y lo mejor que encierra.
Mira con mas ahinco su presencia,
Verás cifrada en ella la abundancia
De lo que en bueno tiene la excelencia.
Moran con ella en una misma estancia
La divina y moral Filosofía,
El estilo mas puro y la elegancia.
Puede pintar en la mitad del dia
La noche, y en la noche mas escura
El alba bella que las perlas cria.
El curso de los rios apresura,
Y le detiene, el pecho á furia incita,
Y le reduce luego á mas blandura.

Por mitad del rigor se precipita
De las lucientes armas contrapuestas,
Y da vitorias, y vitorias quita.
Verás como le prestan las florestas
Sus sombras, y sus cantos los pastores,
El mal sus lutos y el placer sus fiestas,
Perlas el sur, Sabea sus loores,
El oro Tíber, Hibla su dulzura,
Galas Milan, y Lusitania amores.
En fin ella es la cifra, do se apura
Lo provechoso y honesto y deleitable,
Partes con quien se aumenta la ventura.
Es de ingenio tan vivo y admirable,
Que á veces toca en puntos que suspenden,
Por tener no sé qué de inescrutable.
Alábanse los buenos, y se ofenden
Los malos con su voz, y destos tales
Unos la adoran, otros no la entienden.
Son sus obras heróicas inmortales,
Las líricas suaves, de manera
Que vuelven en divinas las mortales.
Si alguna vez se muestra lisonjera,
Es con tanta elegancia y artificio,
Que no castigo, sino premio espera.
Gloria de la virtud, pena del vicio
Son sus acciones, dando al mundo en ellas
De su alto ingenio y su bondad indicio.
En esto estaba, cuando por las bellas
Ventanas de jazmines y de rosas,
Que amor estaba á lo que entiendo en ellas,
Divisé seis personas religiosas,
Al parecer de honroso y grave aspeto,
De luengas togas, limpias y pomposas.
Preguntéle á Mercurio: ¿Por qué efeto
Aquellos no parecen y se encubren,
Y muestran ser personas de respeto?
A lo que él respondió: No se descubren
Por guardar el decoro al alto estado
Que tienen, y así el rostro todos cubren.
¿Quién son, le repliqué, si es que te es dado
Decirlo? Respondióme: No por cierto,
Porque Apolo lo tiene así mandado.
¿No son poetas? Sí. Pues yo no acierto
A pensar por qué causa se desprecian
De salir con su ingenio á campo abierto.
¿Para qué se embobecen y se anecian,
Escondiendo el talento que da el cielo
A los que mas de ser suyos se precian?
Aquí del rey: ¿qué es esto? ¿qué recelo,
O celo les impide á no mostrarse
Sin miedo ante la turba vil del suelo?
¿Puede ninguna ciencia compararse

Con esta universal de la poesía,
Que límites no tiene do encerrarse?
Pues siendo esto verdad, saber querria
Entre los de la carda; ¿cómo se usa
Este miedo, ó melindre, ó hipocresía?
Hace monseñor versos, y rehusa
Que no se sepan, y él los comunica
Con muchos, y á la lengua agena acusa.
Y mas que siendo buenos, multiplica
La fama su valor, y al dueño canta
Con voz de gloria, y de alabanza rica.
¿Qué mucho pues, si no se le levanta
Testimonio á un pontífice poeta,
Que digan que lo es? por Dios que espanta.
Por vida de Lanfusa la discreta,
Que si no se me dice quién son estos
Togados de bonete y de muceta:
Que con trazas y modos descompuestos
Tengo de reducir á behetría
Estos tan sosegados y compuestos.
Por Dios, dijo Mercurio, y á fe mia,
Que no puedo decirlo, y así lo digo,
Tengo de dar la culpa á tu porfía.
Dilo, señor, que desde aquí me obligo
De no decir que tú me lo dijiste,
Le dije: por la fe de buen amigo.
Él dijo: No nos cayan en el chiste,
Llégate á mí, diréselo al oido,
Pero creo que hay mas de los que viste.
Aquel que has visto allí del cuello erguido,
Lozano, rozagante y de buen talle,
De honestidad y de valor vestido,
Es el dotor DON FRANCISCO SANCHEZ: dalle
Puede cual debe Apolo la alabanza,
Que pueda sobre el cielo levantalle.
Y aun mas su famoso ingenio alcanza,
Pues en las verdes hojas de sus dias
Nos da de santos frutos esperanza.
Aquel que en elevadas fantasías,
Y en éxtasis sabrosos se regala,
Y tanto imita las acciones mias,
Es el maestro ORENSE, que la gala
Se lleva de la mas rara elocuencia
Que en las aulas de Atenas se señala.
Su natural ingenio con la ciencia,
Y ciencias aprendidas le levanta
Al grado que le nombra la excelencia.
Aquel de amarillez marchita y santa,
Que le encubre de lauro aquella rama,
Y aquella hojosa y acopada planta,
Fray JUAN BAPTISTA CAPATAZ se llama,
Descalzo y pobre, pero bien vestido

Con el adorno que le da la fama.
  Aquel que del rigor fiero de olvido
Libra su nombre con eterno gozo,
Y es de Apolo y las musas bien querido,
  Anciano en el ingenio, y nunca mozo,
Humanista divino, es segun pienso
El insigne dotor ANDRES DEL POZO.
  Un licenciado de un ingenio inmenso
Es aquel, y aunque en trage mercenario,
Como á señor le dan las musas censo:
  RAMON se llama, auxilio necesario
Con que Delio se esfuerza y ve rendidas
Las obstinadas fuerzas del contrario.
  El otro, cuyas sienes ves ceñidas
Con los brazos de Dafne en triunfo honroso,
Sus glorias tiene en Alcalá esculpidas.
  En su ilustre teatro vitorioso
Le nombra el cisne en canto no funesto,
Siempre el primero como á mas famoso.
  A los donaires suyos echó el resto
Con propiedades al gorron debidas,
Por haberlos compuesto ó descompuesto.
  Aquestas seis personas referidas,
Como están en divinos puestos puestas,
Y en sacra religion constituidas,
  Tienen las alabanzas por molestas,
Que les dan por poetas, y holgarian
Llevar la loa sin el nombre á cuestas.
  ¿Porqué, le pregunté, señor, porfian
Los tales á escribir y dar noticia
De los versos, que paren y que crian?
  Tambien tiene el ingenio su codicia,
Y nunca la alabanza se desprecia,
Que al bueno se le debe de justicia.
  Aquel que de poeta no se precia,
¿Para qué escribe versos y los dice?
¿Porqué desdeña lo que mas aprecia?
  Jamas me contenté, ni satisfice
De hipócritas melindres. Llanamente
Quise alabanzas de lo que bien hice.
  Con todo quiere Apolo, que esta gente
Religiosa se tenga aquí secreta,
Dijo el dios que presume de elocuente.
  Oyóse en esto el son de una corneta,
Y un trapa, trapa, aparta, afuera, afuera,
Que viene un gallardísimo poeta.
  Volví la vista, y ví por la ladera
Del monte un postillon y un caballero
Correr, como se dice, á la ligera.
  Servia el postillon de pregonero
Mucho mas que de guia, á cuyas voces
En piè se puso el escuadron entero.

Preguntóme Mercurio: ¿No conoces
Quién es este gallardo, este brioso?
Imagino que ya le reconoces.
Bien, yo le respondí; que es el famoso
Gran DON SANCHO DE LEIVA, cuya espada
Y pluma harán á Delio venturoso.
Venceráse sin duda esta jornada
Con tal socorro: y en el mismo instante,
Cosa que parecia imaginada,
Otro favor no menos importante
Para el caso temido se nos muestra,
De ingenio, y fuerzas, y valor bastante.
Una tropa gentil por la siniestra
Parte del monte se descubrió: ¡o cielos,
Que dais de vuestra providencia muestra!
Aquel discreto JUAN DE BASCONCELOS
Venia delante en un caballo bayo,
Dando á las musas lusitanas zelos.
Tras él el capitan PEDRO TAMAYO
Venia, y aunque enfermo de la gota,
Fué al enemigo asombro, fué desmayo.
Que por él se vió en fuga, y puesto en rota,
Que en los dudosos trances de la guerra
Su ingenio admira y su valor se nota.
Tambien llegaron á la rica tierra,
Puestos debajo de una blanca seña,
Por la parte derecha de la sierra,
Otros, de quien tomó luego reseña
Apolo: y era dellos el primero
El jóven DON FERNANDO DE LODEÑA:
Poeta primerizo insigne, empero
En cuyo ingenio Apolo deposita
Sus glorias para el tiempo venidero.
Con magestad real, con inaudita
Pompa llegó, y al pié del monte pára
Quien los bienes del monte solicita:
El licenciado fué JUAN DE VERGARA
El que llegó, con quien la turba ilustre
En sus vecinos medios se repara.
De Esculapio y de Apolo gloria y lustre,
Sino dígalo el santo bien partido,
Y su fama la misma envidia ilustre.
Con él fué con aplauso recebido
El docto JUAN ANTONIO DE HERRERA,
Que puso en fil el desigual partido.
¡Oh quién con lengua en nada lisonjera,
Sino con puro afecto en grande exceso,
Dos que llegaron alabar pudiera!
Pero no es de mis hombros este peso.
Fueron los que llegaron los famosos
Los dos maestros CALVO y VALDIVIESO.
Luego se descubrió por los undosos

Llanos del mar una pequeña barca
Impelida de remos presurosos:
  Llegó, y al punto della desembarca
El gran DON JUAN DE ARGOTE Y DE GAMBOA
En compañía de DON DIEGO ABARCA,
  Sugetos dinos de incesable loa,
Y DON DIEGO JIMENEZ Y DE ENCISO
Dió un salto á tierra desde la alta proa.
  En estos tres la gala y el aviso
Cifró cuanto de gusto en sí contienen,
Como su ingenio y obras dan aviso.
  Con JUAN LOPEZ DEL VALLE otros dos vienen
Juntos allí, y es PAMONES el uno,
Con quien las musas ojeriza tienen.
  Porque pone sus piés por do ninguno
Los puso, y con sus nuevas fantasías
Mucho mas que agradable es importuno.
  De lejas tierras por incultas vias
Llegó el bravo irlandes DON JUAN BATEO,
Jerjes nuevo en memoria en nuestros dias.
  Vuelvo la vista, á MANTUANO veo,
Que tiene al gran Velasco por Mecenas,
Y ha sido acertadísimo su empleo.
  Dejarán estos dos en las agenas
Tierras, como en las propias, dilatados
Sus nombres, que tú, Apolo, así lo ordenas.
  Por entre dos fructíferos collados
(¿Habrá quien esto crea, aunque lo entienda?)
De palmas y laureles coronados,
  El grave aspecto del abad MALUENDA
Pareció, dando al monte luz y gloria,
Y esperanzas de triunfo en la contienda.
  ¿Pero de qué enemigos la vitoria
No alcanzará un ingenio tan florido,
Y una bondad tan digna de memoria?
  DON ANTONIO GENTIL DE VARGAS, pido
Espacio para verte, que llegaste
De gala y arte, y de valor vestido;
  Y aunque de patria ginoves, mostraste
Ser en las musas castellanas doto,
Tanto que al escuadron todo admiraste.
  Desde el indio apartado del remoto
Mundo llegó mi amigo MONTESDOCA,
Y el que anudó de Arauco el nudo roto.
  Dijo Apolo á los dos: A entrambos toca
Defender esta vuestra rica estancia
De la canalla de vergüenza poca.
  La cual de error armada y de arrogancia
Quiere canonizar y dar renombre
Inmortal y divino á la ignorancia.
  Que tanto puede la aficion, que un hombre
Tiene á sí mismo, que ignorante siendo,

De buen poeta quiere alcanzar nombre.
En esto otro milagro, otro estupendo
Prodigio se descubre en la marina,
Que en pocos versos declarar pretendo.
Una nave á la tierra tan vecina
Llegó, que desde el sitio donde estaba,
Se ve cuanto hay en ella, y determina.
Demas de cuatro mil salmas pasaba,
Que otros suelen llamarlas toneladas,
Ancha de vientre y de estatura brava:
Así como las naves que cargadas
Llegan de la oriental India á Lisboa,
Que son por las mayores estimadas.
Esta llegó desde la popa á proa
Cubierta de poetas, mercancía
De quien hay saca en Calicut y en Goa.
Tomóle al rojo dios alferecía
Por ver la muchedumbre impertinente,
Que en socorro del monte le venia.
Y en silencio rogó devotamente
Que el vaso naufragase en un momento
Al que gobierna el húmido tridente.
Uno de los del número hambriento
Se puso en esto al borde de la nave,
Al parecer mohino y mal contento:
Y en voz, que ni de tierna ni suave
Tenia un solo adarme, gritando
(Dijo tal vez colérico, y tal grave)
Lo que impaciente estuve yo escuchando,
Porque ví sus razones ser saetas,
Que iban mi alma y corazon clavando.
O tú, dijo, traidor, que los poetas
Canonizaste de la larga lista,
Por causas y por vias indiretas:
¿Dónde tenias, Magancés, la vista
Aguda de tu ingenio, que así ciego
Fuiste tan mentiroso coronista?
Yo te confieso, o bárbaro, y no niego
Que algunos de los muchos que escogiste
Sin que el respeto te forzase ó el ruego,
En el debido punto los pusiste;
Pero con los demas sin duda alguna
Pródigo de alabanzas anduviste.
Has alzado á los cielos la fortuna
De muchos, que en el centro del olvido
Sin ver la luz del sol, ni de la luna,
Yacian: ni llamado, ni escogido
Fué el gran pastor de Iberia, el gran BERNARDO,
Que DE LA VEGA tiene el apellido.
Fuiste envidioso, descuidado y tardo,

Y á las ninfas de Henares y pastores,
Como á enemigos les tiraste un dardo,
Y tienes tú poetas tan peores
Que estos en tu rebaño, que imagino
Que han de sudar, si quieren ser mejores.
Que si este agravio no me turba el tino,
Siete trovistas desde aquí diviso,
A quien suelen llamar de torbellino,
Con quien la gala, discrecion y aviso
Tienen poco que ver, y tú los pones
Dos leguas mas allá del paraiso.
Estas quimeras, estas invenciones
Tuyas te han de salir al rostro un dia,
Si mas no te mesuras y compones.
Esta amenaza y gran descortesía
Mi blando corazon llenó de miedo,
Y dió al traves con la paciencia mia.
Y volviéndome á Apolo con denuedo
Mayor del que esperaba de mis años,
Con voz turbada y con semblante acedo,
Le dije: Con bien claros desengaños
Descubro, que el servirte me grangea
Presentes miedos de futuros daños.
Haz, o señor, que en público se lea
La lista que Cilenio llevó á España,
Porque mi culpa poca aquí se vea.
Si tu deidad en escoger se engaña,
Y yo solo aprobé lo que él me dijo,
¿Porqué este simple contra mí se ensaña?
Con justa causa y con razon me aflijo,
De ver como estos bárbaros se inclinan
A tenerme en temor duro y prolijo.
Unos, porque los puse me abominan:
Otros, porque he dejado de ponellos,
De darme pesadumbre determinan.
Yo no sé como me avendré con ellos,
Los puestos se lamentan, los no puestos
Gritan, yo tiemblo destos y de aquellos.
Tú, señor, que eres dios, dales los puestos
Que piden sus ingenios: llama, y nombra
Los que fueren mas hábiles y prestos.
Y porque el turbio miedo que me asombra,
No me acabe, acabada esta contienda,
Cúbreme con tu manto y con tu sombra.
O ponme una señal, por do se entienda
Que soy hechura tuya y de tu casa:
Y así no habrá ninguno que me ofenda.
Vuelve la vista, y mira lo que pasa,
Fué de Apolo enojado la respuesta,
Que ardiendo en ira el corazon le abrasa.

Volvila, y ví la mas alegre fiesta,
Y la mas desdichada y compasiva,
Que el mundo vió, ni aun la verá cual esta.
Mas no se espere que yo aquí la escriba,
Sino en la parte quinta, en quien espero
Cantar con voz tan entonada y viva,
Que piensen que soy cisne, y que me muero.

CAPITULO V.

Oyó el señor del húmido tridente
Las plegarias de Apolo, y escuchólas
Con alma tierna y corazon clemente.
Hizo de ojo, y dió del pié á las olas,
Y sin que lo entendiesen los poetas
En un punto hasta el cielo levantólas.
Y él por ocultas vias y secretas
Se agazapó debajo del navío,
Y usó con él de sus traidoras tretas.
Hirió con el tridente en lo vacío
Del buco, y el estómago le llena
De un copioso corriente amargo rio.
Advertido el peligro, al aire suena
Una confusa voz, la cual resulta
De otras mil que el temor forma y la pena.
Poco á poco el bajel pobre se oculta
En las entrañás del cerúleo y cano
Vientre, que tantas ánimas sepulta.
Suben los llantos por el aire vano
De aquellos miserables, que suspiran
Por ver su irreparable fin cercano.
Trepan y suben por las jarcias, miran
Cuál del navío es el lugar mas alto,
Y en él muchos se apiñan y retiran.
La confusion, el miedo, el sobresalto
Les turba los sentidos, que imaginan
Que desta á la otra vida es grande el salto.
Con ningun medio ni remedio atinan;
Pero creyendo dilatar su muerte
Algun tanto á nadar se determinan.
Saltan muchos al mar de aquella suerte,
Que al charco de la orilla saltan ranas
Cuando el miedo, ó el ruido las advierte.
Hienden las olas del romperse canas,
Menudean las piernas y los brazos,
Aunque enfermos están, y ellas no sanas,
Y en medio de tan grandes embarazos
La vista ponen en la amada orilla,
Deseosos de darla mil abrazos.
Y sé yo bien, que la fatal cuadrilla
Antes que allí, holgara de hallarse
En el compas famoso de Sevilla.

Que no tienen por gusto el ahogarse,
Discreta gente al parecer en esto,
Pero valióles poco el esforzarse.
Que el padre de las aguas echó el resto
De su rigor, mostrándose en su carro
Con rostro airado y ademan funesto.
Cuatro delfines, cada cual bizarro,
Con cuerdas hechas de tejidas obas
Le tiraban con furia y con desgarro.
Las ninfas en sus húmidas alcobas
Sienten tu rabia, o vengativo nume,
Y de sus rostros la color les robas.
El nadante poeta que presume
Llegar á la ribera defendida,
Sus ayes pierde y su teson consume.
Que su corta carrera es impedida
De las agudas puntas del tridente,
Entonces fiero y áspero homicida.
Quien ha visto muchacho diligente
Que en goloso á sí mesmo sobrepuja,
Que no hay comparacion mas conveniente,
Picar en el sombrero la granuja,
Que el hallazgo le puso allí ó la sisa,
Con punta alfileresca, ó ya de aguja:
Pues no con menor gana, ó menor prisa
Poetas ensartaba el nume airado
Con gusto infame, y con dudosa risa.
En carro de cristal venia sentado,
La barba luenga y llena de marisco,
Con dos gruesas lampreas coronado.
Hacian de sus barbas firme aprisco
La almeja, el morsillon, pulpo y cangrejo,
Cual le suelen hacer en peña ó risco.
Era de aspecto venerable y viejo,
De verde, azul y plata era el vestido,
Robusto al parecer y de buen rejo.
Aunque como enojado, denegrido
Se mostraba en el rostro, que la saña
Así turba el color como el sentido.
Airado contra aquellos mas se ensaña
Que nadan mas, y sáleles al paso,
Juzgando á gloria tan cobarde hazaña.
En esto, oh nuevo y milagroso caso,
Dino de que se cuente poco á poco,
Y con los versos de Torcato Taso.
Hasta aquí no he invocado, ahora invoco
Vuestro favor, ¡o musas! necesario
Para los altos puntos en que toco.
Descerrajad vuestro mas rico almario,
Y el aliento me dad que el caso pide,
No humilde, no ratero, ni ordinario.
Las nubes hiende el aire, pisa y mide

La hermosa Vénus Acidalia, y baja
Del cielo que ninguno se lo impide.
Traia vestida de pardilla raja
Una gran saya entera hecha al uso,
Que le dice muy bien, cuadra y encaja.
Luto que por su Adónis se le puso,
Luego que el gran colmillo del berraco
A atravesar sus ingles se dispuso.
A fe que si el mocito fuera Maco,
Que él guardara la cara al colmilludo,
Que dió á su vida y su belleza saco.
O valiente garzon, mas que sesudo,
¿Cómo estando avisado, tu mal tomas,
Entrando en trance tan horrendo y crudo?
En esto las mansísimas palomas
Que el carro de la diosa conducian
Por el llano del mar, y por las lomas,
Por unas y otras partes discurrian,
Hasta que con Neptuno se encontraron,
Que era lo que buscaban y querian.
Los dioses que se ven, se respetaron,
Y haciendo sus zalemas á lo moro,
De verse juntos en extremo holgaron.
Guardáronse real grave decoro,
Y procuró Ciprinia en aquel punto
Mostrar de su belleza el gran tesoro.
Ensanchó el verdugado, y dióle el punto
Con ciertos puntapiés que fueron coces
Para el dios que las vió y quedó difunto.
Un poeta llamado DON QUINCOCES
Andaba semivivo en las saladas
Ondas dando gemidos y no voces.
Con todo dijo, en mal articuladas
Palabras: O señora, la de Pafo,
Y de las otras dos islas nombradas,
Muévate á compasion el verme gafo
De piés y manos, y que ya me ahogo,
En otras linfas que las del Garrafo.
Aquí será mi pira, aquí mi rogo,
Aquí será QUINCOCES sepultado,
Que tuvo en su crianza pedagogo.
Esto dijo el mezquino, esto escuchado
Fué de la diosa con ternura tanta,
Que volvió á componer el verdugado.
Y luego en pié y piadosa se levanta,
Y poniendo los ojos en el viejo,
Desembudó la voz de la garganta.
Y con cierto desden y sobrecejo,
Entre enojada y grave y dulce dijo
Lo que al húmido dios tuvo perplejo.
Y aunque no fué su razonar prolijo,
Todavía le trujo á la memoria

Hermano de quien era y de quien hijo.
  Representóle cuán pequeña gloria
Era llevar de aquellos miserables
El triunfo infausto, y la cruel vitoria.
  Él dijo: Si los hados inmudables
No hubieran dado la fatal sentencia
Destos en su ignorancia siempre estables,
  Una brizna no mas de tu presencia
Que viera yo, bellísima señora,
Fuera de mi rigor la resistencia.
  Mas ya no puede ser, que ya la hora
Llegó donde mi blanda y mansa mano
Ha de mostrar que es dura y vencedora.
  Que estos de proceder siempre inhumano,
En sus versos han dicho cien mil veces:
Azotando las aguas del mar cano.
  Ni azotando, ni viejo me pareces,
Replicó Vénus, y él le dijo á ella:
Puesto que me enamoras no enterneces.
  Que de tal modo la fatal estrella
Influye destos tristes, que no puedo
Dar felice despacho á tu querella.
  Del querer de los hados solo un dedo
No me puedo apartar, ya tú lo sabes,
Ellos han de acabar, y ha de ser cedo.
  Primero acabarás que los acabes,
Le respondió madama, la que tiene
De tantas voluntades puerta y llaves.
  Que aunque el hado feroz su muerte ordene,
El modo no ha de ser á tu contento,
Que muchas muertes el morir contiene.
  Turbóse en esto el líquido elemento,
De nuevo renovóse la tormenta,
Sopló mas vivo y mas apriesa el viento.
  La hambrienta mesnada, y no sedienta,
Se rinde al huracan recien venido,
Y por mas no penar muere contenta.
  ¡O raro caso y por jamas oido,
Ni visto! ¡ o nuevas y admirables trazas
De la gran reina obedecida en Gnido!
  En un instante el mar de calabazas
Se vió cuajado, algunas tan potentes,
Que pasaban de dos, y aun de tres brazas.
  Tambien hinchados odres y valientes,
Sin deshacer del mar la blanca espuma,
Nadaban de mil talles diferentes.
  Esta trasmutacion fué hecha en suma
Por Vénus de los lánguidos poetas,
Porque Neptuno hundirlos no presuma.
  El cual le pidió á Febo sus saetas,
Cuya arma arrojadiza desde aparte
A Vénus defraudara de sus tretas.

Negóselas Apolo; y veis do parte
Enojado el vejon con su tridente,
Pensándolos pasar de parte á parte;
Mas este se resbala, aquel no siente
La herida, y dando esguince se desliza,
Y él queda de la cólera impaciente.
En esto Bóreas su furor atiza,
Y lleva antecogida la manada,
Que con la de los cerdas simboliza.
Pidióselo la diosa aficionada
A que vivan poetas zarabandos,
De aquellos de la seta almidonada:
De aquellos blancos, tiernos, dulces, blandos,
De los que por momentos se dividen
En varias setas, y en contrarios bandos.
Los contrapuestos vientos se comiden
A complacer la bella rogadora,
Y con un solo aliento la mar miden:
Llevando á la piara gruñidora,
En calabazas y odres convertida,
A los reinos contrarios del aurora.
Desta dulce semilla referida
España, verdad cierta, tanto abunda,
Que es por ella estimada y conocida.
Que aunque en armas y en letras es fecunda
Mas que cuantas provincias tiene el suelo,
Su gusto en parte en tal semilla funda.
Despues desta mudanza que hizo el cielo,
O Vénus, ó quien fuese, que no importa
Guardar puntualidad como yo suelo,
No veo calabaza, ó luenga ó corta,
Que no imagine que es algun poeta
Que allí se estrecha, encubre, encoge, acorta.
Pues que cuando veo un cuero, ¡o mal discreta
Y vana fantasía, así engañada,
Que á tanta liviandad estás sujeta!
Pienso que el piezgo de la boca atada
Es la faz del poeta transformado
En aquella figura mal hinchada.
Y cuando encuentro algun poeta honrado,
Digo, poeta firme y valedero,
Hombre vestido bien y bien calzado,
Luego se me figura ver un cuero,
O alguna calabaza, y desta suerte
Entre contrarios pensamientos muero,
Y no sé si lo yerre, ó si lo acierte,
En que á las calabazas y á los cueros,
Y á los poetas trate de una suerte.
Cernícalos que son lagartigeros
No esperen de gozar las preeminencias
Que gozan gavilanes no pecheros.
Puestas en paz pues ya las diferencias

De Delio, y los poetas transformados
En tan vanas y huecas apariencias:
Los mares y los vientos sosegados,
Sumergióse Neptuno mal contento
En sus palacios de cristal labrados.
Las mansísimas aves por el viento
Volaron, y á la bella Cipriana
Pusieron en su reino á salvamento.
Y en señal que del triunfo quedó ufana,
Lo que hasta allí nadie acabó con ella,
Del luto se quitó la saboyana.
Quedando en cueros tan briosa y bella,
Que se supo despues que Marte anduvo
Todo aquel dia, y otros dos tras ella.
Todo el cual tiempo el escuadron estuvo
Mirando atento la fatal ruïna,
Que la canalla transformada tuvo.
Y viendo despejada la marina
Apolo del socorro mal venido,
De dar fin al gran caso determina.
Pero en aquel instante un gran ruïdo
Se oyó, con que la turba se alboroza,
Y pone vista alerta, y presto oido.
Y era quien le formaba una carroza
Rica, sobre la cual venia sentado
El grave DON LORENZO DE MENDOZA,
De su felice ingenio acompañado,
De su mucho valer y cortesía,
Joyas inestimables, adornado.
PEDRO JUAN DE REJAULE le seguia
En otro coche insigne valenciano,
Y grande defensor de la poesía.
Sentado viene á su derecha mano
JUAN DE SOLIS, mancebo generoso,
De raro ingenio en verdes años cano.
Y JUAN DE CARVAJAL, dotor famoso,
Les hace tercio, y no por ser pesado
Dejan de hacer su curso presuroso.
Porque el divino ingenio al levantado
Valor de aquestos tres que el coche encierra,
No hay impedirle monte, ni collado.
Pasan volando la empinada sierra,
Las nubes tocan, llegan casi al cielo,
Y alegres pisan la famosa tierra.
Con este mismo honroso y grave celo,
BARTOLOMÉ DE MOLA y GABRIEL LASO
Llegaron á tocar del monte el suelo.
Honra las altas cimas de Parnaso
DON DIEGO, que de SILVA tiene el nombre,
Y por ellas alegre tiende el paso.
A cuyo ingenio, y sin igual renombre
Toda ciencia se inclina y le obedece,

Y le levanta á ser mas que de hombre.
Dilátanse las sombras, y descrece
El dia, y de la noche el negro manto
Guarnecido de estrellas aparece.
Y el escuadron que habia esperado tanto
En pié, se rinde al sueño perezoso
De hambre y sed, y de mortal quebranto.
Apolo entonces poco luminoso,
Dando hasta los antípodas un brinco,
Siguió su accidental curso forzoso.
Pero primero licenció á los cinco
Poetas titulados á su ruego,
Que lo pidieron con estraño ahinco,
Por parecerles risa, burla y juego
Empresas semejantes; y así Apolo
Condecendió con sus deseos luego.
Que es el galan de Dafne único y solo
En usar cortesía sobre cuantos
Descubre el nuestro, y el contrario polo.
Del lóbrego lugar de los espantos
Sacó su hisopo el lánguido Morfeo,
Con que ha rendido y embocado á tantos.
Y del licor que dicen que es Leteo,
Que mana de la fuente del olvido,
Los párpados bañó á todos arreo.
El mas hambriento se quedó dormido,
Dos cosas repugnantes, hambre y sueño,
Privilegio á poetas concedido.
Yo quedé en fin dormido como un leño,
Llena la fantasía de mil cosas,
Que de contallas mi palabra empeño,
Por mas que sean en sí dificultosas.

CAPITULO VI.

De una de tres causas los ensueños
Se causan, ó los sueños, que este nombre
Les dan los que del bien hablar son dueños.
Primera, de las cosas de que el hombre
Trata mas de ordinario: la segunda
Quiere la medicina que se nombre,
Del humor que en nosotros mas abunda.
Toca en revelaciones la tercera,
Que en nuestro bien mas que las dos redunda.
Dormí, y soñé, y el sueño la tercera
Causa le dió principio suficiente,
A mezclar el ahito y la dentera.
Sueña el enfermo, á quien la fiebre ardiente
Abrasa las entrañas, que en la boca
Tiene de las que ha visto alguna fuente.
Y el labio al fugitivo cristal toca,
Y el dormido consuelo imaginado
Crece el deseo, y no la sed apoca.
Pelea el valentísimo soldado
Dormido, casi al modo que despierto
Se mostró en el combate fiero armado.
Acude el tierno amante á su concierto,
Y en la imaginacion dormido llega
Sin padecer borrasca á dulce puerto.
El corazon el avariento entrega
En la mitad del sueño á su tesoro,
Que el alma en todo tiempo no le niega.
Yo, que siempre guardé el comun decoro
En las cosas dormidas y despiertas,
Pues no soy troglodita ni soy moro;
De par en par del alma abrí las puertas,
Y dejé entrar al sueño por los ojos
Con premisas de gloria y gusto ciertas.
Gocé durmiendo cuatro mil despojos,
Que los conté sin que faltase alguno,
De gustos que acudieron á manojos.
El tiempo, la ocasion, el oportuno
Lugar correspondian al efeto,
Juntos y por sí solo cada uno.
Dos horas dormí, y mas á lo discreto,
Sin que imaginaciones ni vapores
El celebro tuviesen inquieto.

La suelta fantasía entre mil flores
Me puso de un pradillo, que exhalaba
De Pancaya y Sabea los olores.
El agradable sitio se llevaba
Tras sí la vista que durmiendo, viva
Mucho mas que despierta se mostraba.
Palpable ví, mas no sé si lo escriba,
Que á las cosas que tienen de imposibles
Siempre mi pluma se ha mostrado esquiva.
Las que tienen vislumbre de posibles,
De dulces, de suaves y de ciertas
Explican mis borrones apacibles.
Nunca á disparidad abre las puertas
Mi corto ingenio, y hállalas contino
De par en par la consonancia abiertas.
¿ Cómo puede agradar un desatino
Si no es que de propósito se hace,
Mostrándole el donaire su camino?
Que entonces la mentira satisface
Cuando verdad parece, y está escrita
Con gracia, que al discreto y simple aplace.
Digo, volviendo al cuento, que infinita
Gente ví discurrir por aquel llano,
Con algazara placentera y grita :
Con hábito decente y cortesano
Algunos, á quien dió la hipocresía
Vestido pobre, pero limpio y sano.
Otros de la color que tiene el dia
Cuando la luz primera se aparece
Entre las trenzas de la aurora fria.
La variada primavera ofrece
De sus varias colores la abundancia,
Con que á la vista el gusto alegre crece.
La prodigalidad, la exorbitancia
Campean juntas por el verde prado
Con galas que descubren su ignorancia.
En un trono del suelo levantado,
(Do el arte á la materia se adelanta,
Puesto que de oro y de marfil labrado)
Una doncella ví desde la planta
Del pié hasta la cabeza así adornada,
Que el verla admira, y el oirla encanta.
Estaba en él con magestad sentada,
Giganta al parecer en la estatura,
Pero aunque grande, bien proporcionada.
Parecia mayor su hermosura
Mirada desde lejos, y no tanto
Si de cerca se ve su compostura.
Lleno de admiracion, colmo de espanto,
Puse en ella los ojos, y ví en ella
Lo que en mis versos desmayados canto.
Yo no sabré afirmar si era doncella,

Aunque he dicho que sí, que en estos casos
La vista mas aguda se atropella.
Son por la mayor parte siempre escasos
De razon los juïcios maliciosos
En juzgar rotos los enteros vasos.
Altaneros sus ojos y amorosos
Se mostraban con cierta mansedumbre,
Que los hacia en todo extremo hermosos.
Ora fuese artificio, ora costumbre,
Los rayos de su luz tal vez crecian,
Y tal vez daban encogida lumbre.
Dos ninfas á sus lados asistian,
De tan gentil donaire y apariencia,
Que miradas las almas suspendian.
De la del alto trono en la presencia
Desplegaban sus labios en razones,
Ricas en suavidad, pobres en ciencia.
Levantaban al cielo sus blasones,
Que estaban por ser pocos ó ningunos,
Escritos del olvido en los borrones.
Al dulce murmurar, al oportuno
Razonar de las dos, la del asiento,
Que en belleza jamas le igualó alguno,
Luego se puso en pié, y en un momento
Me pareció, que dió con la cabeza
Mas allá de las nubes, y no miento:
Y no perdió por esto su belleza,
Antes mientras mas grande, se mostraba
Igual su perfeccion á su grandeza:
Los brazos de tal modo dilataba,
Que de do nace adonde muere el dia
Los opuestos extremos alcanzaba.
La enfermedad llamada hidropesía
Así le hincha el vientre, que parece
Que todo el mar caber en él podia.
Al modo destas partes así crece
Toda su compostura, y no por esto,
Cual dije, su hermosura desfallece.
Yo atónito esperaba ver el resto
De tan grande prodigio, y diera un dedo
Por saber la verdad segura, y presto.
Uno, y no sabré quien, bien claro y quedo
Al oido me habló, y me dijo: Espera,
Que yo decirte lo que quieres puedo.
Esta que ves, que crece de manera,
Que apenas tiene ya lugar de quepa,
Y aspira en la grandeza á ser primera,
Esta que por las nubes sube y trepa
Hasta llegar al cerco de la luna
(Puesto que el modo de subir no sepa)
Es la que confiada en su fortuna
Piensa tener de la inconstante rueda

El eje quedo, y sin mudanza alguna.
Esta que no halla mal que le suceda,
Ni le teme atrevida y arrogante,
Prodiga siempre, venturosa y leda:
Es la que con disignio extravagante
Dió en crecer poco á poco hasta ponerse
Cual ves en estatura de gigante.
No deja de crecer por no atreverse
A emprender las hazañas mas notables,
Adonde puedan sus extremos verse.
¿No has oido decir los memorables
Arcos, anfiteatros, templos, baños,
Termas, pórticos, muros admirables,
Que á pesar y despecho de los años,
Aun duran sus reliquias y entereza,
Haciendo al tiempo y á la muerte engaños?
Yo, respondí por mí, ninguna pieza
Desas que has dicho, dejo de tenella
Clavada y remachada en la cabeza.
Tengo el sepulcro de la viuda bella,
Y el coloso de Rodas allí junto,
Y la lanterna que sirvió de estrella.
Pero vengamos de quien es al punto.
Esta, que lo deseo. Haráse luego,
Me respondió la voz en bajo punto.
Y prosiguió, diciendo: A no estar ciego
Hubieras visto ya quien es la dama:
Pero en fin tienes el ingenio lego.
Esta que hasta los cielos se encarama
Preñada, sin saber cómo, del viento,
Es hija del Deseo y de la Fama.
Esta fué la ocasion y el instrumento
En todo y parte de que el mundo viese
No siete maravillas, sino ciento.
Corto número es ciento: aunque dijese
Cien mil y mas millones, no imagines
Que en la cuenta del número excediese.
Esta condujo á memorables fines,
Edificios que asientan en la tierra,
Y tocan de las nubes los confines.
Esta tal vez ha levantado guerra,
Donde la paz suave reposaba,
Que en límites estrechos no se encierra.
Cuando murió en las llamas, abrasaba
El atrevido fuerte brazo y fiero,
Esta el incendio horrible resfriaba.
Esta arrojó al romano caballero
En el abismo de la ardiente cueva,
De limpio armado, y de luciente acero.
Esta tal vez con maravilla nueva
(De su ambiciosa condicion llevada)
Mil imposibles atrevida prueba.

Desde la ardiente Libia hasta la helada
Citia lleva la fama su memoria,
En grandiosas obras dilatada.
En fin ella es la altiva Vanagloria,
Que en aquellas hazañas se entremete,
Que llevan de los siglos la vitoria.
Ella misma á sí misma se promete
Triunfos y gustos, sin tener asida
A la calva Ocasion por el copete.
Su natural sustento, su bebida,
Es aire, y así crece en un instante
Tanto, que no hay medida á su medida.
Aquellas dos del plácido semblante
Que tiene á sus dos lados, son aquellas
Que sirven á la máquina de Atlante.
Su delicada voz, sus luces bellas,
Su humildad aparente, y las lozanas
Razones, que el amor se cifra en ellas,
Las hacen mas divinas que no humanas,
Y son (con paz escucha y con paciencia)
La Adulacion y la Mentira hermanas.
Estas están contino en su presencia,
Palabras ministrándole al oido,
Que tienen de prudentes aparencia.
Y ella cual ciega del mejor sentido,
No ve que entre las flores de aquel gusto,
El áspid ponzoñoso está escondido.
Y así arrojada con deseo injusto
En cristalino vaso prueba y bebe
El veneno mortal, sin ningun susto.
Quien mas presume de advertido, pruebe
A dejarse adular, verá cuan presto
Pasa su gloria como el viento leve.
Esto escuché: y en escuchando aquesto,
Dió un estampido tal la Gloria vana,
Que dió á mi sueño fin dulce y molesto.
Y en esto descubrióse la mañana,
Vertiendo perlas y esparciendo flores,
Lozana en vista, y en virtud lozana.
Los dulces pequeñuelos ruiseñores
Con cantos no aprendidos le decian
Enamorados della mil amores.
Los silgueros el canto repetian,
Y las diestras calandrias entonaban
La música, que todos componian.
Unos del escuadron priesa se daban,
Porque no los hallase el dios del dia
En los forzosos actos en que estaban.
Y luego se asomó su señoría,
Con una cara de tudesco roja,
Por los balcones de la aurora fria.

En parte gorda, en parte flaca y floja,
Como quien teme el esperado trance,
Donde verse vencido se le antoja.
En propio toledano y buen romance
Les dió los buenos dias cortesmente,
Y luego se aprestó al forzoso lance.
Y encima de un peñasco puesto enfrente
Del escuadron, con voz sonora y grave
Esta oracion les hizo de repente:
¡O espíritus felices, donde cabe
La gala del decir, la sutileza
De la ciencia mas docta que se sabe!
Donde en su propia natural belleza
Asiste la hermosa poesía
Entera de los piés á la cabeza!
No consintais por vida vuestra y mia,
(Mirad con qué llaneza Apolo os habla)
Que triunfe esta canalla que porfia.
Esta canalla digo que se endiabla,
Que por darles calor su muchedumbre,
Ya su ruina, ó ya la nuestra entabla.
Vosotros de mis ojos gloria y lumbre,
Faroles do mi luz de asiento mora,
Ya por naturaleza, ó por costumbre,
¿Habeis de consentir que esta embaidora,
Hipócrita gentalla se me atreva,
De tantas necedades inventora?
Haced famosa y memorable prueba
De vuestro gran valor en este hecho,
Que á su castigo y vuestra gloria os lleva.
De justa indignacion armad el pecho,
Acometed intrépidos la turba,
Ociosa, vagamunda, y sin provecho.
No se os dé nada, no se os dé una burba,
(Moneda berberisca, vil y baja)
De aquesta gente, que la paz nos turba.
El son de mas de una templada caja,
Y el del pífaro triste y la trompeta,
Que la cólera sube, y flema abaja;
Así os incite con virtud secreta,
Que despierte los ánimos dormidos
En la facion que tanto nos aprieta.
Ya retumba, ya llega á mis oidos
Del escuadron contrario el rumor grande,
Formado de confusos alaridos.
Ya es menester, sin que os lo ruegue, ó mande,
Que cada cual como guerrero experto,
Sin que por su capricho se desmande,
La órden guarde y militar concierto,
Y acuda á su deber como valiente

Hasta quedar, ó vencedor ó muerto.
En esto por la parte de poniente
Pareció el escuadron casi infinito
De la bárbara, ciega, y pobre gente.
Alzan los nuestros al momento un grito
Alegre, y no medroso; y gritan, arma;
Arma resuena todo aquel distrito;
Y aunque mueran, correr quieren al arma.

CAPITULO VII.

Tú, belígera musa, tú, que tienes
La voz de bronce, y de metal la lengua,
Cuando á cantar del fiero Marte vienes:
Tú, por quien se aniquila siempre y mengua
El gran género humano: tú, que puedes
Sacar mi pluma de ignorancia, y mengua:
Tú, mano rota, y larga de mercedes;
Digo en hacellas: una aquí te pido,
Que no hará que menos rica quedes.
La soberbia y maldad, el atrevido
Intento de una gente mal mirada
Ya se descubre con mortal ruïdo.
Dame una voz al caso acomodada,
Una sotil y bien cortada pluma,
No de aficion, ni de pasion llevada.
Para que pueda referir en suma
Con purísimo y nuevo sentimiento,
Con verdad clara, y entereza suma,
El contrapuesto y desigual intento
De uno y otro escuadron, que ardiendo en ira,
Sus banderas descoge al vago viento.
El del bando católico, que mira
Al falso y grande al pié del monte puesto,
Que de subir al alta cumbre aspira;
Con paso largo, y ademan compuesto,
Todo el monte coronan, y se ponen
A la furia, que en loca ha echado el resto.
Las ventajas tantean, y disponen
Los ánimos valientes al asalto,
En quien su gloria y su venganza ponen.
De rabia lleno y de paciencia falto
Apolo su bellísimo estandarte
Mandó al momento levantar en alto.
Arbolóle un MARQUES, que el propio Marte
Su briosa presencia representa
Naturalmente, sin industria y arte.
Poeta celebérrimo y de cuenta,
Por quien, y en quien Apolo soberano
Su gloria y gusto, y su valor aumenta.
Era la insinia un cisne hermoso y cano,
Tan al vivo pintado, que dijeras,
La voz despide alegre al aire vano.

Siguen al estandarte sus banderas
De gallardos alféreces llevadas,
Honrosas por no estar todas enteras.
Las cajas á lo bélico templadas
Al mílite mas tardo vuelven presto,
De voces de metal acompañadas.
GERÓNIMO DE MORA llegó en esto,
Pintor excelentísimo y poeta,
Apeles y Virgilio en un supuesto:
Y con la autoridad de una gineta
(Que de ser capitan le daba nombre)
Al caso acude y á la turba aprieta.
Y porque mas se turbe y mas se asombre
El enemigo desigual y fiero
Llegó el gran BIEDMA de inmortal renombre.
Y con él GASPAR DE AVILA, primero
Secuaz de Apolo, á cuyo verso y pluma
Iciar puede envidiar, temer Sincero.
Llegó JUAN DE MEZTANZA, cifra y suma
De tanta erudicion, donaire y gala,
Que no hay muerte, ni edad que la consuma.
Apolo le arrancó de Guatimala,
Y le trujo en su ayuda para ofensa
De la canalla en todo extremo mala.
Hacer milagros en el trance piensa
CEPEDA, y acompáñale MEGÍA,
Poetas dinos de alabanza inmensa.
Clarísimo esplendor de Andalucía,
Y de la Mancha el sin igual GALINDO
Llegó con magestad y bizarría.
De la alta cumbre del famoso Pindo
Bajaron tres bizarros lusitanos,
A quien mis alabanzas todas rindo.
Con prestos piés y con valientes manos
Con FERNANDO CORREA DE LA CERDA,
Pisó RODRIGUEZ DE LOBO monte y llanos.
Y porque Febo su razon no pierda,
El grande DON ANTONIO DE ATAIDE
Llegó con furia alborotada y cuerda.
Las fuerzas del contrario ajusta y mide
Con las suyas Apolo, y determina
Dar la batalla, y la batalla pide.
El ronco son de mas de una bocina,
Instrumento de caza y de la guerra,
De Febo á los oidos se avecina.
Tiembla debajo de los piés la tierra
De infinitos poetas oprimida,
Que dan asalto á la sagrada sierra.
El fiero general de la atrevida
Gente, que trae un cuervo en su estandarte,
Es ARBOLANCHES, muso por la vida.
Puestos estaban en la baja parte,

Y en la cima del monte, frente á frente
Los campos de quien tiembla el mismo Marte:
Cuando una, al parecer discreta gente,
Del católico bando al enemigo
Se pasó, como en número de veinte.
Yo con los ojos su carrera sigo,
Y viendo el paradero de su intento,
Con voz turbada al sacro Apolo digo:
¿Qué prodigio es aqueste? qué portento?
O por mejor decir, qué mal agüero,
Que así me corta el brio y el aliento?
Aquel transfuga que partió primero,
No solo por poeta le tenia,
Pero tambien por bravo churrullero.
Aquel ligero que tras él corria,
En mil corrillos en Madrid le he visto
Tiernamente hablar en la poesía.
Aquel tercero que partió tan listo,
Por satírico, necio, y por pesado
Sé que de todos fué siempre mal quisto.
No puedo imaginar cómo ha llevado
Mercurio estos poetas en su lista.
Yo fuí, respondió Apolo, el engañado;
Que de su ingenio la primera vista
Indicios descubrió que serian buenos
Para facilitar esta conquista.
Señor, repliqué yo, creí que agenos
Eran de las deidades los engaños,
Digo, engañarse en poco mas ni menos.
La prudencia que nace de los años,
Y tiene por maestra la experiencia,
Es la deidad que advierte destos daños.
Apolo respondió: Por mi conciencia,
Que no te entiendo, algo turbado y triste
Por ver de aquellos veinte la insolencia.
Tú, SARDO militar LOFRASO, fuiste
Uno de aquellos bárbaros corrientes,
Que del contrario el número creciste.
Mas no por esta mengua los valientes
Del escuadron católico temieron,
Poetas madrigados y excelentes.
Antes tanto corage concibieron
Contra los fugitivos corredores,
Que riza en ellos y matanza hicieron.
¡O falsos y malditos trovadores,
Que pasais plaza de poetas sabios,
Siendo la hez de los que son peores!
Entre la lengua, paladar y labios
Anda contino vuestra poesía,
Haciendo á la virtud cien mil agravios.
Poetas de atrevida hipocresía,
Esperad, que de vuestro acabamiento

Ya se ha llegado el temeroso dia.
De las confusas voces el concento
Confuso por el aire resonaba
De espesas nubes condensando en viento.
Por la falda del monte gateaba
Una tropa poética, aspirando
A la cumbre que bien guardada estaba.
Hacian hincapié de cuándo en cuando,
Y con hondas de estallo y con ballestas
Iban libros enteros disparando.
No del plomo encendido las funestas
Balas, pudieran ser dañosas tanto,
Ni al disparar pudieran ser mas prestas.
Un libro mucho mas duro que un canto
A JUSEPE DE VARGAS dió en las sienes,
Causándole terror, grima y espanto.
Gritó, y dijo á un soneto: Tú, que vienes
De satírica pluma disparado,
¿Porqué el infame curso no detienes?
Y cual perro con piedras irritado,
Que deja al que las tira, y va tras ellas,
Cual si fueran la causa del pecado,
Entre los dedos de sus manos bellas
Hizo pedazos al soneto altivo,
Que amenazaba al sol y á las estrellas.
Y díjole Cilenio: O rayo vivo
Donde la justa indignacion se muestra
En un grado y valor superlativo,
La espada toma en la temida diestra,
Y arrójate valiente y temerario
Por esta parte que el peligro adiestra.
En esto del tamaño de un breviario
Volando un libro por el aire vino,
De prosa y verso que arrojó el contrario.
De verso y prosa el puro desatino
Nos dió á entender que de ARBOLANCHES eran
Las Avidas pesadas de contino.
Unas rimas llegaron, que pudieran
Desbaratar el escuadron cristiano,
Si acaso vez segunda se imprimieran.
Dióle á Mercurio en la derecha mano
Una sátira antigua licenciosa,
De estilo agudo, pero no muy sano.
De una intricada y mal compuesta prosa,
De un asunto, sin jugo y sin donaire,
Cuatro novelas disparó PEDROSA.
Silbando recio, y desgarrando el aire,
Otro libro llegó de rimas solas
Hechas al parecer como al desgaire.
Viólas Apolo y dijo, cuando viólas:
Dios perdone á su autor, y á mí me guarde
De algunas rimas sueltas españolas.

Llegó EL PASTOR DE IBERIA, aunque algo tarde,
Y derribó catorce de los nuestros,
Haciendo de su ingenio y fuerza alarde,
Pero dos valerosos, dos maestros,
Dos lumbreras de Apolo, dos soldados,
Unicos en hablar, y en obrar diestros:
Del monte puestos en opuestos lados
Tanto apretaron á la turba multa,
Que volvieron atras los encumbrados.
Es GREGORIO DE ANGULO el que sepulta
La canalla, y con él PEDRO DE SOTO,
De prodigioso ingenio, y vena culta,
Doctor aquel, estotro único y doto
Licenciado, de Apolo ambos secuaces
Con raras obras y ánimo devoto.
Las dos contrarias indignadas haces
Ya miden las espadas, ya se cierran
Duras en su teson y pertinaces.
Con los dientes se muerden y se aferran
Con las garras, las fieras imitando,
Que toda piedad de sí destierran.
Haldeando venia, y trasudando
El autor de LA PICARA JUSTINA,
Capellan lego del contrario bando.
Y cual si fuera una culebrina
Disparó de sus manos su librazo,
Que fué de nuestro campo la ruïna.
Al buen TOMAS GRACIAN mancó de un brazo,
A MEDINILLA derribó una muela,
Y le llevó de un muslo un gran pedazo.
Una despierta nuestra centinela
Gritó: Todos abajen la cabeza,
Que dispara el contrario otra novela.
Dos pelearon una larga pieza,
Y el uno al otro con instancia loca
De un embion, con arte y con destreza,
Seis seguidillas le encajó en la boca,
Con que le hizo vomitar el alma
Que salió libre de su estrecha roca.
De la furia el ardor, del sol la calma
Tenia en duda de una y otra part e
La vencedora y pretendida palma.
Del cuervo en esto el lóbrego estandarte
Cede al del cisne, porque vino al suelo
Pasado el corazon de parte á parte.
Su alférez, que era un ANDALUZ mozuelo
Trovador repentista, que subia
Con la soberbia mas allá del cielo,
Helósele la sangre que tenia,
Murióse cuando vió que muerto estaba
La turba pertinaz en su porfía.
Puesto que ausente el gran LUPERCIO estaba

Con un solo soneto suyo hizo
Lo que de su grandeza se esperaba.
Descuadernó, desencajó, deshizo
Del opuesto escuadron catorce hileras,
Dos criollos mató, hirió un mestizo.
De sus sabrosas burlas y sus veras
El magno CORDOBÉS un cartapacio
Disparó, y aterró cuatro banderas.
Daba ya indicios de cansado y lacio
El brio de la bárbara canalla,
Peleando mas flojo y mas despacio.
Mas renovóse la fatal batalla
Mezclándose los unos con los otros,
Ni vale arnes, ni presta dura malla.
Cinco melífluos sobre cinco potros
Llegaron, y embistieron por un lado,
Y lleváronse cinco de nosotros.
Cada cual como moro ataviado,
Con mas letras y cifras, que una carta
De príncipe enemigo y recatado.
De romances moriscos una sarta,
Cual si fuera de balas enramadas,
Llega con furia y con malicia harta.
Y á no estar dos escuadras avisadas
De las nuestras del recio tiro y presto,
Era fuerza quedar desbaratadas.
Quiso Apolo indignado echar el resto
De su poder y de su fuerza sola,
Y dar al enemigo fin molesto.
Y una sacra cancion, donde acrisola
Su ingenio, gala, estilo y bizarría
BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA,
Cual si fuera un petrarte Apolo envia,
Adonde está el teson mas apretado,
Mas dura, y mas furiosa la porfía.
Cuando me paro á contemplar mi estado
Comienza la cancion, que Apolo pone
En el lugar mas noble y levantado.
Todo lo mira, todo lo dispone
Con ojos de Argos, manda, quita y veda,
Y del contrario á todo ardid se opone.
Tan mezclados están, que no hay quien pueda
Discernir cuál es malo, ó cuál es bueno,
Cuál es GARCILASISTA, Ó TIMONEDA.
Pero un mancebo de ignorancia ageno,
Grande escudriñador de toda historia,
Rayo en la pluma, y en la voz un trueno,
Llegó, tan rica el alma de memoria,
De sana voluntad y entendimiento,
Que fué de Febo y de las musas gloria.
Con este aceleróse el vencimiento,
Porque supo decir: Este merece

Gloria, pero aquel no, sino tormento.
Y como ya con distincion parece
El justo y el injusto combatiente,
El gusto al paso de la pena crece.
Tú, PEDRO MANTUANO el excelente,
Fuiste quien distinguió de la confusa
Máquina el que es cobarde del valiente.
JULIAN DE ALMENDARIZ no rehusa,
Puesto que llegó tarde, en dar socorro
Al rubio Delio con su ilustre musa.
Por las rucias que peino, que me corro
De ver que las comedias endiabladas
Por divinas se pongan en el corro.
Y á pesar de las limpias y atildadas
Del cómico mejor de nuestra Esperia
Quieren ser conocidas y pagadas.
Mas no ganaron mucho en esta feria,
Porque es discreto el vulgo de la corte,
Aunque le toca la comun miseria.
De llano no le deis, dadle de corte,
Estancias Polifemas, al poeta
Que no os tuviere por sú guia y norte.
Inimitables sois, y á la discreta
Gala que descubris en lo escondido,
Toda elegancia puede estar sujeta.
Con estas municiones el partido
Nuestro se mejoró de tal manera,
Que el contrario se tuvo por vencido.
Cayó su presuncion soberbia y fiera,
Derrúmbanse del monte abajo cuantos
Presumieron subir por la ladera,
La voz prolija de sus roncos cantos
El mal suceso con rigor la vuelve
En interrotos y funestos llantos.
Tal hubo, que cayendo se resuelve
De asirse de una zarza, ó cabrahigo,
Y en llanto á lo de Ovidio se disuelve.
Cuatro se arracimaron á un quejigo
Como enjambre de abejas desmandada,
Y le estimaron por el lauro amigo.
Otra cuadrilla vírgen por la espada
Y adúltera de lengua, dió la cura
A sus piés de su vida almidonada.
BARTOLOMÉ llamado DE SEGURA
El toque casi fué del vencimiento,
Tal es su ingenio, y tal es su cordura.
Resonó en esto por el vago viento
La voz de la vitoria repetida
Del número escogido en claro acento.
La miserable, la fatal caida
De las musas del limpio tagarete
Fué largos siglos con dolor plañida.

A la parte del llanto (ay me!) se mete
Zapardiel famoso por su pesca,
Sin que un pequeño instante se quiete.
La voz de la vitoria se refresca,
Vitoria suena aquí, y allí vitoria,
Adquirida por nuestra soldadesca,
Que canta alegre la alcanzada gloria.

CAPITULO VIII.

Al caer de la máquina excesiva
Del escuadron poético arrogante
Que en su no vista muchedumbre estriba :
Un poeta, mancebo y estudiante,
Dijo : Caipaciencia, que algun dia
Será la nuestra, mi valor mediante.
De nuevo afilaré la espada mia,
Digo mi pluma, y cortaré de suerte
Que dé nueva excelencia á la porfía.
Que ofrece la comedia, si se advierte,
Largo campo al ingenio, donde pueda
Librar su nombre del olvido y muerte.
Fué desto ejemplo JUAN DE TIMONEDA,
Que con solo imprimir se hizo eterno
Las comedias del gran LOPE DE RUEDA.
Cinco vuelcos daré en el propio infierno
Por hacer recitar una que tengo
Nombrada : *El Gran Bastardo de Salerno.*
Guarda Apolo, que baja guarde rengo
El golpe de la mano mas gallarda
Que ha visto el tiempo en su discurso luengo.
En esto el claro son de una bastarda
Alas pone en los piés de la vencida
Gente del mundo perezosa y tarda.
Con la esperanza del vencer perdida
No hay quien no atienda con ligero paso,
Sino á la honra, á conservar la vida.
Desde las altas cumbres de Parnaso
De un salto uno se puso en Guadarrama,
Nuevo, no visto, y verdadero caso.
Y al mismo paso la parlera fama
Cundió del vencimiento la alta nueva,
Desde el claro Caistro hasta Jarama.
Lloró la gran vitoria el turbio Esgueva,
Pisuerga la rió, rióla Tajo,
Que en vez de arena granos de oro lleva.
Del cansancio, del polvo, y del trabajo
Las rubicundas hebras de Timbreo
Del color se pararon de oro bajo.
Pero viendo cumplido su deseo,
Al son de la guitarra mercuriesca
Hizo de la gallarda un gran paseo.

Y de Castalia en la corriente fresca
El rostro se lavó, y quedó luciente
Como de acero la segur turquesca.
Pulióse luego, y adornó su frente
De magestad mezclada con dulzura,
Indicios claros del placer que siente.
Las reinas de la humana hermosura
Salieron de do estaban retiradas,
Mientras duraba la contienda dura:
Del árbol siempre verde coronadas,
Y en medio la divina Poesía,
Todas de nuevas galas adornadas.
Melpómene, Tersícore, y Talía,
Polimnia, Urania, Erato, Euterpe, y Clio,
Y Calíope, hermosa en demasía,
Muestran ufanas su destreza y brio,
Tejiendo una entricada y nueva danza
Al dulce son de un instrumento mio.
Mio, no dije bien, mentí á la usanza
Del que dice propios los agenos
Versos, que son mas dinos de alabanza.
Los anchos prados, y los campos llenos
Están de las escuadras vencedoras
(Que siempre van á mas, y nunca á menos):
Esperando de ver de sus mejoras
El colmo con los premios merecidos
Por el sudor y aprieto de seis horas.
Piensan ser los llamados escogidos,
Todos á premios de grandeza aspiran,
Tiénense en mas de lo que son tenidos:
Ni á calidades, ni riquezas miran,
A su ingenio se atiene cada uno,
Y si hay cuatro que acierten, mil deliran
Mas Febo, que no quiere que ninguno
Quede quejoso dél, mandó á la Aurora
Que vaya, y coja *in tempore oportuno*
De las faldas floríferas de Flora
Cuatro tabaques de purpúreas rosas,
Y seis de perlas de las que ella llora.
Y de las nueve por extremo hermosas
Las coronas pidió, y al darlas ellas
En nada se mostraron perezosas.
Tres, á mi parecer, de las mas bellas
A Parténope sé que se enviaron,
Y fué Mercurio el que partió con ellas.
Tres sugetos las otras coronaron
Allí en el mesmo monte peregrinos,
Con que su patria y nombre eternizaron.
Tres cupieron á España, y tres divinos
Poetas se adornaron la cabeza,
De tanta gloria justamente dinos.
La envidia, monstruo de naturaleza,

Maldita, y carcomida, ardiendo en saña
A murmurar del sacro don empieza.
Dijo: ¿Será posible que en España
Haya nueve poetas laureados?
Alta es de Apolo, pero simple hazaña.
Los demas de la turba, defraudados
Del esperado premio, repetian
Los himnos de la envidia mal cantados.
Todos por laureados se tenian
En su imaginacion antes del trance,
Y al cielo quejas de su agravio envian.
Pero ciertos poetas de romance
Del generoso premio hacer esperan
A despecho de Febo presto alcance.
Otros, aunque latinos, desesperan
De tocar del laurel solo una hoja,
Aunque del caso en la demanda mueran.
Véngase menos el que mas se enoja,
Y alguno se tocó sienes y frente,
Que de estar coronado se le antoja.
Pero todo deseo impertinente
Apolo resfrió, premiando á cuantos
Poetas tuvo el escuadron valiente.
De rosas, de jazmines y amarantos
Flora le presentó cinco cestones,
Y la Aurora de perlas otros tantos.
Estos fueron, letor dulce, los dones
Que Delio repartió con larga mano
Entre los poetísimos varones.
Quedando alegre cada cual, y ufano
Con un puño de perlas y una rosa,
Estimando el premio sobrehumano.
Y porque fuese mas maravillosa
La fiesta y regocijo, que se hacia
Por la vitoria insigne y prodigiosa,
La buena, la importante Poesía
Mandó traer la bestia, cuya pata
Abrió la fuente de Castalia fria.
Cubierta de finísima escarlata,
Un lacayo la trujo en un instante,
Tascando un freno de bruñida plata.
Envidiarle pudiera Rocinante
Al gran Pegaso de presencia brava,
Y aun Brilladoro el del señor de Anglante.
Con no sé cuantas alas adornaba
Manos y piés, indicio manifiesto
Que en ligereza al viento aventajaba.
Y por mostrar cuan ágil y cuan presto
Era, se alzó del suelo cuatro picas,
Con un denuedo y ademan compuesto.
Tú, que me escuchas, si el oido aplicas
Al dulce cuento deste gran Viaje,

Cosas nuevas oirás de gusto ricas.
Era del bel troton todo el herrage
De durísima plata diamantina,
Que no recibe del pisar ultraje.
De la color que llaman columbina,
De raso en una funda trae la cola,
Que suelta con el suelo se avecina.
Del color del carmin ó de amapola
Eran sus clines y su cola gruesa,
Ellas solas al mundo, y ella sola.
Tal vez anda despacio, y tal á priesa,
Vuela tal vez, y tal hace corvetas,
Tal quiere relinchar, y luego cesa.
¡Nueva felicidad de los poetas!
Unos sus escrementos recogian
En dos de cuero grandes barjuletas.
Pregunté, ¿para qué lo tal hacian?
Respondióme Cilenio á lo bellaco
Con no sé qué vislumbres de ironía:
Esto que se recoge, es el tabaco,
Que á los vaguidos sirve de cabeza
De algun poeta de celebro flaco.
Uranía de tal modo lo adereza,
Que puesto á las narices del doliente,
Cobra salud, y vuelve á su entereza.
Un poco entonces arrugué la frente,
Ascos haciendo del remedio estraño,
Tan de los ordinarios diferente.
Recibes, dijo Apolo, amigo, engaño.
Leyóme el pensamiento. Este remedio
De los vaguidos cura, y sana el daño.
No come este rocin lo que en asedio
Duro y penoso comen los soldados,
Que están entre la muerte y hambre en medio.
Son deste tal los piensos regalados,
Ambar y almizcle entre algodones puesto,
Y bebe del rocío de los prados.
Tal vez le damos de almidon un cesto,
Tal de algarrobas con que el vientre llena,
Y no se estriñe, ni se va por esto.
Sea, le respondí, muy norabuena,
Tieso estoy de celebro por ahora,
Vaguido alguno no me causa pena.
La nuestra en esto universal señora,
Digo la Poesía verdadera,
Que con Timbreo y con las musas mora,
En vestido subcinto á la ligera
El monte discurrió, y abrazó á todos,
Hermosa sobre modo, y placentera.
¡O sangre vencedora de los godos!
Dijo: de aquí adelante ser tratada
Con mas suaves y discretos modos

Espero ser, y siempre respetada
Del ignorante vulgo que no alcanza,
Que puesto que soy pobre, soy honrada.
Las riquezas os dejo en esperanza,
Pero no en posesion, premio seguro
Que al reino aspira de la inmensa holganza.
Por la belleza deste monte os juro,
Que quisiera al mas mínimo entregalle
Un privilegio de cien mil de juro.
Mas no produce minas este valle,
Aguas sí, salutíferas y buenas,
Y monas que de cisnes tienen talle.
Volved á ver, o amigos, las arenas
Del aurífero Tajo en paz segura,
Y en dulces horas de pesar agenas.
Que esta inaudita hazaña os asegura
Eterno nombre, en tanto que dé Febo
Al mundo aliento, y luz serena y pura.
¡O maravilla nueva, o caso nuevo,
Digno de admiracion que cause espanto,
Cuya estrañeza me admiró de nuevo!
Morfeo, el dios del sueño, por encanto
Allí se apareció, cuya corona
Era de ramos de beleño santo.
Flojísimo de brio y de persona,
De la pereza torpe acompañado,
Que no le deja á vísperas, ni á nona.
Traia al silencio á su derecho lado,
El descuido al siniestro, y el vestido
Era de blanda lana fabricado.
De las aguas que llaman del olvido,
Traia un gran caldero, y de un hisopo
Venia como aposta, prevenido.
Asia á los poetas por el hopo,
Y aunque el caso los rostros les volvia
En color encendida de piropo,
Él nos bañaba con el agua fria,
Causándonos un sueño de tal suerte,
Que dormimos un dia y otro dia.
Tal es la fuerza del licor, tan fuerte
Es de las aguas la virtud, que pueden
Competir con los fueros de la muerte.
Hace el ingenio alguna vez que queden
Las verdades sin crédito ninguno,
Por ver que á toda contingencia exceden.
Al despertar del sueño así importuno,
Ni ví monte, ni monta, dios, ni diosa,
Ni de tanto poeta vide alguno.
Por cierto estraña y nunca vista cosa;
Despabilé la vista, y parecióme
Verme en medio de una ciudad famosa.
Admiracion y grima el caso dióme;

Torné á mirar, porque el temor ó engaño
No de mi buen discurso el paso tome.
Y díjeme á mí mismo : No me engaño.
Esta ciudad es Nápoles la ilustre,
Que yo pisé sus ruas mas de un año :
De Italia gloria, y aun del mundo lustre,
Pues de cuantas ciudades él encierra,
Ninguna puede haber que así le ilustre.
Apacible en la paz, dura en la guerra,
Madre de la abundancia y la nobleza,
De Elíseos campos, y agradable sierra.
Si vaguidos no tengo de cabeza,
Paréceme que está mudada en parte
De sitio, aunque en aumento de belleza.
¿ Qué teatro es aquel donde reparte
Con él cuanto contiene de hermosura,
La gala, la grandeza, industria y arte?
Sin duda el sueño en mis pálpebras dura,
Porque este es edificio imaginado,
Que excede á toda humana compostura.
Llegóse en esto á mí disimulado
Un mi amigo, llamado Promontorio,
Mancebo en dias, pero gran soldado.
Creció la admiracion viendo notorio
Y palpable, que en Nápoles estaba,
Espanto á los pasados acesorio.
Mi amigo tiernamente me abrazaba,
Y con tenerme entre sus brazos, dijo :
Que del estar yo allí mucho dudaba.
Llamóme padre, y yo llamèle hijo.
Quedó con esto la verdad en punto,
Que aquí puede llamarse punto fijo.
Díjome Promontorio : Yo barrunto,
Padre, que algun gran caso á vuestras canas
Las trae tan lejos ya semidifunto.
En mis horas mas frescas y tempranas
Esta tierra habité, hijo, le dije,
Con fuerzas mas briosas y lozanas.
Pero la voluntad que á todos rige,
Digo el querer del cielo, me ha traido
A parte que me alegra mas que aflige.
Dijera mas, sino que un gran ruïdo
De pífaros, clarines y tambores
Me azoró el alma, y alegró el oido.
Volví la vista al son, ví los mayores
Aparatos de fiesta que vió Roma
En sus felices tiempos, y mejores.
Dijo mi amigo : Aquel, que ves que asoma
Por aquella montaña contrahecha,
Cuyo brio al de Marte oprime y doma,
Es un alto sugeto, que deshecha
Tiene á la envidia en rabia, porque pisa

De la virtud la senda mas derecha.
De gravedad y condicion tan lisa,
Que suspende y alegra á un mismo instante,
Y con su aviso al mismo aviso avisa.
Mas quiero, antes que pases adelante
En ver lo que verá si estás atento,
Darte del caso relacion bastante.
Será DON JUAN DE TASIS de mi cuento
Principio, porque sea memorable,
Y lleguen mis palabras á mi intento.
Este varon en liberal notable,
Que una mediana villa le hace conde,
Siendo rey en sus obras admirable:
Este, que sus haberes nunca esconde,
Pues siempre los reparte, ó los derrama,
Ya sepa adonde, ó ya no sepa adonde:
Este, á quien tiene tan en fil la fama,
Puesta la alteza de su nombre claro,
Que liberal y pródigo le llama,
Quiso pródigo aquí, y allí no avaro,
Primer mantenedor ser de un torneo,
Que á fiestas sobrehumanas le comparo.
Responden sus grandezas al deseo
Que tiene de mostrarse alegre, viendo
De España y Francia el regio himeneo.
Y este que escuchas, duro, alegre estruendo,
Es señal que el torneo se comienza,
Que admira por lo rico y estupendo.
Arquímedes el grande se avergüenza
De ver que este teatro milagroso
Su ingenio apoque, y á sus trazas venza.
Digo pues que el mancebo generoso,
Que allí deciende de encarnado y plata,
Sobre todo mortal curso brioso,
Es el CONDE DE LEMOS, que dilata
Su fama con sus obras por el mundo,
Y que lleguen al cielo en tierra trata:
Y aunque sale el primero, es el segundo
Mantenedor, y en buena cortesía
Esta ventaja califico y fundo.
El DUQUE DE NOCERA, luz y guia
Del arte militar, es el tercero
Mantenedor de este festivo dia.
El cuarto, que pudiera ser primero,
Es DE SANTELMO el fuerte CASTELLANO,
Que al mesmo Marte en el valor prefiero.
El quinto es otro Eneas el troyano,
ARROCIOLO, que gana en ser valiente
Al que fué verdadero, por la mano.
El gran concurso y número de gente
Estorbó que adelante prosiguiese
La comenzada relacion prudente.

ADJUNTA AL PARNASO.

Algunos dias estuve reparándome de tan largo viaje, al cabo de los cuales salí á ver y á ser visto, y á recebir parabienes de mis amigos, y malas vistas de mis enemigos, que puesto que pienso que no tengo ninguno, todavía no me aseguro de la comun suerte. Sucedió pues que saliendo una mañana del monesterio de Atocha, se llegó á mi un mancebo al parecer de veinte y cuatro años, poco mas ó menos, todo limpio, todo aseado y todo crujiendo gorgoranes, pero con un cuello tan grande y tan almidonado, que creí que para llevarle fueran menester los hombros de un Atlante. Hijos deste cuello eran dos puños chatos, que comenzando de las muñecas, subian y trepaban por las capillas del brazo arriba, que parecia que iban á dar asalto á las barbas. No he visto yo hiedra tan codiciosa de subir desde el pié de la muralla donde se arrima, hasta las almenas, como el ahinco que llevaban estos puños á ir á darse de puñadas con los codos. Finalmente la exorbitancia del cuello y puños era tal, que en el cuello se escondia y sepultaba el rostro, y en los puños los brazos. Digo pues que el tal mancebo se llegó á mí, y con voz grave y reposada me dijo: ¿Es por ventura vm. el señor Miguel de Cervantes Saavedra, el que ha pocos dias que vino del Parnaso? A esta pregunta creo sin duda, que perdi la color del rostro, porque en un instante imaginé y dije entre mí: ¿Si es este alguno de los poetas que puse, ó dejé de poner en mi Viaje, y viene ahora á darme el pago que él se imagina se me debe? Pero sacando fuerzas de flaqueza, le respondi: Yo, señor, soy el mesmo que vm. dice: ¿qué es lo que se me manda? El luego en oyendo esto, abrió los brazos, y me los echó al cuello, y sin duda me besara en la frente, si la grandeza del cuello no lo impidiera, y dijome: Vm. señor Cervantes, me tenga por su servidor y por su amigo, porque ha muchos dias que le soy muy aficionado asi por sus obras, como por la fama de su apacible condicion. Oyendo lo cual respiré, y los espiritus que andaban alborotados, se sosegaron: y abrazándole yo tambien con recato de no ajarle el cuello, le dije: Yo no conozco á vm. si no es para servirle; pero por las muestras bien se me trasluce que vm. es muy discreto y muy principal: calidades que obligan á tener en veneracion á la persona que las tiene. Con estas pasamos otras corteses razones, y anduvieron

por alto los ofrecimientos, y de lance en lance me dijo: Vm. sabrá, señor Cervantes, que yo por la gracia de Apolo soy poeta, ó á lo menos deseo serlo, y mi nombre es Pancracio de Roncesvalles. *Miguel.* Nunca tal creyera, si vm. no me lo hubiera dicho por su mesma boca. *Pancracio.* ¿Pues porqué no lo creyera vm.? *Mig.* Porque los poetas por maravilla andan tan atildados como vm., y es la causa, que como son de ingenio tan altaneros y remontados, antes atienden á las cosas del espíritu, que á las del cuerpo. Yo, señor, dijo él, soy mozo, soy rico, y soy enamorado: partes que deshacen en mí la flojedad que infunde la poesía: por la mocedad tengo brio: con la riqueza con que mostrarle: y con el amor con que no parecer descuidado. Las tres partes del camino, le dije yo, se tiene vm. andadas para llegar á ser buen poeta. *Pan.* ¿Cuáles son? *Mig.* La de la riqueza y la del amor. Porque los partos de los ingenios de la persona rica y enamorada son asombros de la avaricia, y estímulos de la liberalidad, y en el poeta pobre la mitad de sus divinos partos y pensamientos se los llevan los cuidados de buscar el ordinario sustento. Pero dígame vm. por su vida: ¿de qué suerte de menestra poética gasta ó gusta mas? A lo que respondió: No entiendo eso de menestra poética. *Mig.* Quiero decir que á qué género de poesía es vm. mas inclinado? al lírico, al heróico, ó al cómico? A todos estilos me amaño, respondió él; pero en el que mas me ocupo, es en el cómico. *Mig.* Desa manera habrá vm. compuesto algunas comedias. *Pan.* Muchas, pero solo una se ha representado. *Mig.* ¿Pareció bien? *Pan.* Al vulgo no. *Mig.* ¿Y á los discretos? *Pan.* Tampoco. *Mig.* ¿La causa? *Pan.* La causa fué, que la achacaron que era larga en los razonamientos, no muy pura en los versos, y desmayada en la invencion. Tachas son estas, respondí yo, que pudieran hacer parecer mala las del mesmo Plauto. Y mas, dijo él, que no pudieron juzgalla, porque no la dejaron acabar segun la gritaron. Con todo esto la echó el autor para otro dia: pero porfiar, que porfiar: cinco personas vinieron apenas. Créame vm., dije yo, que las comedias tienen dias, como algunas mugeres hermosas: y que esto de acertarlas bien, va tanto en la ventura, como en el ingenio: comedia he visto yo apedreada en Madrid, que la han laureado en Toledo: y no por esta primer desgracia deje vm. de proseguir en componerlas, que podrá ser que cuando menos lo piense, acierte con alguna que le dé crédito y dineros. De los dineros no hago caso, respondió él; mas preciaria la fama, que cuanto hay: porque es cosa de grandísimo gusto, y de no menos importancia ver salir mucha gente de la comedia, todos contentos, y estar el poeta que la compuso á la puerta del teatro, recibiendo parabienes de todos. Sus descuentos tienen esas alegrías, le dije yo, que tal vez suele ser la comedia tan pésima, que no hay quien alce los ojos á mirar al poeta, ni aun él pára cuatro pasillés del coliseo, ni aun los alzan los que la recitaron, avergonzados y corridos de haberse engañado y escogidola por buena. Y vm. señor Cervantes,

dijo él, ¿ha sido aficionado á la carátula? ¿ha compuesto alguna comedia? Sí, dije yo: muchas, y á no ser mias, me parecieran dignas de alabanza, como lo fueron: *Los Tratos de Argel*: *La Numancia*: *La gran Turquesca*: *La Batalla Naval*: *La Jerusalen*: *La Amaranta ó La del Mayo*: *El Bosque amoroso*: *La Unica y la bizarra Arsinda*, y otras muchas de que no me acuerdo; mas la que yo mas estimo, y de la que mas me precio, fué y es, de una llamada *La Confusa*, la cual, con paz sea dicho de cuantas comedias de capa y espada hasta hoy se han representado, bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores. *Pan.* ¿Y agora tiene vm. algunas? *Mig.* Seis tengo con otros seis entremeses. *Pan.* ¿Pues porqué no se representan? *Mig.* Porque ni los autores me buscan, ni yo les voy á buscar á ellos. *Pan.* No deben de saber que vm. las tiene. *Mig.* Sí saben, pero como tienen sus poetas paniaguados, y les va bien con ellos, no buscan pan de trastrigo; pero yo pienso darlas á la estampa, para que se vea de espacio lo que pasa apriesa, y se disimula, ó no se entiende cuando las representan; y las comedias tienen sus sazones y tiempos como los cantares. Aquí llegabamos con nuestra plática, cuando Pancracio puso la mano en el seno, y sacó dél una carta con su cubierta, y besándola, me la puso en la mano: leí el sobrescrito y ví que decia desta manera:

« A Miguel de Cervantes Saavedra, en la calle de las Huertas, « frontero de las casas donde solia vivir el príncipe de Marrue- « cos, en Madrid. » Al porte: medio real, digo diez y siete maravedis.

Escandalizóme el porte, y de la declaracion del medio real, digo diez y siete. Y volviéndosela le dije: Estando yo en Valladolid llevaron una carta á mi casa para mí, con un real de porte: recibióla y pagó el porte una sobrina mia, que nunca ella le pagara; pero dióme por disculpa, que muchas veces me habia oido decir que en tres cosas era bien gastado el dinero: en dar limosna, en pagar al buen médico, y en el porte de las cartas ora sean de amigos, ó de enemigos, que las de los amigos avisan, y de las de los enemigos se puede tomar algun indicio de sus pensamientos. Diéronmela, y venia en ella un soneto malo, desmayado, sin garbo, ni agudeza alguna, diciendo mal del Don Quijote, y de lo que me pesó, fué del real, y propuse desde entonces de no tomar carta con porte: así que, si vm. le quiere llevar desta, bien se la puede volver, que yo sé que no me puede importar tanto como el medio real que se me pide. Rióse muy de gana el señor Roncesvalles, y dijome: Aunque soy poeta, no soy tan mísero que me aficionen diez y siete maravedis. Advierta vm., señor Cervantes, que esta carta por lo menos es del mesmo Apolo: él la escribió no ha veinte dias en el Parnaso, y me la dió para que á vm. la diese: vm. la lea, que yo sé que le ha de dar gusto. Haré lo que vm. me manda, respondí yo: pero quiero que antes de leerla, vm. me le haga de decirme, ¿cómo, cuándo, y á qué fué al Parnaso? Y él respondió: Cómo fuí,

fué por mar, y en una fragata que yo y otros diez poetas fletamos en Barcelona : cuándo fuí, fué seis dias despues de la batalla que se dió entre los buenos y los malos poetas : á qué fuí, fué á hallarme en ella por obligarme á ello la profesion mia. A buen seguro, dije yo, que fueron vms. bien recebidos del señor Apolo. *Pan.* Si fuimos, aunque le hallamos muy ocupado á él, y á las señoras Piérides, arando y sembrando de sal todo aquel término del campo donde se dió la batalla. Preguntéle para qué se hacia aquello, y respondióme, que asi como de los dientes de la serpiente de Cadmo habian nacido hombres armados, y de cada cabeza cortada de la hidra que mató Hércules, habian renacido otras siete, y de las gotas de la sangre de la cabeza de Medusa se habia llenado de serpientes toda la Libia ; de la mesma manera de la sangre podrida de los malos poetas que en aquel sitio habian sido muertos, comenzaban á nacer del tamaño de ratones otros poetillas rateros, que llevaban camino de henchir toda la tierra de aquella mala simiente, y que por esto se araba aquel lugar, y se sembraba de sal, como si fuera casa de traidores. En oyendo esto, abrí luego la carta, y vi que decia :

APOLO DÉLFICO

A MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

SALUD.

El señor Pancracio de Roncesvalles, llevador desta, dirá á Vm. señor Miguel de Cervantes, en qué me halló ocupado el dia que llegó á verme con sus amigos. Y yo digo, que estoy muy quejoso de la descortesía que conmigo se usó en partirse Vm. deste monte sin despedirse de mí, ni de mis hijas, sabiendo cuánto le soy aficionado, y las musas por el consiguiente: pero si se me da por disculpa que le llevó el deseo de ver á su Mecenas el gran conde de Lemos en las fiestas famosas de Nápoles, yo la acepto y le perdono.

Despues que Vm. partió deste lugar, me han sucedido muchas desgracias, y me he visto en grandes aprietos, especialmente por consumir y acabar los poetas que iban naciendo de la sangre de los malos que aquí murieron, aunque ya, gracias al cielo y á mi industria, este daño está remediado.

No sé si del ruido de la batalla, ó del vapor que arrojó de sí la tierra, empapada en la sangre de los contrarios, me han dado unos vaguidos de cabeza, que verdaderamente me tienen como tonto, y no acierto á escribir cosa que sea de gusto, ni de provecho: así, si Vm. viere por allá que algunos poetas, aunque sean de los mas famosos, escriben y componen impertinencias y cosas de poco fruto, no los culpe, ni los tenga en menos, sino que disimule con ellos: que pues yo que soy el padre y el inventor de la poesía, deliro y parezco mentecato, no es mucho que lo parezcan ellos.

Envio á Vm. unos privilegios, ordenanzas y advertimientos, tocantes á los poetas: Vm. los haga guardar y cumplir al pié de la letra, que para todo ello doy á Vm. mi poder cumplido cuando de derecho se requiere.

Entre los poetas que aquí vinieron con el señor Pancracio de Roncesvalles, se quejaron algunos de que no iban en la lista de los que Mercurio llevó á España, y que así Vm. no los habia puesto en su Viaje. Yo les dije, que la culpa era mia y no de Vm., pero que el remedio deste daño estaba en que procurasen ellos ser famosos por sus obras, que ellas por sí mismas les darian fama y claro renombre, sin andar mendigando agenas alabanzas.

De mano en mano, si se ofreciere ocasion de mensagero, iré enviando mas privilegios, y avisando de lo que en este monte pasare. Vm. haga lo mesmo, avisándome de su salud, y de la de todos los amigos.

Al famoso Vicente Espinel dará Vm. mis encomiendas, como á uno de los mas antiguos y verdaderos amigos que yo tengo.

Si D. Francisco de Quevedo no hubiere partido para venir á Sicilia, donde le esperan, tóquele Vm. la mano, y dígale que no deje de llegar á verme, pues estaremos tan cerca; que cuando aquí vino, por la súbita partida no tuve lugar de hablarle.

Si Vm. encontrare por allá algun tránsfuga de los veinte que se pasaron al bando contrario, no les diga nada, ni los aflija, que harta mala ventura tienen, pues son como demonios, que se llevan la pena y la confusion con ellos mesmos, do quiera que vayan.

Vm. tenga cuenta con su salud, y mire por sí, y guárdese de mí, especialmente en los caniculares, que aunque le soy amigo, en tales dias no va en mi mano, ni miro en obligaciones, ni en amistades.

Al señor Pancracio de Roncesvalles téngale Vm. por amigo, y communíquelo: y pues es rico no se le dé nada que sea mal poeta. Y con esto nuestro Señor guarde á Vm. como puede y yo deseo. Del Parnaso á 22 de julio, el dia que me calzo las espuelas para subirme sobre la Canícula, 1614.

Servidor de Vm.

APOLO LUCIDO.

En acabando la carta, vi que en un papel á parte venia escrito:

PRIVILEGIOS, ORDENANZAS Y ADVERTENCIAS,

QUE APOLO ENVIA A LOS POETAS ESPAÑOLES.

Es el primero, que algunos poetas sean conocidos tanto por el desaliño de sus personas, como por la fama de sus versos.

Item, que si algun poeta dijere que es pobre, sea luego creido por su simple palabra, sin otro juramento ó averiguacion alguna.

Ordénase, que todo poeta sea de blanda y de suave condicion, y que no mire en puntos, aunque los traiga sueltos en sus medias.

Item, que si algun poeta llegare á casa de algun su amigo ó conocido, y estuviere comiendo y le convidare, que aunque él jure que ya ha comido, no se le crea en ninguna manera, sino que le hagan comer por fuerza, que en tal caso no se le hará muy grande.

Item, que el mas pobre poeta del mundo, como no sea de los Adanes y Matusalenes, pueda decir que es enamorado, aunque no lo esté, y poner el nombre á su dama como mas le viniere á cuento, ora llamándola Amarili, ora Anarda, ora Clori, ora Fílis, ora Fílida, ó ya Juana Tellez, ó como mas gustare, sin que desto se le pueda pedir ni pida razon alguna.

Item, se ordena que todo poeta de cualquier calidad y condicion que sea, sea tenido y le tengan por hijodalgo en razon del generoso ejercicio en que se ocupa, como son tenidos por cristianos viejos los niños que llaman de la piedra.

Item, se advierte que ningun poeta sea osado de escribir versos en alabanzas de príncipes y señores, por ser mi intencion y advertida voluntad, que la lisonja ni la adulacion no atraviesen los umbrales de mi casa.

Item, que todo poeta cómico, que felizmente hubiere sacado á luz tres comedias, pueda entrar sin pagar en los teatros, si ya no fuere la limosna de la segunda puerta, y aun esta, si pudiese ser, la escuse.

Item, se advierte que si algun poeta quisiere dar á la estampa algun libro que él hubiere compuesto, no se dé á entender que por dirigirle á algun monarca, el tal libro ha de ser estimado, porque si él no es bueno, no le adobará la direccion, aunque sea hecha al prior de Guadalupe.

Item, se advierte que todo poeta no se desprecie de decir que lo es, que si fuere bueno, será digno de alabanza, y si malo, no faltará quien lo alabe, que cuando nace la escoba, etc.

Item, que todo buen poeta pueda disponer de mí, y de lo que hay en el cielo á su beneplácito: conviene á saber, que los rayos de mi cabellera los pueda trasladar y aplicar á los cabellos de su dama, y hacer dos soles sus ojos, que conmigo serán tres, y así andará el mundo mas alumbrado; y de las estrellas, signos y planetas puede servirse de modo, que cuando menos lo piense, la tenga hecha una esfera celeste.

Item, que todo poeta á quien sus versos le hubieren dado á entender

que lo es, se estime y tenga en mucho, ateniéndose á aquel refran: ruin sea el que por ruin se tiene.

Item, se ordena que ningun poeta grave haga corrillo en lugares públicos, recitando sus versos, que los que son buenos en las aulas de Atenas se habian de recitar, que no en las plazas.

Item, se da por aviso particular que si alguna madre tuviere hijos pequeñuelos, traviesos y llorones, los pueda amenazar y espantar con el coco, diciéndoles: Guardaos, niños, que viene el poeta fulano, que os echará con sus malos versos en la sima de Cabra, ó en el pozo Airon.

Item, que los dias de ayuno no se entienda que los ha quebrantado el poeta que aquella mañana se ha comido las uñas al hacer de sus versos.

Item, se ordena que todo poeta que diere en ser espadachin, valenton y arrojado, por aquella parte de la valentía se le desagüe y vaya la fama que podia alcanzar por sus buenos versos.

Item, se advierte que no ha de ser tenido por ladron el poeta que hurtare algun verso ageno, y le encajare entre los suyos, como no sea todo el concepto y toda la copla entera, que en tal caso tan ladron es como Caco.

Item, que todo buen poeta, aunque no haya compuesto poema heróico, ni sacado al teatro del mundo obras grandes, con cualesquiera aunque sean pocas pueda alcanzar renombre de Divino, como le alcanzaron Garcilaso de la Vega, Francisco de Figueroa, el capitan Francisco de Aldana, y Hernando de Herrera.

Item, se da aviso que si algun poeta fuere favorecido de algun príncipe, ni le visite á menudo, ni le pida nada, sino déjese llevar de la corriente de su ventura, que el que tiene providencia de sustentar las sabandijas de la tierra y los gusarapos del agua, la tendrá de alimentar á un poeta por sabandija que sea.

En suma, estos fueron los privilegios, advertencias y ordenanzas que Apolo me envió, y el señor Pancracio de Roncesvalles me trujo, con quien quedé en mucha amistad, y los dos quedamos de concierto de despachar un propio con la respuesta al señor Apolo, con las nuevas desta corte. Daráse noticia del dia para que todos sus aficionados le escriban.

LA NUMANCIA,

TRAGEDIA.

INTERLOCUTORES.

CIPION.
JUGURTA.
GAYO MARIO.
QUINTO FABIO MAXIMO, *hermano de Cipion.*
SOLDADOS ROMANOS.
DOS EMBAJADORES DE NUMANCIA.
ESPAÑA.
EL RIO DUERO.
TEOGENES.
SU MUGER.
SUS HIJOS.
CORABINO.
CUATRO NUMANTINOS, *gobernadores de Numancia.*
MARQUINO.
MORANDRO.
LEONCIO.
MILVIO.
LIRA.
DOS SACERDOTES NUMANTINOS.
UN DEMONIO.
UN CUERPO MUERTO.
LA GUERRA.
LA ENFERMEDAD.
LA HAMBRE.
VIRIATO.
SERVIO.
EMILIO.
LA FAMA.
VARIAS MUGERES Y HOMBRES NUMANTINOS.

JORNADA PRIMERA.

ESCENA PRIMERA.

Salen CIPION *y* JUGURTA.

Cipion. Esta difícil y pesada carga
Que el senado romano me ha encargado,
Tanto me aprieta, me fatiga y carga,
Que ya sale de quicio mi cuidado:
Guerra de curso tan estraño y larga,
Y que tantos romanos ha costado,
¿Quién no estará suspenso al acabarla,
O quién no temerá de renovarla?

Jugurta. ¿Quién, Cipion? quien tiene la ventura
Y el valor nunca visto, que en tí encierras,
Pues con ello y con él está segura
La victoria y el triunfo destas guerras.

Cipion. El esfuerzo regido con cordura
Allana al suelo las mas altas sierras,
Y la fuerza feroz de loca mano
Aspero vuelve lo que está mas llano:
Mas no hay que reprimir á lo que veo,
La furia del ejército presente,
Que olvidado de gloria y de trofeo
Yace embebido en la lascivia ardiente:
Esto solo pretendo, esto deseo,
Volver á nuevo trato á nuestra gente,
Que enmendado primero el que es amigo,
Sujetaré mas presto al enemigo.
Mario?

Sale GAYO MARIO.

Gayo Mario. Señor?

Cipion. Haz que á noticia venga
De todo nuestro ejército en un punto,
Que sin que estorbo alguno le detenga
Parezca en este sitio todo junto,
Porque una breve plática ó arenga
Les quiero hacer.

Gayo Mario. Harélo en este punto.

Cipion. Camina, porque es bien que sepan todos
Mis nuevas trazas y sus viejos modos.

Vase GAYO MARIO.

Jugurta. Séte decir, señor, que no hay soldado
Que no te tema juntamente y te ame;
Y porque ese valor tuyo extremado
De Antártico á Calisto se derrame,
Cada cual con feroz ánimo osado,
Cuando la trompa á la ocasion le llame,
Piensa de hacer en tu servicio cosas
Que pasen las hazañas fabulosas.

Cipion. Primero es menester que se refrene
El vicio que entre todos se derrama,
Que si este no se quita, en nada tiene
Con ellos que hacer la buena fama:
Si este daño comun no se previene,
Y se deja arraigar su ardiente llama,
El vicio solo puede hacernos guerra
Mas que los enemigos desta tierra.

(*Dentro se echa este bando, habiendo primero tocado á recoger el atambor.*)

Manda nuestro general
Que se recojan armados
Luego todos los soldados
En la plaza principal,
Y que ninguno no quede
De parecer á esta vista,
So pena que de la lista
Al punto borrado quede.

Jugurta. No dudo yo, señor, sino que importa
Regir con duro freno la milicia,
Y que se dé al soldado rienda corta
Cuando èl se precipita en la injusticia:
La fuerza del ejército se acorta
Cuando va sin arrimo de justicia,
Aunque mas le acompañen á montones
Mil pintadas banderas y escuadrones.

A este punto han de entrar los mas soldados que pudieren, y GAYO MARIO, *armados á la antigua, sin arcabuces, y* CIPION *se sube sobre una peñuela que está en el tablado, y mirando á los soldados, dice:*

Cipion. En el fiero ademan, en los lozanos
Marciales aderezos y vistosos,
Bien os conozco, amigos, por romanos:
Romanos digo, fuertes y animosos;
Mas en las blancas delicadas manos
Y en las teces de rostros tan lustrosos
Allá en Bretaña pareceis criados,
Y de padres flamencos engendrados.
El general descuido vuestro, amigos,

El no mirar por lo que tanto os toca,
Levanta los caidos enemigos,
Y vuestro esfuerzo y opinion apoca.
Desta ciudad los muros son testigos
Que aun hoy están cual bien fundada roca,
De vuestras perezosas fuerzas vanas,
Que solo el nombre tienen de romanas.
¿Paréceos, hijos, que es gentil hazaña
Que tiemble del romano nombre el mundo,
Y que vosotros solos en España
Le aniquileis y echeis en el profundo?
¿Qué flojedad es esta tan extraña?
¿Qué flojedad? si mal yo no me fundo,
Es flojedad nacida de pereza,
Enemiga mortal de fortaleza.
La blanda Vénus con el duro Marte
Jamas hacen durable ayuntamiento:
Ella regalos sigue, él sigue el arte
Que incita á daños, y á furor sangriento:
La cipria diosa éstese agora á parte,
Deje su hijo nuestro alojamiento:
Que mal se aloja en las marciales tiendas
Quien gusta de banquetes y meriendas.
Pensais que solo atierra la muralla
El ariete de ferrada punta,
Y que solo atropella la batalla
La multitud de gente y armas junta?
Si el esfuerzo y cordura no se halla
Que todo lo previene y lo barrunta,
Poco aprovechan muchos escuadrones,
Y menos infinitas municiones.
Si á militar concierto se reduce
Cualquier pequeño ejército que sea,
Vereis que como sol claro reluce,
Y alcanza las victorias que desea:
Pero si á flojedad él se conduce,
Aunque abreviado el mundo en él se vea,
En un momento quedará deshecho
Por mas reglada mano y fuerte pecho.
Avergüenceos, varones esforzados,
Ver que á nuestro pesar con arrogancia
Tan pocos españoles y encerrados
Defiendan este nido de Numancia.
Diez y seis años son y mas pasados,
Que mantienen la guerra y la jactancia
De haber vencido con feroces manos
Millares de millares de romanos.
Vosotros os venceis, que estais vencidos
Del bajo antojo femenil liviano,
Con Vénus y con Baco entretenidos,
Sin que á las armas extendais la mano.
Correos agora, si no estais corridos,

De ver que este pequeño pueblo hispano
Contra el poder romano se defienda,
Y cuando más rendido, mas ofenda.
De nuestro campo quiero en todo caso
Que salgan las infames meretrices,
Que de ser reducidos á este paso
Ellas solas han sido las raices.
Para beber no quede mas de un vaso,
Y los lechos un tiempo ya felices,
Llenos de concubinas, se deshagan,
Y de fagina y en el suelo se hagan.
No me huela el soldado á otros olores
Que al olor de la pez y de resina,
Ni por gulosidad de los sabores
Traiga aparato alguno de cocina,
Que el que busca en la guerra estos primores,
Muy mal podrá sufrir la coracina:
No quiero otro primor ni otra fragrancia
En tanto que español viva en Numancia.
No os parezca, varones, escabroso
Ni duro este mi justo mandamiento,
Que al fin conocereis ser provechoso,
Cuando aquel consigais de vuestro intento.
Bien sé se os ha de hacer dificultoso
Dar á vuestras costumbres nuevo asiento;
Mas si no las mudais, estará firme
La guerra, que esta afrenta mas confirme.
En blandas camas, entre juego y vino
Hállase mal el trabajoso Marte;
Otro aparejo busca, otro camino,
Otros brazos levantan su estandarte;
Cada cual se fabrica su destino;
No tiene aquí fortuna alguna parte;
La pereza fortuna baja cria,
La diligencia imperio y monarquía.
Estoy con todo esto tan seguro
De que al fin mostrareis que sois romanos,
Que tengo en nada el defendido muro
Destos rebeldes bárbaros hispanos,
Y así os prometo por mi diestra y juro
Que si igualais al ánimo las manos,
Que las mias se alarguen en pagaros,
Y mi lengua tambien en alabaros.

(Miranse los soldados unos á otros, y hacen señas á uno de ellos, GAYO MARIO, *que responda por todos, y así dice:)*

Gayo Mario. Si con atentos ojos has mirado,
Inclito general, en los semblantes
Que á tus breves razones han mostrado
Los que tienes agora circunstantes,
Cual habreis visto sin color, turbado,

Y cual con ella, indicios bien bastantes
De que el temor y la vergüenza á una
Los aflige, molesta, é importuna :
Vergüenza de mirarse reducidos
A términos tan bajos por su culpa,
Que viendo ser por tí reprehendidos
No saben á su falta hallar disculpa :
Temor de tantos yerros cometidos :
Y la torpe pereza que los culpa,
Los tiene de tal modo, que se holgaran
Antes morir que en esto se hallaran.
Pero el lugar y tiempo que les queda
Para mostrar alguna recompensa,
Es causa que con menos fuerza pueda
Fatigar el rigor de tal ofensa :
De hoy mas con presta voluntad y leda
El mas mínimo de estos cuida y piensa
De ofrecer sin reves á tu servicio
La hacienda, vida y honra en sacrificio.
Admite pues de sus intentos sanos
El justo ofrecimiento, señor mio,
Y considera al fin que son romanos,
En quien nunca faltó del todo el brio.
Vosotros, levantad las diestras manos
En señas que aprobais el voto mio.

Soldado. Todo lo que aquí has dicho confirmamos,
Y lo juramos todos.

Todos. Sí juramos.

Cipion. Pues arrimada á tal ofrecimiento
Crecerá desde hoy mas mi confianza,
Creciendo en vuestros pechos ardimiento,
Y del viejo vivir nueva mudanza;
Vuestras promesas no se lleve el viento,
Hacedlas verdaderas con la lanza,
Que las mias saldrán tan verdaderas
Cuanto fuere el valor de vuestras veras.

Soldado. Dos numantinos con seguro vienen
A darte, Cipion, una embajada.

Cipion. ¿Porqué no llegan ya? ¿en qué se detienen?

Soldado. Esperan que licencia les sea dada.

Cipion. Si son embajadores, ya la tienen.

Soldado. Embajadores son.

Cipion. Dales entrada,
Que aunque descubra cierto ó falso pecho
El enemigo, siempre es de provecho.
Jamas la falsedad vino cubierta
Tanto con la verdad, que no mostrase
Algun pequeño indicio, alguna puerta
Por donde su maldad se investigase :
Oir al enemigo es cosa cierta
Que siempre aprovechó, antes que dañase,

Y en las cosas de guerra la experiencia
Muestra que lo que digo, es cierta ciencia.

Entran dos Embajadores numantinos, PRIMERO *y* SEGUNDO.

Emb. 1°. Si nos das, buen señor, grata licencia
De decir la embajada que traemos,
Do estamos, ó ante sola tu presencia,
Todo á lo que venimos te diremos.
Cipion. Decid, que adonde quiera doy audiencia.
Emb. 1°. Pues con ese seguro que tenemos,
De tu real grandeza concedido,
Daré principio á lo que soy venido.
Numancia, de quien yo soy ciudadano,
Inclito general, á tí me envia
Como al mas fuerte Cipion romano,
Que ha cubierto la noche, ó visto el dia,
A pedirte, señor, la amiga mano
En señal de que cesa la porfía
Tan trabada y cruel de tantos años,
Que ha causado sus propios y tus daños.
Dice que nunca de la ley y fueros
Del romano senado se apartara,
Si el insufrible mando y desafueros
De un cónsul y otro no la fatigara:
Ellos con duros estatutos fieros
Y con su estrecha condicion avara
Pusieron tan gran yugo á nuestros cuellos,
Que forzados salimos dèl y de ellos;
Y en todo el largo tiempo que ha durado
Entre ambas partes la contienda, es cierto
Que ningun general hemos hallado
Con quien poder tratar de algun concierto.
Empero agora, que ha querido el hado
Reducir nuestra nave á tan buen puerto,
Las velas de la guerra recogemos,
Y á cualquiera partido nos ponemos.
Y no imagines que temor nos lleva
A pedirte las paces con instancia,
Pues la larga experiencia ha dado prueba
Del poder valeroso de Numancia:
Tu virtud y valor es quien nos ceba,
Y nos declara que será ganancia
Mayor de cuantas desear podremos,
Si por señor y amigo te tenemos.
A esto ha sido la venida nuestra:
Respóndenos, señor, lo que te place.
Cipion. Tarde de arrepentidos dais la muestra,
Poco vuestra amistad me satisface,
De nuevo ejercitad la fuerte diestra,
Que quiero ver lo que la mia hace,
Ya que ha puesto en ella la ventura

La gloria mia, y vuestra desventura:
A desvergüenza de tan largos años
Es poca recompensa pedir paces:
Seguid la guerra, renovad los daños,
Salgan de nuevo las valientes haces.

Emb. 2°. La falsa confianza mil engaños
Consigo trae: advierte lo que haces,
Señor, que esa arrogancia que nos muestras
Renovará el valor en nuestras diestras;
Y pues niegas la paz, que con buen celo
Te ha sido por nosotros demandada,
De hoy mas la causa nuestra con el cielo
Quedará por mejor calificada,
Y antes que pises de Numancia el suelo,
Probarás do se extiende la indignada
Furia de aquel que siéndote enemigo,
Quiere serte vasallo y fiel amigo.

Cipion. ¿Teneis mas que decir?

Emb. 1°. No: mas tenemos
Que hacer, pues tú, señor, ansí lo quieres,
Sin querer la amistad que te ofrecemos,
Correspondiendo mal á ser quien eres.
Pero entonces verás lo que podemos,
Cuando nos muestres tú lo que pudieres:
Que es una cosa razonar de paces,
Y otra romper por las armadas haces.

Cipion. Verdad dices, y ansí para mostraros
Si sé tratar en paz, y obrar en guerra,
No quiero por amigos aceptaros,
Ni lo seré jamas de vuestra tierra,
Y con esto podeis luego tornaros.

Emb. 2°. Que en esto tu querer, señor, se encierra?

Cipion. Ya he dicho que sí.

Emb. 2°. Pues sús al hecho:
Que guerras ama el numantino pecho.

Sálense los Embajadores, y QUINTO FABIO, *hermano de* CIPION, *dice:*

Q. Fabio. El descuido pasado nuestro ha sido
El que os hace hablar de aquesa suerte;
Mas ya ha llegado el tiempo, ya es venido,
Do vereis nuestra gloria y vuestra muerte.

Cipion. El vano blasonar no es admitido
De pecho valeroso, honrado y fuerte:
Templa las amenazas, Fabio, y calla,
Y tu valor descubre en la batalla;
Aunque yo pienso hacer que el numantino
Nunca á las manos con nosotros venga
Buscando de vencerle tal camino,
Que mas á mi provecho le convenga:
Yo haré que abaje el brio y pierda el tino,
Y que en sí mesmo su furor detenga.

Pienso de un hondo foso rodeallos,
Y por hambre insufrible subjetallos:
No quiero ya que sangre de romanos
Colore mas el suelo desta tierra:
Basta la que han vertido estos hispanos
En tan larga, reñida, y cruda guerra:
Ejercítense agora vuestras manos
En romper y cavar la dura tierra,
Y cúbranse de polvo los amigos
Que no lo están de sangre de enemigos:
No quede de este oficio reservado
Ninguno que le tenga preminente:
Trabaje el decurion como el soldado,
Y no se muestre en esto diferente:
Yo mismo tomaré el hierro pesado,
Y romperé la tierra fácilmente.
Haced todos cual yo, y vereis que hago
Tal obra con que á todos satisfago.

Q. Fabio. Valeroso señor y hermano mio,
Bien nos muestras en esto tu cordura,
Pues fuera conocido desvarío,
Y temeraria muestra de locura,
Pelear contra el loco airado brio
Destos desesperados sin ventura:
Mejor será encerrallos, como dices,
Y quitarles al brio las raices.
Bien puede la ciudad toda cercarse,
Si no es la parte por do el rio la baña.

Cipion. Vamos, y venga luego á efectuarse
Esta mi nueva poco usada hazaña,
Y si en nuestro favor quiere mostrarse
El cielo, quedará subjeta España
Al senado romano solamente
Con vencer la soberbia de esta gente.

ESCENA II.

Sale una doncella coronada con unas torres y trae un castillo en la mano, la cual significa ESPAÑA, *y dice:*

España. Alto, sereno, y espacioso cielo,
Que con tus influencias enriqueces
La parte que es mayor deste mi suelo,
Y sobre muchos otros le engrandeces,
Muévate á compasion mi amargo duelo,
Y pues al afligido favoreces,
Favoréceme á mí en ansia tamaña,
Que soy la sola desdichada España.
Bástete ya que un tiempo me tuviste
Todos mis fuertes miembros abrasados,
Y al sol por mis entrañas descubriste
El reino escuro de los condenados:

A mil tiranos, mil riquezas diste,
A fenices y griegos entregados
Mis reinos fueron, porque tú has querido,
O porque mi maldad lo ha merecido.
¿Será posible que contino sea
Esclava de naciones estranjeras,
Y que un pequeño tiempo yo no vea
De libertad, tendidas mis banderas?
Con justísimo título se emplea
En mí el rigor de tantas penas fieras,
Pues mis famosos hijos y valientes
Andan entre sí mesmos diferentes.
Jamas en su provecho concertaron
Los divididos ánimos briosos,
Antes entonces mas los apartaron
Cuando se vieron mas menesterosos;
Y ansí con sus discordias convidaron
Los bárbaros de pechos codiciosos
A venir y entregarse en mis riquezas,
Usando en mí y en ellos mil cruezas.
Sola Numancia es la que sola ha sido
Quien la luciente espada sacó fuera,
Y á costa de su sangre ha mantenido
La amada libertad suya primera:
Mas ay! que veo el término cumplido,
Y llegada la hora postrimera
Do acabará su vida y no su fama,
Cual fénix renovándose en la llama!
Estos tan muchos tímidos romanos,
Que buscan de vencer cien mil caminos,
Rehuyen de venir mas á las manos
Con los pocos valientes numantinos.
¡Oh si saliesen sus intentos vanos,
Y fuesen sus quimeras desatinos,
Y esta pequeña tierra de Numancia
Sacase de su pérdida ganancia!
Mas ay! que el enemigo la ha cercado
No solo con las armas contrapuestas
Al flaco muro suyo, mas ha obrado
Con diligencia estraña y manos prestas,
Que un foso por la márgen trincheado
Rodea la ciudad por llano y cuestas;
Sola la parte por do el rio se extiende,
De este ardid nunca visto se defiende.
Ansí están encogidos y encerrados
Los tristes numantinos en sus muros;
Ni ellos pueden salir ni ser entrados,
Y están de los asaltos bien seguros;
Pero en solo mirar que están privados
De ejercitar sus fuertes brazos duros,
Con horrendos acentos y feroces
La guerra piden ó la muerte á voces.

Y pues sola la parte por do corre
Y toca á la ciudad el ancho Duero,
Es aquella que ayuda y que socorre
En algo al numantino prisionero,
Antes que alguna máquina ó gran torre
En sus aguas se funde, rogar quiero
Al caudaloso conocido rio,
En lo que puede ayude el pueblo mio.
Duero gentil, que con torcidas vueltas
Humedeces gran parte de mi seno,
Ansí en tus aguas siempre veas envueltas
Arenas de oro cual el Tajo ameno,
Y ansí las ninfas fugitivas sueltas,
De que está el verde prado y bosque lleno,
Vengan humildes á tus aguas claras,
Y en prestarte favor no sean avaras,
Que prestes á mis ásperos lamentos
Atento oido, ó que á escucharlos vengas,
Y aunque dejes un rato tus contentos,
Suplícote que en nada te detengas:
Si tú con tus continos crecimientos
Destos fieros romanos no me vengas,
Cerrado veo ya cualquier camino
A la salud del pueblo numantino.

Sale el RIO DUERO *con otros muchachos vestidos de rio como él, que son tres riachuelos que entran en* DUERO.

Duero. Madre y querida España, rato habia
Que hirieron mis oidos tus querellas,
Y si en salir acá me detenia
Fué por no poder dar remedio á ellas.
El fatal, miserable y triste dia,
Segun el disponer de las estrellas,
Se llega á Numancia, y cierto temo
Que no hay dar medio á su dolor extremo.
Con Orvion, Minuesa, y tambien Tera,
Cuyas aguas las mias acrecientan,
He llenado mi seno en tal manera,
Que los usados márgenes revientan;
Mas sin temor de mi veloz carrera,
Cual si fuera un arroyo, veo que intentan
De hacer lo que tú, España, nunca veas,
Sobre mis aguas, torres y trincheas.
Mas ya que el revolver del duro hado
Tenga el último fin estatuido
Deste tu pueblo numantino amado,
Pues á términos tales ha venido,
Un consuelo le queda en este estado,
Que no podrán las sombras del olvido
Escurecer el sol de sus hazañas,
En toda edad temidas por estrañas.

Y puesto que el feroz romano tiende
El paso agora por tu fèrtil suelo,
Y que te oprime aquí, y allí te ofende
Con arrogante y ambicioso celo,
Tiempo vendrá, segun que ansí lo entiende
El saber que á Proteo ha dado el cielo,
Que esos romanos sean oprimidos
Por los que agora tienen abatidos.
De remotas naciones venir veo
Gentes que habitarán tu dulce seno
Despues que como quiere tu deseo
Habrán á los romanos puesto freno:
Godos serán, que con vistoso arreo,
Dejando de su fama al mundo lleno,
Vendrán á recogerse en tus entrañas,
Dando de nuevo vida á sus hazañas.
Estas injurias vengará la mano
Del fiero Atila en tiempos venideros,
Poniendo al pueblo tan feroz romano
Sujeto á obedecer todos sus fueros,
Y portillos abriendo en Vaticano:
Tus bravos hijos, y otros estranjeros,
Harán que para huir vuelva la planta
El gran piloto de la nave santa.
Y tambien vendrá tiempo en que se mire
Estar blandiendo el español cuchillo
Sobre el cuello romano, y que respire
Solo por la bondad de su caudillo
El grande Albano: hará que se retire
El español ejército, sencillo
No de valor, sino de poca gente,
Que iguala al mayor número en valiente.
Y cuando fuere ya mas conocido
El propio hacedor de tierra y cielo,
Aquel que ha de quedar estatuido
Por visorey de Dios en todo el suelo,
A tus reyes dará tal apellido,
Cual viere que mas cuadra con su celo:
Católicos serán llamados todos,
Succesion digna de los fuertes godos.
Pero el que mas levantará la mano
En honra tuya y general contento,
Haciendo que el valor del nombre hispano
Tenga entre todos el mejor asiento,
Un rey será, de cuyo intento sano
Grandes cosas me muestra el pensamiento:
Será llamado, siendo suyo el mundo,
El segundo Filipo sin segundo.
Debajo deste imperio tan dichoso
Serán á una corona reducidos
Por bien universal y tu reposo
Tres reinos hasta entonces divididos:

El giron lusitano tan famoso
Que un tiempo se cortó de los vestidos
De la ilustre Castilla, ha de zurcirse
De nuevo, y á su estado antiguo unirse.
¡Qué envidia, y qué temor, España amada,
Te tendrán las naciones estranjeras,
En quien tú teñirás tu aguda espada,
Y tenderás triunfando tus banderas!
Sírvate esto de alivio en la pesada
Ocasion, por quien lloras tan de veras,
Pues no puede faltar lo que ordenado
Ya tiene de Numancia el duro hado.

España. Tus razones alivio han dado en parte,
Famoso Duero, á las pasiones mias,
Solo porque imagino que no hay parte
De engaño alguno en estas profecías.

Duero. Bien puedes de eso, España, asegurarte,
Puesto que tarden tan dichosos dias,
Y á Dios, porque me esperan ya mis ninfas.

España. El cielo aumente tus sabrosas linfas.

JORNADA II.

ESCENA I.

TEÓGENES *y* CORABINO, *con otros cuatro numantinos, gobernadores de Numancia, y* MARQUINO, *hechicero, y un* CUERPO MUERTO, *que saldrá á su tiempo. Siéntanse á consejo, y los cuatro numantinos que no tienen nombres se señalan así:* PRIMERO, SEGUNDO, TERCERO, CUARTO.

Teógenes. Paréceme, varones esforzados,
Que en nuestros daños con rigor influyen
Los tristes signos y contrarios hados,
Pues nuestra fuerza y maña desminuyen:
Tiènennos los romanos encerrados,
Y con cobardes mañas nos destruyen,
Ni con matar muriendo no hay vengarnos,
Ni podemos sin alas escaparnos.
Y no solo á vencernos se despiertan
Los que habemos vencido veces tantas,
Que tambien españoles se conciertan
Con ellos á segar nuestras gargantas.
Tan gran maldad los cielos no consientan;
Con rayos hierran las ligeras plantas
Que se mueven en daño del amigo,
Favoreciendo al pérfido enemigo.
Mirad si imaginais algun remedio
Para salir de tanta desventura,
Porque este largo y trabajoso asedio
Solo promete presta sepultura:
El ancho foso nos estorba el medio
De probar con las armas la ventura,
Aunque á veces valientes, fuertes brazos
Rompen mil contrapuestos embarazos.

Corabino. ¡A Júpiter pluguiera soberano
Que nuestra juventud sola se viera
Con todo el bravo ejército romano
A donde el brazo rodear pudiera!
Que allí al valor de la española mano
La mesma muerte poco estorbo fuera
Para dejar de abrir ancho camino
A la salud del pueblo numantino.
Mas pues en tales términos nos vemos,
Que estamos como damas encerrados,
Hagamos todo cuanto hacer podremos
Para mostrar los ánimos osados:
A nuestros enemigos convidemos

A singular batalla, que cansados
De este cerco tan largo, ser podria
Quisiesen acabarle por tal via.
Y cuando este remedio no suceda
A la justa medida del deseo,
Otro camino de intentar nos queda,
Aunque mas trabajoso á lo que creo:
Este foso y muralla que nos veda
El paso al enemigo que allí veo,
En un tropel de noche le rompamos,
Y por ayuda á los amigos vamos.

Num. 1°. O sea por el foso ó por la muerte
De abrir tenemos paso á nuestra vida:
Que es dolor insufrible el de la muerte,
Si llega cuando mas vive la vida;
Remedio á las miserias es la muerte,
Si se acrecientan ellas con la vida,
Y suele tanto mas ser excelente,
Cuanto se muere mas honradamente.

Num. 2°. ¿Con qué mas honra pueden apartarse
De nuestros cuerpos estas almas nuestras
Que en las romanas armas arrojarse
Y en su daño mover las fuertes diestras?
En la ciudad podrá muy bien quedarse
Quien gusta de cobarde dar las muestras:
Que yo mi gusto pongo en quedar muerto
En el cerrado foso ó campo abierto.

Num. 3°. Esta insufrible hambre macilenta
Que tanto nos persigue y nos rodea,
Hacen que en vuestro parecer consienta,
Puesto que temerario y duro sea,
Muriendo, escusaremos tanta afrenta;
Mas quien morir de hambre no desea,
Arrójese conmigo al foso, y haga
Camino á su remedio con la daga.

Num. 4°. Primero que vengais al trance duro
Desta resolucion que habeis tomado,
Paréceme ser bien, que desde el muro
Nuestro fiero enemigo sea avisado,
Diciéndole que dé campo seguro
A un numantino, y otro su soldado,
Y que la muerte de uno sea sentencia
Que acabe nuestra antigua diferencia.
Son los romanos tan soberbia gente,
Que luego aceptarán este partido,
Y si lo aceptan, creo firmemente
Que nuestro amargo daño ha fenecido;
Pues está Corabino aquí presente,
Cuyo valor me tiene persuadido
Que él solo contra tres bravos romanos
Quitará la victoria de las manos.
Tambien será acertado, que Marquino,

Pues es un agorero tan famoso,
Mire qué estrella, qué planeta ó signo
Nos amenaza muerte, ó fin honroso,
Y si puede hallar algun camino
Que nos pueda mostrar si del dudoso
Cerco cruel, do estamos oprimidos,
Saldremos vencedores ó vencidos.
Tambien primero encargo que se haga
A Júpiter solene sacrificio,
De quien podremos esperar la paga
Harto mayor que nuestro beneficio;
Cúrese luego la profunda llaga
Del arraigado acostumbrado vicio:
Quizá con esto mudará de intento
El hado esquivo, y nos dará contento.
Para morir jamas le falta tiempo
Al que quiere morir desesperado:
Siempre seremos á sazon y á tiempo
Para mostrar muriendo el pecho osado,
Mas porque no se pase en balde el tiempo,
Mirad si os cuadra lo que aquí he ordenado,
Y si no os pareciere, dad un modo
Que mejor venga, y que convenga á todo.

Marquino. Esa razon que muestran tus razones,
Es aprobada del intento mio,
Háganse sacrificios y oblaciones,
Y póngase en efeto el desafío:
Que yo no perderé las ocasiones
De mostrar de mi ciencia el poderío:
Yo sacaré del hondo centro escuro
Quien nos declare el bien ó el mal futuro.

Teógenes. Yo desde aquí me ofrezco, si os parece
Que puede de mi esfuerzo algo fiarse,
De salir á este duelo que se ofrece,
Si por ventura viene á efectuarse.

Corabino. Mas honra tu valor raro merece;
Bien pueden de tu esfuerzo confiarse
Mas difíciles cosas y mayores,
Por ser el que es mejor de los mejores;
Y pues tú ocupas el lugar primero
De la honra y valor con causa justa,
Yo que en todo me cuento por postrero,
Quiero ser el heraldo desta justa.

Num. 1º. Pues yo con todo el pueblo me prefiero
Hacer de lo que Júpiter mas gusta,
Que son los sacrificios y oraciones,
Si van con enmendados corazones.

Num. 2º. Vámonos, y con presta diligencia
Hagamos cuanto aquí propuesto habemos,
Antes que la pestífera dolencia
De la hambre nos ponga en los extremos.

Num. 3º. Si tiene el cielo dada la sentencia

De que en este rigor fiero acabemos,
Revóquela, si acaso lo merece
La justa enmienda que Numancia ofrece.

ESCENA II.

Salen primero dos soldados numantinos, MORANDRO y LEONCIO.

Leoncio. Morandro amigo, ¿á dó vas,
O hácia dó mueves el pié?
Morandro. Si yo mismo no lo sé,
Tampoco tú lo sabrás.
Leoncio. ¡Cómo te saca de seso
Tu amoroso pensamiento!
Morandro. Antes despues que le siento
Tengo mas razon y peso.
Leoncio. Eso ya está averiguado
Que el que sirviere al amor,
Ha de ser por su dolor
Con razon muy mas pesado.
Morandro. De malicia ó de agudeza
No escapa lo que dijiste.
Leoncio. Tú mi agudeza entendiste,
Mas yo entiendo tu simpleza.
Morandro. ¿Qué, soy simple en querer bien?
Leoncio. Sí, si ya el querer no se mide,
Como la razon lo pide,
Con cuándo, cómo, y á quién.
Morandro. ¿Reglas quieres poner á amor?
Leoncio. La razon puede ponellas.
Morandro. Razonables serán ellas,
Mas no de mucho primor.
Leoncio. En la amorosa porfía
A razon no hay conocella.
Morandro. Amor no va contra ella
Aunque de ella se desvia.
Leoncio. ¿No es ya contra la razon,
Siendo tú tan buen soldado,
Andar tan enamorado
En esta estrecha ocasion?
Al tiempo que del dios Marte
Has de pedir el furor,
¿Te entretienes con amor,
Que mil blanduras reparte?
Ves la patria consumida,
Y de enemigos cercada,
¿Y tu memoria turbada
Por amor de ella se olvida?
Morandro. En ira mi pecho se arde
Por verte hablar sin cordura:
¿Hizo el amor por ventura

A ningun pecho cobarde?
¿ Dejo ya la centinela
Por ir donde está mi dama?
¿ O estoy durmiendo en la cama
Cuando mi capitan vela?
¿ Hasme tú visto faltar
De lo que debo á mi oficio,
Por algun regalo ó vicio,
Ni menos por bien amar?
Y si nada me has hallado
De que deba dar disculpa.
¿ Porqué me das tanta culpa
De que sea enamorado?
Y si de conversacion
Me ves que ando siempre ageno,
Mete la mano en tu seno,
Verás si tengo razon.
¿ No sabes los muchos años
Que tras Lira ando perdido?
¿ No sabes que era venido
El fin de mis tristes daños,
Porque su padre ordenaba
De dármela por muger,
Y que Lira su querer
Con el mio concertaba?
Tambien sabes que llegó
En tan dulce coyuntura
Esta fuerte guerra dura,
Por quien mi gloria cesó.
Dilatóse el casamiento
Hasta acabar esta guerra,
Porque no está nuestra tierra
Para fiestas y contento.
Mira cuan poca esperanza
Puedo tener de mi gloria,
Pues está nuestra victoria
Toda en la enemiga lanza.
De la hambre fatigados,
Sin miedo de algun remedio,
Tal muralla y foso en medio,
Pocos, y esos encerrados.
Pues como veo llevar
Mis esperanzas del viento,
Ando triste y descontento
Ansí cual me ves andar;

Leoncio. Sosiega, Morandro, el pecho,
Vuelve al brio que tenias;
Quizá por ocultas vias
Se ordena nuestro provecho:
Que Júpiter soberano
Nos descubrirá camino,
Por do el pueblo numantino

Quede libre del romano;
Y en dulce paz y sosiego
De tu esposa gozarás,
Y las llamas templarás
Deste tu amoroso fuego,
Que para tener propicio
Al gran Júpiter tonante,
Hoy Numancia en este instante
Le quiere hacer sacrificio.
Ya el pueblo viene y se muestra
Con las víctimas é incienso.
¡O Júpiter, padre inmenso!
Mira la miseria nuestra.

Han de salir agora dos numantinos vestidos como sacerdotes antiguos, y traen asido de los cuernos en medio de entrambos un carnero grande, coronado de oliva ó hiedra, y otras flores, y un page con una fuente de plata y una toalla al hombro, otro con un jarro de plata lleno de agua, otro con otro lleno de vino, otro con otro plato de plata con un poco de incienso, otro con fuego y leña, otro que ponga una mesa con un tapete, donde se ponga todo esto, y salgan en esta escena todos los que hubiere en la comedia en hábito de numantinos, y luego los sacerdotes, y dejando el uno el carnero de la mano, diga :

Sac. 1°. Señales ciertas de dolores ciertos
Se me han representado en el camino,
Y los canos cabellos tengo yertos.
Sac. 2°. Si acaso yo no soy mal adevino,
Nunca con bien saldremos desta impresa.
¡Ay desdichado pueblo numantino!
Sac. 1°. Hagamos nuestro oficio con la priesa
Que nos incitan los agüeros tristes.
Sac. 2°. Poned, amigos, hácia aquí esa mesa;
El vino, encienso y agua, que trujistes,
Poneldo encima, y apartaos afuera,
Y arrepentíos de cuanto mal hicistes,
Que la oblacion mejor y la primera
Que se debe ofrecer al alto cielo,
Es alma limpia y voluntad sincera.
Sac. 1°. El fuego no le hagais, vos, en el suelo,
Que aquí viene brasero para ello,
Que ansí lo pide el religioso celo.
Sac. 2°. Lavaos las manos, y limpiaos el cuello.
Sac. 1°. Dad acá el agua: ¿el fuego no se enciende?
Uno. ¿No hay quien pueda, señores, encendello?
Sac. 2°. O Júpiter! ¿qué es esto que pretende
De hacer en nuestro daño el hado esquivo?
¿Cómo el fuego en la tea no se enciende?
Uno. Ya parece, señor, que está algo vivo.
Sac. 1°. Quítate afuera, o flaca llama escura,
Que dolor en mirarte ansí, recibo.

¿No miras como el humo se apresura
A caminar al lado del poniente,
Y la amarilla llama mal segura
Sus puntas encamina hácia el oriente?
Desdichada señal, señal notoria
Que nuestro mal y daño está presente.

Sac. 2°. Aunque lleven romanos la victoria
De nuestra muerte, en humo ha de tornarse,
Y en llamas vivas nuestra muerte y gloria.

Sac. 1°. Pues debe con el vino rociarse
El sacro fuego, dad acá ese vino,
Y el incienso tambien que ha de quemarse.

(*Rocian el fuego, y á la redonda con el vino, y luego ponen el incienso en el fuego, y dice el segundo:*)

Sac. 2°. Al bien del triste pueblo numantino
Endereza, o gran Júpiter, la fuerza
Propicia, del contrario amargo signo.

Sac. 1°. Ansí como este ardiente fuego fuerza
A que en humo se vaya el sacro incienso,
Ansí se haga al enemigo fuerza,
Para que en humo eterno, padre inmenso,
Todo su bien, toda su gloria vaya,
Ansí como tú puedes, y yo pienso.

Sac. 2°. Tengan los cielos su poder á raya
Ansí como esta víctima tenemos,
Y lo que ella ha de haber, él tambien haya.

Sac. 1°. Mal responde el agüero, mal podremos
Ofrecer esperanza al pueblo triste,
Para salir del mal que poseemos.

(*Hágase ruido debajo del tablado con un barril lleno de piedras, y dispárese un cohete volador.*)

Sac. 2°. ¿No oyes un ruido, amigo? ¿viste
El rayo ardiente que pasó volando?
Présago verdadero desto fuiste.

Sac. 1°. Turbado estoy, de miedo estoy temblando:
¡Oh qué señales en el aire veo!
¡Qué amargo fin nos van pronosticando!
¿No ves un escuadron airado y feo
De unas águilas fieras, que pelean
Con otras aves en marcial rodeo?

Sac. 2°. Solo su esfuerzo y su rigor emplean
En encerrar las aves en un cabo,
Y con astucia y arte las rodean.

Sac. 1°. Tal señal vitupero, y no la alabo,
Aguilas imperiales vencedoras:
Tú verás de Numancia presto el cabo.

Sac. 2°. Aguilas, de gran mal anunciadoras,
Partíos, que ya el agüero vuestro entiendo,

Ya al efecto contadas son las horas.

Sac. 1°. Con todo, el sacrificio hacer pretendo
Desta inocente víctima, guardada
Para aplacar el dios del rostro horrendo.
O gran Pluton, á quien por suerte dada
Le fué la habitacion del reino oscuro,
Y el mando en la infernal triste morada,
Ansí vivas en paz, cierto y seguro
De que la hija de la sacra Céres
Corresponde á tu amor con amor puro,
Que en todo aquello que en provecho vieres
Venir del pueblo triste que te invoca,
Lo allegues, cual se espera de quien eres;
Atapa la profunda escura boca
Por do salen las tres fieras hermanas
A hacernos el daño que nos toca,
Y sean de dañarnos tan livianas

(*Quite algunos pelos al carnero y échelos al aire.*)

Sus intenciones, que las lleve el viento [1]:
Y ansí como yo baño y ensangriento
Este cuchillo en esta sangre pura
Con alma limpia y limpio pensamiento,
Ansí la tierra de Numancia dura
Se bañe con la sangre de romanos,
Y aun les sirva tambien de sepultura.

(*Aquí ha de salir por los huecos del tablado un demonio hasta el medio cuerpo, y ha de arrebatar el carnero, y meterle dentro, y tornar luego á salir, y derramar y esparcir el fuego, y todos los sacrificios.*)

¿Mas quién me ha arrebatado de las manos
La víctima? ¿qué es esto, dioses santos?
¿Qué prodigios son éstos tan insanos?
¿No os han enternecido ya los llantos
Deste pueblo lloroso y afligido,
Ni la sagrada voz de nuestros cantos?

Sac. 2°. Antes creo que se han endurecido,
Cual se puede inferir de las señales
Tan fieras como aquí han acontecido;
Nuestros vivos remedios son mortales,
Toda es nuestra pereza diligencia,
Y los bienes agenos nuestros males.

Un Num. En fin, dado han los cielos la sentencia
De nuestro fin amargo y miserable,
No nos quiere valer ya su clemencia.

Otro. Lloremos pues en son tan lamentable
Nuestra desdicha, que en la edad postrera
Dél y de nuestro esfuerzo siempre se hable.

[1] Aunque no se eche nada de menos en el sentido, debe de faltar aquí un verso para acabar el terceto.

Marquino haga la experiencia entera
De todo su saber, y sepa cuanto
Nos promete de mal la lastimera
Suerte, que ha vuelto nuestra risa en llanto.

Sálense todos, y quedan solos MORANDRO *y* LEONCIO.

Morandro. Leoncio, ¿ qué te parece?
¿Tendrán remedio mis males
Con estas buenas señales
Que aquí el cielo nos ofrece?
¿Tendrá fin mi desventura
Cuando se acabe la guerra?
¿Qué será cuando la tierra
Me sirva de sepultura?

Leoncio. Morandro, al que es buen soldado
Agüeros no le dan pena,
Que pone la suerte buena
En el ánimo esforzado;
Y esas vanas apariencias
Nunca le turban el tino,
Su brazo es su estrella y signo,
Su valor sus influencias;
Pero si quieres creer
En este notorio engaño,
Aun quedan, si no me engaño,
Experiencias mas que hacer,
Que Marquino las hará,
Las mejores de su ciencia,
Y el fin de nuestra dolencia
Ser bueno, ó malo sabrá.
Parécème que le veo:
¡En qué estraño trage viene!

Morandro. Quien con feos se entretiene
No es mucho que venga feo:
¿Será acertado seguirle?

Leoncio. Acertado me parece,
Por si acaso se le ofrece
Algo en que poder servirle.

Aquí sale MARQUINO *con una ropa negra de bocací ancha, y una cabellera negra, y los piés descalzos, y en la cinta traerá, de modo que se le vean, tres redomillas llenas de agua, la una negra, la otra teñida con azafran, y la otra clara; y en la una mano una lanza barnizada de negro, y en la otra un libro, y viene* MILVIO *con él, y así como entran, se ponen á un lado* LEONCIO *y* MORANDRO.

Marquino. ¿Dó dices, Milvio, que está el jóven triste?

Milvio. En esta sepultura está enterrado.

Marquino. ¿No yerres el lugar do le pusiste?

Milvio. No, que con esta piedra señalado
Dejé el lugar adonde el mozo tierno
Fué con lágrimas tiernas sepultado.

Marquino. ¿De qué murió?
Milvio. Murió de mal gobierno
La flaca hambre le acabó la vida,
Peste cruel, salida del infierno.
Marquino. ¿En fin, que dices, que ninguna herida
Le cortó el hilo del vital aliento,
Ni fué cáncer, ni llaga su homicida?
Esto te digo, porque hacé al cuento
De mi saber, que esté este cuerpo entero,
Organizado todo, y en su asiento.
Milvio. Habrá tres horas que le dí el postrero
Reposo, y le entregué á la sepultura,
Y de hambre murió, como refiero.
Marquino. Está muy bien, y es buena coyuntura
La que me ofrecen los propicios signos
Para invocar de la region oscura
Los feroces espíritus malignos.
Presta atentos oidos á mis versos,
Fiero Pluton, que en la region oscura
Entre ministros de ánimos perversos
Te cupo de reinar suerte y ventura;
Haz, aunque sean de tu gusto adversos,
Cumplidos mis deseos, y en la dura
Ocasion que te invoco, no te tardes
Ni á ser mas oprimido de mí aguardes.
Quiero que al cuerpo que aquí está enterrado
Vuelvas el alma que le daba vida,
Aunque el fiero Caron del otro lado
La tenga en la ribera denegrida,
Y aunque en las tres gargantas del airado
Cerbero esté penada y escondida,
Salga, y torne á la luz del mundo nuestro,
Que luego tornará al escuro vuestro;
Y pues ha de salir, salga informada
Del fin que ha de tener guerra tan cruda,
Y desto no me encubra ó calle nada,
Ni me deje confuso y con mas duda
La plática desta alma desdichada;
De toda ambigüidad libre y desnuda
Tiene de ser. Invíala, ¿qué esperas?
¿Esperas á que hable con mas veras?
¿No revolveis la piedra, desleales?
Decid, ministros falsos, ¿qué os detiene?
¿Cómo? ¿no me habeis dado ya señales
De que haceis lo que digo, y me conviene?
¿Buscais con deteneros vuestros males,
O gustais de que yo al momento ordene
De poner en efecto los conjuros
Que ablandan vuestros fieros pechos duros?
Ea pues, vil canalla, mentirosa,
Aparejaos á duro sentimiento,
Pues sabeis que mi voz es poderosa

De doblaros la rabia y el tormento.
Dime, traidor esposo de la esposa
Que seis meses del año á su contento
Está sin tí, haciéndote cornudo [1],
¿Porqué á mis peticiones estás mudo?
Este hierro bañado en agua clara
Que al suelo no tocó en el mes de mayo,
Herirá en esta piedra, y hará clara
Y patente la fuerza deste ensayo.

(*Con el agua de la redoma clara baña el hierro de la lanza, y luego hiere en la tabla, y debajo ó suéltense cohetes, ó hágase el rumor con el barril de piedras.*)

Ya parece, canalla, que á la clara
Dais muestras de que os toma cruel desmayo.
¿Qué rumores son estos, ea malvados,
Que al fin venis, aunque venis forzados?
Levantad esta piedra, fementidos,
Y descubridme el cuerpo que aquí yace.
¿Qué es esto? ¿qué tardais? ¿á dó sois idos?
¿Cómo mi mandado al punto no se hace?
¿No os curais de amenazas, descreidos?
Pues no espereis que mas os amenace:
Esta agua negra del Estigio lago
Dará á vuestra tardanza presto el pago.
Agua de la fatal negra laguna,
Cogida en triste noche, escura y negra,
Por el poder que en tí junto se auna,
A quien otro poder ninguno quiebra,
. . . . . diabólica importuna,
Y á quien la primer forma de culebra
Tomó, conjuro, apremio, pido y mando
Que venga á obedecerme aquí volando.

(*Rocia con el agua la sepultura, y ábrese.*)

O mal logrado mozo, sal ya fuera,
Y vuelve á ver el sol claro y sereno;
Deja aquella region do no se espera
En ella un dia sosegado y bueno;
Dame, pues puedes, relacion entera
De lo que has visto en el profundo seno,
Digo, de aquello á que mandado eres,
Y mas, si al caso toca, y tú pudieres.

Sale el CUERPO *amortajado, con un rostro de máscara, descolorido, como de muerto, y va saliendo poco á poco, y en saliendo, déjase caer en el teatro sin mover pié ni mano hasta su tiempo.*

¿Qué es esto? ¿no respondes? ¿no revives?
¿Otra vez has gustado de la muerte?

[1] Alusion á las puntas ó cuernos de la luna, cuando crece ó mengua.

Pues yo haré que con tu pena avives,
Y tengas el hablar á buena suerte.
Pues eres de los nuestros, no te esquives
De hablarme y responderme; mira, advierte
Que si callas, haré que con tu mengua
Sueltes la atada y encogida lengua.

(*Rocia el cuerpo con el agua amarilla, y luego le azota con un azote.*)

Espíritus malignos, ¿no aprovecha?
Pues esperad, saldrá el agua encantada
Que hará mi voluntad tan satisfecha,
Cuanto es la vuestra pérfida y dañada,
Y aunque esta carne fuera polvos hecha,
Siendo con este azote castigada,
Cobrará nueva aunque ligera vida,
Del áspero rigor suyo oprimida.

(*Menéase y estremécese el cuerpo á este punto.*)

Alma rebelde, vuelve al aposento
Que pocas horas ha desocupaste.
El cuerpo. Cesé la furia del rigor violento
Tuyo, Marquino; baste, triste, baste
La que yo paso en la region escura,
Sin que tú crezcas mas mi desventura.
Engañaste, si piensas que recibo
Contento de volver á esta penosa,
Mísera y corta vida, que ahora vivo,
Que ya me va faltando presurosa;
Antes me causas un dolor esquivo,
Pues otra vez la muerte rigurosa
Triunfará de mi vida y de mi alma,
Mi enemigo tendrá doblada palma;
El cual con otros del escuro bando,
De los que son sujetos á aguardarte,
Está con rabia en torno, aquí esperando
A que acabe, Marquino, de informarte
Del lamentable fin, del mal nefando,
Que de Numancia puedo asegurarte,
La cual acabará á las mismas manos
De los que son á ella mas cercanos.
No llevarán romanos la victoria
De la fuerte Numancia, ni ella menos
Tendrá del enemigo triunfo ó gloria,
Amigos y enemigos, siendo buenos,
No entiendas que de paz habrá memoria,
Que rabia alberga en sus contrarios senos:
El amigo cuchillo el homicida
De Numancia será, y será su vida;

(*Arrójase en la sepultura, y dice:*)

Y quédate, Marquino, que los hados

No me conceden mas hablar contigo,
Y aunque mis dichos tengas por trocados,
Al fin saldrá verdad lo que te digo.

Marquino. O tristes signos, signos desdichados,
Si esto ha de suceder del pueblo, amigo,
Primero que mirar tal desventura,
Mi vida acabe en esta sepultura.

(*Arrójase* MARQUINO *en la sepultura.*)

Morandro. ¡Mira, Leoncio, si ves,
Por do yo pueda decir,
Que no me haya de salir
Todo mi gusto al reves!
De toda nuestra ventura
Cerrado está ya el camino,
Sino, dígalo Marquino,
El muerto, y la sepultura.

Leoncio. Que todas son ilusiones,
Quimeras y fantasías,
Agüeros y hechicerías,
Diabólicas invenciones:
No muestres que tienes poca
Ciencia en creer desconciertos,
Que poco cuidan los muertos
De lo que á los vivos toca.

Milvio. Nunca Marquino hiciera
Desatino tan estraño,
Si nuestro futuro daño
Como presente no viera:
Avisemos este caso
Al pueblo, que está mortal;
Mas para dar nueva tal
¿Quién podrá mover el paso?

JORNADA III.

ESCENA I.

CIPION, JUGURTA y GAYO MARIO.

Cipion. En forma estoy contento en mirar como
Corresponde á mi gusto la ventura,
Y esta libre nacion soberbia domo
Sin fuerzas, solamente con cordura.
En viendo la ocasion, luego la tomo,
Porque sé que si corre, y se apresura,
Y si se pasa, en cosas de la guerra
El crédito consume y vida atierra.
Juzgábades á loco desvarío
Tener los enemigos encerrados,
Y que era mengua del romano brio
No vencerlos con modos mas usados:
Bien sé que lo habrán dicho, mas yo fio
Que los que fueren prácticos soldados
Dirán que es de tener en mayor cuenta
La victoria que menos es sangrienta.
¿Qué gloria puede haber mas levantada
En las cosas de guerra que aquí digo,
Que sin quitar de su lugar la espada
Vencer y sujetar al enemigo?
Que cuando la victoria es grangeada
Con la sangre vertida del amigo,
El gusto mengua que causar pudiera
La que sin sangre tal, ganada fuera.

(*Aquí ha de sonar una trompeta desde el muro de Numancia.*)

Q. Fabio. Oye, señor, que de Numancia suena
El son de una trompeta, y me asiguro
Que decirte algo desde allá se ordena,
Pues el salir de acá lo estorba el muro.
Corabino se ha puesto en una almena,
Y una señal ha hecho de seguro:
Lleguémonos mas cerca.

Cipion. Sea, lleguemos.

G. Mario. No mas: que dende aquí le entenderemos.

Pónese CORABINO *encima de la muralla con bandera blanca puesta en una lanza.*

Corabino. Romanos, ah romanos, ¿puede acaso
Ser de vosotros esta voz oida?
G. Mario. Puesto que mas la bajes, y hables paso,
Cualquiera tu razon será entendida.
Corabino. Decid al general, que acerque el paso
Al foso, porque viene dirigida
A él una embajada.
Cipion. Dila presto,
Que yo soy Cipion.
Corabino. Escucha el resto.
Dice Numancia, general prudente,
Que consideres bien que ha muchos años
Que entre la nuestra y tu romana gente
Duran los males de la guerra estraños,
Y que por evitar que no se aumente
La dura pestilencia destos daños,
Quiere, si tú quisieres, acaballa,
Con una breve y singular batalla.
Un soldado se ofrece de los nuestros
A combatir cerrado en estacada,
Con cualquiera esforzado de los vuestros
Por acabar contienda tan pesada,
Y si los hados fueren tan siniestros
Que el uno quede sin la vida amada,
Si fuere el nuestro, darse ha la tierra,
Si el tuyo fuere, acábese la guerra:
Y por seguridad deste concierto,
Daremos á tu gusto los rehenes.
Bien sé que en él vendrás, porque estás cierto
De los soldados que á tu cargo tienes,
Y sabes que el menor en campo abierto
Hará sudar el pecho, el rostro y sienes
Al mas aventajado de Numancia:
Ansí que está sigura tu ganancia.
Respóndeme, señor, si estás en ello,
Porque á la ejecucion se venga luego.
Cipion. Donaire es lo que dices, risa, juego,
Y loco el que pensase de hacello.
Usad el medio del humilde ruego,
Si quereis que se escape vuestro cuello
De probar el rigor y filos diestros
Del romano cuchillo y brazos nuestros.
La fiera que en la jaula está encerrada
Por su selvatiquez y fuerza dura,
Si puede allí con maña ser domada
Y con el tiempo y medios de cordura,
Quien la dejase ir libre y desatada,
Daria grandes muestras de locura:
Bestias sois, y por tales encerrados

Os tengo donde habeis de ser domados:
Mia será Numancia á pesar vuestro,
Sin que me cueste un mínimo soldado,
Y el que teneis vosotros por mas diestro
Rompa por ese foso trincheado,
Y si en esto os parece que yo muestro
Un poco mi valor acobardado,
El viento lleve agora esta vergüenza,
Y vuélvale la fama cuando os venza.

Vanse CIPION *y los suyos.*

Corabino. ¿No escuchas mas, cobarde? ¿ya te escondes?
¿Enfádate la igual justa batalla?
Mal con tu nombradía correspondes,
Mal podrás deste modo sustentalla;
En fin, como cobarde me respondes:
Cobardes sois, romanos, vil canalla,
En vuestra muchedumbre confiados,
Y no en los diestros brazos levantados.
Pérfidos, desleales, fementidos,
Crueles, revoltosos y tiranos,
Ingratos, codiciosos, mal nacidos,
Pertinaces, feroces y villanos,
Adúlteros, infames, conocidos
Por de industriosas, mas cobardes manos,
¿Qué gloria alcanzareis en darnos muerte
Teniéndonos atados desta suerte?
Encerrado escuadron, ó manga suelta
En la campaña rasa, do no pueda
Estorbar la mortal fiera revuelta
El ancho foso y muro que la veda,
Fuere bien que sin dar el pié la vuelta
Y sin tener jamas la espada queda
Ese ejército mucho bravo vuestro,
Se viera con el poco flaco nuestro.
Mas como siempre estais acostumbrados
A vencer con ventajas y con mañas,
Estos conciertos en valor fundados
No los admiten bien vuestras marañas:
Liebres en pieles fieras disfrazados,
Load y engrandeced vuestras hazañas,
Que espero en el gran Júpiter de veros
Sujetos á Numancia y á sus fueros.

Bájase, y torna á salir luego con todos los numantinos que salieron en el principio de la segunda jornada, excepto MADQUINO, *que se arrojó en la sepultura, y sale tambien* MORANDRO.

Teógenes. En términos nos tiene nuestra suerte,
Dulces amigos, que será ventura
Acabar nuestros daños con la muerte;
Por nuestro mal, por nuestra desventura,

Vistes del sacrificio el triste agüero,
Y á Marquino tragar la sepultura:
El desafío no ha importado un cero:
De intentar qué nos queda, no lo siento,
Sino es acelerar el fin postrero.
Esta noche se muestre el ardimiento
Del numantino acelerado pecho,
Y póngase por obra nuestro intento:
El enemigo muro sea deshecho,
Salgamos á morir á la campaña,
Y no como cobardes en estrecho.
Bien sé que solo sirve esta hazaña
De que á nuestro morir se mude el modo,
Que con ella la muerte se acompaña.

Corabino. Con ese parecer yo me acomodo,
Morir quiero rompiendo el fuerte muro,
Y deshacelle por mi mano todo.
Mas tiéneme una cosa mal seguro,
Que si nuestras mugeres saben esto,
De que no haremos nada os aseguro.
Cuando otra vez tuvimos presupuesto
De salir y dejallas, cada uno
Fiado en su caballo y brazo diestro,
Ellas que el trato á ellas importuno
Supieron, al momento nos robaron
Los frenos, sin dejarnos solo uno.
Entonces el salir nos estorbaron,
Y ansí lo harán agora fácilmente,
Si las lágrimas muestran que mostraron.

Morandro. Nuestro disignio á todas es patente,
Todas lo saben, ya no queda alguna
Que no se queja dello amargamente;
Y dicen que en la buena ó ruin fortuna
Quieren en vida y muerte acompañarnos,
Aunque su compañía es importuna.

Aquí entran cuatro ó mas mugeres de Numancia, y con ellas LIRA; *las mugeres traen unas figuras de niños en los brazos, y otros de las manos, excepto* LIRA *que no trae ninguno.*

Veislas aquí do vienen á rogaros
No las dejeis en tantos embarazos,
Aunque seais de acero han de ablandaros.
Los tiernos hijos vuestros en los brazos
Las tristes traen: ¿no veis con qué señales
De amor les dan los últimos abrazos?

Muger 1ª. Dulces señores nuestros, si en los males
Hasta aquí de Numancia padecidos,
Que son menores los que son mortales,
Y en los bienes tambien que ya son idos,
Siempre mostramos ser mugeres vuestras,
Y vosotros tambien nuestros maridos,

¿Porqué en las ocasiones tan siniestras
Que el cielo airado agora nos ofrece,
Nos dais de aquel amor tan cortas muestras?
Hemos sabido, y claro se parece
Que en las romanas armas arrojaros
Quereis, pues su rigor menos empece
Que no la hambre de que veis cercaros,
De cuyas flacas manos desabridas
Por imposible tengo el escaparos.
Peleando quereis dejar las vidas,
Y dejarnos tambien desamparadas,
A deshonras y muertes ofrecidas.
Nuestro cuello ofreced á las espadas
Vuestras primero, que es mejor partido,
Que vernos de enemigos deshonradas.
Yo tengo en mi intencion estatuido
Que si puedo, haré cuanto en mí fuere
Por morir do muriere mi marido,
Y esto mesmo hará la que quisiere
Mostrar que no los miedos de la muerte
Le estorban de querer á quien bien quiere
En buena ó mala, en dulce ó amarga suerte.

Otra.

¿Qué pensais, varones claros?
¿Revolveis aun todavía
En la triste fantasía
De dejarnos y ausentaros?
¿Quereis dejar por ventura
A la romana arrogancia
Las vírgenes de Numancia
Para mayor desventura?
¿Y á los libres hijos nuestros
Quereis esclavos dejallos?
¿No será mejor ahogallos
Con los propios brazos vuestros?
¿Quereis hartar el deseo
De la romana codicia,
Y que triunfe su injusticia
De nuestro justo trofeo?
¿Serán por agenas manos
Nuestras casas derribadas:
Y las bodas esperadas
Hanlas de gozar romanos?
En salir hareis error,
Que acarrea cien mil yerros,
Porque dejais sin los perros
El ganado, y sin señor.
Si al foso quereis salir,
Llevadnos en tal salida,
Porque tendremos por vida
A vuestros lados morir.
No apresureis el camino
Al morir, porque su estambre

Cuidado tiene la hambre
De cercenarla contino.

Otras. Hijos destas tristes madres,
¿Qué es esto? ¿cómo no hablais,
Y con lágrimas rogais
Que no os dejen vuestros padres?
Basta que la hambre insana
Os acabe con dolor,
Sin esperar el rigor
De la aspereza romana.
Decidles que os engendraron
Libres, y libres nacísteis,
Y que vuestras madres tristes
Tambien libres os criaron.
Decidles que pues la suerte
Nuestra va tan de caida,
Que como os dieron la vida,
Ansimismo os den la muerte.
¡O muros desta ciudad,
Si podeis hablad, decid,
Y mil veces repetid:
Numantinos, libertad!
Los templos, las casas nuestras
Levantadas en concordia
Os piden misericordia,
Hijos y mugeres vuestras.
Ablandad, claros varones,
Esos pechos diamantinos,
Y mostrad cual numantinos
Amorosos corazones:
Que no por romper el muro
Remediais un mal tamaño,
Antes en ello está el daño
Mas propincuo y mas seguro.

Lira. Tambien las tiernas doncellas
Ponen en vuestra defensa
El remedio de su ofensa,
Y el alivio á sus querellas.
No dejeis tan ricos robos
A las codiciosas manos,
Mirad que son los romanos
Hambrientos y fieros lobos.
Desesperacion notoria
Es esta que hacer quereis,
Adonde solo hallareis
Breve muerte y larga gloria.
Mas ya que salga mejor
Que yo pienso, esta hazaña,
¡Qué ciudad hay en España
Que quiera daros favor!
Mi pobre ingenio se advierte
Que si haceis esta salida,

Al enemigo dais vida,
Y á toda Numancia muerte.
De vuestro acuerdo gentil
Los romanos burlarán;
Porque, decidme, ¿qué harán
Tres mil contra ochenta mil?
Aunque estuviesen abiertos
Los muros y sin defensa,
Seríades con ofensa
Mal vengados y bien muertos.
Mejor es que la ventura
Del daño que el cielo ordene,
O nos salve, ó nos condene,
De la vida ó sepultura.

Teógenes. Limpiad los ojos húmidos del llanto,
Mugeres tiernas, y tené entendido
Que vuestra angustia la sentimos tanto,
Que responde al amor nuestro subido.
Ora crezca el dolor, ora el quebranto,
Sea por nuestro bien disminuido,
Jamas en vida ó muerte os dejaremos,
Antes en muerte y vida os serviremos.
Pensábamos salir al foso ciertos
Antes de allí morir que de escaparnos,
Pues fuera quedar vivos aunque muertos,
Si muriendo pudiéramos vengarnos;
Mas pues nuestros designios descubiertos
Han sido, y es locura aventurarnos,
Amados hijos y mugeres nuestras,
Nuestras vidas serán de hoy mas las vuestras.
Solo se ha de mirar que el enemigo
No alcance de nosotros triunfo y gloria,
Antes ha de servir él de testigo
Que apruebe y eternice nuestra historia;
Y si todos venis en lo que digo
Mil siglos durará nuestra memoria,
Y es que no quede cosa aquí en Numancia
De do el contrario pueda haber ganancia.
En medio de la plaza se haga un fuego,
En cuya ardiente llama licenciosa
Nuestras riquezas todas se echen luego
Desde la pobre á la mas rica cosa,
Y esto podeis tener á dulce juego,
Cuando os declare la intencion honrosa
Que se ha de efectuar, despues que sea
Abrasada cualquier rica presea.
Y para entretener por alguna hora
La hambre que ya roe nuestros huesos,
Hareis descuartizar luego á la hora
Esos tristes romanos que están presos,
Y sin del chico al grande hacer mejora,
Repártanse entre todos, que con esos

Será nuestra comida celebrada
Por estraña cruel necesitada.
Amigos, ¿ qué os parece ? ¿ estais en esto ?

Corabino. Digo que á mí me tiene satisfecho,
Y que á la ejecucion se venga presto
De tan estraño y tan honroso hecho.

Teógenes. Pues yo de mi intencion os diré el resto
Despues que sea lo que digo hecho.
Vamos á ser ministros todos luego
De encender el ardiente y rico fuego.

Muger 1ª. Nosotras desde aquí ya comenzamos
A dar con voluntad nuestros arreos,
Y á la vida las vuestras entregamos
Como se han entregado los deseos.

Lira. Ea, pues, caminemos, vamos, vamos,
Y abrásense en un punto los trofeos
Que pudieran hacer ricas las manos,
Y aun hartar la codicia de romanos.

Vanse todos, y al salir MORANDRO, *ase á* LIRA *por el brazo, y detiénela.*

Morandro. No vayas tan de corrida,
Lira, déjame gozar
Del bien que me puede dar
En la muerte alegre vida :
Deja que miren mis ojos
Un rato tu hermosura,
Pues tanto mi desventura
Se entretiene en mis enojos.
¡ O dulce Lira, que suenas
Contino en mi fantasía
Con tan suave armonía
Que vuelve en gloria mis penas!
¿ Qué tienes ? ¿ qué estás pensando,
Gloria de mi pensamiento?

Lira. Pienso como mi contento
Y el tuyo se va acabando,
Y no será su homicida
El cerco de nuestra tierra,
Que primero que la guerra
Se me acabará la vida.

Morandro. ¿ Qué dices, bien de mi alma?

Lira. Que me tiene tal la hambre,
Que de mi vital estambre
Llevará presto la palma.
¿ Qué talamo has de esperar
De quien está en tal extremo?
Que te aseguro que temo
Antes de una hora espirar.
Mi hermano ayer espiró
De la hambre fatigado,
Y mi madre ya ha acabado,

Que la hambre la acabó.
Y si la hambre y su fuerza
No ha rendido mi salud,
Es porque la juventud
Contra su rigor se esfuerza.
Pero como ha tantos dias
Que no le hago defensa,
No pueden contra su ofensa
Las débiles fuerzas mias.

Morandro. Enjuga, Lira, los ojos,
Deja que los tristes mios
Se vuelvan corrientes rios
Nacidos de tus enojos;
Y aunque la hambre ofendida
Te tenga tan sin compas,
De hambre no morirás
Mientras yo tuviere vida.
Yo me ofrezco de saltar
El foso y el muro fuerte,
Y entrar por la misma muerte
Para la tuya escusar.
El pan que el romano toca
Sin que el temor me destruya,
Lo quitaré de la suya
Para ponerlo en tu boca.
Con mi brazo haré carrera
A tu vida y á mi muerte,
Porque mas me mata el verte,
Señora, de esa manera.
Yo te traeré de comer
A pesar de los romanos,
Si ya son estas mis manos
Las mismas que solian ser.

Lira. Hablas como enamorado,
Morandro, pero no es justo
Que ya tome gusto el gusto
Con tu peligro comprado.
Poco podrá sustentarme
Cualquier robo que harás,
Aunque mas cierto hallarás
El perderte que ganarme.
Goza de tu mocedad
En fresca edad y crecida,
Que mas importa tu vida
Que la mia, á la ciudad.
Tú podrás bien defendella
De la enemiga asechanza,
Que no la flaca pujanza
Desta tan triste doncella.
Ansí que, mi dulce amor,
Despide ese pensamiento,
Que yo no quiero sustento

Ganado con tu sudor.
Que aunque puedas alargar
Mi muerte por algun dia,
Esta hambre que porfia,
En fin nos ha de acabar.

Morandro. En vano trabajas, Lira,
De impedirme este camino,
Do mi voluntad y signo
Allá me convida y tira.
Tú rogarás entre tanto
A los dioses, que me vuelvan
Con despojos que resuelvan
Tu miseria y mi quebranto.

Lira. Morandro, mi dulce amigo,
No vayas, que se me antoja
Que de tu sangre veo roja
La espada del enemigo.
No hagas esta jornada,
Morandro, bien de mi vida,
Que si es mala la salida,
Es muy peor la tornada.
Si quiero aplacar tu brio,
Por testigo pongo al cielo,
Que de mi daño recelo
Y no del provecho mio;
Mas si acaso, amado amigo,
Prosigues esta contienda,
Lleva este abrazo por prenda
De que me llevas contigo.

Morandro. Lira, el cielo te acompañe:
Vete, que á Leoncio veo.

Lira. Y á tí te cumpla el deseo,
Y en ninguna parte dañe.

LEONCIO *ha de estar escuchando todo lo que ha pasado entre su amigo* MORANDRO *y* LIRA.

Leoncio. Terrible ofrecimiento es el que has hecho,
Y en él, Morandro, se nos muestra claro
Que no hay cobarde enamorado pecho,
Aunque de tu virtud y valor raro
Debe mas esperarse; mas yo temo
Que el hado infeliz se muestre avaro.
He estado atento al miserable extremo
En que te ha dicho Lira que se halla,
Indigno cierto á su valor supremo:
Y que tú has prometido de libralla
Deste presente daño, y arrojarte
En las armas romanas á batalla.
Yo quiero, buen amigo, acompañarte,
Y en empresa tan justa y tan forzosa
Con mis pequeñas fuerzas ayudarte.

Morandro. ¡ O mitad de mi alma! ¡ o venturosa
Amistad no en trabajos dividida,
Ni en la ocasion mas próspera y dichosa!
Goza, Leoncio, de la dulce vida,
Quédate en la ciudad, que yo no quiero
Ser de tus verdes años homicida:
Yo solo tengo de ir, yo solo espero
Volver con los despojos merecidos
A mi inviolable fe y amor sincero.

Leoncio. Pues ya tienes, Morandro, conocidos
Mis deseos, que en buena ó mala suerte
Al sabor de los tuyos van medidos.
Sabrás que no los miedos de la muerte
De tí me apartarán un solo punto,
Ni otra cosa (si la hay) que sea mas fuerte.
Contigo tengo de ir, contigo junto
He de volver, si ya el cielo no ordena
Que quede en tu defensa allá difunto.

Morandro. Quédate, amigo, queda enhorabuena,
Porque si yo acabare aquí la vida
En esta empresa de peligro llena,
Tú puedas á mi madre dolorida
Consolar en el trance riguroso,
Y á la esposa de mí tanto querida.

Leoncio. Cierto que estás, amigo, muy donoso
En pensar que tú muerto, quedaria
Yo con tal quietud y tal reposo,
Que de consuelo alguno serviria
A la doliente madre y triste esposa:
Pues en la tuya está la muerte mia,
Seguirte tengo en la ocasion dudosa,
Mira como ha de ser, Morandro, amigo,
Y en el quedarme no me hables cosa.

Morandro. Pues no puedo estorbarte el ir conmigo,
En el silencio de la noche oscura
Tenemos de asaltar al enemigo;
Lleva ligeras armas, que ventura
Es la que ha de ayudar al alto intento,
Que no la malla entretejida y dura:
Lleva ansimismo puesto el pensamiento
En robar y traer á buen recado
Lo que pudieres mas de bastimento.

Leoncio. Vamos, que no saldré de tu mandado.

ESCENA II.

DOS NUMANTINOS.

Primero. Derrama, o dulce hermano, por los ojos
El alma en llanto amargo convertida,
Venga la muerte y lleve los despojos
De nuestra miserable y triste vida.

Segundo. Bien poco durarán estos enojos,
Que ya la muerte viene apercebida
Para llevar en presto y breve vuelo
A cuantos pisan de Numancia el suelo:
Principios veo que prometen presto
Amargo fin á nuestra dulce tierra,
Sin que tengan cuidado de hacer esto
Los contrarios ministros de la guerra:
Nosotros mismos á quien ya es molesto
Y enfadoso el vivir que nos atierra,
Hemos dado sentencia irrevocable
De nuestra muerte, aunque cruel, loable.
En la plaza mayor ya levantada
Queda una ardiente cudiciosa hoguera,
Que de nuestras riquezas ministrada
Sus llamas sube hasta la cuarta esfera:
Allí con triste priesa acelerada
Y con mortal y tímida carrera,
Acuden todos, como á santa ofrenda,
A sustentar sus llamas con su hacienda.
Allí la perla del rosado Oriente,
Y el oro en mil vasijas fabricado,
Y el diamante y rubí mas excelente,
Y la extremada púrpura y brocado
En medio del rigor fogoso ardiente
De la encendida llama es arrojado:
Despojos do pudieran los romanos
Henchir los senos y ocupar las manos.

(*Aquí salen algunos cargados de ropa, y entran por una puerta y salen por otra.*)

Vuelve al triste espectáculo la vista,
Verás con cuanta priesa y cuanta gana
Toda Numancia en numerosa lista
Aguija á sustentar la llama insana;
Y no con verde leño y seca arista,
No con materia al consumir liviana,
Sino con sus haciendas mal gozadas,
Pues se ganaron para ser quemadas.

Primero. Si con esto acabara nuestro daño,
Pudiéramos llevallo con paciencia,
Mas ay! que se ha de dar, si no me engaño,
De que muramos todos, cruel sentencia.
Primero que el rigor bárbaro estraño
Muestre en nuestras gargantas su inclemencia,
Verdugos de nosotros nuestras manos
Serán, y no los pérfidos romanos.
Han acordado que no quede alguna
Muger, niño, ni viejo con la vida,
Pues al fin la cruel hambre importuna
Con mas fiero rigor es su homicida.

Mas ves allí do asoma, hermano, una,
Que como sabes, fué de mí querida
Un tiempo, con extremo tal de amòres,
Cual es el que ella tiene de dolores.

Sale una muger con una criatura en los brazos, y otra de la mano.

Madre. ¡O duro vivir molesto!
¡Terrible y triste agonía!
Hijo. Madre, ¿por ventura habria
Quién nos diese pan por esto?
Madre. ¡Pan, hijo, ni aun otra cosa
Que semeje de comer!
Hijo. ¿Pues tengo de perecer
De dura hambre rabiosa?
Con poco pan que me deis,
Madre, no os pediré mas.
Madre. Hijo, ¡qué penas me das!
Hijo. ¿Pues qué, madre, no quereis?
Madre. Sí quiero; ¿mas qué haré,
Que no sé donde buscallo?
Hijo. Bien podeis, madre, comprallo,
Si no yo lo compraré:
Mas por quitarme de afan,
Si alguno conmigo topa,
Le daré toda esta ropa
Por un mendrugo de pan.
Madre. ¡Qué mamas, triste criatura!
¿No sientes que á mi despecho
Sacas ya del flaco pecho
Por leche, la sangre pura?
Lleva la carne á pedazos,
Y procura de hartarte,
Que no pueden mas llevarte
Mis flojos, cansados brazos!
Hijos del ánima mia,
¿Con qué os podré sustentar,
Si apenas tengo que os dar
De la propia carne mia?
¡O hambre terrible y fuerte,
Cómo me acabas la vida!
¡O guerra, solo venida
Para causarme la muerte!
Hijo. Madre mia, que me fino,
Aguijemos á do vamos,
Que parece que alargamos
La hambre con el camino.
Madre. Hijo, cerca está la casa
Adonde echarémos luego
En mitad del vivo fuego
El peso que te embaraza. (*Éntranse.*)

JORNADA IV.

ESCENA I.

Tócase al arma con gran priesa, y á este rumor salen CIPION *con* JUGURTA *y* GAYO MÁRIO *al tablado.*

Cipion. ¿Qué es esto, capitanes? ¿quién nos toca
Al arma en tal sazon? ¿es por ventura
Alguna gente desmandada y loca
Que viene á procurar su sepultura?
O no sea algun motin el que provoca
Tocar al arma en recia coyuntura:
Que tan seguro estoy del enemigo,
Que tengo mas temor al que es amigo.

Sale QUINTO FABIO *con la espada desnuda, y dice:*

Q. Fabio. Sosiega el pecho, general prudente,
Que ya desta arma la ocasion se sabe,
Puesto que ha sido á costa de tu gente,
De aquella en quien mas brio y fuerza cabe;
Dos numantinos con soberbia fuerte,
Cuyo valor será razon se alabe,
Saltando el ancho foso y la muralla
Han movido á tu campo cruel batalla.
A las primeras guardias embistieron,
Y en medio de mil lanzas se arrojaron,
Y con tal furia y rabia arremetieron,
Que libre paso al campo les dejaron:
Las tiendas de Fabricio acometieron,
Y allí su fuerza y su valor mostraron
De modo, que en un punto seis soldados
Fueron de agudas puntas traspasados.
No con tanta presteza el rayo ardiente
Pasa rompiendo el aire en presto vuelo,
Ni tanto la cometa reluciente
Se muestra ir presurosa por el cielo,
Come estos dos por medio de tu gente
Pasaron, colorando el duro suelo
Con la sangre romana, que sacaban
Sus espadas do quiera que llegaban.
Queda Fabricio traspasado el pecho,
Abierta la cabeza tiene Oracio,
Olmida ya perdió el brazo derecho,

Y de vivir le queda poco espacio.
Fuéle ansimismo poco de provecho
La ligereza al valeroso Estacio,
Pues el correr al numantino fuerte
Fué abreviar el camino de su muerte.
Con presta ligereza discurriendo
Iban de tienda en tienda, hasta que hallaron
Un poco de bizcocho, el cual cogieron;
El paso y no el furor atras volvieron;
El uno dellos se escapó huyendo,
Al otro mil espadas le acabaron,
Por donde infiero que la hambre ha sido
Quien les dió atrevimiento tan subido.

Cipion. Si estando deshambridos y encerrados
Muestran tan demasiado atrevimiento,
¿Qué hicieran siendo libres, y enterados
En sus fuerzas primeras y ardimiento?
Indómitos, al fin sereis domados,
Porque contra el furor vuestro violento
Se tiene de poner la industria nuestra,
Que de domar soberbios es maestra.

Éntranse CIPION *y los suyos, y luego tócase al arma en la ciudad, y al rumor sale* MORANDRO *herido y lleno de sangre con una cestilla blanca en el brazo izquierdo con algun poco de bizcocho ensangrentado, y dice:*

Morandro. ¿No vienes, Leoncio, di?
¿Qué es esto, mi dulce amigo?
Si tú no vienes conmigo,
¿Cómo vengo yo sin tí?
Amigo, ¿qué, te has quedado?
Amigo, ¿qué, te quedaste?
No eres tú el que me dejaste,
Sino yo el que te he dejado.
¡Qué es posible que ya dan
Tus carnes despedazadas
Señales averiguadas
De lo que cuesta este pan!
¡Y es posible que la herida
Que á tí te dejó difunto,
En aqueste instante y punto
No me quitó á mí la vida!
No quiso el hado cruel
Acabarme en paso tal
Por hacerme á mí mas mal,
Y hacerte á tí mas bien!
Tú en fin llevarás la palma
De mas verdadero amigo,
Yo á desculparme contigo
Enviaré bien presto el alma:
Y tan presto, que el afan

A morir me llama, y tira,
En dando á mi dulce Lira
Este tan amargo pan:
Pan ganado de enemigos,
Pero no ha sido ganado,
Sino con sangre comprado
De dos sin ventura amigos.

Sale LIRA *con alguna ropa, como que la lleva á quemar, y dice:*

Lira. ¡Qué es esto que ven mis ojos!
Morandro. Lo que presto no verán
Segun la priesa se dan
De acabarme mis enojos:
Ves aquí, Lira, cumplida
Mi palabra y mis porfías
De que tú no moririas
Mientras yo tuviese vida.
Y aun podré mejor decir
Que presto vendrás á ver
Que á tí sobrará el comer,
Y á mí faltará el vivir.
Lira. ¿Qué dices, Morandro amado?
Morandro. Lira, que acortes la hambre,
Entre tanto que la estambre
De mi vida corta el hado.
Pero mi sangre vertida
Y con este pan mezclada,
Te ha de dar, mi dulce amada,
Triste y amarga comida.
Ves aquí el pan que guardaban
Ochenta mil enemigos,
Que cuesta de dos amigos
Las vidas que mas amaban.
Y porque lo entiendas cierto
Y cuanto tu amor merezco,
Ya yo, señora, perezco,
Y Leoncio ya está muerto.
Mi voluntad sana y justa
Recíbela con amor,
Que es la comida mejor
Y de que el alma mas gusta.
Y pues en tormenta y calma
Siempre has sido mi señora,
Recibe este cuerpo agora
Como recibiste el alma.

(*Cáese muerto, y cógele en las faldas* LIRA.)

Lira. ¿Morandro, dulce bien mio?
¿Qué sentis, ó que teneis?
¿Cómo tan presto perdeis

Vuestro acostumbrado brio?
Mas ¡ay triste sin ventura!
Que ya está muerto mi esposo!
¡O caso el mas lastimoso
Que se vió en la desventura!
¿Quién os hizo, dulce amado,
Con valor tan excelente,
Enamorado valiente,
Y soldado desdichado?
Hicistes una salida,
Esposo mio, de suerte,
Que por escusar mi muerte
Me habeis quitado la vida!
¡O pan de la sangre lleno
Que por mí se derramó,
No te tengo en cuenta yo
De pan, sino de veneno!
No te llegaré á mi boca
Por poderme sustentar,
Si ya no es para besar
Esta sangre que te toca.

A este punto ha de entrar un muchacho hablando desmayadamente, el cual es HERMANO DE LIRA.

Hermano. Lira, hermana, ya espiró
Mi padre, y mi madre está
En términos que ya, ya
Morirá cual muero yo.
La hambre los ha acabado.
Hermana mia, ¿pan tienes?
¡O pan, y cuán tarde vienes,
Que ya no hay pasar bocado!
Tiene la hambre apretada
Mi garganta en tal manera,
Que aunque este pan agua fuera,
No pudiera pasar nada.
Tómalo, hermana querida,
Que por mas crecer mi afan,
Veo que me sobra el pan
Cuando me falta la vida.

(*Cáese muerto.*)

Lira. ¿Espiraste, hermano amado?
Ni aliento ni vida tiene:
¡Bien es el mal cuando viene
Sin venir acompañado!
Fortuna, ¿porqué me aquejas
Con un daño y otro junto?
¿Y porqué en un solo punto
Huérfana y viuda me dejas?
¡O duro escuadron romano!

¡ Cómo me tiene tu espada
De dos muertos rodeada,
Uno esposo y otro hermano!
¡ A cuál volveré la cara
En este trance importuno,
Si en la vida cada uno
Fué prenda del alma cara!
Dulce esposo, hermano tierno,
Yo os igualaré en quereros,
Porque pienso presto veros
En el cielo ó el infierno!
En el modo de morir
A entrambos he de imitar,
Porque el hierro ha de acabar
Y la hambre mi vivir!
Primero daré á mi pecho
Una daga que este pan,
Que á quien vive con afan
Es la muerte de provecho.
¿ Qué aguardo? ¡ cobarde estoy!
Brazo, ¿ ya os habeis turbado?
Dulce esposo, hermano amado,
Esperadme, que ya voy!

A este punto sale una MUGER *huyendo, y tras ella un* SOLDADO NUMANTINO *con una daga en la mano para matarla.*

Muger. ¡ Eterno padre, Júpiter piadoso,
Favorecedme en tan adversa suerte!
Soldado. Aunque mas lleves vuelo presuroso
Mi dura mano te ha de dar la muerte.

Éntrase la MUGER *adentro, y dice* LIRA :

Lira. El hierro agudo, el brazo belicoso
Contra mí, buen soldado, le convierte;
Deja vivir á quien la vida agrada,
Y quítame la mia que me enfada.
Soldado. Puesto que es el decreto del senado
Que ninguna muger quede con vida,
¿ Cuál será el bravo pecho acelerado
Que en ese hermoso vuestro dé herida?
Yo, señora, no soy tan mal mirado
Que me precie de ser vuestro homicida:
Otra mano, otro hierro ha de acabaros,
Que yo solo nací para adoraros.
Lira. Esa piedad que quiés usar conmigo,
Valeroso soldado, yo te juro
Y al alto cielo pongo por testigo,
Que yo la estimo por rigor muy duro:
Tuviérate yo entonces por amigo
Cuando con pecho y ánimo seguro

Este mio afligido traspasaras,
Y de la amarga vida me privaras.
Pero pues quiés mostrarte piadoso
Tan en daño, señor, de mi contento,
Muéstralo agora en que á mi triste esposo
Demos el funeral, último asiento:
Tambien á este mi hermano, que en reposo
Yace, ya libre del vital aliento:
Mi esposo feneció por darme vida,
De mi hermano la hambre fué homicida.

Soldado. Hacer lo que me mandas está llano
Con condicion que en el camino cuentes,
Quién á tu amado esposo y caro hermano
Trujo á los postrimeros accidentes.

Lira. Amigo, ya el hablar no está en mi mano.

Soldado. ¿Qué tan al cabo estás? ¿qué tal te sientes?
Lleva á tu hermano, pues que es menor carga,
Y yo á tu esposo, que mas pesa y carga.

(*Sálense llevando los dos cuerpos.*)

ESCENA II

Sale una muger armada, con un escudo en el brazo izquierdo, y una lancilla en la mano, que significa la GUERRA; *trae consigo á la* ENFERMEDAD, *arrimada á una muleta, y rodeada de paños la cabeza, con una máscara amarilla, y la* HAMBRE *saldrá vestida con una ropa de bocací amarillo, y una máscara amarilla ó descolorida: pueden estas figuras hacellas hombres, pues llevan máscaras.*

Guerra. Hambre y Enfermedad, ejecutoras
De mis terribles mandos y severos,
De vidas y salud consumidoras,
Con quien no vale ruego, mando, ó fueros,
Pues ya de mi intencion sois sabidoras,
No hay para que de nuevo encareceros
De cuanto gusto me será y contento,
Que luego, luego, hagais mi mandamiento:
La fuerza incontrastable de los hados,
Cuyos efectos nunca salen vanos,
Me fuerza á que de mí sean ayudados
Estos sagaces mílites romanos;
Ellos serán un tiempo levantados,
Y abatidos tambien estos hispanos;
Pero tiempo vendrá en que yo me mude,
Y dañe al alto, y al pequeño ayude.
Que yo que soy la poderosa Guerra,
De tantas madres detestada en vano,
Aunque quien me maldice, á veces yerra,
Pues no sabe el valor desta mi mano,
Sé bien que en todo el orbe de la tierra
Seré llevada del valor hispano,

En la dulce sazon que esten reinando
Un Cárlos, un Filipo, y un Fernando.

Enfermedad. Si ya la Hambre, nuestra amiga fida,
No tuviera tomado con instancia
A su cargo, de ser fiera homicida
De todos cuantos viven en Numancia,
Fuera de mí tu voluntad cumplida,
De modo que se viera la ganancia
Fácil y rica que el romano hubiera,
Harto mejor de aquella que se espera.
Mas ella, en cuanto su poder alcanza,
Ya tiene tal al pueblo numantino
Que de esperar alguna buena andanza
Le ha tomado las sendas y el camino;
Mas del furor la rigurosa lanza,
Y la influencia del contrario signo
Le trata con tan áspera violencia,
Que no es menester hambre ni dolencia.
El furor y la rabia, tus secuaces,
Han tomado en sus pechos tal asiento,
Que cual si fuese de romanas haces,
Cada cual de su sangre está sediento.
Muertes, incendios, iras, son sus paces,
En el morir han puesto su contento,
Y por quitar el triunfo á los romanos,
Ellos mesmos se matan con sus manos.

Hambre. Volved los ojos, y vereis ardiendo
De la ciudad los encumbrados techos,
Escuchad los suspiros que saliendo
Van de mil tristes lastimados pechos;
Oid la voz y lamentable estruendo
De bellas damas, á quien, ya deshechos
Los tiernos miembros en ceniza y fuego,
No valen padre, amigo, amor, ni ruego.
Cual suelen las ovejas descuidadas,
Siendo del fiero lobo acometidas,
Andar aquí y allí descarriadas
Con temor de perder las simples vidas:
Tal niños y mugeres delicadas,
Huyendo las espadas homicidas
Andan de calle en calle, ¡o hado insano!
Su cierta muerte dilatando en vano.
Al pecho de la amada nueva esposa
Traspasa del esposo el hierro agudo;
Contra la madre, ¡o nunca vista cosa!
Se muestra el hijo de piedad desnudo;
Y contra el hijo el padre con rabiosa
Clemencia levantando el brazo duro,
Rompe aquellas entrañas que ha engendrado,
Quedando satisfecho y lastimado.
No hay plaza, no hay rincon, no hay calle ó casa
Que de sangre y de muertos no esté llena,

El hierro mata, el duro fuego abrasa,
Y el rigor ferocísimo condena:
Presto vereis, que por el suelo rasa
Está la mas subida y alta almena,
Y las casas y templos mas crecidos
En polvo y en ceniza convertidos.
Venid, vereis que en los amados cuellos
De tiernos hijos y muger querida,
Teógenes afila y prueba en ellos
De su espada el cruel corte homicida,
Y como ya despues de muertos ellos
Estima en poco la cansada vida,
Buscando de morir un modo estraño
Que causó con el suyo mas de un daño.

Guerra. Vamos pues, y ninguno se descuide
De ejecutar por eso aquí su fuerza,
Y á lo que digo solo atienda y cuide,
Sin que de mi intencion un punto tuerza.
(*Vanse.*)

ESCENA III.

Sale TEÓGENES *con dos* HIJOS *pequeños y una* HIJA *y su* MUGER.

Teógenes. Cuando el paterno amor no me detiene
De ejecutar la furia de mi intento,
Considerad, mis hijos, cuál me tiene
El celo de mi honroso pensamiento!
Terrible es el dolor que se previene
Con acabar la vida en fin violento,
Y mas el mio, pues al hado plugo
Que yo sea de vosotros cruel verdugo.
No quedareis, o hijos de mi alma,
Esclavos, ni el romano poderío
Llevará de vosotros triunfo ó palma,
Por mas que á sujetarnos alce el brio;
El camino mas llano que la palma
De nuestra libertad el cielo pio
Nos ofrece, nos muestra y nos advierte,
Que solo está en las manos de la muerte.
¡Ni vos, dulce consorte amada mia,
Os vereis en peligro que romanos
Pongan en vuestro pecho y gallardía
Los vanos ojos, y las torpes manos!
Mi espada os sacará desta agonía,
Y hará que sus intentos salgan vanos,
Pues por mas que codicia los atiza,
Triunfarán de Numancia en la ceniza.
Yo soy, consorte amada, el que primero
Dí el parecer que todos pereciesemos
Antes que al insufrible desafuero
Del romano poder sujetos fuesemos,

Y en el morir no pienso ser postrero,
Ni lo serán mis hijos.

Muger. Si pudiesemos
Escaparnos, señor, por otra via,
El cielo sabe si me holgaria;
Mas pues no puede ser segun yo veo,
Y está ya mi muerte tan cercana,
Lleva de nuestras vidas tú el trofeo,
Y no la espada pérfida romana;
Mas pues que he de morir, morir deseo
En el sagrado templo de Diana:
Allá nos lleva, buen señor, y luego
Entréganos al hierro, al lazo y fuego.

Teógenes. Ansí se haga, y no nos detengamos,
Que ya á morir me incita el triste hado.

Hijo. Madre, ¿porqué llorais? ¿adónde vamos?
Teneos, que andar no puedo de cansado;
Mejor será, mi madre, que comamos,
Que la hambre me tiene fatigado.

Madre. Ven en mis brazos, hijo de mi vida,
Do te daré la muerte por comida.

Vanse luego, y salen dos muchachos huyendo, y el uno de ellos ha de ser el que se arroja de la torre, que se llama VIRIATO, *y el otro* SERVIO.

Viriato. ¿Por dónde quieres que huyamos,
Servio?

Servio. Yo por do quisieres.

Viriato. Camina, ¡qué flojo eres!
Tú ordenas que aquí muramos.
¿No ves, triste, que nos siguen
Mil hierros para matarnos?

Servio. Imposible es escaparnos
De aquellos que nos persiguen;
Mas di, ¿qué piensas hacer?
¿O qué medio hay que nos cuadre?

Viriato. A una torre de mi padre
Me pienso ir á esconder.

Servio. Amigo, bien puedes irte,
Que yo estoy tan flaco y laso
De hambre, que un solo paso
No puedo dar ni seguirte.

Viriato. ¿Qué, no quiés venir?

Servio. No puedo.

Viriato. Si no puedes caminar,
Ahí te habrá de acabar
La hambre, la espada, ó miedo.
Y voyme, porque ya temo
Lo que el vivir desbarata,
O que la espada me mata,
O que en el fuego me quemo.

Vase, y sale TEÓGENES *con dos espadas desnudas, y ensangrentadas las manos, y como* SERVIO *le ve venir, húyese y éntrase dentro.*

Teógenes. ¡Sangre de mis entrañas derramada,
Pues sois aquella de los hijos mios:
Mano contra tí mesma acelerada,
Llena de honrosos y crueles brios:
Fortuna en daño nuestro conjurada:
Cielos de justa piedad vacíos,
Ofrecedme en tan dura amarga suerte
Alguna honrosa aunque cercana muerte!
Valientes numantinos, haced cuenta
Que yo soy algun pérfido romano,
Y vengad en mi pecho vuestra afrenta,
Ensangrentando en él la espada y mano.

(*Arroja la una espada de la mano.*)

Una de estas espadas os presenta
Mi airada furia, mi dolor insano,
Que muriendo en batalla no se siente
Tanto el rigor del último acidente:
Y el que privare del vital sosiego
Al otro, por señal de beneficio
Entregue el desdichado cuerpo al fuego,
Que este será bien piadoso oficio:
Venid, ¿qué os deteneis? acudid luego,
Haced ya de mi vida sacrificio,
Y esa terneza que teneis de amigos,
Volved en rabia fiera de enemigos.

Un Num. ¿A quién, fuerte Teógenes, invocas?
¿Qué nuevo modo de morir procuras?
¿Para qué nos incitas y provocas
A tantas desiguales desventuras?

Teógenes. Valiente numantino, si no apocas
Con el miedo tus bravas fuerzas duras,
Toma esa espada, y mátate conmigo
Ansí como si fuese tu enemigo:
Que esta manera de morir me aplace
En este trance mas que no otra alguna.

Num. Tambien á mí me agrada y satisface,
Pues que lo quiere ansí nuestra fortuna;
Mas vamos á la plaza adonde yace
La hoguera á nuestras vidas importuna,
Porque el que allí venciere, pueda luego
Entregar el vencido al duro fuego.

Teógenes. Bien dices, y camina, que se tarda
El tiempo de morir como deseo,
Ora me mate el hierro, ó el fuego me arda,
Que gloria nuestra en cualquier muerte veo.

(*Éntrase.*)

ESCENA IV.

CIPION, JUGURTA, QUINTO FABIO *y* GAYO MARIO, *y algunos soldados romanos.*

Cipion. Si no me engaña el pensamiento mio,
O salen mentirosas las señales
Que habeis visto en Numancia, del estruendo
Y lamentable son, y ardientes llamas,
Sin duda alguna que recelo y temo
Que el bárbaro furor del enemigo
Contra su propio pecho no se vuelva:
Ya no parece gente en la muralla,
Ni suenan las usadas centinelas,
Todo está en calma y en silencio puesto
Como si en paz tranquila y sosegada
Estuviesen los fieros numantinos.

G. Mario. Presto podrás salir de aquesa duda,
Porque si tú lo quieres, yo me ofrezco
De subir sobre el muro, aunque me ponga
Al riguroso trance que se ofrece,
Solo por ver aquello que en Numancia
Hacen nuestros soberbios enemigos.

Cipion. Arrima pues, o Mario, alguna escala
A la muralla, y haz lo que prometes.

G. Mario. Id por la escala luego, y vos, Ermilio,
Haced que mi rodela se me traiga,
Y la celada blanca de las plumas,
Que á fe que tengo de perder la vida,
O sacar desta duda al campo todo.

Ermilio. Ves aquí la rodela y la celada,
La escala vesla allí la trae Olimpio.

G. Mario. Encomendadme á Júpiter inmenso,
Que yo voy á cumplir lo prometido.

Cipion. Alza mas alta la rodilla, Mario,
Y encoje el cuerpo, y cubre la cabeza:
Animo, que ya llegas á lo alto.
¿Qué ves?

G. Mario. ¡O santos dioses! ¿y qué es esto?

Jugurta. ¿De qué te admiras?

G. Mario. De mirar de sangre
Un rojo lago, y de ver mil cuerpos
Tendidos por las calles de Numancia.

Cipion. ¿Qué, no hay ninguno vivo?

G. Mario. Ni por pienso;
A lo menos ninguno se me ofrece
En todo cuanto alcanzo con la vista.

Cipion. Salta pues dentro, y míralo bien todo.

Salta GAYO MARIO *en la ciudad.*

Síguele tú tambien, Jugurta, amigo;
Mas sigámosle todos.

Jugurta. No conviene
Al oficio que tienes esta impresa;
Sosiega el pecho, buen señor, y espera
Que Mario vuelva ó yo con la respuesta
De lo que pasa en la ciudad soberbia:
Tened bien esa escala. ¡ O cielos justos!
¡ Y cuán triste espectáculo y horrendo
Se me ofrece á la vista! ¡ o caso estraño!
Caliente sangre baña todo el suelo:
Cuerpos muertos ocupan plaza y calles:
Dentro quiero saltar y verlo todo.

Salta JUGURTA *en la ciudad, y dice* QUINTO FABIO:

Q. Fabio. Sin duda que los fieros numantinos
Del bárbaro furor suyo incitados,
Viéndose sin remedio de salvarse,
Antes quisieron entregar las vidas
Al filo agudo de sus propios hierros,
Que no á las vencedoras manos nuestras
Aborrecidas dellos lo posible.

Cipion. Con uno solo que quedase vivo
No se me negaria el triunfo en Roma
De haber domado esta nacion soberbia,
Enemiga mortal de nuestro nombre,
Constante en su opinion, presta, arrojada
Al peligro mayor y duro trance,
De quien jamas se alabará romano
Que vió la espalda vuelta al numantino,
Cuyo valor, cuya destreza en armas
Me forzó con razon á usar el medio
De encerrarlos cual fieras indomables,
Y triunfar dellos con industria y maña,
Pues era con las fuerzas imposible.
Pero ya me parece vuelve Mario.

GAYO MARIO *torna á salir por las murallas, y dice:*

G. Mario. En balde, ilustre general prudente,
Han sido nuestras fuerzas ocupadas,
En balde te has mostrado diligente,
Pues en humo y en viento son tornadas
Las ciertas esperanzas de victoria,
De tu industria contino aseguradas:
El lamentable fin y triste historia
De la ciudad invicta de Numancia,
Merece ser eterna la memoria.
Sacado han de su pérdida ganancia,
Quitado te han el triunfo de las manos,
Muriendo con magnánima constancia.
Nuestros disignios han salido vanos,
Pues ha podido mas su honroso intento,
Que toda la potencia de romanos.

El fatigado pueblo en fin violento
Acabó la miseria de su vida,
Dando triste remate al largo cuento.
Numancia está en un lago convertida
De roja sangre y de mil cuerpos llena,
De quien fué su rigor propio homicida:
De la pesada y sin igual cadena
Dura de esclavitud se han escapado
Con presta audacia de temor agena.
En medio de la plaza levantado
Está un ardiente fuego temeroso,
De sus cuerpos y haciendas sustentado.
A tiempo llegué á verle, que el furioso
Teógenes, valiente numantino,
De fenecer su vida deseoso,
Maldiciendo su corto amargo signo,
En medio se arrojaba de la llama,
Lleno de temerario desatino.
Y al arrojarse, dijo: ¡O clara fama,
Ocupa aquí tus lenguas y tus ojos
En esta hazaña que á cantar te llama!
Venid, romanos, ya por los despojos
Desta ciudad en polvo y humo envueltos,
Y sus flores y frutos en abrojos.
De allí con piés y pensamientos sueltos
Gran parte de la tierra he rodeado,
Por las calles y pasos mal revueltos,
Y á un solo numantino no he hallado
Que poderte traer vivo siquiera,
Para que fueras dél bien informado
Por qué ocasion, de qué suerte ó manera
Cometieron tan grande desvarío,
Apresurando la mortal carrera.

Cipion. ¿Estaba por ventura el pecho mio
De bárbara arrogancia y muertes lleno,
Y de crueldad justísima vacío?
¿Es por ventura de mi condicion ageno
Usar benignidad con el rendido,
Como conviene al vencedor que es bueno?
Mal por cierto teníades conocido
El valor en Numancia de mi pecho,
Para vencer y perdonar nacido.

Q. Fabio. Jugurta te hará más satisfecho,
Señor, de aquello que saber deseas,
Que vesle vuelve lleno de despecho.

Torna JUGURTA *por la mesma muralla.*

Jugurta. Prudente general, en vano empleas
Mas aquí tu valor, vuelve á otra parte
La industria sin igual de que te arreas.
No hay en Numancia cosa en qué ocuparte,

Todos son muertos ya, solo uno creo
Que queda vivo, para el triunfo darte.
Allí en aquella torre, segun veo,
Allí denantes un muchacho estaba,
Turbado en vista, y de gentil arreo.

Cipion. Si eso fuese verdad, eso bastaba
Para triunfar en Roma de Numancia,
Que es lo que mas agora deseaba.
Lleguémonos allá, y haced instancia
Como el muchacho vuelva á nuestras manos
Vivo, que es lo que agora es de importancia.

VIRIATO *desde la torre.*

Viriato. ¿Dónde venis? ¿ó qué buscais, romanos?
Si en Numancia quereis entrar por suerte,
Hareislo sin contraste á pasos llanos.
Pero mi lengua desde aquí os advierte
Que yo las llaves mal guardadas tengo
Desta ciudad, de quien triunfó la muerte.

Cipion. Por esas, jóven, deseoso vengo,
Y mas de que tú hagas experiencia
Si en este pecho piedad sostengo.

Viriato. Tarde, cruel, ofreces tu clemencia,
Pues no hay en quien usarla, que yo quiero
Pasar por el rigor de la sentencia.
Que consuelo amargo lastimero
De mis padres y patria tan querida
Causó el último fin terrible y fiero.

Q. Fabio. Dime, ¿tienes por suerte aborrecida,
Ciego de un temerario desvarío,
Tu floreciente edad, tu tierna vida?

Cipion. Templa, pequeño jóven, templa el brio,
Y sujeta el valor tuyo y pequeño
Al mayor de mi honroso poderío.
Que desde aquí te doy mi fe, y empeño
Mi palabra, que solo de tí seas
Tú mismo el propio y conocido dueño;
Y que de ricas joyas y preseas
Vivas lo que vivieres, abastado,
Como yo podré darte, y tú deseas,
Si á mí te entregas, y te das de grado.

Viriato. Todo el furor de cuantos ya son muertos
En este pueblo, en polvo reducido,
Todo el huir los pactos y conciertos,
Ni el dar á sujecion jamas oido,
Sus iras y rencores descubiertos
Está en mi pecho todo junto unido;
Yo heredé de Numancia todo el brio,
Ved si pensar vencerme es desvarío.
Patria querida, pueblo desdichado,
No temas ni imagines que delire

De lo que debo hacer en tí engendrado,
Ni que promesa ó miedo me retire;
Ora me falte el suelo, el cielo, el hado,
Ora á vencerme todo el mundo aspire,
Que imposible será que yo no haga
A tu valor la merecida paga.
Que si á esconderme aquí me trujo el miedo
De la cercana y espantosa muerte,
Ella me sacará con mas denuedo,
Con el deseo de seguir tu suerte;
Del vil temor pasado, como puedo
Haré ahora la enmienda osado y fuerte,
Y el error de mi edad tierna inocente
Pagaré con morir osadamente.
Yo os aseguro, o fuertes ciudadanos,
Que no falte por mí la intencion vuestra
De que no triunfen pérfidos romanos,
Si ya no fuere de ceniza nuestra.
Saldrán conmigo sus intentos vanos,
Ora levanten contra mí su diestra,
O me asesaren con promesa cierta,
A vida y á regalos, ancha puerta.
Teneos, romanos, sosegad el brio,
Y no os canseis en asaltar el muro,
Que aunque fuera mayor el poderío
Vuestro, de no vencerme os aseguro.
Pero muéstrese ya el intento mio,
Y si ha sido el amor perfecto y puro
Que yo tuve á mi patria tan querida,
Asegúrelo luego esta caida.

Aquí se arroja de la torre, y dice CIPION:

Cipion. ¡O nunca vista memorable hazaña,
Dina de anciano y valeroso pecho,
Que no solo á Numancia, mas á España,
Has adquerido gloria en este hecho!
Con tu viva virtud, y heróica, estraña,
Queda muerto y perdido mi derecho:
Tú con esta caida levantaste
Tu fama, y mis victorias derribaste.
Que fuera aun viva, y en su ser Numancia
Solo porque vivieras, me holgara,
Que tú solo has llevado la ganancia
Desta larga contienda, ilustre y rara.
Lleva pues, niño, lleva la jactancia,
Y la gloria que el cielo te prepara,
Por haber, derribándote, vencido
Al que subiendo queda mas caido.

Suena una trompeta, y sale la FAMA.

Fama. Vaya mi clara voz de gente en gente,

Y en dulce y suavísimo sonido
Llene las almas de un deseo ardiente
De eternizar un hecho tan subido.
Alzad, romanos, la inclinada frente,
Llevad de aquí este cuerpo, que ha podido
En tan pequeña edad arrebataros
El triunfo que pudiera tanto honraros:
  Que yo que soy la Fama pregonera,
Tendré cuidado, en cuanto el alto cielo
Moviere el paso en la subida esfera,
Dando fuerza y vigor al bajo suelo,
De publicar con lengua verdadera,
Con justo intento, y presuroso vuelo,
El valor de Numancia, único y solo,
De Batro á Tile, y de uno al otro polo.
  Indicio ha dado esta no vista hazaña
Del valor que en los siglos venideros
Tendrán los hijos de la fuerte España,
Hijos de tales padres herederos:
No de la muerte la feroz guadaña,
Ni los cursos de tiempos tan ligeros
Harán que de Numancia yo no cante
El fuerte brazo y ánimo constante:
  Hallo sola en Numancia todo cuanto
Debe con justo título cantarse
Y lo que puede dar materia al canto,
Para poder mil siglos ocuparse
La fuerza no vencida, el valor tanto,
Dino de en prosa y verso celebrarse;
Mas pues de esto se encarga mi memoria,
Dése feliz remate á nuestra historia.

FIN DE LA NUMANCIA.

EL TRATO DE ARGEL,

COMEDIA.

INTERLOCUTORES.

AURELIO.
SEBASTIAN.
SAAVEDRA.
PEDRO ALVAREZ.
FRANCISCO Y JUAN, *muchachos.*
SU PADRE Y MADRE.
} *Todos cautivos.*

SILVIA.
ZARA.
FATIMA.
} *moras.*

IZUF.
REY DE ARGEL.
AIDAR.
BAIRAN.
} *moros.*

OTRO MORO.
LA NECESIDAD.
LA OCASION.
UN DEMONIO.
UN CAUTIVO.
DOS MERCADERES.
UN PREGONERO.
UN LEON.

JORNADA PRIMERA.

ESCENA PRIMERA.

Sale AURELIO.

Aurelio. ¡Triste y miserable estado,
Dura esclavitud amarga,
Donde es la pena tan larga
Cuan corto el bien y abreviado!
¡O purgatorio en la vida,
Infierno puesto en el mundo,
Mal que no tiene segundo,
Estrecho do no hay salida,
Cifra de cuanto dolor
Se reparte en los dolores,
Daño, que entre los mayores
Se ha de tener por mayor,
Necesidad increible,
Muerte creible y palpable,
Trato mísero intratable,
Mal visible é invisible,
Toque, que nuestra conciencia
Descubre si es valerosa,
Pobre vida trabajosa,
Retrato de penitencia!
Cállese aqueste tormento,
Que segun me es enemigo
No llegara lo que digo
A un punto de lo que siento.
Pondérese mi dolor
Con decir, bañado en lloros,
Que mi cuerpo está entre moros
Y el alma en poder de amor.
Del cuerpo y alma es mi pena,
El cuerpo ya veis cual va,
El alma rendida está
A la amorosa cadena.
Pensé yo que no tenia
Amor poder entre esclavos;
Mas en mí sus recios clavos
Muestra mas su gallardía.
¿Qué buscas en la miseria,
Amor, de gente cautiva?

Déjala que muera ó viva
Con su pobreza y laceria.
¿No ves que el hilo se corta
De esa tu amorosa estambre
Aquí con sed y con hambre
A la larga ó á la corta?
Mas creo, pues no has querido
Olvidarme en este estrecho,
Que has visto sano mi pecho,
Aunque tan roto el vestido.
Desde agora claro entiendo
Que el poder que en tí se encierra,
Abraza el cielo y la tierra,
Y mas que no comprehendo.
Una cosa te pidiera,
Si en esa tu condicion
Una sombra de razon
Por entre mil sombras viera,
Y es, que pues fuiste la causa
De acabarme y destruirme,
En el contino herirme
Hagas un momento pausa.
Yo no te pido que salgas
De mi pecho, pues no puedes,
Antes te pido que quedes,
Y en este trance me valgas.
Del lugar do me pusiste,
Me procuran derribar;
Pero ¿quién podrá acabar
Lo que una vez, tú, subiste?
Ya viene Zara y su arenga.
¡Ay enfadosa porfía!
¡Cómo que me falte el dia
Antes que la noche venga!
Valedme, Silvia, bien mio,
Que si vos me dais ayuda,
De guerra mas ardua y cruda
Llevar la palma confio.

Salen ZARA *y* FATIMA.

Zara. ¿Aurelio?
Aurelio. ¿Señora mia?
Zara. Si tú por tal me tuvieses,
A fe que luego hicieses
Lo que ruego, sin porfía.
Aurelio. Lo que tú quieres, yo quiero,
Porque al fin, te soy esclavo.
Zara. Esas palabras alabo,
Mas tus obras vitupero.
Aurelio. ¿Cuál ha sido por mí hecha
Que en ella no te complaces?
Zara. Aquellas que no me haces

Me tienen mal satisfecha.

Aurelio. Señora, no paro mas:
Por agua me parto luego.

Zara. Otra agua pide mi fuego
Que no la que tú trairás.
No te vayas, está quedo.

Aurelio. De leña hay falta en la casa.

Zara. Basta la que á mí me abrasa.

Aurelio. Mi amo.

Zara. No tengas miedo.

Aurelio. Déjame, señora, ir,
Que vendrá Izuf mi señor.

Zara. Quien queda con tanto amor,
Mal te dejará partir.

Aurelio. No hay para que mas porfies:
Señora, déjame ya.

Zara. Aurelio, llégate acá.

Aurelio. Mejor es que te desvies.

Zara. ¿Ansí, Aurelio, me despides?

Aurelio. Antes te hago favor,
Si con el compas de amor
Lo compasas y lo mides.
¿No miras que soy cristiano
Con suerte y desdicha mala?

Zara. El amor todo lo iguala;
Dame, por señas, la mano.

Fátima. Zara, señora mia,
Dígote que me he admirado,
Mirando lo que ha pasado
Tu altivez y fantasía:
Ver, por cierto es gentil cosa
Indigna de ser notada,
De un cristiano enamorada
Una mora tan hermosa;
Y lo que mas llega al cabo
Tu aficion tan sin medida
Es de ver que estás rendida
A un cristiano que es tu esclavo.
Y monta que corresponde
El galan á lo que quieres:
Perdóname, frágil eres.

Zara. ¿Dónde vas?

Fátima. Bien sé yo adonde.

Zara. Dulce amiga verdadera,
Lo que dices no lo niego;
Mas ¿qué haré? que amor es fuego
Y mi voluntad es cera,
Y puesto que el daño veo
Y el fin do habré de parar,
Imposible es contrastar
Las fuerzas de mi deseo.
Vuelve tu lengua é intento

Y amenazas se prohibe.
Y aun si bautismo tuvieras,
Siendo como eres casada,
Fuera cosa harto escusada
Si lo que pides pidieras.
Por eso yo determino
Antes morir, que hacer
Lo que pide tu querer,
Y en esto estaré contino.

Zara. Aurelio, ¿ estás en tu seso?

Aurelio. Antes por estar en él,
Soy para tí tan cruel.

Zara. ¡ Ay desdichado suceso!
¿ Es posible que tan poco
Valgan mis ruegos contigo?

Fátima. Sin duda que este enemigo (*Aparte.*)
Es muy cuerdo, ó es muy loco. —
Ruin, sin razon ni compas,
Nacido de vil canalla,
¿ Pensábades ya triunfalla,
Holgando sin mas ni mas?
Necio, ¿ tanta fantasía
Pensais que hablamos de veras?
Antes de mal rayo mueras
Primero que pase el dia.
Conmigo las has dė haber,
Y de modo, que te aviso
Que dirá el que nunca quiso:
Mas me valiera querer.
No estés, Zara, descontenta,
Deja el remedio en mi mano,
Que á este falso cristiano
Yo le haré que se arrepienta.

Zara. No es bien que por mal se lleve.

Fátima. Ni bien llevallo por bien.

Zara. Cese, Aurelio, tu desden.

Fátima. Con eso el falso se atreve.
Ve, señora, al aposento,
Que en esta pena crecida
O yo perderé la vida,
O tú tendrás tu contento.

Vanse las moras, y queda AURELIO.

Aurelio. Padre del cielo, en cuya fuerte diestra
Está el gobierno de la tierra y cielo,
Cuyo poder acá y allá se muestra
Con amoroso, justo, y santo celo;
Si tu luz, si tu mano no me adiestra
A salir deste caos, temo y recelo
Que como el cuerpo está en prision esquiva,
Tambien el alma ha de quedar cautiva.

¿Do estás, Silvia hermosa? ¿qué destino,
Qué fuerza insana de implacable hado
El curso de aquel próspero camino
Tan sin causa y razon nos ha cortado?
¡O estrella! o suerte! o fortuna! o signo!
Si alguno de vosotros ha causado
Tamaña perdicion, desde aquí digo
Que mil cuentos de veces os maldigo.
Yo moriré por lo que al alma toca,
Antes de hacer lo que mi ama quiere.
Firme he de estar cual bien fundada roca,
Que en torno el viento y mar combate y hiere:
Que sea mi vida mucha, que sea poca
Importa poco, solo el que bien muere
Puede decir que tuvo larga vida,
Y el que mal, una muerte sin medida.

(Éntrase.)

ESCENA II.

Salen SAAVEDRA *y* PEDRO ALVAREZ, *y* SEBASTIAN *á su tiempo.*

Saavedra. En la veloz carrera apresuradas
Las horas del ligero tiempo veo
Contra mí con el cielo conjuradas.
Queda atras la esperanza y no el deseo,
Y ansí la vida de la muerte della
El mal, el daño aumentan que poseo.
¡Ay dura, inicua, inexorable estrella!
¡Cómo por los cabellos me has traido
Al terrible dolor que me atropella!

P. Alvarez. El llanto en tales tiempos es perdido,
Pues si llorando el cielo se ablandara,
Ya le hubieran mis lágrimas movido.
A la adversa fortuna alegre cara
Debe mostrar el pecho generoso,
Que á cualquier mal buen ánimo repara.

Saavedra. El cuello enflaquecido al trabajoso
Yugo de esclavitud amarga puesto,
Bien ves que á cuerpo y alma es peligroso;
Y mas aquel que tiene presupuesto
De dejarse morir, antes que pase
Un punto al modo del vivir honesto.

P. Alvarez. Si acaso yo tus obras imitase,
Forzoso me seria que al momento
En brazos de la hambre me entregase.
Bien sé que en el cautivo no hay contento,
Mas no quiero crecer yo mi fatiga,
Teniendo siempre en ella el pensamiento.
A mi patrona tengo por amiga,
Trátame cual me ves, huelgo y paseo,
Cautivo soy, el que quisiere diga.

Saavedra. Triunfa, hermano, y goza ese trofeo,
Que si por ser cautivo te hermoseas,
Yo sé que es torpe, desgraciado y feo.

P. Alvarez. Hermano Saavedra, si te arreas
De ser predicador, esta no es tierra
Do alcanzarás el fruto que deseas.
Déjate deso, escucha de la guerra
Que el gran Filipo hace, nueva cierta,
Y un poco el pesar de tí destierra.
Dicen que una fragata de Biserta
Llegó esta noche, y allí viene un cautivo
Que ha dado vida á mi esperanza muerta.
Quitóle libertad el hado esquivo
De Málaga pasando á Barcelona,
Cautivólo Mamí, cosario altivo.
En su manera muestra ser persona
De calidad, y que es ejercitado
En el duro ejercicio de Belona.
Dice el número cierto que ha pasado
De soldados á España, forasteros,
Sin los tres tercios nuestros que han bajado:
Los príncipes, señores, caballeros
Que á servir á Filipo van de gana,
Los naturales y los estranjeros.
Y la muestra hermosísima lozana
Que en Badajoz el rey hacer pretende,
De la pujanza de la union cristiana.
Dicen en esto, que ninguno entiende
El disignio del rey, y el hablar desto
El grande y el pequeño se defiende.

Saavedra. Rompeos ya, cielos, y inviadnos presto
El librador de nuestra amarga guerra,
Si ya en el suelo no le teneis puesto.
Cuando llegué vencido en esta tierra
Tan nombrada en el mundo, que en su seno
Tanto pirata encubre, acoge y cierra,
No pude al llanto detener el freno:
Que á pesar mio, sin saber lo que era,
Me ví el marchito rostro de agua lleno,
Ofreciendo á mis ojos la ribera
Y el monte, donde el grande Cárlos tuvo
Levantada en el aire su bandera,
Y el mar que tanto esfuerzo no sostuvo,
Pues movido de invidia de su gloria,
Airado entonces mas que nunca estuvo;
Y estas cosas moviendo en mi memoria,
Las lágrimas trujeron á los ojos,
Forzadas de desgracia tan notoria.
Pero si el alto cielo en darme enojos
No está con mi ventura conjurado,
Y aquí no lleva muerte mis despojos,
Cuando me vea en mas felice estado,

O si la suerte, ó si el favor me ayuda
A verme ante Filipo arrodillado,
Mi temerosa lengua casi muda
Pienso mover en la real presencia,
De adulacion y de mentir desnuda,
Diciendo: Alto señor, cuya potencia
Sujetas trae las bárbaras naciones
Al desabrido yugo de obediencia:
A quien los negros indios con sus dones
Reconocen honesto vasallage,
Trayendo el oro acá de sus rincones,
Despierte en tu real pecho corage
La desvergüenza con que una bicoca
Aspira de contino á hacerte ultrage.
Su gente es mucha, mas su fuerza es poca,
Desnuda, mal armada, que no tiene
En su defensa fuerte, muro ó roca.
Cada uno mira si tu armada viene,
Para dar á los piés el cargo y cura
De conservar la vida que sostiene.
De la esquiva prision amarga y dura,
Adonde mueren quince mil cristianos,
Tienes la llave de su cerradura.
Todos de allá, cual yo, puestas las manos,
Las rodillas por tierra, sollozando,
Cercados de tormentos inhumanos,
Poderoso señor, te están rogando
Vuelvas los ojos de misericordia
A los suyos, que están siempre llorando:
Y pues te deja agora la discordia,
Que tanto te ha oprimido y fatigado,
Y á mas andar te sigue la concordia,
Haz, buen rey, que sea por tí acabado
Lo que con tanta audacia y valor tanto
Fué por tu amado padre comenzado.
Con solo ver que vas, pondrá un espanto
A la bárbara gente, que adivino
Yo desde aquí su pérdida y quebranto.
¿Quién dubda que el real pecho benigno
No se muestre, en oyendo la tristeza
Donde están estos míseros contino?
Mas ay! como se muestra la bajeza
De mi tan rudo ingenio, pues pretendo
Hablar tan bajo ante tan alta alteza.
Mas la ocasion es tal, que me defiende.
Mas á todo silencio poner quiero,
Que temo que mi plática te ofende,
Y al trabajo me llaman, á do muero.

Sale SEBASTIAN, *cautivo.*

Sebastian. ¿Hase visto cosa igual?
¿Hay tierra tan sin concordia,
Do falta misericordia,
Y sobra la crueldad?
¿Dónde se hallará disculpa
De maldad tan insolente,
Que pague el que es inocente,
Por el que tuvo la culpa?
¡O cielos! ¿qué es lo que he visto?
Este sí que es pueblo injusto,
Donde se tiene por gusto
Matar los siervos de Cristo.
O España! patria querida,
Mira cual es nuestra suerte,
Que si allá das justa muerte,
Quitan acá justa vida.

P. Alvarez. Sebastian, ¿dinos qué tienes,
Que hablas razones tales?

Sebastian. Una infinidad de males,
Y una pobreza de bienes.

Saavedra. En ser, como eres, esclavo,
Se encierra todo dolor.

Sebastian. Otra pena muy mayor
Me tiene á mí tan al cabo.

P. Alvarez. ¿De dónde puede causarse
La pena que dices brava?

Sebastian. De una vida que hoy se acaba,
Para jamas acabarse.
Ya sabeis que aquí en Argel
Se supo como en Valencia
Murió por justa sentencia
Un morisco de Sargel.
Digo que en Sargel vivia,
Puesto que era de Aragon,
Y al olor de su nacion
Pasó el perro á Berbería:
Y aquí cosario se hizo
Con tan prestas crueles manos,
Que con sangre de cristianos
La suya bien satisfizo.
Andando en corso, fué preso,
Y como fué conocido,
Fué en la Inquisicion metido,
Do le formaron proceso,
Y allí se le averiguó
Como siendo bautizado,
De Cristo habia renegado,
Y en Africa se pasó:
Y que por su industria y mañas,
Traidores tratos esquivos,

Habian sido cautivos
Mas de seiscientos cristianos.
Y como se le probaron
Tantas maldades y errores,
Los justos inquisidores
Al fuego le condenaron.
Súpose del moro acá,
Y la muerte que le dieron,
Porque luego lo escribieron
Los moriscos que hay allá.
La triste nueva sabida
Por los parientes del muerto,
Juran y hacen concierto
De dar al fuego otra vida.
Buscaron luego un cristiano
Para pagar este escote,
Y halláronlo sacerdote,
Y de nacion valenciano.
Pidieron este á gran priesa
Para ejecutar su hecho,
Porque vieron que en el pecho
Traia la cruz de Montesa.
La cual señal de victoria
Que le cupo en buena suerte,
Si en el suelo le dió muerte,
En el cielo le dió gloria.
Porque esta gente sin luz,
Que en él tal señal han visto,
Pensando matar á Cristo
Matan al que trae su cruz.
A su amo le compraron,
Y aunque eran pobres, á un punto
El dinero todo junto
De limosna le allegaron.
En nuestro pueblo cristiano
Por Dios se pide á la gente,
Para sanar al doliente,
No para matar al sano.
Mas entre esta descreida
Gente y maldito lugar,
No piden para sanar,
Mas para quitar la vida.
Hoy en poder de sayones
He visto al siervo de Dios
No solamente entre dos,
Pero entre dos mil ladrones.
Iba el sacerdote justo,
Entre injusta gente puesto,
Marchito y humilde el gesto,
A morir por Dios con gusto.
Todo el pueblo se desvela
En darle penas dobladas,

Cual le da mil bofetadas,
Cual sus blancas canas pela.
Las manos que á Dios tuvieron
Mil veces, hoy son tenidas
De dos sogas retorcidas,
Con que atras se las asieron.
Al yugo de otro cordel,
El humilde cuello lleva,
Haciendo mil moros prueba,
Cuanto pueden tirar dél.
A ningun lado miraba
Que descubra un solo amigo,
Que todo el pueblo enemigo
En torno le rodeaba.
Con voluntad tan dañada
Procuran su pena y lloro,
Que se tuvo por mal moro
Quien no le dió bofetada.
A la marina llegaron
Con la víctima inocente,
Do con barbaria insolente
A una áncora le ligaron.
Dos áncoras á una mano
Ví yo allí en contrario celo,
Una de hierro en el suelo,
Y otra de fe en el cristiano.
Y la una á la otra asida,
La de hierro se convierte
En dar cruda y presta muerte,
La de fe en dar larga vida.
Ved si es bien contrario el celo
De las dos en esta guerra;
La una del suelo afierra,
La otra se ase del cielo,
Y aunque corra tal fortuna
Que asombre el cuerpo y el alma,
Como si estuviese en calma,
No hay desasirse ninguna.
Sin yerro al hierro ligado
El siervo de Dios se hallaba,
Y en el cuerpo atado, andaba
Espíritu desatado.
El cuerpo no se rodea,
Que le ata mas de un cordel,
Mas el espíritu dél
Todos los cielos pasea.
La canalla, que se enseña
A hacer nueva crueldad,
Trujeron gran cantidad
De seca y nudosa leña:
Y una espaciosa corona
Hicieron luego con ella,

Dejando encerrada en ella
La santa humilde persona.
Y aunque no tienen sosiego
Hasta verle ya espirar,
Para mas le atormentar
Encienden lejos el fuego.
Quieren, como el cocinero
Que en su oficio mas mirase,
Que se ase y no se abrase
La carne de aquel cordero.
Sube el humo al aire vano,
Y á veces le da en los ojos,
Quema el fuego los despojos
Que le vienen á la mano.
Vase arrugando el vestido
Con el calor violento,
Y el fuego poco contento
Busca lo mas escondido.
Combátenle fuegos dos,
El uno humano y visible,
El otro santo invisible,
Que es fuego de amor de Dios.
Yo no sé á cual mas debia,
Puesto que á los dos pagaba,
Al que el cuerpo le abrasaba,
O al que el alma le encendia.
Los que estaban á mirarle,
La ira ansí se les previerte,
Que mueren por darle muerte,
Y entretiénense en matarle.
Y en medio deste tormento
No movió el santo varon
La lengua á formar razon
Que fuese de sentimiento.
Antes dicen, y yo he visto,
Que si alguna vez hablaba,
En el aire resonaba
Y cielo el nombre de Cristo.
Y cuando en el agonía
Ultima el santo se vió,
Cinco ó seis veces llamó
La Vírgen santa María.
Al fuego el aire le atiza,
Y con tal ardor revuelve,
Que poco á poco resuelve
El santo cuerpo en ceniza.
Mas ya que morir le vieron,
Tantas piedras le tiraron,
Que con ellas acabaron
Lo que las llamas no hicieron.
¡O santo Estéban segundo,
Que me asegura tu celo,

Que miraste abierto el cielo
En tu muerte desde el mundo!
Queda el cuerpo en la marina
Quemado y apedreado,
Y el alma vuelo ha tomado
Hácia la region divina.
Queda el moro muy gozoso
Del injusto yerro hecho,
El turco está satisfecho,
Y el cristiano temeroso.
Yo he venido á referiros
Lo que no pudistes ver,
Si os lo han dejado entender
Mis lágrimas y suspiros.

Saavedra. Deja el llanto, amigo, ya,
Que no es bien que se haga duelo
Por los que se van al cielo,
Sino por quien queda acá.
Que aunque parece ofendida
A humanos ojos su suerte,
El acabar con tal muerte
Es comenzar nueva vida.
Mide por otro nivel
Tu llanto, que no hay paciencia
Que las muertes de Valencia
Se venguen aquí en Argel.
Muéstrase allá la justicia
En castigar la maldad,
Muestra acá la crueldad
Cuanto puede la injusticia.

Sebastian. En tan amarga querella
¿Quién detendrá los gemidos?
Ellos con culpa punidos,
Nosotros muertos sin ella.

P. Alvarez. Bastábanos ser cautivos
Sin tener mas desconciertos,
Que si allá queman los muertos,
Abrasan acá los vivos.
Usa Valencia otros modos
En castigar renegados,
No en público condenados,
Mueran á tósigo todos.
Mas un moro viene acá,
No estemos juntos aquí,
Saavedra por allí,
Yo y Sebastian por acá.

(Éntranse.)

JORNADA II.

Salen AURELIO *y* IZUF.

Izuf. Trescientos escudos dí,
Aurelio, por la doncella,
Y estos dí al turco, que á ella
Alma y vida le rendí,
Y es poco, segun es bella.
Vendiómela de aburrido,
Diciendo que no ha podido,
Mientras la tuvo en poder,
En ningun modo traer
Al amoroso partido.
Púsela en casa de un moro,
Sin osarla traer acá,
Y allí está donde ella está
Todo mi bien y tesoro,
Y cuanta gloria amor da.
Allí se ve la bondad,
Junta con la crueldad
Mayor, que se vió en la tierra,
Y juntas sin hacer guerra
Belleza y honestidad.
No pueden prometimientos
Ablandar su duro pecho;
Veme en lágrimas deshecho,
Y ofrece siempre á los vientos
Cuantos servicios la he hecho.
No echa de ver su ventura,
Ni como el dolor me aprieta
Poco á poco suspirando,
Antes cuando yo mas blando,
Entonces ella mas dura.
A casa quiero traella
Para entregarte en tu mano
Mi gozo mas soberano;
Quizá tú podrás movella,
Siendo como ella cristiano.
Y desde aquí te prometo
Que si conduces á efeto
Mi amorosa voluntad,
De darte la libertad,
Y serte amigo perfeto.

Aurelio. En todo lo que quisieres,

He, señor, de complacerte,
Por ser tu esclavo, y por verte
Que melindres de mugeres
Te traigan de aquesta suerte.
¿De qué nacion es la dama
Que te enciende en esa llama,
Sin mirar en su interes?

Izuf. Española dicen que es.

Aurelio. ¿El nombre?

Izuf. Silvia se llama.

Aurelio. ¿Silvia? Una Silvia venia
A donde yo me embarqué,
Y segun que yo miré,
No en tanto allí se tenia.

Izuf. Esa es: yo la compré. ¡

Aurelio. Si es esa, yo sé decir
Que es hermosa sin mentir,
Y que no es tan cruda, altiva,
Que su condicion esquiva
A ninguno haga morir.
Tráela á casa, señor, luego,
Y ten las riendas al miedo,
Y tú verás si yo puedo,
Como á mis manos y ruego
Amaine el casto denuedo.

Izuf. Yo voy, y mientras se ordena
Su venida, por estrena
Del contento que me has dado,
Yo diré á mi renegado
Que te quite esa cadena. *(Vase.)*

Aurelio. ¿Qué es esto, cielos, que he oido?
Es mi Silvia? Silvia es cierto;
¿Es posible, ¡hado incierto!
¿Que he de ver quien me ha tenido
Vivo en muerte, en vida muerto?
Esta es mi Silvia, á quien llamo,
A quien sirvo, y á quien amo
Mas que todo lo del suelo.
Gracias hago y doy al cielo
Que á los dos ha dado un amo.
Tregua tengan mis enojos
Entre tanta desventura,
Pues por estraña ventura
Vendrán á mirar mis ojos
Tan singular hermosura.
Y si della está rendido
Mi amo, está conocido
Que el que la acertó á mirar,
Era imposible escapar
De preso, ó de mal herido.
Y pues tan lascivos bríos
Él descubre en sus amores,

Si nos vemos, sus dolores
Se encubrirán, y los mios
Le diré que son mayores.
Y mientras pudiere ver
Su hermosura y gentil ser,
Templaré mi desconsuelo,
Hasta que disponga el cielo
De los dos lo que ha de ser. *(Vase.)*

Salen DOS MERCADERES.

Mercader. ¿Al fin, Aidar, que en Cerdeña
Habeis hecho la galima?
Aidar. Sí, y no de poca estima,
Segun salió en la reseña.
Mercader. Dicen que os dieron caza
De Nápoles las galeras.
Aidar. Sí dieron, mas no de veras,
Que el peso las embaraza.
El ladron que va á hurtar,
Para no dar en el lazo
Ha de ir muy sin embarazo,
Para huir, para alcanzar.
Las galeras de cristianos,
Sabed, si no lo sabeis,
Que tienen falta de piés,
Y que no les sobran manos.
Y la causa es, porque van
Tan llenas de mercancías,
Que aunque bogasen seis dias,
Un ponton no alcanzarán.
Nosotros á la ligera,
Y sueltos como el fuego,
Y en dándonos caza, luego
Pico al viento, ropa fuera,
Las obras muertas abajo,
Arbol y antena en crujía,
Y ansí hacemos nuestra via
Contra el viento, sin trabajo.
Pero allí tiene la honra
El cristiano en tanto extremo,
Que asir en un trance el remo
Le parece que es deshonra.
Y mientras ellos allá
En sus trece están honrados,
Nosotros dellos cargados
Venimos sin honra acá.
Mercader. Esa honra y ese engaño
Nunca les salga del pecho,
Pues nuestro mayor provecho
Nace de su propio daño.
Un mozo de poca edad

De esos sardos, comprar quiero.

Aidar. Ya los trae el pregonero
Vendiendo por la ciudad.

Entra el PREGONERO *moro vendiendo los dos* MUCHACHOS, *y la* MADRE *y el* PADRE.

Pregonero. ¿Hay quién compre los chiquitos,
Y el viejo que es el grandazo,
Y la vieja y su embarazo?
Pues á fe que son bonitos.
Deste me dan ciento y dos,
Deste doscientos me dan.
Pero no le llevarán.
Pasa acá, perrazo, vos.

Juan. ¿Qué es esto, madre? ¿por dicha
Véndennos aquestos moros?

Madre. Sí, hijo, que sus tesoros
Les crece nuestra desdicha.

Pregonero. ¿Hay quién á comprar acierte
El niño y la madre juntos?

Madre. ¡O terribles tristes puntos,
Mas amargos que la muerte!

Padre. Sosegad, señora, el pecho,
Que pues mi Dios lo ha ordenado
Ponernos en este estado,
Él sabe porque lo ha hecho.

Madre. Destos hijos tengo pena,
Que no sé por donde han de ir.

Padre. Señora, dejad cumplir
Lo que el alto cielo ordena.

Mercader. ¿Cuánto dan deste? decid.

Pregonero. Ciento y dos escudos dan.

Mercader. ¿Por ciento y diez darle han?

Pregonero. No, si no pasais de ahí.

Mercader. ¿Está sano?

Pregonero. Sano está.

(*Abrele la boca.*)

Mercader. Abre, no tengas temor.

Juan. No me la saque, señor,
Que ella mesma se caerá.

Mercader. ¿Piensa que sacalle quiero
El rapaz alguna muela?

Juan. Paso, señor, no me duela,
Tenga, paso, que me muero.

Aidar. ¿Destotro cuánto dan dél?

Pregonero. Ducientos escudos dan.

Aidar. ¿Y por cuánto le darán?

Pregonero. Trescientos piden por él.

Aidar. Si te compro, ¿serás bueno?

Francisco. Aunque vos no me compreis,
Seré bueno.

Aidar. ¿ Serlo heis ?
Francisco. Ya lo soy, sin ser ageno.
Mercader. Por este doy ciento y treinta.
Pregonero. Vuestro es, venga el dinero.
Mercader. En casa dároslos quiero.
Madre. ¡ El corazon me revienta !
Mercader. Comprad, compañero, esotro.
Ven, niño, vente á holgar.
Juan. Señor, no he de dejar
Mi madre por ir con otro.
Madre. Ve, hijo, que ya no eres
Sino del que te ha comprado.
Juan. Ay madre! ¿ habeisme dejado?
Madre. Ay cielo, ¡cuán cruel eres!
Mercader. Anda, rapaz, ven conmigo.
Juan. ¿ Vámonos juntos, hermano?
Francisco. No puedo, ni está en mi mano;
El cielo vaya contigo.
Madre. ¡ O mi bien, y mi alegría,
No se olvide de tí Dios!
Juan. ¿ Dónde me llevan sin vos,
Padre mio, y madre mia ?
Madre. ¿ Quieres que hable, señor,
A mi hijo un momento?
Dame ese breve contento,
Pues será eterno el dolor.
Mercader. Cuanto quisieres le di,
Pues será la vez postrera.
Madre. Sí, pues esta es la primera
Que en este trance me ví.
Juan. Tenême con vos aquí,
Madre, que voy no sé donde.
Madre. La ventura se te asconde,
Hijo, pues yo te parí.
Hase escurecido el cielo,
Turbado los elementos,
Conjurado mar y vientos
Todos en mi desconsuelo.
No conoces tu desdicha,
Aunque estás bien dentro della,
Puesto que el no conocella
Lo puedes tener por dicha.
Lo que te ruego, alma mia,
Pues ya el verte se me impide,
Es que nunca se te olvide
Rezar el Ave María.
Que esta reina de bondad,
De virtud y gracia llena,
Ha de librar tu cadena,
Y ponerte en libertad.
Aidar. Mira la mala cristiana
Qué consejo da al muchacho;

Sí, que no estaba borracho
Como tú, falsa, liviana.

Juan. Madre, ¿al fin que no me quedo?
¿Que me llevan estos moros?

Madre. Contigo van mis tesoros.

Juan. A fe que me ponen miedo.

Madre. Mas miedo me queda á mí
De verte ir á do vas,
Que nunca te acordarás
De Dios, de tí, ni de mí;
Porque estos tus tiernos años
¿Qué prometen sino aquesto?
Entre inicua gente puesto,
Fabricadora de engaños.

Pregonero. Calla, vieja, mala pieza,
Si no quieres por mas mengua,
Que lo que dice tu lengua
Venga á pagar tu cabeza.
¿Destotro hay quién dé mas,
Que es mas bello y mas lozano
Que no su pequeño hermano?

Aidar. ¿Di, por cuánto le darás?

Pregonero. ¿No os he dicho, que trecientos
Escudos de oro por cuenta?

Aidar. ¿Quiés ducientos y cincuenta?

Pregonero. Eso es dar voces al viento.

Aidar. Enamorado me ha
El donaire del garzon;
Yo los doy en conclusion.

Pregonero. Dinero, y señal me da.

Aidar. Cómo te llamas me di.

Francisco. Señor, Francisco me llamo.

Aidar. Pues has mudado de amo,
Muda el Francisco en Maamí.

Francisco. Eso no, señor patron,
Francisco me has de llamar.

Aidar. El palo os hará mudar
El nombre, y aun la intencion.

Francisco. Pues me aparta el hado insano
De vos, señor, ¿qué mandais?

Padre. Hijo mio, que vivais
Como bueno y fiel cristiano.

Madre. Hijo, no las amenazas,
No los gustos y regalos,
No los azotes ni palos,
No los conciertos ni trazas,
No todo cuanto tesoro
Cubre el cielo, y sol ha visto,
Te mueva dejar á Cristo
Por seguir al pueblo moro.

Francisco. En mí se verá si puedo,
Pues mi buen Jesus me ayuda,

Como en mi alma no muda
La fe, la promesa y miedo.

Pregonero. ¡Oh qué cristiano se muestra
El rapaz! pues yo os prometo
Que alceis á tantico aprieto
El brazo, y la mano diestra.
Estos rapaces cristianos
Al principio muchos lloros,
Y despues se vuelven moros
Mejor que los mas ancianos. (*Vanse.*)

JORNADA III.

Salen IZUF, SILVIA, *y* ZARA, *y un* MORO.

Izuf. Dejad, Silvia, el llanto ahora,
Poned tregua al ansia brava,
Que no os compré para esclava,
Sino para ser señora.
Mira que imagino y creo
Que vuestra gran desventura,
Para daros mas ventura,
Ha traido este rodeo.
Con vos fortuna en su ley
No usa de nuevas leyes,
Que esclavos se han visto reyes,
Pero vos sois mas que rey.
Limpiad ya esos bellos ojos
Que sujetan cuanto miran,
Y al tiempo que se retiran,
De alma llevan los despojos.
Y no cubra el blanco velo
Esa divina hermosura,
Que es como la nieve pura,
Que impide la luz del cielo.

Silvia. Es me ya tan natural,
Señor, el llanto y tormento,
Que si me deja un momento,
Lo tengo por mayor mal;
Aunque sí estoy y estaré
Alegre al obedeceros,
Pues distes tantos dineros
Por mí, sin saber por qué.
Porque os prometo, señor,
Que de miseria y pobreza
Tengo cuanto de riqueza,
Si la riqueza es dolor.
Y de dolor soy tan rica,
Cuanto por darme pasion
Este caudal, la ocasion
Por puntos le multiplica.

Izuf. Silvia, vives engañada,
Que yo no quiero de tí,
Sino que quieras de mí
Ser servida y regalada.

Que el provecho que yo espero,
Silvia, de haberte comprado,
Es ver tu rostro estremado,
Y no doblar el dinero.
Que el amor que se mejora
En mostrar su fuerza brava,
Me ha hecho esclavo de esclava,
Esclava que es mi señora.
Y quedo tan satisfecho
De perder la libertad,
Que alabo la crueldad
Deste crudo y nuevo pecho.
Y porque lo que aquí digo
Lo entiendas, Silvia, mejor,
Nunca me llames señor,
Sino siervo ó caro amigo.

Silvia. Aunque tamaña mudanza
Ha hecho el cielo en mi estado,
No entiendas se me ha olvidado
El término de crianza.
Bien sé como he de llamarte,
Y sé que es de obligacion
Que en lo que fuere razon,
Procure de contentarte.

Izuf. Tu habla tan comedida,
Tu donaire, y gracia, y ser
Claro me da á entender
Que eres, Silva, bien nacida.
Y aunque pudiera esperar
De tí un rescate crecido,
A tal término he venido,
Que tú me has de rescatar.
Mas en tanto que á la clara
Veas cuanto hago por tí,
Ven, Silvia, vente tras mí,
Verás á tu ama Zara.

Silvia. Vamos, señor, en buena hora.

Izuf. Silvia, no tanto señor,
Pues la ventura y amor
Os ha hecho á vos mi señora.

Zara. Seais, Izuf, bien llegado:
¿Cuya es la esclava?

Izuf. Mia.

Silvia. Vuestra soy, señora mia.

Izuf. Vuestra es, yo la he comprado.

Zara. Por cierto la compra es bella,
Si cual hermosa es honesta.
Decid, señor, ¿cuánto cuesta?

Izuf. Dado he mil doblas por ella.

Zara. ¿Espera ser rescatada?

Izuf. De muy rica tiene fama.

Zara. ¿Su nombre?

Izuf. Silvia se llama.
Zara. ¿Es doncella, ó es casada?
Silvia. Casada soy, y doncella.
Zara. ¿Cómo es eso, Silvia, di?
Silvia. Señora, ello es ansí,
Que ansí lo quiso mi estrella.
El cielo me dió marido
No para que le gozase,
Sino para que quedase
Yo perdida, y él perdido.
Moro. Izuf, á llamar te envia
El rey apriesa nuestro Azan.
Izuf. ¿Dónde está?
Moro. En el Duan,
Metido en grande agonía.
Amés, Jemí, Zaragá,
Y los Balucos Bajíes,
Y todos los Debajíes,
Y el Dajés están allá.
Hanse juntado á consejo
Sobre que se ha averiguado
Que el rey de España ha juntado
De guerra grande aparejo.
Dicen que va á Portugal,
Mas témese no sea maña,
Y es bien que tema su saña
Argel, que le hace mas mal.
En la guerra hay mil ensayos,
De fraudes y astucias llenos;
Acullá suenan los truenos,
Acá disparan los rayos.
Izuf. Vamos, que el cielo que toma
Por suya nuestra defensa,
A España hará con su ofensa
Sujeta y sierva á Mahoma.
Y vos, señora, ordenad
A Silvia lo que ha de hacer;
Y vos, Silvia, á su querer
Sujetad la voluntad.
Zara. Cristiana, ¿de dónde eres?
¿Eres pobre, ó eres rica?
¿De suerte ensalzada ó chica?
No me lo niegues, si quieres:
Porque soy cual tú muger,
Y no de entrañas tan duras,
Que tus tristes desventuras
No me hayan de enternecer.
Silvia. Señora, soy de Granada,
Y de suerte ansí abatida,
Cual lo muestra el ser vendida,
Y á cada paso comprada.
Dicen que fuí rica un tiempo,

Pero toda mi riqueza
Se ha vuelto en mayor pobreza,
Y ha pasado con el tiempo.

Zara. ¿Has algun tiempo tenido
Enamorado deseo?

Silvia. Al estado en que me veo
El crudo amor me ha traido.

Zara. ¿Fuiste acaso bien querida?

Silvia. Fuílo, y quise con ventaja
Tal, que apenas la mortaja
Borrará fe tan subida.

Zara. ¿Fuiste querida primero,
U empezó el amor de tí?

Silvia. Primero querida fuí
Del que quise, querré, y quiero.

Zara. ¿Es mozo?

Silvia. Y aun gentil hombre.

Zara. ¿Es cristiano?

Silvia. ¿Pues qué moro?
No sale de su decoro
Quien ha de cristiano nombre.

Zara. ¿Y es pecado querer bien
A un moro?

Silvia. Yo no sé nada,
Sé que es cosa reprobada,
Y á cristianos no está bien.

Zara. ¿Y querer mora á cristiano?

Silvia. Eso tú mejor lo entiendes.

Zara. ¡Ay, Silvia, cómo me ofendes
Y me lastimas temprano!

Silvia. ¿Yo, mi señora, en qué suerte?

Zara. Escucha, y te lo diré,
Que escuchándome, bien sé
Que vendrás á enternecerte.
Has de saber, o Silvia, que estos dias,
Partieron deste puerto con buen viento
Doce bajeles de corsarios todos,
Y con próspero viento caminaron,
A vuelta de las islas de Cerdeña,
Y allí en las calas, vueltas y revueltas,
Y puntas que la mar hace y revuelve,
Se fueron á esconder, estando alerta
De algun bajel de Génova, ó España,
O de otra nacion, que no fuese francesa:
Y presto un bravo viento se levanta
Que maestral se llama, cuya furia
Dicen los marineros que es tan grande,
Que las túpidas velas y las jarcias
Del mas recio navío y mas armado
No pueden resistirle, y es forzoso
Acudir al abrigo mas cercano,
Si su rigor acaso lo concede.

Las levantadas olas y el ruïdo
Del atrevido viento detenia
Los corsarios bajeles en los cabos,
Sin dejarles salir al mar á viento,
Y en otra parte con furor insano
Mostrando su braveza fatigaba
Una galera de cristiana gente
Y de riquezas llena, que corriendo
Por el hinchado mar sin remo alguno
Venia á su albedrío, temerosa
De ser sorbida de las bravas ondas;
Pero despues al cabo de tres dias
Del recio mar y viento contrastada,
Descubrió tierra, y fuè el descubrimiento
De su mayor dolor y desventura,
Porque á la misma isla de San Pedro
Vino á parâr, adonde recogidos
Estaban los bajeles enemigos,
Los cuales, de la presa cudiciosos,
Salen, y de ardor bélico adornados
A la galera acometen destrozada,
Y de solos deseos defendida:
Una pelota pasa en el momento
Al capitan el pecho, y á su lado
Del lusitano fuerte muerto cae
Un caballero ilustre valenciano.
El robo, las riquezas, los cautivos,
Que los turcos hallaron en el seno
De la triste galera, me ha contado
Un cristiano que allí perdió la dulce
Y amada libertad, para quitarla
A quien quiere rendirse á su rendido.
Y este cristiano, Silvia, este cristiano,
Este cristiano, Silvia, es quien me tiene
Fuera del ser que á moras es debido,
Fuera de mi contento y alegría,
Fuera de todo gusto, y estoy fuera,
Que es lo peor, de todo mi sentido.
Compróle mi marido, y está en casa,
Y puesto que con lágrimas y ruegos,
Con suspiros, ternezas, y con dádivas
Procuro de ablandar su duro pecho
Al mio, que contino es blanda cera,
El suyo se me muestra de diamante:
Ansí que, Silvia hermana, como has dicho
Que al cristiano no es lícito dé gusto
En cosas del amor á mora alguna,
Tus razones me tienen ofendida,
Y con aquesas mismas se defiende
Aurelio, á quien ha hecho tan cristiano
El cielo para darme á mí la muerte.

Silvia. ¿ Aurelio, dices, que por nombre tiene
Ese cristiano?
Zara. Ansí se llama.
Silvia. La galera que dices segun creo
Se llamaba San Pablo, y era nueva,
De la sacra religion de Malta,
Yo en ella me perdí, y aun imagino
Que conozco á ese Aurelio, y es un mozo
De rostro grave, y de nacion hispana.
Zara. Sin dubda has acertado, Silvia mia,
¿ Quién es este enemigo de mi gloria?
¿ Es caballero, ó rustico aldeano?
Que todo lo parece en su postura,
Y dura condicion; el talle ilustre
De la ciudad, la condicion del monte.
Silvia. A mí pobre escudero me parece,
Segun en la galera se trataba,
Que de su hacienda no sé mas, señora.
Zara. Ni yo sé que te diga, Silvia mia,
Sino que á tal extremo soy venida,
Que le tengo de amar sea quien se fuere;
Solo te ruego, que procures, Silvia,
De ablandar esta fiera tigre hircana,
Y atraerle con dulces sentimientos
A que sienta la pena que padece
Esta mísera esclava de su esclavo:
Y si esto, Silvia, haces, yo te juro
Por todo el Alcoran de buscar modo
Como con brevedad alegre vuelvas
Al patrio dulce suelo deseado.
Silvia. Deja, señora, el cargo á Silvia dello,
Que tú verás lo que mi industria hace
Por gusto tuyo y por provecho mio.

JORNADA IV.

Salen los tres morillos, y los cautivos, que van unos por agua y otros por leña, que son SAAVEDRA, SEBASTIAN, PEDRO ALVAREZ.

Morillo. Don Juan no venir, y no fujir, acá morir.
Otro Moro. Acá morir.
Otro Moro. Acá morir, no fujir, acá morir.
Saavedra. Vendrá su hermano el ínclito Filipo,
El cual sin duda ya venido hubiera,
Si la cerviz indómita y erguida
Del luterano Flandes no ofendiese
Tan sin vergüenza su real corona.
Morillo. No rescatar, no fujir, Don Juan no venir, acá morir.
P. Alvarez. Si él acaso viniera, yo sé cierto,
Muriérades vosotros, gente infame.
Otro Moro. Don Juan no venir, no fujir, acá morir.
P. Alvarez. Primero veré yo puestas por tierra
Estas flacas murallas, y este nido
Y cueva de ladrones abrasado,
Pena que justamente le es debida
A sus continuos y nefandos vicios.
Saavedra. Será nunca acabar si respondemos,
Déjalos ya, Pedro Alvarez, amigo,
Que ellos se cansarán; y dime agora
Si todavía piensas de huirte.
P. Alvarez. ¿Y cómo?
Saavedra. ¿En qué manera?
P. Alvarez. Por tierra,
Que no puedo de otra suerte ni otro modo.
Saavedra. ¿Pues un negocio tal ansina emprendes?
P. Alvarez. ¿Pues qué quieres que haga, Saavedra?
Que mis ancianos padres ya son muertos,
Y un hermano que tengo, se ha entregado
En la hacienda y bienes que dejaron,
El cual es tan avaro, que aunque sabe
La esclavitud amarga que padezco,
No quiere dar para librarme della
Un real de mi mismo patrimonio.
Como esto considero, y veo que tengo
Un amo cruel, como tú sabes,
El cual piensa que soy yo caballero,
Y que no hay modo que limosna alguna

Llegue á dar el dinero que él me pide,
Y la insufrible vida que padezco,
De hambre, desnudez, cansancio y frio,
Determino morir antes huyendo,
Que vivir una vida tan mezquina.

Saavedra. ¿Has hecho la mochila?

P. Alvarez. Sí, ya tengo
Cosa de diez libras de bizcocho bueno.

Saavedra. Pues hay de aquí á Oran sesenta leguas,
¿Y no piensas llevar mas de diez libras?

P. Alvarez. No, porque tengo ya hecha una pasta
De harina y huevos, y con miel mezclada,
Y cocida muy bien, la cual me dicen,
Que da muy poco della gran sustento.
Si aquesto me faltare, algunas yerbas
Pienso comer con sal, que tambien llevo.

Saavedra. ¿Zapatos llevas?

P. Alvarez. Tres pares buenos.

Saavedra. ¿Sabes bien el camino?

P. Alvarez. Ni por pienso.

Saavedra. ¿Pues cómo piensas ir?

P. Alvarez. Por la marina,
Que agora como es tiempo de verano,
Los alárabes todos á la sierra
Se retiran, buscando el fresco viento.

Saavedra. ¿Llevas algunas señas por do entiendas
Cuál es de Oran la deseada tierra?

P. Alvarez. Sí llevo, y sé que he de pasar primero
Dos rios, el uno dellos es nombrado
El rio del Azafran, que está aquí junto,
El otro, de Hiquina, que es mas lejos,
Cerca de Mostagan, y aunque derecha,
Está una levantada y alta cuesta,
Que dicen que se llama el cerro Gordo,
Y puesto encima della se descubre
Frente por frente un monte, que es la silla
Que sobre Oran levanta la cabeza.

Saavedra. ¿Caminarás de noche?

P. Alvarez. ¿Quién lo dubda?

Saavedra. ¿Por montañas, por montes, por honduras
Te atreves á pasar en las tinieblas
De la cerrada noche, sin camino
Ni senda que te guie adonde quieres?
¡O libertad, y cuánto eres amada!
Amigo caro, el cielo santo haga
Salir con buen suceso tu trabajo,
Que yo me voy al mio, que es ya hora.
Dios te acompañe.

P. Alvarez. Y él vaya contigo.

Sale la mora al encanto, en entrándose estos.

Fátima. El esperado punto es ya llegado
Que pide la no vista hechicería,
Para poder domar el no domado
Pecho, que domará la ciencia mia.
Por la region del cielo estrellado
Carro lleva la noche oscura y fria,
Y la ocasion me llama, do haré cosas
Horrendas, estupendas y espantosas.
El cabello dorado al aire suelto
Tiene de estar, el cuerpo desceñido,
Descalzo el pié derecho, el rostro vuelto
Al mar, adonde el sol sea zabullido,
Al brazo este sartal será revuelto
De las piedras preñadas que en el nido
Del águila se hallan, y esta cuerda
Con mi intincion la virtud suya acuerda.
Aquestas cinco cañas, que cortadas
Fueron en la luna llena por mi mano,
En esta misma forma acomodadas,
Lo que quiero háran fácil y llano.
Tambien estas cabezas arrancadas
Del gávilo, serpiente en el verano,
Hasta en la obra me aprovechan,
Y aun estos granos si en el suelo se echan.
Esta carne quitada de la frente
Del ternezuelo potro cuando nace,
Cuya virtud probada y excelente
En todo mi deseo satisface,
Envuelta en esta yerba, á quien el diente
Tocó del corderillo cuando nace,
Hará que Aurelio venga cual cordero
Mansísimo y humilde á lo que quiero.
Esta figura que de cera es hecha,
En el nombre de Aurelio fabricada,
Será con dura mano y blanda flecha
Por medio el corazon atravesada:
Quedará luego Zara satisfecha
De aquella voluntad desordenada,
Y el helado cristiano vendrá luego
Ardiendo en amoroso y vivo fuego.
A vosotros, o justo Radamanto
Y Mínos, que con leyes inmutables
En los oscuros reinos del espanto
Regis las almas tristes miserables,
Si acaso tiene fuerza el ronco canto,
O murmurios de versos deleitables,
Por ellos os conjuro, ruego y pido
Ablandeis este pecho endurecido.
Rápida, Ronca, Run, Ras, Parisforme,

Grandura, Denclifaz, Pantasilonte,
Ladrante, tragador, falso y disforme,
Arbárico pestífero del monte,
Erebo, engendrador del rostro inorme
De todo fiero dios, á punto ponte,
Ven sin detenerte á mi presencia,
Si no desprecias la zoroastria ciencia.

Furia. La fuerza incontrastable de tus versos
Y murmurios perversos me han traido
Del reino del olvido á obedecerte;
Mas, o mora, que el verte en esta impresa
Infinito me pesa, porque entiendo
Que es ir tiempo perdiendo.

Fátima. ¿Por qué causa?

Furia. Pon al conjurar pausa, y al momento
Satisfaré tu intento en lo que pides,
Si acaso tú te mides y acomodas
Con mis palabras todas y consejos:
Todos tus aparejos son en vano,
Porque un pecho cristiano que se arrima
A Cristo, poco estima hechicerías:
Por muy diversas vias te conviene
Atraerle á que pene por tu amiga.

Fátima. ¿Ansí que esta fatiga no aprovecha?

Furia. En balde ha sido hecha, mas escucha,
Que con presteza mucha y sin rodeo
Cumplirás tu deseo en este modo.
En el infierno todo no hay quien haga
Mas cruda y fiera plaga entre cristianos,
Aunque tengan mas sanos corazones
Y limpias intinciones, que es la dura
Necesidad que apura la paciencia:
No tiene resistencia esta pasion.
La otra es la Ocasion: si estas dos vienen
Y con tu Aurelio tienen estrecheza,
Verás á su braveza derribada
Y en blandura trocada, y con sosiego
Regalarse en el fuego de Cupido.

Fátima. Pues esas dos te pido que me invies,
Y que no te desvies desta impresa.

Furia. Tu mandado haré con toda priesa. (*Vanse.*)

Salen AURELIO *y* SILVIA.

Aurelio. Dado me ha la fortuna por descuento
De todo mi trabajo, Silvia mia,
La gloria del mirarte, y el contento.
Mi pena será vuelta en alegría
De hoy mas, pues que te veo, Silvia amada,
Y mi cerrada noche en claro dia.

Silvia. Yo soy, mi bien, la bien afortunada,
Pues que torno á gozar de tu presencia,

De lo que estaba ya desconfiada.

Aurelio. ¿Cómo os ha ido, esposa, en esta ausencia,
En poder desta gente, que no alcanza
Razon, virtud, almas, conciencia?

Silvia. Como he tenido y tengo la esperanza
Puesta en el Hacedor de tierra y cielo,
Con cristiana y sigura confianza
Por su bondad, aun tengo el casto velo,
Y tanto con su ayuda santa espero
No tener de mancharle algun recelo.

Aurelio. Sabrás, esposa amada, que el artero
Y vengativo amor ha salteado
Con áspero rigor airado y fiero
El pecho de mi ama, y le ha llagado
De una llaga incurable, pues le tiene
Deste pecho que es tuyo, enamorado,
Y á do quiera que voy conmigo viene,
Y segun que la mora me declara,
Solo con el mirarme se entretiene.

Silvia. Todo ese cuento ya me ha dicho Zara,
Y me ha pedido que yo á vos os pida
No querais desdeñarla ansí á la clara:
Tambien no pasa menos triste vida
Izuf, nuestro amo, que tambien me adora
Con fe, que á lo que creo, no es fingida.

Aurelio. ¡O pobre moro, y desdichada mora,
Cómo inviais en vano al vano viento
Vuestros vanos suspiros de hora en hora!
Tambien me ha dicho Izuf todo su intento,
Y me ha rogado, que yo á vos os ruegue
Algun alivio deis á su tormento;
Mas antes con airada furia llegue
Una saeta que me pase el pecho,
Y esta alma de las carnes se despegue,
Que tan á costa mia su provecho
Y tan en daño nuestro procurase,
Aunque él queda de mí bien satisfecho.

Silvia. Si en este caso, Aurelio, nos bastase
Mostrar á estos voluntad trocada,
Sin que el daño adelante mas pasase,
Tendríalo por cosa yo acertada,
Porque deste fingir se grangearia
El no estorbarnos nuestra vista amada:
Decir á Zara que por causa mia
No te muestras tan áspero, y al moro
Decir que mucho puede tu porfía,
Y guardando los dos este decoro
Con discrecion, podremos fácilmente
Aplacar con el vernos nuestro lloro.

Aurelio. El parecer que has dado es excelente,
Y haráse cual ordenas, y entre tanto
Quizá se aplacará el hado inclemente:

Yo escribiré á mis padres el quebranto
En que estamos los dos: tú, Silvia, puedes
Escribir á los tuyos otro tanto.
Y porque á veces tienen las paredes,
Como dicen, oidos, Silvia mia,
Agradeciendo al cielo estas mercedes,
Pasemos esta plática á otro dia. (*Vanse.*)

Salen PEDRO ALVAREZ *que se va, y otro* CAUTIVO *que huye, y dos* MOROS *que le cogen y le vuelven.*

P. Alvarez. Este largo camino,
Tanto pasar de breñas y montañas,
Y el bramido contino
De fieras alimañas
Me tienen de tal suerte,
Que pienso de acabarlo con la muerte.
El pan se me ha acabado,
Y roto entre jarales el vestido,
Los zapatos rasgados,
El brio consumido,
De modo que no puedo
Un pié del otro pié pasar un dedo.
Ya la hambre me aqueja,
Y la sed insufrible me atormenta,
Ya la fuerza me deja,
Y espero desta afrenta
Salir con entregarme
A quien de nuevo quisiere cautivarme.
Y he ya perdido el tino,
No sé cuál es de Oran la cierta via;
Ni senda, ni camino,
La triste suerte mia
Me ofrece; ¿y qué hace al caso?
Que aunque le hallase, no hay mover el paso.
Vírgen bendita y bella,
Remediadora del linage humano,
Sed vos aquí la estrella,
Que en este mar insano
Mi pobre barça guie,
Y de tantos peligros la desvie.
Vírgen de Monserrate,
Que esas ásperas sierras haceis cielo,
Inviadme rescate,
Sacadme deste duelo,
Pues es hazaña vuestra
Al mísero caido dar la diestra.
Entre estas matas quiero
Esconderme pues que es entrado el dia,
Aquí morir espero.
Santísima María,

En este trance amargo
El cuerpo y alma dejo á vuestro cargo.

Sale un LEON *y échase junto á él, y sale luego el otro* CAUTIVO *que tambien se va.*

Cautivo. Estas pisadas no son
De moro, por cierto, no,
Cristiano las estampó,
Que con la mesma intincion
Debe de ir, que llevo yo.
De alárabes las pisadas
Son anchas y mal formadas,
Porque es ancho su calzado,
El nuestro mas escotado,
Y ansí son diferenciadas.
Yo seguro que no está
Muy lejos de aquí escondido,
Porque el rastro he ya perdido;
Mas el sol alto va ya,
Y yo mal apercibido.
Aquí me quiero esconder,
Hasta que al anochecer
Torne á seguir mi viaje,
Que en este mismo paraje
Mostagan viene á caer.
Porque el sol sale de allí,
El norte hácia allá se inclina,
No está lejos la marina.
¡Oh qué mal estoy aquí!
Buen Jesus, tú me encamina,
Que mucho alárabe pasa
Por esta campaña rasa:
Si me he acertado á esconder,
No me despido de ver
Mis hijos, muger, y casa.

Entran dos MOROS *por él.*

Moro. Zaramir ara furir.

(*Recuerda* PEDRO ALVAREZ.)

P. Alvarez. ¿Santo Dios, qué es lo que veo?
Que aunque sois fiero leon,
Saltos me da el corazon;
Cumplido se ha mi deseo,
Libre soy ya de pasion.
Pues lo quiere mi ventura
Este con su fuerza dura
Mis dias acabará,
Y su vientre servirá
Al cuerpo de sepultura.
Pero tanta mansedumbre
No se vió ansí fácilmente
En animal tan valiente,

Aunque su fiera costumbre
Muestra á las veces clemente.
¿Mas quién sabe si movido
El cielo de mi gemido,
Este leon me ha enviado
Para ser por él tornado
Al camino que he perdido?
Sin duda es divina cosa,
Y asegúrame este intento,
Que en mí espíritu siento
Con fuerza maravillosa,
Y nuevo y crecido aliento.
Y ya es caso averiguado
Que otro leon ha llevado
A la Goleta un cautivo,
Que le halló en un monte esquivo
Huido y descarriado.
Obra es esta, Vírgen pia,
De vuestra divina mano,
Porque ya está claro y llano,
Que el hombre que en vos confia,
Espera, y no confia en vano.
Espérame, compañero,
Que ya determino y quiero
Seguir do quiera que fueres,
Que ya me parece que eres
No leon, sino cordero.

JORNADA V.

Empiézanla PEDRO ALVAREZ, *y el* LEON.

P. Alvarez. Nunca menos con afan
He caminado camino,
Y segun que yo imagino,
No está muy lejos Oran:
Gracias te doy, Rey divino.
Vírgen pura, á vos alabo,
Y ruégoos lleveis al cabo
Tan extraña caridad,
Que si me dais libertad,
Prometo seros esclavo.
(*Éntrase.*)

Salen OCASION *y* NECESIDAD.

Ocasion. Necesidad, fiel ejecutora
De cualquiera delito que se ofrece,
La pública Ocasion y la secreta
Ya ves cuan apremiadas y forzadas
Del cruel infernal habemos sido,
Para venir á combatir la roca
Del pecho encastillado de un cristiano
Que está rebelde, y mas, que no teme
Del niño y fiero dios la grande fuerza.
Es menester que esta le solicites,
Y te le muestres siempre á todas horas
En el comer, en el beber, en todas
Las cosas que pensare y pretendiere.
Yo de mi parte de contino pienso
Ponérmele delante, y la miseria
De mis pocos cabellos ofrecerle,
Y detener mi vuelo, porque pueda
Asirme della, cosa poco usada
De mi ligera condicion y presta.
Necesidad. Bien puedes, Ocasion, estar segura,
Que yo haré por mi parte maravillas,
Si tu favor y ayuda no me falta.
Pero ves aquí viene el indomable,
Apercíbete, hermana, y derribemos
La vana presuncion deste cristiano.

Sale AURELIO.

Aurelio. ¿Qué no ha de ser posible, pobre Aurelio,
El defenderte desta mora infame,
Que por tantos caminos te persigue?
Sí será, si no me niega el cielo
El favor que hasta aquí no me ha negado.
De mil astucias usa y mil maneras
Para traerme á su lascivo intento,
Ya me regala, ya me vitupera,
Ya me mata de hambre y de miseria.
Necesidad. Grande es por cierto, Aurelio, la que tienes.
Aurelio. Grande necesidad es la que paso.
Necesidad. Rotos traes los zapatos y el vestido.
Aurelio. Zapatos y vestido tengo rotos.
Necesidad. En un pellejo duermes, y en el suelo.
Aurelio. En el suelo me acuesto, y en un pellejo.
Ocasion. Pues yo sé, si quisieses, que hallarias
Ocasion de salir dese trabajo
Muy presto, sin contraste, á poca costa.
Aurelio. Pues yo sé, si quisiese, que hallaria
Ocasion de salir deste trabajo
Muy presto, sin contraste, á poca costa.
Ocasion. Con no mas que querer á tu ama Zara,
O con dar muestras solo de querella.
Aurelio. Con no mas de querer bien á mi ama,
O fingir que la quiero, me bastaba.
¿Mas quién podrá fingir lo que no quiere?
Necesidad. Necesidad te fuerza á que lo hagas.
Aurelio. Necesidad me fuerza á que lo haga.
Ocasion. ¡Cuán rica es para tí, y cuán hermosa!
Aurelio. ¡Cuán rica y cuán hermosa que es mi ama!
Necesidad. Y liberal, que hace mas al caso,
Que te dará á monton lo que quisieres.
Aurelio. Y siendo liberal y enamorada,
Daráme todo cuanto le pidiere.
Ocasion. Estraña es la ocasion que se te ofrece.
Aurelio. Estraña es la ocasion que se me ofrece,
Mas no podrá torcer mi hidalga sangre
De lo que es justo, y á sí misma debe.
Ocasion. ¿Quién tiene de saber lo que tú haces?
Que un pecado secreto aunque sea grave,
Cerca tiene el remedio y la disculpa.
Aurelio. ¿Quién tiene de saber lo que yo hago?
Y un pecado secreto, aunque sea grave,
Cerca tiene el remedio y la disculpa.
Ocasion. Y mas, que la ocasion mil ocasiones
Te ofrecerá secretas y escondidas.
Aurelio. Y mas que á cada paso se me ofrecen
Infinitas secretas ocasiones.
Cerrar quiero con una. Aurelio, paso,

Que no es de caballero lo que piensas,
De lo que á Cristo y á su sangre debes.

Necesidad. Misericordia tiene y tuvo Cristo,
Con que perdona siempre las ofensas
Que por necesidad pura se hacen.

Aurelio. Pero bien sabe Dios que aquí me fuerza
Pura necesidad, y esta reciba
El cielo por disculpa de mi culpa.

Ocasion. Ahora es tiempo, Aurelio, ahora puedes
Asir á la ocasion por los cabellos;
Mira cuan blanda, dulce y amorosa
La mora hermosa viene á tu mandado.

Sale ZARA.

Zara. Aurelio, ¿ solo estás?

Aurelio. Y acompañado.

Zara. ¿ De quién?

Aurelio. De un amoroso pensamiento.

Zara. ¿ Quién fué la causa?

Aurelio. Si te la dijese,
Podrá ser que ya no me llamases
Riguroso ó cruel desamorado.

Necesidad. Obrando va tu fuerza, compañera.

Ocasion. ¿ Pues no ha de obrar? Escucha en lo que pára.

Zara. Sígueme, Aurelio, y entremos en mi casa.

(*Vase.*)

Aurelio. Sí seguiré, señora, que ya es tiempo
De obedecerte, pues que soy tu esclavo.

Necesidad. Por tierra va, Ocasion, el fundamento
Del bizarro cristiano, ya se rinde.

Ocasion. Tales combates juntos le hemos dado.
Entrémonos con Zara en su aposento,
Y allá de nuevo, cuando Aurelio entrare,
Tornaremos á dalle tientos nuevos.

Éntranse NECESIDAD *y* OCASION, *y queda* AURELIO.

Aurelio. Aurelio, ¿dónde vas? ¿para dó mueves
El vagaroso paso? ¿quién te guia?
¿Con tan poco temor de Dios te atreves
A contentar tu loca fantasía?
Las ocasiones fáciles y leves
Que el lascivo regalo al alma invia,
Tienen de persuadirte y derribarte,
Y al vano y torpe amor blando entregarte.
¿ Es este el levantado pensamiento,
Y el propósito firme que tenias,
De no ofender á Dios, aunque en tormento
Acabases tus torpes tristes dias?
¿Tan presto has ofendido y dado al viento

Las justas y amorosas fantasías,
Y ocupas la memoria de otras vanas,
Deshonestas, infames, y livianas?
Vaya lejos de mí el intento vano,
Afuera pensamiento mal nacido,
Que el loco enredador de amor insano
De otro mas limpio amor será rompido.
Cierto, cristiano soy, y he de vivir cristiano;
Y aunque á términos tristes conducido,
Dádivas, promesas, ó astucias y arte,
No hará que un punto de mi Dios me aparte.

Sale FRANCISQUITO, *cautivo.*

Francisco. ¿Has visto, Aurelio, á mi hermano?
Aurelio. ¿Dices Juanico?
Francisco. Sí.
Aurelio. Poquito ha que le ví.
Francisco. ¡O santo Dios soberano!
Aurelio. ¿Padeceis algun tormento?
Francisco. Sí, padezco una fatiga
Que no sé como la diga
Segun la pena que siento.
Y no querais saber mas
Para entender mi cuidado,
Sino que mi hermano ha dado
El ánima á Satanas.
Aurelio. ¿Ha renegado por dicha?
Francisco. ¿Dicha llamas renegar?
Si él lo viene á efectuar,
Ello será por desdicha.
Ha dado ya la palabra,
Que esto, hermano, es lo que siento,
De ser turco, y este intento
Con regalos siempre labra.
Aurelio. Vesle, Francisco, á do asoma;
Bizarro viene por cierto.

Entre JUANICO, *vestido como turco bizarro.*

Francisco. Estos vestidos le han muerto:
Que él, ¿qué sabe de Mahoma?
Aurelio. Vengais norabuena, Juan.
Juan. No sabeis que ya me llamo...
Aurelio. ¿Cómo?
Juan. Ansí como mi amo.
Francisco. ¿En qué modo?
Juan. Soliman.
Francisco. Tósigo fuera mejor:
Que envenenara aquel hombre

Que á este ha mudado el nombre.
¿Qué es lo que dices, traidor?

Juan. Pero poquito de aquesto,
Que yo lo diré á mi amo;
Porque Soliman me llamo,
Me amenaza, bueno es eso.

Francisco. Abrázame, dulce hermano.

Juan. Hermano, ¿de cuándo acá?
Apártese el perro allá,
No me toque con la mano.

Francisco. ¿Porqué conviertes en lloro
Mi contento, hermano mio?

Juan. Ese es grande desvarío:
¿Hay mas gusto que ser moro?
Mira este galan vestido
Que mi amo me le ha dado,
Y otro tengo de brocado
Muy mas rico y mas pulido.
Alcucuz como sabroso,
Corbeta de azúcar bebo,
Y el carden, que es dulce, bebo,
Y el pilao, que es provechoso,
Y en balde trabajaré
De aplacarme con tu lloro;
Mas si tú quieres ser moro,
A fe que lo acertarás,
Toma mis consejos sanos
Y veràste mejorado;
Y quedaos, porque es pecado
Hablar tanto con cristianos.

(*Vase con mucha gravedad, haciendo burla.*)

Aurelio. ¿Hay desventura igual en todo el suelo?
¡Qué red tiene el demonio aquí tendida,
Con que estorba al cristiano ir al cielo!

Francisco. ¡O tierna edad, cuán presto eres vencida!
Siendo en esta Sodoma recuestada
Y con falsos regalos combatida.

Aurelio. ¡Oh cuán bien la limosna es empleada
En rescatar muchachos, que en sus pechos
No está la santa fe bien arraigada!
¡Oh si de hoy mas en caridad deshechos
Se viesen los cristianos corazones,
Y fuesen en el dar no tan estrechos,
Para sacar de grillos y prisiones
Al cristiano cautivo, especialmente
A los niños de flacas intenciones!
Esta santa obra en sí tan excelente,
Que en ella sola están todas las obras
Que al cuerpo y alma tocan juntamente.

Al que rescatas, de peligro cobras;
Reduces á su patria al peregrino,
Quítasle de cien mil y mas zozobras;
De hambre que le aflige de contino,
Y de la insufrible sed y de consejos,
Que procura cerrarles el buen camino;
De muchos y continos aparejos,
Que aquí tiene el demonio, con que toma
A muchachos estraños, y aun á viejos.
¡O fementida seta de Mahoma,
Ancha, lasciva, poco escrupulosa,
Con qué facilidad los simples doma!

Francisco. ¿Mándasme, buen Aurelio, alguna cosa?

Aurelio. Dios te guie, Francisco, ten paciencia;
Que la mano bendita poderosa
Curará de tu hermano la dolencia.

Entra SILVIA.

Silvia. ¿Dó vas, Aurelio, dulce amado esposo?

Aurelio. A verte, Silvia, pues tu vista sola
Es el perfeto alivio á mis trabajos.

Silvia. Tambien á verte yo, mi caro Aurelio,
Es el remedio de mis graves penas.

(*Abrázanse y salen sus amos.*)

Zara. ¿Perra, esto se sufre ante mis ojos?

Izuf. Falso, traidor, ¿esclavo con la esclava?

Zara. No, no, señor, no tiene culpa Aurelio,
Que al fin es hombre, sino aquesta perra esclava.

Izuf. La esclava no, señora, este malvado,
Forzador, inventor de mil embustes,
Tiene la culpa destas desvergüenzas.

Zara. Si esta lámida, si esta descarada,
No diera la ocasion, no se atreviera
Aurelio ansí abrazarla estrechamente.

Aurelio. No por cierto, señores, no ha nacido
Nuestras desenvolturas de ocasiones
Lascivas segun dan la muestra dello,
Sino que á Silvia le rogaba ahora
Me hiciese una merced, que ha muchos dias
Que se la pido, y no por mi interese,
Y ella tambien á mí me habia persuadido
Que un servicio le hiciese, que conviene
Para servir mejor la casa vuestra,
Y por habernos concedido entrambos
Aquello que pedia el uno al otro,
En señal de contento nos hallastes
De aquel modo que vistes, abrazados,
Sin manchar los honestos pensamientos.

Izuf. ¿Es verdad esto, Silvia?
Silvia. Verdad dice.
Izuf. ¿Qué le pediste tú á él?
Silvia. Poco te importa
Saber lo que yo á Aurelio le pedia.
Zara. ¿Concediótelo al fin?
Silvia. Como yo quise.
Izuf. Entraos á dentro, que por fuerza os creo,
Porque si no os creyese, convendria
Castigar vuestra culpa con mil penas. (*Vanse.*)
Sabreis, señora, que en este mismo punto,
Viniendo por el Zoco, me fué dicho
Como el rey me mandaba que llevase
A Silvia y á Aurelio á su presencia,
Y tengo para mí, que algun tresleño
Y mal cristiano, que á los dos conoce,
Al rey debe de haber ya declarado
Como son de rescate estos cautivos,
Y como el rey está tan mal conmigo,
Porque aceptar no quise el cargo y honra
De repasar los fosos y murallas,
Quiéremelos quitar sin dubda alguna.
Zara. El remedio que en esto se me ofrece,
Es advertir á Aurelio que no diga
Al rey que es caballero, sino un pobre
Soldado que iba á Italia, y que esta Silvia
Es su muger, y si esto el rey resiste,
No querrá por el tanto que costaron,
Quitártelos, que el precio es muy subido.
Izuf. Muy bien dices, señora: bien, entremos
Y demos este aviso á los dos juntos.

Entranse, y salen á poner un estrado con cuatro almohadas para el REY, *donde se sienta, y salen acompañándole cuatro ó cinco moros, y tambien sale delante el chiquillo renegado* JUANICO.

Rey. De ira y de dolor hablar no puedo,
Y es la ocasion de mi pesar insano
El ver que don Antonio de Toledo
Ansí se me ha escapado de la mano.
Los arraces ufanos, con el miedo
Que yo no les tomase su cristiano,
A Tituan con priesa lo llevaron,
Y en siete mil ducados le tallaron.
¿Un tan ilustre y rico caballero
Por tal vil precio distes, vil canalla?
¿Tanto os acudiciastes al dinero?
¿Tan grande os pareció que era la talla,
Que le añadistes otro compañero,
El cual solo pudiera bien pasalla?
¿Francisco de Valencia no podia

Pagar solo por sí mayor cuantía?
En fin, favorecióle la ventura
Que pudo mas que no mi diligencia,
Que esta es la que concluy e y asegura
Lo que no puede hacer humana ciencia.
Conocieron en tiempo y coyuntura,
Y huyeron de no verse en mi presencia,
Que si yo á Don Antonio aquí hallara,
Cincuenta mil ducados me pagara.
Del conde de Alba hermano es, y sobrino
De una principalísima duquesa,
Y en perderse perdió en este camino
Ser general en una ilustre empresa.
Airado el cielo, se mostró benigno
En hacerle cautivo, y darse priesa
A darle libertad por tal rodeo,
Que no pudo pedir mas el deseo.
Pero pues ya no puede remediarse,
El tratar mas en ello es escusado.
Mirad si viene alguno á querellarse.

Moro. Señor, aquí está Izuf el renegado.

Rey. Entre, con intencion de aparejarse
A obedecer en todo mi mandado,
Sino, á fe que le trate en mi presencia
Cual merece su necia inobediencia.
Dónde están tus cautivos?

Izuf. Allá fuera.

Rey. ¿Cuánto diste por ellos?

Izuf. Mil ducados.

Rey. Yo los daré por ellos.

Izuf. No se espera
De tu valor agravios tan sobrados.

Rey. ¿En esto me replicas?

Izuf. Da siquiera
Algun alivio en parte á mis cuidados.
El esclavo te doy, rey, sin dinero,
Y déjame la esclava, por quien muero.

Rey. ¿Tal osaste decir, cristiano ínfame?
Llevadle abajo, y dalde tanto palo
Hasta que con su sangre se derrame
El deseo que tiene torpe y malo.

Izuf. Dame, señor, mi esclava, y luego dame
La muerte en fuego, en hierro, en gancho ó palo.

Rey. Quitádmele delante, acabad presto.

Izuf. ¿Por pedir mi hacienda soy molesto?

Aquí sacan al cautivo que se huyó, y le cogieron, y sácanle con una cadena.

Moro. Mi zara fujir.
Rey. ¿Dónde ibas, di, cristiano?
Cautivo. Procuraba
Llegarme á Oran, si el cielo lo quisiera.
Rey. ¿Dónde cautivaste?
Cautivo. En el Almadraba.
Rey. ¿Tu amo?
Cautivo. Ya murió, que no debiera,
Pues me ha dejado en poder de una tan brava
Muger, que no la iguala una fiera.
Rey. ¿Español eres?
Cautivo. En Málaga nacido.
Rey. Bien lo muestras en ser tan atrevido.
¡O tú, Rajá Caud, dalde seiscientos
Palos en las espaldas muy bien dados,
Y luego le dad otros quinientos
En la barriga y en los piés cansados.
Cautivo. ¿Tan sin ley ni razon tantos tormentos
Tienes para el que huye aparejados?
Rey. Chito. Chifuz, Brequede, atalde,
Abrilde, desollalde, y aun matalde.

(*Métenle.*)

No sé qué raza es esta de estos perros
Cautivos españoles. ¿Quién se huye?
Españoles. ¿Quién no cura de los yerros?
Españoles. ¿Quién hurtando no destruye?
Españoles. ¿Quién comete otros errores?
Españoles: en cuyo pecho el cielo influye
Un ánimo indomable, acelerado,
Al bien y al mal contino aparejado.
Una virtud en ellos he notado,
Que guardan su palabra sin reveses;
Y en esta mi opinion me han confirmado
Dos caballeros Sosas, portugueses:
Don Francisco tambien ha asigurado
Que tiene el sobrenombre de Meneses,
Los cuales sobre su palabra han sido
Enviados á España, y lo han cumplido.
Don Fernando de Ormaza tambien fuése
Sobre su fe y palabra, y así ha hecho,
Un mes antes que el término cumpliese,
Tal paga, con que quedo satisfecho:
Con darles libertad sin interese
Sé que acrecientan mi provecho,
Que como van sobre su fe prendados,
Pídoles los rescates tresdoblados.

Bairan, sal allá fuera y llama luego
Un cristiano de Izuf, ...
Que quiero que grangee en su sosiego
Por ver si mi opinion es verdadera,
De pérdida y ganancia es este juego.

Bairan. Señor, del bien hacer siempre se espera
Galardon, y si falta en este suelo,
La paga se dilata para el cielo.

Entra AURELIO.

Rey. Ya sé quien eres, cristiano,
Tu virtud, valor, y suerte,
Y sé que presto has de verte
En el patrio suelo hispano.
¿Esta Silvia es tu muger?

Aurelio. Sí, señor.

Rey. ¿Y adónde ibas
Cuando en las aguas esquivas
Perdiste todo el placer?

Aurelio. Yo te lo diré, señor,
En verdaderas razones.
De otro rey y otras prisiones
Fuí yo esclavo, que fué amor.
Desta Silvia enamorado
Anduve un tiempo en mi tierra,
Y la fuerza desta guerra
Me ha traido á este estado.
Cumplí en esto mi deseo,
Y pensando ir á Milan,
Trújome el hado á este afan
De esclavitud, do me veo.

Rey. No pierdas la confianza
En esta vida importuna,
Pues sabes que de fortuna
La condicion es mudanza.
Yo te daré libertad
A tí y á Silvia al momento,
Si teneis conocimiento
De pagar tal voluntad.
Mil ducados he de dar
Por los dos, y lo que quiero
Que me deis dos mil, empero
Habéismelo de jurar.
Y así sobre vuestra fe
Os partireis luego á España.

Aurelio. Señor, á merced tamaña
¿Qué gracias te rendiré?
Yo prometo de inviallos
Dentro de un mes sin mentir,

Aunque los sepa pedir
Por Dios, ó sino roballos.

Rey. Pues luego os aparejad,
Y la primera saetía
Tomad de España la via,
Que á los dos doy libertad.

Aurelio. El suelo y cielo te trate
Cual merece tu bondad,
Y toma mi voluntad
Por prenda de mi rescate.
Que yo perderé la vida
O cumpliré mi palabra,
Que este bien ya escarba y labra
En mi sangre bien nacida.

Moro. Señor, un navío viene.

Rey. ¿De qué parte?

Moro. Gavia tiene.

Rey. Debe ser de mercancía.

Moro. Mi señor, ansí se suena,
Que la mercancía es buena.

Rey. ¿Si es limosna?

Moro. Sí será.

Rey. Vamos. Tú, Aurelio, procura
Tu partida, y ten cuidado
De aquello que me has jurado.

Aurelio. Crezca el cielo tu ventura.
Gracias te doy, eterno Rey del cielo,
Que tan sin merecerlo has permitido
Que por la mano de quien mas temia,
Tanto bien, tanta gloria me ha venido.

Entra FRANCISCO *cautivo, y luego los otros tres.*

Francisco. Albricias, caro Aurelio, que es llegado
Un navío de España, y todos dicen,
Que es de limosna, cierto, en el cual viene
Un fraile trinitario, cristianísimo,
Amigo de hacer bien, y conocido,
Porque ha estado otra vez en esta tierra
Rescatando cristianos, y dió ejemplo
De una gran cristiandad y gran prudencia.
Su nombre es fray Juan Gil.

Aurelio. Mira no sea
Fray Jorge de Olivares, que es de la órden
De la Merced, que aquí tambien ha estado,
De no menos virtud y entendimiento,
Tanto, que ya despues que hubo despendido
Veinte mil ducados que traia,

En otros siete mil quedó empeñado.
¡O caridad estraña, o santo pecho!

Saavedra. ¡Qué buen dia, compañeros!
La limosna está en el puerto;
Mi remedio tengo cierto,
Porque aquí me traen dineros.

Sebastian. No tengo bien ni le espero,
Ni en mi tierra siento quien
Me pueda hacer algun bien.

Otro. Pues yo no me desespero.

Francisco. Dios nos ha de remediar,
Hermanos, mostrad buen pecho,
Que el Señor que nos ha hecho,
No nos tiene de olvidar.
Roguémosle como á padre
Nos vuelva, y á nuestra Señora,
Pues es nuestra intercesora
Su madre, que es nuestra madre.
Porque con su santo medio
Nuestro bien está seguro,
Que ella es nuestra fuerza y muro,
Nuestra luz, nuestro remedio.

(SAAVEDRA *haciendo oracion.*)

Saavedra. Vuelve, Vírgen santísima María,
Tus ojos, que dan luz y gloria al cielo,
A los tristes que lloran noche y dia,
Regando con sus lágrimas el suelo,
Socorrednos, bendita Vírgen pia,
Antes que este mortal corpóreo velo
Quede sin alma en esta tierra dura,
Y carezca de usada sepultura.

Sebastian. Vírgen bendita, que del Padre eterno
Fuiste escogida, para dar el fruto
Que quebrantó las puertas del infierno,
Y del primer pecado quitó el luto,
Vuelve tu rostro piadoso y tierno
A la grande miseria, y al tributo
Que aquí pasamos en tan triste calma,
Pues está en peligro cada dia el alma.

Otro. En vos, Vírgen dulcísima María,
Entre Dios y los hombres medianera,
De nuestro mar incierto cierta guia,
Vírgen, entre las vírgenes primera,
En vos, Vírgen y madre, en vos confia
Mi alma, que sin vos en nadie espera,
Que me habeis de sacar con vuestras manos
De dura servidumbre de paganos.

Aurelio. Si yo, Vírgen sagrada, he merecido

De tu misericordia bien tan alto,
¿Cuándo podré mostrarme agradecido,
Tanto, que yo no quede corto y falto?
Recibid mi deseo, que subido
Sobre un cristiano obrar, dará tal salto,
Que oque ya, olvidado deste suelo,
El alto trono del impíreo cielo.
Y en tanto que se llega el tiempo y punto
De poner en efecto mi deseo,
Al ilustre auditorio que está junto,
En quien tanta bondad decierno y veo,
Si ha estado mal sacado este trasunto
De la vida de Argel y Trato feo,
Pues es bueno el deseo que he tenido,
En nombre del autor, perdon les pido.

FIN.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, 28, cerca del Odeon.

LIVRES ESPAGNOLS.

Éditions de Madrid.

CUÑA (Hernando). Varias poesias. Madrid, 1804. 1 vol. in-8, br. 6 fr.

NTUNEZ Y ACEVEDO. Memorias históricas sobre la legislacion y gobierno del comercio de los españoles con sus colonias en las Indias occidentales. Madrid, 1797. 1 vol. in-4. 9 fr.

ALBUENA. El Bernardo, ó sea la Victoria de Roncesvalles, poema heróico. Madrid, 1808. 3 vol. in-8, br. 15 fr.

ASTARDO (EL) DE CASTILLA, novela histórica caballeresca, original. Madrid, 1832. 2 vol. in-12, br. 6 fr.

OSARTE. Disertacion sobre los monumentos antiguos pertenecientes á las nobles artes de la Pintura, Escultura y Arquitectura, que se hallan en la ciudad de Barcelona. Madrid, 1780. in-8, br. 4 fr.

ALLE Y ZOCAR. El Orden natural y esencial de las Sociedades politicas. Valencia. 2 vol. in-8. 6 fr.

AMPOMANES. Discurso sobre el fomento de la industria popular.—Discurso sobre la educacion popular de los artesanos y su fomento.—Apéndice á la Educacion popular. Madrid, 1774-7. 6 vol. petit in-8, rel. et br. 26 fr.

APMANY. Arte de traducir el idioma frances al castellano. Madrid, 1776. Petit in-4. 4 fr.

APMANY. Código de las costumbres maritimas de Barcelona, hasta aquí vulgarmente llamado *Libro del Consulado*, traducido al castellano é ilustrado con varias observaciones. Va tambien el testo original en lemosin. Madrid, 1791. 2 vol. in-4. 20 fr.

APMANY. Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona. Madrid, 1779-92. 4 vol. in-4, fig. br. 50 fr.

ICERON. Cartas, con notas. Por Rodr. de Ovrédo. Barcelona, 1818. 1 vol. pet. in-8. 2 fr. 50 c.

LAVIJO. Noticias de la historia general de las islas Canarias. Madrid, 4 vol. pet. in-4, rel. 40 fr.

OLECCION DE POESIAS CASTELLANAS ANTERIORES AL SIGLO XV, ilustradas con notas por D. Tomas Antonio Sanchez. Madrid, 1779-90. 4 vol. in-8, br. 25 fr.

OLECCION DE LAS MEMORIAS PREMIADAS, y de las que se acordó se imprimiesen sobre los cuatro asuntos, que por encargo particular publicó la real Sociedad económica de amigos del pais de Madrid. 1 vol. in-4, br. 12 fr.

ORNIDE DE SAAVEDRA. Ensayo de una descripcion física de España. Madrid, 1803. in-4, br. 8 fr.

RONICA ó Memorias históricas de la vida de Don Alonso el Noble, octavo del nombre, recogidas por el marques de Mondéjar, é ilustradas con notas por Cerda y Rico. Madrid, 1783. 1 gros vol. in-4, portrait. 16 fr.

RONICA DE D. ALFONSO EL ONCENO. Segunda edicion, conforme á un antiguo MS. de la real Biblioteca del Escorial, y otro de la Mayansiana, é ilustrada por Don Francisco Cerda y Rico. Madrid, 1787. 1 vol. in-4, br. 16 fr.

RONICA DE D. ALVARO DE LUNA, con varios apéndices de Don José Miguel de Flores —Seguro de Tordesillas. Escribióle Don Pedro Fernandez de Velasco, llamado el Buen Conde de Haro.—Libro del Paso honroso defendido por el escelente caballero Suero de Quiñones. Madrid, 1783-4. 1 vol. in-4, br. 16 fr.

RONICA DEL REY DON ENRIQUE EL CUARTO, por Diego Enriquez del Castillo.—Copias de Mingo Revulgo.—Carta del levantamiento de Toledo en 19 de julio de 1467. Madrid 1787. 1 vol. in-4. 16 fr.

RONICA DE LOS REYES DE CASTILLA DON PEDRO, DON ENRIQUE II, DON JUAN I, DON ENRIQUE III, con las enmiendas de Gerónimo Zurita, y las correcciones y notas añadida por Don Eugenio Llaguno Amirola. Madrid, 1779-80. 2 vol. in-4, portraits. 32 fr.

RONICA DE DON PEDRO NIÑO, conde de Buelna, por Gutierre Diez de Gamez.—Historia del gran Tamorlan, por Ruy Gonzalez de Clavijo.—Sumario de los reyes de España Madrid, 1781-2. 1 vol. in-4. 16 fr.

La coleccion de los siete volúmenes de crónicas que preceden descritos. 7 vol. in-4. 100 fr.

DICCIONARIO MANUAL DE LA FABULA, adornado con 16 estampas. Madrid, 1828 1 vol. in-16. fig. br. 5 fr.

JERCICIO COTIDIANO. Contiene oraciones para la misa, confesion y comunion, viacrucis misterios del rosario, etc. Madrid, 1832. 1 vol. in-32, br. 3 fr.

FIGUEROA (Suarez de). La constante Amarilis. Madrid, 1781. 1 vol. in-8, br. 5 fr.

GARCIA DE VILLANUEVA. Origen, épocas y progresos del teatro español, con un resúmer de los espectáculos, fiestas y diversiones. Madrid 1802. 1 vol. in-4, figures. 8 fr.

GARCILASO DE LA VEGA. Obras poéticas, ilustradas con notas. Madrid, 1817. 1 vol. in-18 portrait, br. 4 fr.

GIL POLO. La Diana enamorada, con notas (de Cerda) al *Canto del Turia*. Madrid, 1802 1 vol. in-8, figure, br. 5 fr.

GRANADA. Guia de pecadores. Madrid, 1781. 2 vol. in-8, br. 10 fr.

GRANADA. Libro de la oracion y meditacion, con otros tratados del mismo autor. Madrid, 1781 2 vol. in-8, br. 10 fr.

INDICE ULTIMO DE LOS LIBROS PROHIBIDOS Y MANDADOS ESPURGAR de órden del supremo Consejo de la Inquisicion con el suplemento. Madrid, 1790-1803. 1 vol. in-4. 12 f.

JOVELLANOS. Informe de la Sociedad económica de Madrid al real y supremo Consejo de Castilla en el espediente de Ley agraria. Madrid, 1820, petit in-4. *Este volúmen es igual á los de la coleccion de las obras de Jovellanos que acaba de publicarse, y conviene agregarlo, por no hallarse comprendido en aquella dicho* Informe. 6 fr.

JOVELLANOS. Memoria sobre las diversiones públicas usadas en lo antiguo en España. Madrid, 1812, petit in-4. 4 fr.

LOPE DE VEGA CARPIO. Coleccion de sus obras sueltas, así en prosa como en verso. Madrid, 1776-9. 21 vol. in-4, br. 150 fr.

LUZAN. La Poética, ó Reglas de la poesía en general y de sus principales especies. Madrid, 1789. 2 vol. in-8, br. 9 fr.

MANRIQUE (D. Jorge). Coplas hechas á la muerte de su padre, con las glosas. Madrid, 1779. 1 vol. in-8. 4 fr.

MARMOL CARVAJAL. Historia de la rebelion y castigo de los moriscos del reino de Granada. Madrid, 1797. 2 vol. petit in-4. 15 fr.

MASDEU. Historia crítica de España y de la cultura española; y respuesta al P. Traggia Madrid, 1783-1805. 20 vol. in-4, br. 150 fr.

MASDEU. Respuesta á su erudito censor el Rev. P. Traggia, sobre la historia crítica de España. Madrid, 1793. in-8, br. 2 fr. 50 c.

MELO. Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV. Madrid, 1808. 1 vol. in-8. 9 fr.

MEMORIAS DE LA SOCIEDAD ECONOMICA DE MADRID. Madrid, 1780-95. 5 vol. in-4, fig. br. 60 fr.

MONCADA. Espedicion de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos. Madrid, 1805. 1 vol. in-8. 5 fr.

MONTENGON. Eusebio. Madrid. Sancha. 4 vol. in-8, fig. 30 fr.

NAVAS. Elementos del arte de partear. Madrid, 1815. 2 vol. petit in-4, fig. 18 fr.

NEUVILLE (FREY DE). Sermones, traducidos por Pellicer. Madrid, 1823, 8 vol. pet. in-4, br. 40 fr.

NUEVO (EL) NEWKASTLE, ó Tratado nuevo de la escuela de á caballo. Madrid, 1801. 1 vol. petit in-12, fig. 5 fr.

PELLICER Y SAFORCADA. Ensayo de una biblioteca de traductores españoles. Madrid, 1778, 1 vol. petit in-4. 6 fr.

PLUQUET, Diccionario de las heregías, errores y cismas. Madrid. 2 vol. pet. in-4. 15 fr.

QUEVEDO VILLEGAS. Obras. Madrid, 1791-94. 11 vol. in-8, *con retrato y las estampas de las nueve Musas*. 80 fr.

REBOLLEDO (Conde don Bernardino de). Ocios (*que son sus obras poéticas*). Madrid, 1778. 4 vol. in-8. 22 fr.

ROMANCES DE GERMANIA de varios autores, con el vocabulario para declaracion de sus términos y lengua. Madrid, 1779. 1 vol. petit in-8. 6 fr.

SAAVEDRA (D. Angel de). Poesías. Segunda edicion, corregida y aumentada. Madrid, 1820 1. 2 vol. in-8. 14 fr.

SEMPERE Y GUARINOS. Biblioteca española económico-política. Madrid, 1801-21. 4 vol. petit in-8. 18 fr.

— Historia de los vínculos y mayorazgos. Madrid, 1805. 1 vol. in-8. 5 fr.

SOLIS (Dionisio). Camila, tragedia en 5 actos y en verso. Madrid, 1828. in-8. 4 fr.

— La misma, grand papier. 8 fr.

VILLEGAS. Las Eróticas, y traduccion de Boecio. Madrid, 1787. 2 vol. in-8, portrait. 10 fr.

VIRUES. El Monserrate. Madrid, 1805. 1 vol. in-8. 6 fr.

ZAMORA. Gramática griega filosófica, segun el sistema del Brocense, con las principales reglas en verso castellano. Madrid, 1796. 1 vol. in-8. 5 fr.

LEYENDAS ESPAÑOLAS, por José Joaquin de Mora. Londres, 1840. 1 vol. in-8, cart. 18 fr.

BAZAR UBILLUS

"El Campeón de los Precios Bajos"

Regalos - Juguetes - Pasamanería
Utiles Escolares - Papelería, etc.

— O —

Av. GENERAL GARZON Nos. 1551 - 1553
TELF. 23-5651 - JESUS MARIA
LIMA - PERU

LA MILLA — **1982** — LIMA PERU

ENERO							FEBRERO							MARZO						
D	L	M	M	J	V	S	D	L	M	M	J	V	S	D	L	M	M	J	V	S
31					1	2		1	2	3	4	5	6		1	2	3	4	5	6
3	4	5	6	7	8	9	7	8	9	10	11	12	13	7	8	9	10	11	12	13
10	11	12	13	14	15	16	14	15	16	17	18	19	20	14	15	16	17	18	19	20
17	18	19	20	21	22	23	21	22	23	24	25	26	27	21	22	23	24	25	26	27
24	25	26	27	28	29	30	28							28	29	30	31			

ABRIL							MAYO							JUNIO						
D	L	M	M	J	V	S	D	L	M	M	J	V	S	D	L	M	M	J	V	S
				1	2	3	30	31					1			1	2	3	4	5
4	5	6	7	8	9	10	2	3	4	5	6	7	8	6	7	8	9	10	11	12
11	12	13	14	15	16	17	9	10	11	12	13	14	15	13	14	15	16	17	18	19
18	19	20	21	22	23	24	16	17	18	19	20	21	22	20	21	22	23	24	25	26
25	26	27	28	29	30		23	24	25	26	27	28	29	27	28	29	30			

JULIO							AGOSTO							SEPTIEMBRE						
D	L	M	M	J	V	S	D	L	M	M	J	V	S	D	L	M	M	J	V	S
				1	2	3	1	2	3	4	5	6	7				1	2	3	4
4	5	6	7	8	9	10	8	9	10	11	12	13	14	5	6	7	8	9	10	11
11	12	13	14	15	16	17	15	16	17	18	19	20	21	12	13	14	15	16	17	18
18	19	20	21	22	23	24	22	23	24	25	26	27	28	19	20	21	22	23	24	25
25	26	27	28	29	30	31	29	30	31					26	27	28	29	30		

OCTUBRE							NOVIEMBRE							DICIEMBRE						
	L	M	M	J	V	S	D	L	M	M	J	V	S	D	L	M	M	J	V	S
31					1	2		1	2	3	4	5	6				1	2	3	4
3	4	5	6	7	8	9	7	8	9	10	11	12	13	5	6	7	8	9	10	11
10	11	12	13	14	15	16	14	15	16	17	18	19	20	12	13	14	15	16	17	18
17	18	19	20	21	22	23	21	22	23	24	25	26	27	19	20	21	22	23	24	25
24	25	26	27	28	29	30	28	29	30					26	27	28	29	30	31	